Obras completas
de
José Sánchez Rojas



Tomo VI

Edición de
Gerardo Nieto Arias y
Jesús María García García

Se cierran estas Obras Completas de José Sánchez Rojas con tres grandes apartados: sus propias obras publicadas en folleto o libro, sus prólogos y un epistolario.

Fue incapaz de escribir obras de estudio. Casi todos los libros y folletos que publicó se componen de artículos o ya publicados en la prensa o escritos –los menos– para tales obras. Entre ellos mencionaremos en primer lugar dos de las publicaciones de más éxito: *Las mujeres de Cervantes* y *Tratado de la perfecta novia*. Esta última conoció traducciones al francés e italiano. Y la primera una reedición en el último centenario cervantino.

En 1919 dio a la luz una primera recopilación de artículos en *Paisajes y cosas de Castilla*. Y la Diputación de Salamanca publicó, a título póstumo, un compendio de varios artículos sobre Salamanca en *Sensaciones de Salamanca*. Sendos títulos nos informan suficientemente de su contenido.

Atendió a compañeros y amigos prologando sus obras y también prologó o introdujo las traducciones que llevó a cabo de autores italianos. Estas traducciones ayudaron a conocer y establecer un intercambio cultural con Italia.

Se recogen también una novelita de juventud, *Mercedes*, y tres folletos de circunstancias de sendas conferencias, *Elogio de Gabriel y Galán, Castilla y Cataluña* y *Elogio de Julián Sánchez Ruano*.

El epistolario, incompleto sin duda y en su mayor parte debido a la correspondencia con su maestro Miguel de Unamuno y conservada en la Casa Museo del antiguo rector salmantino, nos informa de sus andanzas y sus disputas.

Obras completas
de
José Sánchez Rojas
Tomo VI

Obras completas de José Sánchez Rojas

Tomo VI

Edición de Gerardo Nieto Arias
y Jesús María García García

Edición digital

Alba de Tormes (Salamanca), 2025
Publicación no venal

Diseño de la cubierta: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
Maquetación: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
© Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García.
Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual con el número 00/2025/8663
Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/





Joan Alzina y Melis (sentado) y José Sánchez Rojas
durante su estancia en Bolonia (1908)

ÍNDICE

OBRA BIBLIOGRÁFICA PROPIA 15
A propósito de los exámenes 17
Al lector 21
El espíritu universitario 25
La preparación para el examen 25
Relaciones entre catedráticos y alumnos 28
¿Conclusiones? 31
El problema del anarquismo 35
Preliminares 41
Precedentes del anarquismo 41
Aspecto jurídico del anarquismo 45
Aspecto económico del anarquismo 48
La delincuencia anarquista 50
El combate contra el anarquismo 53
Legislación contra el anarquismo 56
Elogio de Julián Sánchez Ruano 59
Sucintos datos biográficos de Sánchez Ruano 65
Discursos pronunciados por Sánchez Ruano en las Cortes Constituyentes 65
Cortes de 1871 67
Algunos libros, folletos y artículos sobre Sánchez Ruano 67
Discurso leído en el paraninfo de la Universidad de Salamanca 68
Las mujeres de Cervantes 75
Al que leyere 79
I.– La mujer en las «Novelas Ejemplares» 81
Cornelia Bentivoglio *81*
Esperancica *83*
Preciosa *85*
Constanza *86*
Leocadia *88*
La Generosa *90*
Leonora *92*
Estrella *94*
Isabelita *95*
Estefanía *97*
Leonisa *99*

Las dos doncellas ... *101*
La Argüello ... *103*
La dueña Marialonso ... *105*
II.– La mujer en la primera parte de «Don Quijote» ... 109
Maritornes ... *109*
Marcela ... *112*
Dorotea ... *116*
Luscinda ... *120*
Zoraida ... *123*
Clarita ... *128*
Camila ... *132*
III.– La mujer en la segunda parte de «Don Quijote» ... 136
Antonia Quijano ... *136*
La Duquesa ... *140*
Teresa Panza ... *145*
El ama ... *148*
Dulcinea ... *150*
IV.– La mujer en «La Galatea» ... 153
Leonida – Galatea – Teolinda – Leonarda – Nísida – Rosaura ... *153*
V.– La mujer en los «Trabajos de Persiles y Segismunda» ... 159
Auristela ... *159*
CASTILLA Y CATALUÑA ... 165
Planteamiento del problema ... 175
La significación histórica de Castilla ... 176
La significación histórica de Cataluña ... 178
Otra fase del sentimiento catalán ... 180
La emoción de la hora ... 181
La Castilla viva y la Castilla muerta ... 182
La actitud de Castilla ... 182
PAISAJES Y COSAS DE CASTILLA ... 185
Advertencia ... 189
Paisajes Teresianos ... 191
Las campanas ... *191*
Las ruinas de San Leonardo ... *192*
El encanto de la vega ... *194*
El santo de Valdecarros ... *196*
El castillo de los duques ... *198*
La huerta de los frailes ... *200*
El estilo de Teresa ... *203*
Leyendo «Las Moradas» ... *204*
Paisajes leoneses ... 206
Salamanca ... *206*
Zamora ... *214*
León ... *217*
Unamuno, poeta ... *220*
Un poeta campesino ... *223*
Ventura Ruiz Aguilera ... *225*
Andanzas y correrías ... 228
Béjar ... *228*
Candelario ... *229*
Plasencia ... *231*
Cáceres ... *233*
Palencia ... *236*

Cosas de Castilla 238
Madrigal de las Altas Torres *238*
La significación histórica castellana *239*
Glosas a la «ciudad castellana» *241*
El Viernes Santo en mi pueblo *242*
Galinduste *243*
Los paisajes de fray Luis *245*
Las elecciones en Castilla *246*
Al margen del «Quijote» *247*
Glosas a un manifiesto castellano *248*
Castellanos y leoneses *249*
Mercedes 253
Pelando la pava *255*
Las primicias del noviazgo *256*
Jornada teresiana *257*
Al día siguiente *260*
La casa de Mercedes *261*
El dos de abril *262*
Un feo tropiezo *263*
Me caso en Toledo *264*
Nace mi hijo *265*
En el seno de Dios *267*
Tratado de la perfecta novia 269
Dedicatoria 273
Advertencia de la presente edición 275
La novia, madre 277
La novia, hija 277
La novia, hermana 278
La novia, amante 279
La novia, esposa 279
La novia, compañera 280
La novia, amiga 281
La novia, ángel custodio 282
La novia, promesa eterna 283
La novia, hormiga 283
La novia, creyente 284
La novia, bella 285
La novia, aliada 285
La novia, serena ante el dolor 286
La novia, inteligente 287
La novia, freno 287
Digresión 288
… un poco ciega 289
… un poco sorda 290
… y un poco tonta 291
Epílogo 291
Elogio de Gabriel y Galán 293
Sensaciones de Salamanca 313
La Puerta del Río 319
Jornadas Teresianas 320
Un patio y una casa 321

Fray Luis y Santa Teresa 322
La Casa de la Salina 323
En el jardín ducal de Alba 325
La capilla de Santa Bárbara 327
La celda y las tormentas 328
"Decíamos ayer..." 329
Capea en Bañobárez 331
De la ciudad y del río 331
El Cristo de las Batallas 333
La cátedra de fray Luis 335
Las Úrsulas 336
En el claustro de la Catedral de Ciudad Rodrigo 337
Alba de Tormes 338
El palacio de los Garcigrandes 340
Doña María la Brava 341

PRÓLOGOS A OBRAS AJENAS Y TRADUCCIONES PROPIAS 343

Descripción y Guía de la Villa Ducal de Alba de Tormes 345
La política clerical y la democracia 345
Violetas 346
Criquette 348
La vida es sueño, Don Quijote y otros ensayos 350
Cataluña 350
España en la vida italiana durante el Renacimiento 352
Madrid en la mano 355
Sor María de las Mercedes 357
El crepúsculo de los filósofos - Lo trágico cotidiano y El piloto ciego 357
El Príncipe 359

EPISTOLARIO 361

Cartas a Miguel de Unamuno 363
Cartas a José María Gabriel y Galán 427
Cartas a Pedro Dorado Montero 433
Carta a Andrés Sánchez Rojas 452
Cartas a Marcelino Menéndez Pelayo 452
Carta a Jacinto Benavente 453
Carta al Secretario de Estado del Vaticano 453
Carta a Dolores Primo de Rivera 454
Carta al P. Miguel de la Sagrada Familia 454
Carta al P. Prior de los Carmelitas de Alba de Tormes 455
Cartas a Luis García Bilbao 455
Cartas a Julio Senador Gómez 456
Cartas a José Ruiz Castillo 459
Carta a Ángel Mª Castell 461
Cartas a Concepción Lizárraga de Unamuno y familia 462
Carta a Cándido Rodríguez Pinilla 464
Carta a Roberto Castrovido 465
Cartas a Alberto Bastardas 465

Carta a Luis de Sirval 468
Carta a Francisco Vera 468
Carta a los hermanos Machado 469
Cartas a Julián Besteiro 469
Carta a Carlos González Posada 472
GLOSARIO DE PERIÓDICOS Y REVISTAS 473

OBRA BIBLIOGRÁFICA PROPIA[1]

[1] **ADVERTENCIA**: Las notas no indicadas como "del autor" pertenecen a los editores.

José Sánchez Rojas

A propósito de los exámenes

Andrés Iglesias, Imp.
Rua 48, Salamanca – 1907

Dedicatoria

A mi Maestro Don Pedro Dorado Montero cuyo hermoso estudio de los exámenes sugirió estas divagaciones mías alrededor del mismo tema, su discípulo agradecido,

El Autor

Al lector

Unos cuantos jóvenes, amigos míos, Pedro González–Blanco, Jaime Ordoñez, Alberto Insúa, Mariano Alarcón, Enrique Amado y otros, pensaron en fundar una Revista más. Me hablaron de su pensamiento; me pidieron colaboración porque, ante todo, querían renovación de personal y de personal obscuro, de muchachos que, como yo, comienzan su labor, mala o buena.

Acepté complacido. "Queremos ser sinceros" –me dijeron–. "Envíenos usted una cosa sincera, sincera y sincera". Y les ofrecí sinceridad. Y a las cajas de SAGITARIO *envié, y en los números de Enero y Febrero aparecieron, las cuartillas que hoy publico aparte, en este librito, y que quiero que tornen a ser impresas en Salamanca, su pueblo natal, allí donde fueron sentidas y meditadas.*

Fueron escritos los cuatro apartados que componen el presente ensayo, A PROPÓSITO DE LOS EXAMENES, *de un tirón, en una madrugada del mes de Mayo y en uno de estos momentos de sacudimiento interior, de seria protesta que, de vez en cuando, azotan nuestros nervios y nuestro cerebro, en plena juventud. Llega un día lúcido en que nos damos entera cuenta de la inutilidad de casi todos nuestros esfuerzos pasados, en que nos vemos hacia adentro, melancólicamente, con una incapacidad absoluta para la vida… y surge una protesta natural, intensa, vivida. Este ensayo no es una exposición doctrinal de nuestras desdichas académicas –ya lo sé–; tiene el valor de una queja. Las víctimas se cansan de serlo alguna vez… y se rebelan cuando pueden o cuando quieren.*

Mi queja ha llegado, no cuando yo he querido que llegara a oídos de todos, víctimas y verdugos inconscientes, sino cuando ha podido llegar. Me interesa hacer constar esto solemnemente, para que no crean algunos que trato de molestar a los elefantes, cuando no me alcanzan ya sus trompas; no hay nada de eso. Escrito este ensayo en los primeros días del mes de Mayo del año pasado de 1906, fue inmediatamente a pedir protección a las puertas de la Revista madrileña LA LECTURA, *que dirige, con notable acierto, mi querido amigo, el escritor Francisco Acebal. El señor Acebal contestó animosamente a mis requerimientos, dándome un cerrojazo naturalísimo, ya que* LA LECTURA, *había publicado, en el mismo año de 1906, otros trabajos sobre el mismo tema de mi querido maestro D. Pedro Dorado*[2] *y se esperaba otro análogo del ilustre profesor de Derecho de la Universidad de Oviedo, Señor Buylla*[3]*. Y era mucho hablar sobre exámenes en una revista enciclopédica que, después de todo, no es conocida sino por un número muy limitado de profesores y alumnos, que son los más interesados en el pleito. Esperé con los papeles debajo del brazo, hasta que llegó la demanda de los amables fundadores de*

[2] De los exámenes, por Pedro Dorado. *La Lectura*, Noviembre y Diciembre de1905, Enero, Febrero, Marzo y Abril de 1906: págs. 698–704, 801–810 (tomo III de1905) y 1–8, 129–136, 241–247, 355–364 (tomo I de 1906) respectivamente. Dicho trabajo lleva estos epígrafes: I. Un peligro nacional.– II. La llamada "Enseñanza libre".– III. Valor pedagógico.– IV. Efectos de índole moral.– V. Aspecto higiénico.– VI. Efecto del examen en los examinadores y VII. Conclusión. Por razones que comprenderá el lector, y tratándose de un estudio de un antiguo profesor mío, no soy yo, ciertamente, el llamado a elogiarle. Recomiendo, sin embargo, su lectura a los estudiantes.[Nota del autor]

[3] Adolfo A. Buylla, Más contra los exámenes. *La Lectura*, Octubre de 1906; págs. 136–138 (tomo III de 1906). Insisto en la misma recomendación anterior [Nota del autor].

SAGITARIO. Mi deseo era, por tanto, publicar esto, antes de Junio pasado, antes de licenciarme, cuando aún algunos que hoy se sienten tontamente molestados, pudieron haberme retrasado la carrera, aunque hay que suponer cristianamente que a ese punto jamás hubieran llegado, si yo no les daba pie para ello. El retraso en la publicación de ese trabajo ha sido a pesar mío.

Conste así.

Insisto en hablar de este mi ensayo, no por un afán inmoderado de exhibición vanidosa, sino por un deber de conciencia, porque a ello me impulsa la honradez. Sé muy bien que, al publicar esto en Salamanca, publico un libro de escándalo; sería candoroso imaginar por un instante que la mayor parte de los profesores a que aludo, embozadamente, no tienen nada que ver con mi Universidad, ya que de sus canteras extraje –y es natural que extrajese– las anécdotas, mortificantes unas, regocijadas otras, horriblemente trágicas algunas y VERDADERAS todas, que van diseminadas por el contexto, y, principalmente, por las notas de estas divagaciones alrededor de los exámenes. Todo esto sé y lo que yo quiero ahora, noblemente, sin embozos ni perífrasis, es hablarles a ellos, a los que sientan molestias, enojos, mortificaciones o deseo de venganza; a los ALUDIDOS, en fin.

Con las anécdotas que corren en las bocas de todos los estudiantes de Salamanca, y que yo he recogido cuidadosamente, habría tela cortada para todo un libro voluminoso. Se imponía, por ende, una selección, con arreglo a un criterio ético, malo o bueno, despreciable o no, pero honrado y sincero, y ese criterio, siendo yo el seleccionador, tenía que ser, naturalmente, el mío. Ni están todas las anécdotas que son, ni son todas las que están. Y como el Estado y como yo, estudiante, pagamos al profesor, para que sea perito, y al militar para que sea valiente, al sacerdote para que sea bueno, al criado para que sea diligente y leal y al funcionario público para que sea honrado, todos estos señores, cada cual dentro de su esfera respectiva, no pueden ni deben, ni es tolerable que ni siquiera alcancen el MINIMUM de cultura, de valor, de bondad, de fidelidad, de diligencia y de honradez, que el Estado y que yo, parte de él, tengo que exigirles, ya que para eso pago a este. Y así, un catedrático no es digno, aunque sea un excelente ciudadano y un honrado padre de familia, si no es inteligente, ni culto, y un militar debe ser arrojado de las filas del Ejército, aunque sea muy listo, muy bueno y muy honrado, si es cobarde; y a un cura debe retirársele de su Ministerio, si no es bueno, bueno, ante todo y sobre todo, para edificación de sus feligreses; y a un criado debe despedírsele de nuestro servicio, si no es activo y si no nos guarda una fidelidad absoluta; y, finalmente, a un funcionario público –el catedrático ESO es–, hay que expulsarle de su puesto, si carece de una noción robusta del deber.

Ahora bien: todas estas buenas cualidades parciales que van apuntadas, tienen un MINIMUM –con respecto a que de ellos podemos exigir todos–, pero nunca un MAXIMUM, que en provecho de todos redunda. A un profesor, a un militar, a un cura, etc., el Estado DICE TACITAMENTE: "si sabes tales cosas, si demuestras esta cantidad de valor, si tienes tal grado de bondad, explica tu catedra, manda tu regimiento, regenta tu parroquia. Si luego resulta que eres, por las apariencias y derivaciones lógica de tus actos públicos –las conferencias, tus libros, tus batallas, tus sermones, tu conducta– inculto, malvado o cobarde, yo te retiro de tu puesto. Para que no seas así, te pago. Y como te pago, te exijo. Si rebasas estas mis naturalísimas exigencias, bendito seas Genio, Héroe, Santo; el pueblo te cantará, te amará, te pagará largamente con su gratitud".

En las anécdotas que yo cito, con alegría zumbona en apariencia, pero con real y honda amargura en el fondo –¡bien lo sabe Dios!– no se llega, ni con escalones, a ese MINIMUM. Tú, amigo lector, verás que estoy cargado de razón, si me lees con calma. El ignorante sabe, diga lo que quiera y como quiera, que NO SABE; he hecho infinidad de observaciones. Y al afirmar o negar ligeramente, se falta a una ética muy elemental.

Por lo demás, las censuras, las burlas, las insidias, –si las hay–, van al catedrático, jamás a la persona. Y si alguno de ellos me pregunta por mis títulos –como aquel inocente caballerete que quería exhibir frente a la acometida un tanto bravía de un amigo mío, su hoja de estudios, flamante y sin mancha– le replicaré que yo tampoco conozco los suyos; si echa mano del recurso bárbaramente individualista y burgués de nuestros ilustres SERIOS "estas cosas no le van ni vienen", tornaré a decirle que TODAS, ABSOLUTAMENTE TODAS las cosas me vienen y me van. Y si, a la postre es tan candoroso que me pregunta por mi edad y por mi ciencia, le gritaré burlonamente que vivimos en una grata y amplísima democracia intelectual, donde no hay señores ni siervos de la gleba, que la edad no se mide por la partida de bautismo y que la ciencia no reconoce jerarquías.

Acaso me salga, –conozco toda su estrategia de memoria, lector–, con el peregrino argumento de que él es todo un señor catedrático, con borla, birrete, toga y demás chirimbolos simbólicos de la profesión, y yo un estudiante vago y revoltoso, pendiente de los exámenes que conducen a la más alta investidura oficial, con posibilidad de caer ahora y luego, cuando trate de tapar, como pueda, un huequecito social para vivir. Está muy bien. El señor Giner de los Ríos, una de las figuras más atrayentes, intelectual y espiritualmente, del Magisterio español, en su más generoso total sentido, busca la compañía de los muchachos para… APRENDER DE ELLOS. *Dorado Montero, en un libro reciente suyo, confiesa que él ha visto muchas cosas, a través de sus alumnos, aun de los más torpes y negados. Unamuno anda buscándose, a través de todos, ignaros y sabios, brutos e inteligentes, para encontrarse. Y es que todos somos a la vez, maestros y discípulos de todos. Ya es un lugar común la afirmación de que la vida es un continuo aprendizaje mutuo y es también axiomático aquello otro de que ningún hombre –a excepción de los catedráticos dogmatizantes y hueros– se encuentra demasiado grande para su ayuda de cámara.*

Y basta, lector.

Perdona la extensión, la pesadez y la inhabilidad de este prólogo. No he querido acudir a padrinos benévolos, –y modestamente he de asegurarte, bajo mi palabra de honor, que no me faltan algunos de cartel, en las letras patrias– para no ponerles en el ridículo aprieto de tener que hablar bien de un recién nacido que se ha empeñado en salir con dientes del claustro materno. Creo innecesario decirte que he consignado cuanto quería y me importaba consignar aquí.

José Sánchez Rojas
Madrid, 15 de Abril de 1907

I
El espíritu universitario

La Universidad española se encuentra completamente alejada del mundo. Ni ve, ni mira las cosas que la rodean. No importa que el pensamiento cambie, ni que nuevas orientaciones positivas ocupen el lugar de las añejas, de las podridas cantinelas tradicionales. Ella permanece tiesa, inmóvil como una estatua, sin dar apenas señales de vida mental. Aparece inmutable en medio de los mayores trastornos. Ha suspendido, conscientemente acaso, su vida de relación con los diversos centros de cultura nacional; se siente demasiado vieja, demasiado canosa, para permitirse saltos que requieran alguna agilidad y destreza.

"Los profesores –ha dicho Gustavo Le Bon[4]– constituyen una casta tan diferenciada como la de los militares y magistrados". El aserto del psicólogo francés se refiere a los catedráticos de su nación; pero en la Universidad española, remedo fiel de la francesa, la afirmación es completamente aplicable. "La uniformidad de los programas a que han debido someterse –continúa el mismo M. Le Bon[5]– les inspira pensamientos idénticos y modos no menos idénticos de expresarlos. Temen mucho las opiniones nuevas, y no las adoptan sino cuando han sido aprobadas por maestros de autoridad reconocida. Entonces aceptan sin dificultad las opiniones más extremas. Sus raras tentativas de originalidad no llegan, generalmente, sino a dar forma paradójica a ideas muy sencillas". Esta casta, educada en la misma fastidiosa uniformidad, con idéntica tiesura, con semejante serena gravedad en el porte, es la encargada por el Estado de fabricar una juventud para que rija el *timón* de la cosa pública en el porvenir. Y la educa a su imagen y semejanza, rutinaria, estéril, sin esperanzas, sin anhelos, sin juventud. Los jóvenes recién salidos de la Universidad han fracasado antes de combatir; llevan la tristeza en los ojos, cargados de lecturas inútiles.

Y pasan de un curso a otro curso por medio del examen de prueba, y salen de la vida estudiantil, después de haber soportado el inútil sacrificio final: el examen de la licenciatura.

II
La preparación para el examen [6]

Cuando, meses atrás, publicó mi querido maestro D. Pedro Dorado, su notable trabajo *De los exámenes* en *La Lectura*, me encontraba yo en un periodo, que todavía continúa, de escepticismo agudo. Me preocupaba y me preocupa el porvenir más que nunca. Estaba y estoy desengañado de la Universidad, de sus catedráticos –con muy raras excepciones– de sus programas,

[4] Gustavo Le Bon; *Psicología de la educación*, traducción española de Muñoz Escámez.- Madrid, 1906. [Nota del autor]

[5] Ibidem. [Nota del autor]

[6] Años más tarde, Sánchez Rojas publicaría en *La Vanguardia* (18-10-1913) un artículo, al que también titularía «La preparación para el examen», en el que resumiría los conceptos expuestos en este capítulo transcribiendo, de forma casi textual, muchos de sus párrafos.

de sus procedimientos de enseñanza, de su influencia educadora. La Universidad no tiene otra misión sino retrasar y entorpecer la cultura. Es cosa de tirar por la borda estas zarandajas, en cuya eficacia no creen los profesores, ni creemos tampoco los alumnos. Como la mayor parte de mis compañeros, he sido atormentado, y lo estoy actualmente, por una pesadilla: por la pesadilla del examen. El Sr. Dorado aseguraba que un profesor recto, escrupuloso enamorado de la justicia, sufre horrendamente pensando si su fallo ha sido o no acertado. El pobre alumno, si siente bullir en su espíritu ansias de independencia, sufre también. Por el contrario, si es un *empollón* como llamamos, en nuestra jerga universitaria, al que sabe sus textos literalmente, textos que como es natural, le van consumiendo poco a poco la juventud y la alegría, se resigna borreguilmente al sacrificio. Le seduce la farsa; quiere asistir a la función teatral, en la que figura como galán joven; sabe recitar los párrafos más sonoros del libro, y lleva puntual y exacta cuenta, en un cuadernito, de las definiciones que le ha dicho el catedrático, alma de su alma, y de cómo las ha dicho. Triunfará seguramente, será sobresaliente y premio orgullo de sus maestros, faro de su pueblo, y a la postre, trascurrida media docena de años, casará con la muchacha más vulgar del barrio y presentará su candidatura para diputado provincial independiente.

La preparación para el examen resulta estéril del todo. En la mayoría de los casos, no se estudia el concepto de las cosas, sino el que de ellas cree tener el catedrático. En la información parlamentaria abierta recientemente en Francia para reorganizar los estudios de la enseñanza secundaria, Mr. Pasquier, Rector de Angers, contó la siguiente anécdota ante la comisión informadora, presidida por el insigne Ribot: "Un profesor de Facultad quería siempre que se le hablase de los cinco periodos del genio de Corneille. Un día, por ausencia del profesor, le reemplazó su suplente, y un pobre alumno, creyendo habérselas con el hombre de los cinco periodos, respondió a esta pregunta: –¿Qué sabe usted de Corneille? –Se distinguen cinco periodos–. Pero el examinador le dijo: –Está usted equivocado. Yo no soy M. X[7]". Otras veces no son las ideas –las ideas del catedrático– las que deben prepararse para el examen, sino las palabras, los periodos, los *párrafos*, las frases vacías, de los cuales está aquel enamorado. Yo tuve un profesor de Lógica fundamental que me obligó a aprenderme de memoria todo esto: "Desde el grano de arena que hollamos con nuestras plantas, hasta esos mundos luminosos que tachonan y abrillantan la bóveda celeste; desde el mineral, insulso y ceñido a sí mismo, hasta el hombre; epílogo misterioso de la creación visible, lo que no cambia, lo que no varía, lo que no se altera, lo que no se muda, lo que no deja de ser lo que es, Dios, lo absoluto, lo inmutable, lo puramente incondicional…" Y después de tomar alientos, el buen alumno proseguía: "Otra definición que no sea esta nos llevará al panteísmo, al puro y absoluto panteísmo".

Dicen los que ya tienen experiencia, que para hacer un buen examen conviene *no cortarse*, es decir, hablar mucho y pensar después lo que se ha de hablar antes. Estudiantes he conocido yo que han aprobado asignaturas, de las cuales no tenían ni la más ligera noción; al pobre catedrático no le dejaban respirar los insolentes…

La preparación del examen, de todas las lecciones que entran en suerte es obra de romanos. Las lecciones se han aprendido mal, porque versan, no sobre cosas concretas y precisas, sino sobre abstracciones vagas. Los libros de texto, lejos de ser extractos para que las ideas se agarren con fuerza a los cerebros jóvenes, faltos de toda disciplina mental, son, por lo común, amplificaciones oratorias de cosas que no valen meditarse seriamente. Con libros así escritos (libros voluminosos para que valgan tantas pesetas más en las librerías), es muy difícil el estudio lento, cuanto más el hecho de prisa para preparase al examen de prueba, donde se exige todo. Con los libros universitarios, no con todos, es imposible hacer esquemas. (Hágase un esquema con el ejemplo citado más arriba). Y como la mayor parte de los profesores conceden más importancia al modo de expresión que a la gimnasia del raciocinio, y como el modo de expresión que más les gusta es el suyo propio, hay que hacer un esfuerzo mnemotécnico enorme para retener centenares de páginas en la memoria. El alumno más querido del catedrático –de estos catedráticos que forman la parte plebeya de la casta, no su aristocracia escogida– es el que mejor recita. El que se separa de su libro es un presumido, contagiado de las malas lecturas. De las malas lecturas, sí. Todavía se usa este lenguaje entre los doctores, y todavía es la Universidad un refugio de intolerancia, de intolerancia católica en la mayor parte de los casos. El alumno en la clase, –a excepción de las de Giner, Unamuno, Altamira, Dorado, etc.– no colabora jamás con el catedrático. "La clase, toda la clase, soy yo", puede decir el profesor al uso, parodiando

[7] Obra citada [Nota del autor]

a Luis XIV. Toda la clase es él, en efecto. El alumno no puede aventurarse a sospechar que el concepto que le dan sobre una cosa, no es el exacto precisamente. En el examen le ocurre lo mismo. El profesor lleva toga y birrete y el alumno una modesta chaqueta; aquel se sienta en un sillón de terciopelo rojo, en una silla el examinando. El uno está sereno, majestuoso en su severidad decorativa; azorado, entristecido y de mal humor el joven que se ha pasado la noche en vela, averiguando lo que piensa el señor Sánchez Román sobre la naturaleza de los bienes gananciales, o enfrascado en otras cuestiones tan amenas y deleitables como la anterior. Tiene que ser juzgado; los jueces le han de mirar severamente. La justicia, para casi todos ellos, no es una cosa complejísima, sino fastidiosamente unilateral. El que mejor sabe el libro con sus puntos y con sus comas, el que habla más doctoralmente: "nosotros opinamos", "la teoría de Rousseau no merece una refutación seria de nuestra parte" etc. etc., aquel es el que mejor nota lleva. El servilismo más absoluto, la más vergonzosa abdicación de la idea personalísima, son el precio con el que se compra una buena calificación. Yo he sido culpable de este delito, como todos los estudiantes españoles. He tenido que hacer innumerables esfuerzos para ponerme al alcance sectario del tribunal calificador. Todos hemos salido carlistas de una clase para entrar republicanos en la siguiente. ¡Y desgraciado de aquel que se aventure a romper el tinglado de los Maese Pedros universitarios! Como los *vivos*, sobre los cuales hizo Francisco Grandmontagne su preciosísimo y condensado estudio, solo tienen aquellos una fuerte pasión en su espíritu: el odio al inteligente.

Determinados catedráticos toleran mejor una falta grave de disciplina que una rectificación a sus escritos y a eso que llaman su manera de pensar, "nuestra manera de pensar". Otras veces consienten, sí, que se les diga alguna picardía, pero sin ruido, silenciosamente, para que no cunda el escándalo y no se rompa el férreo encasillado de su jerarquía social. Recientemente, un estudiante, amigo mío, espíritu inquieto y avisado, había hecho un artículo despiadado sobre la despreciable intervención de cierto señor decano en unas revueltas estudiantiles. Y un amigo de la persona aludida en el artículo, catedrático también muy pintoresco, se quejaba, no de las apreciaciones gravísimas del joven articulista, sino de que un estudiante se hubiera atrevido a suscribirlas públicamente, por medio del periódico de referencia.

Los catedráticos, –hablaré con toda sinceridad– saben sobradamente que su profesión no es un sacerdocio, como hinchadamente aseguran en sus discursos de apertura, sino sencillamente un oficio, y también un negocio, no todo lo limpio que fuera de desear en ocasiones. El examen mismo raras veces ofrece al estudiante todas las garantías de la imparcialidad. Los profesores de Derecho suelen dedicarse a su bufete, a sus enfermos los de Medicina, los de otras Facultades a sus negocios privados; la cátedra, para casi todos, no es sino una muy secundaria ocupación que solamente les molesta una hora cada día. Viven en el mundo de la política, de las recomendaciones, de las intrigas, de los favores recíprocos. El escolar suele saber esto perfectamente; en los últimos días del mes de Mayo se pertrecha de cartas y de B. L. M. para que el profesor le sirva. Sin embargo, cada día atienden menos los catedráticos a las sugestiones del favor y de la amistad; hay otros también, –yo pudiera citar algunos– que no tienen otro criterio de calificación sino el grado de influencia social de la familia del examinando. Uno de estos profesores había recomendado en cierta ocasión, a sus colegas, la aprobación de un hijo de un general, amigo suyo y persona de arraigo en la comarca. El chico, a pesar de los esfuerzos de sus examinadores, salió suspenso.

El catedrático, amigo del general, preguntó por el éxito del chico en cuestión:

– Ha salido suspenso –le contestó un compañero.

– Hombre, ¿y por qué? –replicó a su interlocutor, verdaderamente incomodado.

– No sabía una palabra –insistió el otro.

Y el amigo del general puso fin al diálogo con esta frase lapidaria:

– Que no sabía una palabra, ¿eh? Pues ¡vaya unas razones!

Y se indignó ante el absurdo de que saliera suspenso un estudiante por una cosa tan trivial como la de no saber una palabra.

Y si la preparación del examen resulta estéril, y si no son suficientes, casi nunca, las garantías de imparcialidad y de serenidad de juicio que deben presidir las decisiones de los tribunales calificadores, hay que pensar en que no son los procedimientos de enseñanza los que deben modificarse, sino los hombres que están al frente de los establecimientos docentes de la Nación.

III

Relaciones entre catedráticos y alumnos [8]

Para los alumnos oficiales han quedado suprimidos, casi por completo, los ejercicios del examen. El criterio dominante en este respecto es que el alumno oficial debe ser juzgado con arreglo a su comportamiento durante el curso. Como el catedrático tiene absoluta libertad dentro de su cátedra, y lo que es más doloroso todavía, una perfecta impunidad legal, examina o no examina a fin de curso: hace lo que se le antoja. Se exige, por consiguiente, para la aprobación, que el alumno vaya todos los días a clase, que esté rígido y callado[9], que finja que atiende las explicaciones monologadas de su maestro, y que estudie, durante todo el curso, la asignatura que le toque en turno.

El profesor se ha subrogado las facultades del tribunal; con la responsabilidad aumenta el abuso; a la oligarquía republicana ha sucedido el cesarismo despótico. Verdad es que el estudio se hace, de esta manera, menos atropellado y violento, que el alumno ha perdido el miedo a la prueba final; pero, así y todo, la enseñanza no ha ganado absolutamente nada. Se trata de los mismos perros, (perdóneseme la irreverencia, que no pasa, al fin y al cabo, de una metáfora manidita), no con otros collares, sino con los mismos de antes vueltos del revés. El agente principal del examen, el catedrático, no ha variado. Se le ha transportado del sillón de la sala de exámenes al aula número tantos. Continúa tan juez como antes. Con el birrete calado hasta las orejas, puestas las doctorales gafas delante de los ojos, toma lista a los alumnos matriculados y es severísimo con las pequeñas faltas de disciplina académica. La disciplina para él, tiene un fin en sí misma, no es un medio para educación de la juventud.

Pregunta al alumno número A (el estudiante, en las clases concurridas, es un número, lo mismo que los soldados en un cuartel o los hospicianos en un asilo de beneficencia pública), el alumno, si se trata de una lección de controversia, descuartiza, con una suficiencia ridícula, a Schopenhahuer [sic] y a Rousseau, a Leibniz y a Krause. El alumno no conoce esos autores, pero tampoco los conoce el catedrático –hablo del catedrático que forma el nivel medio de las Universidades españolas– más que de referencias de un autor, que, a su vez, se ha enterado por medio de extractos de revistas sectarias.

Conozco unos apuntes de Derecho Natural, que deben ser originales, no del catedrático que los suscribe, o, al menos, que los vende, a un precio escandaloso por cierto, sino de algún vulgar escribiente a quien diera ese encargo, porque atribuye a Kant, a Fichte y a Shelling[10] cosas que no dijeron, ni pensaron decir en su vida. Pues el alumno tiene que aprender todas estas cosas, falseadas, retorcidas en un sentido o en otro, aviesamente disimuladas por inteligencias mediocres, para que triunfe, tentadora y magnífica, la teoría del catedrático, y salga completamente ilesa de los balazos que la asestan sus contradictores. ¡Y qué teorías más muertas salen de aquellos cerebros no menos muertos! En las Facultades de Derecho se discute, por ejemplo, si tal derecho tiene o no tiene sustantividad propia; si para su enseñanza conviene el método dogmático o el exegético; si tal institución procede de tal Código, como si las instituciones procedieran de los Códigos, y no al contrario; y cuando se conceden por el catedrático los honores de la discusión a su adversario oculto, estamos en la cátedra como los Diputados en el Congreso, discutiendo hora y media si tal cosa debe o no debe discutirse. Esto, en el caso de que los alumnos echen su cuarto a espadas, como se dice vulgarmente, porque lo más general y corriente es el monólogo, un monólogo cansino y machacón[11], erizado de alocuciones

[8] Al igual que hiciera con el capítulo anterior, Sánchez Rojas trasladaría, con ligeras variaciones, algunas de las consideraciones en este desarrolladas a un artículo publicado en *La Vanguardia* el 24 de octubre de 1913 con el título «El curso escolar». .

[9] Y sin toser. De un señor decano cuentan sus alumnos que prohibió toser, aunque los muchachos estuvieran acatarrados.

Del mismo señor de la tos se cuenta por los escolares que, en una asignatura de la Facultad de Ciencias, definía los números inverso de la manera más pintoresca que puede concebirse, "Número inverso de otro –decía– es aquel que tiene la cabeza hacia abajo. ¿Cuál es el número inverso de n? –preguntó a un su discípulo". –U, replicó sin vacilar el estudiante, y yo no sé qué admirar más: si la enmarañada, inhábil y torpe definición del enemigo de los catarros, o la oportunísima barbaridad del estudiante.

Si yo quisiera, podría prolongar estos ejemplos hasta el infinito. [Nota del autor]

[10] Error en la transcripción del nombre del filósofo alemán, Friedrich Schelling..

[11] Una muestra: "Ya doblan las campanas anunciando el sepelio del contrato de permuta y se perciben en lontananza los clarines que anuncian la llegada del contrato de compra venta". (Rigurosamente exacto) [Nota del Autor]

algebraicas[12], de frases de libros, empedrado de tonterías que ha dicho un tratadista insigne en francés o en alemán; monólogo fabricado para amodorrar la atención, para meterse en la cama y dormirse, para jugar al tresillo con su sonsonete monótono, capaz de desesperar al más paciente. Las clases alemanas tienen por máximum de duración cuarenta y cinco minutos, que es, por lo visto el tiempo que puede mantenerse la atención juvenil completamente fresca. Aquí tenemos una hora como mínimum que se convertiría en mortal hora y media, si no fuera por el rato de cortesía que se conceden y nos conceden los catedráticos.

En algunas clases –en muy pocas, si he de decir la verdad– la hora de lección es entretenida. De las que más grata impresión conservo, es de las de Física, Geometría, Historia Natural y Preceptiva Literaria, en el Bachillerato. Los aparatos y experiencias, los modelos literarios, las figuras y los ejemplares, entraban por los ojos del más miope. En los estudios de la Facultad, ha sido otra cosa. En algunas cátedras, sin embargo, donde el profesor está animado de tolerancia, de espíritu y de cultura, he aprendido algo más que el programa: orientaciones, percepciones rápidas de cosas a primera vista separadas. En ellas he aprendido también a querer a mis maestros…

Estas clases constituyen, por ahora, el examen de los alumnos oficiales. Así concebidas, se me antojan hechas adrede para matar el estímulo y el amor a la enseñanza[13]. Si el escolar quiere orientarse en el espíritu moderno, si es laborioso e inteligente, tiene que hacer su cultura fuera de los procedimientos universitarios, y aún mejor, contra ellos.

En la Escuela no penetra ni un solo soplo de aire callejero. Gracias a los publicistas que hacen labor extra-universitaria, y que son a la vez catedráticos, nos damos clara cuenta, si no tenemos la mollera embrutecida por los libros de texto, que no todo el derecho es Savigny, ni toda la anatomía Testut, ni toda la histología don Santiago Ramón y Cajal, ni toda la antigüedad literaria el desenfadado Arcipreste de Hita, ni Santo Tomás de Aquino toda la teología católica.

Ya he dicho más arriba que no se hace, generalmente, ninguna investigación personal en cátedra. En la *Historia de la Literatura Española*, por ejemplo, aprenden los alumnos de memoria todas las sabias opiniones de los eruditos sobre el Poema del Cid; pero si a alguno se le ocurre leer dos renglones del poema añejo, será tachado inmediatamente de loco. El estudio no descansa sobre las fuentes vivas, sino sobre los comentarios muertos. Los profesores conceden más importancia al conocimiento biográfico de un escritor cualquiera, a las fechas de su boda, de la aparición de la muela del juicio y de su primera indigestión, que a su significación artística en la época en que viviera. La misión, entre otras, que debiera llenar la *Historia de la Literatura Española*, entre los alumnos de la Facultad de Derecho que la estudian en el curso de Preparatorio, sería la del conocimiento de la novela picaresca, para darse entera cuenta, primero en Derecho Penal, y en Antropología criminal más tarde, de las evoluciones del hampa española[14]. Pero repito que, en las Universidades, importa más el libro que la vida, la teoría que la visión serena de las cosas. Sabemos a maravilla la cédula personal de Hurtado de Mendoza, pero no nos han leído una sola página de *El Lazarillo del Tormes*. Hemos estudiado la emigración, por todo lo alto, en Economía Política, y la primera vez que la fatalidad nos ofrecía el fenómeno emigratorio de un pueblo que quería transportarse en masa a la República Argenti-

[12] Un catedrático, que, desde luego, es muy inteligente: el Sr. D. Enrique Gil y Robles, nos regala, en su libro, Metodología jurídica, "una acción taumatúrgica de la reacción pneumática" que nos hace acudir, ¡a nosotros, pobres balbuceadores de una lengua sencilla y cristiana!, al último Diccionario de la Real Academia Española y a los jeroglíficos egipcios.

Y en el hermoso Derecho político, según la filosofía y la Moral Cristianas, del mismo celebrado autor, se advierten palabras como la de desaristocratización, que requieren una continua gimnasia lingual.

Yo tuve que acudir a la sencilla estratagema de hacer aprender el larguísimo término a la patrona, a los amigos, etc., hasta que salí adelante de la arriesgada empresa. En cambio, un tartamudo, compañero nuestro, hacía innumerables esfuerzos, repitiendo, en la soledad de su cuarto, el endiablado terminacho, y ¡nada! ¡siempre se atascaba el infeliz!

Perdone esta inocente broma mi sabio y querido maestro y no vea en ella el más ligero asomo de molestia personal. [Nota del autor]

[13] Algunos profesores sobran. Se sustituyen ventajosamente por un buen fonógrafo, o en todo caso, sin necesidad de grandes gastos en este pueblo donde todo se vuelve economías para la función educadora, por el mismo libro de texto. Hay quien sabe tan literalmente un libro de un autor ajeno, que nota correcciones tan sencillas como habitualmente por habitualidad, etc. Encima se incomoda, tiene un criterio bizantino para repartir calificaciones, y se atreve a decir al infeliz corrector que incurre el lapsus.

Alguno de estos apreciables chorlitos ha llevado su cátedra, nada menos que en posición flamante. [Nota del autor]

[14] Véase a este propósito, el libro de don Rafael Salillas, *Hampa* (Antropología picaresca) – Victoriano Suárez, editor; Madrid, 1898 [Nota del autor]

na, Boada, pueblo de mi provincia de Salamanca, a ningún estudiante de derecho se le ocurrió montar en el tren y estudiar la emigración en vivo[15].

Yo no lo afirmo resueltamente, pero sospecho que la Universidad nos deforma hasta tal punto que tenemos ojos y no vemos, oídos y no oímos, corazón y no sentimos. La juventud se nos escapa, nuestra humanidad huye del espíritu y precisamos una humanidad robusta que nos ponga a cubierto de esta atmósfera, cargada de vulgaridad y de ramplonería, que quiere ahogarnos de todas maneras. El catedrático ha dejado de ser hombre para ser solo catedrático. Y el escolar corre también el triste riesgo de perder su mocedad, sus afanes de gloria, los frescos amores de los veinte años, las intimidades de la reja, las confesiones ante la mujer amada, para ser únicamente alumno de tal asignatura[16].

Y en las clases de las ciencias llamadas experimentales, diré –volviendo a mi tema capital– que sucede absolutamente lo mismo que en las cátedras de Derecho y de Filosofía. El discurso, el dichoso monólogo, es primero que la experimentación; todo se reduce a fórmulas de libros, a referencias eruditas. Justo es consignar aquí que los profesores de Medicina y Ciencias que yo conozco, me parecen, en conjunto, superiores a sus colegas de otras Facultades; que tienen espíritu más abierto; que sospechan –como diría Guyau–[17], que "la duda es la dignidad del pensamiento", pero así y todo, indudablemente por no poderse descargar de un lastre de prejuicios, no han sabido desprenderse de su concha doctoral, de su segunda naturaleza de catedráticos. Y la manía de las Matemáticas, por ejemplo, es todavía más dañosa que la de la Filosofía y la de la Literatura. Recuerdo ahora, que paseando una hermosa mañana por los alrededores de una vieja ciudad de Castilla, con un compañero de estudios, distinguimos, a lo lejos, las conocidas siluetas de dos catedráticos jóvenes de Ciencias. Pasaron a nuestro lado poco después. Y mi amigo me hizo la siguiente pregunta:

– ¿Tú sabes de que van hablando estos dos prójimos?

– Hombre, no sé. Son jóvenes, son solteros. Es una bella mañana de primavera…. Hablarán de muchachas, seguramente.

– Desciende, querido, desciende. ¡Hablan de amores, científicamente, matemáticamente!

[15] Hoy es otra cosa. Se estudia muy bien Economía, gracias a los esfuerzos de un catedrático joven, culto y observador. Hoy tenemos en aquella provincia otro fenómeno emigratorio tristísimo: el de Béjar, que acaso, estudie el articulista para el mes que viene. *(Madrid, Enero, 1907)* [Nota del autor]

[16] De la vejez espiritual pueden escribirse muchas páginas amargas y tristísimas. El *arribismo* que nos corroe ¿acaso nos demuestra cosa distinta de la senectud prematura, de la falta de fe en nuestros propios esfuerzos personales? Ni una rebeldía sincera, ni un generoso movimiento de los jóvenes en contra o en favor de algo que atraiga con fuerza la opinión pública. El mozalbete aquel de Jacintillo que nos presenta Pérez Galdós en Doña Perfecta, preguntando muy seria y muy formalmente al simpático ingeniero Pepe Rey, su opinión sobre el *darwinismo*, es un retrato acabado del tipo medio del estudiante actual. La mayor parte de nuestras Universidades tienen su asiento en Orbajosa, lo mismo que la novela galdosiana. El escolar no es republicano, ni carlista, ni místico, ni revolucionario; es conservador, pidalino, maurista, independiente.

Desde que abandona la teta materna, el estudiante parece que se aficiona, –no sé cómo expresar todo mi pensamiento– a los cuerpos de escala cerrada. En las revueltas callejeras estudiantiles, ya juega, con precocidad asombrosa, al parlamentarismo más inocente; en él existen gérmenes de un futuro usurero, de un futuro vividor. El empollón –de sus filas se nutren nuestros más altos puestos burocráticos e intelectuales, con honrosas excepciones– va, derechamente, para burgués; será un perfecto señor tranquilo, que hará con entera y envidiable normalidad, todas sus funciones fisiológicas… Para sacar el sobresaliente, para no incomodar a la familia –¡la familia es uno de los fundamentos de toda sociedad bien organizada!– adula al catedrático, alma de su alma, repite lo que ha explicado este el día antes, crea o no crea en ello; persigue sus pasos para saludarle cuantas veces le encuentra; se inscribe en una discreta Academia donde se discute con silogismos y todo, y para ser definitivamente un buen muchacho, acorta las entrevistas amorosas con la pobre chica que le han destinado los padres, desde la nebulosa, para novia, y cuya novia duda, allá en lo más recóndito de sus entrañas, aun no sacudidas por una pasión robusta, de las proezas que realice semejante hombre, que prefiere unos apuntes a sus halagos y confesiones.

No puedo recordar, sin cierta emoción íntima, los sanos y saludables consejos, llenos de amor a la juventud y a la frescura espirituales, que da Miguel de Unamuno a sus estudiantes de Salamanca, de vez en cuando, en los *sermones* varoniles y bravíos que predica en sencillas veladas escolares, desde su asiento rectoral del Paraninfo. ¡Y eso que de Salamanca –donde tantas cosas buenas se aprendieron antaño– pueden aprender los muchachos hoy rebeldías hondas, sacudimientos vigorosos que les vendrán divinamente!

Aquellas descargas cerradas de máuser en el aciago 2 de Abril de 1903, nos han sentado –a la larga– maravillosamente bien. En aquella ciudad, ya no se tiran piedras a los pobres guardias de orden público; nos han encorajinado de otro modo muy distinto. La labor fecunda de los Unamuno, de los Dorado Montero, de los Rodríguez Pinilla, etc., acogida con singular entereza por unos cuantos estudiantes avisados y despiertos, dará sus frutos provechosos más tarde o más temprano.

De Salamanca, de la grey estudiantil salmantina, partirá el primer grito de protesta contra la esterilidad intelectual y educativa de nuestros centros docentes oficiales. [Nota del autor]

[17] Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción.* [Nota del autor]

– Escucha. ¿Ves a esa mujer, esa rubia tan guapa que viene ahí, en dirección contraria a la que nosotros llevamos?

– Sí.

– Pues hablan de si su cuerpo tiene la forma de un *paraboloide hiperbólico*[18].

Estamos condenados a tolerar las conferencias de estos hombres, que, de paseo, hablan del cuerpo de las mujeres hermosas, desde el punto de vista de la geometría.

Es una desgracia como otra cualquiera.

Y en estas clases, en estos exámenes para alumnos oficiales, vamos consumiendo poco a poco, la alegría, el buen humor, la *bonhomie*, los ensueños y las esperanzas nobles. Vamos perdiendo también el amor a la enseñanza. Entramos en la escuela ansiosos de renombre, ávidos de amor y de cultura, y salimos de ella descontentos, escépticos y vividores. Comprendo que nuestros padres recuerden con entusiasmo los azares de su vida estudiantil, los viejos maestros que convivían con ellos, sus apuntes amarillos ya por la pátina del tiempo, su Ortolán y su Heinecio. Yo dejaré pronto, muy pronto, la vida estudiantil. Recordaré mi juventud, mis libros, los míos, no los secos y embrutecedores que me hicieron leer mis catedráticos, las turbulentas reuniones con mis amigos. Pasará, en esas futuras remembranzas, como en pesadillas molestas, la sombra de una hermosa Escuela que tiene fachada plateresca, y piedras doradas e inscripciones latinas en sus patios, y en sus aulas girones de mis ensueños. Y alguna vez, cuando desfile la procesión de espectros con birretes en la cabeza, y togas azules, rojas y amarillas en las espaldas, y listas numeradas en las manos, cantaré calladamente, en sagrada evocación, la memoria de los pocos Maestros que me enseñaron la alegría del pensar libre y el amor a la vida.

IV
¿Conclusiones?

"Por fin he llegado a una conclusión, (¡también, yo llego a conclusiones!), y es la de que por muchos se cultiva de intento la ignorancia"[19] exclama el señor Unamuno al escribir sobre una cuestión análoga a la mía. Yo, en cambio, no llego a conclusiones. A propósito de los exámenes, he dicho lo que he visto en mi vida estudiantil, y creo que los males que aquejan a la Universidad española son tan graves, tan hondos y de tan difícil curación, que todas las recetas serán completamente estériles. Las que no sirven sino para hacer más aguda la dolencia, son las gacetiles, las de uso externo. Las leyes no pueden darnos un espíritu del que carecemos completamente. "La salvación está en nosotros", solamente en nosotros, y queremos condenarnos a la vulgaridad eterna. Tenemos un criterio cerrado en cosas de enseñanza, nuestra mollera latina está llena de toda suerte de prejuicios, las ideas se osifican enseguida en nuestro cerebro.

A pesar de mi juventud, tengo un criterio radicalmente pesimista en punto a las reformas que deben intentarse para el mejoramiento de la enseñanza y de los exámenes que se verifican en los establecimientos oficiales.

¿Es mejor el ejercicio único final, decisivo y momentáneo que se impone a los alumnos libres, como antes se decía, o no oficiales, que decimos hoy? Entonces resulta que el examen se convierte, como han observado infinidad de publicistas, en una verdadera lotería; que la pesadilla del examen ejerce dañosa impresión en el estudiante y le roba la serenidad y el perfecto sosiego que debe reinar en todo estudio; que se va a caza, por los medios más inmorales, de la más alta calificación; que se pone al profesor juicioso en el duro trance de tener que juzgar, rápidamente y a primera vista, de la inteligencia, del trabajo y de la cultura de un joven a quien acaso conoce, por primera vez, en el acto del examen.

¿Convendrá, tal vez, obligar a todos los alumnos a que asistan a una clase durante nueve meses –los meses del embarazo natural y del embarazo científico– para que un profesor, el de la asignatura correspondiente, los califique al final del curso? Ya he pretendido demostrar que en la mayor parte de las aulas se pierde el tiempo de una manera lamentable.

Entonces, –se preguntará alguno de mis lectores– lo mejor de todo para el articulista será suprimir las Universidades, y declarar cesantes a los catedráticos, y negar al padre de familia

[18] Histórico. [Nota del autor]

[19] Miguel de Unamuno, *De la enseñanza superior en España*. – Rodríguez Serra, editor; Madrid, 1899 [Nota del autor]

el derecho de dar una carrera y un título a sus hijos. Acaso, si yo pudiera hacerlo, no tomaría una resolución distinta. Necesitamos, necesita la Patria, más jóvenes, muchísimos más jóvenes, menos licenciados descolocados y hambrientos que asaltan los puestos más humildes de la burocracia, de la política y de las redacciones de los periódicos. Es inmensamente desconsolador el espectáculo que nos ofrece esa falange de muchachos tristes, llorones y amargados por el hambre, por el fracaso prematuro y por las más odiosas humillaciones.

¡Cuántas veces la Universidad, la condenada Universidad, aliada con las ambiciones de los pobres padres de familia y de los infelices mozos, habrá tenido la culpa de estas primeras lágrimas silenciosas, de estos desencantos sufridos en plena juventud! El título, el codiciado título, los premios, las distinciones escolares, las calificaciones más ambicionadas, solamente pueden satisfacer a los que no necesitan de la carrera para vivir, a los padres que tienen el sentimiento de la falsa idolatría filial y a los aturdidos chicuelos del Instituto, que suben todos los años, alegres y gozosos, las gradas del Paraninfo, a recibir de manos del señor Rector, el diploma impreso a dos tintas por el tipógrafo más excelente de la población. Todos estos cintajos que nos hicieron vanidosos un momento de nuestra existencia, nos hacen hoy muecas de feroz ironía ante sus recientes poseedores, que se mueren de hambre de pan y de gloria, allá, en apartados villorrios, en humildes colegios particulares, bajo la advocación del Santo más acreditado de la comarca, explicando a muchachuelos díscolos las mismas lecciones con las que ellos envenenaron el alma en sus primeros años.

¡Abajo con los títulos y con las preeminencias nominales que da la Universidad a los que estudian en ella! Apartad a los jóvenes de las Universidades, donde se harán vanidosos, escépticos, cazurros, innobles y vividores, y donde creerán que ellos son el eje del Universo. Y no es que prefiera, como los inmundos Sanchos de ahora, un burro vivo a un sabio muerto, no. Los sabios muertos, –¡recemos una oración piadosa por sus almas!– no os cocearán al menos. Mejor quiero que se mueran las gentes agotadas por anhelos íntimos que por grandes congojas, por ansias de inmortalidad, que no que vivan en perfecta sanidad mental, amodorradas por el exceso de salud gañanesca, vegetando con mujeres vulgares que les corten las pocas alas que les quedan para volar, que les interrumpan el canto porque quieran dormir en el silencio estéril. No hace aún mucho tiempo, que de una de mis excursiones por los pueblos cercanos al mío, traje el alma deshecha y entristecida. Uno de mis compañeros más inteligentes y más queridos, había parado, en un pueblo de aquellos, su peregrinación por el mundo. En él, casado ya y con dos hijos, se había establecido de farmacéutico. Saludé al viejo camarada: estaba cambiado, no era el mismo. Me hablaba con entusiasmo de los pequeños crímenes del secretario municipal, su convecino; de la necesidad de reventar a otro boticario que le restaba la clientela; de la gran amistad que tenía con el pillo más redomado en diez leguas a la redonda, y de las jugadas nuevas de tresillo que había descubierto la noche anterior, jugando la invariable partidita con el cura, con el secretario y con el cacique. Hablaba, hablaba mi ex-caro, mi ex-inteligente amigo, y su mujer, ¡la puerca!, una grasienta jamona, asentía con la cabeza a las afirmaciones de su marido, de aquel marido, que, años atrás me hablaba de ilusiones y de grandezas, en confesiones inolvidables.

Y mi amigo había sido deformado en la Universidad. No quiso rebelarse contra un ambiente que le era hostil, y, lejos de crearse otro con sus amigos, –o de fabricarse, al menos, como la incomparable Monja de Ávila, su castillo interior– se había amoldado al de la turba multa; al de los caciques que juegan al tresillo todas las noches, al de los secretarios que cometen pequeños crímenes todos los días y al de las jamonas grasientas que espuman el puchero y que cortan las alas de sus maridos.

Yo no sé, ciertamente, si son más desgraciadas las víctimas de la Universidad que fracasan prematuramente en la vida, o aquellas otras, que triunfan, en apariencia, de la batalla humana. El mariposeo incesante de las primeras es doloroso y lúgubre, como la nube de filoxera que cae sobre el viñedo, o como los soldados sedientos que, caminando en una tarde de Agosto por las llanuras interminables de mi tierra castellana se precipitasen, ansiosos, sobre una charca, a calmar su sed, después de la jornada fatigosa. El asiento, el espantable equilibrio mental de las segundas, se consigue aquietando el ebullimiento interno, apagando el fuego espiritual de toda vida elevada y eternamente joven.

Prefiero la miseria lustrosa y aseñoritada del fracasado bohemio de las redacciones, de las oficinas y de los colegios de esas villas amodorradas, que la chaqueta de pana, cortada por el sastre del lugar, que lleva el boticario de mi partido, aquel antiguo camarada de mi niñez que me hablaba de la gloria y del amor.

La inteligencia no triunfa en nuestro medio, y si triunfa, triunfa tarde y con daño, cuando comienza a deshacerse. A un joven catedrático de oposición reciente, le aconsejaba un amigo suyo, catedrático también y muy despierto a lo que cuentan, que si quería triunfar del todo en sus oposiciones, y dejar muy contentos a algunos de sus jueces y llevar plaza segura, no tendría otro remedio sino *ponerse al alcance del tribunal*.

Todo lo que sea esbozar reformas, urdir planes, soñar urgentes y necesarias modificaciones, reclamar en materia de enseñanza, es tiempo perdido. ¡Tendremos que aguardar a que nos impongan su sentido de la cultura y de la vida los rifeños del Atlas!

No quiero que nos cambien la fachada del ruinoso edificio de la enseñanza nacional, ni que nos pongan etiquetas nuevas en los frascos de estas aguas descompuestas con que nos medicamentamos el espíritu. Quiero que nos echen o que echemos, –si tenemos fuerza para tanto– la edificación a tierra, dejándonos el solar para remover el subsuelo y escarbarlo y solearlo a nuestro gusto; y quiero también, de todas veras, que se rompan esos frascos, que se borren esas etiquetas, y que se tiren esos específicos rancios a la basura, para meter, en las vasijas de la futura Universidad libre, litros y más litros de agua cristalina no légamo de charca; aire de campo raso, no corrientes tibias de estufa.

Para reformar la enseñanza, para cambiar el concepto que tenemos de los exámenes, habría que despedirnos de las Universidades a la mayor parte de los catedráticos y de los alumnos. Y no tenemos nosotros *toda* la culpa de la decadencia actual, la tienen mil generaciones, mil prejuicios congénitos de herencia, de educación, de ambiente, y no podemos, ni aun por repetidos actos voluntarios, sustraernos a estas influencias complejísimas. Sería inútil, y hasta peligroso, provocar reformas que chocan violentamente contra nuestro carácter y contra nuestra contextura espiritual.

Estaré contento si he logrado sacudir la pereza del amodorrado cuerpo estudiantil, y si he conseguido que una minoría escolar me ayude; desengañando a las pocas gentes candorosas que todavía crean, a estas alturas, en la eficacia de nuestro esfuerzo y en el valor positivo de nuestros títulos y diplomas.

Salamanca, Mayo de 1906

José Sánchez Rojas

EL PROBLEMA DEL ANARQUISMO

(Disertación académica)

MADRID
IMPRENTA DE BAILLY-BAILLIERE E HIJOS
TETUÁN DE CHAMARTÍN
1908

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

A mis Padres

El Autor

Madrid, Diciembre 1907

EL PROBLEMA DEL ANARQUISMO[20]

I
Preliminares

Durante el curso actual hemos estudiado, en la asignatura de Estudios Superiores de Derecho Penal y Antropología Criminal, el problema del anarquismo.

De estas indagaciones, aún frescas y recientes en mí, alrededor del tema, ha quedado en mi espíritu el deseo de examinar a fondo el problema del anarquismo, en disertación clara y sincera.

Sirva de disculpa a mi atrevimiento el deseo noble de romper lanzas por la verdad y el anhelo de separarme un poco de la pauta normal, del camino trillado que informa generalmente el espíritu de las tesis doctorales, que, lejos de ser rebusca de nuevos puntos de vista, de impresiones modestas pero personales, se reducen, en la mayor parte de los casos, al mero descubrimiento, de temas teóricos, que si tienen gran eficacia teórica, no la tienen social ni práctica.

II
Precedentes del anarquismo

Mil veces se ha puesto a discusión, en el seno de la ciencia del derecho, si las leyes y la autoridad son base de felicidad individual o colectiva, o si, por el contrario, representan una traba, un obstáculo para el progreso de los hombres. El viejo y manoseado aforismo *nihil novum sub sole* se puede aplicar a las flamantes teorías de los modernos dogmatizantes del anarquismo excesivamente candorosos a las veces en sus afirmaciones, pero a los que puede acusarse de haber sido repetidores de problemas que no solamente se han planteado los filósofos, sino los teólogos, los juristas, los moralistas y los místicos de otras edades.

No es nuevo el problema del anarquismo, pero es natural que ni esta carencia de novedad en el sistema nos exima de su estudio; ni son, por lo general, los problemas que suscita de una claridad y transparencia tales, que permitan un fallo simple e inmediatamente pronunciado de absolución o de condena. El fondo, la médula de las afirmaciones anarquistas, estriba precisamente en la necesidad de predicar nuestra propia autonomía individual y la consideración de si esta autonomía está reñida con la existencia de las leyes, de la autoridad, del Estado, etc.; y tal problema, de verdadero relieve, el único problema jurídico, porque de sus derivaciones depende el sesgo, la orientación y hasta el título de existencia y de patrimonio de las distintas ramas de la ciencia del derecho, no pudo escapar a la mirada sagaz y penetrante de los grandes

[20] Tesis que presentó el autor el día 22 de octubre de 1907 para obtener el grado de Doctor de Derecho en la Universidad Central.

pensadores de todos los tiempos. Dos corrientes se dibujan con perfecta claridad: aquella que considera a las leyes como un estorbo para el progreso de la humanidad, y aquella otra que, aun creyendo sostenible el aserto de la bondad nativa de los hombres, reconoce que las leyes y que la autoridad son fatalmente necesarias, porque el hombre puede delinquir, y de hecho delinque, en cuyo caso es preciso que su personalidad sea remplazada por la de la ley.

Pero en esta segunda posición de espíritu respecto del problema no se resuelve la cuestión, sino que aparece más enmarañada y confusa. Aun admitida la necesidad de las leyes, aun creyendo en la eficacia de la coacción por la que toda autoridad se manifiesta; se discuten, a seguida, una porción de cuestiones subalternas: si todas las leyes son buenas o malas; en todos los casos, cuál debe ser el criterio fijo de apreciación ética de esta bondad o malicia de las leyes; qué personas pueden y deben considerarse como revestidas de autoridad, etcétera, etc. En el libro del eximio Sr. Costa, magistral como todos los suyos, sobre *La ignorancia del Derecho*[21], se trata incidentalmente, y como de pasada, acerca del problema que plantea la mayoría de los teólogos españoles del siglo XVI, y especialmente, y con más alcance espiritual que otros, Suárez, de si debe anteponerse la observancia de la ley natural a la de la ley escrita, «con lo cual, escribe el Sr. Dorado Montero[22], se ponía en tela de juicio el valor de ésta, apreciado, naturalmente, por la conciencia del mismo que estaba sujeto a ella y obligado a respetarla».

Y torna de nuevo a surgir la lucha entre el individuo y el Estado, en el momento en que se discute su necesidad y su conveniencia, y desde el punto en que no aceptamos como buena, ni hallamos una absoluta y completa justificación de la existencia de las llamadas por los anarquistas *trabas sociales*; trabas que, por otra parte, son como las columnas y pilares del derecho tradicional.

La misma existencia del derecho penal se asienta precisamente en la negación de nuestra autonomía. En el instante en que ponemos sobre el tapete el valor del derecho consuetudinario en contraposición con el derecho escrito, dudamos de la bondad de este.

En las disertaciones acerca del ejercicio del derecho de revolución con la autoridad injusta por su origen (detentador) o por los procedimientos de su gobierno (tirano), legitimado por muchos tratadistas de derecho público, se ventila el problema de la legitimidad de la autoridad y del poder. En una palabra: los más hondos problemas del derecho vienen a parar a una de estas cuestiones, estudiadas por los doctrinarios anarquistas.

Lo que ha sucedido antes de formar un cuerpo de doctrina el anarquismo actual, es que las cuestiones planteadas –no digo yo que sistemáticamente, porque a la hora actual, después de publicada la obra de Eltzbacher[23], se camina con la misma dificultad de antes, pero sí con alguna extensión y con algún método– lo fueron antes fragmentariamente, a trozos, en incidencias y en apartes. Sin que yo me ponga ahora mismo a juzgar del valor de los prejuicios, sí he de afirmar a *priori* que estos existían y existen en la ciencia del derecho, y que son muy pocos los que se han atrevido a plantear, en toda su integridad y pureza, al problema de si son nuestras normas interiores de conciencia las que deben regir nuestra conducta, o de si, por el contrario, esta debe ser sometida a normas exteriores que se nos imponen desde fuera.

Conviene observar a este respecto que las más atrevidas afirmaciones, aquellas que cambian de repente la orientación de un organismo científico, se formulan siempre por escritores que no son profesionales de la ciencia sobre la cual influyen. Un teólogo, Santo Tomás de Aquino; los filósofos griegos y romanos; un literato, Rousseau, y un médico, César Lombroso, han empujado a los juristas en direcciones opuestas y a pesar suyo. Y los que estudian el problema de nuestra autonomía individual, cuyo equivalente en el campo filosófico es el del libre arbitrio y en mística el de la libertad interna, no son asimismo juristas. Ya Platón –la cita es del Sr. Navarro Flores[24]– afirma varias veces que «un país bien organizado no necesita leyes»; esto es, que nuestra conciencia es la única ley suprema de conducta; añadiendo, a renglón seguido, «que sobrarían los juzgadores si todos los ciudadanos fueran buenos». Del mismo pensador es el aserto de la ineficacia de las leyes externas, sin que, dentro de nosotros, exista una ley interna, fuerte, que deslumbre y haga desaparecer aquéllas. Se agravan y se agudizan los síntomas de la

[21] Joaquín Costa, *La ignorancia del Derecho* (Manuales Soler). [Nota del autor]
[22] P. Dorado Montero, *Valor social de leyes y autoridades* (ídem). [Nota del autor]
[23] Eltzbacher, "El anarquismo según sus más ilustres representantes" (*La España Moderna*). [Nota del autor]
[24] NAVARRO FLORES, *La teoría dualista* (*Revista general de legislación*, tomo 92, 1898, pág. 405). [Nota del autor]

enfermedad social cuando se pretende suplir la falta de convicciones éticas por reglamentos exteriores. Como se ve, Platón no espera nada bueno de las leyes; confía, en cambio, en la bondad nativa de los hombres; punto de partida para los sistemas ácratas, e implícitamente sustenta una opinión hoy muy en boga entre los penalistas, a saber, que los códigos, lejos de ser una garantía contra la maldad humana, son a modo de privilegio, de arma de defensa contra la maldad misma. A los códigos penales se les ha llamado «la carta magna del criminal».

San Pablo siente la misma aversión que Platón a la ley, a lo que conceptúa como madre del pecado, esto es, del delito: En la Epístola a los romanos (V, 13) afirma «que no era imputado el pecado cuando no había ley», y más calurosamente, en otro pasaje de la misma Epístola (V, 20), escribe «y sobrevino la ley para que abundase el pecado».

San Pablo es un decidido partidario de la ley interna. En la Epístola a los Gálatas (II, 16) sostiene «que el hombre no se justifica por la ley, sino por la fe de Jesucristo»; «que es preciso morir para la ley a fin de vivir para Dios» (II, 19); «que si la justicia nace de la ley, síguese que Cristo murió en vano» (II, 20); «que la ley no es la fe» (III, 12); «que la ley por causa de las transgresiones fue puesta» (III, 19); «que la ley fue el ayo que nos condujo a Cristo para que fuésemos justificados por la fe; más desde que vino la fe, no estamos ya bajo el ayo» (IV, 24 y 25). El mismo Apóstol insiste con frecuencia en sus puntos de vista, en la Epístola primera a su discípulo Timoteo singularmente.

Entre los literatos se encuentran multitud de afirmaciones anarquistas. El grito de Rabelais: *fay ce que vouldras*, constituye –asevera Dubois[25]– la *mitad* de las afirmaciones anarquistas. Rabelais, en una de sus ficciones; puso, en la abadía de Thélème, una sociedad ideal, un conjunto de hombres que apenas obedecían otra cosa sino sus instintos. El literato trata de la soberana libertad que les domina y traza de su existencia este cuadro pintoresco: «Toda su vida –exclama el cínico y desaprensivo Rabelais– estaba sujeta, no a leyes, estatutos o reglas, sino a la simple voluntad y al franco arbitrio de cada uno... No hay en su reglamento más que esta cláusula: haz lo que quieras (*fay ce que vouldras*)». En 1520 –me valgo de los datos de Mr. Dubois sobre *Los precursores del anarquismo*[26]– aparece en Alemania un profeta del anarquismo más caracterizado que Rabelais: aludo al anabaptista Müntzer. Predica el amor al pueblo y a la humanidad y detesta fanáticamente, implacablemente, a los señores, a los obispos y a los príncipes, que son, para él, calamidades públicas y opresores que impiden al pueblo participar del desarrollo y del disfrute de sus derechos imprescindibles. Funda en Alstez una sociedad, en la que cada miembro presta juramento de revocar el orden establecido. Predica el principio de la comunidad del trabajo y de los bienes; desecha de su programa toda nacionalidad, y muy pronto, los anabaptistas, entusiasmados por la voz elocuente de Müntzer, marchan al asalto de las ciudades al grito de «A cada uno según sus necesidades y según la posibilidad». Cuando Müntzer se encuentra en el patíbulo, ya tiene un *bello gesto*, ya recuerda a Lorenzo Taillhade: «Seré vengado –les dice a sus verdugos, con la enorme vanidad del terrorista contemporáneo[27]–. Un hombre como yo no muere».

El Sr. Sanz y Escartín, en un estudio que publicó en *La Lectura* sobre la filosofía del anarquismo[28], estudia, dentro de lo que él llama anarquismo *humanitario* y *democrático*, la posición de espíritu que mantiene delante del problema de la existencia de las leyes un obispo italiano del siglo XVI, Jerónimo Vida, en el *Dialoghi della dignitá della repubblica*, publicado en 1516, es decir, cuatro años antes de que el bullanguero Müntzer comenzase sus peroraciones en Alstez. Las leyes constituyen para Vida una servidumbre odiosa; nos obligan a vivir bajo el dominio ajeno, nos dan una naturaleza artificial, nos rebelan contra nosotros mismos, nos hacen más astutos, pero no mejores, y nos enseñan, no la justicia, sino el arte del litigio.

«¿Habéis visto –pregunta Vida– una agrupación de hombres en que se cumpla la justicia y en que se retribuya a cada cual según su mérito?... ¿Y cómo surgen los Estados? Con latrocinios, con usurpaciones, con invasiones; y viven oprimiendo a una multitud de operarios y domésticos, no ciudadanos, sino esclavos, a quienes se prohíbe como delito lo que constituye las delicias de sus señores... ¡Feliz la edad en que no había leyes, ni plebiscitos, ni fraudes, ni

[25] FÉLIX DUBOIS, *Le péril anarchiste*. París, 1894. [Nota del autor]
[26] Idem, ídem. [Nota del autor]
[27] DR. JOSÉ INGENIEROS, *La vanidad profesional de los delincuentes* (*La Lectura*, agosto de 1906). [Nota del autor]
[28] SANZ Y ESCARTÍN, *La filosofía del anarquismo* (*La Lectura*, julio y agosto de 1902). [Nota del autor]

impuestos, ni avaricia, ni ambición, ni gloria, ni ricos, ni pobres, ni asedios, ni guerras, ni estragos, ni revoluciones! Libertémonos de esta sociedad corrompida y perversa, y que la justicia descienda sobre la tierra por segunda vez».

La Boëtie[29] proclama, en la misma época, entre los franceses, la igualdad nativa de los hombres y la libertad humana absoluta, sin trabas ni restricciones. La base de toda verdadera sociedad estriba, para la Boëtie, en esos dos, para él, dogmas inconcusos.

Nuestro Luis Vives encuentra innecesaria la existencia de las leyes. Allí donde los hombres son buenos, estorban; allí donde son malos, las leyes no tienen ninguna eficacia para prestar el sentido de la rectitud. Para Vives, como para San Pablo, es la interior disposición de ánimo el manantial de donde brotan todas las acciones. Con las leyes, finalmente[30], no se traza una pauta benigna y paternal para conducirse en la vida, sino que sirven de emboscadas al candor y a la ignorancia del pueblo.

El trinitario Alonso de Castrillo, poniendo en tela de juicio la necesidad de la existencia de las leyes, no encuentra legítimas más que las que dictan los padres a sus hijos[31]. Para el citado escritor, toda obediencia es, en su raíz, injusta, ya porque la naturaleza nos hizo a todos iguales y libres, ya también porque todo acatamiento a los mandatos ha sido introducido a la fuerza, por la ley positiva, y no por equidad y justicia.

Nuestra literatura clásica, picaresca y mística, es también muy fecunda en afirmaciones, donde brota un gran desdén para las leyes y autoridades exteriores. Es muy fácil explicar, sin embargo, que en géneros literarios de suyo tan separados como aquellos dos en que culminaron Mateo Alemán y San Juan de la Cruz, respectivamente, coincidan en este linaje de observaciones. En la literatura picaresca, porque son dibujos vigorosamente naturalistas de gentes que viven fuera de toda esfera ética y jurídica. En la mística –género, como el lírico, eminentemente subjetivo–, porque el temperamento religioso, ansioso y revuelto interiormente, no se sujeta a moldes exteriores y fijos.

En *Los nombres de Cristo*, de Fr. Luis de León, pueden señalarse capítulos enteros que son una acometida, no ya contra el espíritu leguleyesco, sino contra el jurídico. En ellos, implícitamente, se hace una defensa calurosa y ardiente de la costumbre, porque la ley fija, escrita e invariable, es para el profesor de Salamanca «como... un hombre cabezudo por una parte... y poderoso de la otra». No admite más que la ley viva, esto es, la dinámica, la que puede plegarse a un solo caso concreto: la costumbre, en una palabra. La gobernación perfecta estriba, por tanto, para el gran lírico, en la ley viva. En el reino soñado por Fr. Luis, únicamente llegará a ser obedecido lo que se ama por los súbditos.

No es la ley, para el maestro, panacea salvadora de las dolencias colectivas. Para él, un solo remedio cura una sola enfermedad, de donde se infiere la ineficacia de toda ley escrita y por donde se ve toda la íntima complacencia que siente el maestro al confesar la bancarrota de la ley, «ya que –escribe– no guarda generalmente una regla con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige[32]».

Como no es cosa de ir analizando a todos aquellos escritores que, generalmente y de un modo indirecto, han dado su opinión sobre nuestro caso, bueno será observar que hasta el siglo XVIII y en plena floración de los enciclopedistas franceses, estos que pueden llamarse gérmenes de la doctrina anarquista adquieren un mayor desarrollo. Se estudian los problemas sociales; un sentido genuinamente democrático prende en la mayor parte de los espíritus que habían de preparar la revolución.

Así, Diderot, estudiando el concepto de la propiedad, escribe: «La Naturaleza no ha hecho ni servidores ni amos, yo no quiero dar ni recibir leyes. Jamás un hombre puede ser de la propiedad de un soberano, ni un hijo de la propiedad de un padre, ni una mujer de la propiedad de su marido».

Rousseau[33], en diferentes pasajes, se pronuncia asimismo contra la desigualdad humana. «En el estado natural –escribe–, la desigualdad es nula en la especie humana y se limita, en todos los casos, por las cualidades físicas y morales».

[29] LA BOËTIE, *De la servitude volontaire*. Lyon, 1853. [Nota del autor]
[30] Citado por COSTA. Obra citada. [Nota del autor]
[31] Idem, ídem. [Nota del autor]
[32] FRAY LUIS DE LEÓN, *Los nombres de Cristo*. Colección Rivadeneyra.. [Nota del autor]
[33] JUAN JACOBO ROUSSEAU: En diferentes pasajes. [Nota del autor]

Muy conocida es, por otra parte, su teoría sobre el origen de la propiedad y de la sociedad civil: «El primero que habiendo puesto, vallas a un terreno se apresuró a decir «Esto es mío», y encontró gentes demasiado candorosas que le creyeron, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras y asesinatos; cuántas miserias y horrores hubiera ahorrado al género humano aquel que, arrancando las estacas y terraplenando los barrancos, hubiera dicho a sus semejantes: «No escuchéis a este impostor, estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!».

Sabido es, por otra parte, que, lejos de olvidar el pueblo estas enseñanzas de Juan Jacobo, ellas le sirvieron para cometer los peores excesos, y que los revolucionarios Jacques Roux y Hebert no se cansaron de propagarlas entre la plebe.

Como, al mismo tiempo que Rousseau, aparece Godwin explicando, todo un sistema de acracia, de tal manera que aparece como el primero de sus teóricos, justo es acabar aquí estas ligeras manifestaciones sobre los precursores del anarquismo, para indagar, en el capítulo siguiente, los caracteres más salientes del sistema.

III
Aspecto jurídico del anarquismo

No todos conceden al anarquismo los honores de una teoría. Aunque la mayor parte de los tratadistas creen que es muy llegada la hora de discutir una teoría tan en boga entre ciertas gentes, otros, como el Sr. Silió y Cortés, por citar un compatriota nuestro; sostienen que el anarquismo no puede discutirse, ya que «su fin último consiste en que cada uno pueda hacer lo que quiera»[34], y sus medios no son otros que «la dinamita, el puñal, el veneno y el nudo corredizo».

Naturalmente, los que se colocan en el punto de vista de nuestro escritor, confunden honradamente y de buena fe el estado legítimo de indignación que producen los crímenes terroristas con una teoría que, si alguna vez ha llegado a disculparlos, mil veces los condena (Tolstoi) y casi nunca los justifica. Una teoría, por absurda que parezca, por interiormente contradictoria que sea en realidad, no puede nunca ahorrarnos el sistema sereno de sus principios. «El anarquismo –han escrito los señores Giner de los Ríos y Calderón[35]– es una teoría exacta o inexacta, acertada o errónea, tan respetable como cualquiera otra y que tanto tiene que ver con los necios y brutales crímenes que en su nombre se cometen como otras doctrinas políticas, religiosas, etc.» Así es, en efecto. El pensamiento no delinque y las aspiraciones que tiendan a mejorar el estado de cosas, así empeoren el actual, no pueden desdeñarse. Cierto es que hay una propaganda pseudoteórica, con aspiraciones científicas; pero, ni esta propaganda se relaciona con lo que por anticipado llamamos sistema anarquista, ni cabe considerar tampoco, como definidores de una idea, los agitadores de las turbas y los que excitan a los crímenes ácratas. Y ni aun cabe tampoco sostener que cuando una teoría cae en manos del vulgo, para desfigurarla puede llamarse disolvente aquélla, pues si una llama de una bujía arde y un puñal asesina, a nadie se le ocurre pensar que tales elementos materiales son delincuentes, cuando no son ellos, sino las malas pasiones del hombre, quienes los utilizan.

Comienza por ser una característica del anarquismo cierta holgada vaguedad teórica. La mayor parte de sus pensadores no son hombres de ciencia, en el sentido estrecho de la frase, sino sencillamente temperamentos pasionales, ansiosos de mejora y de perfeccionamiento. Mientras los hombres del socialismo son especialistas, los del anarquismo carecen generalmente de sentido científico sólido. Critican el derecho sin ser jurisconsultos; son, con frecuencia, definidores de moral, y les guía en sus especulaciones un juicioso buen sentido. El *leader* del anarquismo francés, Juan Grave, apenas utiliza en sus libros, tan extendidos hoy, otra cosa que un mediano juicio. Y de Proudhon puede decirse otro tanto.

Mejor que el resultado de un cúmulo de observaciones y de experimentos, es hoy el anarquismo un estado de espíritu, el resultado afectivo de mil emociones diversas. El intelectual que se llama anarquista cita una frase de un drama de Ibsen, un rasgo feliz de Björnson Björnstierne, una frase preñada de unción de Tolstoi, pero no cimenta su anarquismo en ideas científicamente formuladas y desenvueltas.

[34] CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS, *Problemas del día*, capítulo dedicado a la represión del anarquismo. [Nota del autor]
[35] GINER DE LOS RÍOS Y CALDERÓN, *La filosofía del derecho*. [Nota del autor]

La dificultad, pues, al tratar de sintetizar en una fórmula la esencia del anarquismo, es verdaderamente insuperable. El sentido popular confunde la *rebeldía* con el anarquismo, y lejos de desdeñar esta acepción corriente, puede servirnos de pauta en la indagación corriente. Ya lo veremos.

Si el anarquismo posee un punto de partida verdaderamente claro, este se funda, a no dudarlo, en la bondad nativa de la especie humana. Frente a frente este principio del aserto católico del pecado original, considera todas las creaciones originadas del progreso social, y, posteriormente del progreso político, como instituciones puramente artificiales y falsas. Así, para Tolstoi, la sociedad, toda ella, se funda en el Egoísmo, el Mal y la Fuerza, y al despojarla de toda suerte de caracteres éticos, y por ende jurídicos, intenta que otros principios contrarios imperen y ellos sean los pilares de una vida colectiva, espontánea y libre.

Junto a la bondad nativa de la especie humana, cree el anarquista en la igualdad humana. Buenos y libres todos, es inútil hablar de superioridad e inferioridad sociales, de clases y de jerarquías, palabras que han inventado la soberbia, la vanidad y el egoísmo de los hombres para el anarquismo. La Ley misma, como producto de los fuertes y de los que imperan, es una farsa más que no responde a las necesidades del organismo social existente, y sin la cual seríamos más felices todos. Porque toda ley no se concibe –dentro del seno de las doctrinas anarquistas– sin la *coacción exterior*. Es esta la única garantía, ya que no de su eficacia, por lo menos de su cumplimiento. Y la coacción repugna a estos dos principios de libertad y de bondad humanas.

La coacción, en la que se basa, para el anarquista, toda la sociedad presente, y cuyas dos clases son, según Tolstoi, la de los trabajadores y la de los holgazanes, ha dado origen a la existencia del poder civil, al cual no solamente le reconocen el origen divino que tiene, por ejemplo, en la doctrina católica y en aquella otra, su hermana gemela, que llamó Taparelli de *hechos asociantes*, sino que se separa de las concepciones de Hobbes y Rousseau, para los cuales el fundamento del poder civil deriva del mismo cuerpo social, ya que estriba meramente en su delegación. Por el contrario, el mismo poder civil, sea cualquiera su manifestación exterior, no puede nunca subrogarse las facultades inherentes a toda autoridad, porque ni la violencia supone la delegación ni el poder civil ha reconocido otro origen que los amaños del más fuerte en completa lucha con el débil y con el desvalido.

No cabe, en efecto, poder civil, autoridad, gobierno, encarnación de la soberanía en un sistema donde todos los asociados son igualmente libres. Para Malatesta[36] «el gobierno es la colectividad de los gobernantes». Para Bakounine[37] «el gobierno pertenece a una etapa inferior de la evolución y es un producto de la religión». Kropotkine[38] añade, por su cuenta, que «el Estado se mezcla en todos nuestros asuntos, teniéndonos estrechados desde la cuna hasta el sepulcro». Coinciden, en general, como se ve, todos los anarquistas en la necesidad de abolir todas las formas exteriores de autoridad, y como es obvio que aun después de suprimida esta no cabe otro recurso que seguir viviendo socialmente, exponen, algunos con infinidad de detalles y otros en conjunto, los rasgos de una futura organización social. Juan Grave ha dedicado a este asunto un libro demasiado flojo y endeble de razonamientos, por lo demás[39].

Para Grave –partidario de la *sans patrie*, como la mayor parte de los doctrinarios ácratas–, la organización ha de ser libre, y lejos de basarse en la vieja concepción política de autoridad y de mando, ha de inspirase, como punto genético, en las naturales aspiraciones de los grupos humanos, que así han de constituirse expresamente. A la vez, han de ir borrando límites, ampliándose a medida que el sentimiento de la propia igualdad vaya penetrando en los cerebros. Hoy no tenemos más que un organismo social totalmente altruista, donde los intereses no son contrapuestos y donde los anhelos de cada uno marchan al unísono: la familia.

Pero fuera de este primitivo grupo social, sostienen los anarquistas que las manifestaciones superiores de organización social, tribu, municipio, provincia, región, etc., se destruyen unas a otras, ya por estar basadas en el artificio político, ya también porque los intereses luchan entre sí. En la sociedad futura, cada organismo ha de tener el derecho ilimitado de su propia independencia, «siempre –escribe el Sr. La Iglesia[40]– que su constitución interna no amenace la

[36] MALATESTA, *Entre paysans*. París, 1901. [Nota del autor]
[37] BAKOUNINE, *Dios y el Estado.* [Nota del autor]
[38] KROPOTKINE, *Palabras de un rebelde.* [Nota del autor]
[39] JUAN GRAVE, *La sociedad futura.* Casa editorial de La España Moderna. [Nota del autor]
[40] GUSTAVO LA IGLESIA, *Caracteres del anarquismo en la actualidad.* Madrid, 1905. [Nota del autor]

independencia y la libertad de los territorios vecinos». Si así es –y natural es que así sea dentro de la acracia– el sistema anarquista, deja una brecha formidable de impugnación al pensador sereno. En el momento en que la independencia de estos territorios se limita por la de sus vecinos, hay que suponer que alguna persona individual o colectiva tiene que dirimir las contiendas de este absoluto derecho de independencia y de integridad. Y esa persona, aun cuando sea para ese solo fin, estará constituida en autoridad. Replican los anarquistas diciendo que son las agrupaciones las que resuelven; pero, en ese caso, alguna tiene que ser la superior, o, por lo menos, alguno de los organismos en litigio tendrá que someterse a decisiones extrañas impuestas.

Y la misma fundamentación ilógica que el anarquismo da a su pretendido derecho de la absoluta independencia territorial de los organismos sociales, la aplica también al federalismo universal cosmopolita, que ha de servir de lazo de unión a todos estos organismos.

Supongamos por un momento que han desaparecido las naciones, que se han borrado todas las fronteras, que los hombres todos han llegado a fundir en un alto interés toda suerte de pequeños intereses subalternos y en una sola aspiración amplia, humana, el conjunto también de todas las pequeñas tendencias de los organismos libres. ¿Qué fundamento podrá tener entonces la federación universal? Si se dice que descansa en el contrato hecho entre partes iguales, y se quiere suponer entonces que no peligra en absoluto la libertad, no se resuelve más que en apariencia la contradicción que nace de considerar ajena a toda suerte de trabas la libertad personal y la colectiva, y de considerar necesaria la mayor parte de los escritores ácratas esta confederación cosmopolita, fundada en el pacto de todos los organismos sociales que vaticina el anarquismo. Verdad es que el contrato se funda en la libertad de las partes contratantes; cierto es también que en esta libertad no hay verdadero contrato jurídico; pero el mismo contrato, al tener fuerza obligatoria; limita la libertad en aquello mismo que se contrata. El contrato, por el mero hecho de serlo, tiene fuerza obligatoria, y, al tenerla, obliga. Ahora bien, esta confederación humana –hermosísima, es cierto– limita la libertad, que ya deja de ser absoluta; ha de tener fuerza coactiva, aunque se empeñen en declarar otra cosa los teóricos del anarquismo, y, en último término, puede rescindirse, con lo que se echa de ver la poca lógica que asiste en este caso al aspecto político, acaso el más interesante del anarquismo actual.

Kropotkine afirma que, dentro de esta organización anarquista, subsistirá el Municipio, no con el sello que hoy tiene de burocracia administrativa y siendo como es una especie de despacho del centralismo, sino como una agrupación de todos aquellos hombres que piensen y sientan de la misma manera.

Los diversos grupos de un Municipio se sentirán como atraídos hacia las agrupaciones similares de otros Municipios, y estarán tan íntimamente unidos con ellos como con sus similares; y así se formarán comunidades o agrupaciones de intereses, cuyos miembros se encontrarán repartidos por millares de ciudades y de pequeños centros de población[41]. Estas comunidades obedecerán al contrato[42]. Mas no cree Kropotkine que pueda obligarse al cumplimiento de éste[43], porque todos han de cumplirlo espontáneamente, pues otra cosa sería suponer, lo que no es creíble, que los hombres no sienten necesidad del trabajo cooperativo, del afecto ajeno y del auxilio eficaz que le han de prestar los demás asociados. Tampoco resuelve Kropotkine la dificultad señalada más arriba, pues cabe suponer, en efecto, que haya algún asociado que no sienta necesidad de tales auxilios. O se le expulsa de la agrupación o no: si lo primero, hay que preguntar quien, dentro del sistema, y con qué derecho, allí donde se quiere que no haya gérmenes del derecho de castigar; y si no se le expulsa, estará rota esta cooperación mutua, que es la nota más importante de la organización futura. Todo nuestro mecanismo social tiene que desaparecer forzosamente –agregan los anarquistas–. Al suprimirse la coacción, se suprime el derecho y por ende quien lo define: el legislador, y quien lo hace cumplir: la autoridad. Pero estos grupos que, lentamente, a medida que vaya prendiendo en los espíritus la concepción nueva, formarán la humanidad, han de dictar sus disposiciones a los asociados. Y volvemos a preguntarnos: tales disposiciones ¿tienen carácter obligatorio o no lo tienen? En el primer caso es inútil hablar de la abolición de las leyes, si no, en todo caso, de la modificación de su sentido. Y en el segundo, es difícil hablar de la utilidad de unas disposiciones que muy bien pueden no cumplirse.

[41] KROPOTKINE, *Palabras de un rebelde.* [Nota del autor]
[42] KROPOTKINE, *La conquista del pan.* [Nota del autor]
[43] KROPOTKINE, *L'anarchiste communiste.* [Nota del autor]

Todas ellas han de redundar en interés de todos –se agrega– y apenas hay descripción más o menos pintoresca y feliz de esta futura edad dorada –que para otros, como para nuestro Cervantes[44], pasó ya– donde no se canten las excelencias de rectitud que han de emanar de dichos acuerdos.

Entonces, se me antoja creer que los anarquistas mismos reconocen la necesidad de la ley y que lo que desean es que sea justa, plegable a las circunstancias del momento, «ley viva» que dijo el maestro Luis de León, pues no otra cosa significan estas palabras tímidas de «disposiciones justas de la colectividad», aunque se agregue, a renglón seguido, que no pueden llevar en sus entrañas fuerza obligatoria ni carácter coactivo de ningún género.

Hay más: prescindiendo de estas leyes, que pleonásticamente llamaré legales, es frecuente –aun dentro de los libros anarquistas más en boga– hablar de las leyes naturales. El mismo Tolstoi, pensador excelso, ha desparramado en sus novelas[45] todo un sistema moral, lleno de obligaciones infinitas que nos imponen la razón, el deber y, antes que nada, el sentimiento religioso. Lo que confirma el aserto precedente.

Pero hay además otro aspecto interesante en este esbozo de constitución anarquista. Haya Municipios –como quiere Kropotkine– o no los haya, lo que sí han de existir son agrupaciones independientes, libres e iguales, que no han de vivir en aislamiento, sino que, por el contrario, han de entablar sus relaciones cordiales. Toda agrupación supone organización, y toda organización entraña, en la mayor parte de los casos, la idea de jerarquías. Y la agrupación, por libre y espontánea que sea, es contractual dentro del anarquismo, y como contractual obliga. Véase por donde asoma, trémulamente, un ligero rastro de autoridad. En el Congreso Anarquista que se celebra en Ámsterdam[46] se ha tropezado con esta dificultad, y, al pretender un compañero francés la aprobación de varias proposiciones de carácter obligatorio entre los ácratas, se dibujó una corriente poderosa, más radical, pero más lógica; una corriente absolutamente individualista, de dispersión, en virtud de la cual nadie obligaba a nadie.

Las radicales negaciones del derecho tropiezan, a cada paso, con grandes escollos, con barreras infranqueables, que se quieren saltar, a pesar de todo, con toda agilidad y destreza. Eltzbacher[47], que ha estudiado a fondo La filosofía jurídica del anarquismo, limitándose a una exposición que, por su claridad y método, es su mejor comentario, señala perfectamente estas fluctuaciones. Max-Stirner[48], para quien el sistema tiende solo a la felicidad completa y absoluta del individuo, rechaza toda idea de derecho en la organización futura. Pero Bakounine y Kropotkine hablan sólo de la desaparición para el porvenir del derecho legislado, esto es, admitiendo la necesidad de la costumbre. He aquí una confesión preciosa que no debe desdeñarse.

Los anarquistas apenas estudian la materia penal. Cómodamente suprimen las penas. Dentro de la organización futura no caben delitos, que, por lo visto, en el actual estado de cosas únicamente son originados por la ley. A excepción de Tolstoi, que ha hecho en *Resurrección* una crítica acabada y perfecta del sistema penal corriente, los demás teóricos se fijan más en el aspecto económico de la anarquía, que será objeto del capítulo siguiente.

IV
Aspecto económico del anarquismo

Sostiene Aquiles Loria[49], eminente economista italiano y uno de los más excelsos representantes del socialismo científico contemporáneo, que en el fondo de toda cuestión religiosa; política, jurídica, etc., late un problema económico de difícil solución. Explica, en efecto, la

[44] Recuérdese el pasaje de la edad de oro. [Nota del autor]

[45] Principalmente en *Ana Karenine*, *La salvación está en vosotros*, *El príncipe Neklindoff* y otras mil que son del público dominio. Un autor, Ossip-Lourié, ha estudiado en un libro, titulado *La philosophie de Tolstoi*, todos los matices intelectuales del eximio pensador y de cuyo libro existe, según creo, una traducción castellana del señor González Serrano. [Nota del autor]

[46] Habla del Congreso de Ámsterdam que tuvo lugar entre el 24 y el 31 de agosto de 1907, es decir, cuando Sánchez Rojas se encontraba redactando el trabajo, no cuando lo publicó. Téngase en cuenta que fue leída la tesis el 22 de octubre de 1907.

[47] ELTZBACHER, Obra citada. [Nota del autor]

[48] MAX-STIRNER, *El único y su propiedad.* [Nota del autor]

[49] AQUILES LORIA, *Los problemas económicos contemporáneos.* [Nota del autor]

existencia del anarquismo, principalmente, el malestar económico del proletariado y sus dudas acerca de la organización presente de la sociedad y la desigualdad que nace del hecho de que unos sean propietarios y de que otros no lo sean.

El escritor sueco Federico Lindholm afirma[50] que, en efecto, «todos los que se han preocupado de hallar las causas sociales del anarquismo han llegado a la misma conclusión: que el malestar social ha engendrado el anarquismo y le da vitalidad». No puede excusarse, por lo tanto, en una disertación que versa sobre el problema del anarquismo, un estudio un poco detenido acerca de su aspecto económico.

Afirma Godwin[51], autor de la primera obra sistemática de anarquismo, que la distribución actual de bienes regulada por el derecho, de consuno con la Economía Política, es una institución jurídica que se opone abiertamente a la felicidad de todas las clases sociales, porque esta felicidad demanda que una distribución racional de bienes, fundada simplemente en sus dictados, ocupe el puesto de la propiedad. Verdaderamente, Godwin, que preconiza un cambio tan absoluto, no nos dice el procedimiento para llegar a la pretendida innovación, pues poco después advierte que aquellos miembros que hayan llegado a conocer la verdad, convenzan a los otros de lo necesario que es el cambio para el bien de la comunidad. No solamente es Godwin el único que no se muestra conforme con la actual organización económica. Son todos los anarquistas sin excepción. Así, Stirner[52] rechaza también la propiedad en estos términos: «La propiedad vive a expensas del derecho. Solamente encuentra en él la propiedad su garantía. La propiedad es una ficción». Bakounine entiende asimismo que la propiedad ha de transformarse de un modo violento, quedando únicamente la propiedad privada de los medios de consumo, pero existiendo un usufructo colectivo de la moneda, de los medios de trabajo y de la tierra. Para Tolstoi, el amor es incompatible con la organización económica que ha engendrado dos castas de hombres: la de los que consumen y no producen y la de los que producen, con un consumo mínimo; para el pensador ruso, como para Godwin, ha de venir la reforma por la conquista, de la verdad en los espíritus y por el sentimiento del amor. Proudhon[53] rechaza la existencia de la propiedad en aquella su frase famosa: «La propiedad es un robo»; aserto que pretende demostrar en su libro *¿Qué es la propiedad?*

Sin embargo, pretende que se repartan los bienes «según las normas jurídicas de los contratos», aun cuando no dice en qué consistan tales normas. Tucker, más modestamente, en fin, rechaza la idea de la propiedad basada en el monopolio.

Como se ve por este conjunto de opiniones sustentadas por los más significados campeones del anarquismo, el estado económico actual no les satisface. Con arreglo a los precedentes puntos de vista, el ya citado Eltzbacher clasifica, en atención a su aspecto económico, las teorías anarquistas en antidominstas y dominstas, incluyendo entre aquéllas las de Godwin, Tolstoi, Stirner y Proudhon, que, como se ha visto, rechazan la propiedad para el porvenir, y las dominstas, que son: individualistas, cuando reconocen la propiedad de un modo ilimitado, como le ocurre a Tucker; colectivistas, cuando reconocen la propiedad individual de los medios de consumo, como le sucede a Bakounine, y finalmente comunistas, cuando sólo admiten la propiedad colectiva, como sostiene Kropotkine. De donde se infiere que el descontento es unánime y general la protesta.

La propiedad individual, no obstante, sancionada por todos los códigos del mundo, encuentra muy decididos partidarios. Con la explicación de sus fundamentos se han llenado mil volúmenes. Sabido es que los juristas romanos la fundaban en la ocupación; que Rousseau la fundamentó en el pacto; que Benthan y Hobbes la reconocían un origen civil, esto es, la ley, y que no han faltado, por último, escritores eclécticos que la fundamentan, a la vez, en la ocupación y en el trabajo. Para los anarquistas, que están muy lejos de otorgarla ningún derecho divino, como las escuelas católicas, ni humano, la institución de la propiedad procede de la ley. Y se impone su transformación inmediata, ya por medios violentos, según los revolucionarios, ya también por la evolución natural de las ideas. La expropiación ha de ser el procedimiento capital. Las propiedades particulares pasarán, expropiadas, a manos de la comunidad. Se

[50] FEDERICO LINDHOLM, *El anarquismo* (Estudios sociológicos). Versión española de Miñana, Madrid, 1906. [Nota del autor]

[51] GODWIN, *An enquiry concerning political justice and its influence on general virtude and happines.* Londres,1773. Citado por Eltzbacher y La Iglesia [Nota del autor]

[52] MAX-STIRNER, *El único y su propiedad.* [Nota del autor]

[53] PROUDHON, *¿Qué es la propiedad?* [Nota del autor]

implantará una organización diversa, y hasta pretende el anarquismo suprimir alguno de los factores que hoy integran la economía política o hacerlos cambiar de valor. El salario, por ejemplo, no cabe dentro de la futura organización económica, una vez verificada la expropiación. El salario se basa en la explotación personal para ellos.

Pedro Kropotkine, que ha publicado un estudio sobre la expropiación en las *Palabras de un rebelde*, y un capítulo entero en *La Conquista del pan*, no dice, sin embargo, cómo ha de llegar a establecerse. Ataca a la Economía Política, «la pseudociencia –escribe– de la burguesía actual», e inicia un nuevo sentido en ella. Para el anarquista, la Economía ha de ser la fisiología social. Ha de tratar de remediar las necesidades sociales y no limitarse a contemplarlas. Pero, fuera de esto, no aporta datos de interés a la cuestión.

El jurisconsulto alemán Zanker[54] señala la vacilación que, en punto a las doctrinas económicas, reina en el campo teórico del anarquismo, y reconoce a Marx únicamente la facultad de haber procedido con sentido crítico y consciente al tratar de las cuestiones económicas. Por lo demás, Proudhon, que se propuso la indagación de los fenómenos económicos, escribió un *Sistema de contradicciones económicas*, que se daban más en su espíritu que en la realidad; a Kropotkine le califica de ingenuo en materias económicas y a Bakounine le moteja nada menos que de ignorante.

Lo que sí es evidente, después de recorrer la mirada por las páginas de la literatura anarquista, es su escaso sentido, sobre todo en este aspecto económico, que es el más interesante y que se halla, no obstante, envuelto en las vacilaciones que acabamos de examinar.

V
La delincuencia anarquista

Existen, dentro de las concepciones anarquistas, dos tendencias claramente marcadas en lo que respecta a la clase de procedimientos que han de ponerse en práctica para lograr la pretendida constitución social, libre e independiente, ajena a todas las trabas que hoy influyen sobre la sociedad presente. Son éstas las revolucionarias insurgentes que cantan el predominio de la violencia, las que hacen consistir el cambio en una transformación radical de nuestros hábitos, o aquellas otras moderadas, *conservadoras* en cierto modo; que esperan la reforma parcial de las instituciones políticas.

Los anarquistas, por lo tanto, se han organizado, ya para cambiar ideas, ya para influir sobre la sociedad, ya, por último, para intentar, de una manera eficaz y positiva, el logro de sus aspiraciones.

Señalar la historia de este movimiento es tarea fácil, ya porque su origen es demasiado reciente, ya también porque la difusión y la propaganda de estas doctrinas han tenido tan extraordinario relieve que ocupan toda la mitad del siglo pasado.

En los últimos meses del año 1847 apareció el programa comunista de Engels y Carlos Marx, y desde esta época se afirma el establecimiento de la acracia como partido político.

El programa comunista del partido socialista germánico, que establecía, entre otras cosas menos importantes, el trabajo obligatorio para todos, la expropiación de la tierra y el monopolio del crédito público en manos de la autoridad política, mediante la fundación de un Banco, tuvo una rápida propaganda internacional que logró adeptos. Miguel Bakounine, acentuando el sentido libertario de las masas, fundó la Alianza Internacional de la Democracia, 1868; hizo luchar en el Congreso de La Haya de 1872 contra la significación de Marx, y esta alianza apenas tuvo más lazo de unión entre los asociados que la correspondencia mutua y la celebración de Congresos, que, como el segundo celebrado en Bruselas, fue como el acta de nacimiento de las doctrinas colectivistas.

Pero al mismo tiempo que se exteriorizan dichas manifestaciones teóricas, los anarquistas toman una postura de rebelión contra lo existente, ya en forma de reuniones tumultuosas, ya por medio de regicidios, ya también por medio de crímenes colectivos contra la sociedad entera.

[54] Citado por D. Gumersindo de Azcárate en su informe leído ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas el día 23 de junio de 1896. [Nota del autor]

La epidemia delincuente cunde primero en Rusia con los nihilistas, apareciendo allí principalmente con carácter de protesta contra los poderes constituidos, carácter que aún conserva en nuestros días, donde los atentados constituyen, acaso, la forma más frecuente de propaganda política, y cuya serie comienza con el atentado contra el general Trepoff en San Petersburgo el año 1877. Los atentados contra Guillermo II, la muerte del Czar Alejandro II, la intentona de hacer volar el Parlamento Británico en 1883, las *heroicidades* de Henry, Vaillant, Casserio y Angiolillo, el atentado contra el general Martínez Campos en Barcelona, el del teatro del Liceo, etc., constituyen un catálogo demasiado incompleto, aunque no queremos hacer una lista acabada de los delitos que se han cometido en nombre del anarquismo. Y no han sido únicamente delitos contra las personas, sino contra las cosas, pues algunos de los más conocidos delincuentes anarquistas han sido ladrones, estafadores, etc.

Es ocasión, por lo tanto, de examinar si hay una delincuencia anarquista distinta de la común, en la que se den caracteres tales que no concurran en los demás delitos que se llaman comunes.

Ante todo, conviene hacer una separación.

El anarquismo teórico está limpio, casi siempre, de tales explosiones malsanas. Fuera de Bakounine, Max-Stirner y Nietzsche, que se han convertido en jefes de grupos y han excitado, el primero con la palabra y con la pluma, el segundo con su disolvente *yo* y el tercero con sus disquisiciones amorales, el espíritu de las gentes, lo cierto es que los que forman la plana mayor del intelectualismo anarquista no han aconsejado nunca el empleo de medios violentos para la implantación inmediata de sus doctrinas.

Hay, por de pronto, un fenómeno en la geografía de la delincuencia anarquista. Estos delitos adquieren un desarrollo completo en Italia, Francia, España y Rusia; disminuye notablemente en los países del Norte y América, y su acción es casi nula en Inglaterra. El desarrolló del anarquismo parece que está en razón directa de la miseria y de la corrupción política. Y a estas naciones meridionales ha llegado la voz del anarquismo encanallada ya en folletos, periódicos subversivos y en un tono de excitación desmesurada.

Pero hay además otros factores que conviene estudiar.

Los dos países que han albergado anarquistas, Inglaterra y Suiza, se encuentran con un número reducidísimo de atentados; en Londres son nulos, y Suiza presenció, en Ginebra, el asesinato llevado a efecto por Lucheni contra la Emperatriz Isabel de Austria. Lo mismo Suiza que Inglaterra son pueblos prósperos; la educación política es patrimonio de los ciudadanos, y acaso no haya pueblos de más instinto jurídico.

Los Estados Unidos también han sido castigados; recuérdense los desórdenes de Chicago y el asesinato de Mac-Kinley.

En los países latinos de Sudamérica, la proporción es todavía menor.

Esta especial manera de difundirse el anarquismo no nos sugiere, a primera vista, comentarios de importancia. Su desarrollo parece paralelo del de los delitos comunes, de la miseria y de la corrupción política, patrimonio tristísimo de la raza latina.

El criminal anarquista no es, por regla general, un amante teórico de las doctrinas, sino un vanidoso, un loco, que considera su anarquismo como pabellón que cubre y defiende sus tendencias antisociales. Les lleva al crimen un ansia enorme de notoriedad; como a Eróstrato, les mueve el amor del nombre, el ansia de perpetuarse. Son temperamentos líricos, apasionados de las frases huecas y de esos aborrecibles *bellos gestos* que han cantado los poetas decadentes. Ferozmente individualistas, alienados, con falsos matices de sentimientos altruistas, convierten el crimen en un reclamo.

Bakounine ha tratado, no ya de describir el anarquista de acción, sino de analizarlo en su *Catecismo revolucionario*. Para Bakounine, el anarquista debe ser un hombre del que se desprenda constantemente una protesta viva contra todo lo existente y apenas debe conocer otra cosa que la ciencia de la destrucción.

Pero pronto se observa que tales anarquistas son, sencillamente, delincuentes vulgares. Lombroso ha estudiado el tipo antropológicamente. Apenas ha encontrado un anarquista normal. La delincuencia se da en proporciones gigantescas entre los grupos ácratas: «Entre los habitantes de París –escribe– se encuentra el tipo criminal en un 12 por 100; entre 41 anarquistas de la capital se encuentra en un 31 por 100; entre 41 anarquistas de Chicago, en un 40

por 100, y en 100 de Turín, en el 34 por 100»[55]. Y entre esos criminales existe la jerga, lo que demuestra su atavismo y la inferioridad en que se hallan respecto del tipo medio social. Como los delincuentes de toda laya, se expresan de un modo primitivo, porque sus ideas generales no son las ideas corrientes. En la jerga anarquista figura como cosa corriente el procedimiento imitativo, la onomatopeya, para designar cosas abstractas. Sus periódicos están escritos en esa germanía novísima, que se aprende en las cárceles y de la cual es maestra el hampa. Con el dibujo se notan también algunas particularidades; son rasgos primitivos, infantiles, rebosantes de ferocidad y de cinismo. Entre los que ha coleccionado Dubois, se nota pronto que la imaginación que los ha creado es perfectamente cruel, sanguinaria, y al mismo tiempo torpe, candorosa en medio de su brutalidad.

Y no es solamente la jerga la que se da en esta delincuencia novísima y aterradora. El tatuaje, que se observa entre los grandes criminales, es frecuente también entre los anarquistas de acción. Su tatuaje suele consistir en figuras tétricas, en los objetos materiales con que cometen sus crímenes: puñales, revólvers, aparatos químicos, bombas explosivas, etc. No hemos de dar una importancia desmedida al tatuaje, como característica de la criminalidad, hasta el punto de que, para Lombroso, tatuados y criminales son palabras sinónimas. Únicamente señalamos la coincidencia del tatuaje entre los terroristas y los criminales.

La forma de cometerse estos atentados sirve –sin pararse en otras señales importantes– de demostración de su falta de sentido ético. Los asesinatos de las muchedumbres, la explosión de varios edificios, sobrepujan a toda crueldad. Su instinto destructivo hace creer en la existencia de monstruos de leyenda, que, desgraciadamente, llenan de terror en la práctica a todos los ciudadanos y hacen que el problema de la represión del anarquismo sea, casi siempre, insoluble en los países que se encuentran azotados por los crímenes de esta índole.

Hay otras manifestaciones criminosas en la delincuencia anarquista: así, por ejemplo; su lirismo cínico y desvergonzado; toda esa broza de literatura callejera, odiosa y macabra, que constituye, por decirlo así, el ambiente artístico de esa delincuencia. Este lirismo es el que llama héroe a Ravachol; el que impulsa tentadoramente al crimen con alucinamientos de refinado; el que ha colocado, junto a una máxima de Bakounine, una enumeración de substancias químicas para preparar un explosivo; el lirismo que informa las elucubraciones del *Père Penard*.

El erostratismo, la vanidad –he dicho antes– constituye una de las cualidades psíquicas de más bulto en la delincuencia anarquista. A veces es el resorte y el secreto de acción de estos crímenes. Suele ir la petulancia criminal acompañada de un vago barniz de teorías filosóficas, que la hace aún más ostensible a los ojos de los observadores. El delito es una misión social entonces. El anarquista se convierte, ante sus propios ojos, en agente de los destinos históricos. La vanidad aumenta cuanto más excelsa aparece a las multitudes la víctima del delito. Así, el profesor Regis ha demostrado que esta vanidad, de la que eran esclavos los viejos regicidas, ha pasado íntegra a los actuales anarquistas de acción. Apenas se diferencian más que en las fórmulas verbales. Así, para Lebier, el crimen no es más que una guerra cruenta entre la sociedad y el individuo; lo que sucede es que aquélla es más fuerte que este, y que, cumpliéndose al pie de la letra las leyes de la supervivencia del más apto, que formuló Darwin, perece el individuo. Para Ravachol, su brazo –el brazo de todos los asesinos y, por descontado, de los delincuentes anarquistas– es el brazo heroico que ejecuta las grandes hazañas de la historia.

Y de tal modo hipertrofia la vanidad el carácter y la mentalidad de los terroristas, que engendra en ellos una autosugestión continua, un delirio místico mejor. Creo que es el doctor Valette –pues me ha sido imposible hallar actualmente la cita– quien demuestra que el crimen anarquista obedece a un proceso interior, a una génesis de esta petulancia. Son esclavos de la historia, de la posteridad y del nombre. Hombres imaginativos, indisciplinados, incapaces de una gimnasia continua de la inteligencia y de la voluntad, encuentran en el crimen, preparado teatralmente casi siempre, un escenario amplio, en el cual son los únicos protagonistas. Quijotes de la delincuencia, histriones del honor, sedientos siempre de la publicidad baratera, los anarquistas créense castigadores de la sociedad en que viven.

Orsini vivió preocupado continuamente de la exhibición. Se creía capaz él solo de ejecutar un acto que tuviera más transcendencia revolucionaria que todas las agitaciones violentas que registra la historia. Fieschi, firmando sus autógrafos «el regicida Fieschi» y repartiéndolos pro-

[55] CÉSAR LOMBROSO, *Los anarquistas*. Traducción española de Julio del Campo y de Gabriel R. España. [Nota del autor]

fusamente, es otro caso de este trágico erostratismo contemporáneo. Atacado de grafomanía, escribió sus Memorias, afirmando que su nombre se incorporaría en el porvenir con el de los grandes hombres. Ravachol pasa por todas las formas del crimen, de bandido vulgar y violador de sepulturas, ansioso únicamente de esta celebridad malsana. Le preocupan los relatos de los diarios; quiere que los periodistas descubran hasta los más oscuros rincones de su alma. Es comediante antes que bandido.

Y en pos de su figura cunde la manía imitativa. Ravachol es el compañero *sublime*, el osado sin par, el primer santo del almanaque de la secta. Su figura brutal de pómulos salientes, de ojos fríos, que penetran como el acero recién afilado de un puñal, con un completo desarrollo de la mandíbula inferior, que le da un aspecto inquietante de estupidez, es el mejor símbolo de estos crímenes.

En Vaillant, asimismo, es la admiración a Ravachol la que le induce al crimen. Se propone sobrepujarle; prepara fríamente su atentado; hace su apología días antes de arrojar la bomba en la Cámara francesa de Diputados, enviando su fotografía a Reclus, y prepara artículos encomiásticos para que, a raíz del atentado, su nombre circule profusamente.

La imitación ravacholesca no es única en los anales del crimen terrorista. Leanthier preparó, después de Vaillant, en París, un atentado contra el Rey de Servia, que fracasó aparatosamente. Escribió a Sebastián Faure anunciándole el golpe, excusándose, al mismo tiempo, de no poder ofrecer al terrorismo más que esta débil prueba, «porque carezco –escribía– de medios para dar un golpe de efecto como el sublime compañero Ravachol». En Henry se repite la prueba. Apenas hace, ni dice, ni escribe algo que no esté completamente pensado. Se cree un nuevo Cristo de la humanidad actual. Desempeña su papel con perseverancia tenaz, sin decaer un momento, como histrión que sabe de memoria su recitado, con la constancia que le da una voluntad que solamente se mueve a impulsos de su yo omnímodo.

En Casserio también juega un papel importantísimo la vanidad. Era un fanático, de energías férreas, que dedicaba la mayor parte del tiempo a la predicación del anarquismo entre los labradores lombardos. Hombre de mentalidad escasa, de pobres recursos intelectuales, Casserio colabora en las Revistas, exagera la nota rebelde, goza de cierta aureola de popularidad, se cree filósofo, escritor, publicista de bríos. Una enfermedad le obliga a recogerse en un hospital público. En sus horas forzosas de ocio se siente descontento de sí mismo, quiere algo más; no se siente completamente envanecido y prepara, entre las sombras, en los primeros meses del año 1894, el asesinato del Presidente de la República francesa, Mr. Sadi Carnot.

El terrorismo cuenta, entre sus adeptos, a millares de personas que hacen vida sedentaria. Es curioso observar este fenómeno. Se enlaza directamente con la aptitud para la sugestión, fuerte en los cerebros terroristas. En España, los comienzos del terrorismo con la Mano Negra son verdaderamente alarmantes. Hay toda una sociedad delincuente organizada. Se incendian los cortijos andaluces, se roba en despoblado, se dirigen anónimos a los propietarios, nuncios de amenazas terribles.

Es el bandolerismo disfrazado de ácrata, lleno de programas pomposos, fundamentados en raciocinios pseudofilosóficos. El Sr. Cánovas atajó el mal con energía, así en sus gérmenes como en sus convulsiones posteriores de 1878 y 1882. Prescindiendo del anarquismo agrario andaluz, que causó víctimas en Jerez de la Frontera, el terrorismo se ha localizado en Barcelona de un modo alarmante. En aquella ciudad cosmopolita, donde las pasiones políticas han llegado a su efervescencia máxima, el catálogo de los crímenes anarquistas es bastante numeroso.

No tiene, pues, nada de extraño que la sociedad, asustada, haya intentado asegurar, por medio de la ley, la represión de estos delitos. Pero esto será materia del capítulo siguiente.

VI
El combate contra el anarquismo

Al examinar el problema de la represión y de la prevención del anarquismo, la mayor parte de los autores, fieramente indignados contra esta clase de crímenes, han propuesto, ya la promulgación de leyes especiales contra el anarquismo, ya también la necesidad de no transigir, en ningún caso, con la propaganda teórica de tales doctrinas, ya, por último, han soñado con castigar con penas muy graves –la deportación y la muerte– desde la simple instigación indirecta hasta la consumación material del atentado.

El problema es verdaderamente complejo. Se explica el que se pidan medidas urgentes de extirpación; por la cuantía de los daños, por la intención del agente, por los procedimientos con que generalmente se llevan a cabo tales crímenes, es naturalísimo que la serenidad se pierda, que el malestar obscurezca el cerebro de los pensadores y les lleve a soñar con medidas radicales, que serían recomendables y hasta legítimas si, lejos de extirpar el mal, no lo agravasen y agudizasen.

El delito social anarquista tiene raíces demasiado hondas para que puedan ser todas atacadas al mismo tiempo. Se corre el riesgo de olvidar las más importantes. Se olvida que no es una enfermedad lo que hay que atacar, sino innumerables enfermos del más diverso temperamento; enfermos que aumentan misteriosamente en las sombras y de cuya presencia nos damos cuenta luego que hemos visto alguna violenta sacudida, alguna conmoción brutal.

Yo no comprendo que en este respecto terapéutico tenga importancia el determinar si constituye una delincuencia aparte la delincuencia anarquista. Por otra parte, es una delincuencia que tiene precedentes. Lo que se ha desconocido hasta hoy ha sido la práctica de cometerlos, la modalidad, la mecánica de esto que ha llamado, con una precisión maravillosa, *guerra química* el escritor Julio Simón. El *bombismo* es la forma más corriente de la delincuencia anarquista; pero dista mucho de ser la única, y, sobre todo, fuéralo o no lo fuera, la forma no afecta a la esencia del delito, cuya gravedad se determina principalmente por la estúpida violencia de sus resultados.

La tendencia naturalista que se ha dado hoy a los estudios antropológicos y penales demuestra la conveniencia de abandonar las elucubraciones teóricas acerca del delito y la necesidad, cada vez más imperiosa, de estudiar antropológicamente al delincuente. En nuestro caso, al terrorista. Y su extirpación no se consigue ni con leyes especiales, ni con procedimientos reactivos de violencia, ni con agudizar las corrientes penas que aparecen en los códigos contemporáneos.

Crímenes que son efecto de la miseria, de la ausencia de sentido ético, de la vanidad, de la crisis económica, se corrigen, mejor que con fuertes sacudidas, con lenitivos, con lo que llamó Enrique Ferri *sustitutivos penales*, con la canalización de estas protestas generales por medio de leyes justas. El combate contra el anarquismo no puede ser unilateral, y peca de simplicidad y de candor todo cuanto se haga por contrarrestar su eficacia, si no está bien dirigido.

La moral del terrorismo no es la social corriente, ni sus ideas coinciden un momento con las nuestras. Parten de principios distintos; su educación es otra y perfectamente diferentes sus móviles de acción. Quiero decir con esto, que es preciso tener en cuenta que nuestros medios de reacción contra el anarquismo corren el riesgo de avivar más y más el fuego de esta criminalidad.

Tal sucede, por ejemplo, con la adopción de penas graves e inmediatamente aplicadas a los autores de estos atentados. Lo que para nosotros es un crimen es para ellos un acto digno; una redención que, como la del Gólgota, ha de limpiar las culpas a la sociedad. El anarquista busca la muerte, y con ella la popularidad, el marco nimbado de manchas rojas que le lleve al patíbulo con la aureola de mártir. En los anales del crimen anarquista se nos enseña que cada bizarra defensa social contra el terrorismo ha producido nuevas explosiones de este, y que allí ha sido mayor el número de delitos donde los gobernantes se han pertrechado con todos los medios imaginables de defensa. Así en Italia; así en Francia; así, finalmente, en nuestro país.

Luego, las causas de la difusión del anarquismo no son ajenas a la sociedad, sino que surgen, en parte, de la mala constitución de ésta, de la ineptitud e impericia de los gobernantes, de la laxitud de los frenos sociales. Un mal gobernante, con sus despropósitos, hace más por la causa del terrorismo que un folleto demoledor e incendiario. Los países peor constituidos son aquellos que dan más contingente a la criminalidad ácrata. Las bombas las fraguan un Juez injusto o inepto, un Ministro servil, un Parlamento sin autoridad moral. Y la prevención como la represión del anarquismo es labor tan compleja, afecta de tal modo a las raíces de nuestra constitución social, que se refiere a todos los órdenes de la misa.

Con la adopción de medidas extremas de penalidad no desaparece el terrorismo, sino el terrorista, terrorista que es vengado por sus compañeros en revanchas tristemente famosas. Por eso no se puede hablar del retorno a los procedimientos inquisitoriales, a las torturas de todo género, a las penas crueles. Nuestra leyenda de Monjuich, la más fresca todavía de Alcalá del Valle, han iniciado la venganza contra nuestro país, y lo que decimos de la adopción de

medios extremos suscribimos también del intento de muchos escritores de suprimir hasta la propaganda teórica.

El Sr. Cadalso, escritor distinguido, al que las condiciones de su elevado cargo en algún tiempo le llevaron a conocer *de visu* a los terroristas[56], cree llegado el momento[57] de que el Estado, al igual de la Iglesia, tenga su índice prohibido de teorías y de tendencias. Pero el remedio es peligroso. Una definición dogmática de la sociedad civil sería cien veces nefasta, porque se daría el caso de uniformar por la fuerza la inteligencia de los ciudadanos. La medida no resolvía [sic] [¿resolvería?] nada, aparte de que las ideas no se disuelven con las leyes, sino con otras ideas.

Una labor de moralización social, de mejoramientos progresivos, es acaso la mejor prevención contra el anarquismo. Leyes protectoras del obrero, mayor difusión de la cultura, el crecimiento de la educación política... trabajo es este que debe ocupar y preocupar a todos para prevenir el mal.

En nuestro país, esta labor lenta y firme es de todo punto necesaria. Se diría que nuestro pueblo es anarquista por temperamento. La ley es un convencionalismo que no se cumple. Es demasiado público su laboratorio y demasiado conocidos sus resortes para que nos inspiren el menor respeto. Se legisla por una clase social y para una clase social. Presenciamos una lucha de intereses, de egoísmos; asistimos piadosamente al torneo donde estos y aquellos se funden, y de esta fusión y de esta mezcla nace ya la ley muerta. La ley resulta entonces un juguete, cuyo mecanismo descompone el inteligente, un arma terrible que se dispara contra el ignorante.

Y en esta lucha contra el anarquismo no se pueden olvidar ciertas reglas de elemental estrategia. La primera es no conceder, aparentemente, beligerancia al enemigo, limitar los efectos de estos crímenes en la opinión, graduar los resortes de moderación y de templanza por medio del ridículo. La prensa debiera relegar la narración de estos atentados a un lugar muy secundario. Más que importante es esto de no servir de espectadores en estas farsas odiosas, donde el criminal busca la interview del diarista, la lente del fotógrafo, la ironía de la caricatura y la grave reflexión del sociólogo. Cuando se va en busca del reclamo, cuando se nos quiere hacer palidecer con una frase cínica, con un alarde de fiereza, debemos aparecer como no sorprendidos. La prensa podía disminuir los estragos del anarquismo con el silencio.

Se me dirá acaso que sin una energía serena de la sociedad, sin una saludable medicamentación, el anarquismo cundirá más y más en nuestros días. Es cierto, pero también lo es que la acometividad ciega no es la serenidad. Precisamente porque el peligro es de una gravedad extraordinaria, extraordinariamente sensata tiene que ser su represión.

Y ya se ha visto qué resultados han dado los medios represivos soñados por los legisladores. En Italia, después de los terribles castigos de Milán el año 1897, el anarquismo llegó hasta el campo, hasta los más pequeños centros rurales, cuando no había pasado de los arrabales de las grandes ciudades del Norte; dos años después, Bresci asesinó al Rey Humberto de Saboya.

En nuestra patria de nada han servido las medidas de 1882. Fresca está aún la sangre de las víctimas del infame atentado de la calle Mayor.

Y es que el terrorismo revela un malestar, y un malestar de índole económica, que es el primero que debe ser atendido. Ya hemos visto lo que dice Lindholm con gran alteza de miras. El Sr. Mena[58] cree que deben seguirse «las enseñanzas de los llamados socialistas católicos y socialistas de cátedra», y apunta, con acierto, que ha de procurarse establecer «el equilibrio del bienestar social», y «con esta tarea, larga a no dudarlo, y por todo extremo difícil, se habrá logrado hacer en contra del anarquismo infinitamente más que cuanto pueda lograrse por medio de leyes represivas, cualquiera que sea la dureza que en ellas se emplee».

El mismo Sr. Mena, del que son los periodos transcritos, cree también que debe concluirse con la propaganda anarquista. Pero ¿cómo es esta propaganda? ¿hasta dónde llega? Si se excita al crimen, si se hace la apología del terrorismo, justo es que se extirpe de raíz; medios naturales tienen las leyes para conseguirlo. Pero si la propaganda es doctrinal, lejos de remediar el mal, al evitar su circulación, lo agravará con peligro para todos. La propaganda, sea la que fuere, de esta o de la otra índole, es perniciosa o no según el público en que se desarrolle. No puede evi-

[56] Fue Director de la Cárcel Modelo de Madrid. [Nota del autor]

[57] FERNANDO CADALSO, *El anarquismo y los medios de represión*, Madrid, 1896. [Nota del autor]

[58] JOSÉ MARÍA DE MENA (Teniente Fiscal de la Audiencia de Madrid), *La represión del anarquismo*. Madrid, 1907. [Nota del autor]

tarse que un libro de Bakounine llegue a manos de un labriego, ni que una caricatura del *Père Penard* poniendo en solfa a los poderosos y a los ricos entre en el gabinete de un maniático. Naturalmente, el efecto de la prensa y del libro es fuerte en el cerebro ignorante. Pero estos son males necesarios, inherentes a la constitución social, cuya supresión no puede intentarse, porque al convertir una propaganda hasta hoy legal en manifiestamente hostil a las leyes, se corre el peligro de todo clandestinismo.

Se piensa también en la celebración de un Congreso anti-anarquista[59], donde se adopten medidas represivas cosmopolitas contra el anarquismo. Noble es el intento, sobre todo si estas medidas tienen un carácter complejo y afectan a las raíces del malestar social que padecemos.

VII
Legislación contra el anarquismo

Hay legislación especial contra el anarquismo en Portugal, Bélgica, Suiza, Inglaterra, Austria, Italia, Alemania, Estado de Nueva York (Estados Unidos), Francia y, finalmente, en nuestra nación. Este estudio debe completar nuestras observaciones en torno al anarquismo.

En Portugal, la ley de 31 de abril de 1892 establece penalidades para los crímenes que se cometen con sustancias explosivas. En el art. 15 se establece que todo aquel que emplee la melinita o la dinamita, o cualquiera otra substancia que explote, con el fin criminal de destruir personas y edificios o de cometer, por medio de estos instrumentos químicos, los crímenes de incendio voluntario o destrucción intencionada de edificios, ferrocarriles, líneas telegráficas, setos y árboles, será castigado con la pena de prisión mayor celular durante ocho años y veinte años, a *degredo* (relegación) con o sin prisión, o con la alternativa de la pena fija de relegación durante veintiocho años, con prisión en el lugar de la relegación durante ocho o diez años. La ley de 13 de febrero de 1896 es ciertamente más acabada. Castiga con la pena de seis meses, a lo sumo, de presidio las excitaciones orales públicas o escritas para la comisión de los delitos, aunque su resultado sea infecundo. En estos delitos tendrá jurisdicción el Tribunal de policía correccional, y después de cumplir la pena antedicha, los autores de tales excitaciones quedarán a la disposición del Gobierno, que podrá enviarlos a las colonias. A la prensa se la prohíbe, siempre que surja algún inesperado acontecimiento de índole anarquista, la publicación de los procesos y pesquisas de la policía. También se veda a la prensa la inserción y los comentarios de los debates anarquistas. Si los periódicos infringen estas disposiciones, la policía secuestrará los ejemplares, sin perjuicio de que el juez decrete la suspensión del periódico.

Una ley posterior, la del 31 de julio de 1899, establece que las disposiciones de esta ley que acabamos de examinar se apliquen únicamente a los que profesan doctrinas anarquistas. Los no anarquistas que inciten a la comisión de delitos por los medios ordinarios sufrirán la pena de tres meses a tres años de prisión correccional y una multa que oscile entre 100 y 2.000 reis. Estos hechos realizados por la prensa tendrán la consideración legal de abusos de la libertad de la misma, según la ley de 8 de junio de 1898, y se someterán a lo consignado en el art. 15, ya conocido, de la ley de 1892.

En Bélgica, la ley de 23 de agosto de 1887, vigente en la actualidad, castiga a los autores de los discursos pronunciados en los *meetings*, de los dibujos, carteles y emblemas fijados en los lugares públicos, impresos o manuscritos, cuando provocan la realización de actos delictuosos, con la pena de ocho días a tres años de prisión, y multa de 50 a 5.000 francos. Esta misma ley modifica varios artículos del Código penal belga, en el sentido de castigar con más severidad los delitos que puedan tener un carácter anarquista.

La ley federal de 1894 castiga en la Confederación Helvética el uso de materias explosivas con intención criminal con la pena mínima de diez años de prisión correccional. Las instrucciones dadas para la fabricación de bombas, cuando se sospeche que van a ser utilizadas en la comisión de delitos contra las personas o contra la propiedad, serán castigadas con la pena de cinco años de reclusión. El que reciba, transporte o retenga en su posesión materias explosi-

[59] Ya se celebró un Congreso en Roma, pero este fue de juristas y de técnicos. [Nota del autor]

vas, con intención distinta de impedir un delito, con la de seis meses a reclusión. Igual pena establece la ley para todo aquel que quiera propagar el terror entre todos sus conciudadanos, perturbe la seguridad pública, incite a la comisión de delitos o dé instrucciones para cometerlos. El art. 6 de dicha ley dispone que tales delitos se castiguen en Suiza «aunque el hecho se haya cometido en el extranjero, siempre que se cometan contra la Confederación Suiza o sus ciudadanos». Si los delitos de propagación del terror, de perturbación de la seguridad pública y demás que acabamos de enumerar, se realizan por la prensa, no podrá invocar esta las prescripciones especiales del Código penal federal del 53. Y por último, el legislador establece que, en casos de delitos conexos, los tribunales cantonales tendrán la suficiente jurisdicción, correspondiendo a las autoridades el ejercicio del indulto.

La ley inglesa del 83, que modificó la legislación sobre materias explosivas, fue aprobada en un solo día, el día 10 de abril, por las Cámaras.

Obedeció su promulgación al hecho de haberse descubierto los manejos de los terroristas para haber hecho volar dos edificios en Londres. Poco después se encontraron máquinas infernales en Liverpool.

He aquí algunos de sus artículos más interesantes:

«Art. 4º Todo el que, en contra de lo dispuesto por la ley, y con intención de perjudicar, haya determinado por medio de una materia explosiva cualquiera una explosión de tal naturaleza que compromete la vida de los ciudadanos, o causa daño a las propiedades, será culpable de *felony* (felonía), haya o no obtenido resultado. Probada su culpa, será condenado a servidumbre personal durante toda su vida o temporal (no menor del mínimum señalado por la ley) o a prisión, con o sin trabajos forzosos, durante dos años como máximum».

El art. 3º castiga la tentativa de explosión, la fabricación y la retención de bombas (cuando con ellas se atente a la vida del ciudadano inglés o se quiera hacer daño a las propiedades particulares) con la pena de servidumbre personal durante veinte años como máximum, o a prisión, con o sin trabajos forzosos, durante dos años como máximum. Se confiscan, en todo caso, de acuerdo con las prevenciones de este artículo, las materias explosivas.

El art. 5º determina la penalidad que ha de imponerse a todo aquel que fabrique explosivos en condiciones sospechosas (catorce años de servidumbre penal). Y se advierte que la prevención está en contra del acusado, y a este incumbe probar su inocencia.

Otro artículo impone al cómplice la misma pena que al autor principal, y los artículos restantes de la ley inglesa se refieren, ya al procedimiento y a la competencia de los tribunales en el conocimiento de estos delitos, ya también al concepto legal de las materias explosivas, y qué substancias deben ser consideradas como tales.

En Italia, la legislación contra el anarquismo está compuesta: 1º, de la ley de 19 de julio de 1894, y 2º, del reglamento para la ejecución de dicha ley, que se refiere al castigo que debe imponerse a todo aquel que haga la apología de los crímenes anarquistas, y ejecute actos encaminados a provocar tales delitos, también por medio de la imprenta. Es una ley severa. En ella se establece (y constituye acaso la modalidad más interesante) la creación de tribunales mixtos, compuestos de autoridades judiciales y administrativas, para imponer domicilio forzoso a los individuos sospechosos.

En Austria existe la ley de octubre de 1885, que modifica las disposiciones legales sobre el derecho de reunión, asociación y libertad de la prensa, para impedir la propaganda anarquista.

Otra ley posterior de 1886 no da intervención a los jurados en las causas anarquistas. La primera ley austriaca sobre la materia, que data de mayo del 84, se redujo a limitar el ejercicio de los derechos constitucionales en previsión de estos atentados.

La ley alemana del 84 no autoriza la fabricación, tráfico, retención, venta, etc., de las materias explosivas, sino con autorización de la policía; impone la pena de trabajos forzosos perpetuos y muerte a los autores de tales atentados, y castiga también con la pena última a los instigadores de los delitos anarquistas.

En el Estado de Nueva York, la ley del 3 de abril de 1902 define el crimen anarquista en esta forma: «Se llama anarquía criminal la doctrina según la cual el Gobierno regular deberá ser derribado por la fuerza o la violencia, o por el asesinato del jefe del poder ejecutivo o de los funcionarios del Gobierno, o de cualquiera otro medio ilegal»; castiga la propaganda con

la pena de diez años de presidio como máximum o multa de 5.000 dollars, o ambas cosas a la vez; considera como cómplices a los editores e impresores; declara ilegales las reuniones anarquistas; impone las anteriores penas a los que contravengan tales disposiciones, y, finalmente, castiga al propietario de la finca donde tales reuniones se verifiquen con la pena de dos años de presidio o multa de 200 dollars, alternativamente, en unos casos, y en otros con ambas penalidades.

La ley francesa de represión anarquista lleva la fecha de 28 de julio de 1894. Señala la competencia de los tribunales de Policía correccional para conocer en estos delitos. Antes de la promulgación de dicha ley, estaba en vigencia otra de 1881 sobre la libertad de la prensa (castiga la provocación escrita con la pena de uno a cinco años de presidio y con la pecuniaria de 100 a 3.000 francos de multa). Por la actual se castiga la apología delincuente, en cualquier forma, con presidio correccional de tres meses a dos años y multa de 100 a 2.000 francos; impone la pena accesoria de relegación en tales casos, siempre que la pena impuesta sea superior a un año de prisión correccional; impone, forzosamente, el régimen penitenciario individual para estos delincuentes; prohíbe la reproducción de los debates judiciales de estos crímenes en la prensa, siempre que se considere como peligrosa para la alteración del orden social, castigándola con penas de importancia, y, finalmente, por decreto posterior del ministro de Justicia, dictado en julio del 94, se extiende a Argelia la aplicación de esta ley.

Veamos ahora las disposiciones españolas. Las más interesantes están contenidas en la ley de represión del 10 de julio de 1894. Castiga el atentado contra las personas y las cosas, empleando materias explosivas, con la pena de cadena perpetua a muerte, si de la explosión resultase alguna persona muerta o lesionada; con la misma pena, si la explosión se verifica en edificio público, lugar habitado o sitio donde corren inminente riesgo las personas y las cosas; con la de cadena temporal a muerte, habiendo riesgo de personas, aunque no de cosas, y con la de cadena temporal en los demás casos en que haya explosión. La colocación de substancias o aparatos explosivos en sitios públicos, sin explosión, se castiga con la pena de presidio mayor en su grado máximo a cadena temporal. Y empleando dichas substancias para producir alarma, la penalidad oscila entre presidio correccional en su grado medio a presidio mayor en su grado mínimo.

La retención, fabricación, venta, etc., de explosivos se castiga con la pena de presidio correccional a presidio mayor cuando se sabe que van a ser destinados a la comisión de estos delitos; con la de arresto menor, cuando no se tengan en cuenta o se infrinjan los reglamentos relativos a la fabricación de tales objetos. La conspiración, con la pena inferior en dos grados a la señalada al delito más grave que se haya tratado de cometer; y la proposición, con la misma pena, inferior en tres grados, al delito principal.

La amenaza será castigada con pena inferior en dos grados al delito; la instigación pública, con la pena señalada al autor si el delito se realiza, y si no se realiza, con la pena inferior a la del delito. La apología tiene la pena de presidio correccional. Se declaran ilícitas las asociaciones que faciliten la ejecución de los delitos castigados en la ley, y corresponde al Tribunal del Jurado el conocimiento de estos asuntos. Luego se ocupa la ley del procedimiento de instrucción de los procesos y nos parece ocioso seguir transcribiendo el articulado.

La ley de 2 de septiembre de 1896 faculta al Gobierno para expulsar del territorio nacional a los individuos peligrosos y para suspender las publicaciones de los periódicos anarquistas; por un real decreto de 16 del mismo mes, advierte que la suspensión de periódicos y extrañamiento de propagadores de ideas se aplicará únicamente a las provincias de Madrid y Barcelona.

HE DICHO

José Sánchez Rojas

Elogio
de
Julián Sánchez Ruano

Salamanca
Viuda de Calón e hijo; Plaza Mayor, 33
1913

Es propiedad del autor
Queda hecho el depósito que marca la ley

De este discurso se tiran diez ejemplares, numerados, sobre papel Japón

A los liberales salmantinos y a la ciudad de Peñaranda de Bracamonte –cuna de los abuelos de Julián Sánchez Ruano, que fueron los míos– dedica este trabajo

José Sánchez Rojas

Sucintos datos biográficos de Sánchez Ruano

Nació en Morínigo –partido de Peñaranda– el día 9 de Enero de 1840. Sus padres fueron Francisco Sánchez Moro y Dorotea Ruano. Esta murió a las dos horas de haber nacido Julián.

En 1853 comenzó a estudiar en el Seminario de Salamanca; marchó a Loyola el 57 y estuvo en el Monasterio –a instancias de los Padres Jesuitas– hasta el 58, en cuya fecha, escapándose, tornó a Peñaranda, ocultándose de su padre, que dejó de protegerle.

Comenzó a escribir en los periódicos locales el 59: versos, artículos doctrinales y polemísticos.

En 1860, a los 20 años, se trasladó a Madrid, doctorándose en Derecho y en Filosofía y Letras. En dos años terminó ambas carreras, con notas de Sobresaliente.

En Madrid vivió vida agitadísima, un sí es no es bohemia. Escribió en *El Pueblo*; dio conferencias en el Ateneo, que entonces estaba establecido en la calle de la Montera; fue de la Academia de Legislación y Jurisprudencia; fue amigo de Emilio Castelar, de Ríos Rosas, de Martos, de Becerra, de Rivera, de Ruiz Zorrilla y, sobre todo, de su entrañable Eugenio García Ruiz.

Escribió, del 61 al 67, el *Desagravio filosófico*, las *Cartas a don Luis Vidart*, firmándolas *Luciano*, *El Socialismo en España*, los estudios sobre *El Fuero de Salamanca*, *Doña Oliva Sabuco de Nantes*, el prólogo de *La esclavitud* [60], e infinidad de artículos, versos originales y versos traducidos del francés, del griego y del latín.

Se casó el año 69 con doña Elvira Hortal, dama salmantina, que vive en Madrid.

Fue elegido diputado a Cortes por Salamanca el 69 y el 71.

Entonces se revela como orador en el Parlamento, en el Ateneo, en el foro.

El 17 de Agosto del 71 se batió con el diputado portorriqueño Coronel Pardial, al que hirió. Fueron padrinos de Ruano Eugenio García Ruiz y el médico Federico Rubio.

Falleció en Madrid, a consecuencia del duelo, según unos –y realmente de un enfriamiento repentino, ajeno a él– el día 20 de Agosto de 1871, a los 31 años de edad.

Discursos pronunciados por Sánchez Ruano en las Cortes Constituyentes

(Extracto oficial)

Discursos: Exposición de Castuera; pregunta sobre apremios para pago de bienes nacionales. – Acta de la sesión del 13 de Marzo. – Manifestación republicana del 14 de marzo en Madrid. – Presentación de varias exposiciones. – De los vecinos de Salamanca contra las quintas. – De ídem de Villasbuenas contra las mismas; del pueblo de Milano, ídem. – Pregunta sobre un proyecto de Constitución. – Discusión del dictamen de la comisión de Constitución en su totalidad. – Exposición del Ayuntamiento de San Nicolás del Puerto sobre los bienes de

[60] *La esclavitud y Ferrer de Couto*, por F. Hernández Iglesias, prólogo de J. S. Ruano. – Salamanca, 1868. [Nota del autor]

sus propios repartidos, y otra del de Cordobilla solicitando se liquiden las inscripciones que le corresponden. – Pregunta sobre telegramas recibidos de Cuba. – Exposición de los vecinos de Ledesma sobre Diputaciones provinciales e impuesto personal. – De don Antonio Sánchez Juan, padre de Antonio, soldado voluntario que fue, para que se le solvente el pago del enganche de su hijo. – De don Luis Sevillano y don Ramón Illevey, vecinos del Cubo de don Sancho, quejándose de atropellos cometidos en sus propiedades urbanas. – Celebración de dos sesiones. – Proyecto constitucional. – Exposición de los vecinos de la muy noble, muy leal, liberal y heroica ciudad de Béjar y de Peñacaballera pidiendo la república democrática. – De don Crisanto Herrero Alegre, vecino de Palencia, proponiendo los medios para conseguir la equitativa proporción entre los impuestos públicos con los haberes de los contribuyentes. – Del comité republicano de Alba de Tormes pidiendo el establecimiento de la república[61]. – Acta de Castuera. – Petición número 192. – Exposición del secretario del Ayuntamiento de Tejada de la Sierra pidiendo se declaren inamovibles dichos cargos, y derechos pasivos. – Estado de la enseñanza pública, y disgustos entre los ingenieros de minas y los de las secciones de fomento en la provincia de Oviedo. – Exposición de don Francisco Cubillos Abellán pidiendo que, con preferencia a todo, se proceda a administrar justicia. – Decretos del Gobierno provisional. – Exposición de don Balbino Cortés solicitando se faciliten medios para dar algún desahogo a los compradores de bienes nacionales. – De don Matías Talavera, licenciado de Carabineros, solicitando una recompensa. – Anuncia dos preguntas, e incidente con el señor Vicepresidente (Moncasi). – Las realiza; explicaciones sobre el incidente, y termina. – Ejercicio de los derechos individuales. – Autorización para presupuestos. – Empréstito de 100 millones de escudos. – Contratos pendientes con el ejército en Béjar. – Votación definitiva de caducidad de créditos. – Dimisión de algunos Ministros y nombramiento de otros nuevos. – Obligaciones de ferrocarriles. – Cumplimiento de la ley de suspensión de garantías. – Exposición de los obreros de Madrid para que se les faciliten los medios necesarios para trabajar. – De don Ramón Queux y Gasal, secretario del Ayuntamiento de Tejada de la Sierra, pidiendo para los de su clase un sueldo decoroso. – De los vecinos de Alcaraz, solicitando la reposición del Ayuntamiento destituido en 25 de Octubre último. Pregunta sobre los prisioneros que hay en la Carraca. – Conflicto entre el juez y el Alcalde de Reus. – Documentos relativos a la insurrección de Cuba y la Península. – Apoyo de su proposición relativa a lo mismo. – Exposición de los concejales de la Alameda, provincia de Salamanca, destituidos por el Gobernador, y pidiendo ser repuestos en sus cargos. – Venta de los bienes de la Corona. – Fallecimiento del señor Dulce. –Canal de riego en Cinco Villas. – Ferrocarril de Malpartida. – Exposición del Ayuntamiento de Cerralbo adhiriéndose al proyecto de ley hipotecaria. – De los profesores de la Escuela Normal de Maestros de Salamanca para que se atienda con preferencia a la conservación de estas escuelas. – Crisis ministerial. – Listas de Diputados empleados[62]. – Exposición de vecinos del pueblo de Retortillo pidiendo que los terrenos de aprovechamiento común se dividan entre la clase pobre, a censo. – Preguntas sobre reposición de Ayuntamientos, elección de Diputaciones provinciales y trabajos de las comisiones sobre leyes orgánicas. – Anuncia una interpelación. – Inhabilitación de la familia de Borbón. – Presupuestos. – Canales de riego. – Exposición de los empleados del Ayuntamiento de Paradinas sobre el descuento. – Documentos relativos al acta de Jerez. – Arbitrios municipales y provinciales. – Documentos relativos al Acta de Cádiz. – Comisión de Reglamento. – Exposición del Ayuntamiento de Cantalapiedra pidiendo la continuación del ferrocarril de Malpartida a Salamanca hasta Medina del Campo. – De don David Ferrer y Mitayna, contra el proyecto que suprime el grado de bachiller en ciencias. – Actas de Jerez. – Exposiciones de Ángel Martín Manzano, confinado en la Carraca, pidiendo indulto, y de la Diputación de Salamanca, contra el descuento de los empleados municipales y provinciales. – De don Sandalio Vázquez Rubio, profesor de primera enseñanza del Prado, pidiendo lo mismo. – Exposición de la Asociación para el *Fomento de la producción nacional*, de Salamanca, pidiendo que las administraciones de aduanas publiquen ciertos datos, y que se abra una información antes de celebrar el convenio con Bélgica. – Organización municipal y provincial. – Sucesos de Portugal. – Exposición del secretario del juzgado de paz de Rollán pidiendo se exima a los de su clase de la contribución industrial. – Ferrocarriles. – Exposición de varios vecinos de Olvera sobre la ilegalidad con que

[61] Véase la referencia que hay en el discurso. [Nota del autor]

[62] Tuvo, con este motivo, una escaramuza parlamentaria con los señores Gil Sanz y Rodríguez Pinilla, a la que también aludo en mi discurso. [Nota del autor]

se ha hecho la elección de dicho Ayuntamiento. – Código penal. – Abolición de la esclavitud. – Organización de tribunales. – Autorización para amnistía. – Dimisión del señor Rivero.

Cortes de 1871

Ausencia del señor Presidente interino, Olózaga (don Salustiano). – Acta de Algeciras. – De Balaguer (alusión). – Reglamento provisional. – Suspensiones de las elecciones de ayuntamientos. – Commune de París. – Petición número 73. – Amnistía. – Exposición de varios imponentes de la sociedad de seguros Caja Universal de Capitales. Crisis ministerial. – Balsain.

Algunos libros, folletos y artículos sobre Sánchez Ruano

CAÑAMAQUE: *Los oradores del 69*. – Madrid, 1869. – (Muy curioso libro para estudiar la psicología de los parlamentarios de aquellas Cortes.)

E. GARCÍA RUIZ: *Historias*, Madrid, 1872.

ENRIQUE H. GUTÍERREZ: *Estudio biográfico critico de don Julián Sánchez Ruano*. – Trabajo premiado en los Juegos florales de Salamanca de Septiembre de 1901. – Salamanca, 1901. – (folleto bien escrito, bien informado, completo para la biografía de Sánchez Ruano, no tan completo en lo que se refiere al estudio psicológico. El autor advierte que se trata de un trabajo de ocasión, hecho con apremios de tiempo. Muy útil.)

RODRÍGUEZ MIGUEL: *Discurso de apertura del curso de 1896–1897*. Leído en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. – Salamanca, 1896. – (Trata en este discurso nuestro querido profesor de los poetas salmantinos del siglo XIX y hace un juicio muy lisonjero sobre J. Sánchez Ruano, poeta.)

AZORÍN: *Campoamor*. – Artículo publicado en A B C, en Julio o Agosto –no puedo comprobar ahora concretamente la fecha– de 1912. – (Se ocupa con elogio del *Desagravio filosófico*, escrito contra Ramón de Campoamor.)

JUAN BARCO: *Varios libros*. – Artículo publicado en *Las Noticias*, de Barcelona, en Septiembre de 1912. – (Habla de los olvidos de Echegaray, ese pobre viejo rencoroso, al no recordar, en la biografía que de él han escrito los señores Antón y Carraffa, sus incidentes parlamentarios con Julián Sánchez Ruano: la pequeñez de la trenza del quemadero, etc. Hablo con cierto desdén de Echegaray porque ese viejo, que ha infestado de ñoñerías sensibleras y cursis nuestro teatro, ha tenido para Ruano odios más allá de la tumba. Ese buen romántico que paró en… ministro de Hacienda con esa elevada personalidad ética que se llama Eugenio Montero Ríos –chocho también como don José– no es muy exacto, ni muy justo, en sus *Recuerdos*, que ha publicado en *La España Moderna* estos años pasados.)

Finalmente, CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA, FERNANDO ARAUJO, ENRIQUE HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, yo mismo, hemos hablado incidentalmente de Julián Sánchez Ruano en varios artículos publicados por: ARAUJO en *La España Moderna* (Mayo de 1908); R. PINILLA en *Juventud Castellana* (Diciembre de 1907)[63], considerándole sobre todo, y a mi juicio con acierto, como periodista; HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ y el autor de este trabajo en diversos artículos publicados en *El Adelanto*, de Salamanca (1912 y 1913), *La Ciudad* (ídem, ídem.), etc., etc.

Falta un estudio serio sobre Sánchez Ruano, que yo haré en tiempo de mayor calma, si Dios me hace la merced de ella.

Sánchez Ruano escribió también sobre *El Fuero de Alba*. Los concejales de aquella villa del año 71 –uno de ellos confitero, que empapelaba sus confites con pergaminos que sustraía del Concejo– acusaron a Ruano de haberse llevado el *Fuero de Alba*, que está en aquella secretaría, mal cuidado, y que encontró mi amigo Federico de Onís al lado de la carpeta de un escribientillo en Agosto de 1911. En Alba de Tormes había documentos importantísimos de la Edad Media; han desaparecido casi todos: sirvieron para envolver confituras. También desaparecieron

[63] Revista que se publicaba en Valladolid y que pasó a mejor vida en los primeros meses de 1908. [Nota del autor]

los sellos reales; hoy quedan dos solamente, mordidos; no sabemos si pasó por el Ayuntamiento algún concejal cerero.

Sobre el *Fuero de Alba* prepara una edición fotografiada Federico de Onís, con comentarios filológicos; hácela el joven profesor y amigo nuestro por encargo de la «Junta de ampliación de estudios». Ruano copió –no siempre bien– el manuscrito original, que permanece en el estado lamentable que dicho queda, y lo puso como apéndice en *El Fuero de Salamanca*, con otros Fueros, como el de Ledesma.

Discurso leído en el paraninfo de la Universidad de Salamanca el día 23 de abril de 1913 [64]

Ilustrísimo Señor:[65]
Señoras y Señores:

«Fue un hombre»

Desde Barcelona he venido a Salamanca para leer este discurso, dejando que pesaran sobre mi espíritu varias consideraciones. La primera de todas es que tengo gran empeño en honrar la memoria de los míos. La segunda que anhelaba tornar a leer en el Paraninfo de esta Escuela –donde tantas cosas leyera de escolar– algo que fuera como el eco del aprendizaje de mi vida lejos de ella. La tercera consideración estriba en que no abate mi ánimo la amargura ante el espectáculo de la mezquina vida política provincial, que acusa en Ciudad Rodrigo a un hombre digno y altruista, que redacta documentos en tabernas, que une en el silencio de la complicidad a personajillos ridículos de mil duros de renta –réditos, papel del Estado– con abogadetes perversos y torpes; digo que no me abate la contemplación del cuadro triste de nuestra vida ciudadana actual y que vengo a Salamanca, aprovechando la coyuntura de esta fiesta, para hablar una vez más del problema, y hablar desde aquí, desde la Universidad. Si ha de reinar algún espíritu en la ciudad y en la provincia toda, de aquí ha de surgir necesariamente. De aquí ha surgido lo poco de bueno –si hay algo de bueno– de nuestras costumbres ciudadanas. Más ha hecho Unamuno por la ciudad que las agrupaciones de retablo, que los núcleos artificiosos de los partidos que hay en Salamanca. Por lo menos, Señoras y Señores, ha ido a lo vivo, a la entraña de nuestro malestar, al problema agrario. Le han ayudado profesores jóvenes y generosos y le hemos ayudado, nosotros, los muchachos, cada uno desde nuestro campo, apartados corporalmente, pero viviendo unos y otros grata comunidad de espíritu. Decimos semanalmente, para sanear esto, en un periodiquito[66], lo que estimamos nuestro deber decir. Porque lo demás... Aquí hay tres ferias, la de Abril, la de Septiembre, y la permanente de Sanchicos cazurros, que callan y callan, por sistema, las mejores cosas. La costra no es de piedra berroqueña, a Dios gracias, y todo se andará, que no hemos venido al mundo para estarnos quietecitos al brasero de la camilla. Al «todo por y para Salamanca» consabido, infundiremos nuevo espíritu y haremos de la frase con polilla una metáfora rozagante y fresca.

Muy oportuno me parece, por ende –doy las gracias al querido señor Rodríguez Miguel– hablar de Julián Sánchez Ruano en estos momentos. Acaso nadie le conoce mejor que yo. Guardo sus papeles públicos y sus confidencias personales, privadas, íntimas. Cualquiera puede hablar del orador y recordar «la menguada cola de rocín sarnoso» en la célebre réplica a Echegaray, ese pobre retórico que sigue vivo, después de haberse muerto cuando le enterró, con sus oficiosidades elogiosas, aquella ceremonia del premio Nobel; cualquiera puede recordar y evocar la memoria de aquel político salmantino, alto, buen mozo, de ojos negros y nerviosos, seco,

[64] En realidad, no se leyó. Sánchez Rojas no pudo desplazarse de Barcelona a Salamanca y mandó el discurso para ser leído por otra persona, algo que los organizadores de la velada no creyeron conveniente. En su lugar el señor José Niño leyó un trabajo de Antonio Palomero, periodista madrileño de ascendientes salmantinos. El 26 de abril de 1913 Sánchez Rojas publicaría en el semanario salmantino *La Ciudad* un artículo titulado «Sánchez Ruano» al que trasladaría de forma casi literal algunos de los párrafos contenidos en este apartado.

[65] El Señor Rector de la Universidad Literaria de Salamanca. [Nota del autor]

[66] Se refiere a *La Ciudad*, periódico fundado el 9 de diciembre de 1911 por exalumnos de la Universidad: Marcelino Martín González, Federico de Onís, Sánchez Rojas y Fernando Íscar, dirigido por este último. La velada en honor a Julián Sánchez Ruano, las ofensivas opiniones que en ella vertió Unamuno sobre él y las airadas contestaciones de Sánchez Rojas, que algunos redactores no quisieron publicar, dieron al traste con el periódico.

cáustico, mordaz, que se burlaba donosamente de que la Revolución quedase en fórmulas consagradas y huecas, aquellas frases de ciudadanos –al Obispo le dirigió un sobre el comité revolucionario llamándole el «ciudadano Obispo»–; cualquiera mejor que yo puede recordar los ataques sangrientos de Ruano a don Álvaro Gil Sanz, «la jaca torda», sus arañazos, cariñosos, por supuesto, a Tomás Rodríguez Pinilla –en cuyos hijos vive el más genuino y lígrimo sentido liberal, hasta el punto de que nuestro Doctor, con toda su veste modernísima, sigue siendo un progresista a la vieja usanza, y nuestro Cándido es un protoplasma de jefe rabioso de oposición, de lo que ya no hay–; cualquiera, digo, puede repetiros los alfilerazos de Ruano a la chusma que robó a Doña Teresa de Zúñiga y Cornejo, recitar los sonetos al Vizconde de Revilla, a Santiago Diego Madrazo, recordar –con ironía– los que fueron sus compañeros de anticlericalismo, que han parado hoy, o en republicanitos de Melquiades Álvarez –los más idealistas– o en gobernadores de Maura los más desaprensivos. Pero acaso yo solo puedo hablar del hombre y quiero descubríroslo. Y ya he dicho su mejor elogio: Julián Sánchez Ruano era un hombre.

Se crio en Moríñigo, el pueblo que vio nacer también al recio humanista, pero lamentable poeta castellano, gran patriota, charro por los cuatro costados, que se llamó Francisco Sánchez Barbero, de la sangre de Ruano y de mi propia sangre. El nacimiento de Julián costó la vida a su madre. Oíd este soneto primoroso, escrito en 1857:

MI PRIMER LLANTO

Madre, ¡adorada madre! por mi vida
de casto amor idolatrado fruto
la tuya diste en último tributo
cual su aroma la flor del rayo herida.

El alma llevo de dolor transida;
ni dicha, ni placer, ni paz disfruto,
triste en mi corazón renueva el luto
la yerta imagen de tu faz querida.

Ni tú me viste, ni te vi; la suerte
implacable juntó a mi primer llanto
de tus ojos la lágrima postrera;

tu lloraste mi vida; yo tu muerte.
¿Cuál pudo ser ¡ay Dios! mayor quebranto?
¡quién morir, al nacer, no prefiriera!

Ruano mamó la leche de una cabra que triscaba por los tejados de la casa labradora, a la vera de la iglesia donde el niño nació. Se crió con el hermano mayor Matías –que aún vive–, con Miguel –mi abuelo paterno– y con la hermana Fidela, cuya belleza, ya muy averiada por la abolladura de los años, yo conocí declinar. Iba a la escuela de Babilafuente el niño y allí aprendió a contar, a leer y escribir. Desde Babilafuente se ve la torre de nuestra Catedral Nueva; de niño la vería todas las mañanas Julián. Acaso fuera a la ciudad de niño a llevar la renta al Duque, con su padre, a las paneras de Monterrey, a comprar o vender algún caballo a la feria de Septiembre. El niño, despejado y listo, se aficionó a los papeles. En el desván de casa de mis abuelos –hoy de mis padres– en Moríñigo, andan todavía las que debieran ser sus primeras lecturas, que son las que dejan más hondo surco en el espíritu. Poesías de Meléndez Valdés, de Iglesias de la Casa; la gramática de Sánchez Barbero; el *Quijote*; el Año Cristiano; el *Semanario Pintoresco*; obras de teología de un antenado, canónigo, por más señas, de esta Catedral de Salamanca. Al chico le quisieron hacer cura, como a Sánchez Barbero, allá por el año 1790, cura le quisieron hacer también. Pero mi bisabuelo era ambicioso y no le iba en zaga el rapaz; el preceptor, cura de Babilafuente, le enseñó latín, gramática, retórica; le dejó libros clásicos. El mozo, que dudaba –ya tenía diez y siete años y era de naturaleza sana y fuerte– no apetecía lo del curato. Él hubiera sido Papa de un golpe, o cuando menos Primado de las Españas en Toledo, ¡pero eso de ir lentamente, por sus pasos contados, el economato de un pueblo, la canonjía difícil si no hay empeños o recomendaciones de empuje, a pesar de la misa del Espíritu Santo, la mitra dificilísima! El chico resistía. Mi bisabuelo tuvo una ocurrencia: la de que

Julián fuera Jesuita. Dicho y hecho: le llevaron a Loyola. El chico fue a Loyola, ¡qué sé yo!, por cambiar de ambiente, por conocer los risueños valles de Guipúzcoa, pensando en la disciplina militar de la Orden, alimentando la secreta esperanza de ser un formidable orador religioso y de predicar, a la vuelta, en Moríñigo. Todo esto pudo llevarle a Loyola, pero no fue allí por vocación. Y estuvo dos años, dos años que influyeron de tal suerte en su formación espiritual, que le perjudicaron notoriamente. Siendo Ruano un *sentidor*, le hicieron un retórico; le metieron a martillazos esa idea ignaciana, o mejor, clerical, o mejor todavía, española, de que las humanidades no son cosas de emoción sino de futileza y adorno. Así Ruano, que de no haber muerto tan pronto hubiera sido un escritor estupendo, pero estupendo, fue el retórico de *Doña Oliva Sabuco de Nantes* y del *Socialismo*. Ruano, repito, que era por dentro –ya lo justificaré más adelante– bravío, fuerte, personalísimo, capaz de haberse creado un estilo personal y rico de emoción, fue un prosista de los que creen que tanto mejor escribe uno cuanto más se aproxima a los modelos. Como Cejador, como Ricardo León, como todos los reaccionarios de hogaño, Sánchez Ruano pisó los zancajos de Cervantes, como si el caso de Cervantes –digan lo que quieran los señores eruditos– no pudiera repetirse mañana. Después de todo, en la historia literaria de España se ha repetido. Ni el prosista fray Luis de León, ni el autor –este o el otro– de *La Celestina* tienen nada que envidiar, en achaques de estilo, al glorioso autor de Don Quijote.

Pero me separo de mi tema; hablaba de la influencia ignaciana sobre el espíritu de Julián Sánchez Ruano. No era sólo en el estilo; caló más hondo. Sánchez Ruano era republicano creyendo que el ser republicano valía tanto como una osadía mental. Entonces, allá por el año 1865, ciertamente que lo era, pero... pero su concepción de los problemas que entonces agitaban a Europa era algo pintoresca por influjo de aquella pedagogía de Loyola. Basta leer su libro sobre *El socialismo*. Para Ruano, el problema del actual proletariado era el mismo de la plebe de Roma frente a los patricios; Carlos Marx era un Graco redivivo. El cristianismo resolvió para él, de un plumazo, todos los problemas, y los hubiera resuelto ciertamente, de haber existido la idea cristiana en la conciencia de las colectividades. Pero ... pero eso es pintar como querer. El siglo XIX se ha distinguido precisamente por una ausencia absoluta de sentido ético; el nacimiento de la burguesía, el pesimismo de Shopenhauer, el positivismo, el naturalismo, la farsa de la democracia; algún chispazo delicado solamente, Tolstoi, pongo por caso. Sánchez Ruano, que era un rebelde, era un escolástico. No comprendió la Revolución francesa, mejor dicho, no se la dejaron comprender en Loyola; de haber vivido Ruano vida menos rápida, la hubiera comprendido. No comprendió tampoco la *Commune* y en el Congreso protestó indignado de sus abusos, con el criterio de un senador romano frente a las primeras revoluciones cristianas. Creyó, en cambio, en la democracia, y aquí lo democrático es clerical; el carlismo –sin ir más lejos– es muy democrático. Las corridas de toros, «el pueblo sano» que vio Costa me figuro que en sueños. No advirtió Ruano que para que haya democracia tiene que haber *demos, pueblo*, y que aquí el pueblo no está todavía capacitado para sus funciones cívicas. Precisamente en Salamanca el *demos* es el ruralismo, y la labor liberal es la de descuajarlo; sobre el *demos* se apoyan los terratenientes absentistas, los señoritos y los burgueses, ahogando todo grito sincero de protesta y de rebelión. ¡Buena democracia nos dé Dios! Tres borrachos que votan pueden más que dos profesores de la Universidad que votan; la democracia, al rechazar la calidad, es absurda, porque la calidad es la cultura, que ha sido, es y será siempre labor de minorías. Siendo el tinglado cosa de juego, de retablo de Maese Pedro, todo eso del sufragio, y del jurado, y de las libertades, es falso también. Pedimos libertad de conciencia sin tener conciencia, de enseñanza sin tener maestros, de imprenta con una Prensa vil y abyecta, que nos engañó en Cuba y nos sigue engañando ahora. Así, quien pide libertad, pide pereza. En el fondo, la labor de espíritu es labor de disciplina, de dictador, si queréis. Es preferible la tiranía de un sabio a la libertad de cocear de todos los pollinos habidos y por haber. La revolución de Septiembre, que en Salamanca preparó Ruano, con Rodríguez Pinilla, con Gil Sanz, con Boladares, con aquel venerable don Mamés Esperabé Lozano de grata recordación para todos y para mí especialmente, fue eso: cosa de tramoya. Aquella generación valía más que la nuestra, tenía voluntad y entusiasmo; no analizaba, no era escéptica, fría, desapasionada, como la mocedad de hoy. No es que no fueran sinceros los promotores de la revolución: eso no. Odiaban el poso moderado de la política, odiaban a la Reina, se mascaba malestar por todas partes. Pero faltaron orientaciones, cultura, visión sobre la naturaleza y la medida del cambio que se iba a operar. Ruano –ya lo veis– había fraguado su revolucionarismo en Loyola. De los revolucionarios salmantinos, de su labor, de su obra, ¿qué queda hoy? La fiesta a Ruano de esta noche; los hijos de Pinilla, que conservan felizmente el espíritu del padre; el republicanismo bonachón y

patriarcal de don Timoteo Muñoz Orea; el melquiadista del señor Núñez; Ramón Fernández Robles y José Martín Benito, tan amigo de Ruano; la cesantía de don Agustín Bullón, que era entonces de los recalcitrantes –¡cosas de la edad!–; el espíritu del señor González Domingo –al que tanto combatimos y sin embargo tanto quisimos, porque era un hombre y no un muñeco, también de los *enragés*[67] don Cecilio por aquella etapa –encarnado ese espíritu en el inquieto y querido amigo Filiberto Villalobos–; el sentido tradicional y conservador del republicanismo, para decirlo de una vez. Eso queda de las espantables reuniones en el Rollo que me refería don Mamés en mis horas felices de estudiante, cuando yo le dejaba con la palabra en la boca para escaparme a la reja donde me esperaba el amor de los 20 años... Eso queda y no queda otra cosa, Señoras y Señores, del año 1868 en nuestra Salamanca.

Sería cosa de trazar el cuadro completo, a lo vivo, dejando al descubierto las maromas fuertes que sujetaron el telón de aquel teatral acontecimiento. Julián Sánchez Ruano vino a estudiar a Salamanca, al retorno de Loyola. Se graduó en Letras y en Derecho. Fue de la peña de los mozos que iban a recibir el espaldarazo de progresivos a casa de don Tomás Rodríguez Pinilla. Tuvo sus jaleítos de estudiante aquí, en esta casa, con los profesores. Era esto una cueva de neos, que sigue retoñando, aunque no con tanta intensidad como antes, porque las bajas se van cubriendo de gente despierta que sabe otear el olorcillo del tiempo y vive intelectualmente al día. Aquel ambiente de mezquindad universitaria era entonces cosa seria en Salamanca; hoy, no. Ruano se peleó en un grado con un señor maestro que no sabía latín. Ruano, sí sabía latín. Latín y otras cosas, muchas otras cosas. Empezaron las persecuciones; Pinilla escapó a Vitigudino, de donde era oriundo; Ruano se quedó en Salamanca, en un piso bajo de un comerciante, el señor Blanco, amigo suyo; mi madre –siendo niña– le llevaba la comida, para que nadie sospechara del oculto. Encerrado de esta laya vivió Julián dos o tres meses. Vino la gloriosa y venció la gloriosa. Ruano se dio de puñetazos con el último poncio «de la espúrea raza» en la acera del Corrillo; os ahorro los detalles descripcionistas. Llegó Pinilla y tuvo un magnífico recibimiento. Se hizo el comité; Presidente, Pinilla; Ruano, Secretario. Robaron a Doña Teresa de Zúñiga; con los ladrones se metió Ruano en Bretón[68]. Una dama, muy conocida entonces en Salamanca, la señora de Peñalosa, pidió protección a Ruano para que amparase la fuga de los isabelinos que quedaban; accedió Ruano generosamente a las indicaciones de tan estimable señora, y Pinilla, y Ruano, y Gil Sanz se encontraron con una cosa sorprendente; con que todos eran republicanos, no sólo aquí, sino en Alba, en Béjar, en Ledesma, en Ciudad Rodrigo. Así, en Alba se hicieron republicanos don José Sánchez Bordona y otros que no recuerdo –en la Gaceta está–; así en Béjar, y en Ciudad Rodrigo, y en las dos Calvarrasas. Se mantuvo, por ejemplo, firme, ese venerable anciano que se llama don Juan Antonio Sánchez del Campo, y representando a los católicos fue de diputado al Parlamento, por la Sierra, el año 71. Los demás, cargos tenían con la Monarquía y con cargos continuaron en la República; el personal no se renovaba, por la razón sencilla de que no hizo el pueblo la Revolución, sino la clase media ilustrada y ambiciosa.

Por culpa de los organizadores, ya he dicho que no; el ambiente no estaba preparado. Harto se hizo entonces, sin embargo. Ruano descuajó de Alba a los carlistas, a los Escuderos, y me parece, a las veces, que yo prosigo su misión en aquel pueblo con mis campañas periodísticas; Ivanrey no había creado todavía el feudo de Peñaranda, y Peñaranda ayudó a Ruano en las elecciones. Peñaranda, a pesar del feudo marquesil, la ciudad de Peñaranda es acaso la más liberal de toda la charrería. Béjar era republicana, y cantonal, y otros excesos; eligió Diputado a un obrero, en las Cortes de Amadeo[69], el famoso Aniano Gómez, que permaneció mudo durante toda la legislatura; las derechas arramblaron antes, en plena revolución, con el triunfo del Cardenal Herrera y del macoterano arzobispo García Cuesta.

En las Cortes comenzó para Ruano una labor intensa. Hablaba todos los días o casi todos los días; escribía en el diario *El Pueblo*, que él dirigió; abogaba brillantemente en el foro; era el

[67] Grupo radical que actuó en los momentos más críticos de la Revolución Francesa..

[68] Entonces teatro del *Hospital*. [Nota del autor]

[69] También en las Cortes de Amadeo, no en las Constituyentes, fue al Congreso de Diputados a Cortes por Sequeros don Juan Antonio Sánchez del Campo. En las del 69 representaron a Salamanca:

Tomás Rodríguez Pinilla, republicano; Julián Sánchez Ruano, ídem; Cristóbal Martín de Herrera, carlista; Álvaro Gil Sanz, republicano; Santiago Diego Madrazo –después Ministro de Hacienda– progresista; Miguel García Cuesta, Arzobispo de Santiago –luego Cardenal, natural de Macotera–. Como es también salmantino el señor Martin de Herrera, cardenal–arzobispo de Santiago. [Nota del autor]

terror de Sagasta; Prim no podía resistir sus ironías; el inquieto secretario de las Constituyentes era –dijo don Práxedes, rascándose la barba y acordándose de lo bien que se estaba en Logroño– un «saquito de víboras», pero un saquito abierto; en una sesión secreta, acusó a Sagasta de una filtración de dos millones de reales y Sagasta dimitió la cartera de Gobernación; en otra –aún se recuerda en el Congreso– puso en berlina la oratoria hojarascosa y huera del pobre Echegaray, el de los quemaderos inquisitoriales de la Moncloa; en otra... Pues en otra sesión se las tuvo tiesas con Prim. Entraba Ruano en el salón; a la cabecera del banco azul estaba el conde de Reus; así que entró Ruano en la Cámara, pidió, según iba a sentarse a su escaño, la palabra, no sé para qué. Prim sí lo sabía. «S. S., –le dijo el caudillo– con esa facha, parece un pescador.» Ruano le replicó con viveza: «Si yo fuera pescador ¿no cree S. S. que ya no hubiera pescado truchas como S. S.?» «Le voy a arrastrar a S. S....» –dice, lívido, Prim–. «¿Por dónde? –insiste Ruano–. La oratoria de S. S. es de cuartel; aquí no pega. ¿Por dónde me va a arrastrar a mí... S. S.?» Campanillazos, rumores de la Cámara, favorables a Ruano, que de Prim había partido la acometida. «Por la arena del debate» concluye Prim. –Y Ruano, todavía sangriento, insiste: «Será por la única arena en que puede ir con desembarazo la bravura de S. S.» En el *Diario* no constan esas frases, pero sí en la memoria de los viejos parlamentarios de aquel entonces.

Así era el verbo de Ruano: incisivo, cortante, cruel, de puñal, de aguja, de víbora. Era frío, impasible y correcto, correctísimo siempre; no era, afortunadamente para él, el antecesor de Rodrigo Soriano. De parecerse a alguien, de tener alguna analogía espiritual con algún político que hayamos conocido todos, se hubiera parecido a don Francisco Silvela, el «carámbano», que tanto admiró a Julián Sánchez Ruano. El orador debió ser extraordinario; yo no he podido conocer, naturalmente, el gesto, la voz, la pasión que –por debajo de la frialdad aparente– bullía caldeada y como contenida. Su discurso de acusación a Sagasta debió ser admirable; como pieza oratoria política queda para siempre en el mamotreto del *Diario de Sesiones*; el Obispo Martínez Izquierdo no se hartaba de leerlo y de recomendarlo; Manterola siempre se acordaba de aquella acusación. El que pronunció contra la totalidad del proyecto de la Constitución –alternando con Castelar, con Pi– es preciso, ceñido. Hablaba muy bien y no escribía tan bien como hablaba Sánchez Ruano, a pesar de lo que otros creen y propalan. ¿A qué seguir? Fueron numerosos, incontables, los discursos de Ruano en aquellas Cortes. Habló por todos los que han callado después.

Su vida era inquieta. En un papel fechado el 9 de Noviembre de 1869– dice: «Levantarme, a las cinco. Lectura de Cicerón. Pepe, diez. Pleito; gracia just. Tarde Congreso. 7 t. *Pueblo*. 11 ver a García Ruiz. V. *Pueb.*» ¿Comprendéis?

Hizo, desde Madrid, muchos viajes a Salamanca. Con el venerable conserje Domingo Pascua –al que todos hemos conocido y pedido un cigarro de estudiantes– jugaba al tresillo.

Tuvo un pleito famoso, que la familia no pudo cobrar: el del Canal de las Cinco Villas. Iba a Moriñigo, siendo diputado, y le placía conversar con sus parientes y con una tía suya, que yo conocí morir, centenaria. Era extraordinaria su actividad. Ganó y gastó mucho dinero. Era muy elegante y muy cuidadoso del aseo de su persona. En la intimidad era llano y estaba siempre un poco triste[70]. «Si usted se calla –le dijo un día Sagasta delante del señor Ávila, padre de nuestro amigo Eustaquio– le hago a usted Ministro.» «No me haga usted; yo he nacido o para Presidente de la República o para nada.» Ese era el hombre. De su correspondencia privada sé muchas cosas de políticos que aún viven; sin ser rico, Ruano, era generoso, espléndido, y siempre encontraba disculpa para los que batallan y sufren. Hasta arregló bodas de amigos suyos. «¿Qué sería de esos pobres si no se casan bien?» dice en una carta.

[70] De niño tenía también esta tristeza. Recluido en Peñaranda el 58, decía a sus amigos en la intimidad: «¿No he de estar siempre triste si mi vida causó la muerte a mi madre?» Compuesto ya este discurso, mi querido amigo Francisco Ruipérez me escribe una larga carta con incidentes de la primera juventud de Ruano –de los 18 a los 20 años– muy curiosos, contados a mi amigo por don Federico Cardo y su esposa, en cuya casa vivió Ruano durante ese tiempo en Peñaranda. Los detalles de más bulto coinciden siempre en señalar las condiciones de recia independencia y actitud que dominaron en el espíritu del ilustre orador y literato salmantino. A su padre le dijo en otra ocasión Ruano, siendo mozalbete: «No se enfade usted, padre, porque haya dejado a los jesuitas: estoy llamado a más altas empresas.» Durante ese tiempo en que mi bisabuelo, disgustado, dejó de mandarle dinero, Julián recibió socorros de su hermano Matías, de mi abuelo Miguel, de la esposa del señor Cardo, doña Elvira de Lafuente y Álvarez, y del párroco de Babilafuente, –después de Peñaranda– que le enseñó las primeras letras. Esa amistad fue peligrosa para don Manuel de Lafuente Usallán, –que este era el nombre del digno sacerdote– porque Julián, tachado de hereje y de republicanote, suscitó suspicacias en el clero, y el señor Lafuente recibió avisos del Prelado para que rompiera con aquella amistad, que fue siempre cordialmente reciproca. [Nota del autor]

El señor Cepeda, diputado por Plasencia y Director General de Registros que fue casi siempre, hasta que murió, con Sagasta, contaba rasgos delicadísimos de aquel hombre tan complicado. Digo que era un hombre Julián Sánchez Ruano. A mi familia, lejos de protegerla, le tiró por la borda su escaso patrimonio. Protegió a muchos con dinero y con bondad; fue más temido que querido; era de un carácter irreductible, de hierro. Y estuvo solo en sus grandes amarguras y acaso su soledad le dio su fuerza. Cuando fracasó el ensayo republicano, y unos tiraban por Saboya, o por Montpensier o por Orleans, él solo, entre 404 diputados, votó «República». República a secas, pero República. Rasgo quijotesco de un charrito ambicioso.

Tan ambicioso que se sobrepuso a este ambiente, y lo dominó, y lo sujetó, y lo trató a patadas. Fue el *amo* de Salamanca durante algún tiempo. Murió a los treinta y un años, después de un duelo con el coronel Pardial, el año 71.

Los periódicos hablaron de su muerte. *The Times*, el periódico de Londres, dijo: «Fue un hombre.» Y porque fue un hombre, y fue de mi sangre, y nació en la casa donde mi padre nació, por eso y porque besó a mi madre de niña muchas veces, yo he venido a recordároslo en un tiempo en que hay pocos hombres y en que se olvida fácilmente que es la voluntad, y no la inteligencia, ni la cuquería mansa, la palanca que mueve a los pueblos.

HE DICHO

Barcelona, 15 de Abril de 1913

Las mujeres
De Cervantes

POR
José Sánchez Rojas

EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES
CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255
1916

Dedicatoria

A la memoria de mi padre, fervoroso lector del "Quijote", consagro estos ensayos devotamente.

J. Sánchez Rojas

Al que leyere

Dos líneas a guisa de advertencia: ellas bastan y sobran para explicar al lector curioso y precavido la índole de nuestro trabajo.

Cuando los Señores Montaner y Simón[71] *tuvieron la bondad de encargarnos un libro sobre* Las mujeres de Cervantes*, ni por un momento quisimos enfrascarnos en una de esas tareas eruditas, a base de papeletas, documentos y acotaciones, que tanto se llevan hogaño y que han de turbar, a buen seguro, la paz eterna de las cenizas de Cervantes en el próximo tercer centenario de su muerte.*

Nos ha parecido preferible evocar las figuras femeninas de las Novelas Ejemplares*, del* Quijote*, de* Los trabajos de Persiles y Segismunda*, de* La Galatea*, sin retocar con demasiada irreverencia las más borrosas y desvanecidas, a través de los tres siglos de distancia en que fueron compuestas y concebidas. Nos hemos limitado, sencillamente, a hacerlas desfilar de nuevo ante el lector, para que él mismo certifique de su vitalidad y frescura.*

Nada más actual que los libros de Miguel de Cervantes. Un soplo de juventud les anima, cuando nos acercamos a ellos con pureza de intención, sin preocuparnos mayormente de las asonancias y descuidos del estilo, de las repeticiones y olvidos en que suele perecear la atención más diligente, de las concesiones que Cervantes hiciera al gusto de sus coetáneos y de las diferencias que le separan o de las analogías que le acercan a otros autores celebrados y famosos. Una obra de arte será tanto más eterna cuantas más emociones y sensaciones despierte en el ánimo del leyente. Azorín*, Unamuno, Enrique Heine han enseñado a la juventud española a poner sobre su cabeza el ingenio inagotable y peregrino de Miguel de Cervantes. Para lograrlo, no han hecho otra cosa sino suscitar toda suerte de emociones y de sugestiones en el espíritu de los fervorosos y sedientos de ideal.*

Nuestro libro, Las Mujeres de Cervantes*, es, lisa y llanamente, la evocación modesta, y personal que un joven escritor castellano hace de las creaciones femeninas del más alto y excelso*

[71] Montaner y Simón, editores; Calle de Aragón, núm. 255, Barcelona, 1916

Montaner y Simón le encargan a finales de 1914 o principios de 1915 este libro. En mayo ya lo está terminando, incluso publica en *El Adelanto* y lee en el Ateneo de Salamanca algunos capítulos del mismo advirtiendo de su próxima publicación. Sin embargo, no aparecerá hasta septiembre de 1916 con una insólita edición de 5.000 ejemplares y una más insólita segunda edición en 1917 que explica la publicación en estas fechas de otros capítulos en la prensa como propaganda.

Desconocemos las razones del retraso en su conclusión que obligó a los editores a incluir algunas *mujeres* escritas por otros dos escritores, según advierten. Bien es cierto que desde que murió el padre de Sánchez Rojas en 1914, este se tuvo que hacer cargo de su bufete de abogado en Alba de Tormes y opositar a notarías. Mucho tiempo le llevó también la campaña antigermanista en plena Guerra Mundial así como la defensa de dos albenses acusados y condenados por un asesinato. José Sánchez Rojas no fue muy puntilloso en cuanto a cumplir contratos y fechas, por lo que tal vez los editores no quisieron perder la ocasión del centenario cervantino y llegaran a algún acuerdo con él, dada la sutil y correcta advertencia publicada.

Montaner y Simón regalaron por entregas a los suscriptores de su revista *La Ilustración Artística* el libro. El capítulo tercero correspondió entregarlo precisamente en septiembre de 1916. Es posible que este compromiso con los lectores les obligara a prescindir de Sánchez Rojas y encargar a otros escritores los artículos "El ama" y "Dulcinea" (José Pérez Hervás) así como los correspondientes a los capítulos "IV.– La mujer en «La Galatea»" y "V.– La mujer en los «Trabajos de Persiles y Segismunda»" (Juan B. Enseñat) que, aunque no escritos por Sánchez Rojas, también recogemos en esta edición.

de nuestros escritores, para comprobar que ganan vigor y fuerza, a través de los tiempos, en perspectivas y lejanías ideales.

Más de una vez, al retocar estas queridas siluetas de mujeres lejanas, hemos pensado en estas españolísimas hembras de hogaño que conturban o solazan nuestro corazón a lo largo de nuestra vida contemporánea, sacudida por el tráfago de tantas y tantas sensaciones e ideas diferentes y hasta contradictorias. Mucho amó Cervantes a las mujeres de su tiempo; mucho amamos nosotros –jóvenes, candorosos y resueltamente optimistas– a las mujeres de nuestro siglo. Maritornes, Antonia Quijano, Preciosilla, Constanza la del mesón, Luscinda, Zoraida, Clarita, Dorotea, la Duquesa, Sanchica y Teresa Panza, retoñan y renacen en nuestros días; lo que no acertamos a descubrir, sino muy de tarde en tarde, es la dulcísima estampa de Dulcinea del Toboso, con el relumbre mágico de sus ojos verdes y la música cadenciosa de sus promesas de ventura. Hemos escrito este libro pensando en Dulcinea. Todo se transforma en el mundo, hasta el quijotismo. Aldonza puede casarse todavía con D. Alonso, y Don Quijote tornar a los caminos de la Mancha, hacer penitencias y grabar en los huecos de los árboles el sonoro nombre de la Señora Dulcinea. El amor de hogaño no requiere aventuras extraordinarias para afirmarse y robustecerse; con la vista en el cielo, necesita resguardar sus raíces en la tierra y ganar fuerzas, como Anteo, a su contacto. Escondamos con vosotras, mujeres españolas, nuestros sueños en la prosa humilde de la vida; no gastemos nuestro patrimonio en locos devaneos estériles; amadnos, comprendednos un poquito más para que mejor os comprendamos y amemos nosotros. Y cuando nos amargue una desilusión, cuando una palabra soez turbe el ritmo de nuestros sueños, curadnos con el beso de vuestra boca. De vosotras pende el porvenir del pueblo, en la fragua de vuestro corazón–¡oh Aldonzas de mi España!– se templará el acero de los brazos que esperan el santo y seña de vuestra palabra para arremeter a los arrieros, yangüeses y bachilleres, que no os han querido ni comprendido nunca.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Mayo, 1915.

I.– La mujer en las «Novelas Ejemplares»

Cornelia Bentivoglio[72]

> «...y juntamente conmigo crecía la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer a un famoso pintor...»
> (CERVANTES. – *La Señora Cornelia.*)

Harto se van aficionando a Bolonia los caballeros y estudiantes vizcaínos D. Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa.

No hay ciudad en Italia más grata para los mozos.

La majestad de sus pórticos, la *elegancia y* severidad de sus calles y palacios, la fama de sus estudios, la belleza y desenvoltura de sus lindas mujeres, la destreza de sus músicos, el renombre de sus juristas *y* glosadores, son parte para que las gratas esperanzas de la juventud encuentren en aquella populosa ciudad –la segunda en grandeza de los Estados del Papa– su cómodo y deseado regalo.

La vida se desliza en Bolonia con harto contento y bienestar. Las escuelas están pobladas de estudiantes de todo jaez y condición. Los españoles principales y ricos, se aposentan y acomodan en el Colegio del Cardenal Gil de Albornoz, un bello palacio con almenas güelfas, la hiedra trepa por las tapias del Colegio y las cubre de verdor en todo tiempo. Los flamencos tienen también otra magnífica mansión. Las posadas y hosterías de la ciudad llenas están, asimismo, de todo linaje de escolares.

Bajo los pórticos, a la caída de la tarde, cuando la terracota adquiere un matiz de oro viejo y los valles cercanos resplandecen con irisaciones violáceas, resuenan viejos cantos escolares en la ciudad; las dos torres Asinela [sic][73] y Garisenda contemplan, a cada paso, hileras polícromas de mozos que por la plaza de Ravenna bajan a escuchar sus lecciones al estudio; las novedades de Salamanca, de Oxford y de la Sorbona se comentan con reposo en las aulas y bibliotecas; las tumbas de los glosadores, alegres y esbeltas, se levantan a la vera de las iglesias

> Bologna, Bologna
> città delle belle donne..!

La plaza de San Petronio es el punto de cita de músicos y troveros, el palacio Pépoli de las gentes de calidad, la linda iglesia de Santa María dei Servi –con su alegre plaza porticada, con

[72] También publicado en *El Adelanto* (26-03-1915), *La Vanguardia* (23-04-1915), *La Nación* (29-04-1917) y *La Libertad* (31-10-1922) con el título «Cervantes y Bolonia»; y en *El Pueblo Gallego* (30-01-1924) donde lo hizo como «La duquesita de Ferrara».

[73] Por *Asinelli.*

su hosco y simétrico portal no concluido, con sus elegantes columnitas de mármol de Verona– el centro donde acuden las doncellas devotas y recatadas. Los Apeninos encintan y estrechan apretadamente la ciudad en amoroso abrazo. Los paseos son lindos, y, en primavera, gusanillos de luz inundan de puntitos luminosos las estradas y caminos.

Y Bolonia –oíd una vez más la canción de estudiantes:

Bologna, Bologna
città delle belle donne..!–

es también la ciudad de los amores. «Las lindas boloñesas son las columnas de la Universidad» –declara la canción con la dulzura de un suspiro–. Sus damiselas son, acaso y sin acaso, las más deliciosas de Italia. Unen a la nobleza de su linaje una suavidad y elegancia de maneras que dan gusto al ánimo y deleite a los sentidos. Harto lo saben nuestros queridos amigos Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa. Verdad es que los graves señores de Bolonia y las matronas honestas guardan a sus hijas de las miradas de los escolares, principalmente de los españoles, que son, por lo común, muy enamoradizos, inconstantes y galanes; pero esta misma sujeción y esclavitud de las doncellas hácelas curiosas y las incita, como a nuestra madre Eva, a morder la apetitosa manzana, sin reparar cosa mayor en la serpiente que esconde sus escamas y anillos detrás del fruto vedado.

La fama de hermosura de algunas doncellas es tal que, atravesando las puertas de la ciudad –la Galliera, la de San Vitale, la de Castiglione, la de la Mascarella– ha cundido por Parma y por Módena, por Ravenna y por Ferrara, por Mantua y por Placencia, y saliendo de los naturales límites del estado, se ha extendido por los de toda Italia.

Cornelia Bentivoglio, Flora Pépoli, Antonieta Zannetti, Isabel Tacconi, loadas y celebradas son por todos los poetas y escolares de la ciudad.

Nuestros estudiantes Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa han salido esta noche memorable a esparcirse por Bolonia. No han salido juntos como de costumbre. «Al pasar por una calle que tenía portales sustentados en mármoles» –nos recuerda Cervantes– Don Juan «oyó que de una puerta le ceceaban». El vizcaíno prosigue su caminata bajo los pórticos. En una puerta le entregan un envoltorio blanco; es un recién nacido. Con la preciosa carga acude a la posada y, dejándola en ella, torna al lugar donde ha oído choque de espadas y rumor de contienda. Seis malandrines arremeten contra un caballero; ayuda a este Don Juan y hace huir a los cobardes follones. El caballero se aleja sin revelar su nombre a Don Juan; este, que ha perdido su chambergo en la refriega, recoge del suelo otro de espléndidas y airosas plumas y de dorado cintillo.

Don Antonio, por su parte, ha topado con una cuitada doncella en su excursión nocherniega; la doncella está sobresaltada con los rumores de lucha que hasta ella han llegado. En la casa de nuestros amigos se refugia la poveretta.

Pronto se desmadeja la intrincada red de tan extraños sucesos. La doncella es Lucrecia Bentivoglio; el recién nacido, su hijo; los adversarios, el duque de Ferrara y los deudos y parientes de la familia de Lucrecia. Luego, las aguas tornan a sus cauces; a la afrenta sucede la reconciliación; en una aldeúca se remata felizmente la tragedia con desposorios agradables y secretos; la sangre de los Bentivoglios se mezcla con la de los Estes, y Lucrecia abandona su hosca casona boloñesa por la elegante fortaleza, con almenas, torrecillas y puentes levadizos, de los señores naturales de Ferrara.

La novelita de nuestro Miguel debe leerse después de contemplar el retrato primoroso de la duquesita de Ferrara, pintado por Ticiano. Tiene la gentil Cornelia largos y dorados cabellos, ojos verdes y misteriosos. Opulenta y maciza, junto al cuello de nieve, descansando en la suave transparencia de sus carnes apretadas, se destaca un medalloncito de oro. De alegría, de juventud vigorosa y ardiente, desborda el lienzo del pintor que conoce, como ningún otro, el tono cálido de los cuerpos jóvenes y armoniosos.

El ensueño del mago veneciano se diluye en el relato hechicero de nuestro Cervantes. Los pórticos boloñeses han quedado grabados para siempre en estas breves páginas. Este mundo boloñés de intrigas misteriosas, de afrentas de amor que en callados desposorios se detienen, de doctas querellas de sabios y juristas, de damitas tapadas que burlan la vigilancia de sus deudos, de ruidos de acero en la obscuridad de la noche y de rumores de besos y ternezas en el silencio de los pórticos, son el marco en que naturalmente se presenta la mimosa figurita de la duquesa de Ferrara.

¡Lucrecia Bentivoglio, Flora Pépoli, Antonieta Zannetti, Isabel Tacconi: estampitas de Madonas rodeadas de santos, pajecitos caballeros en alazanes que entráis con estruendo de fiesta en el castillo de los Estes, vírgenes rubias y opulentas que sois la desesperación de los Reni y de los Carracci: Miguel os recordará siempre con embeleso!

¡Ea, ya han pasado algunos años!; Don Juan de Gamboa y Don Antonio de Isunza han vuelto, después de acabar sus estudios, a las brumosas montañas natales; también Cervantes, después de rodar con sus amarguras por la plaza de San Petronio, ha tornado a las aventuras y tráfagos que le ha reservado el destino al volver a su patria. Y la huella del cuadro del Ticiano y el recuerdo de los estudios boloñeses –¡diamantino palacio de Bevilacqua, tapias teñidas de verdor del colegio albornociano, suaves laderas de San Miguel del Bosque, torres inclinadas de leyenda!– se condensan en estas sutiles páginas de *La Señora Cornelia*, con la fragancia y suavidad que dejan en el espíritu las cosas lejanas y queridas.

Esperancica[74]

> «El ademán era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecía muy bien y en el todo, mucho mejor.»
>
> (CERVANTES. – *La tía fingida.*)

Aquí tenéis a Esperancica, calle de Moros adelante, custodiada por un escudero y dos dueñas de honor, ridículamente tocadas y adornadas. Viste saya de burriel fino la moza; cubre su busto con ropa de frisado; calza sus leves piececitos con chapines de terciopelo negro. Atractiva es la faz de la doncella. Sus ojos, negros y rasgados, parecen adormecidos y como en ensueño; las narices son largas y rectas, la boca pequeñita, los labios grosezuelos y rojos. Los cabellos, que han sido negros, hoy tiran a rubios y crespos por artificio de la industria; el rostro es más aguileño que redondo. Camina Esperancica con paso airoso, sin apartar los ojos del suelo.

Esperancica acaba de llegar a Salamanca; ya ha rodado por Toro, por Zamora, por Plasencia. De esta última ciudad es oriunda la doncella; su fama anduvo en lenguas de los ociosos; ha vivido junto al puente de Trujillo, en Plasencia, y su casita apartada fue de llano y apacible acceso.

No dejó bien parada su honestidad por estos parajes la compatriota de Doña María de Monroy.

De Plasencia salió una noche la doncella, sin despedirse de sus amistades y cortejos, acompañada de una tía suya, Doña Claudia de Astudillo y Quiñones, ducha en el arte de quebrar sin riesgo la honestidad de las doncellas, de fabricar polvos milagrosos para sonrosar el cutis y dorar la cabellera; adiestrada en el honrado oficio de terciar con ventaja en el deseo de los donceles, en la impaciencia de los ancianos y decrépitos, y en las trapisondas y belenes de los casados. Con tan discreta compañía Esperancica, de mesón en mesón, llegó hasta Béjar donde fue regalada y festejada por unos caballeros de muy llana y liberal condición, en lo que atañe al trato y comunicación con las mozas que llaman de partido.

Desde Béjar fueron a Zamora, pero la apacible ciudad de Doña Urraca no era terreno abonado para las exploraciones de la vieja. En Toro les fue harto mejor sin ser muy larga la estancia, y Esperancica y la respetable Doña Claudia sentaron sus reales en Salamanca, que aquí, en esta ciudad del Tormes «que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado»[75], la buena matrona propónese cobrar buena renta a los caudales de juventud y donosura de la muchacha.

Esperancica acaba de llegar a Salamanca. Ya la noticia se ha esparcido por los cuatro vientos de la dorada ciudad, desde la puerta del Río a la de Zamora, desde la Magdalena a Sancti-Spíritus. Donde más comentarios ha suscitado la buena nueva ha sido en los patios de las escuelas. «Los escolares –nos advierte Miguel en este sabroso relato de *La tía fingida*– son más amigos del baldeo y rodancho que de Bartolo y Baldo»...

[74] También publicado en *La Libertad* (l4-09-1922).
[75] CERVANTES. – *El Licenciado Vidriera.* [Nota del autor]

Dos manchegos han sido los primeros en cercar la fortaleza, no del todo inexpugnable ni cerrada, de Esperancica. Así que han oteado la noticia, dejando la calle de Libreros y descendiendo por la de Traviesa, han llegado a la de los Moros, en el punto y hora en que ha hecho su aparición la moza con el extraño cortejo. Y entre toda suerte de zalemas y cortesías, derribando los bonetes, inclinando los ojos y plegando las rodillas, han saludado ambos mozos la honesta y tímida presencia de la doncella. Esperancica, sin apartar los ojos del suelo, ha desdeñado la gentil prestancia de los escolares, y, entrando en su casa con paso rápido, los ha dejado medio burlados y corridos. ¡Pero, bah! No son los escolares gentecilla que cambie de propósito a la primera quiebra.

Luego de yantar los manchegos, de noche cerrada, han vuelto a rondar a Esperancica. Con salterios, guitarras, bandurrias, cencerros y una gaita zamorana, han armado la más infernal y estrepitosa algarabía que puede concebirse. Cuando cesa por unos instantes la baraúnda, se oye un desmedrado sonetillo en loanza de la bella. Pero Esperancica no se rinde. Una dueña, de «voz afilada y pulida», suplica a los escolares que vayan con la música a otra parte, que la sazón es para recogerse, y no conviene tampoco a la profesión y estado de una doncella el escándalo de tales cencerradas y demasías.

Los escolares cesan en su estruendo, ya que no en su propósito. Un mozalbete de la ciudad se ofrece a secundar el propósito de los manchegos. Liberal y rumboso el despabilado protector, conquista a una de las dueñas de Doña Claudia con dádivas y regalos, para que le deje libre el acceso a la doncella. De noche penetra el buen mozo en la casita. De labios de tía y sobrina, sin ser visto de Doña Claudia, escucha el atrevido galán el más peregrino diálogo de la tierra.

Sobrina y tía platican animadamente. El rumor de la plática llega distinta y claramente a la estancia donde se oculta el caballero con el beneplácito de la moza. Doña Claudia sabe, por la experiencia atesorada en su juventud y brillantemente aprovechada en su madurez, la distinta manera de amar de los escolares vizcaínos, manchegos, aragoneses, valencianos, catalanes, castellanos nuevos, extremeños, andaluces, gallegos y portugueses que acuden a los estudios salmanticenses. Así sabe que los vizcaínos, gente corta de razones pero fecunda en obras, si se pican y encandilan por una hembra de rumbo, son largos de bolsa. De esta manera aprende el oculto mancebo que los manchegos gustan de llevar el amor a mojicones; que los extremeños son como la alquimia donde el compuesto cobra la naturaleza del elemento que se da en mayor escala y proporción; que los andaluces son fulleros, astutos y sagaces; y que los hijos de Lusitania, nada remilgados en la elección, llevan amor envuelto en lacería.

Y no tiene encarecimiento la maravilla del caballero, cuando oye la voz suave de la doncella, respondiendo a las bien concertadas razones de la tía de esta manera:

«– ¡Mire ahora! ¿Qué más tienen los hombres de Salamanca que los de otras tierras? ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma con tres potencias y cinco sentidos?»

Mas el galán es cazado finalmente en su madriguera, que no otro lugar que el mismo aposento de Esperanza es. La vieja increpa gallardamente al caballero; que las alcahuetas, como los comerciantes, gustan siempre de encarecer el género de muestra. Don Félix –que por este nombre responde el caballero– hace gala de no espantarse de la ficción de la vieja; Esperancica se pone del lado del mancebo. Resiste Doña Claudia, Doña Claudia resiste, y es tan fuerte y poco comedido el altercado, que llegando a los oídos de la ronda de justicia que en aquel momento pasa por la calle, mueve el ánimo de los corchetes a prender gentilmente a los moradores. Doña Claudia diserta con los ministros sobre la limpieza de su honestidad; Esperancica se somete pasivamente, y Don Félix quiere librarse de los rigores de la ley, como si en este bendito país de España no imperasen la llaneza y la igualdad de todos, y el corazón de los jueces fuese blando a las pragmáticas de las ejecutorias, a las tentaciones y cohechos de los ducados y a los privilegios de la sangre hidalga y bien nacida.

Nuestros manchegos, pendientes de la plática de Don Félix, andan a la busca, cabe a los alguacilillos y corchetes. Apostados detrás del cantón de una calle, por donde ha de pasar la ronda de los presos, hurtan bonitamente a Esperancica de las garras de los ministros de la ley. Esperancica pesca a río revuelto marido, que no amante, en uno de los encandilados e impacientes manchegos. La honrada Doña Claudia soporta la afrenta y rechifla de las gentes, encerrada en una jaula de la Plaza Mayor.

Esperancica vive ahora con su marido en un lugarón manchego. El viejo suegro está prendado de la nuera. Cartas han llegado de Salamanca contando el pasado trafagoso de la mujer del estudiante; pero Esperancica, discreta y mañosa, olvidando las aventuras de Plasencia, de Toro, de Zamora, de Salamanca, y lejos de la astuta Doña Claudia, se ha hecho querer de sus convecinos....

Preciosa[76]

> «Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama.»
> (CERVANTES. –*La Gitanilla.*)

Cerremos las páginas de *La Gitanilla* después de saborear tal encarecimiento de Miguel, que todos conocemos a Preciosa. Goza de una fama de honesta, discreta y hermosa que no hay más que pedir. Es todo un encanto la chiquilla. Tiene tostada la piel por el sol. Los ojos son negros y acariciadores, y las manos suaves, rosadas y no curtidas, a pesar del ajetreo de su condición. De ébano es la cabellera, la boquita breve y burlona, los piececitos menudos y ligeros, pronta y fecunda la palabra. Y en esta virgencita de quince años, los senos se insinúan graciosamente en el apretado juboncillo, y cuando baila la chiquilla, descubre unas piernas de cabos finos, de armónicas y tentadoras proporciones. Digamos también que su desenvoltura no es hija de lascivia, sino de agudeza e ingenio. Y añadamos finalmente, para loar como se debe la honestidad de Preciosa, que se muestra enojada y confusa cuando las alabanzas que de sus raras prendas oye, suben de punto y sazón.

Los gitanos adoran y reverencian a Preciosa. Dura infancia ha tenido la Gitanilla. De feria en feria, ha corrido y vuelto a correr todos los lugarones y poblados de ambas Castillas y de la Mancha. Ha sentado sus tiendas con la despreocupada y nada escrupulosa raza gitanesca, así en las riberas del Tormes como en las riberas del Duero; junto al Tajo y junto al Pisuerga. Ha bailado Preciosa en Arévalo y en Piedrahita, en Alba y en Ledesma, en Zamora y en Toro, en Valladolid y en Rioseco, en Talavera y en Torrijos...

Y en este momento tornamos a encontrarla en la corte de nuestro muy amado Rey D. Felipe (que Dios guarde) y en los acampados de Santa Bárbara, paraje o sitio que en Madrid eligen los gitanos para establecer su honrada profesión.

Mes de julio, bochorno, modorrera. En este día de Santa Ana, ha hecho Preciosa su entrada en la asendereada villa del oso y del madroño. Con ocho gitanas y un gitano va cantando la chiquilla por las calles los villancicos, zarabandas, seguidillas y coplas que ha aprendido.

Los hijos de Madrid, que jamás llevan priesa, que gustan de pararse y solazarse ante los músicos, bailarines y juglares callejeros, cambiando con ellos donaires y burletas, hacen aspavientos de la belleza de Preciosa.

¡Y cómo canta la doncellica, con qué gracia remata los romances, qué discreción que tiene, qué ligereza y rapidez en las piernas, qué alegría retozona en el ánimo, y, para que mayor sea la maravilla, qué continencia en su gentil apostura! Poetas, pajecillos, soldados, pretendientes, arbitristas, hampones hacen corro en torno a la chiquilla.

Cervantes nos ha transmitido las exclamaciones del embobado auditorio con su fidelidad acostumbrada. Unos se duelen de la condición de gitana que tiene la bailadora. Otros, más groseros, piensan que tales principios no han de acabar en buenos fines. Maliciosos que devanean por el corro sospechan que la muchacha va ganando los corazones para uncirlos al carro de su liviandad. Y hasta hay quien «más humano, más basto y más modorro –refiere Miguel– viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo:

– A ello, hija, a ello; andad, amores, y pisad polvito tan a menudito.

Y ella respondió sin dejar el baile:

– ¡Y pisarélo yo a tan menudo! »

Cansada ha quedado Preciosa de la danza, pero las ponderaciones de su hermosura han cundido ya por todos los ámbitos de la Corte.

A los quince días ha vuelto a presentarse Preciosa por los lugares más concurridos de Madrid con nuevos romances y cantarcillos.

En la calle de Toledo –a la sombra– se ha detenido a cantar y a tañer sus panderetas y sonajas la alegre caravana gitanil. La vieja, aquella vieja que no se aparta un punto de Preciosa, llamán-

[76] En *La Esfera* (26-04-1924), *Reflejos* (01-08-1928) y *La Nación* (06-05-1917) se publicó con el título de «La gitanilla»; en *La Vanguardia* (08-04-1915) con el de «Preciosilla»; y en *Revista Castellana* (Noviembre-Diciembre 1916) con el de «Preciosa».

dola nieta y prenda suya a cada dos por tres, ha recogido buen montón de ochavos y de cuartos entre los transeúntes. Sobre todo, aquel romance de la reina D.ª Margarita, saliendo a misa de parida, a la iglesia de San Llorente en Valladolid, ha sido harto fecundo en rendimientos, que el público embelesado no se ha cansado de regalar cuartos a la bailadora.

Un mozalbete, poeta y caballero, ha requebrado de amores a Preciosa. Discretamente ha contenido la chiquilla los ímpetus del gentil amador. Con pruebas que no con razones, ha mostrado el caballero la fineza de sus pensamientos y propósitos, ingresando en la familia gitanesca, sin separarse un punto de su novia. Y los amores han acabado venturosamente.

Ya lo recordáis vosotros; los años pasan rápidamente; dos, tres años se han pasado ya. Preciosilla se ha convertido en D.ª Constanza de Acevedo y Meneses; su padre don Fernando es caballero del hábito de Calatrava; la madre de la chiquilla se llama D.ª Guiomar. Y D.ª Constanza es la esposa de D. Juan de Cárcamo –el fingido gitanillo de las horas sabrosas del noviazgo– y vive con su marido en Madrid en una casa hidalga y bien abastecida.

En D.ª Constanza, en Preciosilla, ha pintado Cervantes la donosura castiza de la mujer española. Preciosilla es la imagen de la desenvoltura sin lascivia y del ingenio pronto, alegre y burlón de nuestras mujercitas. Preciosilla tiene la sal rumbosa de nuestras majas bien plantadas, de las fieras manolas que en la misma calle donde danzaba Preciosa aullaron de dolor pisoteadas por los caballos de los franceses, de nuestras hembras desenfadadas y graciosas que saben herirnos derecheramente con sus desdenes e iluminarnos el sendero con el rocío de su sonrisa. Preciosilla es la pimienta de la raza, y siglos más tarde, el atrabiliario aragonés D. Francisco de Goya y Lucientes hubiera dado la mitad de su gloria por haberla reproducido con sus pinceles, diciendo la buenaventura en la pradera del Corregidor.

Convertida Preciosilla en D.ª Constanza por un encuentro venturoso y por esta divina piedad de Cervantes, que gusta siempre de solazar a los humildes y de mostrarles el castillo de la ventura por los rodeos más extraños y dificultosos, convertida Preciosilla en D.ª Constanza, por los insólitos vericuetos que conoce seguramente el lector, es la mujer humilde y tolerante que ordena sin destemplanza, que sabe ser señora con sencillez, e hija de nobles padres con llaneza.

Bien hizo el licenciado Pozo en contarnos el donaire de Preciosa; bien hizo Cervantes encareciéndonos la discreción y hermosas prendas de la Gitanilla. A lo largo de nuestra historia, oímos el alegre tañido de los crótalos y sonajas de Preciosa, las asonancias musicales de sus romanzas y villancicos, los airosos trenzados y punteados de sus danzas bohemias. ¿No es así, garrida Argentinita, que sabes decir con los crótalos tus suspiros y tus ternuras, tus celos y tus desdenes? ¿Vas a desmentirme tú, gitanilla auténtica, Pastora Imperio de los ojos verdes, que tienes cuerpo de serpiente, piernas de goma y soberanos, indescriptibles brazos de fuego?

Constanza[77]

> «...es dura como un mármol, y zahareña como una villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año...»
> (CERVANTES. – *La ilustre fregona.*)

Toledo. Posada del Sevillano. Primeras horas del día. Aparición de Constancica, llamada la ilustre fregona por las extrañas calidades de su belleza. Ojos azules de Madona, frente ancha y despejada, blanca la color del cutis. Cuello macizo y recio, de alabastro. De las orejas cuelgan dos calabacillas de vidrio. Con dos cintas blancas de hiladillo, lleva Constanza trenzados sus cabellos rubios. Es tan larga la trenza, que desciende por las espaldas, deteniéndose más allá de la cintura. Limpio, igual y suave es el peinado. Al aire lleva el cuello, que es la misma blancura. Viste saya y corpiño de paño verde. Cubre la garganta con un collar de estrellas de azabache; sujetando la cintura muestra un cordón de San Francisco; colgando de una cinta pende un ma-

[77] En *Estampa* (28-05-1928) se publicó bajo el epígrafe «En la Posada de la Sangre»; en *El Sol* (27-09-1918) como «La Posada del Sevillano»; en *El Imparcial* (16-12-1923), como «El Mesón del Sevillano»; en *El Pueblo* (10-12-1927) y *El Luchador* (25-11-1927) como «Mañana en el mesón»; en *La Libertad* (17-02-1922) y *La Basílica Teresiana* (15-06-1915) como «Constanza»; y en *El Noticiero Universal* (09-09-1919) como «Constancica».

nojo de llaves. Recia y bien proporcionada es la moza. No usa chinelas, sino zapatos; a roja tira la color de las calzas. Constancica se ha levantado del lecho; ya se ha tocado para todo el día.

Rozagante de vida y juventud, así compuesta y ataviada, aparece en la sala del mesón. Su faz revela un sosiego perfecto. Un equilibrio interior brota y resplandece en todos los ademanes de Constanza.

Devotamente saluda la moza a una imagen de la Virgen que cuelga de los muros del patio, contiguo a la sala; al santiguarse, unos dedos largos y rosados señalan la figura de la cruz en la frente tranquila y tersa, en el apretado pecho, en el sólido nacimiento de los brazos y en la boquita roja y breve. Y al advertir que los ojos de nuestros buenos burgaleses Carriazo y Avendaño la contemplan con embeleso, abandona el patio, torna a la sala y da voces a la Argüello para que se levante con presteza, que ya el sol dora a trechos la vega toledana, y las calles pinas y estrechas de la ciudad oyen las primeras voces, alegres y sonoras, de los madrugadores.

Y la gente de la posada comienza a ponerse en movimiento. La Argüello –esta gentil amiga nuestra que ya describiremos– anda de pullas y chacotas con los huéspedes; el Sevillano sostiene con ella las primeras pendencias y trifulcas de la mañana; Avendaño ya se ha quedado en el mesón llevando la cuenta de la paja y de la cebada; Carriazo enjaeza el asno para traer del Tajo cántaros de agua con que llenar los barreños en que abrevan cómodamente los caballos y mulas de la cuadra, sin salir de la posada; la Gallega –otra buena pieza como la Argüello y de la que haríamos mención especial si pudiéramos extendernos a nuestro talante– sin dar paz a la sin hueso, coloradota, basta, picada de viruelas y abundante de libras, se refocila de antemano, pensando galleguilmente en la suave y tierna amistad con los nuevos mozos que acaba de apalabrar a su servicio el Sevillano.

Espectáculo curioso y pintoresco el de la mañana en un mesón; de los cuartos y estancias de la posada salen ya los huéspedes. Relinchan las bestias, acomodan las mozas los camaranchones, pagan su costa los viajeros, acuden a sus negocios los diligentes, y la mesonera, solícita, anda de acá para allá, dirigiendo los quehaceres de las gallegas, advirtiendo al Sevillano de una olvidada menudencia, espumando la olla de la cocina, sacando lienzo de las arcas, y poniendo orden y concierto en una casa de tanto tráfago y baraúnda.

Constancica no ha vuelto por el patio ni por la sala del mesón. Con andar en todo y cuidar de todo la rapaza, pocos ojos ponen en ella la mirada y con la mirada los deseos. Así tiene fama de zaharaña como labradora de Sayago y de áspera como una ortiga; pero su cara de pascua y de siempre novia, juntamente con su recato, hacen que el mesón se vea siempre poblado, no ya de pobretucos, sino de caballeros y letrados, que tales prerrogativas tiene siempre la belleza, aun ostentada en hembras rústicas y plebeyas. Sabido es por otra parte –y no lo decimos ciertamente por Constancica– que las ninfas del fregadero, sensibles a ciertas temeridades galanescas, desbancan muchas veces en nuestra España a damas de la más alta condición y hermosura.

Constancica no suele apartarse de la mesonera, a la que naturalmente quiere y reverencia como a madre. Don Periquito, el hijo del Corregidor, y cuantos beben los vientos por la doncella en esta ciudad de Toledo, plantel de muchachas guapas y donosas, pierden lamentablemente el tiempo. Como lo pierde nuestro amigo Tomás de Avendaño, a quien su industria de trocar el hábito de caballero por los arreos de mozo de mesón, apenas le sirve para mirar de higos a brevas a Constancica, ya que no para platicar con aquel reposo que los negocios de amor requieren y demandan.

¡Constancica, Constancica! No hay mejor adorno que ella en la posada del Sevillano. Con la mesonera pasa la niña las mejores horas de su adolescencia. La vida es para Constanza una sucesión de gentes que aparecen y desaparecen rápidamente ante sus ojos.

El señor de Carriazo –padre de nuestro improvisado aguador– visita la posada en busca del desgarrado aventurero y reconoce a Constancica como a hija suya. Desde este momento comienzan las transformaciones de la ventura, gratos y socorridos recursos en el arte de novelar de nuestro Miguel. Constancica –fácil es adivinarlo– es la señorita de Carriazo. Tomás de Avendaño, vuelto a su primitiva condición de caballero, se convierte en el prometido de Constancica. El corregidor de Toledo es pariente y amigo del señor de Carriazo, la señora del Corregidor viste a Constancica «con unos vestidos –puntualiza Cervantes– de una hija que tenía de la mesma edad y cuerpo de Constancica; y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo; tan bien le cuadraban que daban a entender que desde que nació había sido señora y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.»

Bodas solemnes y rumbosas en la imperial ciudad. La señorita de Carriazo es la señora de Avendaño. Los novios han marchado a Burgos; de Burgos han ido a vivir los recién casados

a Salamanca, que Tomás quiere concluir en la famosa escuela sus estudios. Constancica viste ahora ricas telas; no hay señora más elegante en la ciudad del Tormes. Los Maldonados, los Aguileras, los Álvarez de Toledo convídanla siempre a sus festines y banquetes; hasta los escolares celebran a Doña Constanza en trovas platónicas y comedidas.

Tiene Constancica una maravillosa sonrisa; sonrisa de señora que ha sido mesonera, de mesonera que –sin esfuerzo alguno– se ha convertido en señora; sonrisa de mujer que sabe el secreto de su nacimiento, que calla grandes cosas, que todo lo intuye y lo penetra todo; sonrisa de muchacha que en todas partes vive a sus anchas dominando las situaciones; sonrisa de hembra que al obedecer ordena y al ordenar obedece a un oculto designio de su naturaleza.

Acabados los estudios de Tomás en Salamanca, Constancica se asienta definitivamente en Burgos. Ya ha recogido la madeja de oro de sus cabellos; de su cintura ya no pende el manojo de llaves de la posada. A la orilla derecha del Arlanzón, fuera de las murallas, allí donde viven los nobles y caballeros, tiene su casa solariega Constancica; una ancha casona hidalga de patio primoroso y de bellos artesonados. Las estancias son alegres y sonoras; anchos bufetes, riquísimos estrados las decoran. Las arcas están repletas de vasos de plata y de finas sábanas de Ruán.

Los futuros señores de Avendaño –unos angelitos rubios, caribobos y parleros– abrazan a todas horas el cuello de alabastro de Constancica y atruenan la casona con los agudos gritos de su alegría. Tomás –el mozo andariego y pícaro de antaño– acaricia con reposo la barbilla de su mujer y revuelve sabiamente, con los dedos nerviosos y ágiles que conocieran los dados, bolos, barajillas y demás cuentos de la almadraba, la cabellera de oro sujeta en Toledo con dos cintas blancas de hiladillo.

¡Ah, tiempo amigo, tiempo calmante, tiempo bienhechor, mago que conoces los anhelos de los hombres y tienes en tu poder la llave de su ventura! Ahora, Constancica sonríe, y sus ojos azules que parecen posarse sobre el Arlanzón y contemplarle rendido a los pies del castillo que destaca su atalaya en el altozano más prominente de la ciudad, sus ojos azules no contemplan el río ni el castillo ni los torvos y ceñudos rostros de los condes castellanos en la Puerta de Santa María. Los ojos de Constancica tienen realmente delante de sí la imagen de aquella buena mujer, ya muerta, a la que Constancica quiso como madre en la posada del Sevillano.

Leocadia

«Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y más hermosa muestra que pudo dar jamás compuesta y natural hermosura.»
(CERVANTES. – *La fuerza de la sangre*.)

«Venía vestida –sigue contándonos Cervantes– por ser de invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mesmos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rubios, le servían de adorno y tocas, cuya invención de lazos y rizos y vislumbres de diamantes, que con ellos se entretejían, turbaban la luz de los ojos que los miraban.»

¿Vislumbres de diamantes? ¿Saya llovida de botones de oro y perlas? ¿Cabellos largos y no muy rubios? ¿Ojos negros, muy negros tal vez, que nos miran con fijeza destacándose del fondo gris de un lienzo? Esa figura... ¿dónde hemos visto nosotros esa figura? ¿En la galería de los Gonzagas en Mantua, en la pinacoteca de Milán, en los museos de Florencia, en una estancia sombría de algún viejo palaciote romano? No, no. Esa figura la hemos visto en España. ¿En el Prado, en una capillita obscura de Talavera, de Illescas, de Toledo, de Valladolid? No sabremos responder a ciencia cierta.

Leocadia ha sido antes madre que esposa, no por artes torpes de lascivia, sino por rigores de la mala estrella.

Recogida ha vivido en su casa de Toledo, cerca de la iglesia mayor, algunos años. Apenas recuerda Leocadia de la noche fatal otra cosa que los damascos rojos de la estancia maldita, vistos al resplandor de una luna clara. No conserva de sus amores forzados sino un Crucifijo ricamente labrado en plata. Luego vinieron la soledad, el silencio, la reclusión casera para que nadie se diera cuenta de la deshonra, los lamentos de los ancianos padres, los primeros vagidos del pequeñuelo.

Fuera de Toledo, ha mamado la criatura, rubia y bella como el mismo sol. A su lado lo ha reclamado por fin Leocadia. Ante Luisico no sabe la madre si sentir o alegrarse de su desgracia. Acaricia a su hijo, le mima, juega con él en todo momento y sazón. Y vive prisionera de las dulces cadenas de los bracitos infantiles, besa frenéticamente la bolita mantecosa de sus carnes, hunde sus miradas tristes en la azulez tranquila de las pupilas de su hijo, e inventa para él toda suerte de mimos, arrumacos, fiestas, caricias y zalemas.

Leocadia es casi feliz. Los ancianos padres embobados están también con el nietecico. Crece talludo y rollizo el buen mozo, impetuoso y alegre. En la mansión honrada de Leocadia, quien trajo la desventura aportó también la alegría, y los callados y sutiles goces de la maternidad, que no pueden manifestarse a la luz del sol, indemnizan a Leocadia de los atroces recuerdos de aquella noche en que fue raptada por un atrevido y poco cristiano mancebo, que la abandonó en la calle, después de haberla forzado en la estancia roja, cubierta de ricos damascos.

Algunas diligencias ha querido hacer Leocadia para averiguar el nombre y calidad del padre de su hijo. Diligencias son éstas peligrosas siempre y expuestas a las mordeduras de la honra. Sus padres han logrado disuadirla de su propósito. Caminos tiene la vida, que suelen llevarnos, cuando más enfrascados y sumidos nos trae el afán diario, a los más extraños y nunca vistos sucesos.

La vida que fue tan dura para Cervantes y tan agradable para casi todas las heroínas de su fértil y nunca exhausto ingenio, ha de colmar las naturales impaciencias de esta singular doncella madre: que la doncellez no se pierde por fuerza, sino de grado y voluntad, como es notorio y razonable concepto.

Pero sigamos con nuestros escarceos y glosas en torno a las mujeres cervantescas.

Luisico es un niño adorable. A los siete años es un lucido precursor de los niños prodigios en que somos tan fecundos los españoles, ya que a tan tierna edad Luisico, lejos de andar en juegos y solaces, hace formada y muy buena letra, lee latín y parla el romance con elegancia.

Un día que sale a un recado es atropellado y herido por un caballo de carrera que a todo galope se desboca. Un caballero principal recoge al herido y le lleva a su casa, maravillado y suspendido de la semejanza que tiene la criatura con un su hijo que a la sazón corre aventuras por las feraces tierras de Italia. Consternación de Leocadia y de los abuelos que acuden solícitos a la casa del caballero, donde se ha recogido a Luisito. Sospechas de la madre de que la estancia donde curan a su hijo es la misma donde ella fue villanamente burlada. Sus recuerdos son ahora exactos y precisos; la ventana del aposento da a un jardín; los damascos han desaparecido, pero no el lecho ni el escritorio donde se guardaba el Crucifijo que ella recogió «no por hurto ni devoción, sino llevada de su oculto designio».

Comienza a esclarecerse el misterio. El caballero que ha recogido a Luisito es el padre del seductor de Leocadia, esto es, el abuelo del niño.

La esposa del caballero, Doña Estefanía, ganada de la discreción y garbo de Leocadia, oye de ésta el relato de sus desventuras, con tal exactitud contadas y recordadas, que la buena señora quiere ponerlas pronto y agradable remate.

El mancebo ha vuelto a España, luego de haber gustado las delicias de Nápoles y de Roma, de Florencia de Bolonia, ansioso de concertar matrimonio con una doncella de su raza. Al llegar a Toledo y entrando en casa de sus padres, contempla a Leocadia ataviada del modo que hemos referido, con saya de terciopelo, botones de oro y collares de diamantes. Asombro de Rodolfo –que así se llama el mozo– olvidado de la antigua villanía que cometió. Y bodas, las bodas de siempre, las inevitables bodas que solazan a Cervantes, las venturosas bodas que acaban con las desventuras que pare la fantasía del novelista, ya que las desdichas corrientes y molientes del andariego Miguel no tienen arreglo ni parecen tenerlo nunca.

Grandes son el optimismo, la expansión vital, la fuerza creadora, la sugestiva evocación que atesora Cervantes al trazar estas figuras tan españolas, tan actuales: Leocadia, Esperancica, Constanza, Preciosa.... Así se consuela nuestro héroe de los crudos desengaños de la suerte. Unos tienen dinero, aplauso, renombre de doctos, prebendas, oficios pingües; Miguel no tiene otro escudo para defenderse que su ingenio. Pero es un ingenio plebeyo. No es como Lope, no es como los Argensolas, Miguel. Es un ingenio lego, limpio de citas indigestas y de sabias acotaciones eruditas; es un pobre juglar Miguel que solamente regocija a los pajes en las antecámaras.

¡Y sin embargo...! Y sin embargo, no hay escudo más fuerte para defenderse que el ingenio, ni castillos más inexpugnables que los castillos del espíritu. Me place imaginar a Cervantes aca-

riciado por estas tiernas doncellicas en sus horas de insomnio y de amargura; me place soñar cómo le sostienen, cómo le miman, cómo le besan en los más rucios combates de la adversidad. Y cuando Lope compra y alquila las caricias de las hembras más alegres de la corte, nuestro pobre soldado, nuestro mísero recaudador de tributos y de gabelas, sabe vengarse –con la limpieza y amplitud soberanas de su espíritu– de las burlas del tiempo que pasa y de los contratiempos que se quiebran y embotan entre las mallas de su bondad.

La Generosa[78]

> «Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos... señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana y no se engañaron en nada.»
> (CERVANTES. – *Rinconete y Cortadillo.*)

Sevilla, casas blancas, cielo azul. El río ancho y navegable, lleno de galeras y con gente de flota. «Casa no muy buena, si no [sic] de muy mala apariencia.» Patio enladrillado, reluciente y limpio; patio de Monipodio. Entremos, amigos, en esta cueva de malandrines, descuideros, bravos, ladrones y mujeres de casa llana. Pronto ha de recibirnos el ministro mayor de tan esclarecida cofradía. Mientras llega el besamanos, curioseemos atentamente este palacio peregrino, Miguel de Cervantes nos servirá de guía.

En un lienzo del patio enladrillado hay un banco de tres patas; frente al banco, un cantarillo descascarillado con un jarro encima. Una estera de enea cubre el centro del patio y sobre la estera luce una maceta de albahaca.

El patio se comunica con dos salas bajas, singularmente alhajadas y adornadas. Dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho cuelgan de cuatro clavos de la pared; un arca grande sin tapadera se divisa en un rincón; unas esteras desportilladas y harto sutiles y transparentes decoran el pavimento. Y para que lo religioso se mezcle y confunda suavemente con lo profano, hay en la pared, frontera a la de los clavos, una imagen de Santa María, tosca, vulgarota, «destas de mala estampa», y debajo una esportilla de palma. Junto a ella, encajada en el muro, se destaca una jofaina o almofía blancuzca. La esportilla parece un cepo de limosna y sospechamos que la almofía hace las veces de pila de agua bendita, para que mojemos la yema de los dedos, antes de impetrar auxilio de la misericordia de la dulcísima madre de Dios.

Mientras nosotros hemos curioseado el extraño aspecto de esta casita, han entrado en ella dos mozos vestidos de estudiantes, dos devotos, un ciego, dos espantapájaros con gafas, una vieja halduda, dos bravos de mostachos terribles y el velludo, cejijunto y barbinegro Monipodio. Todos estos tipos extraños han prescindido de nuestra presencia y no se han dignado cambiar con nosotros saludos ni reverencias. Después, jadeante y sin aliento, ha entrado en el patio un muchachito ágil, de mirada viva e inteligente, previniendo a la respetable comunidad de la sorpresa que parece prepararles el alguacil de vagabundos.

Pero he aquí dos mozas de rompe y rasga, alegres, jacarandosas y burlonas, que nos salen al encuentro con algazara. Llevan afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos». Correspondiendo a nuestro saludo, nos llaman morenicos y gentiles. Las mozas nos dicen que responden por la Generosa y la Escalanta, y nosotros las consideramos, desde luego, como ornamento y flor del mujerío llano y sin pretensiones en la alegre y desenfadada Sevilla.

La Generosa es mejor moza que la Escalanta; fijémonos en ella, que no es damisela que rehúya miradas atrevidas ni se ofenda de requiebros equívocos.

La Generosa tiene hermosos ojos negros, llenos de desvergüenza y alegría; se cubre con medio manto de anascote; habla ceceosa, atropelladamente. Lleva los rollizos brazos al aire,

[78] La reproducción de esta semblanza en *La Esfera* (19-04-1924) y en *Heraldo de Madrid* (04-09-1922) lo hizo bajo el título «El patio de Monipodio».

adornados de cardenales y de otras manchitas verdinegras y rojas, y al aire lleva también otras prendas desarrolladas y elásticas, que son mejor para adivinadas que para vistas. La cara es morena, negros y ensortijados los cabellos, la voz áspera y quebradiza, y los ademanes resueltos y muy vivos.

No conoce encogimiento ni timidez la Generosa. Se acaricia los cabellos constantemente con la diestra, juega con arrogancia los brazos, y los ojos, en constante movimiento, acentúan o desvanecen la intención de los vocablos de la moza.

La Generosa, después de cambiar con nosotros breves palabras, se ha dirigido con los brazos abiertos a uno de los bravos, acariciándole y festejándole entre burlas y veras. No nos sorprendamos; aquí, en el patio de Monipodio, nadie se sorprende de nada, y escuchemos las risas de la buena moza, que quiere yantar con tan agradable compaña.

Por el patio se ha extendido la esterilla de la sala, a guisa de mantel. Los ladronzuelos y las mozas se han sentado en derredor de la estera. Una bota de vino ha surgido de las entrañas de una canasta mágica, y la vieja halduda ha besado con todo reposo la cazoleta de la bota, mientras la Generosa, silenciosamente, va embaulando en su estómago cangrejos y más cangrejos, camarones y más camarones, sin olvidarse de regalar a su bravo de turno aceitunas y tajadas de bacalao.

El yantar se ha interrumpido bruscamente.

Una furia del infierno, de cara picada y variolosa, deslenguada y afrentosamente fea, entra en el patio diciendo de su galán ausente que es un desuellacaras, ladrón, piojoso y otras lindezas. Gran algarabía entre las mozas; la Generosa, haciendo guiños a su bravo, tan pronto se burla como parece compadecerse de la Cariharta, que tal es el nombre de la recién llegada.

Presto se declara partidaria la Generosa de los amantes que ventilan a golpes sus diferencias de amor; su tristeza pasiva de ramera –a pesar de la alegría atropellada y violenta en que quiere atrincherarse– confunde las coces con las caricias y las ternezas con los castigos. La Generosa ama en el hombre la fuerza, la energía, la sequedad afectiva, el arranque primerizo, la iniciativa tal vez, y en su triste oficio gusta de los golpes, que ellos embotan el espíritu y adormecen la conciencia.

Continúa el banquete. No cesa de comer la Generosa, sabedora de que el hambre hace más estragos en las mozas que la misma liviandad. Va cediendo el enojo de la Cariharta; llega el amante de la enojada moza; la Generosa envidia acaso el sino de su compañera que ya prepara la reconciliación. Estómagos hartos; danza. La Escalanta se descalza un chapín, tañendo en él como en un pandero; la Generosa, luego de acariciarse sus cabellos fuertes y ensortijados, rasga una escoba de palma, acompañando al tañido seco y rápido del chapín; los bravos se solazan; la Cariharta –¡oh, las querellas de las mozas del partido!– ya se hocica con su amor; Monipodio, con grave continente, lleva el compás de la contradanza, y todo es ruido, estrépito y bullicio en esta famosa mansión de la hidalguía.

La Generosa tira la escoba. Escupe. Pone los brazos en jarras. Oye requiebros bárbaros y los devuelve con la natural desvergüenza. Echa atrás su medio manto de anascote y canta con el mismo ritmo de la Escalanta:

Por un morenico de color verde
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

Risas, chancetas. Todos sabemos que la Generosa se pierde por cualquiera. Por un morenico verde y aceitunado. Por un rubio con bigotillos de azafrán. Por un barbilampiño de los muchos que en esta alegre ciudad de Sevilla cambian de cortejo con más frecuencia que de camisa. Por un bravucón de mostachos fieros y cejas cerdosas, mandíbulas terribles y hocico saliente. Por un barbilindo de voz atiplada y ademanes mujeriles. ¡Zape! Todos sabemos que la Generosa se pierde por cualquiera.

¡Pobre Generosa! Las tajadas de bacalao frito, las aceitunas, los camarones, el vino trasañejo de Guadalcanal, han hecho áspera y quebradiza tu voz; el albayalde y los afeites han acartonado tus pobres carnes de cortesana; el trato de los bravos, la tutela de Monipodio, las burlas y golpes con que responden a tus caricias fingidas y automáticas los Maniferros, Chiquiznaques y Repolidos de toda laya te han convertido en bestia pasiva, en mula de carga, que no sabe quejarse y que suspira por la tralla del arriero.

Sevilla, casitas blancas, jirones de cielo intensamente azul. Sevilla, prado de San Sebastián rumoroso y alegre, río ancho y navegable lleno de galeras y con gente de flota, manchones cárdenos de olivares, torre graciosa de la Giralda, celosías y ventanas adornadas de flores. Descuideros, ladrones, mozas del partido; la Generosa cantando seguidillas desvergonzadas... Miguel de Cervantes pasó días amargos, tristísimos en Sevilla; la tradición nos cuenta que un buen hombre del pueblo, que un excelente mesonero, fue el más desinteresado y fiel amigo de Miguel. Aquí, en estas agudísimas páginas de *Rinconete y Cortadillo*, volcó Cervantes toda su amargura de trashumante y andariego. Toda España era un patio como el de Monipodio; los Chiquiznaques y las Carihartas, los Maniferros y las Escalantas, los Repolidos y las Generosas, mostraban por todas partes la carroña de su desvergüenza y osadía. Advertid también que las tajadas de bacalao frito, las naranjas, las sabrosas aceitunas, mueven a Cervantes a exclamaciones de gozo...

Leonora[79]

> «Leonora andaba a lo igual con sus criadas, y se entretenía en lo mismo que ellas, y aun dio con su simplicidad en hacer muñecas y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condición y la terneza de sus años.»
>
> (CERVANTES. – *El celoso extremeño.*)

Leonorcica apenas se ha dado cata de sus bodas. Ha salido de casa de sus padres sin grandes alegrías, pero también sin grandes tristezas. Encerrada ha vivido siempre de soltera por el buen parecer y encerrada sigue viviendo ahora en casa de su marido Felipe Carrizales.

Leonorcica no ha conocido el amor nunca, ese idolillo bobo que huye de nosotros cuando le llamamos y que se cuela de rondón en nuestra vida cuando nos guarecemos de sus flechas en la roca de la soledad. Para Leonorcica el amor ha sido siempre cosa de juglares y fantasía de poetas sin realidad alguna; argumentos de libros de caballerías y de romances de ciegos en las ferias. Su corazón ha latido siempre rítmica y acompasadamente.

No, no ha sabido Leonorcica de sobresaltos, de risas alocadas y nerviosas, de pesadumbres hondas, de sueños que nos transportan a una región azul, de dolores callados y humildes que se avergüenzan de salir a la plaza pública. No ha conocido Leonorcica el amor... Vive en Sevilla y no sabe apenas las calles de Sevilla; las ha visto de madrugada, envueltas en una neblina azul, cuando alegres campanas de monjitas tañían a la misa del alba.

No ha gozado la gentil casada de la alegría, de la gracia, del profundo encanto de su ciudad. Ha vivido siempre como una monja. Oraciones, ayunos, lecturas de libros devotos donde se pintan con vivos colores las penas infernales han alternado con sus quehaceres de cocina y de labor. Candorosa y simplemente se ha criado Leonorcica. Su experiencia matrimonial no ha podido ser, por otra parte, más sosa ni desabrida. Sus padres decidieron la coyunda, y ella obedeció a sus padres. No traía el galán acopio de ilusiones, sino carga de años; era un indiano el galán. Desde el principio, sus caricias estuvieron reglamentadas, y sus palabras fueron dichas sin excesivo calor. Felipe Carrizales era ya viejo.

Pródigamente había disipado Felipe su juventud y su patrimonio en Flandes y en Italia. Al encontrarse sin arrimo, embarcó para las Indias y de ellas trajo una fortuna que deseaba mantener con avaricia y con tesón. Pasando un día por la calle, vio a Leonorcica, habló con sus padres y la pidió por esposa, dotándola en veinte mil ducados. Hízose la boda, y Leonorcica desde entonces, no ha vuelto a pisar más la calle. «La mujer casada, la pierna quebrada y en casa.»

Con ser casada Leonorcica, su conocimiento de las cosas del mundo es tan limitado como el de la más ingenua doncella. No entran jamás varones en su casa. Su saya rayada y su ropilla de tafetán han sido dichosamente trocadas en lindos y primorosos vestidos. Cuatro esclavas blancas y dos negras componen la servidumbre. La casa está llena de ricos tapices, doseles y

[79] También publicado en *La Libertad* el 24 de enero de 1924.

estrados. Las ventanas que dan a la calle han sido tapizadas, cerrada la casa-puerta y levantadas las paredes de las azoteas. Felipe es harto celoso y no quiere que ojos extraños contemplen la beldad de su esposa.

Leonorcica se ha ido haciendo a la dura prisión. Con sus ayas y criadas se divierte cándidamente, comiendo toda suerte de golosinas. Acostumbrada a encoger los hombros, a bajar la cabeza, a obedecer ciegamente, no tiene más voluntad que la de su marido. Es pacífico Felipe; su pasión no tiene grandes complejidades ni recovecos; la niña le quiere como quieren los pequeñuelos a los que les complacen en sus antojos y caprichos.

Con sus golosinas, con sus juegos de muñecas, con otras niñerías y pasatiempos que muestran «la terneza de sus años», Leonorcica, que no ha conocido otras existencias más azarosas y sobresaltadas, que siempre ha vivido pacífica y caseramente, juzga que el matrimonio no es otra cosa sino el cambio de señor y dueño, la exhibición ante las ayas de los dijes, joyas y preseas, y el arte de regalarse y tocarse con mayor cuidado y esmero que de soltera. Así, Felipe vive contento, y Leonorcica vive satisfecha, con sus deseos colmados y sus pequeñas vanidades satisfechas.

Ningún disgusto turba la placidez de este matrimonio. El viejo y la niña no han tratado nunca de comprenderse y por eso, tal vez, se estiman. Solamente los padres de Leonorcica entran en casa de nuestros amigos. Los domingos y fiestas de guardar, acompañan a su hija a la misa del alba. Durante la semana, Leonorcica platica con las ayas, luce vestidos nuevos, goza a su contento de los placeres de la mesa y se ufana de la opulencia de los bienes de Felipe, que ningún antojo sabe negarle.

Nadie conoce en Sevilla a nuestra Leonorcica, pero como es bella y primorosa, no sé qué calidades tiene la hermosura, que no sabe ocultarse del todo nunca, ni aun en la más estrecha mazmorra. Los virotes, que cazan las piezas del amor a salto de mata, han olido la rosa que con tanto celo oculta Felipe Carrizales a las miradas de los profanos.

Loaysa, un galán atrevido, ha logrado penetrar en la casa del celoso viejo. No contemos ahora menudamente las tretas y subterfugios de que se ha valido el mancebo; nuestro Cervantes las refiere donosamente en *El celoso extremeño*. La dueña Marialonso –a la que consagraremos más adelante, como homenaje a sus virtudes, una mención especial– encarece a Leonorcica las buenas prendas del mozo, comparadas con los alifafes y reumas del buen Felipe. Ocurre lo que tiene que ocurrir. Leonorcica falta a la fe jurada; Felipe enferma de la afrenta, y en la hora clarividente de la muerte, ruega a su esposa que torne a casarse con un mozo de sus años. Leonorcica, desoyendo las advertencias de su marido, ingresa en un convento de monjas al quedarse viuda, joven, rica y libre.

Confesemos que no nos indigna demasiado la falta de la muchacha ni nos duele cosa mayor la trágica afrenta de Felipe. La vida tiene una lógica que vive y se desarrolla fuera de nosotros. Hay sucesos que se dan fatalmente, inexorablemente, que no dependen de nuestra voluntad ni se sujetan a nuestras ideas.

No casemos doncellicas con viejos ni donceles con hembras añosas y quebrantadas por el tiempo. La timidez, el recato, la honestidad mejor guardada, la promesa mejor garantida caerán con estrépito ante las tentaciones de la osadía y las gratas sorpresas de lo desconocido; la impaciencia y fogosidad de los mancebos saltarán sobre los muros grietosos que los años han ido carcomiendo lentamente.

No seamos celosos; no pongamos guardianes a la honestidad si nosotros voluntariamente no sabemos guardarla ni defenderla. No confundan los ancianos a sus tiernas esposas con enfermeras nacidas para curar sus alifafes, reparar sus grietas y acallar sus dolores y pesadumbres; no quieran encadenar las viejas a sus donceles entre las mallas de sus caricias, que son molestos los besos que no se demandan y odiosos los juramentos que se repiten mucho.

El amor es egoísta. En su historia no hay jamás pasado ni futuro, sino presente. Caprichoso y paradójico, huye hoy de lo que ayer buscó para adorar mañana lo que hoy odia y aborrece. No culpemos del todo a la dueña Marialonso del desliz de Leonorcica; no hagamos caso de las exculpaciones un poco capciosas de la gentil moza, que ha pecado como Eva, por curiosidad. Por curiosidad y un poco por instinto de naturaleza. ¿Qué mejor disculpa para nuestros actos que la curiosidad, madrastra del pecado desde los tiempos bíblicos del Paraíso?

Estrella[80]

> «Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad (a Salamanca) una dama de todo rumbo y manejo.»
> (CERVANTES. – *El licenciado Vidriera.*)

Cervantes no quiere decirnos cómo se llama esta dama que aparece por las páginas de *El licenciado Vidriera*, pero nosotros sabemos que se llama Estrella.

Vive Estrella en la calle de Pan y Carbón; el mes pasado vivió en la de Boneteros; su primera instalación, recién llegada a Salamanca, fue en el Parador de los Toros. ¿De dónde vino Estrella a Salamanca?

Un denso misterio envuelve el pasado de esta linda y desenfadada señora. Mientras ella afirma que viene directamente de Flandes y de Italia, maliciosos hay que aseguran en Salamanca que no ha pasado de Valladolid. Estrella conoce a los poetas y dice con voz suave y regalada bellas canciones en toscano. Habla de Gante y de Amberes, de Florencia y de Bolonia; se perfuma con esencias penetrantes y viste con tanta elegancia como sencillez. Recibe en su casa a estudiantes y profesores, y en ella se platica de amor con ingenio y donaire. Estrella, muy sagaz, va enhechizando a sus amigos con el fuego constante de sus ojos garzos, con su plática llena de incisos y malicias, con la elegancia de sus vestidos, con el atuendo y esplendor de su morada.

No conocemos mujer que encubra sus deseos y propósitos con mayor perfección que Estrella. Sus amigos parecen amantes, y sus amantes parecen amigos. En esta pequeña ciudad, donde todo se comenta y de todo se murmura, se forman las más extrañas cábalas y suposiciones en derredor de Estrella; pero la moza se las compone de tal suerte, que ninguna leyenda sobre su persona es aceptada con unanimidad y sin recelo.

No parece tener Estrella el corazón interesado por nadie ni por nada; sus miradas rápidas y burlonas resbalan sobre los hombres, dejando en ellos una estela liviana y pasajera. Y sin embargo... Y sin embargo, Estrella ama de amor a Tomás; al estudiante pobre que llena los estudios con el renombre de su ingenio; al muchacho inquieto que ha llegado de Italia para reanudar sus glosas y comentos en los estudios salmanticenses. Estrella ama de amor a Tomás Rodaja y, con los recursos de su experiencia harto abundante en torno a las flaquezas y veleidades varoniles, pone estrecho cerco al corazón de nuestro licenciado.

En el asalto amoroso, dígase lo que se quiera, es la mujer la primera que bruñe sus armas preparándose para el ataque.

No hay recurso, por deleznable ni subalterno que parezca, que no emplee con eficacia la mujer en estos menesteres. Jamás se entrega sino a medias. Solicitando una deferencia, parece responder a ella de mala gana. Demandando con apremio una caricia, obra de tal manera que no se atreve a otorgarla, sino, cuando vencedora, adopta la actitud de vencida.

No se enfaden con nosotros las mujeres que nos lean porque nos atrevamos a señalar aquí los signos más conocidos de su estrategia amorosa. Desde que Estrella se propuso enamorar a Tomás, trayéndole a su casa, procuró despertar su voluntad dormida con toda suerte de alusiones discretas y veladas a su talento; nadie más vanidosos y pagados de sus excelencias que los sabios. Mohínes, gestecillos, pláticas gustosas, frases desabridas y frías sobre la calidad de los amigos. Incomprensiones de que era víctima su asendereado corazón de jamona, sed ardiente de ideales que anhelaba su corazón: de todos los recursos se valió Estrella para enamorar al estudiante.

Cuando ya le vio encandilado y lleno de interés, se mostró despegada y recelosa. Tomás seguía con curiosidad las altas y depresiones del corazón de Estrella; en la calle de Pan y Carbón estaba casi todas las horas del día. La misteriosa juventud de la moza se entenebrecía más y más a medida que ella quería iluminarla con la lumbre de sus recuerdos.

Unos días aparecía solícita y abandonada; otros se encerraba en el silencio más huraño y ofensivo. La timidez de Tomás Rodaja –timidez de sabio pobre– lejos de alentar a Estrella, deshacía sus planes más atrevidos que en amor son siempre los más razonables.

Pronto fue Tomás el despegado, el hurañote, el seco y el olvidadizo; sus deserciones de la casa de Estrella comenzaron a ser frecuentes e intolerables sus faltas de memoria.

[80] Este capítulo se reproduciría en *La Libertad* el 17 de enero de 1924 y en *La Esfera* el 14 de enero de 1928.

Como en un potro de tormento, pasaba Estrella sus horas lejos del mancebo.

Tomás redoblaba, a cada instante, su frialdad y hurañez. Estrella acudía al expediente de los celos, y Tomás no se daba por enterado.

Dama de rumbo y de manejo Estrella, como hemos dicho, o lo que es igual, cortesana encubierta y cautelosa, no hubo mozo en Salamanca que no tratara de rendirla. Para encender el fuego en el corazón del estudiante, Estrella se dedicaba a mostrar en público otras privanzas y amistades.

«Viéndose desdeñada, y a su parecer aborrecida –escribe Cervantes– acordó de buscar otros modos más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos.» No hubo vieja ni hechicera que no consultase la moza en esta dorada ciudad de la geomancia, de la hidromancia, de la piromancia, de la aeromancia, de la necromancia y de la astrología judiciaria.

La marcha de los astros desbarataba, sin duda, el cumplimiento de los amorosos anhelos de la moza.

Todos sabéis que Salamanca ha sido siempre fecunda en magias y hechicerías. La sombra de Don Enrique de Villena y del Marqués de Santillana sigue proyectándose en esta ciudad. Una morisca prometió a Estrella eficaz y saludable remedio para sus desventuras. Con un membrillo toledano, relleno de hierbas, había de seducir Estrella el corazón del licenciado. Logró Estrella que lo comiese Tomás; mas de pronto comenzó éste a herir de pie y de mano y a decir, con voz temblona y atolondrada, que el tal membrillo le había muerto. Anduvo la justicia en el suceso, y Estrella, temerosa de afrenta y de castigo, se puso a buen recaudo «y no paresció jamás».

No pareció jamás por Salamanca Estrella. Ni de su nombre quiere acordarse Cervantes. Muy pocas líneas le bastan a Miguel para señalar el paso de la guapa y arriscada mujer por Salamanca. Su huella queda, sin embargo, en el espíritu de Tomás. Da en la flor de imaginar que su cuerpo es de vidrio después de la aventura del membrillo toledano.

Certifica Cervantes de extraña locura la manía de nuestro licenciado. ¿Por qué? Después de estas hondas catástrofes de amor con las Estrellas que nos salen al paso, ¿no somos de vidrio real y verdaderamente? ¿No tenemos el corazón acorchado y embotada y entumecida la sensibilidad? ¿Podemos asegurar que si Tomás no quiso a Estrella teniéndola al alcance del deseo, no cambió de parecer desde el punto y hora en que ella desapareció para siempre de Salamanca? ¿Hay algo más absurdo, más contradictorio, más desconcertante, que el corazón de un licenciado?

Isabelita[81]

> «Estúvola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como después dijo a su camarera, que tenía delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura.»
>
> (CERVANTES. – *La Española Inglesa*.)

A todas horas piensa en su novio Isabela, Isabelita, que antes de dos años ha de recibirle por esposo y señor natural de su albedrío. La belleza de Isabelita, tan lozana, tan fresca, tan ingenua, aumenta por instantes.

Así como los graves quebrantos del entendimiento rinden y deforman el cuerpo, apagan el fulgor de los ojos y arrugan y marchitan la piel, así también la esperanza del amor, el constante y no interrumpido pensamiento, sobre el objeto amado, el deleite anticipado de la ventura soñada, convierten lo feo en hermoso y lo hermoso en hermosísimo. No hay muchacha más linda que Isabelita, que lleva los amores en el semblante y la ventura en el pecho.

En presencia de la reina de Inglaterra, la niña gaditana da de sí «la más hermosa muestra que pudo caber en humana imaginación». «Era la sala del trono –continúa Cervantes– sala

[81] *El Adelanto* reproduciría esta semblanza en fecha 16-11-1917, con motivo de la publicación de una segunda edición del libro.

grande y espaciosa, y a dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y, como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella o exhalación que por la región del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, o bien ansí como rayos del sol que al salir el día, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de más de una alma de las que allí estaban, a quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela.»

La metáfora de los rayos nos hace sospechar que son dorados y rubios los cabellos de Isabelita y que sus ojos despiden el más vivo y mágico fulgor que puede describirse.

Lindamente ataviada y compuesta se muestra Isabelita en público. La protección de Clotaldo y Catalina, nobles señores del Reino Unido, el cariño y afecto entrañables que sienten hacia Isabelita han aumentado ante la pasión de amor que la profesa el hijo de ambos, Recaredo.

Repasad estas extrañas páginas de *La Española Inglesa*; asistid al juramento de amor de Isabela y Recaredo; releed la insólita manera de tornar a ver la niña a sus padres, después de larga ausencia; venid con ellos a Sevilla; seguid sus pasos hasta el momento en que se muestra solícita y liberal la fortuna con Isabelita.

Isabelita vive en Sevilla junto al convento de Santa Paula. Hay junto al convento una plazoleta silenciosa y tranquila; hasta casa de Isabel llega el rumor de los cantos nasales y monótonos de las monjitas. En el convento vive una prima de Isabel; no hay monja de voz más peregrina y deliciosa que la prima. A todas horas platican las dos parientas; de deliquios místicos y de purísimos arrobos la esposa del Señor, de sus amoríos y esperanzas Isabelita. Nunca atraviesa nuestra doncella el río, ni pasea por Triana, ni se confunde con las gentes en la puerta de Jerez; su contentamiento está dentro de ella misma y no hay placer más sabroso que el de rumiar para adentro la callada dicha.

Isabelita espera al caballero inglés que ha de ser su marido; cuenta los meses, los días que faltan para expirar el plazo: no comunica sus esperanzas sino a su prima.

El amor hermosea cada vez más el rostro de Isabelita. La tranquilidad de su espíritu se espeja a maravilla en los ojos negros y dulces, en la suavidad y sosiego de sus maneras, en la dulzura de su voz y en el despejo y viveza de su mente. Cuanto más huye Isabelita de los requiebros y cortejos de la gente moza de Sevilla, más se empeñan los galanes en festejarla con músicas y otros amorosos pasatiempos.

Recaredo, su novio, no le escribe; año y medio ha transcurrido ya de ausencia. El corazón de Isabelita comienza a sobresaltarse ante la fatiga de la esperanza. La niña urde los más extraños pretextos para justificar la ausencia del que ha de ser su esposo; cuando llegue a Sevilla Recaredo, Isabelita le reñirá para perdonarle en seguida. Deleitoso ha de ser el noviazgo que preceda a la boda de nuestros amigos. Y en los momentos en que la fe quiebra ante la duda y la desesperanza, Isabelita se llega a la iglesia ele Santa Paula, y postrada de hinojos ante un Cristo amoratado y llagado, pídele consuelo para sus cuitas y pronto remedio para los males de amor que abrasan y destrozan el corazón de la doncella.

Un mensajero llega de Londres a Sevilla con una carta de Catalina, la madre de Recaredo. Temblando la coge Isabelita entre sus manos. Recaredo ha muerto en Italia, a manos del conde Ernesto, un pretendiente despechado de Isabelita. Serenamente recibe la noticia la doncella; haciendo un esfuerzo sobrehumano, sin derramar una sola lágrima, entra en su oratorio, se postra de hinojos ante una imagen y hace voto y promesa de ser monja.

Ha comenzado ya sus ejercicios y devociones la doncella; ahora ya no sale del monasterio de Santa Paula, Isabelita; con la prima platica del divino amor.

Ha llegado el momento de tomar el hábito; Isabelita se viste para honrar sus desposorios celestiales con su traje más rico; lleva la saya entera de raso verde acuchillada con que se presentó a la reina de Inglaterra; forrada de oro está la saya. Unas eses de perlas señalan las cuchilladas de su vestido. La puerta del monasterio está llena de gente principal y rica, invitada a presenciar la ceremonia. Isabelita sale de su casa acompañada de los padres, parientes y amigos. Al abrirse las puertas del monasterio y aparecer las monjas con sus tocas, un cautivo trinitario detiene la comitiva. Es Recaredo, el prometido de Isabelita, que no ha muerto en Italia, sino sufrido cautiverio de los moriscos. Se conocen ambos jóvenes, y la toma de hábitos se trueca en desposorios.

Se ha casado Isabela, Isabelita. El Cristo amoratado de las llagas sanguinolentas y de los ojos vidriosos ha perdonado la defección de la doncella. Recaredo renuncia las brumas espesas de su país y vive en Sevilla con su esposa. La ausencia, los extraños sucesos de su cautividad hacen más deleitosa la ventura de Recaredo. Isabelita ha tornado a arrodillarse a los pies del Cristo

que venera en su oratorio. Los ojos vidriosos del buen Jesús dijérase que se han iluminado de un fulgor extraño de dulzura. El buen Jesús ha vuelto a confirmar su perdón generosamente.

Isabela, Recaredo, Inglaterra, Cádiz, Cervantes... Estos nombres barajados hallan ecos de evocación en nuestro espíritu. Los nobles Recaredos siguen amando mucho a las lindas Isabelas. Dos siglos después de las aventuras de Isabelita, viene un inglés aventurero e impetuoso a Cádiz a cantar las delicias de las bellas gaditanas. Los ingleses no se han olvidado tampoco de las gentilezas de Miguel. Los coterráneos de Shakespeare tienen cierto aire de parentesco espiritual con nuestro Cervantes. Más que en los llanos de Montiel, ha penetrado Cervantes en los mimosos prados de Escocia, en las brumas del Támesis, en los viejos condados del Reino Unido. Un gesto de piadosa comprensión viene de los mares del Norte hasta la Península, glosando las andanzas del caballero manchego. *«Los ingleses* –contaba en Argamasilla un morador de la prisión de Cervantes al sutilísimo *Azorín– entran aquí y se están mucho tiempo pensando; uno hubo que se arrodilló y besó la tierra dando gritos.* ¿No veis en esto el culto –continúa *Azorín*– que el pueblo más idealista de la tierra profesa al más famoso y alto de los idealistas?[82].»

¿Y no es Hamlet hijo de Shakespeare? ¿Y no es Cervantes padre de Don Quijote? ¿Y no son las dudas del pálido príncipe de Dinamarca y los entusiasmos del enjuto caballero de la Mancha el más alto patrimonio de las densas nieblas de Inglaterra y del esplendente sol de nuestra España?

Estefanía[83]

> «No era hermosa en extremo, pero éralo de suerte que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma.»
> (CERVANTES. – *El casamiento engañoso.*

Valladolid: pueblo ancho, grande y destartalado que ha sido corte y que ya no lo es. Valladolid: la llanura ancha y amarillenta, apretujando, envolviendo un montón de casas grises; sobre los aleros y tejados, sobresalen torrecillas esbeltas y graciosas. Valladolid: portales y más portales, un palacio real deshabitado y triste; San Pablo, San Benito, San Llorente. Valladolid: morada de Colón, morada de Cervantes; la casa de Miguel es pobre y fea; los bajos de la casa están destinados a taberna...

Valladolid: hambre y donosura, ingenio y pobreza, pueblo que *iba a ser* y que no ha sido. Valladolid: pueblo que empieza y que no acaba; que sueña y se despierta en lo más deleitoso del sueño. En Valladolid muere pobre el que nos regala un mundo; en Valladolid Miguel tiene querellas con la justicia. Valladolid: la plaza del Ochavo, la llanura tristona, el Pisuerga. Valladolid: mendigos pretendientes, arbitristas, soldados, corchetes, tahúres. Valladolid: puerta del Campo, hospitales, bubas, lacerías de amor...

En Valladolid vive nuestra amiga Estefanía; ya tiene cerca de cuarenta primaveras la moza. Sus idealismos trasnochados de jamona de buen ver traen a mal traer a los alféreces y bravos que se ponen a tiro de ballesta.

Lleva Estefanía por la calle un manto que le cubre la cara, dejando adivinar el busto redondo y lleno. Las manos, blanquísimas y bien cuidadas, están enjoyadas con buenas sortijas. Habla con voz suave y adopta el tono lastimero de una palomica herida. No gusta de los requiebros callejeros, sino de las sosegadas pláticas caseras. Así que se la habla de amor, ella gusta de mostrar sus raras prendas de administradora, sus hábitos de ahorro y de limpieza, su fidelidad que llega hasta más allá de la muerte, su resignación y mansedumbre.

Pacata y modosica, prefiere pecar a pasar por pecadora. De sus padres no ha heredado patrimonio alguno, pero ella se las industria de tal suerte que el menaje de su casa vale bien hasta mil y quinientos ducados. Ha sido pecadora y no se ha apartado nunca del todo de la mala senda; pero sus trapisondas están envueltas con tal cautela, que ni los vecinos murmuran ni los ociosos advierten sus manejos y arbitrios.

[82] Azorín. – *La ruta de Don Quijote.* – Madrid, 1912.[Nota del autor]
[83] Publicado también en *La Libertad* (26-02-1924) y *La Nación* (11-05-1917).

No son los pecados de Estefanía hijos del deleite, sino de la flaqueza de su condición; ella es generosa y entrometida; cuanto más se esfuerza por idealizar sus pasiones Estefanía, por sublimarlas y limpiarlas de toda ruindad y bajeza, más saben hundirla los galanes en el cieno de la lascivia. Estefanía, como casi todas las jamonas sentimentales y lastimeras de los tiempos que corremos, es una incomprendida. Apañadita y diligente, caza los ducados al vuelo y ama los dijes, cintillos y sortijas con un amor furioso. La palomica de tono lastimero tiene sus uñas y ganchitos de urraca. «Mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala,» es el aforismo que encierra la norma de conducta de la gentil y avisada Estefanía.

No desperdicia cosa alguna jamás nuestra jamona; ella hila su ropa blanca sin encomendarla a tenderos ni lienceros [sic]; ella guisa a punto sus yantares sin gastar cosa mayor en condimentos ni especias; las monedas aumentan y multiplican su valor entre sus manos; no hay gallo viejo que no desplume, ni prenda ajena que con una pequeña variación imperceptible no cuadre bien a su persona. Y en esta lucha tenaz y encarnizada por el condumio –que es toda la lucha de España– Estefanía acaba por creer que riñe batallas de amor, sólo comprensibles para su espíritu castigado y zaherido por la desgracia, cuando es el hambre la que convierte el ingenio en necesidad y el presente o regalo en mercancía.

Sus escarceos espirituales, de puro sutiles y complejos, tienen apartada a Estefanía del pequeño mundo que la rodea. No posee la buena moza noción neta y clara de las cosas. Para sus menesteres particulares se ha forjado un tufillo de grandezas y bienandanzas que no hay más que pedir. Retiene más a los galanes por la codicia que por el deleite. Como sus empresas de amor son siempre elevadas y sublimes, no repara Estefanía en los medios que la conducen a sus deseos. Para pedir ofrece, y urraca de condición como sabemos, se muestra generosa en promesas, ya que no piensa cumplirlas ni rematarlas.

Estefanía ha conocido al alférez Campuzano; con el galán ha concertado la moza una entrevista en la casa de una amiga que hace pasar por su propia mansión. La gallarda figura, el chambergo de plumas y cintillo, el vestido flamante y nuevo del alférez no han parecido costal de paja a Estefanía. Bien pronto se han concertado los desposorios de la urraca con el soldado. En cuatro días todo ha quedado concluido.

Ya viven los esposos en casa de Estefanía. El alférez se ha despojado de la cadena que llevaba al cuello y ha entregado a la esposa hasta cuatrocientos reales para los gastos de necesidad y urgencia. El regalo se ha disipado prestamente. Estefanía ha cambiado de casa, que esta en que vivía ya sabemos nosotros que no era suya. El baúl del alférez es el único ajuar del matrimonio. Al cuartucho mísero y raquítico de una posada han ido a proseguir su idilio los dos enamorados. Durante una salida del alférez, la urraca se ha llevado en el piquito las existencias del baúl. Y no ha vuelto más por la posada.

El alférez Campuzano pronto se ha consolado del vuelo de la palomica. Sus desdichas le han llevado al hospital de la Resurrección, que está cerca de la puerta del Campo y cerca también de la casa de Miguel.

Las desdichas del bravo no logran movernos a lástima; la escapatoria de Estefanía no nos lleva, tampoco, a realizar ciertas diligencias para encontrarla. Estos bravos, estas jamonas son un pedazo de la patria, rozagante por fuera y podrida por dentro.

Valladolid: mendigos, pretendientes, arbitristas, pardillos, hampones, soldados, corchetes, tahúres. España: guerras en Flandes y en Milán, armadas invencibles que se desmoronan a la primera furia de los vientos, campos abandonados y estériles, hospitales, pueblos grises, hidalgos de gotera[84], llanuras desoladas, hambre. Los ojos mirando al cielo, y los pies hundidos en el lodo.

Y sin embargo, nuestra miseria no nos encanalla. Sabemos ser caballeros sin un mendrugo que llevar a la boca; sabemos ser enamorados, y el engaño no nos hace desistir de nuevas empresas y devaneos. Cervantes, oyendo las trifulcas de la taberna, vive apartado de la baraúnda, cerrado con siete llaves de oro en los alcázares de su fantasía. Estefanía, fingiendo sueños de amor que alumbren el atardecer de su belleza, engaña a un alférez que trata de engañarla a ella. La realidad en pugna con el deseo; el deseo más fuerte que la realidad.

¡Honda paradoja la que nos ofrecen las postrimerías del siglo XVI y los albores del XVII! Frailecitos de alma de fuego en los claustros; monjas andariegas en los caminos; pícaros y más

[84] Hidalguía reconocida en una localidad determinada pero que perdía sus privilegios si cambiaba su domicilio a otra distinta.

pícaros en las ciudades. Junto a las *Moradas,* el *Lazarillo;* al lado de la *Noche obscura del alma,* las andanzas de nuestro Don Quijote. La música imprecisa y misteriosa de los cantares del encendido frailecico de Fontiveros; al lado, estas rudas y castizas exploraciones para engañar el hambre del alférez y de Estefanía en *El casamiento engañoso.*

Leonisa

> «– En verdad, Ricardo –respondió Mohamut– que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura no es Leonisa, la hija de Rodolfo Florencia, no sé quién sea, que esta sola tiene la fama que decís.»
> (CERVANTES. – *El amante liberal.*)

Jardín de Ascanio, cercano del mar, según se va por el camino o vereda de las salinas. Mes de mayo, campos floridos y olorosos, casitas blancas, la veta azul del mar allá a lo lejos. Mañanas plácidas y tibias; el ambiente tiene una sonoridad cristalina; las amapolas enrojecen los campos; el agua murmura gratamente en los regatos, a la sombra. Lugar de Trápani, en Sicilia. Muchachas morenas y graciosas cantan a todas horas canciones de primavera; florecen los rosales en los huertos; al campo salen de madrugada los labradores.

Jardín de Ascanio en Sicilia; una tapia de piedra roja rodea la quinta; el agua cae, abundante y rumorosa, en las tazas de mármol del jardín; se columbran montañas azules y se divisa el mar.

Leonisa, la rubia de ojos negros, se solaza en el jardín de Ascanio junto a Cornelio que por esposo le destinan. Un poco separados de los padres dialogan los prometidos. Ricardo, otro pretendiente de Leonisa, gana el jardín, hiere a Cornelio, generaliza la refriega, salen a relucir los aceros, y Leonisa cae desmayada de súbito. Los turcos, con su acostumbrada diligencia, rodean el jardín y se apoderan de sus moradores. Cornelio huye, Leonisa queda prisionera de la gente de los remos, y Ricardo corre el riesgo de ser ahorcado por un arráez, que en la refriega ha matado a cuatro de los mejores turcos de las galeotas que penetraron en el jardín.

Ricardo no quiere rescatarse si antes no dejan los soldados en libertad a la doncella. Sufren algún aplazamiento las diligencias para el rescate. Vanse los turcos con Ricardo a tierras de Berbería; sepáranle pronto de Leonisa. Después de bogar el cautivo por los contornos y costas de la isla de Sicilia, llega a Trípoli, quedando a las órdenes del virrey de Chipre, después de extraños y nunca vistos sucesos.

A la vista de las ruinas de Nicosia llora sus tristezas Ricardo, creyendo que Leonisa ha muerto. Lamentándose de sus dolores con un amigo, contempla el cautivo las ringleras de genízaros que dan escolta a Alí Bajá, que acaba de encargarse del gobierno de Nicosia. Vienen unos genízaros con escopetas y otros con desnudos y afilados alfanjes. A la puerta de la tienda de Hazán, gobernador cesante, inclínanse todos con profundas reverencias y zalemas. Comienzan las audiencias de quejas y reclamaciones contra el gobierno que ha cesado, y Ricardo no se harta de ver un cuadro de tanto color y movimiento.

Uno de los bajaes anuncia al cadí que un judío viejo quiere venderle una hermosísima doncella. Viene la moza vestida con hábito berberisco «tan bien aderezada y compuesta –escribe Miguel– que no lo pudiera estar tan bien la más rica mora de Fez y de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja a todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas.» Cubierto lleva el rostro la moza con un tafetán carmesí. Manillas o carcajes de oro puro rodean las gargantas de sus pies. Los brazos blancos, robustos y maravillosamente torneados se traslucen a través de una camisa de finísimo cendal que lleva puesta la doncella.

Ordena el cadí a la cautiva que se descubra; al caer de la faz el tafetán carmesí que lleva puesto, Ricardo –que ha presenciado la escena lleno de turbación– descubre que el rostro de la esclava no es otro que el de la misma Leonisa.

Ambos bajaes, Hazán y Alí, quedan prendados de la bellísima moza. Ricardo, a quien la insólita sorpresa ha turbado las artes del discurso, permanece arrobado y como en éxtasis. Alí Bajá ofrece por la doncella cristiana cuatro mil doblas; otras cuatro mil doblas ofrece Hazán. Entre ambos magnates de la turquesca gente se entabla en seguida la más sutil querella en torno a la cautiva, que los dos han quedado presos en las tupidas redes de su beldad y gentileza. Alí

la reclama con insistencia; pero Hazán, astutamente, sostiene que son de tal calidad las buenas prendas de la cristiana, que en toda razón y justicia debe ser ofrecida al Gran Señor.

Agotados los razonamientos, Alí quiere asegurar la posesión de su presa con el alfanje. El cadí, que también está enamorado de la cautiva, tercia en la contienda de los dos enconados bajaes, disponiendo, con la habilidad que emplean los turcos para conducir a feliz arribada sus negocios, que la esclava sea de la propiedad de entrambos litigantes, quedando en poder suyo hasta que pase a Constantinopla, para solazar y regalar los ocios del Magnífico Sultán de la Sublime Puerta.

Hazán y Alí pagan al judío dos mil doblas cada uno, por la doncella, sin contar el vestido–almalafa de paño verde, toda bordada de trencillas de oro–y las joyas que lleva puestas, por las que entrega otras mil doblas el astuto y solapado cadí.

Ricardo confiesa a Mohamut, su amigo, quién es la doncella, y los dos, con todo sigilo y prudencia, quieren sacar partido de la insólita aventura. Leonisa vierte tiernas lágrimas al pasar del dominio del judío al del cadí. Mohamut, el amigo de Ricardo, es el encargado precisamente de conducir la esclava a la ciudad y de entregarla a la señora Halima, esposa del cadí. En el camino, Mohamut pregunta a la doncella en lengua italiana por su patria y nombre y se convence de que son ciertas las sospechas de Ricardo. Queda Leonisa en poder de Halima. La cautiva no se ha olvidado de Ricardo, de su amor y liberalidad y tiene desdenes para la memoria de Cornelio que no la defendió en el jardín de Ascanio cuando fue apresada de los turcos, ni quiso rescatarla después cuando Cornelio supo su condición de cautiva.

Halima, la esposa del cadí, se ha prendado de Ricardo, y Ricardo se ha puesto al habla con Leonisa. El cadí sigue enamorado de Leonisa y estudia con Ricardo y con Mohamut, que fingen complacerle, el modo de dilatar la entrega al Gran Señor. Lo que sufren Ricardo y Leonisa con estas trapisondas y sutilezas, para no ser descubiertos en sus amorosas y honestas pretensiones, excede de toda ponderación y encarecimiento. Leonisa simula delante de Halima que Ricardo arde en amores por la señora, y Ricardo aconseja al cadí que pronto se ponga en camino para hurtar la cautiva a la codicia de sus enemigos.

El cadí apareja un barco; Halima, Leonisa, Mohamut, Ricardo y buena tropa de esclavos y de siervos acompañan al cadí. Ya están todos en alta mar, fuera de Nicosia. Hazán que se ha dado cata de la astucia, persigue al bajel del cadí, en busca de Leonisa. Al encontrarse los dos bajeles, emprenden la más furiosa batalla. Mohamut y Ricardo, sacando partido para sus fines de la espantosa refriega, logran dar buena cuenta así de los soldados del cadí como de los turcos y corsarios de Hazán. Ayudados de dos sobrinos de Halima, saltando por entre los muertos y apoderándose de sus alfanjes, levantan el bajel y rinden a su antojo la galeota de Hazán. Los remeros cristianos, que ansían la hora de su libertad, ayudan a nuestros amigos. Luego de mil peripecias y peligros, los esforzados vencedores ganan las costas de Sicilia y desembarcan en Trápani. Leonisa y Ricardo se casan al pisar el dulce suelo de la patria.

Este relato de *El amante liberal*, el bellísimo episodio de Zoraida que leemos en Don Quijote y algunas comedias del peregrino ingenio, son reminiscencias, recuerdos de su cautiverio de Argel. Bellísimas reminiscencias, recuerdos henchidos de vida y amargura que suspenden el ánimo por su justeza y fragancia. Más tarde, cuando tracemos el retrato de la lindísima Zoraida, advertiremos cómo Miguel no solamente sabe relatar con brío las más extrañas aventuras, sino intentarlas y realizarlas, en medio de los mayores peligros y contratiempos.

Digamos ahora que Miguel sabe pintarnos en dos trazos las delicias y bellezas de Sicilia: el jardín de Ascanio, las primeras horas de una tarde fragante de primavera, los prados olorosos y floridos, Leonisa que se solaza en el jardín, columbrando la veta azul del mar.

¡Tierras de Trápani, lamentables ruinas de Nicosia, alfanjes y astucias de la turquesca gente! Este mar Mediterráneo parece acompañar con su ritmo sosegado las deleitosas narraciones de Miguel. Hay en sus relatos la ponderación, la gracia, la majestad, el ritmo, el reposo, la cadencia de estas aguas azules y latinas. Y Cervantes no se cansa de cantarnos este mar, porque sabe que el Mediterráneo nos ha traído, desde Italia, desde Grecia, esta claridad y armonía, esta gracia y majestad, que es patrimonio de una raza de soñadores y aventureros.

Las dos doncellas[85]

> «Y todos trataron de la grande hermosura y grande disposición del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habían visto; tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendría de diez y seis a diez y siete años.»
>
> «Pero lo que más compasión les puso, especialmente a Teodoro, fue ver al tronco de una encina atado, un muchacho de edad al parecer de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo, pero tan hermoso de rostro que forzaba y movía a todos que le mirasen.»
>
> (CERVANTES. – *Las dos doncellas*.)

Prima noche. Mesón de la Jerezana que es el más abastecido y principal de todo el lugar de Castilblanco. Bien pronto comienza a anochecer. La torre de la iglesia se perfila sobre un montón de casas claras. Ni un ruido ni una estridencia en el lugar. El azul morado del cielo comienza a tachonarse y salpicarse de estrellitas blancas. En las ventanas aparecen las primeras luces amarillentas y temblonas. El mesón de la Jerezana, un poco apartado de Castilblanco está sobre la calzada, según se va a Sevilla. Anochece con esa tristeza del día que acaba para no volver más.

Ruido de pasos sobre la calzada; las campanas de la parroquia tañen dulcemente cantando la oración. Un garrido mozo se acerca a la posada, desciende del cuartago, y sin esperar a que el mesonero le tenga del estribo, se arroja de la silla con sin igual presteza. El mancebo se sienta en un poyo y se desvanece de súbito; la mesonera, solícita y diligente, le rocía el rostro con agua, y apenas repuesto, quiere recogerse solo y se dirige a la estancia.

Muy pocos instantes ha visto la gente del mesón al mancebo, y todos ellos –el huésped, la mesonera, el mozo de la cebada y dos vecinos que sentados en el portal se encuentran– le reputan por el más lindo y garboso que sus ojos hayan contemplado nunca.

Diez y siete años parece tener el forastero; los ojos negros, tersa y blanquísima la tez, y redondas y delicadas las partes de su cuerpo como si fueran de tiernísima doncella.

Los del mesón comentan el desmayo del mozo y cada cual sustenta su opinión y parecer, aunque todos están intrigados de la gentileza y poca edad del forastero.

No duerme este en la estancia. Sobre el lecho se revuelve a cada paso, dando muestras de inquietud y desasosiego. El mancebo ha cerrado el aposento con llave y ha puesto en la puerta las dos sillas de que dispone.

Al cabo de un buen rato, han llamado a la estancia, y, en nombre de la justicia, han pedido al mozo que comparta su habitación con un viandante que acaba de llegar. El aposento tiene dos lechos; en el vacío se acomoda el recién llegado. Nuestro mancebo no ha respondido cosa alguna a estas razones, antes volviendo el rostro hacia la pared para no ser visto, hace como que duerme, ganoso de no trabar plática con el vecino importuno.

A media noche, nuestro mancebo ha comenzado a suspirar, hablando de desdenes y de engaños, de su crédito que yace por tierra y de un fementido Marco Antonio que parece ser el causante de tales disgustos y sobresaltos. Tornando a suspirar, ha vertido el mancebo el más amargo llanto del mundo.

El recién llegado ha preguntado la razón de sus cuitas al dolorido. Este ha confesado ser una doncella que marcha a Salamanca a exigir a Marco Antonio la palabra de casamiento que le tiene dada. Teodosia se llama el supuesto mancebo; el que le escucha no es otro que su propio hermano.

Temores y sobresaltos de Teodosia; perdón amplio y generoso del hermano. De madrugada, ambos jóvenes conciertan su diligencia para forzar al fementido al cumplimiento de su palabra. Quieren ir a Salamanca y se entienden con un espolique, llamado Calvete, para que les sirva de compaña en los riesgos del viaje. Pero luego saben que Marco Antonio se halla en Barcelona y a esta ciudad dirigen sus pasos los dos hermanos.

[85] Previamente publicado en *El Adelanto* el 12 de mayo de 1915.

A Barcelona. De Castilblanco –por la Mancha– a Aragón. El alegre espolique solaza con sus ocurrencias a nuestros caminantes. Cortinas de agua borran y desvanecen el paisaje en estos días de invierno. Van quedando atrás los manchones cárdenos de los olivares, los pueblecitos blancos y risueños de la alta Andalucía. Los hermanos han entrado ya en el páramo manchego. La sabana amarillenta es interminable e infinita; se pasan muchas horas sin ver un poblado; miles y miles de surcos cruzan y quiebran las tierras paniegas en interminables direcciones.

El viejo y noble Aragón después; pueblucos negros y pintorescos, castilletes en los altozanos y prominencias, arbolillos. Ya no es igual el paisaje; ved aquí un valle gracioso y siempre verde; más allá, un montecillo; luego, un bosque; después, las aguas caudalosas del Ebro, cerca ya de Zaragoza, abriendo una cinta de cristal en las hendeduras[86] y grietas del paisaje, rudo y sobrio.

Y las primeras tierras del Principado ahora; la decoración –mimosa– llena está de gracia y de reposo. Hay mayor tibieza, mayor alegría, mayor claridad en el ambiente. No es esta la luz de Aragón ni de la Mancha. El corazón se dilata ante esta tibieza y suavidad, los pechos respiran alborozados, los ánimos se aquietan y solazan en este hidalgo suelo de Cataluña.

Teodosia y su hermano Don Rafael han llegado a un pueblo grande –Igualada– que está a nueve leguas de Barcelona. El paisaje adquiere diversidad de tonos, de matices; se divisan a lo lejos las pinceladas zarcas de las montañas.

Nuestros amigos han atravesado un bosquecillo. Hay bandoleros y forajidos –según reza la fama– en su espesura; las huestes de Perot Roca Guinarda– que conoceremos más despacio en *Don Quijote*– desvalijan y roban a los caminantes[87].

Colgados de los árboles han visto Teodosia y Don Rafael más de treinta hombres en camisa.

Especialmente les ha movido a compasión la presencia de un bellísimo mancebo que está colgado del tronco de una encina; se cubre con un paño y unos calzones de lienzo. Nuestros amigos desatan al muchacho. A las preguntas de sus protectores, responde que es un mancebo oriundo de un lugar andaluz que apenas dista dos leguas del de nuestros amigos. Don Rafael advierte que el mancebo tiene las orejas horadadas; el cuitado no cesa de incurrir en toda suerte de contradicciones...

Pero al día siguiente confiesa el mozo su calidad de doncella; cuando fue desvalijada por los bandoleros de Roca Guinarda se dirigía a Barcelona, para reclamar de Marco Antonio, estudiante de un lugar vecino al suyo, promesas amorosas que le había hecho. Leocadia (que así se llama la doncella) sabía que Marco Antonio andaba enamorado de una cierta Teodosia, estimada por gentil hermosa de cuantos la conocían.

Nuestra Teodosia siente celos terribles ante la presencia de su nueva compañera, pensando en las complicaciones de su negocio; Don Rafael, en cambio, mira y remira a su antojo las buenas prendas de la doncella. Nuestros amigos visten a Leocadia, así que hay ocasión para ello, de un rico vestido de paje. El donaire, el garbo, la discreción, el brío, la belleza de Leocadia van enamorando a Don Rafael de tal suerte que no duerme por las noches en los mesones del tránsito. Por otra parte, advirtiendo el caballero que los derechos de Leocadia para con Marco Antonio son mucho más deleznables que los de su hermana, que Teodosia reclama el pago de una afrenta, y Leocadia el precio del amor propio, comienza a urdir en su corazón las más placenteras y gustosas esperanzas.

Los viandantes se hallan a la vista de Barcelona. Los tres contemplan con embeleso el espectáculo que tienen delante de los ojos. Van bordeando las faldas de una montaña que llaman Montjuich. El sol poniente se espeja sobre las aguas del mar tranquilo, tiñéndolas de una color de púrpura. El puerto está lleno de galeras. Todos los habitantes de la ciudad están en la playa, contemplando el estruendo y baraúnda de la gente del puerto.

Ganada la falda de Montjuich, vese la ciudad entera resguardada por altas montañas en todos sus confines y con la salida al mar. El reflejo de los últimos rayos del sol poniente varía, a cada momento, el tono de las montañas; ora son verdosas, ora zarcas, ora añiles, ora azules, ora rojas. Sirviendo de antesala al Mediterráneo, la ciudad, espaciosa y grande a lo que descubren los ojos, se extiende a guisa de anfiteatro. Las casas son grandes, esbeltas y graciosas. En una palabra –dice Cervantes– «admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las

[86] *Hendidura* o *hendedura*. Entre dos términos distintos Sánchez Rojas solía elegir siempre el de uso más restringido.

[87] Véase, si se quiere, el libro curiosísimo de Don Luis María Soler y Terol, titulado *Perot Roca Guinarda; Historia d'aquest bandoler. Illustració als capitols LX y LXI, segona part, del Quixot* (Manresa, 1909) y que conviene revisar al encontrarnos con este pasaje de *Las dos doncellas.* [Nota del autor]

bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.»

Hacia el puerto se encaminan Teodosia, Leocadia y Don Rafael. La gente de la marina se está acuchillando sin piedad. Un mancebo, vestido de verde, con chambergo de la misma color, pelea con denuedo y gentileza, desembarazándose de sus contrarios.

Pálidas se han quedado las doncellas a su vista; el mozo es el mismo Marco Antonio. Leocadia y Teodosia, con sin igual ligereza, se han puesto al lado del luchador. Una piedra certera ha derribado a Marco Antonio; Leocadia, sosteniéndole, ha subido con él a un esquife. Minutos después, el herido y la doncella cuitada, con los dos hermanos, se han aposentado en una casa de un rico caballero de la ciudad.

Un cirujano cura a Marco Antonio. ¿Diremos que el herido, repuesto de las sorpresas, reconoce la preferencia de los derechos de Teodosia sobre Leocadia? ¿Añadiremos que la desdeñada acepta la mano de Don Rafael? ¿Pintaremos las bodas de seres tan felices y venturosos? ¿Describiremos el retorno de los desposados a casa de sus padres, la visita a la cueva de Montserrat, la peregrinación a la tumba del Apóstol en Santiago, las callejas de Compostela, la vuelta por León, las murallas grietosas de Zamora, junto al Duero, los campanarios y el toro del puente de Salamanca, los peñascales de las Extremaduras, el valle natal del pueblecito de nuestros amigos, la reconciliación, los abrazos, las lágrimas de los ancianos padres?

En esta novela de *Las dos doncellas*, ingenua, agradable, tan abierta al inocente optimismo de los contemporáneos de Miguel, hay apuntes, visiones rápidas, sagaces, precisas, sobre el paisaje de España. Valen más estos apuntes por lo que sugieren que por lo que dicen. Aquí, de igual manera que en la segunda parte de las andanzas del ingenioso hidalgo, se advierte –imperceptible, tenuemente trazado– el distinto ambiente de las diversas regiones de nuestra patria. Advertimos –sin que Miguel nos lo diga– a poco que conozcamos la pintoresca topografía española, la huella imborrable del paisaje regional en los escenarios de nuestros héroes. Aquí un monte, allá una ladera, a la derecha un río, más tarde un bosque, atrás la llanura desolada, en frente el mar ancho, azul, sereno. Y ante nuestros ojos absortos desfilan, con sus contornos precisos, los olivares cordobeses, las manchas blancas de los pueblecitos andaluces bajo un manto de terciopelo, las cumbres de Montserrat, las pinceladas zarcas del Tibidabo, la presencia azul, tranquila e infinita del Mediterráneo.

La Argüello[88]

«...y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos...»
(CERVANTES. – *La ilustre fregona*.)

La Argüello tiene cuarenta y cinco años. Los ojos de la Argüello son inexpresivos –de besugo o de carnero degollado– y están embutidos en la bolsa fofa de sus párpados. La Argüello parla más que un relator en funciones. La Argüello tiene el aliento fiambre y huele a rasuras desde una legua. La Argüello se enjabelga [sic] el rostro curtido y amojamado, dejándole como un mascarón de puro yeso. La Argüello tiene postizos los dientes superiores y artificial un lunarón de la barbilla. Los senos de la Argüello son voluminosos y colgantes, la voz hombruna y desabrida, la boca de oreja a oreja, la nariz respingona y amoratada, las piernas largas, la cabellera fuerte y recia como de crines, las manos amorcilladas y grandes, los pies tan bastos como las manos, el hocico puntiagudo y saliente, los ademanes lentos y desmayadotes, las sayas remendadas y sucias.

La Argüello –que aún no hemos acabado de enumerar sus buenas prendas– persigue con amorosos pensamientos a los mozos del mesón. La Argüello sabe de sisas y raterías. La Argüello es trapacera, osada, nada corta de entendimiento, taimadita, puerca y rencorosa. La Argüello sirve de constante desazón al Sevillano. La Argüello es oriunda de los mimosos y risueños

[88] Al reproducir esta semblanza en *La Libertad* (08-03-1924) se omitieron algunos párrafos.

valles del Pas, en las montañas santanderinas. La Argüello vino al mundo por la puerta de los carros y no conoció a sus padres, los que, a juzgar por el fruto de sus diligencias encubiertas y de contrabando, no eran seguramente de solar y escudo conocidos. La Argüello, en fin, anda ganándose la vida al servicio de este mesón, con la ayuda y coste de los pluses que le renta su averiada doncellez, tan lejana como su remota adolescencia.

Ya conocéis todos vosotros el mesón en que la Argüello rinde toda suerte de servicios desde hace más de treinta años; seguramente, no se ha borrado todavía de vuestra memoria la dulce imagen de Constancica. La Mesonera, el Sevillano, las gallegas de servicio, Carriazo y Avendaño son antiguos amigos y conocidos nuestros. Todos sabéis igualmente que Avendaño se trocó en mozo de paja y de cebada, para estar cerca de la hermosa y recatada Constancica y que Don Diego de Carriazo se convirtió en aguador, fingiéndose asturiano, olvidándose del don y cambiando su verdadero nombre por el más llano de Lope sin otras añadiduras.

Pues volvamos a la posada que ya conocemos, en el punto y hora en que los ojos de Constancica, alumbrando el corazón de Avendaño con una luz nueva, han sido causa bastante poderosa para detener el viaje de los amigos burgaleses a las almadrabas. En el momento mismo de trocar su calidad los mozos, la Argüello se enamora de Lope. Sin remilgos ni escrúpulos ociosos e importunos, emprende la moza prestamente la conquista del señor gentilhombre de las aguaderas. Se ha propuesto regalarle de tal suerte –refiere la puntual historia– que aun cuando, él, Lope, «fuese de condición esquiva y retirada, le volviese más blando que un guante».

La Argüello ha de imponer, no obstante, una limitación al mancebo en el señorío y usufructo de su persona; no ha de mostrar celos ni despachar enojos ni remover iras, si este señorío es compartido, de vez en cuando, por los caminantes y forasteros que se aposentan en el mesón. Mal puede regalar la Argüello a Lope el asturiano, si no pagan las costas de presente los naturales tributarios de estas generosas ninfas. Y la Argüello, refocilándose ante la proximidad de la ventura, tañerá el pandero a satisfacción del mozo, que lejos de ser moco de pavo, es lindó como un querubín y tiene la gentil prestancia y los ademanes sueltos de los caballeros y de los señorones.

Harto desdichado ha sido Lopecillo el asturiano en sus primicias de aguador; bajando por la cuesta del Carmen –no lejos de la posada– ha tenido una reyerta con otro del oficio; la justicia se ha servido atraillarle entre sus redes, dando con los huesos de nuestro Lope en la cárcel. La Argüello, piadosa, al saber la desgracia del que ella quiere convertir en su trainel o punto menos, le ha llevado viandas a la prisión. Los carceleros no han permitido a la moza que vea a Lope; luego, ante las dádivas de la Argüello, han cambiado mansamente de parecer. La Argüello, constante en sus buenos propósitos, no ha cesado de amparar y requebrar al cuitado, con la esperanza de realizar sus pensamientos cuando Lope, más desgraciado que culpable, salde su deuda con la justicia y el pago de las costas con esos gatazos uñilargos, de corazón de peña, de inteligencia de argamasa, de moral de bandoleros –carne de galeras– que se llaman escribanos y relatores de cámara de Su Majestad.

Lopecillo ha logrado apartar al herido, por seis ducados, de la querella; los gatos de la curia han dejado de maullar también por unos cuantos escudos de oro. A duras penas ha vuelto el aguador a la posada del Sevillano; los tejidos adiposos, los párpados caídos y el recio cuero de las carnes de la Argüello, no han hecho mella alguna en el corazón del gentilhombre. La moza no se ha batido en retirada con los desdenes de su galán. Una vieja enamorada es mil veces más testaruda y presumida que la doncella más mimosa. La Argüello no cesa de acosar y perseguir a nuestro Lope. Se adereza con sayas nuevas, se afeita y pinta con albayalde y colorete, pone los ojos en blanco, suspira con ternura, parla con humildad; y Lopecillo, inconmovible, hace gala de la esquiveza y hurañez de su condición, ante las expansiones de nuestra Argüello.

Noche de verano. Luna clara y llena. Baile a la puerta de la posada. Se oye, en el silencio, el bramido ronco del Tajo, angustiado en el hondo cauce de su estrecheza. Lopecillo ha comenzado a rasguear la guitarra, de tal suerte, que la hace hablar. La Argüello, con las dos gallegas de la posada y otras tres mozas de un mesón cercano, componen el cuadro de las bailadoras; muchos mozos de mulas se entregan a los placeres de la danza con las bacantes del fregadero. Lopecillo, instado por la Argüello, ansiosa de lucir sus grasas ante el gentil desdeñoso, inicia un romancillo a la guitarra.

Antes de cantarle, Lope advierte al brillante concurso que haga lo que él vaya señalando en la canción. La Argüello, citada en el romance la primera con el dictado de hermosa, hace una profunda reverencia señalando dos pasos hacia atrás; un mozo de mulas, que le sirve de pareja, coge o «agarrafa» de la mano a nuestra Argüello; la galleguita, más carigorda, saliendo del

corrillo, se enlaza con otro mozalbete llamado Torote, y los cuatro, entre un frenesí de vueltas, mudanzas y meneos, comienzan un vivo contrapás.

«La turbamulta de los mulantes y fregatrices» se hace rajas con las contorsiones del baile. Lopecillo, contento con el partido que va sacando de sus romances y burletas, no deja en paz los bordones y cuerdas de la guitarra. La Argüello molida de la danza, regala al músico con sus miradas más untuosas y expresivas. Un embozado del corro se encara con Lopecillo, denostándole, y el baile hubiera sido repetición de lo de Mazagatos, si no llega la justicia disolviendo el concurso de fregatrices, músicos, mozos de mula, embozados y aguadores fingidos.

Lopecillo se ha quedado aquella noche con Avendaño en la posada. En el mismo aposento descansan los amigos. Quedito han llamado a la puerta de la estancia desde fuera. La Argüello y otra de las fregatrices –una galleguita melindrosa, apañada, limpia y desenvuelta– han pedido a horas tan desusadas hospitalidad a nuestros jóvenes. Lope, con desabrimiento, las ha motejado de brujas y bellacas: «idos de ahí luego, si no por vida de..., hago juramento que si me levanto, con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas.» Y en el silencio de la noche, ha dicho la Argüello, poniendo el hocico puntiagudo en el agujero de la llave:

– No se ha hecho la miel para la boca del asno.

Ha dicho y se ha largado quedito con la gallega melindrosa. Lopecillo y Tomás se han quedado riendo. Las dos brujas, tristes y malaventuradas, han vuelto con todo sigilo al antro donde bailan, montadas en la escoba de sus malos deseos, con los rojos diablillos de su liviandad. Y no se ha turbado más el reposo de la noche en la posada del Sevillano.

Tal vez las personas ñoñas y graves de los tiempos que corremos tachen de irreverentes estos escarceos de Miguel y de harto desenfadadas y libidinosas estas glosas nuestras en torno a la castiza y españolísima figura de la Argüello. Y hasta es posible que achaquen a Miguel de complaciente con el torpe desenfado en su pintura y que, nos motejen a nosotros –modestos y honrados glosadores– de buscar con estos retoques el aplauso de aquellos lectores que huelen lo descarado y deshonesto como los cuervos la carnaza podrida de los cadáveres. Protestamos con todo respeto, pero con toda energía, contra esa suposición, si es que algún espíritu asustadizo llega a formularla después de pasar la vista por estos renglones. Una cosa es el regodeo del apetito y otra, muy distinta, la pintura exacta de la realidad. Una cosa es el hocicar por las alcantarillas, como ciertos ingenios gabachos que están muertos y bien muertos y otra detener la mirada compasivamente ante las flaquezas y desmayos de los hombres. Y así, mientras nos producen asco las detalladas y minuciosas descripciones de rameras, que, escritas en París, han sido analizadas y ensalzadas por escritores indígenas; las pinturas de Cervantes, y en general, las de todos los costumbristas de la raza, moviéndonos a risa bienhechora, nos apartan del pecado, mostrándonos los abrojos y malezas de su sendero. La Argüello, Maritornes, la galleguita melindrosa, la Escalanta, la Cariharta, la Generosa, la Molinera, la Tolosa y demás hembras alegres y desenvueltas de Cervantes –para no hablar aquí de todas las damitas de rumbo y manejo que aparecen en nuestras letras desde los tiempos del Arcipreste, del bachiller talaverano de la Celestina, de Quevedo, etc., hasta Don Ramón de la Cruz– son unas desdichadas criaturas, dignas de los arrieros y bravos, sus iguales, que aquietan y no sacuden, que reposan y no excitan los bajos estímulos del apetito grosero. El castizo realismo español no ha tenido nunca las pretensiones de la docencia, ni se ha cubierto jamás con la torpe celada del celestinaje y de la tercería. Con rostro jovial fustiga las costumbres, descubre los bajos fondos de la sociedad, se tapa las narices y deja en pos de sí un reguero de franco y de gracioso humorismo, que penetra alma adentro, apartándonos de la visión de lo feo, de lo grotesco y de lo triste.

La dueña Marialonso

> «Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó a mirar de arriba a abajo al bueno del músico.»
>
> (CERVANTES. –*El celoso extremeño*.)

La dueña Marialonso –que ya conocéis de nombre– tiene una edad indefinible. No caeremos nosotros en la tentación imperdonable de revelar sus años. Pueden llegar a cuarenta, a cincuenta, a sesenta otoños; con la luz de los velones, temblorosa e intermitente, a ratos parece

una moza madurita y a ratos una vieja prematura. Los ojos son grises y desconfiados, la frente estrecha, la nariz larga, la boca ancha, carnosa y saliente la barbilla. Apenas se destacan en el busto los senos rasos, flácidos y hundidos. La toca cubre de todo punto los cabellos de la señora dueña Marialonso.

Altas horas de la noche en casa de Felipe Carrizales. En un aposento cercano se escuchan las cadencias de un guitarrico; el tañedor preludia seguidillas, zarabandas y folías al uso con singular destreza. Loaysa dentro de la casa de Felipe por el buen artificio del criado negro, regala a los oyentes con la música de su guitarra; a través de un torno, le escuchan las siervas y doncellas de Leonorcica. Todas se relamen de gusto ante los compases de las diabólicas zarabandas; la misma Marialonso, directora por la autoridad de sus tocas del regocijado cotarro, baila con presteza las coplillas de la Seguida, que el bueno del músico tañe y vuelve a tañer, a petición del concurso, que quiere indemnizarse, con este pasatiempo, de la dura prisión en que viven sepultadas por los celos y manías del viejo de Felipe Carrizales, el extremeño celoso, marido de la gentil Leonorcica.

Leonorcica duerme arriba, en su cámara nupcial, bien ajena al esparcimiento de su alegre servidumbre. Las mozas y siervas de la casa prometen al músico la presencia de su señora, para otra velada tan gustosa como ésta. Loaysa replica que si quieren escucharle todas, sin los sobresaltos que la ligereza del sueño de Carrizales les produce, él proporcionará unos polvos que hagan dormir al viejo con pesado y no interrumpido sueño.

Marialonso da cuenta a Leonorcica de estos proyectos de solazarse durante las noches, encareciendo de paso, con el más vivo colorido, la destreza del tocador, la gallardía de su figura y la gracia de las canciones con que sabe acompañarse al guitarrico. Leonorcica, curiosa de novedad, acude al reclamo del pasatiempo. Ni corta ni perezosa, consiente a sus criadas que abran un agujerillo en el torno con una barrena para ver a su talante al músico. Loaysa viste con calzones y jubón de tafetán leonado, montera de raso y lindo cuello de encaje; el mozo es guapo y de gentil prestancia.

Leonorcica –hecha a los alifafes y ruinas de su velado– encuentra lindo como un ángel al tañedor. Del mismo parecer es la dueña que ya ha pensado la traza de convertir estos pasatiempos en cosas más provechosas y de substancia. Loaysa habla de ganar el aposento donde le escuchan las mujeres. Marialonso defiende el propósito del músico, y a los reparos de la señora de que tales pretensiones van en peligro de la honra, nuestra dueña ha sabido calmarla, asegurando que los deseos del tañedor son tan lícitos como recatados y honestos.

Marialonso no ha podido conciliar el sueño. Las buenas prendas del galán han sido un bebedizo que ha corroído sus sensibles entrañas de corderita. La buena dueña se ha prendado locamente del tañedor y concierta en su magín, como razonables, las más absurdas aventuras de amor para la noche venidera.

Ha vuelto a repetirse la zambra.

Marialonso al oír el guitarrico, se ha dirigido a la cámara de sus amos para prevenir a la lozana y tierna esposa del extremeño. Leonorcica, desvelada con la esperanza de oír al músico, recoge los ungüentos y polvos milagrosos que han de amodorrar al viejo. Con ellos unta la inexperta niña los pulsos y las ventanas de las narices del buen Felipe. Pronto ha comenzado a roncar el bienaventurado marido. Leonora, convencida de la rapidez y eficacia del remedio, se ha apoderado de la llave que oculta Felipe entre los colchones de su lecho. Y saliendo de la estancia con el ánimo lleno de alegría, Leonorcica ha dado albricias de su ventura a la dueña Marialonso, gozosa de poder franquear la puerta de la casa al tañedor.

Antes de penetrar en ella Loaysa, le ha advertido la discreta dueña que ha de jurar y de retejurar mil veces que no atentará contra el recato de las mujeres que van a oírle. El tañedor jurará besando la cruz una y mil veces. Leonora ha celebrado la determinación de nuestra Marialonso. Todas las servidoras han vitoreado también a la buena dueña. Loaysa ha escuchado con gran reposo la juiciosa arenga, prometiendo guardar la compostura que se debe al recato de la señora y doncellas allí presentes.

A la redonda del tañedor se han colocado las muchachas. Leonora, que ha salido un momento a vigilar el sueño de su esposo, ha vuelto a la estancia de sus doncellas, preguntando, con alguna turbación, si el músico ha hecho los juramentos que la dueña le previno. Al entrar Leonora, Loaysa ha querido arrodillarse para besarle las manos. El concurso no habla temeroso de la ineficacia de los ungüentos; pero Loaysa, adivinando el sobresalto de las cándidas palomas, les ha jurado que su medicina tiene tal virtud que Felipe no ha de despertar en toda la noche. Y así lo confirma Leonora, pues su esposo sigue roncando como un bendito varón.

El cotarro, con esta seguridad, ha recobrado su alegría. Marialonso, cogiendo una vela, ha mirado a su antojo al bueno del músico. Todas son alabanzas y ponderaciones de su gentileza. Una ensalza su lindo y rizado copete, la otra sus dientes blancos y menudos, la tercera la luz de sus ojos que parecen esmeraldas. Leonora, que calla discretamente, encuentra en el músico hechizos y perfecciones de que carece su velado.

La música ha comenzado en seguida; las mozas, dirigidas por Marialonso, bailan al son del guitarrico. Guiomar, la criada negra que está al acecho de las sorpresas que pueden ocurrir, alarmándose ante un ruido cualquiera, ha llevado la confusión a las mozas, interrumpiendo los compases y los rasgueos. La banda de palomas se ha desbandado –según la imagen de Cervantes– como si el anuncio de la criada fuese el gatillo de la escopeta de un cazador. Marialonso, ya muy hecha a las sorpresas de todo linaje, ha ocultado a Loaysa en lo obscuro de su aposento.

Todo ha sido una falsa alarma. El buen Felipe sigue dando a la cámara nupcial la cadencia de sus largos, sonoros y musicales ronquidos, con acompañamiento de dulces silbos, que naciendo en las angosturas de su garganta, suben, rítmica y graciosamente, por los conductos de su nariz. La banda de palomas ha tornado a juntarse en la estancia. Loaysa y Marialonso platican en el aposento de ésta. La dueña requiebra al mocito que dilata con insistencia promesas que pueden cumplirse sin nuevos plazos. No hay qué decir que las siervas y criadas que andan de escucha dedican los más expresivos dictados a las tocas de Marialonso; algunos son tan fuertes y rotundos que nosotros, medrosicos, no nos atrevemos a consignarlos aquí, aun a riesgo de que pierda vigor la pintura de las escenas de esta verdadera y lamentable historia.

Las mozas no oyen, sin embargo, todo el diálogo de nuestros amigos.

– ¡Lindo sois, mancebo; lindo y garboso como un paje! –suspira la buena dueña.

– ¡Y mucho me placéis vos, hermosa! –replica el taimado tañedor devolviendo la gentileza.

– Vuestra sierva soy, y no tenéis otra cosa sino disponer de mi persona –agrega, quedito, Marialonso; sin que sus palabras lleguen al oído de las curiosas, que desde fuera la espían.

– Eso no lo haré yo en mi vida, que ya dije que mi juramento era lo mesmo que hacer una obligación cuarentigia, –responde el astuto virote urdiendo las redes de su trampa.

– Yo os reporto de *vuesa* palabra, *seor* gentilhombre, que con los discretos como vos no rezan esas prevenciones –susurra la doncella dolorida e impetuosa.

– Para todo hay trazas y concierto en la vida, gentil doncella –dice con reposo el músico–. Procuradme primero las llaves de la fortaleza de vuestra ama, que como eso hagáis vos con la presteza que os encarezca vuestro deseo, seré vuestro rendido servidor, regalándoos a vuestro antojo.

El músico y la blanda moza han salido de su escondite de perfecto acuerdo. Marialonso ha rogado a las criadas que se recojan en su aposento, que ya holgarán y danzarán mañana. La dueña ha encarecido a Leonorcica que corresponda al amor del músico. Su arenga ha sido larga y concertada; Leonorcica, dura e impasible al principio, se ha ido animando poco a poco ante el relato de la dueña, más atenta a las promesas de Loaysa que al buen nombre de su señora. Y Leonorcica se ha rendido; Felipe ha sorprendido la infidelidad de su esposa, ha muerto de pena –como sabéis– y no ha dejado otra manda a Marialonso sino la paga de su salario.

Las luengas y repulgadas tocas, escogidas para dar gravedad y respeto a los estrados y salones, antes se curan, hogaño como antaño, de la satisfacción de sus deleites y caprichos, que del buen nombre de las damas y damiselas que viven bajo su guarda y autoridad.

No se ha perdido del todo la casta de las desenvueltas y taimadas Marialonsos. De los estrados de los poderosos se han trasladado a los más llanos gabinetes de la plutocracia. No hay viudo ocioso ni marido petulante de nuestra alta burguesía que se estimen si no hacen acompañar a sus hijas doncellas o a sus esposas tempranas de ciertas apacibles señoras, venidas a menos, que las prestan con su compaña el prestigio de sus años. Nuestras repetidas experiencias en algunas populosas ciudades españolas nos permiten asegurar, sin temor a rectificaciones, que entre tales damas y damiselas de compañía –señoras, por lo demás, de todos nuestros respetos– abundan las Rodríguez, Trifaldis y Marialonsos de remilgadas, escrupulosas, honestísimas y luengas tocas.

Ellas exigen juramentos a los novios y acompañantes de las doncellas de su custodia, sin perjuicio de que los cancelan cuando se trata del provecho y liviandad de estas señoras dueñas contemporáneas y redivivas. ¡Sí, sí; no hagas aspavientos, doncellica huérfana; no me taches de malicioso, linda esposa que tienes a tu marido siempre atareado, en la hueca parlería de las Cortes, en el bufete de la oficina y en el tráfago de los negocios, sin que disponga de un minuto para acompañarte por la calle! ¡Si éste fuera un libro de confidencias, yo te contaría tantas co-

sas! Esas damas de tu compañía fingen trabajos, desabrimientos, dolores, historias lamentables, calamidades y afrentas para justificar la abundancia de sus canas, las arrugas de su rostro, los arreglos de su sombrero, los teñidos de sus faldas y el crepúsculo de un esplendor que nunca conocieran. Esas damas abandonan las palomitas en las garras de los gavilanes y sirven lindamente de terceras en los negocios amorosos. Te diré finalmente, para ensombrecer el cuadro, que ellas son ladinas, ruines, desenvueltas, aprovechadas y envidiosas.

Marialonso retoña en nuestros días. Los padres que no pueden vigilar a sus hijas, y los maridos que no disponen de un segundo para acompañar a sus esposas en los paseos, teatros, festines y reuniones, han de alejarse de las tocas de las dueñas contemporáneas –si son discretos y avisados– como de la misma peste.

II.– La mujer en la primera parte de «Don Quijote»

Maritornes[89]

> «Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo XVI. –Primera parte.)

La estancia de Maritornes en la venta es acaso el término de la desventurada carrera de la moza.

Se crio en Asturias de padres pobres y humildes; muy pronto abandonó las dulces riberas nativas del Sella, las suaves pomaradas, los crepúsculos largos y lentos, los anocheceres tibios, cuando la luna aparece en las cumbres de los montes y preside las danzas aldeanas.

Los padres de Maritornes murieron cuando ella era una rapaza. Marchó a Oviedo, Maritornes; allí sirvió a una señora áspera y huraña; comió poco y trabajó mucho. El duro trajinar la volvió flaca y amarilla.

Desde Oviedo marchó a una venta que cerca de León estaba; arrieros, soldados, estudiantes no sólo la requebraban constantemente sino que a todas suertes de libertad y licencia estaba sujeta su dura condición de servidumbre.

No fue nunca agraciada Maritornes. Los ojillos, pequeños y un tantico bizcos, estaban velados por un humorcillo acuoso que destilaba de continuo. Su figura era pequeña y exigua, y sus espaldas, desiguales y cargadas, privaban a la moza de toda esbeltez y gentileza. La nariz era roma, llano y nada terso el cogote, la frente estrecha y la boca ancha. En los requiebros de los viandantes más parte tenían la burla y la chacota que la fineza y la afición.

Un día pasó por la venta un soldado viejo; venía de Flandes cargado de achaques y de bubas; cayó enfermo, y Maritornes, que era de suyo generosa y bien nacida, curó al herido con más diligencia de la que usan en tales casos las mozas de los huéspedes. Entre el soldado y Maritornes se acentuó una corriente de simpatía, de lástima tal vez, que esta es más aliada y amiga del amor de lo que los muchachos inexpertos y atolondrados suponen y pregonan.

Contenta estaba Maritornes de poder servir al soldadote, y este no quería perder la ocasión de ser regalado con tanto amor y desprendimiento. No pensaba en el amor el soldado, que ni su cuerpo ni su espíritu soportaban ya tales pasatiempos; pero Maritornes que había sido vejada por todo el mundo, que estaba ahíta de ser el blanco de las caricias brutales de los arrieros, de las exigencias y duras palabras de la mesonera, dio alas al soldado achacoso para que expusiera con toda claridad sus pensamientos.

No era otro el propósito del soldado que el de llevarla consigo a Valladolid donde la trataría con todo cariño y mansedumbre, a cambio de que Maritornes atendiese la curación de sus achaques. Más no podía pedir la infeliz doncella, que el desprecio ajeno, si es constante y sostenido, labra el propio desprecio. Por el amor del soldado, así que este pudo caminar y valerse de sus propias fuerzas, dejó Maritornes el servicio del mesón.

En Valladolid se redoblaron las desgracias y amarguras de la moza. Un hijo fue el fruto de sus amores con el bravo. Una lupicia o pelarela, enfermedad harto corriente y moliente entre soldados y aun entre gente letrada y de solar conocido, comenzó a cebarse en el desmedrado cuerpecillo de Maritornes. Peláronsele las cejas y las pestañas; vaciósele el ojo derecho; brotó sarpullido en sus brazos y piernas; sintió dolores de cabeza y flojedades y desmayos en todo el

[89] Sobre este personaje cervantino trató en *El Eco de Santiago* (28-06-1917), *El Adelanto* (12-03-1913) y *La Alhambra* (15-06-1913) (O.C. Tomo I, página 253) y anteriormente en El Adelanto (18-01-1904) bajo el epígrafe "Maritornes y Schopenhaguer" (O.C. Tomo IV, página 284); sin embargo, para este libro decidió escribir una semblanza totalmente original. Solo coinciden en la cita inicial de *El Quijote*.

cuerpo; aumentó la carga –nada ligera– de sus espaldas, y los dientes comenzaron a desamparar y desguarnecer su boca ancha, larga, descuidada y maloliente.

El bravo abandonó bien pronto a Maritornes. Luchó primero la moza con el hambre a brazo partido para sustentar al pequeñuelo; pero su leche era bien flojo y miserable alimento. La muerte piadosa llamó a su seno al encanijado retoño de las culpas y complacencias de Maritornes.

Puede pensar en la caridad, en la misericordia, en el amor del prójimo, la moza que sabe plañir sus cuitas con donaire; llorar con lindos ojos, velados por la emoción y la desgracia, a la vista del compasivo y dadivoso; ostentar cierta honestidad en la aflicción y un estudiado recato en la solicitud. El arte de pedir requiere aprendizaje, y la ficción es más diestra en sus pinturas que la dura necesidad, muda, esquiva y más amiga de la soledad que de presentar sus llagas y carcomas a la vista de las ociosas gentes.

La caridad de antaño, como la de hogaño, tenía también sus jerarquías y pragmáticas, consagradas por el uso y la costumbre, y pecaba de casuista y escrupulosa como confesor de monjas.

A nadie movió a piedad la pobre y desventurada Maritornes.

Abandonando las gratas orillas del Pisuerga, los atrios de San Llorente y de San Benito, las puertas de los conventos y de los hospitales, fue a parar a Salamanca donde sirvió algún tiempo en estas que llaman casas llanas, por ser la entrada libre, la concurrencia ruidosa, el trato llano y sin afectación, la confianza ilimitada, la alegría mucha y mayor el peligro.

Pronto tornó Maritornes a las primitivas vejaciones del mesón en esta desenfadada ciudad, donde si la belleza tiene toda suerte de privilegios, la fealdad, en cambio, es menospreciada así de obra como de discurso. No paró en Salamanca la dura peregrinación de Maritornes por las ásperas sendas de la vida; ganó las Extremaduras, y después de servir aquí y de importunar allá, ha venido a parar, con sus huesos pecadores y machacados por el hambre, a esta venta que en la Mancha tiene Juan Palomeque el Zurdo, un pícaro, que ha dado en mesonero, oficio adecuado a la condición de picardía.

Dos años hace que vive en esta venta Maritornes y ya no se rebela contra su triste sino. ¿Para qué? Yace con los arrieros que la toman y dejan a su antojo, y solícita con los quehaceres de la casa y atenta a que ningún forastero se marche sin pagar las costas de la posada, de otras cosas no se cura; que pensar en sus recuerdos es aplicar sal y vinagre a las heridas abiertas de sus desdichas.

Animado grupo forma Maritornes, a la puerta de la venta, con la mesonera apetitosa y de buen ver todavía, con el ventero gordinflón, sonriente y sosegado, y con la hija de los amos, que es apañadita, guapetona y limpia.

Don Quijote y Sancho han entrado en la venta; Don Quijote, mal herido y atravesado en el rucio, y Sancho guiando con toda gravedad su recua.

Maritornes, con la hija de los mesoneros, se ha encaminado al pajar para acomodar con presteza el camaranchón de Don Quijote; sobre cuatro tablas, harto sutiles y flojas, han extendido un colchón que apenas si tiene dos dedos de gordo, dos sábanas de cuero de adarga encima y una frazada deshilachada y rota. Al acostarse Don Quijote, Maritornes, que entiende a su modo de burlas y chacotas, parécenos que ha sonreído, pues en la obscuridad del aposento, cual disimulada con la temblorosa y tenue lucecilla de un candil de aceite, ha aumentado la raya de su boca, descubriendo el boquete obscuro y desguarnecido de sus encías.

Acardenalado y molido ha dejado a Don Quijote la aventura de los yangüeses. Maritornes contempla la faz desencajada y lívida de Don Quijote, su cuerpo recio y enjuto, sus brazos hinchados y amoratados de los recientes golpes. Por un momento se acuerda Maritornes de los achaques de su soldadote; pronto se desvanece en ella la visión dolorosa de su pasado.

A Sancho le pregunta Maritornes por el nombre de su señor, y como no sabe qué es el oficio de la caballería, demanda una explicación al escudero.

Comedido y cortés se muestra con las dos mujeres Don Quijote; con todo reposo, sosiego y cortesía les encarece sus buenos servicios y favores. Maritornes agradece con toda su alma al caballero tales gentilezas, tan opuestas a todos los requiebros por ella escuchados hasta ahora y se pone a curar a Sancho de las salpicaduras que hasta su cuerpo llegaron de la desdichada aventura de su señor.

Curado Sancho, salen las mujeres del aposento. Cuando, todo está en calma y en sosiego, y los huéspedes duermen, y el arriero que aloja en la venta descansa en el pajar junto al caballero andante y su pacífico escudero, Maritornes; cautelosamente, vuelve al lado de nuestros amigos. Andando a tientas, que la palabra que ha dado al arriero la compasiva moza no es de las que suelen cumplirse a la luz del día, Maritornes se topa con los brazos de Don Quijote que le ate-

nazan y asen fuertemente de una muñeca. Requiebros insólitos del caballero, finezas y palabras que llenan de sudor y congoja a Maritornes.

Conocéis la escena; el lecho de Don Quijote se viene a tierra con estrépito; el rijoso arriero de Arévalo reparte puñadas y mojicones en las narices y en la boca del caballero; graciosa pendencia entre Sancho y Maritornes, llegada de Palomeque, intervención de un cuadrillero de la Santa Hermandad, que, al palpar el cuerpo de Don Quijote, le reputa por muerto.

Maritornes, cautamente, ha vuelto a su rancho en oyendo las voces del cuadrillero, y medrosica y tímida, se ha puesto a rezar salves y credos. Con el día ha recobrado el sosiego su espíritu sobresaltado y atormentado.

Cuando han manteado a Sancho, Maritornes se ha dolido de la burla de los brutos de la venta, y, pagándolo de su mismo dinero, la moza ha regalado a Sancho con un vaso de vino para quitarle el sobresalto y la congoja del manteamiento. Para nada se acordaba Maritornes, consolando a Sancho, de los cachetes y porrazos de la víspera en el pajar.

No ha vuelto a borrarse de la flaca memoria de Maritornes la figura escuálida del aventurero ni el rostro mofletudo y grave del buen Sancho. Don Quijote ha sido con ella caballero y bien nacido, y Panza uno de los pocos hombres que han recibido consuelo de su piedad.

La moza ha tornado a los trajines y ajetreos de su oficio, a las pendencias nocturnas del pajar con otros viandantes de todo rango y catadura; ella sigue escuchando diariamente los insultos de Palomeque, las intemperancias de su mujer, las finas burlas de la hija que tiene sus puntas y ribetes de taimada y nada generosa, y los burdos caprichos de los transeúntes a los que Maritornes se somete pasivamente.

Muchas veces, sentada la asturiana en el poyo de la venta, a la hora de la fresca, recuerda Maritornes las congojas y sustos que pasara la noche de la terrible trifulca en el pajar. Don Quijote la asía fuertemente de las muñecas, es cierto, pero no con intento de forzarla, ya que tan buena coyuntura se le deparaba y no lo hizo. Cosa singular que no acertaba a esclarecer del todo el menguado magín de Maritornes. Sólo sabía que el caballero le llamó señora y doncella y que los requiebros que oyó eran de los que se dirigían a las altas y principales damas, requiebros que ella oía leer en los dos o tres libros de caballerías que tenía el ventero y que daban gusto y deleite a la imaginación.

¿Señora ella? ¿Doncella ella? Quería reír Maritornes y estaba a punto de llorar, de llorar de gratitud: un hombre, un solo hombre, habíale hablado con comedimiento y cortesía. ¿Qué sería este oficio de caballero andante y de buscador de aventuras que ella no había conocido nunca? ¿No eran, por ventura, casi todos los hombres, arrieros y soldados?

A la venta han vuelto Don Quijote y Sancho, con otros caballeros principales y con una dama que bien revela en su vestido la calidad de su linaje. Maritornes ha reconocido con alegría a Sancho y ha contemplado la facha de Don Quijote, más flaca, enfermiza, sucia, desmayada y amarillenta que la otra vez. Verdad es que aquella noche ha cometido una felonía Maritornes, atando la mano de Don Quijote, cuando éste hacía guardia de honor sobre Rocinante, del agujero del pajar; pero la moza redimirá su falta con el arrepentimiento.

Maritornes no ha visto más al caballero. Todos los personajes principales que había en la venta se han ido de ella para nunca más volver. La moza no ha oído más requiebros en su vida.

Los años van discurriendo con celeridad: ya va envejeciendo Maritornes, si es que ella conoció alguna vez la juventud.

Un día ha llegado a la venta la noticia de que Don Quijote ha muerto en su lugar, dando grandes pruebas de fortaleza y cordura; Maritornes pensando dulcemente que sólo el caballero de la Triste Figura ha sido con ella cortés y comedido, ha rezado por él aquella noche. «Las sombras y lejos que hay en ella de cristiana», apareciendo de pronto en su espíritu amodorrado por el dolor, le han inundado de una emoción extraña y desconocida.

Y al recordar la faz seca del caballero, Maritornes ha pensado también, por una extraña asociación de ideas, en su hijo muerto. Y luego, entre tales arrobos de emoción, ha creído aspirar la fragancia de las suaves pomaradas que contemplara en su niñez –arbolitos verdes salpicados de frutos rojos– y vislumbrar la claridad de aquellas noches lejanas, cuando la luna aparecía allá arriba en su aldea, plateando las cumbres de los montes dormidos y callados.

La opinión que tienen las gentes de la pobre Maritornes, es hoy, tres siglos después de yacer en su huesa Don Quijote, la misma que tuvieron de ella los arrieros y mercaderes.

Desdeñosamente han acogido a la doncella casi todos los lectores de la novela inmortal; asturianos hay que reniegan públicamente del paisanaje de Maritornes y que no quieren incluirla, con letras de oro, en el catálogo de los hijos famosos del Principado.

Nuestras fregonas, desgreñadas y sucias, nada caritativas ni mansas de condición, con livianades que atañen más al provecho propio que a la compasión ajena, han heredado el nombre de la doncella asturiana. Burlas y risas, soeces y groseras, resuenan todavía a cuenta de los ojillos bizcos, de las espaldas cargadas, del olor a fiambre trasnochada y de los siete palmos de estatura de Maritornes. Bowle nos ha dicho que hasta el nombre de la doncella tiene su sentido oculto y que Maritornes quiere decir hembra de mala ralea.

Protestamos en nombre de Miguel de Cervantes, quien nos advierte que Maritornes era generosa, con presunciones de hidalguía y con lejos y sombras de cristiandad.

«Maritornes –escribe con toda justicia el maestro señor Unamuno– no es una moza del partido que por no trabajar o por ajenas culpas comercia con su cuerpo, ni es una pervertidora que embruje a los hombres encendiéndoles los deseos para apartarles de su ruta; es pura y sencillamente la criada de un mesón que trabaja y sirve, y alivia las gravezas y remedia los aprietos de los viandantes, quitándoles un peso de encima para que puedan reanudar, más desembarazados su camino»[90].

Así es, en efecto. La piedad de Maritornes, es de tan subidos quilates que sus pecados son hijos de la blandura de su condición. Pecados humildes y veniales, donde no juegan para nada el engaño ni la soberbia ni el deseo de lucro, sino simplemente el anhelo de complacer las arrieriles exigencias de la canalla. Un fondo de inconsciencia se descubre en todos los actos de Maritornes. Y pues ella curó a Sancho de sus heridas, le regaló piadosamente con un vaso de tinto después del manteamiento en el corral, oyó finezas de Don Quijote y guardó de su figura una imagen dulcísima que contrastaba con la de los brutos que la solicitaban en la venta, vindiquemos para siempre la memoria de Maritornes. ¿Que ató la mano de Don Quijote con un lazo corredizo, sujetándole en el agujero del pajar? ¿Quién no ha sujetado alguna vez la mano de los caballeros que están prontos a realizar alguna hazaña? ¿Y no fue culpable, en cierto modo, Don Quijote de la travesura de la doncella? Con la fe que había jurado guardar eternamente a la Dulcinea del Toboso, ¿no era una flaqueza peligrosa dejar descansar su diestra entre las manos asperotas de la pobre, de la desventurada, de la compasiva servidora de Juan Palomeque el Zurdo?

Marcela

> «...y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba a su fama su hermosura.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha.* – Capítulo XIV – Primera parte.)

El nacimiento de Marcela ha costado la vida a su madre. La muerte de la madre ha causado tal pesadumbre al esposo, el rico Guillermo el labrador, que este la ha seguido pocos meses después en la sepultura. La memoria de la buena labradora se conserva en toda la comarca, que era la muerta tan honrada como hermosa mujer, hacendosa y amiga de los pobres.

La niña huérfana vive con un tío suyo, sacerdote y beneficiado de un lugar manchego, que está cerca de la raya de Andalucía. Vivo retrato es la niña de la madre; el tío la cuida con todo regalo y abundancia, pero con recato y honestidad.

Pródiga es la chiquilla en bienes de fortuna y en bienes de naturaleza. Con los años crece en hermosura e ingenio; los ojos son negros, brillantes y vivos; las pestañas pobladas y abundantes; el pelo rubio y el rostro tan blanco como gracioso. El cuerpecillo, sólido y bien proporcionado, promete una lozana madurez. Pues del donaire de la doncella, de su fertilidad y agudeza de pensamiento, de la facilidad y música de su palabra, de su aplomo para no inducir a aficiones pecaminosas, de su cuidado y diligencia para no ser vista por varoniles ojos ni ensalzada por lenguas de mancebos, no nos hartaríamos jamás de hacer ponderaciones.

Sépase que Marcela está en la edad de los amores, que el tío quiere casarla con un mozo de su calidad (sin mirar en ello la granjería y buena cuenta que le proporcionan la guarda y cus-

[90] MIGUEL DE UNAMUNO. – *Vida de Don Quijote y Sancho.* – Fernando Fe, Madrid, 1905. – Cap. XVII (1.ª p.) pág. 99. [Nota del autor]

todia del patrimonio de su sobrina), que Marcela se excusa con su poca edad y que los mejores partidos de la comarca piden al beneficiado la mano de su sobrina.

Cuanto más se oculta ella de las miradas de las gentes, más crece la fama de su hermosura y con mayor ahínco se clava la flecha del amor en el corazón de los mozos que alientan esperanzas todavía, con ser Marcela de tal modo que nada promete ni insinúa, en lo tocante a sus sentimientos y propósito.

De repente la moza ha dejado la casa del beneficiado. Por los valles y cañadas se ha ido vestida de pastora a gozar de los encantos que la visión y amistad de la naturaleza proporcionan. En un principio, las gentes graves del lugar han achacado a licencia y osadía de moza caprichosa la resolución de Marcela; el pobre sacerdote se ha mostrado inconsolable y confundido. Mas cuando se ha sabido que fuera de la casa sigue vigilando con todo cuidado su honestidad la zagala, los comentarios y pláticas han cambiado de rumbo, juzgando de locura su manía y de extravagancia disculpable su afán de vivir bajo el manto de los anchos cielos, con el alma abierta a las caricias y rumores de los valles y de los prados.

Detrás de la doncella, para quebrar sin duda su integridad, han salido también no sé cuántos mancebos ricos, hidalgos y labradores, vestidos con arreos pastoriles, dando al aire cuenta de sus deseos y las primicias de sus lamentaciones y suspiros.

Marcela, cuya visión alegra al ánimo más encogido y melancólico, no esquiva la conversación de sus amadores, trátales con cortesía y llaneza, gusta de sus trovas y canciones, oye con placer la música de los rabeles y zampoñas, y sólo se torna hosca cuando alguno se propasa a revelarle su deseo, así sea este tan razonable y tan juicioso como el de pedirla por esposa.

Con este trato que da a sus enamorados y cautivos la doncella, los corazones de los pastorcicos andan consumidos y abrasados, esperando sin desesperar, que es el más extraño y peregrino sufrimiento de amor.

El corazón del hombre, hasta del que se tiene por más avisado y corrido en amatorios devaneos, es casi siempre de una simplicidad desgarradora; si la amada se le muestra afable, aunque inflexible en lo que atañe a la correspondencia del afecto que se demanda con suaves y regalados circunloquios, siempre imagina el amador que todo es fingimiento y retórica para prenderle mejor en sus encantos y retardarle el premio de posesión que su fidelidad merece; si la mujer se le aparece hosca y huraña, tampoco pierde la esperanza de ser correspondido, y sutiliza de tal modo la esquivez en sus monólogos secretos y desvariados, que la confunde con el desquite y prueba que han de aquilatar, en buen crisol, las excelencias calidades de la fineza.

Imagínese, pues, cómo andan los pastores en derredor de Marcela, y si añadimos que algunos de estos son estudiantes y poetas, nos haremos cabal idea de sus lamentaciones, propósitos, esperanzas, desmayos y deseos.

Los estudiantes son impetuosos, alegres y confiados, pero los poetas son como los locos y los niños. ¡Como que dan en la flor de sospechar los muy inocentes que no hay arma más terrible contra las mujeres que las endechas, dando más valor al estrambote de un confuso sonetillo que a las obras calladas y los propósitos mantenidos con firmeza!

Los valles y las sierras de estos contornos resuenan con los gritos, lamentos y exclamaciones de amor de sus moradores pasajeros.

Dos docenas de hayas que hay en un paraje oculto y silencioso, a la vera de un regato que canta a todas horas su canción de humildad y mansedumbre, dos docenas de hayas llevan grabado en su lisa corteza el nombre de Marcela; por algo están poblados estos contornos de estudiantes, que también en los bancos de las aulas y en los muros de los aposentos, como he visto en Salamanca, gustan de grabar las gracias de sus musas y novias, verdaderas o fingidas.

¡Melancólicos y dulces sonidos los de estos valles! El uno suspira, el otro canta, un tercero llora, ese vive distraído y ensimismado, aquél deja espejar en su rostro la esperanza que no ha perdido de gozar las preferencias y favores de Marcela. Mas a todos vence esta en discreción y donaire, y cuanto las pasiones son más caldeadas y manifiestas, mejor triunfa la moza de las redes que tienden estos pastores a su fortaleza y hermosura.

El amador más impetuoso de todos ellos ha sido un escolar llamado Crisóstomo, que se ha matado por no sufrir los desdenes de Marcela. Ha pedido a sus amigos que le entierren en el mismo sitio donde sus ojos no pudieron sondar con calma el misterio de la mirada de la dulce su enemiga. Los pastores que sienten entre sí la solidaridad de su común desgracia y el fracaso de sus anhelos, aunque todos piensen que, al fin y al cabo, han de gozar de los regalos y caricias de la hija de Guillermo el rico, quieren cumplir la voluntad, un poco literaria, del estudiante enamorado.

Por entre la quiebra que hacen dos altas montañas, descienden en dos hileras los pastores, vestidos con pellizas y zamarras negras y coronados de guirnaldas. Seis de ellos conducen unas armas cubiertas de flores diversas y de variados ramos. Don Quijote, callado contra su costumbre, y pensando tal vez en que si la nunca bastante celebrada Dulcinea del Toboso fuese de todos los hombres conocida, estos espectáculos se repetirían a cada paso, mira, con los ojos muy abiertos, a la extraña comitiva pastoril.

Son las primeras horas de la mañana; el sol dora, a trechos, la cumbre de las dos montañas; el cielo es diáfano y el ambiente tiene una pureza y transparencia de cristal.

Reina un denso silencio en el que se reposan y solazan los sentidos.

Ambrosio, uno de los pastores y el más fiel amigo del difunto, pronuncia un discursillo fúnebre; en él llama fiera y basilisco a la moza solicitada de todos y dice que es de mármol la fingida continencia de la común enemiga.

El cuerpo del infortunado Crisóstomo descubre un hermoso rostro varonil, y al derredor del cadáver, hay libros y papeles de coplas que van a ser enterrados con su dueño, piadosa costumbre que es lástima que no haya servido de ejemplo en tantos otros casos de poetas muertos en la flor de su edad y que después de su desgracia han llenado el mundo con las no menos terribles del delito de sus cuitas precoces y lacrimosas.

En este momento, por encima de la peña donde se está cavando la hoya que ha de encerrar para siempre los despojos del impetuoso estudiante, surge Marcela como una aparición celestial. Maravillados y suspensos acogen su presencia los espectadores de la fúnebre ceremonia. Don Quijote, que aparte de su fidelidad acrisolada por Dulcinea y de su continencia de hidalgo madrugador y aventurero, se solaza contemplando bellezas, encuentra la de Marcela muy digna de admiración y alabanza.

Solamente Ambrosio se atreve a increpar a nuestra amiga por su presencia en aquel paraje. La respuesta de Marcela no puede ser más comedida y elocuente, aunque no gustan de su razonamiento las mocitas de hogaño, que sin pesar demasiado sus arrogancias, se atribuyen todas las finezas de los galanes que las rondan, más por matar el hastío que por dar contento a la voluntad.

Marcela rechaza con entereza toda culpa propia y voluntaria en las penas, locuras, desesperanzas e infortunado acabamiento de Crisóstomo. Su libertad de amar es tan grande como la de la turba de amadores que la importunan a cada paso. Su hermosura no la obliga a querer a nadie, como, en otro caso, su fealdad no sería razón suficiente para quejarse del despego y de la poca afición que los hombres la tuvieran.

Al acabar su oración Marcela, volviendo la espalda a los circunstantes, se ha entrado por lo más espeso y cerrado de un monte que desde el mismo sitio de la sepultura claramente se divisa. Algunos pastores han querido seguir a Marcela, movidos de esa ingenua condición de los varones que ya hemos apuntado, de creer más verdaderos los favores que falsos los enojos de las mozas que solicitamos con todo ahínco y perseverancia.

Don Quijote se ha creído en el caso de desenvainar su espada en defensa de las doncellas menesterosas y desvalidas.

Con esta amenaza del caballero, que tan profunda idea tiene de la justicia en este momento, y con el ruego de Ambrosio de que se entierre cuanto antes el cadáver de su amigo, nadie ha osado moverse de su sitio.

Se han quemado las coplas y endechas, cumpliendo la voluntad de Crisóstomo. La caja ha caído con un ruido seco en la hoya; dos pastores, de los de zamarras negras, han ido echando paletadas de tierra en la sepultura. Cubierta y llena, se han esparcido flores sobre la tumba.

Mientras tanto, Marcela ha vuelto al amor y compaña de sus zagalas en el corazón del monte. Así ha proseguido algunos meses, hasta que, empezado el invierno, ha vuelto a casa del tío que ha celebrado su retorno con grandes extremos de alegría. Documentos fidedignos que hemos encontrado en algunos archivos lugareños –documentos que ponemos fervorosamente a disposición de los eruditos que esperan la ocasión de este centenario para sorprendernos con investigaciones que han tenido tapaditas y ocultas diligentemente hasta el momento actual, papelotes viejos, amarillos, fidedignos, curiosos y saturados de autenticidad por todos sus poros–, nos permiten asegurar rotundamente, sin temor a ser desmentidos, que Marcela se casó con un labrador de su aldea, que tuvo muchos hijos y fue el encanto de la vejez del señor beneficiado, su tío, al que ella cerró los ojos dulcemente, cuando el bendito varón fue a dar a Dios cuenta de lo discreta y cristianamente que había regido su rebaño de humildes feligreses.

Marcela, la pastorcita Marcela, es una de las figuras más literarias, pero no de las más expresivas y reales que trazara la pluma peregrina de Miguel. El gusto por las narraciones pastoriles y campestres entraba muy de lleno en la afición de los contemporáneos de Cervantes.

La Diana de Jorge de Montemayor había sido popular entre los lectores de la segunda mitad del siglo XVI; ingenios tan diferentes como Gil Polo y como el médico salmantino Alonso Pérez, habían seguido las huellas del suave poeta valenciano.

Ninfas, zagalas, pastorcillos, requiebros inocentes y un tantico enmarañados y conceptuosos, felices desposorios al abrigo de los montes y bajo la bóveda estrellada de los altos cielos –pastores del Henares y del Tajo, zagalillas del Betis, galanes de Garcilaso que en la vega del Tormes discretean a la sombra del castillo de los Duques de Alba– conmueven e interesan los ocios de los pícaros y aventureros, de las almas ardientes e impetuosas que crecen paralelamente a la de Cervantes, quien ya había compuesto la primera parte de *La Galatea*.

El episodio de Marcela está, pues, en el *Quijote*, como una concesión graciosa al gusto del público. Reparemos en que la donosa muchacha habla como una bachillera y dice agudezas sobre lo feo y lo hermoso, sobre la razón de amar, sobre si el verdadero amor no se divide en partes: agudezas que son impropias de una doncella criada en un lugarejo, aunque esté educada por el beneficiado de la Mancha en urdir silogismos y dilemas. Pero el genio de Cervantes es de tal naturaleza, que aun imaginando y trazando figuritas como esta, destinadas más al aplauso de sus amigos de letras que al fallo de la posteridad, siempre se rebela contra los cánones accidentales y transitorios, de una moda literaria, para salvar su creación del amaneramiento y raquitismo, infundiéndole soplos de vida que la harán eterna.

No tiene la creación de Marcela la fuerza, el vigor, la plasticidad de Maritornes, del Ama, de la Duquesa, de Teresa Panza, de las mujeres de *Las Novelas Ejemplares*, en nada inferiores, digan lo que quieran los manualetes universitarios, a las mujeres del *Quijote*.

Marcela, sin embargo, puede sostener gallardamente su esquivez y hermosura al lado de las más frescas creaciones de la novela pastoril, así de Italia como de nuestro suelo.

Observemos también que es animadísima, exacta y precisa la pintura del escenario donde castiga Marcela con sus desdenes a los petulantes pastorcillos.

Rasgos, apuntes de paisajes, hay en estas descripciones que pueden ser recogidos y comentados sutilísimamente por ingenios que ya nos han dado una sensación, justa de la Mancha[91].

Estos ingenios tienen el deber de trazar, con todo reposo, una guía completa de las veredas, caminos, calzadas, trochas, bosques, montes, valles y pradecillos por donde discurriera el Caballero de la Triste Figura con su fiel y magnánimo escudero.

No requiera el lector para la viva y fecunda inteligencia del espíritu quijotesco el concurso de ciertos eruditos con sus escarceos a flor de piel, con sus acotaciones, textos, gramáticas y resonancias de voquibles; no es con cominerías ni con palmetas de dómine ni con gafas y lupas de aumento ni con birretes doctorales, sino con emociones y temor santo –nuncios de seguro deleite– como hemos de penetrar en el alcázar de la divina fantasía de Cervantes.

Vienen a ser los eruditos que quieren imponernos su personal interpretación sobre los partos de la fantasía, como esas comadres chismosas de los pueblos que tejen los más absurdos comentarios en torno a los sucesos que ellas presencian más con el deseo y la imaginación que con los ojos.

No hagamos mucho caso de los eruditos; sonriamos de sus documentos y de sus archivos discretamente. Ahora van a señalarnos la huella que dejaron en el discurso de Marcela autores pastoriles muy celebrados en los mismos días en que la garrida moza mejor comunicaba sus pensamientos con los árboles y con las aguas de los regatos que con los mancebos y pastores. Tarea inútil para nuestra tradicional testarudez.

Admiramos más en las doncellas las obras que los discursos, y Marcela se mostraría tan esquiva y desdeñosa con estos buenos eruditos como con los estudiantes, vestidos de zamarras y de pellizas, que la festejaban de continuo, en la soledad de los montes y al abrigo de los piadosos cielos.

[91] Véase, a este propósito, el libro ya citado (Cap. 1, Isabelita) de Azorín, *La ruta de Don Quijote*. Edición ilustrada, Madrid, 1912. Las sensaciones de paisaje son agudísimas y deliciosas. [Nota del autor]

Dorotea

«...me daba a mí un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas...»
(*Don Quijote de la Mancha*. – Cap. XXVIII – Primera parte.)

Dorotea es una de las mujercitas más lindas de Osuna; ojos azules y dulces, cabellos rubios y abundantes, manos breves y blancas, cutis como de rosa, cuerpo primoroso, y bien proporcionado, ingenio fértil y agudo, despejo pronto, ricas joyas, gentiles vestidos y tocados.

Vive Dorotea con sus padres en este ancho y rumoroso pueblo andaluz. Su casa –como de labradores riquísimos y harto bien acomodados– tiene panares, lagares, bodegas, establos, colmenas, cuadras y un hermoso y retirado jardín. Dorotea es el alma de la casa; ella dispone de la hacienda de sus padres; recibe y despide a los criados; ordena y dispone los yantares; lleva razón de las rentas y tributos; interviene los quehaceres de los mayorales, capataces, jornaleros, hortelanos, segadores, colonos y mozos de labor; conoce el estado de las fincas y las reparaciones de que han menester; actúa, en una palabra, de mayordoma y administradora de sus padres con gran contento suyo y provecho de todos.

Los ratos que tiene libres Dorotea los dedica a la lectura de romances y de libros devotos y de caballerías; otras veces tañe el arpa y arranca de sus cuerdas los más suaves, tiernos y regalados sones; la rueca, la almohadilla y la aguja ocupan también, de cuando en cuando, sus escasos ocios, y es de ver la ligereza de sus dedos y la destreza de sus manos blancas y pulidas que con la misma blancura de los lienzos y telas se confunden.

Pocas veces sale de casa la doncella, si no es a misa los domingos y fiestas de precepto. Del cielo no contempla otros jirones que los del terciopelo que se columbran desde el retirado jardín. Pero con todo este recogimiento y recato, Dorotea se ha dejado ver y admirar, ya a través de una celosía, ya desde una ventana del piso bajo, por un desenvuelto mancebo, enamorado y atrevido como rico y poderoso que es.

De toda suerte de ardides y tretas se ha valido Don Fernando –que éste es el nombre del galán– para acercarse a la doncella.

Las criadas de Dorotea sufren apretado cerco hasta que las dádivas abren honda brecha en su voluntad.

Los parientes y deudos de la moza se ven favorecidos, estrechados y rogados de continuo por el mismo pretendiente, tan amigo de encarecer promesas como de no cumplirlas; el sueño de Dorotea se interrumpe a media noche con el ruido de las músicas y de las serenatas, acompañadas del canto de endechas prometedoras y corteses; epístolas inflamadas y ardientes de Don Fernando, hijo de duques y dechado de gentileza y de buena crianza en pintar sus inclinaciones y deseos, llegan a todas horas a las blancas manos de Dorotea.

No desagradan a la doncella tales extremos y ponderaciones de amor; pero discreta y cautelosa en medio de estos transportes y obsequios de Don Fernando, considera la desigualdad de linajes y la oposición que harán los padres de Don Fernando a las repentinas inclinaciones de su hijo.

Con todo, gusta la moza de ser el blanco e imán de los amores del caballero, de verse loada y requerida en trovas y billetes, que no hay mujer tan áspera que rehúya requiebros de calidad, aunque aparente enfado, ni moza tan huraña que deje de solazarse consigo misma, aunque otra cosa disimule, con las caricias que el halago y la vanidad procuran.

La aguja, la rueca y la almohadilla descansan ahora en el más perfecto sosiego; en cambio, la lectura de los romances y de las aventuras caballerescas prestan solaces y alegrías al espíritu, un tanto inquieto y agitado, de la doncella.

Los padres de Dorotea que ya saben las descubiertas pretensiones de Don Fernando, advierten la desigualdad de linajes y hasta insinúan a su hija que los deseos de caballero tan principal y libertino más pueden enderezarse al deleite y provecho suyo que a la buena fama y honestidad de la doncella. No sé qué tienen de tentadores los vicios y de atractiva la mala fama de los hombres, que antes gustan de tal conocimiento las mocitas que manifiestan remilgos y aspavientos, como sería natural y pertinente. Es tal vez porque las mujeres piensan purificar a

los mancebos al crisol de su amor, y mejor prefieren conversión de pecadores y de réprobos que santificación de inocentes con bulas de comedimiento y de templanza.

Los moralistas se las arreglan y componen de tal suerte que no siempre hacen amable la virtud ni aborrecible el vicio.

Queremos decir con esto que las advertencias paternales han excitado la curiosidad de Dorotea, aunque ella diga muy otra cosa, y que los romances y libros de caballerías que ahora están continuamente abiertos sobre la mesa de su aposento, resuelven sus temores en esperanzas y sus recelos en felicísimos barruntos y conatos de ventura.

Reinas poderosas se han enamorado de pastores, zagalas han ceñido coronas en sus sienes, y Cupidillo ha sido tan ciego e impetuoso que ha saltado con agilidad por las barreras que el artificio ha abierto siempre entre los hombres.

¡Ancho campo para las esperanzas de amor el de los libros de los poetas y los relatos de las aventuras caballerescas, a partir del Rey Artús, fundador de la gloriosa dinastía de los caballeros de la Tabla Redonda! Despierta Dorotea a las primeras emociones de la juventud; se hace la remilgada y ofendida, pero las pruebas de amor de Don Fernando encuentran gratísima acogida en su corazón que ya late con dulce desasosiego.

Los padres de Dorotea redoblan la vigilancia de su hija; las criadas más fáciles a las dádivas han sido despedidas de la casa labradora; celosías y ventanas permanecen cerradas durante todo el día.

Estas prevenciones estimulan la impaciencia de Don Fernando. Sin saber cómo, estando una noche Dorotea en su aposento, acompañada de una doncella, vio que penetraba en él la gallarda figura del caballero. Turbada y sobresaltada, no pudo concertar razón valedera para castigar el atrevimiento y la insolencia de su amador.

Don Fernando, ni corto ni perezoso, tomando entre sus brazos la liviana carga de la doncella, comenzó a pintar con tan vivos colores y encarecimientos la nobleza de su amor y la honestidad de sus amorosos pensamientos, que a la turbación de Dorotea siguió la maravilla de escuchar tan ardientes palabras y tan puros y amorosos pensamientos.

Hablaba Don Fernando como los personajes de las novelas que Dorotea leía constantemente; eran expresivos los ojos del galán, señoriles sus ademanes, y sonoro y varonil el timbre de su voz. Había tales matices de ternura, tanta sinceridad en sus afirmaciones, que la doncella sintió los dulcísimos ojos azules en un mar de lágrimas inundados y desvanecidos.

Dorotea se oponía cada vez más débilmente a los propósitos y designios del caballero. «Todo esto he dicho –agregó la enamorada moza– porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.»

«Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea –aseveró el galán– ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes.»

No necesitó de otras palabras la gentil moza para rendir el cerco de su fortaleza. La Virgen ha servido de testigo en los desposorios de nuestros amigos. Juramentos y juramentos han redoblado la eficacia de las promesas del mancebo. Todavía insiste Dorotea en la humildad y bajeza de su nacimiento; por centésima vez renueva Don Fernando sus honrados propósitos.

No tarda el galán en recibir el premio de sus deseos. A guisa de arras, el caballero ha ceñido al dedo de la amada un riquísimo anillo. Pronto se han separado los amantes, que no hay horas más breves que las de la dicha.

Nuestra labradora, ya rendida del todo, ha declarado franca y libre la entrada en su aposento al que ya es dueño de su libertad y de su vida.

Pero no ha vuelto Don Fernando a insistir en su demanda, que el torpe deleite de los sentidos, una vez satisfecho y apagado, más bien nos separa que nos encadena a nuestros primeros propósitos e intenciones. El sentimiento del amor es tan quebradizo y sutil de suyo que muere con el deleite y sólo se satisface de la viva esperanza que el espíritu pone en encontrar otro espíritu gemelo para descansar y reposar en su regazo eternamente.

Amor de mozo liviano era el amor de Don Fernando; amor de caballero ocioso que no conoce otras complacencias que las del apetito y otro gusto que el de pregonar su ventura entre los amigos y camaradas que le rodean.

La desventurada Dorotea no ha tornado a ver a Don Fernando; ahora es ella la de los billetes y la de las súplicas; el tinglado de los ensueños se ha venido abajo con todo estrépito. Ni en la calle ni en la iglesia ni en otros sitios donde ha enviado ella emisarios y embajadores, ha aparecido el desleal y fementido mozo.

En vano se ha refugiado Dorotea junto a la aguja y la almohadilla; del seno del arpa ya no brotan regaladas y dulces melodías; la hacienda de la casa de sus padres está entregada al desbarajuste mayor que puede concebirse.

En vano ha castigado Dorotea a la doncella de su servicio que franqueó la entrada del aposento a Don Fernando, que ella sola se siente la responsable de todo lo sucedido.

Poco a poco, va perdiendo la moza la confianza en las encendidas promesas de su galán. Noticias han llegado a la desventurada de que Don Fernando se ha desposado con otra doncella en Córdoba; Dorotea siente la vivísima comezón de pregonar por el pueblo, a voz en grito, la villanía y afrenta de que ha sido víctima.

Quiere comprobar esas noticias Dorotea; por la noche ha salido de casa para Córdoba, vestida de zagal, con capotillo, calzas, polainas, y una monterilla parda; en un saquito o almohada ha metido joyas, dineros y alguna ropa. No sabe la doncella cómo templar y calmar el escozor de sus heridas amorosas; de un criado se acompaña Dorotea hasta la ciudad donde Don Fernando goza acaso de los favores de otra hermosa y más afortunada criatura.

Después de dos días de caminata, llegan a Córdoba señora y criado. Las noticias de la traición se confirman y esclarecen en el mismo escenario donde han acaecido los sucesos.

Don Fernando se ha desposado, en efecto, con una bellísima doncella que se llama Luscinda; al acabar los esponsales, se desmayó la cuitada. Por artes y modos que se dirán más adelante, sabe Dorotea que Don Fernando no está realmente casado, pues fue forzada la palabra de Luscinda. Tenues esperanzas vuelven a palpitar y cobrar vida en el corazón de Dorotea.

Mas hasta Córdoba han llegado también las nuevas de la fuga de nuestra moza de la casa paterna; público pregón ofrece buena recompensa a quien la encuentre en compañía del mozo que la acompaña; abandonando la fragante y perezosa urbe cordobesa, asiento y corte de todo regalo, Dorotea, que ha oído el pregón de su propia afrenta, se ha internado por lo más espeso de una montaña que hay cerca de la ciudad.

En el criado, ha comenzado a titubear y apagarse la fe guardada a su señora; con toda desvergüenza y grosería, aprovechándose de la soledad, ha tratado el muy bellaco de forzar el recato de su ama. Pero Dorotea, sacando fuerzas de flaqueza, ha dado un gran empujón al criadillo, haciéndolo rodar por un despeñadero. Entre los montes ha paseado sus desventuras Dorotea. Un zagal y un cabrero, para colmo de males, han querido repetir la misma gracia del desenvuelto criadillo.

Estando sentada Dorotea una tarde al pie de un fresno, lavándose los pies en un cristalino regato, que hay detrás de un peñasco en estas sierras cordobesas, se ha encontrado con tres caballeros de extraño aspecto, pero corteses y bien criados. Uno de ellos está desastrado y sucio; otro viste una saya de paño verde con fajas de terciopelo negro de un palmo de anchura, con un gorro o birretillo de dormir en la cabeza; el tercero lleva una disforme barba, entre roja y blanca, áspera y fuerte como de cola de rocín. A tan extraños sujetos ha declarado la doncella la historia de sus desventuras, derramando con el recuerdo muchas y abundantes lágrimas.

Al acabar su narración, ha oído de labios del desastrado y roto el nombre de su padre.

A la admiración de Dorotea ha replicado el desconocido diciendo que es Cardenio o el verdadero esposo de aquella Luscinda, con la que, a fuerza de ardides, se había desposado traidoramente Don Fernando.

Con toda suerte de finezas y cortesías se han ofrecido todos al entero servicio de la doncella, que no están cerradas del todo, sino simplemente entornadas, las puertas de su ventura.

Con Cardenio han usado también el de la barba y el del bonetillo de los mismos ofrecimientos, y los dos infelices amadores han agradecido y aceptado la merced que se les hace de regalarles con casa y hacienda, mientras se trazan diligencias convenientes y acertadas para el logro de sus afanes.

El del gorro o birretillo de dormir es clérigo, y barbero y albéitar del mismo lugar el que arrastra la barba, entre roja y blanca, como de cola de rocín.

Ambos caminan en esa facha porque van buscando a un hidalgo, su convecino, que ha dado en la extraña manía de creerse caballero andante y anda por lo más áspero de aquellas sierras haciendo penitencias por una dama fantástica.

En esto han oído grandes voces, y Dorotea ha visto a un hombre gordinflón, ventrudo, bajo, rechoncho y grave que hacia el grupo con todo reposo se encamina.

El Cura y el Barbero cuentan que aquel hombrecillo es el escudero del hidalgo al que buscan por aquellos andurriales y refieren las trazas de que quieren valerse para reducir al hidalgo a la tranquilidad de su aldea.

Todos convienen que Dorotea haga de doncella menesterosa y que pida favor al caballero contra sus enemigos naturales; Dorotea acepta con gozo su papel, cuya ficción ha de ocultar solamente al escudero, ya que la locura del hidalgo es tan densa y tupida que no ha de descubrir el engaño.

Dorotea saca de la almohada que lleva consigo rica saya y una mantellina verde; se viste y adereza en un momento; un collar y otras joyas completan el adorno y tocado de la doncella.

A Sancho, el escudero, le dicen que Dorotea es nada menos que heredera del gran reino de Micomicón, la cual, sabedora de la fama y conocedora del renombre de Don Quijote, viene a impetrar merced de la fortaleza de su invencible brazo para que deshaga un entuerto de un gigante follón y mal nacido.

La doncellica burlada –el mundo es así– se presta a la burla donosamente.

Al cabo de un rato de caminata, descubren a Don Quijote entre dos peñas, escuálido, flaco, melancólico y ojeroso, con sus largos bigotes caídos, y Dorotea, que se ha adelantado un buen trecho con el rapabarbas y el Cura, Panza y Cardenio, pide la merced de protección que es acogida favorablemente por tan esclarecido caballero.

La supuesta princesita y el auténtico caballero entablan el más peregrino diálogo de la tierra; fértil de ingenio se muestra Dorotea y muy sabedora de retóricas y pláticas caballerescas, aunque no tiene reparo alguno en hacer de Osuna, su pueblo, puerto de mar.

Sancho Panza, pensando en el botín de la batalla y en el rango y alteza de la señora que pide favor del invencible arrojo de Don Quijote, no cesa de solazarse con las ganancias y despojos de la aventura. Hasta insinúa que Don Quijote, olvidando a Dulcinea, debe unirse con la princesa en vínculo matrimonial e indisoluble. Con dos palos de lanzón, descargados con furia en las espaldas de Sancho, responde Don Quijote a las soeces impertinencias de su escudero.

Dorotea pone paz entre los contendientes, si contendiente puede llamarse a Sancho, que no hace otra cosa sino recibir cristianamente la lluvia de palos y denuestos de su colérico señor.

Unos y otros se dirigen a reposar a una venta cercana, donde llegan al día siguiente, harto molidos y quebrantados.

Lectura de una novela del ventero; pendencia de Don Quijote con unos pellejos de vino; aparición en la venta de cuatro hombres cubiertos con antifaz y de una mujer vestida de blanco. La mujer es Luscinda; el hombre del antifaz que la sujeta el mismo Don Fernando... Desmayo de Dorotea, reconciliación de Luscinda con Cardenio y de Don Fernando con nuestra doncella. Tristeza de Sancho que ve cómo se evapora la figura de la gentil princesa. Inauditos sucesos. Relato de un cautivo que acompaña a su mora. Llegada de un oidor con una niña preciosa. Alegría de Dorotea que no se harta de mirar a Don Fernando al que regala de vez en cuando, aun a trueque de ser vista, con suaves ternezas y caricias. La figura bizarra de Don Quijote presidiendo sucesos tan extraños y novelescos. Alborotos, agarradas, escaramuzas de todo jaez. Contento singular, alborada de amor en el cielo de Dorotea.

Y las aguas tornan a sus cauces; Dorotea se desposa con Don Fernando. Vuelve nuestra moza a la rueca, a la aguja, a la almohadilla; del seno de su arpa arranca suaves, dulces y deleitosas armonías; sus senos de alabastro juegan –como palomicas en la nieve– sobre la ropa blanca que ha de servir de envoltura a lindos y linajudos infantes; sus padres la abrazan con alegría, que la suerte borra las huellas de la desventura como borra el sol las negruras y tristezas de la noche.

Alborada de amor en el cielo de Dorotea, nubecillas blancas, algodonosas, deshaciéndose en el firmamento azul.

Otra vez la calzada, las asperezas de la sierra, la paz y abundancia de su casa labradora, la mansión señoril de su esposo bien amado. La esperanza que en amor parece recuerdo y el recuerdo que el amor trueca en anhelo que torna a vivirse con nuevas ansias.

Han pasado algunos años. Dorotea, bajo las miradas de su esposo, está leyendo las andanzas del ingenioso hidalgo. Escalofrío de ventura siente la gentil señora. Un capítulo ha comenzado a interesarla en extremo; el que trata de sus cuitas de doncella menesterosa precisamente.

¡Y fragilidad del recuerdo! Apenas, apenas se reconoce bajo la rica saya y bajo la mantellina verde de la princesa Micomicona; ¡así es de olvidadiza y de aplanadora la felicidad! ¡Oh, el buen hidalgo de la mirada ardiente, de los amores puros, de la faz lívida y descarnada, de los ojos tristes y hundidos, de las bien trabadas razones, del espíritu candoroso y aniñado y de los largos bigotes caídos! Una lágrima de Dorotea ha rociado sobre la página del libro que tiene abierto. Don Quijote ha cumplido su palabra, restituyendo a Dorotea en el trono de su dicha y dejándola en quieta y pacífica posesión de sus esperanzas, hoy convertidas en gustosas realidades.

Luscinda[92]

> «Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que más se extendía mi desenvoltura era a tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llevarla a mi boca, según daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividía.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo. XXVII – Primera parte.)

Córdoba, cielo violeta, patios de naranjos, palmeras, callejas blancas y silenciosas, bienestar, perfume, luz. Rejas, celosías, ventanas bajas, mujercitas con la roja flor al pelo.

Córdoba, blancura, silencio, fragancia. Sombra de la magnífica Rusafa, de la Azhara de Abderramán, eco de amores y de celos moros, melodías de Góngora, prados, potros que relinchan de placer. Quebrada puente sobre el turbio río. Amores, misterios, huertas, languidez. Córdoba la vieja, Córdoba la sultana, Córdoba.

Cordobesa es Luscinda con más bienes de naturaleza y de linaje que de fortuna. Luscinda es una niña rubia –plácenle a Cervantes las rubias; ya lo habrá notado el lector–. Es una niña rubia, menudita, grácil, esbelta, dulce. Tiene ojos azules, piececitos andaluces que vale tanto como decir que son breves y ligeros, y manecitas rosadas y primorosas, tan expresivas, que al jugar, acarician y sonríen.

Es una temprana doncellica Luscinda que apenas ha florecido quince abriles. Y en su pecho ya brotan los primeros rosales del amor. ¡Y qué amor el suyo! Parlero, juguetón, gracioso, puro. Amor de niña, amor de cordobesa, amor de virgen. Un amor sin pasado ni futuro, goce vivo del presente, diástole del corazón en un ambiente tibio y de caricia, sin sobresaltos ni temores.

Desde niña viene sintiendo Luscinda inclinación por Cardenio, mozalbete de su misma edad y condiciones. Ha jugado con él en la infancia; le ha besuqueado y acariciado muchas veces; los dos, seguidos de sus padres, han pasado infinitas tardes la quebrada puente bajo un cielo intenso de violeta, a gozar de las delicias de primavera, fuera de la ciudad.

Los prados, los cortijos, los regatos, las huertas olorosas y perfumadas, conocen ya de antiguo a nuestros amigos. La niña era traviesa y juguetona; Cardenio seriecito y parado. Las horas de ausencia eran terribles para los niños. Cardenio pensaba en los bucles de oro de Luscinda, y Luscinda en los ojos negros y en la carita morena de Cardenio.

Crecieron los niños entre el placer de verse siempre juntos. Iguales en linajes y en fortuna, los padres han pensado prematuramente en el natural coronamiento de la amistad de entrambos niños.

Luscinda ha cumplido quince años; Cardenio es un mozalbete lleno de garbo y de gracia, que pasa las horas muertas al lado de su amiga. No hablan nunca de ellos mismos ni de sus esperanzas; los objetos que les rodean, los sucesos y acaecimientos de la ciudad, las cosas menudas y al parecer indiferentes, les sirven de tema para pláticas gustosas e inacabables, de cuyo hechizo y fragancia, aunque se traducen y exteriorizan en gestos, mohínes, ponderaciones y complacencias, Luscinda y Cardenio guardan la llave del secreto.

Los padres de Luscinda, que a muchas de estas pláticas están presentes y atentos, unas veces sonríen y guardan otras cierta gravedad placentera.

¡Sagrados encantos de la amistad: nuestros amigos tienen los mismos gustos, las mismas opiniones, iguales pasatiempos y preferencias! La coincidencia es perfecta, no ya sólo en los negocios de monta, sino en las cosas subalternas y menudas. La color que encanta a Luscinda para sus sayuelos y sayas es la blanca que armoniza maravillosamente con el oro de sus cabellos, la transparencia de su piel rosada y el azul cobalto de sus ojos tranquilos y confiados; Cardenio es del mismo gusto y parecer. Luscinda ama el revoltijo de casucas blancas y tortuosas de la ciudad, que tan curioso aspecto dan a los barrios bajos o Ajarquía; Cardenio piensa como su amiga y pasea sus sueños por aquellos parajes silenciosos, sin temor a que los rompan las estridencias

[92] El diario salmantino *El Adelanto* publicó este capítulo –imaginamos que por problemas de espacio– en dos fechas distintas, 28-04-1915 y 03-05-1915, ambas anteriores a la publicación de la obra «Las mujeres de Cervantes».

exteriores. Los dos gustan de las mismas músicas, de las mismas trovas, de las mismas lecturas y se sorprenden, con grata ingenuidad, de la identidad de sus espíritus llamados a recorrer un solo camino, confundidos y abrazados estrechamente en un abrazo perenne de emoción.

Los padres de Luscinda piensan que, por buenos respetos a la fama de su hija, están en el caso de negar la entrada de la casa al impetuoso Cardenio, hasta que este torne a entrar en ella en calidad de prometido y futuro esposo de Luscinda. Nuestros amigos están enamorados y los padres lo han advertido, holgándose mucho de que así sea.

Luscinda y Cardenio no se han dado cata de ello, pero su amistad se ha ido trocando lentamente en un amor tranquilo, y ambos han pensado que una misma callada esperanza confunde sus almas en una sola.

El apartamiento que ha puesto trabas a las palabras, ha prestado alientos a las plumas de ave, de suyo atrevidas y alocadas, y los billetes y epístolas han pasado a las manos de los mozos sin tregua ni descanso.

Cardenio compone canciones y versos donde recrea su voluntad, pinta sus gustos e inclinaciones, declara su deseo, exalta su gozo y manifiesta, con fogosas y encendidas metáforas, la dicha que inunda su corazón. Luscinda gusta tanto de estos billetes y canciones que se los aprende de memoria.

De noche cuando puede burlar la vigilancia de sus padres, baja a la reja a platicar con su Cardenio; casi siempre baja Luscinda vestida de blanco, su color favorito; las horas pasan rápidas y fugaces en estos deliquios y devaneos.

Cardenio, arteramente, se apodera de las manecitas de Luscinda –blancas, perfumadas y tibias–, y no hay placer que al de este pasatiempo se compare. No conocemos caricia de tan subido y honesto deleite como la de recoger y reposar en nuestras manos las manos de la amada; un poeta diría que el espíritu del amor circula por ellas, ya que nos transportan al quinto cielo y nos mantienen en éxtasis y en arrobo, fuera de nosotros mismos, oyendo regaladas músicas y desvaneciéndonos en una dulce y placentera beatitud.

Las manos saben de mimos, de reconvenciones, de asperezas, de ternuras, de promesas, de esperanzas, de desdenes y de celos; subrayan las emociones con su tibieza, nos hunden en el silencio con su contacto, nos prometen la paz con su abandono, nos hacen vislumbrar la infinitud con su blancura, y con su despego nos llenan de dolor.

¿Cómo no va a ser poeta Cardenio? A la luz de la luna, en estas noches tibias de Córdoba, cargadas de perfumes y de silencios rumorosos, ¿qué espíritu no encontrará su ritmo en el ambiente, ni su placidez en la serenidad de los cielos, ni su canción soñada acariciando las manecitas de una doncella temprana que se abandonan sin recelo a sus caricias, prometiéndole paz?

Cardenio ha pedido a Luscinda por legítima esposa.

Se acercan las horas de ventura. Cuando Cardenio se atreve a rogar a sus padres que obren de concierto con los de Luscinda, en lo que atañe al logro de sus propósitos y deseos, recibe una carta del duque Ricardo, encareciéndole con toda suerte de promesas y cortesías, que se ponga en camino para Osuna, donde a cambio de servicios, recibirá mercedes y favores. No sabe Cardenio si alegrarse o entristecerse con la fortuna que tiene delante de los ojos; pero obediente y respetuoso con los consejos de su padre, se prepara a partir al punto a la disposición del duque.

Dolorosa ha sido la despedida a la reja de nuestros amigos; dolorosa e inacabable. Mejor se han entendido los novios con el silencio que con las palabras. La misma pena los invade, y el dolor de la ausencia pesa sobre sus corazones candorosos y leales.

No llega nunca el momento de la separación. La campana de un convento de monjas tañe a maitines rompiendo el silencio profundo de la media noche; Luscinda concede unos instantes más a nuestro amigo; los instantes se convierten en horas. Y con el canto de la alondra, tan dulce de escuchar, y ante las primeras luces del alba, ha sonado en la calle cordobesa un beso largo y chasqueante.

La ventana se ha cerrado, el mancebo se aleja lentamente, y las codornices se han desperezado con los golpes secos, rápidos y alegres de su canción mañanera.

Ya no está Cardenio en Córdoba; Luscinda no ha vuelto a salir más a la reja.

La lectura de las canciones y billetes del prometido esposo son el continuo regalo de nuestra amiga.

Oye Luscinda la misa del alba con sus criadas y prepara después con diligencia los trajines caseros.

Un libro de caballerías, el *Amadís de Gaula*, sirve de manantial de quimeras a la niña, para matar estas terribles horas de la ausencia. Los libros de caballerías son el pasatiempo de las doncellas; la misma Teresa de Jesús[93], que por aquel entonces anda fundando palomares místicos en la abrasada meseta de Castilla, ha gustado también en su adolescencia de tales lecturas y narraciones. «Era tan en extremo lo que en esto me embebía –nos cuenta la Dama Andante a lo divino en el capítulo segundo de su *Vida*– que si no tenía libro nuevo, no me parecía tener contento.»[94]

Las páginas del Amadís se han cerrado a los quince días, pues Cardenio ha vuelto a la ciudad, acompañado del hijo segundo del Duque que se llama Don Fernando.

Las pláticas de la reja se han reanudado en seguida. Cardenio, fuera de los ratos que pasa con su novia, no se separa de Don Fernando, y las conversaciones de los dos amigos versan siempre sobre el sujeto inagotable del amor.

Tales encarecimientos y ponderaciones hace nuestro amigo de la hermosura y donaire de la bella, que Don Fernando quiere conocerla; Cardenio se presta a tan gentil propósito; a la luz de una vela, encendida en el aposento de la reja, contempla Don Fernando a Luscinda; absorto y fuera de sentido le deja la angélica visión; los cabellos de oro, el azul de los ojos, las proporciones del busto y el timbre de la voz de la doncella le maravillan y suspenden. Y como las palabras de los mancebos descubren prontamente sus más ocultos designios y propósitos, las ardorosas y enamoradas de Don Fernando siembran de recelo el alma de Cardenio y de inquietud el plácido corazón de la muchacha.

Lo que luego sucede, ya lo sabéis; Miguel de Cervantes, con su diligencia acostumbrada, puntualiza admirablemente estos extremos de nuestra historia. Cardenio, por orden de Don Fernando, se ausenta de Córdoba en busca de dineros para feriar unos caballos; Don Fernando, aprovechándose de la ausencia de su amigo, ha pedido la mano de Luscinda a los padres de la doncella, que, más codiciosos que discretos, han olvidado la promesa hecha a Cardenio.

¿Repetiremos lo que todos vosotros guardáis en la memoria? Luscinda da cuenta a su novio de la gravedad del peligro; los amantes tornan a sus juramentos acudiendo el mancebo a la cita de su amiga; Luscinda prefiere la muerte a verse en los brazos del fementido galán.

Llegan los desposorios; Luscinda viste de blanco y de rojo y en su tocado centellean las joyas; lleva el rostro ensombrecido y pálido, y con voz entrecortada y temblorosa; accede a las pretensiones de Don Fernando; en seguida se desmaya, y en sus vestidos encuentran una daga y un papel con la declaración solemne de sus ocultos y amorosos pensamientos.

Al día siguiente, Luscinda burlando al esposo que la obediencia de los padres y los rigores de la suerte le han impuesto, se retira, con una doncella de su confianza, a la paz de un monasterio que se oculta entre las sierras.

El silencio del claustro aumenta las inquietudes y desazones de Luscinda.

Unos hombres con antifaces la han arrebatado violentamente de aquel retiro. Luscinda ha vuelto a los desmayos, a las lágrimas, a los suspiros, y se ha encerrado en un profundo silencio. No sabe dónde la llevan los secuestradores; en el hombre que la tiene sujeta entre sus brazos, ha reconocido Luscinda la voz odiosa de Don Fernando; de Cardenio no ha vuelto a saber cosa alguna.

Luscinda con sus verdugos entra en una venta; oye la voz dulce de una señora que quiere consolarla en su llanto; en seguida Luscinda percibe otra voz amiga: la de Cardenio... Con el sobresalto deja caer Luscinda el tafetán que le cubre el rostro; Don Fernando forcejea por retenerla entre sus brazos; una mujer está a los pies de su verdugo; después... Después, Don Fernando la ha dejado libre; Luscinda se ha echado a los brazos de Cardenio regalándole con toda suerte de besos y caricias.

Luscinda abre mucho los ojos, no sabiendo si su ventura es soñada o verdadera. Dos días ha pasado Luscinda con su Cardenio. Luego se ha casado con él. En Córdoba ha rebrotado el amor de la infancia de nuestros amigos.

Cardenio, curado del recuerdo de sus desgracias, sigue escribiendo canciones.

Luscinda, ardiente y traviesa como una niña, sujeta a su esposo con la dulce cadena de sus brazos, y todos los días le descubre mundos inexplorados de caricias y de venturas.

[93] Teresa de Jesús murió en 1582 y el libro de Cervantes se escribió en 1605. Todo le vale –incluso la irreflexión– con tal de meter por medio a su santa preferida.

[94] OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS – *Vida,* tomo I, pág. 34. –Librería religiosa, Imprenta de D. Pablo Riera– Barcelona, 1851. [Nota del autor]

El matrimonio no ha disipado ni desvanecido en estos mozos las frivolidades y niñerías de la reja. Son los novios del mes pasado y los amigos inseparables de la niñez.

Ningún dolor es tan fuerte que no se diluya en la sonrisa de la esposa, ni tan graves son las preocupaciones de Luscinda que resistan a los mimos y ternezas de Cardenio.

La maternidad ha doblado las ingenuidades y donosuras de la bellísima cordobesa. La niña que tiene los ojos negros del padre y los cabellos rubios de Luscinda, cuenta en la madre una compañera más, y nuestra amiga juega con su retoño, aprende sus mohines, imita su lengua de trapo, conoce sus preferencias y caprichos y se da cata de todos los deseos de la nena para satisfacerlos, por absurdos y arbitrarios que le parezcan a Cardenio...

Algunos anotadores de las andanzas del ingenioso hidalgo se dicen al oído que estas doncellicas de Dorotea y de Luscinda –con otras que irán apareciendo ante los ojos del lector– son del todo ociosas a la verdadera acción de la historia quijotesca.

Otros acusan a nuestras amigas de un poco desenvueltas y atrevidillas.

Pero esos juicios se nos antojan ligeros y pueriles. Si bien se mira, no son ociosas a la acción de la novela, ya que el heroico brazo del caballero las defiende y ampara, por las vías intrincadas y misteriosas que elige la Providencia para remediar las cuitas de las doncellas de amor.

La bondad es tan fecunda en gérmenes de todas clases, que cuando se propone desfacer entuertos, no solamente endereza los que procura, sino otros accidentales que surgen en el camino por vía de magia y encantamiento.

Los favores de los caballeros andantes rebotan sobre todas las personas que se hallan al alcance de su heroísmo. Unos son ostensibles y conocidos, pero otros crecen en la soledad y en el silencio.

Dorotea y Luscinda son, sobre todo –dejando a un lado estas digresiones quijotescas más amigas de ahondar en el espíritu que en la letra de la obra de Cervantes–, primorosas creaciones femeninas del ingenio de Alcalá.

¿No te dan, lector amigo, la sensación justa, peregrina, de mujeres que tú conoces? ¿No viven en tu imaginación, como figuras de carne y hueso, Luscinda y Dorotea?

¿No has visto a Dorotea en un cortijo, en un ancho y rumoroso pueblo andaluz, cosiendo a la luz de una ventana, sonriendo a la entrada de un patio mientras arregla las flores, ceceando donaires espontáneos y alegres? A la vuelta de la Mezquita, en una tarde de Abril, cuando sales del patio de los naranjos, ¿no has contemplado la elegante silueta de Luscinda, detrás de una reja, pelando la pava con un mozalbete que se estremece de dicha? Ya brillan las primeras estrellas en el cielo; una guitarra dice de celos y desdenes; la fragancia de las flores arroba y enardece los sentidos.

Zoraida[95]

> «Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allí mi marido, si quieres, y si no quisieres, no se me dará nada; que Lela Marién me dará con quién me case.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo XL. –Primera parte)

La hija de Agí Morato se cría con todo regalo en casa de su padre, el viejo moro, que la adora.

Es Zoraida la más hermosa mujer de Berbería; tiene los ojos verdes y la color morena. Los cabellos, negrísimos, andan sueltos por encima de sus espaldas; un cuello apretado y firme sirve de sustento a la cabeza primorosa. Las perlas de su atavío moruno hacen pobre competencia

[95] La revista argentina *El Hogar* publicó esta semblanza el 12 de abril de 1918

a las calidades de su espléndida hermosura. Bajo las cejas sombreadas y expresivas, el brillo de sus pupilas moras luce más que el reflejo de los diamantes que lleva esparcidos por sus cabellos. Los brazos son un dechado de gracia y de armonía; las muñecas van aprisionadas en pulseras de finísimo oro y las gargantas de los pies en ajorcas, manillas o carcajes de tanta riqueza como las pulseras.

Una cautiva cristiana está encargada de la educación de la doncella mora; ella habla a Zoraida de Lela Marién, que es la madre de Dios y de los cristianos, dulcísima señora, refugio de pecadores y consuelo de afligidos. De Lela Marién tienen imágenes los cristianos en sus mezquitas o santuarios.

La cautiva describe a la doncella el primor y el número de estas imágenes; hay vírgenes morenas y menuditas y vírgenes rubias y opulentas, todas preciosas y muy lindas, representaciones diversas de Lela Marién que es una sola. Zoraida escucha a la cautiva con embeleso. Los cristianos, cuando mueren, suben a los cielos que son más bonitos que el paraíso del falso Alá. Lela Marién, sobre un trono de nubes, sonríe a los que gozan de su presencia, y unos mancebos muy hermosos, con alas blancas y azules, llamados serafines, son el cortejo de Lela Marién. Alá es hijo de la Virgen, que en la tierra se llamó Jesús el Nazareno. Porque bajó del cielo a la tierra para que todos los hombres gozasen eternamente de su presencia. Lela Marién era pobre, y pobre su esposo José, con descender ambos de linajes de reyes y de príncipes. Lela Marién recibió la visita de uno de esos mancebos azules y blancos, que ahora la acompañan en el cielo, para anunciarle que de su vientre saldría Alá, el hijo de David. Lela Marién era entonces una doncella peregrina por su recato y su hermosura; llena era de gracia y de pureza. Jesús nació en un pobre portalillo, junto a un establo, recibiendo el aliento de una mula y de un buey; para Egipto partieron con el niño, José y Lela Marién; un rey malvado y feo, llamado Herodes, ordenó la matanza de los nenes, temiendo que alguno de ellos fuese el Redentor del mundo.

Zoraida, la niña mora, que tiene ingenio fértil y un natural despejo, oye a todas horas con embeleso estas bellas, estas poéticas narraciones de los cristianos. Jesús, el hijo de Lela Marién, murió en la cruz para salvar a todos; llevaba en la cabeza una corona de espinas, y un verdugo le abrió el costado con una lanza. Lela Marién presenció la muerte del Nazareno; sus ojos se velaron de lágrimas, y sus entrañas se partieron de dolor. En tierras de cristianos hay imágenes de Lela Marién que así la pintan y representan. Un manto le cubre la cabeza; las manos se retuercen en contorsiones de angustia; las lágrimas resbalan por sus mejillas...

Zoraida hace el signo de la cruz y aprende las zalás o plegarias donde se invoca el auxilio de Lela Marién. Agí Morato, codicioso y ocupado en aumentar sus riquezas y tesoros, no se cuida de la educación de la doncella. Zoraida quiere mucho a Lela Marién, y como perdió a su madre de muy niña, pregunta a la cautiva si la Virgen la adoptará por hija. Que sí responde la cristiana, y Zoraida no sabe disimular su dicha. Y como los cristianos son leales, caballeros y muy hermosos, ella quiere irse allá lejos, a las tierras donde se contempla el rostro de Lela Marién.

La cautiva se ha muerto, pero más de una vez ha aparecido en sueños a Zoraida, con el encargo de que abandone Berbería; en tierra de nazarenos casará con un caballero principal, que lejos de maltratarla y recluirla como hacen los hombres de su tierra, la llenará de dicha y de alegría.

Pero Zoraida no sabe cómo cumplir con el encargo de Lela Marién. No conoce cristiano alguno que quiera llevarla a las tierras donde se ven los rostros de la madre del verdadero Alá. Uno de los huecos o ventanas de su casa, mira a un baño de cautivos nazarenos; son muy esbeltos y hermosos estos cautivos; uno de ellos parece caballero y principal por la gentil arrogancia de su figura. A todas horas pregunta Zoraida a Lela Marién que le indique el camino de su ventura; pero Lela Marién no quiere responder a la doncella. Zoraida, nada esquiva ni melindrosa como buena mora, arroja una bolsa con monedas al cautivo más lindo y caballero de los del baño y le pregunta en un billete si quiere llevarla a su tierra, donde será su esposa. El cautivo se lo promete como buen cristiano. Zoraida le tira desde la ventana nuevas bolsas con escudos de oro para que se rescate y la lleve consigo, en calidad de esposa, a ver el rostro bonito de Lela Marién.

Los deseos de Zoraida comienzan a cumplirse, y la Virgen, que ha callado tantos días, ha tornado a aparecer a la morita, entre un coro de angelitos con alas blancas. Zoraida, sin ser vista –que el hueco de su casa que mira al baño es una tupida celosía– contempla durante horas enteras al cautivo con prestancia de caballero quien no aparta su mirada de lo que ha de ser norte de su ventura y esperanza.

Para un viernes, ya rescatados los cautivos del baño, señala Zoraida la fecha de su partida a tierras de cristianos. Ella se hallará, a la caída de la tarde, en el jardín de su padre, que está a la puerta de Barbanzón, junto a la orilla del mar. Los cristianos comprarán una barca para llevarse a la mora.

Con toda diligencia satisfacen los hijos de Lela Marién los deseos de Zoraida; a todas horas la bendicen y ensalzan estos. Por consejo del caballero guapo que ha de ser el marido de la doncella, Zoraida se encomienda de todo corazón a la Virgen, con las zalás o plegarias que aprendió de la cautiva muerta.

La víspera de la partida, el futuro esposo de Zoraida en tierras de Lela Marién, entra en el jardín de Agí Morato, en busca de hierbas, fingiéndose esclavo de un señor argelino, gran amigo del padre de nuestra mora. Zoraida, que ha visto entrar al cautivo, se dirige a su encuentro, y para mejor encubrir sus propósitos y determinaciones delante de su padre, bien ajeno a las desventuras que le aguardan, moteja al cristiano de mentiroso y le trata con afectado despego.

Un esclavo corre hacia el grupo que forman Zoraida, su padre y el redento, gritando que unos turcos han saltado las bardas del jardín para robar fruta. Agí Morato corre en busca de los turcos; Zoraida y el cristiano han quedado solos. Más por señas que por palabras ha descubierto la doncella las ansias de su corazón al caballero. Con la osadía que tienen las mujeres enamoradas para alcanzar el logro de sus deseos, Zoraida, fingiendo un desmayo, ha echado sus brazos al cuello del caballero, para encarecerle de esta guisa su resolución. Agí Morato, después de disuadir a los turcos, ha consolado y calmado a su hija con todo amor.

Al anochecer del día siguiente, se acerca el momento de la partida; la barca está dispuesta, y los cautivos y remeros prontos y preparados a la primera señal. El jardín de Agí Morato tiene libre la entrada. Penetran en él los cristianos, y Zoraida, que los aguarda asomada a una ventana, cambia con ellos las señas convenidas. En un momento ha bajado la doncella vestida con sus mejores trajes y engalanada con sus joyas más ricas y valiosas; los cristianos, tomándola de la mano, la colman de caricias de gratitud, como si fuera la madre y señora que ellos veneran en los altares de sus mezquitas.

Agí Morato duerme en el jardín, bien ajeno al concierto de su hija con los cristianos. Zoraida, ausentándose un momento, ha vuelto al lado de sus amigos con un cofrecillo lleno de escudos de oro. Agí Morato despierta, y oyendo ruidos extraños en el silencio de la noche, prorrumpe en grandes y desaforadas voces, poniendo a los cristianos en grave aprieto. Zoraida se desmaya, y el caballero la sostiene con amorosa honestidad entre sus brazos. Uno de los cautivos, para enderezar el mal negocio del sobresalto del viejo, se apodera de este, atándole las manos y tapándole la boca con un pañuelo. Con toda presteza –que no hay momento que perder– los cristianos meten en la barca a Zoraida y a su padre, con los servidores del viejo moro que vigilaban el jardín.

Los remeros hienden las aguas con alegría; la barca se aleja de tierra firme; Zoraida sigue abrazada al caballero, y el infeliz Agí Morato va descubriendo, poco a poco, la razón de su desventura. La barca navega con rumbo a las islas de Mallorca; un viento contrario la conduce a Orán. Los fugitivos no temen otro peligro que el de tropezar en ruta con un bajel de corso. Zoraida quiere que liberten a su padre a la salida de Argel; los cristianos hacen comprender a la muchacha el riesgo de tal propósito, prometiendo dejarle libre con sus esclavos en la primera tierra de cristianos que les depare la suerte. El pobre Agí Morato ofrece a nuestros amigos todos sus tesoros y dineros, para el rescate de Zoraida; ésta desvía sus ojos verdes de los enrojecidos y llorosos de su buen padre, y no se atreve a responderle razón alguna. Agí Morato cae en la cuenta de que su hija lleva puestas sus mejores joyas y empieza a comprender.

Empieza a comprender Agí Morato; la doncella mora no se atreve a romper el obstinado silencio. Cuando el caballero cuenta al viejo moro la verdad de la historia, y Zoraida apenas pronuncia otro nombre para justificarse que el dulcísimo de Lela Marién, Agí Morato se arroja de cabeza al mar. Su vestido largo y embarazoso ha sido la causa de su salvación; a los gritos de Zoraida, los cristianos, asiéndole de la almalafa, le sacan del agua medio ahogado y sin sentido. Al cabo de dos horas, vuelve en sí el viejo moro, y nuestros amigos dan con una cala que hay al lado de un promontorio.

En aquel despoblado sueltan los cristianos a Agí Morato y a sus esclavos o siervos. El viejo, con voces estentóreas, reniega de Zoraida, cubriéndola de toda suerte de maldiciones y denuestos.

La barca ha comenzado a navegar de nuevo; Agí Morato, convirtiendo en dulces súplicas sus rudas exclamaciones, sigue gritando a su hija que no le abandone en aquel trance; Zoraida

no sabe qué responderle y encomienda a Lela Marién el consuelo de su padre. Allá quedan los moros en el promontorio; apenas se los divisa; los lamentos y gritos del padre desventurado no llegan ya a la barca. Zoraida sigue reposando entre los brazos del caballero. El viento próspero facilita y aligera la marcha; todos piensan columbrar, al amanecer del día siguiente, las dulces costas de la patria ausente.

Un bajel redondo con las velas tendidas a todo viento atraviesa delante de la barca; es un bajel corsario de los franceses. Dos piezas de artillería han destrozado el árbol de la barca de nuestros amigos; doce soldados con arcabuces se han llegado a inspeccionarla. El cofrecillo de Zoraida ha ido con sus escudos al fondo del mar, temerosos los españoles de tentar la codicia de los corsarios; éstos han despojado a la doncella de sus joyas, haciéndole en cambio la merced de cuarenta escudos y dejando a los cristianos el esquife de su navío, con galletas y bizcocho, para el sustento de la corta travesía que aún les queda para llegar a España.

De noche cerrada, desembarcan los fugitivos al pie de una altísima montaña, olvidando los riesgos y peligros del viaje ante la imagen de la tierra natal. Ni senda ni persona alguna descubren desde la solitaria costa. Zoraida camina sobre la arena, sin dar muestras de cansancio. Amanece. Al cabo de un cuarto de hora de caminata, los cautivos oyen el dulce tañido de una esquila y divisan a un pastor que junto a un alcornoque labra un palo con un cuchillo. Asustado el pastor de la traza de los cautivos, se interna corriendo por un bosque, con grandes exclamaciones de susto y sobresalto. Los cristianos siguen caminando por la vereda del pastor.

A las dos horas de caminar, soportadas por Zoraida con grandísima alegría, cincuenta caballeros, a medio galopar, se dirigen al encuentro de nuestros amigos, creyéndoles moros desembarcados en la costa. Confusos han quedado al verse con pobres y desventurados cautivos: uno de estos ha reconocido a un jinete, tío suyo, recibiendo gran consuelo unos y otros del feliz hallazgo. Los caballeros se han apeado de las cabalgaduras para ofrecerlas cortésmente a los fatigados redentos; Zoraida ha montado en el caballo del pariente del cautivo.

Algunos caballeros se han adelantado al pueblo para dar a los vecinos cuenta exacta del suceso; los cautivos han sido hospedados en las mejores casas. La belleza de Zoraida ha causado gratísima impresión en el pueblo de Vélez Málaga; la doncellita entra en la iglesia con los cristianos que van a dar a Dios las gracias por su feliz arribo; Zoraida ha visto en seguida rostros bonitos como los de Lela Marién, que la sonríen con alborozo.

Después de reposar algunos días en el lugar, Zoraida y el caballero se dirigen a tierras de León, donde espera estrechar este los brazos de su anciano padre. Va Zoraida montada en un jumento, comprado con parte de los cuarenta escudos de los franceses, sirviéndoles el resto para las costas y menesteres del viaje. Zoraida soporta las duras estrecheces de la pobreza y va contenta con su cristiano, que de padre y de escudero, que no de esposo, la sirve con todo regalo y contento de los dos. Zoraida se llamará María como la madre de Jesús el Nazareno; la visión del rostro de Lela Marién en la iglesia de Vélez Málaga ha llenado de sosiego y de poesía el corazón de la doncella; los rendimientos y cortesías del caballero guapo que Lela Marién le ha buscado para marido, hacen olvidar a Zoraida las riquezas de su casa mora, ya que no la soledad de su padre viejo y desvalido; pero Lela Marién mirará por él.

Después de algunos días de camino por los pueblos andaluces, han llegado los dos enamorados a una venta de la Mancha. En ella ha tornado Zoraida a encontrar rostros de tanta dulzura como el de la Virgen, que en tierras españolas se contemplan a docenas. En la venta se ha encontrado el caballero –que por Rui Pérez de Viedma responde– a uno de sus hermanos convertido en oidor y sabe nuevas de su viejo padre que sueña a todas horas con el rescatado. Zoraida ha conocido a una lindísima sobrina de su futuro esposo, hija del señor oidor. Las mujeres cristianas, de suyo buenas y agradecidas, han besado y acariciado una y mil veces a Zoraida, y la morita, que no sabe la lengua de los cristianos, agradece con grandes zalemas y reverencias estas deleitosas demostraciones de amor y cortesía.

Con el oidor y su hija han llegado nuestros amigos a Sevilla, variando el rumbo de su viaje. En esta ciudad, y delante del padre de Don Ruy, ha recibido Zoraida, con las aguas bautismales, el nombre de María; Lela Marién, desde los altares, escucha con alegría las zalás de la doncella y por las noches se la aparece sobre un trono de nubes, con un traje blanco y con los cabellos sueltos y flotantes de oro.

Zoraida es una de esas creaciones cervantescas grabadas en nuestro espíritu con tal vigor, que ella nos hace comprender, con más eficacia que todos los relatos del cautiverio de Miguel, el temple de su espíritu y la juventud, siempre lozana y fresca, de su corazón sediento de reposo. No necesitamos de una gran perspicacia psicológica para comprender que hay muchos retazos autobiográficos en el relato dramático y emocionante del cautivo.

Cuatro años después de la batalla de Lepanto –en 1575– volviendo Cervantes a las costas españolas con su hermano Rodrigo en una galera, cayó prisionero del arráez Dalí Mamí, sufriendo cinco años de cautiverio en Argel. Pocos hombres más crueles y sanguinarios que el patrono de Cervantes; este, despreciando el peligro, huyó de casa del arráez, escondiéndose en una cueva cavada en el jardín, cerca de la playa, con otros compañeros de infortunio.

Cervantes esperaba el rescate que un mallorquín, llamado Viana, había ofrecido a sus compatriotas en diferentes ocasiones. Fue Viana excelente cumplidor de su palabra; equipó una barca, se acercó a la playa de Argel, y cuando iba a realizar su propósito, le conocieron unos moros que le obligaron a alejarse de la costa.

Cervantes no perdió sus esperanzas ante el fracaso. Su ingenio era fecundo en todo linaje de recursos e iniciativas. Un compañero de cautiverio descubrió al rey Azán el escondite de la cueva. Tampoco desmayó Cervantes ante la vergonzosa traición, hasta el punto de que se presentó al rey con toda serenidad y entereza, ofreciéndose como víctima propiciatoria, en calidad de responsable único del ardid del escondite, con tal de salvar la vida a los demás cautivos. El arráez Dalí Mamí reclamó a su esclavo, y admirando la grandeza de su corazón, no quiso castigarle por sus intentos de fuga y evasión.

Los incidentes del cautiverio de Cervantes han sido descritos muchas veces; no es nuestro propósito repetirlos en este lugar. El mismo Ruy Pérez de Viedma recuerda en el capítulo XL de la primera parte del Quijote la fama que dieron a Miguel sus intentos dramáticos de fuga. El dolor y el infortunio, lejos de quebrar su ánimo, le elevaron a las cumbres del heroísmo y de la abnegación. Sabido es que a continuación del incidente de la cueva, siguió Cervantes concertando otros proyectos que fueron malográndose sucesivamente, hasta que pensó en soliviantar a los esclavos, ponerse a la cabeza de ellos y apoderarse de Argel.

La grandeza de este arriscado pensamiento sólo cabía en el corazón del padre de Don Quijote. El Rey Azán se estremeció de espanto y solamente se juzgó seguro comprando a Mamí nuestro cautivo y convirtiéndose personalmente en su custodio y celador. A tales presos, tales carceleros...

De los recuerdos del cautiverio de Cervantes en Argel, surge, entre otras, la figura hechicera de Zoraida. Sus ansias, nunca amortiguadas de libertad, encarnan de este modo en los ensueños más inefables y sutiles. En todo hombre de acción verdaderamente grande –Napoleón, Cervantes, Julio César– hay escondido siempre un poeta que imagina las empresas más arriesgadas y atrevidas, infundiéndoles vida antes de que nazcan y se desarrollen, y en ese concierto de la mente que traza con la voluntad que ejecuta, estriba la eficacia de su genio.

El espíritu vale más por lo que intenta que por el resultado práctico que logra de las cosas. Un espíritu apocado y tímido hubiera recordado su cautiverio en tierras de Argel, desatándose en injurias con los carceleros y verdugos; Cervantes encarna sus anhelos de independencia en la lindísima hija de Agí Morato. Ninguna evasión más romántica, más caballeresca que la de Ruy Pérez de Viedma. La morita huye de casa de su padre, impulsada por el vehemente deseo de conocer las tierras donde se venera a Lela Marién y de casar con un caballero cristiano, pues en sus caricias y favores aprendió Zoraida, de la cautiva, que estribaba la ventura mayor de una mujer sobre la tierra. Cervantes responde a los golpes de su infortunio, trazando nuevos proyectos de evasión y guareciéndose en la roca inexpugnable de sus quimeras. ¡Cuántas veces soñaría Cervantes con la Zoraida libertadora de los ojos verdes! ¿Quién no cifra sus sueños de redención en la figura de una mujer?

Cervantes: Zoraida. El dolor de la desgracia y el fervor de los sueños sobreponiéndose a las desventuras, la lucha eterna de la vida con el ideal, las músicas del espíritu acalladas por las estridencias de la carne, la libertad del pensamiento atenazada por la esclavitud de la palabra, el ensueño contra la burla, Don Quijote ferido de punta de ausencia llorando los desdenes de Dulcinea, y Sancho reclamando las cédulas de los pollinos. ¡Mi yo y el Universo contra mí, Dios mío! Pero en el corazón de Cervantes –corazón cristiano– Zoraida rompe las cadenas de los cautivos, Sancho el bueno, a la cabecera del lecho de su señor, sueña en toparse detrás de una mata con la figura desencantada de Dulcinea.

Este optimismo, esta frescura, esta muchachez perenne del corazón de Miguel, mueven a Zoraida a soportar con alegría los rigores primeros de su entrada en España, con tal de contemplar los ojos bonitos de Lela Marién –luceritos de la mañana y estrellas errantes de la noche– en las mezquitas y santuarios de los *nizaerani*.

Clarita

> «Y hay más, que cada vez que le veo o le oigo cantar tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre lo conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos.»
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo XLIII. –Primera parte.)

Clarita –Doña Clara de Viedma, la hija del oidor– es una niña de quince años. Hasta San Miguel, para las vendimias, no cumplirá los diez y seis. Tiene Clarita ojos negros y pelo rubio, boquita breve y pies diminutos, manos lindas y un gestecillo de encantadora vivacidad y alegría.

Vive en Madrid Clarita con sus padres; ya conocéis vosotros a las doncellas tempranas de la corte; la belleza de Clara es de una finura, de una elegancia, de una entonación que yo no sabré encarecer ni pintaros a buen seguro. Pues no reside el hechizo de Clarita en el fuego de los ojos anchos y dulces ni en el trazo breve y rojo de la boquita ni en el perfecto óvalo de la faz ni en la viveza de su discurso ni en la armonía que guarda su tocado con la figura ni en la expresión de sus ademanes y movimientos, sino en la perfecta proporción de las partes. Sorprende el detalle y enhechiza el conjunto.

Es Clarita la estampa de la lozanía y el espejo de la primavera. Refleja todas sus emociones con plena gracia y tiene la fragancia de las rosas, la frescura de los regatos y la transparencia del cristal. De cristal y de rosas es el corazón de Clarita. Su cuerpo, apretado y firme, señala tenuemente las líneas más delicadas y tentadoras. Serena en reposo como una deidad griega, es expresiva en su inagotable movilidad como una mujer española y madrileña. Goya nos trazaría su expresión; Miguel Ángel el encanto y la suprema armonía de su majestad en reposo. Madrid nos ofrece todavía la silueta de Doña Clara. Al salir de los toros, visitando los monumentos en la tarde primaveral del Jueves Santo, yo he visto, más de una vez, a los remedos de Clarita, alegrando el ambiente tibio de la Corte con la lumbre de sus ojos y con el ritmo inefable de sus pasos.

Clarita sale mucho de casa con una doncella, que su padre, el oidor, harto distraído y ocupado está con sus pedimentos, resoluciones y audiencias en justicia. Vive cerca de San Andrés, Clarita. Esta linda iglesia es con la de San Pedro de las más favorecidas de los devotos. Clarita no se cura de mirar ni de ser mirada. Gusta del ruido, de la animación de las calles y pasa muchas horas a la ventana, oyendo, a través de los lienzos y celosías, los animados gritos de los transeúntes.

En frente de la casa de Clarita, se alza el palacio de un gran señor que tiene un hijo, muchacho y estudiante.

Clarita ha visto muchas veces, desde su ventana, a este mancebo que no se harta de mirarla, arrobado y absorto.

Se ha dejado contemplar la niña, y advirtiéndolo el mancebo, tan discreto como principal, ha encomendado a las señas y a los gestos lo que apenas saben decir con desembarazo las palabras. Unas veces, las lágrimas del estudiante descubren sus enamorados propósitos; otras, hace mil reverencias y cortesías; cuándo parece alegre y lleno de contento; cuándo triste y abatido.

Clarita, detrás de la celosía, vigila los ademanes y movimientos del vecinito. No pueden hablarse los dos muchachos; no se han hablado nunca. El mocito, una tarde, ha juntado las manos como queriendo manifestar a Clarita que se casaría con ella. La niña, huérfana de madre desde el mismo día de su nacimiento, no sabe con quién comunicar sus pensamientos, y su padre, el licenciado Don Juan Pérez de Viedma, ya hemos dicho que está fuera de casa casi siempre, y cuando regresa al lado de su hija, no sabe hacer otra cosa, luego de acariciarla con gran ternura, que consagrarse al despacho y resolución de sus graves negocios.

Clarita ama al estudiante; el vecino –que don Luis se llama– es tan lindo como gracioso; hasta Clarita han llegado nuevas de que el estudiante tiene renombre de poeta e ingenioso. Cuando los padres de los muchachos salen de casa, Clarita se atreve a alzar un poco el lienzo o celosía de la ventana para mostrarse, en todo su esplendor y lozanía, ante los ojos absortos de don Luis. Momentos dichosos e inocentes que inundan de alegría el corazón de los vecinos. El estudiante hace tanta fiesta de la merced de Clarita, que el que no supiera de qué holgaba, le reputaría por enajenado y orate.

Con estas alegrías y pasatiempos, a hurto de la vigilancia de sus padres y servidores, pasan algunos meses nuestros amigos. Don Luis ya conoce el lenguaje de los gestos y no hay sabrosa esperanza ni delicado deleite que no sepa leer en los ojos de doña Clara; doña Clara, por su parte, tampoco puede vivir sin las zalemas del estudiante y a todas horas piensa en los obsequios y finezas de su vecino.

Un extraño accidente quiere acabar con la candorosa ventura de los muchachos. Don Juan Pérez de Viedma ha sido nombrado por la cesárea majestad de don Felipe –que Dios guarde– oidor en la Audiencia de Méjico; dentro de unos días, partirá Clarita con su padre para las Indias. Don Luis ha sabido la nueva del traslado, causándole tal pesadumbre que ha debido de caer enfermo de tristeza, pues Clarita no ha podido verle a la ventana. Ni aun despedirle con los ojos le ha sido hacedero a la doncella. Y con su padre ha tomado el camino de Sevilla, donde los dos se embarcarán con rumbo a los lejanos estados de Méjico.

Pero en el camino, la niña ha visto, bien a las claras, a la puerta de un mesón, vestido de mozo de mulas, al mismo Don Luis, que, a espaldas de su padre, ha sabido mirarla larga y amorosamente. Lleva tan grabada en el corazón la imagen de su dueño la preciosa niña, que no es posible que la engañen sus sentidos. Don Luis se esconde cautamente siempre que atraviesa delante del oidor y de su hija. El corazón de Clara es una mezcla de alegrías y sobresaltos que no sabe si le causan placer o pesadumbre.

Clarita se alegra de la resolución de su amigo, pero se turba pensando en las fatigas y molestias de don Luis, que no se detiene en reparos por seguir el norte de su ventura.

Teme Clarita que su padre se entere de los deseos de los tiernos amadores y donde pone don Luis los pies, pone los ojos la niña. No se hablan doña Clara y don Luis, no se han hablado, no han podido hablarse nunca. Pero los ojos son fecundos en pensamientos para el que sabe descifrarlos y traducirlos al romance común. Amor no ha menester de parlas para ser constante y bien nacido, antes se nutre de las raíces del silencio, y ellas le sostienen y vigorizan.

Y así, es de ver a nuestra doncella, sentada en el coche, en frente de su padre grave y reposado con su toca luenga de mangas arrocadas, mirando a través de las ventanillas el rostro del estudiante; es de ver a don Luis cómo se goza en la contemplación muda de Clarita, espiando las miradas del oidor; hay, en fin, que contemplar a los muchachos, por estos caminos de la Mancha, no sabiendo si anhelar el término de la jornada o desear que esta se prolongue indefinidamente por la llanura amarillenta, donde unas veces surgen aspas de molinos y otras caseríos pardos y bajitos, acurrucados bajo la torre o espadaña de una iglesia humilde.

Son tantos los criados y servidores del señor oidor, que nadie repara en la presencia de don Luis, y nuestros mozos renuevan su gusto de verse con más espacio a cada parada, y el padre de la niña, fatigado de las molestias del viaje está muy lejos de fijarse en la turbación de Clarita, y Clarita no sabe qué pensar de su don Luis, con el corazón pendiente del remate que tendrá la fuga, cuando su padre descubra la verdad de todo lo que sucede.

El coche del señor Pérez de Viedma se detiene a la puerta de una venta; los escuderos demandan posada a los huéspedes; el señor oidor desciende con su hija del vehículo, y al trasponer los umbrales venteriles, se encuentran con tres hermosísimas doncellas y con varios caballeros principales y de calidad. Uno de ellos tiene la más extraña catadura del mundo; sin esperar un punto, ha salido al encuentro del oidor y de su hija, dándoles la bienvenida, rogándoles que se espacien a su talante por el castillo y loando con extrañas imágenes la singular belleza de Clarita. Más llanos y corteses ofrecimientos escucha el oidor de las demás personas. Las doncellas saludan a nuestra turbada amiga, pendiente no tanto de lo que ve, como de lo que ha dejado de ver hace un momento.

El oidor no sabe qué pensar del caballero alto, triste, enjuto y amarillo que, armado de extrañas armas, le ha dirigido el inaudito discurso de salutación. Nuestra Clarita oye, mira, calla, sigue pensando en las andanzas de su don Luis...

A los pocos momentos ha sucedido algo extraordinario, insólito, que ha roto el monorritmo interior de la doncella. El oidor derrama abundantes y no disimuladas lágrimas, ante un caballero vestido con una casaca azul, armado de un alfanje puesto en un tahelí que le atraviesa el pecho. Es el caballero el hermano mayor del padre de Clarita, y no solamente ha abrazado la amorosa niña al tío, sino a una bizarrísima mujer que le acompaña, vestida con una almalafa blanca, a la usanza morisca, bonita señora que ha de ser la esposa de su tío y a la que debe este el término de su cautiverio y las venturas de su corazón.

Clarita se ha ido a recoger a un aposento para pasar la noche con las doncellas, que la venta está llena de gente, y para que las mujeres reposen y sosieguen, han de velar en pie los caballeros. Clarita se ha acostado al lado de una doncella que conocemos: de Dorotea. Profundamente se ha quedado dormida la niña tan pronto como se ha acomodado en el lecho.

Una voz sola –no acompañada de instrumento alguno– entonada y varonil, se deja oír en el aposento, rasgando el silencio de la noche. Dorotea, a quien el hallazgo de su don Fernando y la alegría de su desventura traen desvelada y atenta al más pequeño rumor, oye con maravilla el regalado cantar; Clarita sigue durmiendo profundamente. La voz continúa cantando con arrobadora y dulce melodía, y de escucharla tanto y tanto, se solaza Dorotea, que para que guste del tal recreo la sosegada Clarita, no acierta a industriar otra cosa que zarandearla para que despierte.

Todo soñolienta y adormilada se despereza la niña del oidor, y cuando escucha la pretensión de Dorotea y oye el timbre del amoroso cantar, la abraza estrechamente, con «un temblor tan extraño –escribe Cervantes– como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma».

El cantor es el mismo don Luis que compensa las fatigas del día con las canciones de la noche, esclavo del mismo pensamiento; así, Clarita se confunde y sobresalta con tanto extremo.

La niña cuenta sus amores, punto por punto, a Dorotea. No sabe qué será de ella cuando el oidor, su padre, se entere de sus preferencias por el señor de lugares al que impaciencias de felicidad le han trocado en mozo de mulas. Dorotea ha estampado un beso en las rosadas mejillas de la gentil narradora, ha callado el cantar con los barruntos del alba, y la venta duerme en silencio.

Al día siguiente, unas palabras de Dorotea tornan a llenar de turbación a Clarita; cuatro criados han venido en busca de don Luis y quieren restituirle, de grado o por fuerza, a los brazos de su afligido padre. El donoso cantor se ha defendido de sus criados. Pero no cesan las pendencias y las escaramuzas. El oidor ha reconocido a su vecino...

El mozo de mulas, con extremo donaire y con el respeto que el padre de su amada le merece, ha contado al oidor la causa de su disfraz y el motivo de su fuga, pidiéndole con humildad y nobleza, no exentas de esperanza, la mano de Clarita. La causa de don Luis ha ganado el corazón de los circunstantes y –¿por qué no decirlo?– el del mismo oidor. Este resuelve que tres criados marchen a Madrid a dar cuenta al padre de don Luis del paradero del fugitivo; don Fernando, siempre liberal, ruega al mozo de mulas que acepte la franca hospitalidad del marqués, su hermano, que regalará a don Luis como su calidad merece. Uno de los criados que ha venido en busca del estudiante le acompañará a Sevilla.

Las doncellas festejan y acarician a Clarita, que revela una alegría tan intensa y tan comunicativa, que todos se solazan de su ventura, como si por todos fuera gozada y compartida. El semblante del oidor es tal que bien refleja en él el gusto que le producen las determinaciones de don Luis y las honestas esperanzas de su retoño. Zoraida, la futura esposa del caballero cautivo, sin comprender el habla de los cristianos, besa tiernamente a la que ya quiere como sobrina y hermana. Don Luis, vuelto a sus hábitos de caballero, se acerca medrosamente a la doncella, y ahora que puede hablarla con el consentimiento tácito del oidor, no sabe cómo trabar plática con Clarita; más fáciles y elocuentes eran los guiños y gestos del balcón.

Felicísimo ha sido el viaje hasta Sevilla. Dos semanas después se ha celebrado la boda de los muchachos. El padre de don Luis ha consentido en el enlace, que los padres discretos, no conocen otra felicidad que la que descubren sus hijos.

A las bodas han asistido varios amigos nuestros: Zoraida, Dorotea, don Fernando, don Ruy, el oidor, el abuelo de Clarita, que desde su apartado rincón de las montañas leonesas, ha venido a bendecir las nupcias del cautivo y las de su nietecita; en un mismo día se han celebrado con toda pompa.

El rey don Felipe –que Dios guarde– satisfecho de los servicios del oidor y amigo del padre de don Luis, ha dado a los tiernos esposos pruebas de su real aprecio, otorgándoles un título de nobleza.

El mozo de mulas se ha trocado en Duque y Clarita en Duquesa.

El oidor ha partido, días después, solo, con rumbo a las Indias, pues está escrito y es dura ley de vida, que los hijos abandonen a los padres por sus mujeres para criar hijos que también les abandonarán a ellos.

«Esta linda figura de doña Clara –escribe el señor Rodríguez Marín– es de lo más bello y delicado que se vio jamás en novela alguna[96].» Pensamos, en esta ocasión, como el estudioso cervantista sevillano.

Hay que leer y releer el bellísimo episodio de la llegada del oidor a la venta y saborear con deleite el maravilloso diálogo de Clarita y Dorotea en el aposento donde reposan, mientras lanza sus canciones al aire el enamorado y donoso don Luis, para darse entera cuenta de todo el amor que ha puesto Cervantes en la creación de esta asombrosa figura de mujer. Páginas más candorosas, de más puro arte, de más subido valor estético, más delicadas y expresivas, surgen pocas veces de pluma humana.

Clarita nos atrae con los hechizos que le prestan su pureza, su inocencia y su candor de niña. Ella no ha hablado nunca con Don Luis, «y con todo eso le quiero de tal manera –dice Clarita a Dorotea– que no he de poder vivir sin él.» No sabe decir otra cosa de su inclinación la niña. Sus concesiones al vecinito no han pasado nunca de alzar las celosías o lienzos de sus ventanas, mostrándose en toda su hermosura, para que Don Luis haga fiesta de tan gentil contemplación.

Ignora Clarita cómo ha nacido su amor al estudiante, pero sabe que se encuentra enamorada. «No sé qué diablos ha sido esto –sigue diciendo Clarita en sus confidencias a Dorotea– ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años; que para el día de San Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo.»

El que no conserve la niñez en su espíritu, el que la tenga tan distante de su corazón que no pueda recordar los anhelos vagos y sin contornos de la misteriosa adolescencia, no podrá saborear todo el encanto, toda la fragancia de la figura de Clarita. Sus amores son los primeros amores, el continuo asombro de las cosas que la rodean, el latido de su corazón puesto al unísono con el corazón del universo, el velado deleite con que se anuncia la ventura para que corramos a su alcance en plena adolescencia, la primera floración de la semilla del espíritu.

No viven los amores de Clarita del pasado ni del futuro; se nutren del presente, y el momento es tan intenso y pródigo que deja un poso de eternidad en el corazón de la niña, poso de eternidad que ha sabido prender Miguel en los sutiles hilos de oro de su divino arte. Clarita tiene la magia del ritmo de la primera canción que brota de nuestros labios y la luz de las antorchas triunfales a cuyo resplandor emprendimos una dorada tarde de mocedad –tan cercana y tan distante ¡ay! al mismo tiempo– la conquista ingenua de las cosas. Clarita es una mujer, pero es también un símbolo; el símbolo de lo que fuimos, de lo que quisimos ser, de lo que pudimos ser, si la niñez se hubiera mantenido fresca en nuestro corazón, antes de conocer las amarguras y tristezas de amor, ya sazonados en plena madurez. Yo no sé lo que es, Dios mío, pero tengo para mí que la poesía no es otra cosa que el eco de las sensaciones dormidas en plena infancia, latentes en nuestra fantasía. Y solamente cuando despiertan en nosotros, otearnos el alma de las cosas y vislumbramos el grado de eternidad que encierran.

Clarita, adolescencia, tardes perfumadas de primavera, sueños radiantes y maravillosos, sangre rica que corre a raudales por nuestras venas, balbuceo de la palabra que se recoge tímidamente antes de formularse, canciones nocherniegas cantadas a pleno pulmón para que el aire se las lleve a priesa, mientras la amada duerme; todas estas sensaciones lejanas, puras, de santa

[96] CLÁSICOS CASTELLANOS. – *Cervantes:* Don Quijote de la Mancha. Edición y notas de *Francisco Rodríguez Marín,* de la R. A. E. Ediciones de *La Lectura,* Madrid, 1912. (Tomo IV, página 129, nota). Y ahora que citamos al docto y erudito cervantista andaluz y hacemos referencia a su edición –por tantos conceptos admirable– de *Don Quijote,* debemos añadir que de ella nos servimos siempre que tenemos que citar algún pasaje de la novela inmortal en este libro. El texto de la edición del señor Rodríguez Marín –dejando a un lado las notas, que no hacemos labor de investigación en estas páginas para impugnarlas o aquilatarlas– es mucho más depurado y racional que el de cuantas ediciones han visto la luz hasta la fecha. A cada cual lo suyo. Si el anotador no nos convence siempre, el restaurador del texto nos convence del todo. Estos comentarios nos sugiere el *Prólogo* del mismo señor Rodríguez Marín puesto al frente de su otra edición crítica –en curso de publicación todavía, al escribir estas páginas, 16 de mayo de 1914– de las *Novelas Ejemplares* (Ediciones de *La Lectura,* Madrid, 1914, *prólogo,* págs. VIII – XII) ya que hemos sostenido en artículos publicados en *La Vanguardia* de Barcelona, en *La Lectura* y en el *Mundo Gráfico* de Madrid, en contraposición a los puntos de vista un poco bruscamente sostenidos por el señor Rodríguez Marín en este *Prólogo,* que la interpretación del *Quijote* no se logra solamente con rebuscas, papeletas y documentos sevillanos, sino con... espíritu. [Nota del autor]

adolescencia nos sugiere a nosotros la contemplación de Clarita, la hija del señor licenciado Pérez de Viedma, a través de tres siglos de distancia.

Tornemos a repetirlo una vez más; los comentarios eruditos nos interesan poco; ante estas creaciones de los poetas, que palpitan todavía llenas de gracia y de frescura, creemos percibir algo así como el reflejo de las sensaciones que produjeron a nuestros abuelos, lectores del *Quijote*, y más nos importa revivir estas palpitaciones de la emoción, más nos encanta sentir de nuevo los aleteos de la poesía que las generaciones pasadas y la presente pusieron alrededor de Luscinda, de Dulcinea, de Clarita, de Zoraida, que el comentario –frío como el soplo de la muerte– con que ciertos eruditos andan a caza de lo anecdótico y de lo subalterno.

Huella de sombras adorables entrevistas en sueños mozos, tiene Clarita la sonrisa, la misma sonrisa con que acogieron nuestras primeras novias –la niña aquella de la trenza de oro, la niña aquella de los ojos negros– los mudos presentes de nuestro amor callado y fervoroso... ¿Te acuerdas, corazón?

Camila

> «Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general, y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo XXXIV – Primera parte.)

Florencia en la Toscana: orillas del Arno, valles perfumados de rosas, casas limpias y elegantes, palacios sobrios y sencillos, fuentes, estatuas, la cimera recta y gallarda de la Señoría hendiendo el cielo azul; torres de Santa Cruz, de San Lorenzo, de San Juan, de Santa María de las Flores, laderas de San Miniato, jardines, huertas, puestas de sol majestuosas, ambiente cargado de perfumes, valles de graciosos y cambiantes tonos, montes cercanos, cipreses, puente viejo con la sombra de Beatriz la bella que el Alighieri cantó. Florencia paraíso, Florencia ciudad, Florencia valle, Florencia río, Florencia jardín, Florencia en la Toscana...

Florencia es la delicia, el paraíso de la tierra. De Florencia son las dagas que hieren los corazones, las sutilezas que desconciertan el pensar, los príncipes que regalan a los ingenios, los políticos y arbitristas que perturban los estados, los poetas que cantan las glorias de los mortales y presienten el porvenir de los pueblos, y los artistas que pintan lienzos, esculpen mármoles, y bronces y fabrican lindos palacios y mansiones de placer.

En Florencia canta el Dante, Boccaccio se divierte, Maquiavelo intriga, Angélico sueña, los Médicis vislumbran, Miguel Ángel medita sus angustiosas quimeras, Savonarola ruge en las plazas con palabras de fuego, Benvenuto cincela, Leonardo muestra el misterio de Monna Lisa, Rafael goza, el Aretino ama, y Galileo contempla la marcha de los astros en la majestad augusta de la noche.

Florentinas son las revueltas populares, las suspicacias y las endechas; florentina es la libertad. Junto al Arno han florecido, al abrirse las rosas blancas y bermejas, los placeres serenos de los antiguos. A los pies de las laderas de San Miniato se ha renovado el sentido de la vida. En Florencia, cabe a la logia del Bigallo, en frente de San Juan Bautista, vive Camila, la mujer de Anselmo.

Camila ha sido una de las doncellas más lindas de la ciudad y es hoy una de las damas más principales y celebradas de ella. Su hermosura es tanta, que los ojos la contemplan con embeleso y el ánimo no acierta a encarecer bastante sus perfecciones. Los ojos son negros y rasgados, abundantes y castaños los cabellos, el cuello gracioso y blanco, el ademán reposado y lleno de majestad y la voz timbrada y dulce, hecha a parlar el toscano con elegancia. A través de los sayuelos de vestir y de las holgadas telas caseras, los senos descubren firmeza y lozanía, los hombros armoniosa redondez, y los brazos, carnosos y frescos, las más elegantes y atrevidas líneas.

En el rostro de Camila florece perpetuamente una sonrisa. Su donaire es tan grande como su belleza. Tañe el arpa, se recrea con los versos de los poetas y de los bardos, ama los cuadros y los bronces, adorna la casa de flores blancas y rojas, sutiliza y penetra en el dédalo de las pasio-

nes y de los gustos, y es uno de los ornamentos más codiciados en las fiestas de los embajadores y caballeros principales.

Pocos días hace que se ha casado Camila con Anselmo; sabrosas y dulces son siempre las primeras mieles de la ventura. Anselmo adora a Camila, y Lotario, el tierno amigo de Anselmo, sabe respetar y reverenciar a la esposa con la fidelidad de los amigos verdaderos y leales. Ninguna nubecilla empaña el cielo radiante y limpio de la dicha de Camila.

Sabiamente goza del amor de su marido y de los hechizos y maravillas de la gran ciudad. Algunas tardes sube Camila con Anselmo hasta Fiésole y desde allí contempla el sonriente valle del Arno; las colinas toscanas están pobladas de cipreses que dan al paisaje una nota de dulzura, de serenidad y de alegría reposada e íntima; otras ascienden los esposos a la explanada de San Miniato y oyen los cantos de los monjes de San Salvador a la sombra del tupido bosque; de cuando en cuando, atraviesan el puente viejo y se espacian en los jardines de los Pitti, henchidos de flores húmedas, frescas y fragantes. Lotario, el fiel amigo, acompaña alguna vez a los esposos. Camila se mira en Anselmo y siente cómo la paz de su corazón se concierta con la paz de las cosas que la rodean.

Anselmo está embriagado de ventura. No se harta de hacer confidencias a Lotario, su amigo inseparable. El amor y la amistad se le han mostrado en pródigos y abundantes frutos. Su corazón florentino recela, sin embargo, de tanta dicha. La fidelidad de su esposa ¿tiene algún valor? ¿Acaso ha vencido Camila rudas batallas para ser honesta? ¿Es de buena ley el recato de una mujer que no ha sufrido el cerco de las dádivas, de los regalos, de las promesas y de las importunidades de los hombres? ¿Puede hablarse de fortaleza donde no ha existido vencimiento?

Lotario se asombra de los recelos y suspicacias de su amigo. Sabe que ventura que se analiza no es ventura. De discretos y avisados es gustar la felicidad, dondequiera que se presente, y de torpes y poco agudos destrozarla con la lima de la reflexión y con el martillo del recelo. Lotario no sabe qué responder a su amigo.

Las suspicacias del marido de Camila se van condensando en una aspiración. ¿Por qué no ha de ser Lotario la piedra de toque donde se contraste la calidad de las virtudes de Camila? Si Camila, resulta vencedora, el contento del esposo se verá colmado; si vencida, la discreción del amigo hundirá la experiencia en el silencio, y el enojo del marido se verá libre del hierro candente de la afrenta. Lotario se indigna de los planes de su amigo. Camila, graciosa y enamorada, no percibe los combates interiores de su esposo y sigue echándole los brazos al cuello, reposando en sus miradas y gozando de los honestos y venturosos deleites que el matrimonio proporciona a los mortales.

Pero la resolución de Anselmo es inquebrantable. No saben disuadirle de sus propósitos los advertimientos y razones de Lotario. En su locura, parece dispuesto a dar cuenta de su desatino a otras personas para que ellas pongan en ejecución las pruebas en que haya de resistir o quebrantarse la honestidad de Camila. Lotario finge que él se encargará de llevar adelante este negocio, pero ni festeja a Camila, ni la dice cosas que no pueda oír una mujer casada, sin grave detrimento de su recato y fidelidad.

De la ficción de Lotario se da pronto cata Anselmo, y se enoja tanto de ella, que Lotario promete cambiar de conducta y poner en práctica los medios de seducir a Camila.

Auséntase Anselmo de Florencia; Lotario no deja un momento la compañía de Camila. Durante los primeros días, la abandonada esposa muestra bien a las claras el enojo que la continua vigilancia de Lotario la proporciona y no se aparta un momento de sus doncellas y criadas. La ausencia del marido se prolonga. Las pláticas desmayan cada vez más entre Lotario y Camila, pero en el silencio los pensamientos tejen laboriosamente su consistencia, y los ojos no están ociosos, y las voluntades trazan conciertos atrevidos, y más de una vez el carmín del sonrojo descubre las agitaciones del ánimo en esos momentos en que sin comunicar nuestras intenciones con la persona que tenemos delante, pensamos en lo que ella piensa y soñamos sus mismos sueños y fantasías.

Lotario contempla la negrura de los ojos de Camila, la hermosura de sus brazos, la redondez de sus hombros, la opulencia de su figura vigorosa y sensual. Camila, por su parte, repara en las buenas partes así de la traza como del entendimiento de Lotario.

Los dos luchan por ocultar su pensamiento, pero este los domina de tal suerte que presto se declaran vencidos y confusos. Lotario piensa que, si es grande su deslealtad, mayor es la locura de Anselmo, poniéndole en trance de tener que quebrantarla. Camila, queriendo vencer su inclinación, sospecha que no debe valer mucho su recato en el concepto de su marido, cuando tan poco se cura este de protegerle y defenderle como a porción de su misma honra.

La esposa comunica sus angustias al marido ausente; Anselmo, que espera estas confidencias, no sabe sino holgarse y vanagloriarse de ellas. La ausencia prosigue sin embargo. Lotario torna a sus razones, lágrimas, súplicas, ponderaciones y asiduidades; Camila, la gentil Camila, la abandonada Camila, la florentina Camila, sensible a las alabanzas de su hermosura, se rinde al amor del mancebo sin condiciones, que es como se rinden las casadas, de tal manera, que rompe la fidelidad debida con armas más afiladas que las del deseo.

Lo que ha comenzado en juego, concluye de todas veras. El ausente torna a su puesto; Lotario encarece al engañado esposo la honestidad de Camila; Anselmo –como todos los maridos a los que su propia indiscreción coloca en estas situaciones– está ufano de su ventura y de las tretas que ha trazado con el burlador para asegurarla. Camila se entiende con Lotario delante de su mismo esposo, que a tal disimulo llegan las mujeres –y los hombres– cuando quieren ocultar sus inclinaciones pecaminosas. Anselmo sigue celebrando su estrategia habilísima para sondar corazones femeninos. Y con la ceguedad corriente de los varones que pasan por tales trances, él mismo se encarga de mantener el fuego de las voluntades de los enamorados con alabanzas continuas e importunas.

A la sombra de la liviandad de la señora, crece la de la doncella de su confianza, Leonela, otra florentina lista y avisada que celebra íntimas entrevistas con su galán en la misma casa de los señores. No hay que decir que Camila las ampara y encubre, a cambio de análoga protección en los asuntos propios.

Lotario observa que, al romper del alba, un galán se descuelga de una de las ventanas de casa de Camila, no se acuerda de Leonela; teme que otros compartan su ventura. Con la precipitación que solemos poner en los momentos apurados y difíciles, Lotario da cuenta al marido de las sospechas vehementes que acerca de la fidelidad de Camila despiertan en su corazón. Después de cometida la torpeza, Lotario refiere a Camila los recelos que su imprudencia ha sembrado en el corazón de Anselmo.

El disimulo de Camila salva la tontería del amante. Con toda diligencia advierte la esposa a su marido las deshonestidades de Leonela. Hace más Camila; para borrar las suspicacias del ánimo de Anselmo, prepara una linda comedia a cuenta del engañado esposo: Colombina, con una daga, un fingido desmayo y unas cuantas exclamaciones siempre aplaudidas por la galería de pícaros, hace gestos feroces a Pierrot para que el Polichinela de la pieza regocijada, o lo que es igual, el Anselmo de la verdadera historia, borre de su espíritu la turbación despertada por la imprudente confidencia de Lotario.

Pasada la comedia, Colombina, de industria y artificio, hace que rehúye la presencia del imprudente Pierrot y conduce sus hilos a guardar las preferencias aparentes con el engañado Polichinela de los sutiles y alambicados recelos. Leonela sigue dejando franca la entrada a su galán en la casa de sus señores.

Anselmo escucha pocos días después extraños pasos en el aposento de Leonela y se tropieza con el galán de la criadita. Sobresaltada esta, queriendo contener el enojo de Anselmo, le acalla con la promesa de referirle cosas de la mayor importancia, en cuanto sosiegue su turbación. Camila, a quien Anselmo da cuenta de las intenciones de la liviana doncella, temiendo que esta ponga en claro algo más que sus personales desenvolturas, prepara su fuga aquella noche.

Al día siguiente cuando despierta Anselmo, encuéntrase sin su mujer en casa y sin Lotario en la ciudad. Entonces comprende la desventura que él solo se ha labrado. Muere de tristeza y agobiado de amargura Anselmo. Lotario, temeroso de las iras del engañado esposo, se alista en los ejércitos del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba y cae herido mortalmente en un asalto, peleando con bravura contra las huestes francesas de monsieur Lautrec. Camila, sin marido ni amante, entra en un apartado monasterio, cuando sabe la desastrosa muerte de Lotario, que ha hecho naturalmente en su espíritu harto mayor impresión que el desventurado acabamiento de su esposo.

Si nosotros escribiéramos un comentario crítico sobre el *Quijote*, nos detendríamos aquí, con todo reposo, para analizar las fuentes de la novelita de *El curioso impertinente*, intercalada con cierta impertinencia en el texto de la verdadera historia de nuestro señor Don Quijote. Todos saben que los materiales de esta narración los extrajo Cervantes de Ludovico Ariosto y de un relato que Cristóbal de Villalón tomó asimismo del poema del enamorado cantor de Ferrara[97].

[97] V. CERVANTES: *Don Quijote de la Mancha*, Edición y notas cit. de *F. R. Marín,* de la R. A. E., tomo III, pág. 172, *nota, y* el artículo, citado en esta nota, de *Rudolph Schevill,* profesor de la Universidad de California, *A note on «El curioso impertinente» (Revue hispanique,* 1910, t. XXII; págs. 447-453) donde se prueba la influencia de *El notalón* de Cristobal de Villalón en la trama del relato cervantino. [Nota del autor]

A nosotros nos incumbe solamente defender a Camila de las imputaciones calumniosas de que ha sido constantemente objeto. Somos hombres, somos jóvenes, somos algún tanto sensibles a los encantos de las lindas mujeres, y nos duele tener que defenderlas de las redes en que nosotros mismos tratamos de envolverlas, bien con nuestra hueca y aparatosa petulancia, bien con nuestra llana y castiza bellaquería.

La desenvoltura de Camila prueba, no la inconsistencia y poca duración de los afectos mujeriles, sino lisa y simplemente la estulticia y vanidad de los señores maridos y enamorados.

No pidamos a las mujeres sino amor; el amor protege pero necesita de protección; se da sin condiciones, pero demanda la reciprocidad continua; es confiado y se asusta del recelo; es espontáneo y rehúye el artificio; no sabe de razonamientos porque es egoísta e instintivo; hace simulacros de estrategia cuando ya tiene rendida la plaza por el buen parecer y se muestra ufano, sintiendo protección, ante las dificultades y peligros de toda laya. Quien entrega su corazón demanda otro, y el aprecio ajeno suele ser en el amor, como en las distintas manifestaciones del comercio humano, bruñido espejo de la estimación con que nosotros mismos nos medimos.

Amor che a nullo amato amar perdona, el amor que, según el Dante, «no perdona al ser amado que deje de amar», excluye el recelo y la suspicacia de sus dominios, porque su reino es de la emoción, de la humildad, de la confianza y de la maravilla. Amor que se razona no es amor. Para ser de calidad, ha de pasar por alto sobre las tinieblas y alumbrar de continuo el sendero del objeto amado, amor humilde que no repare ni vea, amor cieguecito que se deje guiar del brazo que le sostiene y alimenta.

El enamorado receloso y soberbio dará al traste, tarde o temprano, con su ventura, y la ventura consiste siempre en la posesión pacífica de nuestros afectos, sin secar la savia de que se nutren sus raíces. Una mujer puede enamorarse del que la odie o del que la desprecie, pero no del que la estime poco y con debilidad. El amor, como el odio su contrario, es apasionado y violento; pero el análisis borra la sangre de los corazones con su frialdad cautelosa.

Camila es una mujer honrada, quiere a su marido, se recrea en él y le rodea de toda suerte de caricias y delicadas atenciones. Su felicidad hubiera llegado a las cumbres de la perfección, si el impulsivo Anselmo, dando su justo valor a la amistad de Lotario, se hubiera curado más de penetrar en el alma de su esposa, que de analizar con peligrosos ensayos las causas remotas de su ventura.

Las pasiones que no son exclusivas, y que pueden convivir apaciblemente con otras complacencias, no merecen el nombre de pasiones. Con seguro y perspicaz instinto, nuestras mujeres y nuestras novias no conceden nunca demasiada estimación a nuestros amigos y camaradas. Ven en esos afectos algo así como un fraude, como una sisa al amor suyo, como un aspecto de nuestra personalidad que las ocultamos, como una faceta de nuestro espíritu que hurtamos aviesamente a su contemplación.

Los pecados de Anselmo son gravísimos pecados de vanidad que sólo las mujeres saben castigar debidamente. Camila se jacta de su recato, porque con él defiende su personal estimación, que le sirve de garantía ante su marido; pero cuando Anselmo –con su ausencia incomprensible– hace dejación de sus derechos, es que los renuncia por harto livianos e indiferentes. Las mujeres toleran el desprecio, pero no la burla, y cuando Anselmo deja al cuidado de su amigo la vigilancia de su esposa, Camila piensa con amargura que no debe apreciar gran cosa Anselmo sus naturales hechizos, ya que lejos de ocultarlos, los pone de manifiesto a la admiración de su inseparable camarada. Camila se rinde a las caricias de Lotario, no tanto por amor a este, dígase lo que se quiera, cuanto por despecho de no verse comprendida ni estimulada por Anselmo.

Unas mujeres son virtuosas por instinto, otras por comodidad, algunas por elegancia moral. Las de este grupo –y Camila, florentina de pura cepa pertenece a él– ostentan sus virtudes en busca de loanzas, pero si no encuentran compensaciones dejan de serlo, que, pagadas de su persona, no tienen reparo alguno en aceptar el yugo de los que las solicitan con osadía e ingenio.

No merece vituperios Camila; tampoco los merece muy graves Lotario; recaigan todas las censuras en los hombres que, como Anselmo, son cavilosos y asustadizos ante el amor.

El amor, aun siendo quebradizo y sutil por excelencia, es el mayor consuelo de la vida, porque no se basa en razones, sino en anhelos y deleites que pierden su hechizo cuando se les analiza.

III.– La mujer en la segunda parte de «Don Quijote»

Antonia Quijano[98]

> «Por el Dios que me sustenta –dijo Don Quijote– que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo VI. – Segunda parte.)

Ningún retrato nos ha dejado Cervantes de la sobrina de Don Quijote. No nos dice si era alta o baja, morena o rubia, guapa o fea, esbelta o desgarbada. Discretamente la relega siempre a segundo término, como una figura borrosa y secundaria. Habla poco la mocita, y cuando mueve la sin hueso, es para decir alguna simpleza. Siempre han pasado desapercibidos los deudos y parientes de los héroes; ellos se llevan toda la luz, y los que se hallan más íntimamente a su lado apenas viven del reflejo o sombra que los héroes proyectan sobre ellos.

La sobrina de Don Quijote, Antoñita Quijano, ha vivido desde niña en casa de su tío. Sus padres murieron, dejándola en la más espantosa orfandad; la madre de Antoñita era hermana carnal de Don Quijote, su única hermana, de algunos años menos que él, y a la que el buen hidalgo adoraba entrañablemente.

Sin más ropa que la puesta, como suele decirse, entró Antoñita en la casa del tío. Se crio simplona, ignorante y caserita. Apenas aprendió a leer, y de escribir no sabía otra cosa que trazar, a fuerza de sudores y trabajos, las letras de su nombre. Oía de madrugada la misa de la parroquia, meneaba los palillos de randas en la cocina, zurcía las calzas de velludo de Don Alonso, y en colaboración con la vieja ama, aderezaba las lentejas de los viernes, el salpicón de casi todas las noches y los palominos de todos los domingos y fiestas de guardar.

Antoñita era seca y estirada; trataba con despego a la pobretería de la aldea y sólo se curaba de alternar con las hidalgas y mocitas principales.

Don Alonso no se cansaba de predicar humildad y llaneza a la sobrina; pero Antonia, testaruda, no mudaba de condición ni de costumbres.

Económica y con sus dejos y asomos de codiciosa, se oponía tozudamente a los despilfarros del tío, considerando que la hacienda sería suya y muy suya cuando Don Alonso dejase de existir sobre la tierra.

Conocía la sobrina, palmo a palmo, las tierras de sembradura del buen hidalgo, las fanegas de trigo y de centeno que rentaban, los censos que podían cobrarse, las alcabalas y tributos que pesaban sobre ellas, y las lamentaciones y subterfugios de los colonos morosos que no se apresuraban a rendir sus cuentas en sazón.

Pocas veces hablaba el tío con la sobrina; cada plática era fuente inagotable de querellas para los dos. El espíritu paradójico, extraño y contradictorio de Don Alonso pugnaba resueltamente con el sentido práctico y a ras de tierra de la doncella. Su espíritu no se abría jamás a los entusiasmos ni a las efusiones.

Desconocía nuestra Antoñita las dulzuras que la práctica del bien proporciona a los piadosos y las redes de dolor y pesadumbre en que se revuelven los malos y pecadores.

Se le daba una higa de andar en lenguas de las gentes, y cuando el tío –que ya comenzaba a pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, leyendo los libros de caballerías– hablaba de vestigios y de fantasmas, de caballeros andantes y de damas que les socorren en sus aprietos y peligros, ella replicaba con desabrimiento que más le valdría a Don Alonso cuidar de sus tierras y arbitrios para conservarlas y aumentarlas.

[98] Al igual que hiciera con la semblanza de «Luscinda», *El Adelanto* publicó esta de «Antonia Quijano» en dos fechas distintas (21 y 23 de abril de 1915) anteriores a la publicación de «Las mujeres de Cervantes». Posteriormente, el diario madrileño *El Imparcial* la reproduciría el 27 de agosto de 1917 bajo el epígrafe «Psicología de Antoñita Quijano».

Un día de fiesta marchó el hidalgo al Toboso; tornó de noche triste y melancólico. Antoñita, que era un costal de noticias y de chismes, supo que en la melancolía del hidalgo tenían buena parte los encantos de cierta Aldonza, a la que Don Alonso miró a hurtadillas y con embeleso. El enojo que se apoderó del hidalgo, ante las chacotas de la mocita, no es para pintado en este lugar.

Muchos días estuvo Don Alonso sin cambiar palabra con la sobrina. Altanera y rencorosa Antonia no se cuidó de desagraviar al tío. Aguantó a pie firme el chaparrón del enfado de Don Alonso, yendo a murmurar con las hidalgüelas de los infundios y cominerías del lugar, periponiéndose a todas horas y descargando el peso de su simpleza delante del ama, que aunque también era de cortos alcances, no por eso dejaba de respetar y querer al hidalgo, a pesar de sus excentricidades e imaginerías.

Dio Don Alonso, pocos meses después de la fiesta del Toboso, en abandonar el saludable ejercicio de la caza, y, lo que es peor, en vender fanegas y más fanegas de trigo, malbaratando su hacienda de hidalgo de gotera para comprar libros y más libros. Un hociquillo de tres varas ponía Antoñita a cada nuevo despilfarro de Don Alonso. No era solamente de codicia la rabia de la doncella; era también de incomprensión, de mezquindad y de ramplonería.

Antoñita no comprendía el solaz y pasatiempo que dan los libros, los pesares que quitan del alma y los deleites que proporcionan al espíritu, luego de haberlos gustado y admirado.

Sacaba de quicio a la doncella, sobre todo, que un hombre como su tío, cincuentón, pobre, enjuto, amarillo y con canas en la cabeza, diese en la manía de leer romances y disparates fabricados sobre el sujeto del amor.

Barruntos tenía la moza de que en esta transformación de Don Alonso andaba el recuerdo de aquella solterona del Toboso, a la que su tío mirara con arrobamiento en la plaza, al salir las gentes de la fiesta de la parroquia.

La palabra amor no cabía en el menguado diccionario espiritual de la sobrina. Los hombres se casaban por conveniencia con las doncellas: éstas se unían a los varones y habitaban bajo el mismo techo para administrar y aumentar la hacienda, perpetuándola en los hijos y retoños que les naciesen y brotasen.

Una rapaza como Antonia miraba a los hombres en frío, y si no eran hidalgos y carecían de bienes de fortuna, no se dignaba ni aun concederles esa atención con que las mozas de los pueblos fingen aparecer como burladas y sorprendidas ante las primitivas insinuaciones de los mancebos. Los noviazgos no eran cantera de ilusiones en el magín de Antonia, sino sondeo de la voluntad del galán para discurrir, después de la coyunda, el modo de cortarle las uñas y, sobre todo, las alas.

Antoñita no había tenido novio, pero le esperaba, sin emoción y sin ansiedad.

El matrimonio, para ella, se reducía a un medio de asegurar su rango y condición de hidalgüela, sin que nadie se atreviera a disputarle la indiscutible ejecutoria.

Poesía, amor, aventuras, ideales, caballerías eran letra muerta para Antonia, como para tantas y tantas otras muchachas españolas de su ralea, que, en nuestros mismos días, hacen ascos de las aventuras y batallas de la plazuela, sujetando a los novios y maridos al carro de sus vanidades y repulgos.

Prosigamos nuestra narración. La escapatoria de Don Alonso, sus andanzas por trochas y veredas, el cambio de su nombre por el de Don Quijote de la Mancha, han dado al traste con la paciencia de la doncella. No es que sienta el dolor de las privaciones de su buen tío; es que teme las burlas de las juiciosas y discretas del lugar. Antoñita vive pendiente de las opiniones de su círculo y es depositaria, aunque indigna, del honor de la clase.

Cuando ha vuelto Don Quijote a casa, después de una ausencia de dos días, aporreado y molido, con el excelente Pedro Alonso, Antonia no ha podido disimular su gozo, que estas doncellas sositas y pazguatas son así de atravesadas y rencorosas. Todo eso que dice al Cura y a Maese Nicolás, el rapabarbas, de que lamenta el molimiento de Don Quijote por no haberles avisado a tiempo de los estragos que hacía en el caletre de su señor la lectura de los condenados libros de caballerías, es ñoño y taimado fingimiento.

Con toda presteza ha dado Antonia al día siguiente al Cura y al Barbero las llaves del aposento de los libros.

Por ella todos serían arrojados al fuego. Ninguna gracia hacen a la doncella las églogas y fábulas pastoriles, estas invenciones deleitosas que, lejos de encender, apagan y aquietan la ansiedad de los leyentes.

Teme la sobrina que Don Quijote se convierta en pastor, y para la muy boba, tanto monta la caballeresca ocupación como el pastoril ejercicio. Bobada por bobada, no prefiere ninguna la doncella.

Después, cuando Don Quijote ha pedido un libro, ha salido la muy taimada con la invención de que un sabio encantador se llevó los volúmenes, desapareciendo en seguida con ellos y remontándose a las nubes, durante la noche.

Pero como no le cabe la rabieta en el cuerpo a la doncellica, endilga un sermón a Don Quijote, diciéndole que se deje de pendencias, viva pacífico en su casa y no pise más por esos mundos de Dios en busca del pan de trastrigo, con otras consideraciones pueriles y atrevidas.

Don Quijote, colérico, furioso, ha vuelto la espalda a la sobrina, una vez más.

Ha salido el caballero a sus aventuras, tornando la moza a sus cominerías y sandeces, temerosa de que las hidalgas del lugar rompan con ella, a causa de las andanzas del tío, que son ya del dominio público y tema favorito de los paliques de las comadres.

Antonia, en ausencia de Don Quijote, administra severamente la hacienda y hace víctima al ama –que es ordenada y económica– de sus pujos de sordidez y de tacañería.

Cuando habla Antonia de los trabajos, miserias, hambres, aporreamientos, coces y cachetes que recibirá su tío por el afán de desfacer entuertos, saca a colación sentencias hueras y a la superficie sus rencores de simplona, tozuda y vengativa.

A las pocas semanas, cuando ha vuelto a casa el hidalgo encerrado en una jaula, tan mal ha disimulado su enojo nuestra Antonia, que el socarrón y no muy avispado clérigo se ha creído en el deber de amonestarla para que cure con todo regalo y esmero al quebrantado tío.

Durante la enfermedad de Don Quijote, ya sabemos, por el testimonio autorizado y fidedigno de Cide Hamete Benengeli[99], que la sobrina cumple con la recomendación del Cura, porque espera que Don Quijote recobre el juicio, siga quietecito en casa y conceda beligerancia a los sobriniles discursos, aderezados mentalmente en la cocina, mientras Antonia sazona las lentejas, adoba los palominos y menea los palillos de randas.

Con Sancho, plebeyo y sin gota de sangre azul en las venas, se insolenta la mocita, llamándole maldito y preguntándole, a guisa de aguda y socarrona, si las ínsulas son cosas de comer. También trae, entre ceja y ceja, la faz carirredonda y macilenta del bachiller Sansón Carrasco.

Algo más calmada la doncella con el sesgo que va dando a los sucesos Don Quijote, habla con él y hasta admira sus pujos de orador –profesión muy del gusto de las tontas–.

– Yo apostaré que si quisiera ser albañil –dice Antoñita en esta ocasión al caballero– que supiera fabricar una casa como una jaula.

Antoñita, la pobre, no puede disimular su condición; admira, no el esfuerzo, sino el resultado tangible y material, prefiriendo las jaulas a las aventuras y hasta la maña y destreza de los dedos que fabrican chucherías a la fortaleza de los brazos que reparten mandobles y reveses.

El tío se ha desgarrado una vez más de la casa. Antonia está condenada a ser la comidilla del lugar. Sabe perfectamente, como nosotros lo sabemos por Sancho, que a los caballeros se les ha hecho muy cuesta arriba el don con que ha remozado sus blasones el buen hidalgo y que los hidalguillos murmuran de los humos de su tío, cuando apenas si componen sus bienes raíces cuatro cepas y dos yugadas de labor.

La sobrinica encierra su malhumor en casa y apenas sale a la calle. Y para colmo de reveses, ha supuesto Antoñita que el bachiller Sansón Carrasco tiene ciertas pretensiones respecto de ella, y cuando ha visto sus castillitos desmoronados, han aumentado, si aumentar pueden, su gravedad y petulancia.

¡Ea! Don Quijote ha vuelto a casa, después de correr sus últimas aventuras.

La sobrinica, sospechando que su tío quiere trocar el lanzón por la zamarra, engarza sus desteñidas agudezas de niña boba, afirmando que no está el alcacel para zampoñas.

Es la primera vez que acierta, por desgracia, la muy simple.

Don Quijote yace en el lecho para no levantarse más.

El hidalgo se confiesa con el Cura; medrosica Antonia, anda asustada temiendo el espectáculo de la muerte que presto ha de presenciar.

[99] Personaje ficticio, supuesto historiador musulmán, creado por Miguel de Cervantes en su novela Don Quijote de la Mancha, como redactor de la misma.

Sus lágrimas son vergonzantes y no tienen la fuerza, la abundancia de las de Sancho, que llora sin consuelo, pensando que él ha de recoger la herencia más sagrada de su señor, aquella que no consiste en bienes materiales, sino en la transmisión de la virtud que se nos lega en toda su integridad, para conservarla y aumentarla con la eficacia del ejemplo.

Antoñita recibe, a puerta cerrada, la herencia de Don Quijote, descontando las mandas y legados, con el ruego, que más parece mandato, de que case, si quiere casarse, con hombre que no sepa qué cosas son los libros de caballerías. Minutos después de haber hecho la relación al escribano, Don Quijote ha dado su espíritu a la eternidad, de donde se desprendiera durante su tránsito glorioso por la tierra.

Ha dado su espíritu Don Quijote, y Antonia, con la presencia de ánimo que tienen los simples, en siendo mujeres, para tales ocasiones, ha amortajado a Don Quijote con la saya de velarte y con las calzas y pantuflas de velludo. Entre las manos agarrotadas y tiesas del caballero, ha colocado Sancho la cruz, el arma de combate del Primer Caballero Andante que registran las historias.

Humildes mujerucas han quedado velando los mortales despojos de Don Alonso, mientras Antoñica ha ordenado las exequias del tío para el día siguiente, con el esplendor que requiere el bien nacido linaje de los Quijanos.

El cadáver se ha trasladado al aposento de los libros; el Ama y la mujer de Sancho no han cesado de suspirar, contando que no acaban las bondades, ternuras, niñerías y limosnas del buen hidalgo. Al día siguiente, después del funeral, ha sido enterrado en el atrio de la iglesia el cadáver del caballero, y el Cura –que ha entonado el responso– y el Bachiller, y el maese, y el escudero –el escudero, sobre todo–, han llorado lágrimas de dulzura al despedirse del cuerpo inanimado del Caballero de los Leones. Que así nos ganan el corazón los niños y los locos con que tropezamos por el mundo.

Después, la vida de Antoñita ha sido una repetición de impresiones, siempre las mismas y siempre iguales. Ha casado, como estaba dispuesto, con un mozo nada versado en achaques y libros de caballerías. Ha mejorado la hacienda propia y la del marido. Ha dado a luz, con toda felicidad y en un periquete cuando ha llegado la sazón, hasta una docena de chicos robustos, rollizos y modorros.

No hay memoria en la aldea de que haya perdido sermón de iglesia ni convite de hidalga.

Los lectores de Don Quijote no han reparado cosa mayor en la figura de Antoñica, los eruditos, que nosotros sepamos, tampoco han tratado de hacer indagaciones sobre los hechos menudos y la vida lugareña de la sobrina.

Pero sospechamos que más de una lectora y más de un comentador de las andanzas del ingenioso hidalgo manchego, confesarán, sin rebozo, que no puede dudarse un momento de la discreción de la mocita, de la excelencia de sus virtudes modosas y caseras y del tino de las advertencias y consejos que endilgara a su señor y tío en las diferentes ocasiones de su vida.

No podemos nosotros compartir esta opinión. Cada edad tiene sus virtudes y defectos, naturalmente; pero hay defectos que son encantadores, y virtudes, que por harto prematuras y precoces, antes afean que realzan la calidad de las personas. Ni nos gustan las doncellas demasiado prudentes, ni nos entusiasman las viejas alocadas e inexpertas. Cada fruto en su tiempo, pero la flor en primavera...

La vaga esperanza de lo desconocido debe arrullar los sueños de la juventud; Antoñica carece de ella. La piedad y la ternura tienen que ganar el puesto del recelo y de la desconfianza asustadiza y cobarde; la sobrina de Don Quijote es seca como el esparto y lleva cerrado el espíritu –ya lo hemos dicho más atrás– a toda efusión y confidencia. Un granito de locura; una chispita de desconcierto, una paradoja imprevista, una afirmación audaz, una empresa arriscada y temeraria, una tenue rebelión contra los regaños de esa mala vieja que llaman experiencia, han de presidir, para hacerlas amables, las empresas de la mocedad. «El que pierde la mañana –dicen los libros sagrados– pierde el día; el que pierde la juventud pierde la vida»; el retoño de los Quijanos vive siempre sobre seguro y no se deja sorprender por lo imprevisto, por lo imprevisto que es, para ciertos paladares escogidos, lo más sabroso y regalado de la vida.

Antoñita forma legión en nuestra España; como ella son esas muchachas ignorantuelas, babosicas, tediosas, vulgares y ñoñas que no conocen el amor; que se asustan de las estridencias y no se atreven a mirar el sol por el temor de quedarse ciegas; que se casan pensando en el reposo y en la vanidad netamente española de figurar en una aldea de la Mancha, en Argamasilla

si es posible y a lo sumo en Quintanar; que se enfadan con los Quijotes, que salen de aventuras prefiriendo un obscuro bienestar al verdor de los laureles y al esplendor de la gloria. Como Antonia son estas mujercitas descuidadas, perezosas, gordezuelas y anchas –encantos de nuestros bachilleres, abogadillos, destripaterrones, arbitristas, solicitantes y parásitos– que lejos de lanzarnos a la pelea para curarnos luego con el bálsamo de sus sonrisas y con la sal y romero de su ternura, nos cosen a sus faldas, recortándonos las ambiciones, poniéndonos al abrigo de los vientos y destrozándonos el ritmo interior de las quimeras más inefables con una frase vulgar, con un gestecillo de incomprensión, con un llamamiento a las transacciones pequeñas, ridículas y mezquinas de la vida, llamamiento que es para ellas la quinta esencia de la discreción y de la sabiduría. Y es lo triste que los mozos de nuestra España acuden al reclamo, y se solazan ante la visión de las Antoñicas, y hasta encomian la esclavitud de esta servidumbre de la que no tienen valor y agallas para desgarrarse.

Las Antoñicas son el reverso de las Dulcineas, de las que ni celos sienten en sus entrañas insensibles, diga lo que quiera, con mejor intención que fortuna, un insigne quijotista por el que sentimos admiración acendrada.

Los celos suponen inquietud y amor, y estas doncellas han logrado, desde luego el asiento definitivo de sus anhelos.

¡Antoñicas, Antoñicas: sois como niños sin sonrisa y como tiestos sin flores! No compartimos, no podemos ni queremos compartir la opinión del vulgo sobre las Antonias Quijanos –innumerables en nuestra España– de los antiguos y modernos tiempos.

La Duquesa

> «Llegóse más y entre ellos vio una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo XXX – Segunda parte.)

Cuéntanos Cervantes que un día, a la puesta del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado.

Anochecía. Las tintas verdes se tornaban grises; allá, a lo lejos, se advertía la perspectiva de una vieja y noble ciudad aragonesa –Pedrola– y junto a ella, las piedras de un castillo, palacio o casa de placer.

Mohínos y melancólicos caminaban el aventurero insigne y su edecán incomparable. De mal talante había dejado al caballero la aventura del barco encantado; Sancho acababa de vaciar una vez más su no muy repleta bolsa ante la nueva locura de su señor.

Los dos callaban, hundiendo el pensamiento Don Quijote en los naturales encantos de la princesa manchega, y urdiendo el escudero el modo de hurtarse a las aventuras del gran loco a quien seguía, dejándole con sus vestigios, andriagos y fantasmas, y tornando él a la paz aldeana, sin codicias de ínsulas ni anhelo de gobiernos que no sentaban a un hombre tan porro, ignorante y bastote como él.

Pero..., el hombre propone y Dios dispone. Al final del verde prado, había gente descuidada y principal; pronto conocieron nuestros amigos que de cazadores de altanería se trataba. Y vieron más; vieron a una gentil y principal señora sobre una blanquísima hacanea, de plata era el sillón de la montura; adornábase la hacanea con ricas guarniciones verdes.

Bizarra y donosa era la estampa de la dama; cabalgaba con toda desenvoltura y gentileza; en la mano izquierda –para no desmentir la nobleza de su rango– llevaba un azor la bella cazadora.

Don Quijote ordenó a Sancho que se postrara de hinojos ante la dama y la demandase licencia para besarle él las manos; con toda diligencia cumplió el buen Panza la embajada de su señor.

Una imperceptible sonrisa bañó la faz de la señora que tenía un espíritu sutil, complejo y un tanto burlón y escurridizo.

Con grandes ceremonias y cumplimientos, felicitó al buen Sancho, ordenándole que dijese a Don Quijote con cuánto placer aceptaría ella los servicios del gran caballero, cuyo renombre traspasaba las naturales fronteras de la tierra por su valor y bizarría.

Así que oyó el caballero tan agradable respuesta, picando los ijares de su rocín y alzándose la visera, corrió a postrarse a los pies de la bella dama.

No acudió Sancho a tenerle el estribo a Don Quijote, porque él mismo se enredó en la soga de la albarda del rucio, y quedó colgado de ella, con la cabeza en el suelo. Al apearse pues Don Quijote llevó tras de sí la silla, mal encinchada, de Rocinante, cayendo al suelo con toda su flaca humanidad y renegando de Sancho.

Ya estaba la señora acompañada de su marido, disimulando la risa de semejante encuentro y no hartándose de mirar y remirar la estupenda catadura del buen caballero de la Mancha. El cual quiso hincar la rodilla ante los dos personajes; pero el hombre no lo consintió, antes apeándose de su cabalgadura, abrazó a Don Quijote ofreciéndole su casa con extremosas zalemas y cortesías.

Iba ya templando el rigor de aquella ardiente tarde agosteña sobre los hoscos y pelados campos aragoneses. Las campanas de Pedrola rompían el profundo silencio de la hora con graves y argentinos tañidos.

Don Quijote dialogaba con el Duque, y Sancho trababa plática con la Duquesa. Todos caminaban hacia el castillo.

El Duque se adelantó a nuestros amigos, y la bella cazadora, escoltada por caballero y escudero, sonreía sin cesar ante los bigotes largos y la amarilla faz del enamorado de la Gloria y ante la socarrona y grave malicia de aquel pobre aldeano que corría sus aventuras, sobre un rucio, desgranando refranes sin cesar...

Estancia del palacio de la Duquesa. Estancia ancha, rica, suntuosa. Cuelgan de los muros lienzos con ninfas rubias, con prados verdes, con cielos de añil intenso. Hay pórticos y torres, y puentes levadizos, en estos cuadros. Sobre un riquísimo estrado siéntase la Duquesa, a sus pies, en una silla baja, discurre Sancho; una formidable ringlera de doncellas de buen ver todavía, de dueñas acartonadas y rijosas, de criadas pizpiretas y festivas, escuchan, solazándose, el peregrino diálogo.

La Duquesa es una garrida moza; no pasan sus años de veinticinco; los ojos verdes despiden una luz fulgurante y maliciosa; continuamente se contrae la breve rayita de su boca en un gesto desenvuelto y protector.

A cada paso, su diestra fina se arregla unos revueltos pelitos de la nuca, juega con un cordón de oro que pende bizarramente del cuello y acaricia los encajes de su bocamanga.

A cada paso, acaricia su barbilla adorable sosteniéndola en actitud diligente. Es la imagen de la movilidad la señora Duquesa. Y ríe con las ocurrencias del buen Sancho, ora con discreción, ora con malignidad, ora con sorpresa, ora con imperceptible, tenue, levísimo desdén, ora suelta y desembarazadamente.

No es inteligente la señora Duquesa; no suelen serlo, casi nunca los burladores. La emoción es la madre de la tolerancia y la abuela de la comprensión. Se perdona todo lo que se comprende, y se comprende todo lo que se ama. Nada ama, nada comprende, nada perdona la señora Duquesa de la inmortal farsa cervantina.

Don Quijote es para ella un loco de atar; Panza otro loco gracioso, relleno de codicia y de picardía.

La faz enjuta y amarillenta del caballero excita la risa de la ricahembra; los hinchados mofletes la figura, achaparrada del excelente labrador, muévenla a holgorio y a chanceta y a diversión, entre la ringlera de sus dueñas ociosas y antañonas.

Vive de burlas la Duquesa. No se cura de otra cosa en su bella casa de placer.

La vida es un pretexto para el holgorio y la chanceta. Del mismo modo que su marido, el Duque, borroso y vulgar, la ricahembra no ha penetrado jamás en las intimidades de un espíritu ajeno.

La ironía, esa baja calidad de las almas soeces, es el secreto de su actividad y el culto de su vida fácil y comodona.

Desde que han entrado nuestros amigos en el castillo, la Duquesa no se da punto de reposo en urdir fiestas, preparar holgorios, organizar agasajos y trabar pasatiempos.

Apenas recibe a sus huéspedes, hace que unos palafreneros, vestidos con ropas de levantar de finísimo raso carmesí apeen a Don Quijote de Rocinante, con toda suerte de ridículas zalemas.

Después dispone que dos doncellas echen sobre los hombros del caballero un regio manto de escarlata y le pongan una montera de raso verde, vertiendo sobre su cuerpo sudoroso y molido olorosas esencias.

A renglón seguido dialoga con Sancho encendiendo la hostilidad del escudero hacia una buena dueña que se da aires de honesta y principal señora.

Luego en la comida, para burlarse más y más del pobre caballero, desata las iras de un grave y pachorroso eclesiástico, ahíto de sentido común, que no concibe como profesión humana la de la caballería andante, corriente y moliente a todo ruedo, como la practica Don Quijote de la Mancha.

A cada momento, se descubre la hilaza de la grosería espiritual de esta pobre señora Duquesa, de cuyos olores de honestidad no hablan del todo bien las parlanchinas y astutas criadas.

Sancho ha sido la primera víctima de la Duquesa. Pregúntale cómo siendo loco su amo y señor le sigue a todas partes.

A esto contesta Panza que le sigue por gratitud; prueba de que se la debe es el gobierno obtenido de la ínsula. Pero en esta sazón, habiéndose de partir, siente inquietud Sancho por su rucio, pues todo lo teme de las dueñas, y la Duquesa le tranquiliza diciendo:

– Mis dueñas os quieren bien, os quieren mucho, veros desean a todas horas, y yo aseguro que a vuestro rucio le cuidarán; regalarán, festejarán y deleitarán como si de la misma persona de su natural señora se tratase en este punto. Si no –continuó la Duquesa– llévele Sancho al gobierno, y allí le podrá regalar, como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

– No piense vuesa merced, señora Duquesa, que me ha dicho mucho –dijo Sancho–; que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y el que yo llevase el mío allí no sería, en verdad, cosa nueva.

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa el contento y la risa; y enviándole a reposar, ella fue a dar cuenta al Duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer y de dar una burla a Don Quijote, de las que comúnmente les hacían con harto regocijo de ambos; que en aquella casa de placer, cabe a Pedrola, no se pensaba en otra cosa que en burlarse del pobre enamorado de la Gloria y de su constante edecán, el bueno y generoso Sancho Panza, que de tal suerte respondía a los requiebros de los unos, a las burlas de los otros, a las bromas de los demás y a cuantas fiestas y enojos podían prodigarse allí, donde toda la burla tenía su sustento. Harto bien se cobraba la Duquesa las costas del hospedaje de nuestros amigos.

La Duquesa estaba encantada de la malicia que se encerraba en la aparente torpeza de Panza; nunca se hartaba de hostigarle para que hablara a cada paso, así de su amo, como de los encantamientos de Dulcinea en la cual no sabía si creer o no creer el rústico. Las dueñas –no hay qué decirlo, que para algo eran dueñas– a cada paso celebraban las risotadas de la Duquesa y hasta las hubo de tan bobo candor, como Doña Rodríguez, que en oyendo a Sancho un romance, no se hartaban de celebrar las verdades que los tales romances llevan aparejadas en el seno de sus trovas.

El caballo de Candaya recorría cada minuto tantas leguas como la malicia de la Señora Duquesa. Así ha pasado siempre y pasará mientras haya burladores en el mundo.

– Sancho amigo –dijo el Duque– la ínsula que yo os he prometido, no es movible ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está ni a tres tirones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún género de oficio de estos de mayor cuantía, que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál más cuál menos, el que yo quiero llevar por este Gobierno es que vais con –vuestro señor Don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura; que ora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mismo deseo de recibiros por su gobernador que siempre han tenido y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo de serviros.

– No más, señor –dijo Sancho–, yo soy un pobre escudero y no puedo llevar a cuestas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios y avísenme si cuando vamos por estas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor, o invocar los ángeles que me favorezcan.

Va a realizarse la ascensión a los aires en las turcas maderiles del Clavileño; los duques y sus criados están urdiendo un nuevo solaz en los jardines.

La Trifaldi, mujer al fin, piadosa ante los apuros del buen Sancho, comienza a replicar:

– Sancho, bien podéis encomendaros a Dios o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

– Ea, pues –añadió Sancho a guisa de jaculatoria postrera ante el peligro que fieramente se imaginaba correr en las ancas de Clavileño–, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

– Desde la memorable aventura de los batanes –dijo Don Quijote– nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas manos, le dijo:

– Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios, y así quería que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria, y te dieses quinientos azotes a cuenta de los tres mil y trescientos a que estás obligado.

Y luego prosigue la historia, diciendo que en acabando de comer Don Quijote el día que dio los consejos a Sancho, aquella tarde se los dio escritos para que él buscase quién se los leyese; pero apenas se los hubo dado cuando cayeron y vinieron a manos del Duque, que se los comunicó a la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo del ingenio y de la locura de Don Quijote, y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula. Acaeció, pues, que el que le llevaba a cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción, el cual había hecho la persona de la Condesa Trifaldi y que industriado de sus señores de cómo se las había de componer y arreglar con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Así como vio Sancho al tal mayordomo, se le figuró ver en su rostro el mismo de la Trifaldi y volviéndose a su señor, le dijo:

– Señor, o a mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo o en creyente, o vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque que aquí está es el mismo de la Dolorida.

Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo a Sancho: –No hay para qué te lleve el diablo, Sancho.

Y no le llevaba el diablo a Sancho. No podía llevarlo de ninguna manera. Ya lo había llevado de antemano –pensaba la duquesa.

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido a lo letrado, y encima un gabán muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho a la jineta, y detrás de él, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes.

Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que la dio con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.

Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto, atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche; que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia [sic], porque los sucesos de Don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa.

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho cuando sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía y preguntóle que de qué estaba triste que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en la casa, que le servirían y a satisfacción de su deseo.

– Verdad es, señora mía –respondió Don Quijote–, que siento la ausencia de Sancho; pero no es eso la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos

que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás, suplico a vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo sólo sea el que me sirva.

– En verdad –dijo la Duquesa–, señor Don Quijote, que no ha de ser así: que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

– Para mí –respondió Don Quijote– no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma.

Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que le parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo pongo una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

– No más, no más, señor Don Quijote –replicó la Duquesa–. Por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote; que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Descuide vuesa merced y vístase a sus solas y a su modo, como y cuando quisiere; que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme a puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue a que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los cielos benignos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar pronto sus disciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

A lo cual dijo Don Quijote:

– Vuestra altitud ha hablado como quien es; que en la boca de las buenas señoras no ha de haber palabra ninguna que sea mala; y más virtuosa será Dulcinea del Toboso por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darla los más elocuentes de la tierra.

– Agora bien, señor Don Quijote –replicó la Duquesa–, la hora de cenar se llega y el duque debe de esperar; venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano; que el viaje que ayer hizo de Candaya no fue tan corto, que no haya causado algún molimiento.

Mas siguiendo el hilo de las burlas, recordemos que Don Quijote pensaba en cosas de amor, sugeridas ciertamente por la música de la buena Altisidora. Como pulgas, dice Cervantes, que debían ser aquestos pensamientos de Don Quijote; de tal modo le desvelaban y desquiciaban ellos. Mas como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas hasta que aparecieron las de la mañana, llenando de congoja y pena el ánimo del caballero. Lo cual, visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino, para ocultar y encubrir el deshilacho de sus medias: arrojóse encima el mantón de escarlata y púsose en la cabeza su montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo llevaba continuamente, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde estaban ya vestidos, esperándole, los duques. Y al pasar por una galería, advirtió que le acechaba Altisidora, que fingió desmayarse a la vista del caballero.

Una amiga la recogió para que no diera en el suelo con su persona, desabrochándola el pecho con gran destreza.

Don Quijote que lo vio, llegándose a ella, exclamó en seguida:

– Ya sé yo de qué provienen estos accidentes.

– No sé yo de qué –respondió la amiga– porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuesa merced, señor Don Quijote; que yo sé que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.

A lo que respondió Don Quijote:

– Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella; que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.

Y con esto se fue, porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando la desmayada Altisidora, dijo a su compañera:

– Menester será que se le ponga el laúd: que sin duda Don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la Duquesa de lo que pasaba, y ella, alegre sobremodo, concertó con el Duque de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan a priesa como se había venido el día, el cual pasaron los Duques en sabrosa plática con Don Quijote.

Y la Duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo (que había hecho en la selva la figura de Dulcinea del Toboso), con la carta de su marido a Teresa Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trajese buena relación de lo que por allí le pasase.

Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento; templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, cantó un romance que él mismo aquel día había compuesto.

Trifaldi, Clavileño, espanto cencerril y gatuno en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora, pellizcos compañeros de la azotaina de Doña Rodríguez y demás burlas crueles del más esforzado caballero de la tierra: mejor que glosas y comentarios pintan la ignorancia y presunción de esta Duquesa frívola, y hermosa gracias a sus fuentes.

Teresa Panza

> «que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha*. – Capítulo. V. – Segunda parte.)

Teresa Panza es alta y buena moza, carirredonda, fuerte y algo chata. Teresa Panza viste saya de paño bajo. Teresa Panza calza zuecos groserotes y pesados. Teresa Panza parla más que su marido. Teresa Panza es económica, alegre, apañadita, francota, pobre, tosca, llana y limpia. Teresa Panza no pierde entierros, funerales, festines, bodas y bautizos del lugar. Teresa Panza faja a todos los recién nacidos, asiste a todas las paridas, plañe a todos los difuntos, viste a todas las novias, consuela a todos los afligidos, despioja a todos los rapaces, da recetas y emplastos para todas las dolencias, come en todos los festines, arregla a todos los novios, presencia todos los acaecimientos, da fe de todo lo pasado, husmea todo lo futuro, sabe todas las nuevas de la aldea.

Teresa Panza, del humilde linaje de los Cascajos, es la mujer de nuestro amigo Sancho, va para dieciocho años en abril.

Desde el día de la boda, ella se ha puesto los pantalones y afirmado los fueros de su autonomía, sin que Sancho se haya empeñado grandemente en hacer valer su autoridad. Bien es cierto que de nada le hubiera servido semejante despropósito.

El matrimonio tiene dos hijos: Marisancha, encarnadota y fuerte como la madre, mozallona que ya se deja querer, y hasta tocar, de Lope Tocho –el hijo de Juanito Tocho–; y Sanchico, un muchacho paradote como el padre, mofletudo, sentencioso y trabajador, que ya barre para casa, sirviendo de trillique durante la recolección en los veranos y ocupándose de oficios diversos y mezclados en las demás estaciones. Nuestra familia es feliz, como pueden y saben serlo los pobres en el mundo.

Yantan los cuatro viandas pobres, pero abundantes a todas horas, condimentadas con la salsa de la hambre, que es la que mejor mueve los apetitos y estimula las ganas de comer.

Beben sus tragos de vinillo católico y trasañejo, bien guardado en las dos amplias y panzudas cubas de la bodega.

No les faltan para un apuro diez escudos amarillos en el arcón.

Tienen sus carros de paja para la lumbre, sus fanegas de trigo para amasar el pan casero, gallinas en el corral, un cerdito para el año, rucio barrigudo y floreciente en la cuadra, crédito y ninguna deuda.

Se solaza el marido jugando a los bolos y a la barra los domingos y fiestas de guardar; se solaza Teresa en la casa del vecino charlando más que un relator; se divierte Sanchica yendo a la

fuente del Prado con Lopecillo y bailando con él en la plaza las tardes domingueras, y Sanchico no se aburre en las trillas de los veranos y en las diversas profesiones de su variado servicio. Y duermen los cuatro a pierna suelta y de un tirón, convencidos de que Dios amanece para todos. Son honrados, son pobres, son felices.

Nuestra Teresa es el alma de la casa. Tan diligente y amiga del trabajo es, que, acabando sus cuidados y trajines con el alba, se desvive a continuación por los del prójimo.

Tiene a Sanchica derecha como una vela y reluciente como un espejo, a Sanchico curioso y de buen ver, y si a Sancho no logra cepillarle del todo, es porque el muy bendito es rehacio [sic] a toda limpieza y policía.

Teresa ordena la familia como un general sus huestes; la moza vive pendiente de sus gestos, y Sanchico de sus indicaciones.

El buen Sancho protesta a las veces contra la dictadura femenina; pero, aunque tonto, comprende que Teresa es una hembra lista y razonable si las hay, y cuando desgrana a guisa de desahogo el rosario interminable de sus adagios, ella le tapa la boca donosamente, le llama al orden entre burlas y veras, y el desconcierto se apaga suavemente.

Ha llegado julio con sus calores asfixiantes y modorreros; las faenas de la recolección están a punto de terminarse, las doradas espigas de los trigales se amontonan en rubios haces de oro allá en las eras del pueblo. Los trilliques cantan todo el día, sudorosos y jadeantes, llevando su ritmo con el de las mulas que patean sobre los granos en las parvas. Un hidalgo del lugar, llamado don Alonso Quijano, ha llamado a Sancho con urgencia, prometiéndole montes y morenas si quiere servirle de escudero andante por los caminos, trochas y veredas en busca de aventuras.

Sancho, rascándose la cabeza, indicio en él seguro de graves pensamientos, ha cedido a los halagos y persuasiones del caballero. Teresa, por primera vez en su vida, no ha podido darse cata del concierto de su marido con el hidalgo.

Una noche calurosa y radiante se ha desgarrado Sancho de los suyos con su jumento, con sus alforjas y con su bota repleta de vino.

Teresa, hablando con el ama del hidalgo al día siguiente, ha reparado en la simultánea ausencia de los dos, y no ha vuelto a curarse más de la resolución de su marido, porque sabe sobradamente que tiene sus pujos y ribetes de codicioso el mancebo, y que no es hombre Sancho que se aventure en negocios y servicios a la buena de Dios, sin atar antes los cabos del provecho y costas que los tales han de producir a la corta o a la larga.

Teresa Panza, mientras su marido se entretiene en aventuras por los abrasados campos de la Mancha, defiende bravamente la vida de los hijos, ayudándose con toda clase de arbitrios y de recursos. Sanchica lava la ropa de los vecinos; el mozo sirve de trillique; Teresa guisa en las bodas, adereza yantares en los bautizos, repasa la ropa blanca de los hidalgos, tiene su ciencia infusa de comadrona, alumbra en los entierros –todo por su cuenta y razón– y de añadidura recibe presentes, de cuando en cuando, de un tío suyo –abad de un monasterio cercano, como ella del ilustre linaje de los Cascajos de Argamasilla– que no olvida a la sobrina, como suele ser achaque de gentes de clerecía, en medio de la oronda y reverenda abundancia de su dignidad.

Unas cuantas semanas ha pasado Sancho de aventuras con don Alonso.

Caballero y villano han vuelto al lugar un domingo por la tarde, seguidos del cura y del barbero, atravesando por la plaza a la caída del sol, cuando toda la gente se solazaba en el atrio de la iglesia. Don Quijote viene molido y jadeante; el buen Panza con deseos de reposo y con absurdas imaginerías en el tupido caletre.

Un mes corrido huelgan caballero y aldeano en el lugar; el ama y la sobrina de don Alonso Quijano la han tomado con Sancho. El buen Panza es quien sonsaca a don Quijote de la paz casera y quien le lleva a los andurriales abrasados de la llanura.

De nuevo determinan caballero y edecán salir al campo en busca de nuevos acaecimientos peregrinos.

Cien escudos mondos y lirondos ha traído Sancho de sus correrías; corno agua de mayo han caído en su hogar los escudos.

Teresa, con esta lluvia del cielo, ha renovado las sayas de la hija, las vestimentas de Sanchico, los ajuares caseros, las provisiones inaplazables del yantar. Y mientras Sancho platica en casa del hidalgo con éste y con el bachiller de fantasmas y vestigios, de princesas encantadas y de bramidos y baladros de espantables monstruos, la mujer, la buena Teresa, atiende a las pequeñas minucias de la vida, que protegen los sueños de los hombres, así de los caballeros encopetados como de los humildes servidores.

Sancho torna de nuevo a las aventuras por los dilatados campos de la Mancha.

Antes de separarse nuevamente de los suyos, Panza ha platicado sabrosamente con su buena Teresa. Don Quijote le ha prometido el gobierno de una ínsula, y el escudero piensa en riquezas, grandezas y señorías para los suyos.

Mas la buena Teresa no quiere chapines, sino zuecos, ni saboyanes de seda, ni condes para la muchacha, ni oficios descansados y pingües para el hijo; que el secreto de la felicidad, en los pueblerinos, estriba en no cambiar de estado ni en mudar de condición, para que nadie descubra la hilaza basta y groserota de los linajes plebeyos.

Teresa se conforma con que case la hija con el retoño de Tocho y a lo sumo, a lo sumo, transige con que Sanchico siga las huellas del padre, porque nada hay más justo ni puesto en razón que los hijos, junto con la hacienda, hereden los oficios y las dignidades de sus ascendientes.

Teresa ha tornado a quedarse sola nuevamente en el lugar. Con los cien escudos de ayuda de costa ella se las arregla tan guapamente.

Semanas pasan sin que Teresa reciba noticia alguna de su marido.

Al lugar llegan noticias muy contradictorias sobre la variada suerte de nuestros aventureros. Teresa, que quiere a su marido, está sobresaltada con el silencio continuado del buen Panza. ¿Qué será de la ínsula y de los pujos de gobernador del escudero? ¿Qué de sus sueños e imaginerías?

Una tarde, vestida con la saya parda de todos los días, Teresa hila un copo de estopa en el hogar. Sanchica se encuentra lavando ropa en el arroyuelo o regato que hay en la entrada de la aldea; Sanchico en casa de unos hidalguetes, midiendo trigo de venta. Un paje llama a la puerta de la señora Teresa; es arrogante y guapo mozo el mancebo; cabalga sobre un hermoso bruto; son desenvueltas y elegantes las maneras del paje. Tráele noticias de Sancho que es todo un gobernador; a las nuevas acompaña como presentes una sarta de corales con extremos de oro, un vestido de paño finísimo y una carta de una Duquesa.

La buena mujer no sabe si está soñando; Sanchica se relame de gusto; el paje no se harta de decir donaires y de hacer referencias a la media costilla y al gentil retoño del gobernador flamante.

La fantasía comienza a tejer sus sueños en el caletre de la buena mujer. Adorna su cuello con la sarta de corales, lleva en la diestra la ducal epístola a guisa de escudo protector, la calle del lugar es harto estrecha para su alegría y para los barruntos de su dicha. Despacha bien pronto al embajador y en la casa queda Teresa esperando nueva confirmación de su ventura, que ha de hacer rabiar a las encopetadas lugareñas, para las que las satisfacciones del prójimo son negaciones de la propia felicidad.

Y van pasando los días sin que la ventura del paje se confirme; no por eso ha decaído la esperanza en el ánimo de la buena mujer. Sanchica, sobre todo, se abraza a toda suerte de embelecos y de ensueños mozos; ya se advierte adorada por un príncipe; ya se contempla en una sala de estrados; ya se ve adulada en la corte por los magnates y señores de todo jaez; ya se ve, de retorno, a su aldea, siendo el blanco de todas las miradas y de todos los deseos.

Sancho ha vuelto a la aldea; breve ha sido el gobierno de su ínsula, pero dineros trae, que es lo que importa.

Don Alonso ha muerto días después en la casa; Sancho no ha sabido separarse del lecho del dolor; los años han ido reconciliando con la vida a este gran gozador de ella; Teresa ha seguido siendo la hembra apañadita y casera del hogar, con el ojo puesto en todas las previsiones, con la atención pendiente de la plática de todas las comadres, con el alma dichosa y el corazón limpio de engañadores sobresaltos.

La hembra del inmortal escudero no mereció aquella acostumbrada lucidez de espíritus con que Cervantes traza, generalmente, sus más vigorosas creaciones femeninas. Hasta de nombre cambia la buena mujer del escudero.

Unas veces se llama Mari-Gutiérrez, otras Juana; Teresa se llama en la segunda parte de la novela inmortal. A este último patronímico nos atenemos nosotros.

Sus diálogos más felices, sus ingenuidades más deliciosas, sus salidas de tino ocurren en la segunda parte del *Quijote*; en la primera, sabido es que se mantiene a una discreta distancia de la escena.

Pero con los desmayos que empañan esta figura, con las faltas de memoria frecuentes en un hombre como Cervantes, que al mismo tiempo que da sus pliegos para la estampa tiene que pensar en la dura necesidad del yantar cuotidiano, Teresa es una figura acabada y completa de la mujer del pueblo, buena, sencilla, humilde de condición, previsora, ignorante, franca y amante de los suyos.

Sus diálogos nos dan una imagen exacta y perfecta de la realidad; el medio en que se mueve sorprende por su verdad y por su justeza; la aldeana española –del siglo XVI y de todos los siglos– está sobria y elegantemente trazada en la figura de Teresa.

Y el espíritu de economía, de ahorro, de amor al dinero, tan frecuente en las aldeanas españolas, es el que salva su casa de las constantes ausencias de Sancho, de sus embelecos y de sus sueños de grandezas que se esfuman en el lecho de muerte de Don Quijote de la Mancha.

El ama

> «Andaba la casa alborotada; pero con todo... brindaba el ama...; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto.»
> (*Don Quijote de la Mancha*. –Capítulo LXXIV. – Segunda parte.)

Tiene en su casa el hidalgo un ama que pasa de los cuarenta años, servicial, reverente, bonachona y al mismo tiempo entremetida y curiosa. No tiene gran trabajo en casa del hidalgo; que el preparar la olla de carnero, el salpicón, las lentejas y el palomino dominical de añadidura, no es cosa mayor.

Ha observado el ama que su señor se pasa las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y ha barruntado con razón que el hidalgo pierde el caletre con tanto leer.

De la noche a la mañana, el ama ha notado la desaparición del hidalgo. Al buen cura cuenta a voces sus cuitas:

– ¿Qué le parece a vuesa merced, señor Licenciado Pero Pérez, de la desgracia de mi señor? Dos días ha que no parecen él ni el rocín ni la adarga ni la lanza ni las armas. ¡Desgraciada de mí, que me doy a entender, y así es ello la verdad, como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos! Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.

En tanto que así se lamenta la buena del ama, llega al lugar el buen hidalgo apenas sostenido sobre el borrico del labrador. Acúdele el ama presurosa y compasiva, pero el caballero la rechaza, pidiendo que, si es posible, llamen a la sabia Urganda, para que cure y cate de sus feridas.

Ha sonado un nombre de mujer. La compasión del ama se ha tornado en ira.

– ¡Mirad, en hora mala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuesa merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado a vuesa merced!

El licenciado Pero Pérez pidió a la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño. Entraron todos y el ama, con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños, y así como el ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita, y pidió al cura que rociase el aposento para que no los encantase algún encantador de los muchos que tenían aquellos libros.

He ahí la ignorancia abrazada a la superstición, la simplicidad maculada por la gazmoñería. De antemano se puede augurar mal del escrutinio. Las impaciencias, los odios del ama se precisan en los libros. ¡Estos son causantes de la locura del hidalgo! Pero la verdadera razón del odio del ama es esta: que el hidalgo embebido en su lectura y en la meditación de lo leído haya olvidado saludarla por las mañanas, dirigirle afablemente durante el día la palabra y despedirla de noche deseándole feliz descanso.

No podía ser casado el caballero, que entonces fuera incomprensible Dulcinea: tampoco le vivía su madre. A falta de esposa y madre dibujó Cervantes esta figura del ama, que simboliza la intromisión de la mujer en la vida ideal del hombre. Madres o esposas repiten a diario el escrutinio de las librerías de sus hijos o maridos. Cuando el hombre se enfrasca en el estudio

y la lectura, acorta la ración de amor o benevolencia que reparte a quienes le rodean. ¡Oh, si muchas mujeres pudiesen, cuántas hogueras de libros se harían!

Mirad con qué placer asiste el ama al auto de fe, y ayuda y ejecuta. En cuanto hay una duda acerca de la posible bondad de una obra, ella apoya los argumentos que la hacen condenable. En su prisa por destruir, ahorra la escalera y da con los libros por la ventana abajo.

Comiénzanse a cansar los escudriñadores y mandan al ama arramblar con todos los libros. No se dice a tonta ni a sorda, sino a quien a carga cerrada desea acabar con todos, así es que aquella noche quema el ama cuantos libros hay en el corral y en toda la casa.

La obra de destrucción no bastaba, preciso era no dejar ni recuerdos. El aposento de los libros fue mitrado y tapiado.

Al levantarse Don Quijote, lo primero que hizo fue ir a ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde los había dejado, andaba de una parte en otra buscándolos. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra.

Pero al cabo de una buena pieza preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

–¿Qué aposento, o qué anda buscando vuesa merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

El remedio ha sido violento; por eso los resultados no pueden ser duraderos. El hidalgo ha vuelto al campo, y, aunque el ama no pasa las humillaciones que la sobrina por la locura del tío, fuerza es reconocer que se apesadumbra bastante. No miente su dolor, cuando a su señor ve volver flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes.

Lástima da oír los gritos que la buena señora alza, las bofetadas que se da, las maldiciones que de nuevo echa a los malditos libros de caballerías.

En regalar a su señor pone gran cuenta el ama y se propone estar siempre alerta para que no torne a escaparse.

Como medida de previsión quisiera el ama hacer con Sancho Panza lo que con los libros, y ya que tal no puede le defiende la puerta de su señor:

–¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca a mi señor y lo lleva por esos andurriales... No entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id a gobernar vuestra casa y labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos...

Pero el ama, por mil señales, va coligiendo que su señor quiere desgarrarse la vez tercera. El ama, que no traba pláticas con Don Quijote cuando ve que se le enciende la cólera, cuando de buen talante lo ve, procura por todos los medios apartarlo de tan mal pensamiento. Y aunque, como ducha en gramática parda, sabe que todo es predicar en desierto y majar en hierro frío, le dice:

– En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, a quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito a Dios y al Rey...

En sus plácidas horas muestra Don Quijote inmensa afabilidad por su ama. Jamás la reprende, y aunque a ella y a su sobrina las engloba en el calificativo de «bobas mías», bien sabe el hidalgo que si su ama no es letrada de boba no tiene un pelo.

El ama tiene más que barruntos de la tercera salida de Don Quijote: el mismo hidalgo háselo anunciado y ha querido aplacarla y consolarla.

Ido es por fin el andante caballero con su escudero Panza, a quien el ama ha llegado a aborrecer a par de muerte. Salidos son ambos; al anochecer han partido, sólo vistos del bachiller, y se han puesto camino del Toboso.

Entretanto el ama suspira. ¿Cómo volverán a su señor?; la primera vez volvieron al hidalgo atravesado sobre un jumento, molido a palos; la segunda, en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado. ¡Y cómo venía! No le conocía ni la madre que le parió: flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro. El ama se acordaba perfectamente de que para hacerle volver algún tanto en sí gastó más de seiscientos huevos.

Ante el recuerdo, tiembla el ama. Si le traen mal ferido en esta tercer salida, ¿qué no habrá de gastar en reponerle? Y es una lástima, porque el ama, apañadita de suyo, y sin que la sobrina

lo advierta, tiene algunos gajecillos con los huevos del corral y con la despensa del hidalgo. Las amas, cuando menos, siempre tienen parientes necesitados de refrigerio.

Mas no debe temer el ama: el caballero, vuelto de su tercer salida, intenta llevar una vida que por sí sola le servirá de reconstituyente, sin los productos del corral.

«Tenía pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, ejercitándose en el pastoril y virtuoso ejercicio.»

La codicia riñe en el pecho del ama con la fidelidad y adhesión a su señor. Vencen éstas por fin, y el ama, con el tono entre maternal y adulador de las viejas servidoras, le pregunta:

– ¿Y podrá vuesamercé pasar en el campo las siestas en el verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor; tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

Los consejos son interesados. La pobre ama, hay que disculparla de lo poquito que de extraordinario haya agenciado, lleva muchos años sin cobrar su salario.

El hidalgo lo advierte, con la claridad de la hora suprema, y aunque en su testamento manda toda su hacienda a puerta cerrada a su sobrina, es con la condición de que primero se saque de lo más bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que deja hechas; siendo la primera satisfacción pagar el salario que debe del tiempo que su ama le ha servido, y más veinte ducados para un traje.

Cerróse el testamento, y el hidalgo, tomándole un desmayo se tendió de largo a largo en la cama. «Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza...»

Lo confesamos; esperábamos la impasibilidad de la sobrina, las alegrías de Panza, pero no los brindis del ama; y, no obstante, hemos de conceder que estaban puestos en razón.

Las amas de curas, las amas de solterones: militares retirados, comerciantes ricos, artistas, tienen aparentemente por sus amos un cariño maternal; pero en el fondo no llegan a la fidelidad del perro.

¡Este, por lo menos, a la muerte de su amo aúlla dolorido y no se alegra porque no hereda! Lo repetimos; no esperábamos los brindis del ama. Y, sin embargo, esa es la vida. Sí, sí, que brinde el ama, que eso de heredar algo, borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. ¡Pobres solterones!

Dulcinea

> «Dulcinea del Toboso del alma en la tabla rasa, tengo pintada de modo que es imposible borrarla.»
>
> (*Don Quijote de la Mancha.* – Cap. XLIV, Segunda parte.)

En delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea del Toboso; en alabarla y pintarla y grabarla en tablas, mármoles y bronce, sólo pueden ocuparse la retórica ciceroniana y demostina; los pinceles de Parrasio, Timantes y Apeles, y los buriles de Lisipo.

Tan grande es su perfección, que el mismo Don Quijote rehúsa ahondar en su realidad objetiva. «Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo... Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y alta por linaje.»

Don Quijote se contenta con la contemplación nebulosa de su señora; no osa mirarla de cerca. ¿Para qué? Cuando ha querido verla ante sí y «tomar su bendición, beneplácito y licencia para esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas», entonces, hala hallado «convertida de princesa en labradora, de fermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago».

Sólo Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica. El caballero no quiere sondarlo más. ¿No es Dulcinea su Norte y su vida? ¿Qué pasaría en su espíritu si se persuadiese de que no hay Dulcinea en el mundo? Por eso el caballero teme y no inquiere hondamente. «Estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.» Dulcinea es principal y bien nacida; Dulcinea habita en palacios, Dulcinea es la criatura más bella del orbe, Dulcinea es la discreción encarnada; esto sabe el caballero, esto le basta y sobra. Si el testimonio de los sentidos le atestigua otra cosa, es que está mudada, tocada y trastocada; en ella se han vengado los enemigos del caballero, quien por ella vivirá en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado.

Los amores de Dulcinea y el caballero han sido siempre platónicos, sin extenderse más que a un honesto mirar. La imagen de Dulcinea se ha ido transformando lentamente en la imaginación del caballero. Fue primero una moza labradora de muy buen ver. Aldonza Lorenzo no se dio cata del enamorado hidalgo; el hidalgo no se declaró a la moza; pero volvióse a su lugar con la mente llena de aquel rostro fuerte y sano.

¿Varias veces vio realmente el hidalgo a la moza labradora, o una vez sola? Tal vez una no más, en viernes, al salir ella de la iglesia. ¿En viernes y al salir del templo? ¿Quién se enamoró así? ¿Quién? Dante, Petrarca, Ausías March..., todos los caballeros andantes del espíritu... Dulcinea no es nada nuevo; antes se ha llamado Laura, antes se ha llamado Beatriz; muchas veces se ha llamado «amada» simplemente; porque el caballero no hase arriscado a buscarla nombre, pues ha temido desdijese del suyo. Don Quijote buscó a su ilusión nombre que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, y vino a llamarla Dulcinea del Toboso, nombre músico y peregrino y significativo.

Sólo Dios sabe si hay o no Dulcinea en el mundo. Dulcinea del Toboso, Aldonza Lorenzo sí que la hay; y para lo que el caballero la quiere tanto vale como la más alta princesa de la tierra. «No todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre, que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen.»

El caballero la pinta en su imaginación como la desea, así en la belleza como en la principalidad, y para él, ni la llega Elena ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas.

El caballero se ha entregado en cuerpo y alma a su señora. No sólo le enviará los rendidos gigantones, sino que por su amor mantendrá incólume su honestidad aun en las ocasiones de más aprieto. Oídle cómo razona excusas a Maritornes...: «Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes hecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer la vuestra, fuera imposible, y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis escondidos pensamientos...»

Pero el caballero es infortunado: el amor le persigue. Fácil, relativamente, es vencer la tentación, derrengado; mas bien cuidado, rodeado de comodidades y respeto, sintiendo en el rostro las caricias de las nocturnas y estivales brisas, percibiendo la nocherniega fragancia de los jardines ducales, ya es otra cosa. Además, es la dulce y lastimada Altisidora la que en tono bajo y suave canta al son de su arpa.

Como el novicio que prorrumpe en jaculatorias y en santos propósitos apenas se levanta el vientecillo de la tentación, así el caballero, oídos los primeros acordes suavísimos del arpa, «teme no rendirse, propone en su pensamiento el no dejarse vencer y se encomienda de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea». De toda su decisión necesita el caballero. Su desdicha es grande; grande cosa es que no haya doncella que no le mire y que de él no se enamore. Triste es que haya de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea, que no la hayan de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza de su andante caballero. A las reinas, emperatrices y doncellas de catorce a quince años demanda el caballero no persigan ni acosen a Dulcinea; que la dejen triunfar, gozar y ufanarse con la suerte que amor quiso darle en rendirle el corazón del caballero y entregarle su alma.

Para ser el caballero de la señora Dulcinea y no de otra alguna, arrojó la naturaleza al mundo a Don Quijote. De ella sola ha de ser, llore o cante Altisidora, o se desespere madama, por quien aporrearon al andante caballero en el castillo del moro encantado.

Merced a la sin par belleza de Dulcinea, no es de provecho a otra hermosura alguna el caballero. Sus propósitos son inquebrantables.

El prudente amador de la Gloria huye de ponerse en peligro de romper a su señora la fe prometida. Conoce que el enemigo de las ánimas es sutil y engañoso; por ello teme no le ponga zancadilla con una dueña quien con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas pudo derrocarle. No ignora el sabio caballero que la soledad, la ocasión, el silencio pueden despertar los deseos que duermen y que en casos semejantes mejor es huir que esperar batalla.

Dulcinea se confunde con la más elevada norma de moralidad. El innato caballero se atiene siempre a ella, la aclama inconmovible. Sospechar que pueda desenamorarse de su dama es injuriarle; decirlo es exponerse al hierro de su lanza. «Quienquiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, el caballero le hará entender con armas iguales, que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso no puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido; su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.»

Con suavidad... El amador de la Gloria se deja atraer por Dulcinea suavemente; Dulcinea es imán divino para los limpios de corazón; los de natural noble se sacrifican voluntariamente por Dulcinea; los egoístas, los vanos, los necios, los depravados, los zotes la desconocen y la niegan; ni osan ir a presentarse a ella ni moverán una mano en su favor.

Los alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas; los ladrones desuella caras no reparan en la parvedad del esfuerzo requerido para ir en pos de Dulcinea; con los ojos de mochuelo espantadizo son incapaces de mirar las niñas de los ojos de la Gloria, los ojos de Dulcinea, comparados a rutilantes estrellas, bañados en lágrimas al contemplar su dureza e insensible pecho ante las eternas normas de la justicia.

¡La Gloria! ¡Dulcinea! ¿Pero ven ellos en la inmortal amada la sombra que en ella vislumbra el caballero? No, sino rústica labradora que no les interesa; y aunque la viesen, como bastiones indómitos que son, no sacarían de harón el brío de sus carnes que sólo a comer y a los bajunos hechos los incitan.

El caballero, no sueña más que en hallar admiradores de Dulcinea, prosélitos de la Gloria. Con tal que a ella se presenten, les perdona la vida a sus enemigos el caballero. Pero el temor es mal consejero para ir tras la Quimera; las temerosas y fermosas señoras de los vizcaínos rendidos prometen que éstos harán cuanto les sea mandado; mas ni entran en cuenta de lo que el defensor de la Gloria pide, ni siquiera preguntan quién es Dulcinea.

A toda esa raza bellaca, a todos esos galeotes de la espiritual rastrería quiere el amador de la Gloria libertarlos, sacarlos de la esclavitud, pues Dios los hizo libres. ¡Vana empresa! Los rudos bandidos de los caminos del espíritu, los alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas; los ladrones descuella caras, los Gineses de Pasamonte, cometiendo el negro pecado de la ingratitud, le piden les conmute el servicio de presentarse a Dulcinea en algo que no cueste fatigas ni exponga a peligros.

¡Pobres galeotes del egoísmo! ¡Desgraciados esclavos de su vientre! ¿Qué aciertan a ver de las egregias galerías donde la Gloria habita que se les antojan bardas de corral? ¿Qué nubes les empañan la vista para confundir las perlas con el trigo rubión?

¡Tristes, sí! Si a veces llevados de un impulso irresistible quieren hallar la figura de la Gloria en objeto real del mundo, la mudan y trastruecan, la identifican con una villana de Sayago.

Sólo de buscarla, tiemblan. ¡Buscar a Dulcinea! ¡Como quien no dice nada a una princesa y con ella al Sol de la hermosura y a todo el cielo junto! ¡Pero si nadie la ha visto jamás!

¡Oh Sanchos, Sanchos! Fiaos de quien la siente en sí, de quien dentro de sí la mira, de quien se mueve por ella dirigido. ¿Nadie la ha visto?; pues don Quijote la tiene grabada de tal modo en el alma, que es imposible borrarle esa imagen.

Y fijaos bien: puesto en trance de entregar su espíritu, en confesión solemne declárase enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; pero no reniega de Dulcinea. ¡Bendita Dulcinea; dulce ilusión que mueves los pechos generosos a la ejecución de las nobles hazañas; luz que alumbras el camino lóbrego de la noche de la vida, Norte que guías los pasos de los andantes caballeros del espíritu! No te apagues, no te ofusques, no te escondas: sin ti el egoísmo sería el opresor del humano linaje, porque sin ti no habría Quijotes de la Mancha, y sin Quijotes de la Mancha no existirían los buenos Alonsos Quijano. ¡Y sin embargo... oh Dios mío, sólo Tú sabes si hay Dulcinea o no en el mundo!

IV.– La mujer en «La Galatea»

Leonida – Galatea – Teolinda – Leonarda – Nísida – Rosaura

> «No se puede reducir a continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, a mil contrarios accidentes están sujetos.»
>
> (CERVANTES. – La Galatea.)

La Galatea no es una novela, es una bellísima guirnalda de primorosas églogas hábilmente entrelazadas, y para observar las figuras femeninas de estas preciosas narraciones, hay que agruparlas, combinando su estudio a medida del desarrollo de sus entretejidas historias.

Desde las primeras líneas de tan deleitosa producción, Cervantes nos pone en perfecto conocimiento de los principales personajes y del ambiente de la obra, que es un derroche de ingenio, y un encanto por las galas del estilo.

Pocas veces se afirman tanto la ternura y la delicada sensibilidad del autor como cuando retrata física y moralmente a la protagonista cuyo nombre sirve de título al libro.

El Tajo y sus riberas responden en amargo eco a las quejas que lanza el pastor Elicio, enamorado de Galatea, la cual no le desecha de todo punto, pues le parece que, amándola con tanto miramiento de su honra, sería demasiada ingratitud no pagarle con algún honesto favor sus honestos pensamientos.

Imagínase Elicio que pues Galatea no desdeña sus servicios, tendrán buen éxito sus deseos, y cuando estas imaginaciones le avivan la esperanza, hállase tan contento y atrevido, que mil veces quiere descubrir a la pastora lo que con tanta dificultad encubre.

Pero la discreción de Galatea conoce bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma trae; y tal el suyo muestra, que al enamorado pastor se le hielan las palabras en la boca, y quédase con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que a la honestidad de Galatea se le hace agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pueden tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transforme.

Galatea, pastora nacida en las mismas riberas del Tajo, aunque criada en tan rústico ejercicio, es de tan elevado entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo la ha adornado.

No es Elicio el único a quien ha inspirado amor; la aman también con entrañable ahínco otros muchos pastores y ganaderos que por las riberas del río su ganado apacientan, entre los cuales se atreve a declararle sus querellas, cuando ocasión se le ofrece, el cabrero Erastro, que. aunque rústico, es, como verdadero enamorado, en las cosas de amor tan discreto, que cuando en ellas habla parece que el mismo amor se las muestra y por su lengua las profiere.

Mas los dos rivales, lejos de profesarse enemistad y encono, se complacen en juntar sus rebaños y sus cuitas, con mutuas protestas de afecto, y para señal de su buen propósito y verdadera amistad, al son de sus instrumentos lanzan a los ecos de valles y montañas los cantos con que alternativamente expresan sus quejas amorosas.

Viene a interrumpir bruscamente esta égloga la dramática historia de los amores de Lisandro con la malograda Leónida, que es una de las interesantes figuras femeninas del libro.

Nacido de nobles padres en las riberas del Betis, el pastor Lisandro enamoróse de la bellísima Leónida, pastora nacida asimismo en su aldea, de no menos nobles y ricos padres. Por ser los parientes de ambos de los más principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernación del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias de la administración local, viene a poner entre ellos mortalísima discordia, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no logra ponerlos en paz ninguna humana diligencia.

Lisandro y Leónida cambian por conducto de la pastora Silvia dos cartas que son el punto de partida de una correspondencia amorosa.

Tiene Silvia un pariente entremetido y astuto, llamado Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de Leónida cuya bizarría y aspereza de costumbres le han valido el renombre de cruel.

Es Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza de corazón de Crisalvo se mueve a amarla, sin que de ello tenga conocimiento Lisandro.

Leónida consiente que este, para casarse con ella, la deposite en casa de unos parientes que residen en una aldea vecina, adonde se presta a conducirla nocturnamente Carino.

Traidor a Crisalvo y a Lisandro, contra quienes abriga odio perpetuo por resentimientos antiguos que oculta bajo apariencias de amistad, Carino confía la conducción de Leónida a otro pastor, llamado Libeo, que debe de tener por enemigo, aunque él se lo encubre bajo su acostumbrada disimulación.

Aunque Leónida se altera de ver a Libeo, Carino le asegura que este es gran amigo de Lisandro, y que con toda seguridad puede ir con él poco a poco, en tanto que él, Carino, se adelanta a dar a su futuro esposo las nuevas de su llegada.

El traidor Carino corre a dar a Crisalvo el falso aviso de que Silvia huye con su amante Lisandro, y le excita a que aproveche la buena ocasión que la suerte le pone en las manos para vengarse de la injuria que los fugitivos le han hecho.

Crisalvo se embosca, con otros cuatro parientes, en una espesura del camino por donde vienen sin cuidado de traición Libeo y Leónida, quienes, en llegando al punto de la celada, son acorralados por los pérfidos homicidas.

Crisalvo se llega a Leónida, pensando que es Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señorea, con seis mortales heridas la deja tendida en el suelo, a tiempo que ya Libeo, por los otros cuatro acometido, creyendo que a Lisandro se las dan, con infinitas puñaladas, se revuelca por la tierra.

Huye Carino, después de ver cuán bien ha salido su traidor intento; y los cinco homicidas, como si hubiesen llevado a término alguna famosa hazaña, se vuelven a su aldea.

Crisalvo se va a casa de Silvia a dar él mismo a sus padres la nueva de lo que ha hecho para acrecentarles el pesar. Silvia, que oye lo que Crisalvo dice, sospechando lo ocurrido, rechaza sus imputaciones y le entera de que su hermana Leónida ha partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado.

Atónito queda Crisalvo de ver viva a la que cree haber dejado muerta, y con sobresalto acude luego a su casa, y no hallando a su hermana en ella, vuelve él solo a ver quién es la que ha muerto.

Mientras todas estas cosas pasan, está Lisandro esperando a Carino y Leónida; y pareciéndole que tardan más de lo que deben, quiere ir a encontrarlos, o a saber lo que ocurre y encuentra a Leónida ensangrentada y moribunda.

Levanta esta los cansados brazos, los echa por cima del cuello de su prometido, y apretando con la mayor fuerza que puede, juntando su boca con la suya, con flacas y mal pronunciadas razones le dice:

– Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo sin vida, la cual te dé Dios a ti, Lisandro mío, largos y felices años, y a mí me deje gozar en la otra el reposo que me ha negado.

Y juntando más su boca con la de él, habiendo cerrado los labios para darle el primero y último beso, al abrirlos se le sale el alma y queda muerta en los brazos de Lisandro.

Vuelve Crisalvo a cerciorarse de si es su hermana la que ha muerto, y como Lisandro le conoce, se arroja sobre él, le infiere dos heridas, dando con él en tierra; antes de que expire le lleva arrastrando donde está Leónida, y poniendo en la mano de la muerta el puñal que su hermano traía, ayudando a ello, tres veces se le hinca por el corazón; y consolado en algo el suyo por la muerte de Crisalvo, toma sobre sus hombros el cuerpo de Leónida, y lo lleva a la aldea donde sus parientes viven. Contándoles el caso, les ruega le den honrada sepultura, y resuelto a vengarse del fugitivo Carino, lo halla al cabo de seis meses de ir en su demanda, y le da el pago que su traición merece, en presencia de Elicio y Erastro, a quienes refiere el terrible drama.

Elicio ofrece hospitalidad a Lisandro en su cabaña, y viniendo ambos en compañía de Erastro con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, encuentran con las suyas a Galatea, «cuya hermosura era tanta –dice Cervantes– que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla».

Viene vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento; evita que su rebaño se mezcle con los de Erastro y Elicio, lo que estos toman desde luego a desaire, y, cantando «con

la extremada voz que al cielo plugo darle», guía su ganado hacia el arroyo de las Palmas, donde se junta con su amiga y confidente, la bella pastora Florisa.

Después de lavarse en el arroyo y de coger flores en el prado para hacer guirnaldas con que recoger sus desordenados cabellos, ven al improviso venir una desconocida pastora de gentil donaire y apostura, tan embebida y transportada en sus pensamientos, que no las ve hasta que ellas quieren mostrarse.

De trecho en trecho se para, y vueltos los ojos al cielo da unos suspiros tan dolorosos, que de lo más íntimo de sus entrañas parecen arrancados; tuerce asimismo sus blancas manos, y deja correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejan.

Por los extremos de dolor que la pastora hace, conocen Galatea y Florisa que de algún interno pesar trae el alma ocupada, y por ver en qué paran sus sentimientos, entrambas se esconden entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos observan a la pastora: la cual llegándose al margen del arroyo, se para a mirar su corriente, y dejándose caer a la orilla, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, coge en ellas del agua clara, con la cual lavándose los húmedos ojos, con voz baja y debilitada dice:

–¡Ay, claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar Océano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mismo efecto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que más su llama acrecienta.

¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdición, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo!

¿Qué infortunio arranca a la pastora estas quejas, mezcladas con tantas lágrimas, que no hubiera corazón que escuchándola no se enterneciera?

Movidas a compasión, Galatea y Florisa salen de do escondidas estaban, y con amorosas palabras a la triste pastora saludan, preguntándole qué destino la ha traído por aquella tierra y ofreciéndose a procurarle el consuelo que de ellas fuere posible.

Retíranse las tres a un lugar secreto y apartado, donde a la sombra de unos mirtos, Teolinda, que éste es el nombre de la zagala, empieza a decir con extremado donaire y gracia, que nació de padres labradores en las riberas del famoso Henares, y fue criada no en tan baja fortuna que se tuviese por la peor de su aldea.

Sin más cuidados que los que podían nacer del pastoral oficio en que se ocupaba, tenía las selvas por compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedía la voz a mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno; hasta que el vengativo amor le vino a tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóla en ella de manera que, con quedar su esclava, parecía no estar aún pagado ni satisfecho.

Un día en que la casualidad la puso en presencia de un pastor forastero, llamado Artidoro, quedó tan prendada de él, que desde entonces a ninguna parte movía los pies que no diera por hallarle en ella su vida, si él la quisiera.

El discurso de Teolinda es interrumpido por la brusca llegada de varios pastores cuyos perros persiguen a una liebre que, vencida del cansancio de larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se ha dejado caer en el suelo al lado de Galatea, que la protege tomándola en los brazos.

Meriendan juntos en la margen del claro arroyo pastoras y pastores, entre los cuales se halla el padre de Galatea; recogen luego sus rebaños y regresan al lugar contando cuentos y entablando animada conversación.

Aquella misma noche, sentada con Florisa y Galatea bajo un emparrado del jardín de esta última, Teolinda prosigue la historia de sus amores, explicando, entre otras cosas, que Artidoro le descubrió al fin el verdadero y honesto amor que le tenía, y que ella le correspondió, quedando concertados en que él se fuese a su aldea, y que de allí a pocos días la enviase a pedir por esposa a sus padres.

En vísperas de la partida de Artidoro, quiso el destino que una hermana de Teolinda, de poco menos edad que ella, a su aldea tornase de otra donde algunos días había estado cuidando a una tía suya enferma. Leonarda, que éste era su nombre, se parecía tanto a Teolinda en el rostro, estatura, voz, donaire y brío, que hasta sus mismos padres las confundían a veces; sólo se diferenciaban en que aquélla era más áspera y menos piadosa que ésta.

Deseosa de volver a su pastoral ejercicio, madrugó Leonarda al día siguiente y con las ovejas de la casa se fue al prado, donde rechazó rudamente a Artidoro que, tomándola por su hermana, le había dirigido amorosas salutaciones, y se fue llamándola desagradecida y de poco conocimiento, por creer que quien así le maltrataba era la misma que el día antes había aceptado sus amores.

Enterada de esto por su hermana y ansiosa de ir a ver a su Artidoro y sacarlo de su error, salió Teolinda de la aldea a la madrugada siguiente con la ocasión de ir a apacentar las ovejas, y llegó al sitio donde otras veces solía hallar al gallardo pastor, de quien no pudo adquirir noticia alguna, fuera de unas estrofas, que conoció ser de la mano de Artidoro, grabadas en la corteza de un álamo blanco y en las cuales el infeliz desesperado manifestaba su intención de quitarse la vida.

Los suspiros que dio entonces, las lágrimas que derramó, las lástimas que hizo fueron tantas y tales, que nadie la oyera, que por loca no la juzgara. Sin acordarse de lo que a su honra debía, aquella misma mañana, abrazando mil veces la corteza donde las manos de su Artidoro habían llegado, partió de aquel lugar con intención de venir a estas riberas, donde sabía que Artidoro moraba, por ver si había sido tan inconsiderado y cruel consigo, que hubiese puesto en ejecución lo que en sus versos dejó escrito.

– Si así fuese, termina diciendo, desde aquí os prometo, amigas mías, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida.

Con tantas lágrimas acompaña sus palabras la enamorada pastora, que Galatea y Florisa no pueden detener las suyas, ni menos dejan de consolarla con las razones más eficaces que pueden, dándole por consejo que se esté algunos días en su compañía, pues quizá haga la fortuna que en ellos sepa noticias de Artidoro.

Con éstas y otras razones, la pastora, algo consolada, huelga de quedarse con ellas.

Cervantes interrumpe de nuevo esta narración para intercalar la de las extraordinarias aventuras del joven ermitaño Silerio y de su amigo el caballero Timbrio, ambos locamente enamorados de Nísida, señora principal de Nápoles, hija de padres españoles y tan hermosa que parecía que la naturaleza había cifrado en ella el extremo de sus perfecciones.

Nísida es una de las creaciones femeninas de Cervantes, pintadas con más vigor. Anclan tan a una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una enciende, la otra enfría, y los deseos que su gentileza hasta el más subido cielo levanta, su honesta gravedad hasta lo más bajo de la tierra abate. Refiriéndose a un galán, de quien le cuentan que se muere de amor por una dama tan principal y honesta, que el mísero no se atreve a descubrirle su pensamiento, razona Nísida de este modo:

– No sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues fácilmente se ha dejado rendir a un mal deseo tan recién nacido, entregándose tan sin ocasión alguna en los brazos de la desesperación, y aunque a mí se me alcanza poco destos amorosos efectos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado de ellos, de descubrir su pensamiento a quien se le causa... ¿Qué afrenta se le puede seguir a ella de saber que es bien querida, o a él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando?... Supongamos que un amante tan callado y temeroso muere: ¿llamarías tú cruel a la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega a su noticia, ni cae en su obligación procurar saberla para remediarla.

Confiesa luego a Silerio que ama a Timbrio y pone toda su alma en sus palabras:

– ¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que a costa de la salud mía has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que a este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga más encubierto: mas ¡ay, cuán liviano descargo es este para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que ahora quiero decirte, enterrarla a ella, y acabar mi vida.

Es de notar la fuerza con que el exaltado sentimiento de la honra domina al amor en esta como en la mayoría de las mujeres de Cervantes.

Terminada la interesantísima narración del ermitaño, el mágico autor presenta con la descripción de una boda campestre un cuadro lleno de colorido, naturalidad y vida, en que abundan los rasgos reveladores del carácter, costumbres e indumentaria de los personajes femeninos que en él intervienen.

La novia Silveria, viste saya y cuerpo leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería, invención de Galatea y Florisa que la vistieron, garbín turqueado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que más que todo la adorna.

Sale tras ella la sin par Galatea, como sol tras la aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas zagalas graciosas y bellas que han venido a las bodas para honrarlas.

Elicio y Erastro aprovechan la ocasión para cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, y con el contento de verla va tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio le dice:

– ¿Qué, miras, pastor, si a Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho?

¿Cabe pintura más graciosa? ¿Y es posible describir el carácter de una mujer con rasgos más vigorosos que los que brotan de la maravillosa pluma de Cervantes cuando, en la historia que a seguida viene a enlazarse con las precedentes, pone en boca de Rosaura estas razones dirigidas a su amante?

– En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte... y anda agora de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía... Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo, la que creyó tus palabras? o ¿por suerte entiendes tú que eres aquel a quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mío?...

Cúmpleme entonces la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado.

Hanme dicho que te casas con Leopersia tan a gusto tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir a estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, a tu conciencia lo dejo.:. Alza los ojos ya, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira a quién engañas, a quién dejas, y a quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, a la que siempre te trató verdades; dejas a quien ha dejado a su honra y a sí mesma por seguirte; olvidas a la que jamás te apartó de su memoria.

Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes a lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, a la tierra que no te sufra, y a mis parientes que me venguen...; advierte que no pido sino lo que es mío, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas veces la has movido para ofenderme.

Después de explicar Grisaldo su conducta, acusando a Rosaura de haber querido darle celos con Artandro, ella replica con estas palabras que su retrato moral completan:

– Como no pueda caber en tus verdes años tener larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravilla que un pequeño desdén mío te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo más te quisiese rudundaban [sic]; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasión que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia; pero yo te certifico que antes que a ella lleves al tálamo, me has de llevar a mí a la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por ti su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras.

Pinta luego Cervantes con emotiva expresión el sufrimiento de Galatea, obediente contra su voluntad a la de su padre que ha resuelto darla por esposa a un rico pastor lusitano, y la

desesperación de Elicio, que si hasta entonces se contentó con amar sin esperanza de poseer a Galatea, no puede resignarse a verla en posesión de otro.

Las quejas de ambos son bruscamente interrumpidas por el rapto de Rosaura que el desdeñado Artandro ejecuta con ayuda de siete pastores; y, formando contraste con esta violenta escena, sucede la del desenlace de la aventura del ermitaño Silerio, que ha trocado el tosco sayal por el traje de desposado, y da fin a todas sus miserias con su casamiento con la hermosa Blanca.

Artidoro da la mano de esposo a Leonarda creyendo que se la da a Teolinda, y esta lamenta su desventura con los más apasionados acentos de la cólera, los celos y el dolor.

Elicio, que con el inminente casamiento de Galatea con el lusitano ve cerrados todos los caminos de su gusto, recibe aquella misma noche, por conducto de Maurisa, esta carta de Galatea:

«En la apresurada determinación de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que a mí mesma me he hecho hasta llegar a este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mía. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algún remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efecto, con el miramiento que a tu crédito debes y a mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque a mí me queda harto para arrepentirme. No digo más, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.»

En extraña confusión ponen a Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, así el escribirle, pues hasta entonces jamás lo había hecho, como el mandarle buscar remedio a la sinrazón que se le hace. Después de pensar cómo cumplirá lo que le es mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera, y no ofreciéndosele otro remedio, sino el que de sus amigos espera, confiado en ellos, se atreve a responder a Galatea que ponga buen rostro a la fortuna presente, fiada en la bonanza venidera, pues se dispone a cumplir su mandamiento.

Y se pone de acuerdo con sus amigos para impedir a toda costa que la sin par Galatea sea desterrada de las riberas del Tajo, para ir a ser esposa del lusitano pastor.

De todo lo cual se desprende que no puede reducirse a continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, a mil contrarios accidentes están sujetos. Los tiempos cambian, y con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ría el que ayer lloraba y que mañana llore el que hoy se ríe. No hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcance, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone a ellos.

V.– La mujer en los «Trabajos de Persiles y Segismunda»

Auristela

«Así como la luz resplandece más en las tinieblas, así la esperanza ha de estar más firme en los trabajos.»
(CERVANTES. – Trabajos de Pérsiles y Segismunda)

Auristela es de tanta hermosura que puede llevar la ventaja no sólo entre las existentes sino entre aquellas que puede pintar en la imaginación el más agudo entendimiento.

Su discreción iguala a su belleza, y sus desdichas a su discreción y a su hermosura.

Sus padres son de linaje de reyes, y de riquísimo estado.

Se ve vendida por piratas, y comprada por Arnaldo, hijo heredero del rey de Dinamarca, que la ama con tanto ahínco, que mil veces de esclava la quiere hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey padre de Arnaldo, que juzga que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho más que ser reina merecen; pero ella se defiende, diciendo no ser posible romper un voto que tiene hecho de guardar virginidad toda la vida, y no piensa quebrarlo en ninguna manera, aunque la soliciten promesas, o la amenacen muertes.

No por esto deja Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas a la variación de los tiempos, y a la mudable condición de las mujeres; hasta que sucede, que andando Auristela por la orilla del mar, solazándose, no como esclava, sino como reina, llegan unos bajeles de corsarios, la roban y la llevan no se sabe dónde.

El príncipe Arnaldo, imaginando que estos son los mismos que la primera vez se la vendieron, ordena, para averiguar si la reina de sus amores se halla prisionera en la isla por estos habitada, venderles la joven Taurisa, excamarera de Auristela, para que sirva de espía.

Después de oír esta historia de labios de Taurisa, el joven y gallardo mancebo Periandro, de nobilísimos padres nacido, hermoso sobre todo encarecimiento y a quien Arnaldo acaba de salvar de un naufragio y de la esclavitud, recogiéndolo a bordo de su navío, se ofrece a ser vendido a los bárbaros, vestido de mujer, para buscar a Auristela, diciendo que esta es una hermana suya, que también anda buscando y que resulta ser su amada.

De ahí los trabajos que Periandro y Auristela, o sean Pérsiles y Segismunda, pasan por salir de la esclavitud y realizar sus sueños de ventura.

Periandro ha encontrado a su Auristela en poder de los bárbaros, vestida de hombre y resignada al sacrificio de su vida por salvar su honra.

Porque el sentimiento de la honra domina en ella de tal modo, que constituye el fondo de su carácter.

Del de la compasión que abriga su alma dan fe, entre otras pruebas, el profundo desmayo y abundantes lágrimas que la agonía y muerte de su ama Cloelia le causan.

Es la personificación de la esperanza, que tiene más firmeza en los trabajos, como la luz resplandece más en las tinieblas.

Su hermosura es tan admirable, que al desembarcar con sus compañeros en la isla Golandia, la gente que sale de los navíos y del mesón a recibirles, se postran en el suelo y dan muestras de adorarla; míranla callando y con tanto respeto, que no aciertan a mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa que en mirar.

Aunque conoce la modestia del príncipe Arnaldo y la mucha discreción de Periandro, mil géneros de temores sobresaltan a Auristela pareciéndole que como el amor del príncipe iguala a su poder, puede remitir a la fuerza sus ruegos; que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes, se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento.

Su discreción le hace contestar a Arnaldo, que le manifiesta haber convenido con Periandro partir para Inglaterra, España o Francia, desde donde pueda ir cómodamente a Roma a cumplir su voto:

– Yo no tengo voluntad, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya.

Y al reconocer a su doncella Taurisa en la joven exánime cuya posesión acaban de disputarse dos gallardos y fuertes mancebos, de extremada disposición y brío, en un trágico duelo en que ambos han hallado la muerte, exclama atónita y tan triste como la tristeza misma:

– ¡Ay, con qué prodigiosas seriales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Qué imposibles son estos que descubro a cada paso de mi remedio?

Y revelan su ánimo firme y resuelto estas otras palabras que a continuación pronuncia en una súbita reacción de su energía:

– Mas, pues aquí son excusados los llantos y de ningún provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora a la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos.

Al oír que la bella Sinforosa, hija del rey Policarpo, quitóse una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la de Periandro, vencedor en los juegos olímpicos, diciendo con honesta gracia al ponérsela: «Cuando mi padre sea tan venturoso que volváis a verle, veréis como no vendréis a servirle, sino a ser servido», Auristela no puede disimular la agitación de su pecho.

¡Oh poderosa fuerza de los celos, oh enfermedad que de tal manera te pegas al alma, que sólo te despegas con la vida! ¡Oh hermosísima Auristela, deténte: no te precipites a dar lugar en tu imaginación a esta rabiosa dolencia! Pero ¿quién podrá tener a raya los pensamientos, que suelen ser tan ligeros y sutiles, que como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo más escondido de las almas? ¡Ay! Auristela rinde el sufrimiento a las sospechas, entrega la paciencia a los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Trausila le dice:

– Querida amiga mía, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo, se pierda mi hermano Periandro. ¿No le ves en la boca de este valeroso capitán, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento más a los favores de una doncella, que a los cuidados que le debían dar los destierros y pasos desta su hermana? Anclase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas, y déjase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, a esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle.

Las interesantes escenas que se desarrollan al ser salvada Auristela del naufragio con varios de sus compañeros de viaje, prueban que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va a buscar el alma enamorada en los últimos trances de la vida.

– Yo espero en los piadosos cielos, dice Auristela a Periandro, al oír confesar a éste las obligaciones que debe a Sinforosa, que algún día ha de reducir a sosiego mi desasosiego, y a bonanza mi tormenta, y en este entretanto con el encarecimiento que puedo te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras ni otras obligaciones, que en la mía y en las mías podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal cual es, a la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Mas los celos no usurpan el puesto a la bondad ni a la discreción en el alma de Auristela, como lo prueban las palabras que dirige a Sinforosa, al empezar esta a contarle sus amores:

– ¿Qué es esto, señora mía?, le dice poniendo su boca con la suya y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros; estas muestras me dan a entender que estáis más enferma que yo, y más lastimada el alma que la mía. Mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad.

Y, a las primeras revelaciones, aun vacilantes, de su rival, enjugándole los ojos y abrazándola, insiste:

– No se te mueran, oh apasionada señora, las palabras en la boca; despide de ti por algún pequeño espacio la confusión y la cortedad, y hazme depositaria de tus secretos; que los males comunicados, si no alcanzan curación, alcanzan alivio: si tu pasión es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas a querer bien a algún sujeto, a quien las estrellas las indican, que no se ha de decir que las fuerzan: dime,

señora, a quién quieres, a quién amas y a quién adoras.... que como sea hombre, no me causará espanto ni maravilla: mujer soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido de la boca, que bien pudieran, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte.

De su honestidad dan testimonio los razonamientos con que contesta a Sinforosa, después que ésta ha terminado por confesarle que ama secretamente a Periandro, sin haber tenido jamás atrevimiento de alzar los ojos a mirarlo.

– Bien creo, eso, le dice; ¿pero es posible que él no haya dado muestras de quererte? Sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya: y así soy de parecer que antes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasión para ello con algún honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los más tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde a tu deseo, seráme fácil a mí hacerle que de todo en todo le satisfaga... No te aconsejo yo que te deshonestes ni precipites, que los favores que hacen las doncellas a los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto.

Que es diplomática lo prueban estos consejos que da a Periandro, la primera vez que la industria de Sinforosa da lugar a que se encuentre sola con él, para que le hable del amor que ha encendido en su pecho:

– Esta nuestra peregrinación, hermano y señor mío, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada día y cada momento me hace temer los de la muerte, y querría que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures...

Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increíbles, y yo digo que tiene creíble hermosura... y en lo que he echado de ver es de condición blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto.

Con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero según los casos presentes, no te estará mal esta compañía: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino a Roma cuanto más le procuramos, más se dificulta y alarga; mi intención no se muda, pero tiembla, y no querría que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religión, y querría que tú la acabases en buen estado.

Viendo que Periandro, después de oír este razonamiento, da consigo en el suelo de rodillas, con un nudo en la garganta, trabada la lengua y desmayado, Auristela le pone la mano en el rostro y le enjuga las lágrimas, que sin que él lo sienta hilo a hilo le bañan las mejillas.

Vivas emociones sienten luego Auristela cuando, por una parte, Sinforosa le anuncia que el rey su padre la adora y quiere casarse con ella, y le ha prometido a Periandro por esposo, y por otra parte oye de labios de su fingido hermano estas razones:

– Mírame bien, que yo soy Periandro, el que fue Pérsiles, y el que tú quieres que sea Periandro: el nudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte, y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios a esta verdad? Por todos los cielos y por ti misma, más hermosa que ellos, te ruego que no nombres más a Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte a que yo olvide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma; ésta mía, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron.

– Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, contesta Auristela, y confiada te pido que con brevedad salgamos desta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene.

Ambos consideran el peligro en que están y buscan el remedio que necesitan. Salen del reino de Policarpo; van a parar a la isla de las Ermitas, donde hallan buen acogimiento; se separan de Arnaldo, quien recomienda a Periandro que mire por su hermana y la guarde para reina de Dinamarca; se embarcan para España, desembarcan en la ribera portuguesa de Belén, y pasan por tierra a Lisboa, de donde al cabo de diez días salen para Roma en traje de peregrinos,

porque Auristela, con toda la gala del Septentrión en el vestido, la más bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro, había llamado tanto la atención de los lisbonenses, que parecían perseguidos por el vulgo.

Van a pie, a causa de la devoción de Auristela, que ha prometido ir así a la ciudad santa, desde la parte do llegase en tierra firme. Les suceden extrañas aventuras y corren grandes peligros. Cruzan España, penetran en Francia, y cuando, en un castillo de Provenza, Periandro, por sujetar a un loco que quiere degollar a su familia, se despeña con él, Auristela, creyendo que está muerto, se arroja sobre su cuerpo ensangrentado, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperando recoger en sí alguna reliquia, si del alma le quedara, dice abrazada a Periandro:

– No sé yo, infeliz, cómo busco aliento en un muerto, y cómo, ya que le tuviese, puedo sentirle, si estoy tan sin él, que no sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano, y qué caída ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto a vuestra desventura?... Ventura íbades a buscar en la mía, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mío a la sepultura: ¡cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando a sus oídos llegue vuestra no pensada muerte!...

Pero sano Periandro de sus heridas, los peregrinos prosiguen su viaje, se internan en Italia, y, en ocasión en que se discute si puede haber amor sin celos, Auristela abre otra vez su corazón y explica la diferencia que a su juicio existe entre el amor y el querer bien. Según ella, el querer bien puede ser sin causa vehemente que nos mueva la voluntad, como se puede querer a una criada que nos sirve, o a una estatua y pintura que bien nos parece, o que mucho nos agrada, y estas no dan celos, ni los pueden dar; pero lo que se llama amor, que es una vehemente pasión del ánimo, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida.

Ya los aires de Roma les dan en el rostro; ya las esperanzas que los sustentan les bullen en las almas, ya hacen cuenta que se ven en la dulce posesión esperada. Periandro dice a Auristela que es el Pérsiles que en la casa del rey su padre dio palabra a Segismunda de ser su esposo. Auristela confiesa a su compañero de peregrinación que sólo una voluntad ha tenido en toda su vida, y esa se la entregó hace dos años, no forzada, sino de su libre albedrío, la cual tan entera y firme está ahora como el primer día que le hizo señor de ella, y no ha hecho más que aumentar entre los muchos trabajos que han pasado.

– De que tú estés firme en tu voluntad, añade, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesión tus esperanzas.

Es la primera vez que han hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamás ha dado ocasión a Periandro, a que en secreto la hable, y con este artificio y seguridad notable han pasado plaza de hermanos entre todos cuantos los han conocido. Alborózanse sus corazones, viéndose tan cerca del fin de su deseo. Entran en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa.

Infórmase Auristela de todo lo que le parece que le falta por saber de la fe católica, a lo menos de aquello que en su patria oscuramente se practicaba: halla con quién comunicar su deseo por medio de los penitenciarios, con uno de los cuales hace su confesión entera, y queda enseñada y satisfecha de todo lo que quiere. Cae enferma por los hechizos de una judía; pierde su hermosura, enflaquece por momentos y quita las esperanzas de su salud a cuantos la conocen: sólo Periandro, el enamorado, el firme, con intrépido pecho se opina a la contraria fortuna y a la misma muerte, que en la de Auristela le amenaza. Recobra ésta la salud, por haber la judía deshecho los hechizos; propone a Periandro el intento de no casarse, y sale él despechado por semejante proposición.

El lector viene por fin en conocimiento de que Periandro es Pérsiles, hijo segundo del difunto rey de Tile y hermano de Maximino, heredero del reino, y de que Auristela es Segismunda, hija mayor de Eustoquia, reina de Frislanda y con quien tuvo empeño en casarse el imperioso Maximino. Pérsiles y Segismunda se aman, y a fin de evitar la persecución del joven rey, conciertan con la reina Eustoquia, durante una ausencia de Maximino, un viaje a Roma, con la disculpa de que han hecho voto de ir allí a enterarse de la fe católica, jurando primero Pérsiles que en ninguna manera irá, en dicho ni hecho contra su honestidad.

Entéranse de que Maximino viene en su busca, hallándose enfermo en Terrachina, entre Nápoles y Roma. Periandro recibe del envidioso y desalmado Pirro una estocada que pone en peligro su vida. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento a Pérsiles, vuelve a buscarle alegre por pensar que en su mano y en su arrepentimiento está el volver a la parte que

quiera la voluntad de su amigo, porque se imagina ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no se engaña, pues los trae Periandro en disposición de no salir de los de Auristela; pero ¡mirad los engaños de la variable fortuna! Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que antes era; pensaba reír y estaba llorando; pensaba vivir y ya se muere, creía gozar de la vista de Periandro, y ofrécesele a los ojos la del príncipe Maximino, que con gran acompañamiento entra en Roma.

Fíjase este en la muchedumbre que rodea al herido, conoce a su hermano y a Segismunda, sobre cuyos brazos se deja caer del coche; sintiéndose morir, coge con la mano derecha la izquierda de su hermano y se la lleva a los ojos, une con su izquierda las derechas de ambos, y con voz turbada y aliento mortal dice:

– De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, oh hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Segismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Segismunda heredas, góceslos con salud años infinitos.

Y Dios permitió que se cumplieran los tiernos votos del moribundo.

Advertencia

Por imposibilidad absoluta de terminar el libro Las Mujeres de Cervantes el eminente escritor D. José Sánchez Rojas a quien lo teníamos encomendado, nos hemos visto precisados a confiar a los reputados literatos D. José Pérez Hervás y don Juan B. Enseñat, al primero los artículos *El ama y Dulcinea,* y al segundo los referentes a *Galatea* y a *Pérsiles y Segismunda.*

Los Editores

José Sánchez Rojas

Castilla y Cataluña

MADRID – BARCELONA
1919

IMPRENTA Y LIBRERÍA VIUDA DE MONTERO. FERRARI, 4 Y 6. VALLADOLID, 1919

CONFERENCIA
LEÍDA POR SU AUTOR
EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1918
EN LOS SALONES DEL CÍRCULO MERCANTIL
DE PEÑARANDA DE BRACAMONTE[100].

[100] La conferencia surgió a raíz de una polémica mantenida en *El Adelanto* sobre el asunto por Fernando Íscar Peyra, Francisco Ruipérez (de Peñaranda) y el mismo Rojas, entre otros, durante los últimos meses del año, de ahí la actualidad y conveniencia del tema.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
Derechos reservados

A mi amigo el doctor

Enrique Nogueras,

criado en Cataluña y recriado en las Castillas, cordialmente dedica estas breves páginas de lucha

EL AUTOR

Alba de Tormes, 22 de Enero de 1919

«... la Castiglia, che vi resta appunto nel mezzo, è infelicissima, e tutte la altre provincie, trattane la sola Andalusia, sono non solamente esauste, ma desolate… »[101]

(FULVIO TESTI, informe al Duque de Módena, 3 Febrero 1641. Documento citado por B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza.* Bari, 1917. Págs. 251 y 252 n.)

[101] «...Castilla, que queda precisamente en el medio, y las demás provincias, con la excepción de Andalucía, están no solamente exhaustas, sino desoladas...».

Planteamiento del problema

Señores: Pocas palabras preliminares para agradecer a mi amigo don Francisco Ruipérez las suyas cordialísimas acerca de mi modesta labor literaria que he dividido, por igual, desde hace diez años entre Castilla y Cataluña, procurando llevar al mar las sugestiones, las pobres sugestiones del llano y queriendo traer a estas llanuras, que se espejan en el cielo, los riquísimos latidos de una raza fuerte y vigorosa que se mira en las aguas tersas y azules del Mediterráneo. Agradezco al señor Ruipérez sus palabras porque son reveladoras de un viejo afecto y me traen el eco de aquellos días juveniles y universitarios de la pasada mocedad, en que las ideas brotaban audaces de nuestros cerebros, y porque me recuerdan también coincidencias más recientes de nuestros dos espíritus, anhelosos de lucha, en horas bien tristes para esta España nuestra y para esta pobre Castilla nuestra, que necesita el barreno y la dinamita de la inquietud, a ver si se desprende de esta costra berroqueña donde asientan sus palacios los caciques y sus guaridas las cornejas.

Estamos en un momento de inquietud, señores, que no en balde han dado su vida nueve millones de hombres en los campos de batalla para que no tengan el derecho de preguntarse si el Mundo ha de continuar por los viejos y gastados raíles de sus antiguas culpas y pecados. La hora está llena de plenitud y de peligros, y a la vez de amorosas afirmaciones y de gallardía fecunda. Apenas firmado el armisticio, en esta misma España nuestra neutralista a ultranza, egoísta y perezosa, el eco de la angustia y de la desazón invade el subsuelo de las conciencias y de los espíritus. Y como Cataluña, al lado de Francia, vibrando con Francia, ha sentido con ella toda la emoción trágica de estos cuatro años, y como Castilla ha asistido a esta lucha cual si presenciara una riña de gallos o una faena de diestros favoritos, comienza a sentirse en España la pugna de dos ideologías que se rechazan recíprocamente. El mar simboliza la innovación, y la llanura se dispone a la resistencia. El litoral, que es el órgano de relación de nuestro pueblo, los brazos y los pies de un cuerpo paralítico, pide movimiento y soltura al tronco, que parece vivir a gusto en el lecho que le han labrado cuatro siglos de inhibición forzosa. Frente a lo que Cambó llama el hecho biológico de la personalidad catalana –hecho biológico, que, naturalmente, y por efecto de su propia vida, camina, en sucesivas evoluciones, al desarrollo de su plenitud– están la resistencia, la reacción, el aquietamiento de Castilla, que no se ha preguntado nunca sus propias finalidades colectivas y que está detentada y escamoteada por movimientos y poderes extraños a su personalidad histórica. No es otro el problema que se debate en estos momentos. Para orientarnos en él, para ver claro y sin pasión en él, para fijar en él una actitud y una postura, conviene que establezcamos, en un parangón exacto, la fisonomía espiritual de las dos fuerzas en pugna. Si en ellas hay una semejanza, un rasgo común, que las permita encontrarse y fundirse, la antítesis puede trocase en armonía y en colaboración mutua la lucha. Si, por el contrario, los dos elementos adversos son naturalmente irreductibles, la lucha se enconará más cada día hasta que se resuelva fatalmente en la hegemonía del más fuerte y en el sometimiento del más flojo al vencedor. Así, el análisis que hagamos ahora de estas dos fuerzas, Castilla y Cataluña, no como se dice que son por los confusionarios de ambos bandos, si no [sic] como son realmente en la vida y en la historia, nos dará, no una solución al problema, que la vida es harto más compleja que las previsiones humanas, pero sí una orientación modesta y

una visión tranquila en torno al mismo, y sobre todo, una excelente buena voluntad para que todos, castellanos y catalanes, colaboremos juntos en la obra de una España mejor que no nos avergüence, sino que nos redima de nuestras propias equivocaciones.

La significación histórica de Castilla[102]

¿No os habéis preguntado nunca, queridos amigos míos, aquí, en la paz casera de nuestros encinares, aquí en la discreta murmuración de nuestros casinos, aquí, a lo largo de estas tierras paniegas azotadas por el cierzo, heladas por la escarcha y calcinadas por el sol, no os habéis preguntado nunca qué es, qué significa, qué representa para la vida española, y más todavía, para la vida universal, esta ancha meseta de nuestras provincias, con sus hombres resignados, sus aldeas como aduares, sus villas amodorradas y sus ciudades, impasibles y ceñudas, como sus hidalgos perezosos e insensibles?

¿No os habéis preguntado por el alma que acusan los rasgos de esta llanada inmensa encarada con el cielo en toda su plenitud, por el espíritu de estos barbechos amarillos, por el color de estos aldeanos que a tierra huelen y a tierra saben, por la ideología de estos señoritos perezosos y botarates, por la melancolía de estas mujerucas que piden resignación a unos cristos macilentos y tristes, por esta dejadez, y este silencio, y esta tragedia, de la meseta?

¿No os habéis estremecido de este silencio de muerte que ahoga todo grito de entusiasmo y de mocedad? ¿No os da la impresión la meseta de un desierto poblado de sordos y de ciegos? ¿No os habéis preguntado nunca para qué sirve el grano que cosecha el campesino, el voto que otorgamos al señorito que dice que nos representa en las Cortes, la confianza que depositamos en el vecino que llevamos al Concejo? ¿No os habéis parado a considerar, después de una ilusión rota, de un desengaño que ha interrumpido el ritmo de vuestro corazón por algún tiempo, a la luz de sangre de un crepúsculo de la llanura que concierta con la puesta del sol en vuestro espíritu, qué es, qué significa, qué representa, para vosotros y para los demás, esta adorada tierra de Castilla?

Si le preguntamos eso a la historia, la historia nos contesta con una mueca amarga y con un expresivo encogimiento de hombros. La historia nos dice que nos colonizó Roma, y que echamos del suelo a nuestros colonizadores, y que creamos una Monarquía indígena, visigoda, que vivió para la pelea por el afán necesario, por la necesidad absoluta de crearse un territorio donde se pudiera asentar. España tarda muchos siglos en ser España. Desde Cangas de Onís, desde Oviedo, por etapas sucesivas y lentísimas, vamos avanzando en nuestra propia casa hasta Toledo, hasta Sevilla, hasta Córdoba, hasta Santa Fe y hasta Granada. Una obra pesada, terrible, de ensanchamiento, de reconstitución territorial, nos consume por entero. No tenemos un minuto de recogimiento porque los necesitamos todos para la acción. Castilla, tierra de Castillos, amanece a la vida con sus condados independientes; sus ciudades tienen que defenderse a la vez de las rapiñas de los magnates y de la codicia de los reyes; nace naturalmente democrática nuestra Castilla porque nace libre, y es, en su estructura primaria, una federación de Concejos libres e independientes que se va trocando, poco a poco, en un reino, esto es, en una cosa patrimonial, que se hereda, se compra, se vende, se regala, se usufructúa y se permuta. Pero los primeros balbuceos de nuestra Castilla no son para cantar a un Rey, sino para loar a un vasallo. Pero Abad, el juglar desconocido que en la soledad de un monasterio canta el ímpetu y la pujanza de una raza fuerte de campesinos, se lamenta de que un tan buen vasallo como Rodrigo Díaz de Vivar, el Mío Cid, sirva a un Rey tan ingrato, tan desleal y tan olvidadizo. Y nuestros romances leoneses, los más viejos, los de "Zamora, la bien cercada", los de "Orillas del Duero arriba", expresan el mismo sentimiento de recelo y de hostilidad al príncipe, para simbolizar en Doña Urraca, –enamorada cuando muchacha del gallardo Rodrigo, ya casado con Jimena–, la libertad, o si queréis decirlo con una palabra actual, la autonomía de nuestras ciudades.

[102] Sánchez Rojas transcribiría, con muy ligeras variaciones, la totalidad de este capítulo a sendos artículos publicados en el diario madrileño *El Sol* los días 14 de marzo y 17 de junio de 1919 bajo el título «La significación histórica castellana».

También hemos localizado otro artículo con este mismo título, «La significación histórica castellana», publicado en la revista *Castilla* (25-02-1919) en el que se incluyen las consideraciones iniciales de este apartado.

Igual ocurriría con el libro *Paisajes y cosas de Castilla* (Ed. América, Madrid, 1919), en el que dentro del apartado *Cosas de Castilla*, Sánchez Rojas reproduciría, de forma casi literal y con el mismo título, una parte de este capítulo.

Castilla, esa Castilla que se va ensanchando delante del caballo del Cid territorialmente, se va enriqueciendo también de caudal espiritual, de conquistas democráticas, de derechos gremiales y corporativos, de fueros y de privilegios, a medida que sirve a sus Príncipes. De igual a igual los trata, con llaneza no exenta de señorío, con humildad sospechosa que, lejos de disimular, subraya el pacto que con ellos ha hecho tan espontánea como libremente. Si una ciudad sirve al Rey contra el moro, o contra el aragonés, o contra un díscolo señor firme en su castillo roquero, el Rey tiene que pagar a la ciudad el sacrificio, indemnizándola con exenciones de tributos, o con honores a sus Concejos, o con concesiones a sus mercados. Y así conviven los dos poderes, el monárquico, más simbólico que fuerte, y el concejil.

Castilla y en seguida León, que con ella se funde políticamente a todo escape, se hace fuerte en sus Cortes. Y con las Cortes tiene que contar el rey cuando quiere dineros, y en esto de la concesión de los dineros, los pueblos hilan muy delgado y hablan muy fuerte, cuando la pretensión pasa de la raya. Y Castilla es rica, riquísima, a la sombra de su libertad. Sus merinas son las más codiciadas de Europa. Y tiene fábricas de algodón, de seda, de alfombras, de cueros, con una democracia artesana y agremiada que campa por sus respetos. La fusión arábiga, la cultura arábiga, estimula y perfecciona su producción. Y los montes públicos, y los prados de concejo, y los bienes de propios, y la municipalización de servicios, convierten la agricultura en el más pingüe de los oficios. ¡Ventajas de la federación democrática! Organización admirable de aquel sistema político, de aquellas Cortes –de las que dice Macías Picavea– que, todavía, en nombre de los grandes intereses nacionales, intervenían el poder que al Rey quedaba, fuera de los señoríos, fueros, behetrías y municipalidades libres.

Con el Renacimiento que llega a Castilla con Isabel y que influye sobre Castilla a través del aragonés Fernando, se acaba la conquista territorial. Y entonces Castilla se derrama fuera. La aventura de las Américas nos despuebla; el gesto de Colón nos aturde y nos despista. Y el matrimonio de la Reina con Fernando que nos trae Aragón, y el Condado de Cataluña, y compromisos de familia sobre Nápoles primero, y sobre las ciudades italianas, después, convierten ya a los pueblos todos hispánicos, a España que ya es una realidad y no una aspiración, en la potencia militar más poderosa y temida de Europa, en los albores del siglo XVI. Pero Castilla es el centro natural, el tronco, la raíz, el suelo y hasta el subsuelo del nuevo pueblo militar y expansivo.

Los Reyes Católicos no pueden –yo creo que quieren, pero no pueden– debilitar las autonomías regionales y municipales, porque la soldadura nacional es muy reciente y hay que rematarla con cesiones y zalemas mutuas. Castilla, por su posición geográfica, lejos del mar y lejos de los extremos, es ya el corazón de España. En el matrimonio del aragonés y de la castellana, la castellana, más cauta, más lista y mejor situada, anula al marido, acaso porque Fernando comprende que la administración de los bienes de Isabel ha de producir mayores rendimientos que su patrimonio. Y como la unidad nacional supone un quebrantamiento de los magnates y la rápida decadencia de estos, Fernando tiene que halagar a las ciudades para luchar contra ellos y asentar con la ayuda de estas los cimientos de su trono. Así, Castilla gana por necesidades del contrapeso, y aumenta su influencia en el reinado.

Pero la curva del descenso se inicia al morir Isabel en Medina, y sobre todo, al fallecer su hija Juana, en tierras de Tordesillas, cara al Duero, mirando a Portugal. Con la ascensión al trono del Emperador, Castilla ha de ser la primera víctima de la dinastía extranjera. La decoración cambia rápidamente. Apenas llega el alemán a las Castillas, reúne a las Cortes, ¿sabéis para qué? Para que le paguen los gastos de la coronación imperial, para que le enjuguen sus deudas personales, para que vivan, a cuenta del sudor de los Concejos, las pandillas de bandoleros, que, con Xebrés a la cabeza trae Carlos a las Españas para sostener los caprichos de las opulentas rubias flamencas que llenan de bastarditos a los ociosos cortesanos. Y ese dinero se lo pide a Castilla, el Rey, con apremios, impositivamente, como un Zar de hogaño en un *ukase* o un Kaiser de opereta en una proclama fanfarrona y hueca. En 1520 –Cortes de la Coruña y de Santiago– penetra la germanofilia en Castilla; ¡ya veis si nuestros admiradores de *Armando Guerra* cuentan con una larga tradición castiza, aunque ellos, que no saben nada de nada, no lo sepan!

Penetra la germanofilia, señores y amigos míos, o lo que es igual, la monarquía patrimonial, los reyes de derecho divino, las empresas de exterminio de lo ajeno y de acrecentamiento de lo propio, los poderes irresponsables y arbitrarios, el desprecio a los pueblos que son simplemente cosas, el reto a la opinión pública, el aniquilamiento de las fuerzas representativas y corporativas, el agarrotamiento de las libertades y de las iniciativas fecundas.

Castilla se defiende con las Comunidades y con la Junta Santa, funda sus hermandades, *mancomuna* –nunca mejor empleada esta palabra que aquí– *mancomuna* sus Concejos y sus

gremios, se apresta a la defensa, Bravo monta a caballo, Maldonado grita en Salamanca contra el flamenco, Juan Padilla levanta en Toledo hasta las piedras contra el alemán. Pero viene Villalar, y se levanta la horca, y mueren como cristianos los que supieron pelear como caballeros. ¡Y aquí yace Castilla, a manos del alemán! Y –escribe Macías Picavea[103]– "llegó a España el teutón Carlos V, copó la nación, la encadenó a Alemania, y desde aquel día nefasto, ¡adiós municipios republicanos, regiones libres, gremios democráticos, ciudades industriosas, campos prósperos, burguesía inteligente y rica, Justicia de Aragón y Consejo de Castilla, Cortes venerandas, milicias nacionales, reivindicaciones de la España fangitana, empresas pura y castizamente españolas! ¡Adiós, nacionalidad! ¡Adiós, tradición! ¡Adiós, progreso! todo aquello que era nuestra médula y nuestra alma, se apagó prontamente. Y desde entonces todo fue también boca abajo, de cabeza hacia el abismo".

No se equivoca Macías Picavea, en efecto, porque la tiranía no se detiene jamás, y lo que hizo con nosotros Carlos, hizo Felipe II con Aragón valiéndose de los sometidos castellanos, y Felipe IV, el amante de la Calderona, el libertino, idiota y catolicísimo, con las libertades catalanas. Pero nosotros, los castellanos, que fuimos los primeramente sometidos a las brutalidades de un poder unitario manejado por los Austrias, éramos –¡terrible y mentirosa paradoja!– los opresores a los ojos de los demás pueblos, que no podían advertir, en los momentos en que se les atenazaba, que Castilla, metiendo el enemigo en casa, había dejado de ser lo que era y que la derrota de su ideal le llevaba forzosamente a la comisión de los más terribles desafueros. Castilla –y esta es la lección que debo recoger aquí– no tiene ya nada que ver con lo que posteriormente se llama sentido castellano. En el siglo XVI perece. Disipada su personalidad se convierte en un instrumento en manos de sus oligarcas. Un rey, forastero, trájola el sometimiento, la intervención de un pueblo extraño, la esclavitud. Y culpar a Castilla de sus propias desgracias es exactamente lo mismo que si hoy hiciéramos a Bélgica responsable de los desafueros alemanes o a Servia de los crímenes austriacos[104].

Porque todo lo que viene detrás de Carlos, los Felipes, los Borbones, y en nuestros días, el desprendimiento colonial, no es un error castellano, sino del fruto final y la consecuencia última de una política extranjera que empezó sometiendo a Castilla. Lo que ocurre es que el virus de la germanía naturalmente se infiltra con preferencia en los organismos pobres y heterónomos. Y Castilla es el caso típico de esta injusticia histórica.

Lo que es, lo que significa, lo que representa Castilla nos lo dice elocuentemente su propia vida. Veamos ahora qué aportaciones políticas nos ofrece el examen de Cataluña.

La significación histórica de Cataluña

Yo, señores y amigos de Peñaranda de Bracamonte, conozco Cataluña, es más, he vivido también en Cataluña. He visto sus ciudades, entiendo su lengua, he oído la canción de su mar, he convivido con sus gentes, he oreado mis pulmones con la resina de sus pinares y me he saturado de lo infinito en las cumbres de los Pirineos y sobre los picachos, que parecen monjes encapuchados rezando una plegaria, de su divino, rudo y tonificante Montserrat. Además llevo sangre catalana en las venas, la materna, sangre de payeses de los valles del Priorato, en Tarragona. Y sangre liberal catalana, por más señas. Mi abuelo materno era de una vieja familia liberal. Acaso por eso, en mi espíritu, no se dan de cachetes el Himno de Riego, de procedencia paterna y castellana, con *Els segadors*, su "*bon cop de falç*", su buen golpe de hoz, la furia y venganza del sagrado himno, su deseo de cortar con las hoces afiladas y brillantes lo parasitario y lo inútil, se me antoja el mejor remedio por lo expeditivo –no se olvide que hay una justicia catalana– contra nuestros caciques y tiranos que entonan la *Marcha de Cádiz* o la *Marcha Real*, tanto monta, para corromper el sufragio o para firmar una escritura con pacto de retro.

Yo conozco Cataluña, os digo; ¡hermosa tierra catalana, en verdad, amigos míos! El mar la breza con sus cantos de cuna, la montaña la recorta y la tonifica. Yo quisiera que me acompa-

[103] Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional*. - Madrid. Suárez, 1919. Páginas 324-25 [Nota del autor]

[104] Al corregir las pruebas, leo la reseña del mitin de los estudiantes barceloneses en pro de la autonomía (La Publicidad, La Lucha y la Veu de Catalunya del 17 de Enero de 1919). Todos los jóvenes oradores hablan de la opresión castellana, de la hegemonía castellana, de la tiranía castellana. Esas frases son tan vagas y a la larga tan injustas como las equivalentes de nuestros *castellanistas* (¡) cuando confunden la actitud de Cataluña con el espíritu de la Lliga y hasta el espíritu de esta con una *boutade* cualquiera de un señor innominado. [Nota del autor]

ñaseis por un momento en una excursión ideal, por la áspera y noble tierra. He aquí Barcelona –recordad las palabras del *Quijote* y de las *Dos doncellas*, de Cervantes– tendida a los pies del Tibidabo y del Montjuich; el aire es claro, el ambiente luminoso y sedante y la tierra –apunta Cervantes con una palabra que vale por toda una descripción– y la tierra jocunda, esto es, alegre, como paraíso habitado por hombres que trabajan y ríen. He aquí Tarragona con sus piedras rojas y sus huellas romanas, transparente, diáfana, limpia, matrona que se asoma al mar sobre el balcón de sus Ramblas. He aquí Vich, ya en la montaña, grave y episcopal, con payeses de perfil duro y muchachitas, *noyas* sonrientes y tímidas, henchidas de hermosura y discreción, de *seny*. He aquí la túnica blanca de Sitges, mojando sus pies de nieve en el mar, cándida y risueña como una doncellita griega. He aquí Villafranca, con los manchones cárdenos de sus viñedos, y sus casonas labradoras anchas, y sus masías repletas y opulentas. He aquí Gerona, ceñuda y hosca, vieja, grietosa y gris. He aquí Tortosa, con su vieja tradición republicana, y Figueras y La Bisbal cuna de sus federales, y Manresa, y Tarrasa, y Villanueva con sus fábricas y sus humos que se disipan lentamente bajo el cielo azul, y los campanarios románicos de sus aldeas, y las playas campesinas donde anida el silencio, y el eterno murmullo del mar de Italia, del mar de Grecia, del *mare nostrum*, que dio elegancia y ritmo, nobleza y majestad, a los pueblos latinos que besa a todas horas, infundiéndoles gracia y movimiento e inquietud.

¡Hermosa Cataluña; que lejos vives, hermana mía, de los sufrimientos del llano, de los barbechos amarillos, del camposanto de esa *ampla Castella* que no estimas porque no conoces, del usurero con pico de aguilucho, del terrón apelmazado y duro que está cansado de parir, de la tragedia del fisco, del dolor del emigrante, de la tristeza de una religión que no sonríe, de los hipos convulsivos de una resignación que no espera, de la abulia de una raza esquilmada, estéril, buena, desgraciada y pobre! ¿Por qué no te preguntas tu ahora Castilla mía, cuando los cimientos de las cosas crujen, cuando alborea una mañana limpia de eterna mocedad, qué es, que representa, qué significa, frente a ti, esa Cataluña que no te echa los brazos, porque tú, ceñuda y callada, no la dices todo tu dolor y esquivas las confidencias?

La historia de Cataluña es toda la historia del mar. Condado independiente primero, presea la más rica de la Corona aragonesa luego, sometida al centro en el siglo XV, escribe su vida lejos, en playas remotas, negociando con turcos y con griegos, con el señorío de Venecia y con Toscana, con las repúblicas italianas de Pisa y de Génova. Os hago la justicia de suponeros enterados de su historia gloriosa, para deducir de sus efemérides más conocidas –su participación en las Cruzadas, su dominio en Nápoles, su influencia en Roma a través de los Borgias valencianos y catalanes, su Consulado del Mar– que es el órgano de relación de España con los demás pueblos, los pulmones del organismo nacional que insuflan en este corrientes de aire forasteras, el vehículo obligado de transmisión de las ideas y de las emociones de otros pueblos.

Voces que nos parecen castellanísimas, cantos que parecen moldeados por el llano –Fernando de Rojas, Garcilaso, Fray Luis, Cervantes–, no se explican sino a través del mar. La cultura de la Edad Media nos viene a través de Cataluña. La corriente italiana de los glosadores y de los poetas, de los noveladores y de los eruditos, pasa siempre por el Mediterráneo o por los Pirineos. Cataluña que para ganarse el sustento tiene que navegar como las ciudades anseáticas [sic], al recogerse de nuevo en su casa payral[105], incorpora ya a sus costumbres, hasta sin darse cuenta de ello, las preocupaciones de sus vecinos y de sus consocios. Gracias a Cataluña, al mar de Cataluña, España no se asfixia en la meseta, porque la cultura es al espíritu lo mismo que el aire renovado para el cuerpo.

Incorporada al centro, Cataluña defiende afanosamente, lo mismo que Castilla, su personalidad y su carácter. El descubrimiento de América, la ocupa y la remoza. Nuestras empresas imperialistas en Italia la distraen. Y cuando los Austrias del balduque y del expedienteo, del Santo Oficio y de la expulsión de los moriscos, liquidan sus últimas vergüenzas bajo la mirada imbécil y la barbilla saliente de aquel Carlos el Cretino o el Hechizado, sobre Cataluña pesa también la mano férrea de la Monarquía unitaria. Ya se alza contra Felipe IV abiertamente, pero Felipe IV "tretze voltes rei y lladre"[106], concluye con sus libertades como Carlos I con las nuestras. Y Cataluña, ahogada, tiene aún vigor para resistir su protesta, siempre viva y pujante. Luego, encarrilada ya, escribe, cuando peligra la independencia, su página de Gerona y de los somatenes del Bruc, y constantemente trata de despertar a los dormidos. Y en 1898...

[105] *Casa pairal*: Según su origen etimológico "casa paterna" (*pater* en latín). Tipo de casa solariega perteneciente a una familia o linaje, autónoma, con tierras de cultivo propio, robusta físicamente que servía en ocasiones de defensa.
[106] "Trece veces rey y ladrón".

Otra fase del sentimiento catalán

En 1898, cuando yo tenía trece años y en el colegio de mi bachillerato voceaba yo también contra Maceo y los patriotas cubanos, si España no hubiera pasado por una época de imbecilidad aguda, se hubiera percatado de que la política de cuatro siglos, no solamente la había aniquilado, sino deshonrado y envilecido a los ojos de los demás pueblos. Perdimos las colonias entre cantos patrioteros y entre artículos idiotas de lacayos del régimen que ya subieron a Ministros como era natural. ¡Cómo se fijaron en mi espíritu aquellos trágicos recuerdos de mi infancia! Por la estación de Alba pasaban, repatriados ya, rebaños de campesinos tuberculosos y anémicos que nos pedían caldo, que nos pedían leche, que nos pedían piedad. Aún parece que estoy viendo la mirada triste y azul del pobre general Tovar, acusado de traidor, que se volvió loco al llegar a la Península, muriendo lamentablemente en un manicomio. Y aún oigo también las voces de nuestros patriotas del régimen, que para salvar a una Habsburgo, a la Regente, acabaron con la sangre de nuestros pobres muchachos y con los jirones de nuestra pobre bandera.

Y entonces Cataluña acusó, acusó rudamente, con aspereza, con odio, con rabia, como acusaría el hijo que viese violada a su madre; entonces acusó Cataluña. ¿Qué era eso de la patria? Si la patria quería decir el régimen, ellos no eran patriotas. ¿Qué era eso del filibusterismo? Si el filibustero simbolizaba el amor a la independencia, ellos eran filibusteros. ¡Abajo mentiras y tradiciones, absurdos y patrioterías que se confundían con la lealtad dinástica! ¡Abajo el centralismo que fabricaba en el Nervión barquitos de madera, y que no daba ranchos a los combatientes, y que reclutaba empleados ladrones con patente de corso! Y España... ¿pero España era eso, el interés creado, la irresponsabilidad, la inercia, la derrota, el periódico embustero, el ministro prevaricador, la tierra yerma, el soldado tuberculoso, el orador ignoto? Seamos sinceros. Sí, España era eso. Era eso y solamente eso. Eso había sido España con Carlos I, con Felipe II, y con Felipe III, y con el IV y con Carlos II, y con los Borbones todos. Eso era con la Regencia, y había que virar en redondo para evitar que eso fuera en lo sucesivo. Pero no se evitó.

¡Adeu, Espanya! solloza Maragall al ver desembarcar nuestros muchachos en el puerto de Barcelona: *¡adeu, Espanya!* "Y que todos lo sepan: O ahora o nunca", grita en Valladolid el catedrático de geografía de su Instituto, Ricardo Macías Picavea. Y Costa, el gran Costa, el hombre que llora entonces por los españoles que no saben llorar, exclama, al contemplar nuestra pereza trágica: "En España no quedan más hombres que las mujeres". Y Unamuno, ese querido don Miguel, vibra con toda la reciedumbre de su coraje, desde Salamanca, buceando, a través de los místicos y de los dramaturgos, las fuentes vivas de nuestra perenne tradición castiza.

Yo quisiera que os dieseis cata de una verdad fundamental, a saber: la de que el catalanismo actual nació a la sombra de la derrota de la política centralista en 1898.

Adrede prescindo, al analizar este sentimiento, de las sucesivas fases por que ha atravesado este movimiento afectivo, durante un período de veinte años, hasta llegar a la hora de ahora. Nada me dicen para mi propósito los gritos separatistas del primer momento, el renacimiento literario catalán, la formación de la solidaridad, las Bases de Manresa, los libros de Prat y de Rovira y Virgili, las glosas de Xenius, las pastorales de Torras y Bages, las poesías de Verdaguer y de Maragall. Solamente me importa recoger de estos hechos la afirmación de que dos guerras –la que acabó con el dominio colonial español y la que acaba de rematarse ahora con la derrota vergonzosa del imperialismo[107]– han moldeado e inspirado un sentimiento anticentralista en Cataluña. También debo añadir de paso que, estudiada a la distancia de veinte años, nuestra catástrofe nacional, aparece con evidencia la triste verdad de que España –esa España oficial de los caciques– fue el verdugo, Cuba y Filipinas las víctimas, y los Estados Unidos los restauradores del Derecho ante el despotismo triunfante. Y ya no me resta más que recoger, porque flota en el ambiente el hecho de que el catalanismo no es ya, aunque lo parezca, un sentimiento regional, sino una corriente universal que soplando sobre los Pirineos se ha refugiado en Cataluña para extenderse por España a través de todos los obstáculos tradicionales, y de todas las resistencias históricas, y de todos los intereses que ha creado una artificiosa unidad nacional. Y henos aquí ante el momento presente. Dios no me despoje de mi sinceridad para enfocarlo.

[107] Se refiere al imperialismo derrotado en la 1ª guerra mundial. Cataluña se declaró principalmente aliadófila, mientras que el resto y el gobierno de España, germanófila. Vino esto a incrementar las voces independentistas.

La emoción de la hora

Vivimos una edad –¡bendita sea!– en que los minutos son días, y los días años, y los meses siglos. Cada mañana, al despertar, nos trae el correo la noticia de un viejo Imperio que se ha hundido, de un Monarca que huye como un carterista, de unos obreros que escalan el poder, de una República que nace, de un pueblo que se desprende de una opresión secular con la ligereza de una corza y sin la menor efusión de sangre. El Mundo, señores, no es viejo; cada día está más remozado y más ágil. Las bayonetas nada han podido contra las ideas; sobre los gases asfixiantes, están los radios de Wilson; sobre la neurastenia del ex Káiser, las masas socialistas de Berlín; sobre los ultimátum de Austria, los yugo-eslavos que peleaban por el acceso al mar. Todo quiebra, y todo se derrumba, y los escombros caen alegremente ante la sonrisa serena de los hombres libres. La historia no pasa sobre los pueblos, inquietos ante lo futuro. Y los cantos de cuna se ríen de las marchas funerarias.

Y esta guerra –no lo olvidéis jamás– esta guerra acaba con el destierro, con la ejecución, tal vez, de un sucesor de Carlos V, y con la huida vergonzosa de un Habsburgo que mete en la maleta apresuradamente las joyas que pertenecen al patrimonio de su país, y con la glorificación del pueblo que libertó a Cuba, y con la exaltación de aquella burguesía francesa que llevó al cadalso a Luis XVI. Y la victoria es la condenación de la obra imperialista, y la conclusión de los artificios centralistas, y la liquidación –no lo olvidéis tampoco– de toda la historia española del sable, de la hoguera, de la deportación, de la rapiña, de la conquista, de la prevaricación y de la inercia.

Cataluña, con el oído atento, se percata de la emoción de la hora y nos dice: "Hermanos de Aragón y de las Castillas, de Galicia y de Extremadura: nosotros somos soberanos porque somos hombres y ese monstruo de mil cabezas que se llama centralismo detenta nuestra soberanía. Vivíamos muy a gusto cuando nuestros pueblos se regían por sí mismos, cuando nuestros concejos dictaban sus disposiciones libérrimas, cuando los montes comunales calentaban los miembros ateridos de nuestros pobres, cuando vivíamos federados bajo las dulces cadenas de un pacto mutuo. Y comenzó el recelo cuando nos sujetaron a todos para crear otra cosa que no era ninguno de nosotros, sino un artificio que de la savia y el esfuerzo de todos nosotros se nutría. Vosotros veréis si no ha llegado el momento de cambiar la postura. Cada cual podemos llevar nuestra nota al concierto futuro: tú, Castilla, puedes llevar tu austeridad; tú, Galicia, tu dulzura; tú, Extremadura, tu riqueza insospechada hasta para ti misma; yo, Cataluña, mi sentido de ponderación y de dignidad. De un cuerpo muerto, podemos hacer brotar mil almas vivas. Yo estoy en el caso de recoger mi patrimonio porque sé regirme; vosotros, hermanos, debéis de prepararos también para imitarme, porque, creedme, el momento aprieta y la hora urge. La opresión mutua nos ha traído al borde del abismo. En vuestro nombre hablan todavía vuestros amos; yo, que ya me he sacudido de ellos, les niego el pan y el agua, como haréis vosotros cuando recobréis el sendero de vuestra ruta.

Gobernados y regidos por nosotros mismos, no queremos prescindir de un ideal nacional, sino de crearlo, porque en verdad os digo que no ha nacido todavía para nosotros. España, para vosotros, mis hermanos, y para mí, es una cosa lejana; un Rey que va de caza; un fisco que nos acribilla; un cuartel que nos lleva los hijos; una Justicia que nos sale demasiado cara, demasiado lenta y demasiado poco justa; un Gobernador civil que nos irrita; un Concejo que no puede moverse sin el permiso de una sombra que obstruye sus movimientos; unas Diputaciones provinciales que nos aniquilan con sus contingentes; unos policías que cobran el barato; un Parlamento que vive a espaldas de la realidad; unos acaparadores protegidos por la Guardia Civil; unas Universidades que incuban la pedantería a nuestros muchachos; unas Escuelas como cuadras sin sol y con mierda; todo eso es España. Y la queremos más cerca de nuestro corazón, la queremos más a nuestro lado, para que todos la infundamos nuestro propio espíritu... Mirad que la actual es patente de corso, bandera de desafueros y coto de desaprensivos. Enterremos ese cadáver para crear otra naciente, otra futura y gloriosa España, cuyos llantos y cuyos vagidos escuchemos silenciosamente, dentro de nuestras entrañas fecundas. Encerremos el vino rancio en copas nuevas, hermanos míos de las Españas, moriscos andaluces, suevos de Galicia, vascos de la montaña, romanos de las Castillas. Porque somos distintos, no nos repelemos sino que nos completamos. Bucead los tesoros en vuestras propias minas, vivid con ellos, sustituyamos esta España de trapos con otra de carne y hueso. Sea vuestra casa solariega, no campo de Agra-

mante de hermanos mal avenidos, sino palenque de estímulo y de emulación recíprocos. Si no queremos perecer, seamos sinceros con nosotros mismos. Como nos gobiernan los peores, vamos a jubilarlos por los más aptos. Y cuando la mala hierba se imponga en los sembrados, *bon cop de falç*, amigos míos. No otra cosa quiero yo decir, cuando, angustiada, grito en catalán, voces que os traducen aviesamente los cultivadores del equivoco".

La Castilla viva y la Castilla muerta

No ha dicho otra cosa, en puridad, Cataluña: yo os respondo honradamente de la traducción, porque leo sus periódicos, hojeo sus libros y sé cómo piensa buena parte de los directores de su movimiento. ¿Y qué ha respondido Castilla?

Pero hay dos Castillas: la viva y la muerta. La viva, la que mantiene la protesta, la que se entristece con su historia, la que quiere enterrar su leyenda dorada –esa leyenda dorada que inventó la Pardo Bazán y que suena lamentablemente a cobre con cardenillo–, la Castilla viva oye el consejo de Cataluña por segunda vez, porque ya lo ha oído antes en su propio corazón. Pero esta Castilla viva que forman sus profesores y sus industriales, sus obreros y sus colonos, todos los que sienten como se ahoga su voz entre los arenales del desierto, apenas si dispone de fuerzas para hacerse escuchar. Frente a los profesores están los señoritos, letradetes de la ignorancia y profesionales del disparate, esos grotescos abogados de Castilla, pasto montaraz de nuestras Facultades de Derecho, germanófilos, viciosos y cazadores, embrutecidos por una lujuria senil y por el alejamiento sistemático del libro. Pero frente a los industriales, están los usurerillos, enemigos de la revisión, por lo que pueda tronar la honrada industria del tanto por ciento. Pero frente a los obreros, están esos seráficos cortadores del cupón, los tediosos jaleadores de este orden establecido que es la muerte también establecida y decretada. Pero frente a los colonos, están los absentistas de Madrid, los dueños de esos cotos extremeños y de estas dehesas castellanas, senadores por derecho propio, que utilizan la Cámara para escribir a la querida con papel de relieve y que la utilizan para deyectar en el hemiciclo esas groserías de la chusma encanallada.

Y como absentistas son los Senadores, y los Diputados a Cortes nuestros cortadores del cupón, y alcaldes y concejales los grotescos leguleyos que brotan como el cardo de estos eriales sin cultivo, no es extraño que el sentir de Castilla no se oiga, ni que sus voces de dolor se pierdan y se apaguen ante el flato de esa elocuencia palabrera, ante la explosión de la majadería y de la vulgaridad que en Madrid explotan y jalean los separatistas del régimen y los filibusteros y anarquistas, sistemáticos conculcadores de las leyes.

Y voy llegando insensiblemente al límite de mi trabajo, que es, que quiero que sea otro grito más de un español modesto y de un castellano castellanísimo, que tiene derecho a crearse un ideal castellano, porque toda su vida de publicista la ha consagrado a este sacerdocio de la inquietud. Yo no veo, yo no acierto a ver una contradicción irreductible, una hostilidad manifiesta, entre la corriente que llega de Cataluña y la que verdaderamente ha de resurgir del llano. Entre los dos pueblos, hay, sí, una diferencia fundamental: Cataluña está ya capacitada para ejercer una influencia espiritual sobre España y para regirse con arreglo a un puro patrón de autonomía, cuanto más amplio, mejor, Castilla, amodorrada, dormida, narcotizada todavía por el veneno de su abulia desconsoladora, no tiene todavía más órgano verdadero de expresión que el de sus hombres conscientes, que son los menos. Y mientras este momento es para Cataluña el agosto y la cosecha de un grano en sazón, para Castilla es el principio de una vida nueva, revolucionaria quizás.

La actitud de Castilla

Revolucionaria, digo, porque el regionalismo se ha hecho liberal y democrático. Y revolucionaria porque la política preliminar autonomista de Castilla ha de comenzar por la base, esto es, por la liberación del suelo, por la reincorporación de la tierra al hombre.

Nuestro regionalismo no puede ser todavía político y ciudadano; tiene que ser, ante todo y sobre todo, agrario y campesino.

En Castilla, un toro, una oveja, un galgo, un conejo, gozan de más derechos políticos y civiles que un campesino. Es una triste realidad con la que nos familiariza prontamente el más cor-

to y modesto viaje por estas tierras. El Código civil anula por acá los privilegios constitucionales. El Ayuntamiento de Campocerrado desaparece para que paste una ganadería. Los de Boada emigran para que vivan los conejos. Para que corran los galgos los señoritos, acechando las huras de las liebres bajo las matas, no se roturan muchas, muchísimas hectáreas de tierra de labor.

Moraleja de Huebra, con sus casas derruidas, contempla como pastan sus toros indiferentes, con la testuz magnífica iluminada por el sol. Robliza de Cojos está desapareciendo ante el señorito del contorno que reduce por hambre a aquellos desgraciados, hasta que el pueblo se hunda y el coto se cierre. Al lado de mi casa, en Alba, he visto yo este verano como se defendían unos Concejos –los de Martinamor, Buenavista, Valdemierque y Terradillos– de la langosta que les llevaba el monte cercano de un ganadero flamante, que no rotura aquello para que coman los toritos... ¡Siempre los toritos, huidos y flojos por lo demás en los circos, antes que los hombres! Los toritos que no son una industria que produzca dinero, sino una vanidad que cuesta muy cara a nuestros ganaderos, como me ha confesado uno de estos en un minuto de sinceridad.

He aquí la primera estación de nuestro calvario. La reforma del Código civil, la modificación de la contextura de los arrendamientos, la conversión del contrato dominical en un contrato de sociedad, la intervención de los Concejos en los abusos y desafueros de la propiedad rústica. Y con un criterio franco y abiertamente socialista. Lo que hoy no demos de grado a los campesinos, ellos lo tomarán mañana violentamente y a la fuerza.

Y liberada la tierra, y mientras se liberta, y para libertarla de prisa, ¡a la autonomía municipal! Amplia, abierta, con concejos abiertos en las aldeas de pocos vecinos, con representaciones labradoras en todos, quemando antes, para celebrarla, esa selva de tomos del Alcubilla que los han paralizado y prostituido. Y la supresión radical de las Diputaciones provinciales por inútiles, por injustas y por rutinarias.

Y yo diría que, obrando sinceramente en la reforma del Código civil, y dejando a los pueblos que amolden la autonomía a las características locales, habría muy poco más que hacer. Porque la región no es un sentimiento en Castilla, como lo es en Cataluña. Nuestra Castilla que fue una república federal de concejos, un conjunto de ayuntamientos mancomunados para fines concretos, no ha sentido nunca la necesidad de otras expresiones políticas –provincias, regiones– que se prestan, en pueblos de no muy fuerte sentido de ciudadanía, a corrientes de opresión, a la hegemonía de capitalidades parasitarias en perjuicio de la comunidad. Hay que tener en cuenta, además que la capitalidad de Castilla era movible y transitoria, la ciudad provisionalmente habitada por los monarcas, y que las Cortes castellanas se reunían, no en un sitio fijo, sino donde mejor cuadraba a los representantes de los estamentos.

Nuestro regionalismo, municipal, no exigirá la creación de nuevos órganos, sino la desaparición de muchos y trabas actuales. Nuestro regionalismo será baratito, y si alejamos a los abogados de los comicios, será además, muy poco complicado. El antiguo Consejo de Castilla, aparte de sus facultades judiciales, no era más que un Tribunal administrativo que fallaba, en primera y única instancia, las diferencias de jurisdicción municipal.

Y concluyo ya, que harto he abusado de vuestra paciencia. He querido desbrozar de equívocos el camino, procurando sembrar la cordialidad donde otros sembraron a boleo el recelo y la inquietud. Estamos ante un problema que, si no le encauzamos a tiempo, el solo se desbordará, y arrasará los campos, y matará nuestra pereza de acobardados.

Castilla no ha hablado desde Burgos; los representantes de nuestras Diputaciones no han tenido nada que decir porque no representaban intereses materiales ni espirituales, sino la negación, la opresión, el encadenamiento de esos intereses. Castilla habla ahora desde Salamanca que ha sabido recoger en estos días gallardamente el espíritu de su comunero Maldonado; a través de esa juventud segoviana que se dispone a estudiar y a meditar los problemas de su comarca, por medio de la pluma brava y ruda de Oscar Pérez Solís; con la elocuencia cálida de Díaz Caneja, el ex diputado palentino, que nos pide una tea para quemar los archivos de las Comisiones provinciales; por la boca de nuestros muchachos salmantinos. Y sospecho que también habla por mi boca que no la ha pedido nada para dárselo todo. Y en el concierto que forman esas voces, no es difícil percibir el eco de una tragedia secular, de un escamoteo secular, de una ficción terrible, cuyos últimos desmanes han sido liquidados por el Mariscal Foch, al que han sonreído, las cabezas separadas del tronco, de Padilla en Toledo y de Casanova en Barcelona, y ante cuya espada han crujido de espanto los huesos de los Habsburgos, y de los Borbones, podridos en El Escorial, Dios quiera que para siempre, para siempre, para siempre.

HE DICHO

José Sánchez Rojas

PAISAJES Y COSAS DE CASTILLA

Editorial América,
Madrid
1919

A DON CLEMENTE VELASCO,

cariñosamente

El Autor

Advertencia

Publico, en este volumen, impresiones y apuntes de paisaje de nuestra España que guardan entre sí, a lo que se me figura, una estrecha e íntima trabazón espiritual.

La primera parte del presente volumen –Paisajes teresianos– está compuesta exclusivamente de sugestiones en torno a lugares frecuentados por Teresa de Jesús y que fueron su tumba. Alba de Tormes, su paisaje, su vega, su río, sus monasterios y torreones, son el fondo del escenario. En ellos he querido que resalte el espíritu llano y abierto de la Santa, su optimismo, su alegría, la juventud perenne de su espíritu.

En Paisajes leoneses he querido apuntar y señalar las diferencias, más reales que aparentes, que separan a los dos viejos reinos de León y de Castilla. Salamanca, León y Zamora participan, en su espíritu y en sus piedras, de la gracia gallega, de la sutileza astur, de la mansedumbre lusa y de la sequedad de la meseta. Estos cuatro factores integran el sentido leonés dentro de la historia nacional.

Y en la última parte del libro –Andanzas y correrías– he puesto breves, rápidas notas e impresiones de viaje por algunas ciudades españolas. No he querido retocarlas adrede. Prefiero que conserven el sello de actualidad efímera y pasajera con que fueron compuestas.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

PAISAJES TERESIANOS

Las campanas[108]

De retorno del paseo, al volver a la villa[109] por su parte más alta y pintoresca, la del castillo, comienzan a tañer las campanas. Las de las Madres anuncian la conclusión de un triduo, juguetonas, alegres, atropelladas; la hermana Campanera debe ser pizpireta, nerviosa, ágil; debe tener el espíritu contento en la paz del claustro la hermana campanera.

Al tañer las campanas hay quien las imprime un sello personal, como a las teclas del piano, como a las cuerdas del violín, como a los colores de la paleta y como a las frases de un periodo literario. Y cuando concluyen de tañer las campanas carmelitanas, las de San Pedro, más ritualistas, más ágiles, preludian el Ángelus. Resbalan aquellas campanadas sobre el silencio de la vega, rasgándole. Anochece. Van perdiendo en el horizonte su brillo rojo unas nubes juguetonas. Tal vez el monaguillo, desde lo alto de la torre, perezosamente recostado, contempla el espectáculo de la llegada de la noche. Tornan los bueyes lentamente de la dehesa comunal al amor de las terradas. Salen las mujeres lentamente de la iglesia. A lo lejos, sobre un promontorio rocoso, unos hombres microscópicos pasean en un jardín.

En una calleja estrecha, junto a un ventanuco, hablan de amor dos mozalbetes; en un balcón, cerca del río, una muchacha contempla los pinos absorta, distraída en una meditación interesante.

El chico observa vagamente cómo van perdiendo su nota amarillenta, pajiza, los campos; cómo van trocándose en manchas informes y negras, el torreón del homenaje, la aceña del puente, los macizos blancos de unos pilares. Y tornan a tañer las campanas una, dos, tres veces, y los tañidos saben a tristeza vaga, indefinible; a meditación que nos acecha en hora perezosa: a recuerdo tenaz que se apodera de nosotros en un momento de descuido.

Las campanas son las notas personales, inconfundibles, de los pueblos. Estas campanas que ahora oímos, que nos suenan a cosa conocida, a paso familiar, a aldabonazo de la madre, las oyeron nuestros abuelos, los ascendientes de nuestros abuelos, durante cuatro, durante cinco siglos. Son muy viejas las campanas y no alteran su compás, su tañido de pena, su tañido de fiesta, por los accidentes que a nosotros, los humanos, nos conturban. La hermana campanera toca como tocaban las monjitas desde que Teresa de Jesús fundara el Monasterio; el monago, para repicar con garbo, para tañer con solemnidad, se atiene a los cánones, a las reglas que le dieran otros monagos y otros campaneros.

Las campanas, noblemente, convierten en voz de fórmula, de rutina, los alborozos y los dolores de la pobre humanidad. Saludan a la aurora con la misma canción de todos los días;

[108] Previamente publicado, con el mismo título, en *El Adelanto* (30-08-1912) y *La Vanguardia* (05-09-1912), y más tarde, con el de «Campanas» en *El Sol* (07-05-1919) y *La Libertad* (24-05-1923). Posteriormente, el 9 de octubre de 1938, ya fallecido Sánchez Rojas, la revista *Crónica* publicaría, en un mismo número, dos artículos en su recuerdo: «Las Campanas» y «Galinduste»

[109] Se refiere, como resulta obvio, a la villa de Alba de Tormes.

repican en las bodas con algazara festiva, con estruendo gozoso; en las secas, en las cortadas campanadas del agonizante envuelven de majestad el misterio. No cantan cosas triviales las campanas; nos saludan cuando venimos al mundo, cuando vamos a convertir en realidad ensueños que prendieran en una mujer, o cuando los vamos a perder para siempre en un mar de amargura: nos despiden cuando nos vamos de la tierra.

El tañido de las campanas es eterno como el *ritornello* de una canción infantil. Cambiaremos de modas, de gustos; remozarán las calles de nuestro pueblo; veremos rostros nuevos, gentes que desaparecen, gentes que tornan, el oleaje incesante de la vida, siempre igual y siempre distinto; el tiempo, generosamente, irá borrando de nuestra vida de amarguras que creíamos eternas, alegrías que juzgábamos permanentes; asistiremos a la renovación de nuestros afectos; sentiremos cómo los años nos van convirtiendo apenas en sombras de lo que queríamos ser; veremos cómo se truecan los caldeados sueños de nuestra adolescencia en otros sueños más plácidos y más tranquilos; viejos, sonreiremos para no llorar.

Y mientras todo cambia; mientras los años nos hacen ser tolerantes, buenos, generosos; mientras aprendemos que el juicio mejor es el que no se formula nunca; mientras vamos teniendo un leve desdén para los hombres inflexibles y sistemáticos que se convierten en jueces de los actos ajenos; mientras el tiempo nos iguala, alegrando a los tristes y rompiendo la dicha de los venturosos, no variará de son el campanero, ni de ritmo la canción infantil. Cantarán viejos romances los niños en las plazas solitarias a la caída de la tarde, los mismos romances que cantamos nosotros y que cantaron nuestros padres; seguirán tañendo las campanas del pueblo como tañían cincuenta, ciento, doscientos, quinientos años antes. Advertiremos cómo hay algo invariable, permanente, en la vida paradójica y tornadiza que amamos tanto. Los niños al cantar y las campanas al tañer unen la infancia con la vejez, el recuerdo con la esperanza, los tiempos que se fueron con los que no han llegado todavía.

Las campanas abren una interrogación en nuestras afirmaciones más rotundas y en nuestras más tenaces negaciones. Las campanas son una promesa de liberación para el esclavo y una voz de recuerdo, de aviso fatal, para el que no vive nunca vida interior, envuelto en locos devaneos estériles. Como las olas del mar llevan al puerto más humilde emanaciones de otras playas, las campanas traen a nuestros días voces olvidadas de otras generaciones que parecían perdidas. Son el tiempo, la eternidad humana las campanas, el vigilante que no se duerme, la voz querida que nos habla desde lejos, la estrofa rota que hilvana en nuestra esperanza una canción, que nos recuerda algo misterioso, vago, impreciso: el contorno de un día dorado de niñez, las líneas de una remota esperanza que nos hace temblar de dicha en el silencio.

Amigo mío: ama las campanas que tañen y los niños que cantan. Te harán sentir por un momento algo inefable, de retorno de un paseo vulgar, cuando te ahoga la soledad de un ambiente que sabe serte grato.

Las ruinas de San Leonardo[110]

Tarde de Julio asfixiante, abrasadora. La vega mimosa de tonos delicados y femeninos, con el telón austero y grisáceo de los encinares en el fondo. La sierra de Béjar, al Sur, recortando con manchones zarcos el paisaje casto y limpio.

Tarde de Julio abrasadora. Pero en este momento se respira; un airecillo sutil refresca la cabeza, que dejamos al aire. ¡Mira enfrente de ti! Las aguas del Tormes están rizadas y parecen escamas argentinas. Llega hasta nosotros el ruido monótono de la molienda de la aceña del puente. El torreón del homenaje se espeja con deleite en el cristal del río. El puente tiene abierta una grieta a la entrada; a la salida, iniciando la calzada de Ciudad Rodrigo, se divisa la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía. Se divisaba antes... Pero yo veo ahora este paisaje de mi pueblo con los ojos de la infancia, cuando todas las cosas desgranaban su poesía misteriosa a nuestro alrededor.

Tarde asfixiante. Otra vez se ha parado el vientecillo sutil. Ya no ondean en los sembrados las opulentas espigas rubias; la canción del Tormes se oye mejor ahora, sin el viento. He aquí la vega, con toda su gracia mimosa y femenina. Unas cuestas: Otero. Un pueblecillo entre una nube de polvo allá arriba: Terradillos. Un manchón gris al SO: el monte de Revilla, las ondu-

[110] También publicado en *La Esfera* (04-09-1915), *El Adelanto* (26-07-1915) y *La Basílica Teresiana* (01-07-1915).

laciones de Torrejón. El pueblo, enfrente, durmiendo su modorrera estival, unas ruinas abajo, con un campanario hueco: San Leonardo.

¡Dulce vega de mi infancia! ¡Estás ahora tan hermosa, a prima tarde, como cuando yo paseaba por tu regazo mis sueños de niñez! Más hermosa todavía; que antes no te comprendía y ahora te comprendo. Cerrando los ojos, sé tus matices, tus encantos ocultos, ¡dulce hermosa vega de mi infancia!

Vamos a San Leonardo. En una cesta[111]. Es una deliciosa excursión de ocho minutos. La dehesa del pueblo, a la derecha, lamida por el río; caballerías que pastan tranquilamente; un ambiente de calma augusta, de majestad. Y advierto que se ha formado una islilla nueva, casi a la vista de Torrejón; las aguas han buscado su cauce más sencillo, más suave. ¡Sabias aguas del Tormes que dais una lección de vida a los humanos! Y del otro lado, a la izquierda, la mole ingente y grietosa del castillo preside un paisaje amarillento, tostado por el sol, de espigas que se desploman al peso de su fruto. ¡Otra lección de vida de las espigas, a los hombres que descansan sin merecer su sueño!

Pero ya estamos ante San Leonardo, o como dicen mis paisanos, ante San Jerónimo. Franqueamos la puertecilla de un huerto. Unas ruinas de piedra a la derecha. Un árbol añoso y corpulento que nos ofrece su sombra grata para tumbarnos en el suelo. De nuevo, otra puertecita. Alba aparece recortada, precisa, en el cielo cobalto. La torre de San Juan dijérase que se inclina ligeramente hacia el rio; es de un efecto óptico muy bonito. Los arcos de una solanera descubren con vigor sus líneas; la ermita de Otero, allá arriba, pone una nota de dulzura al paisaje, que ha perdido sus tonos agrios para fundirse en un manchón azul, lo mismo que se funden los colores de Barcelona en una mancha rosa desde las cumbres del Tibidabo.

San Leonardo era… Oíd lo que decía Ponz en su *Viaje de España*, publicado en el siglo XVIII. San Leonardo era «un edificio grande, con dos patios: uno antiguo y otro moderno; el primero, muy magnífico, adornado en la galería inferior de columnas y de veinticuatro arcos entre ellas, los cuales son cuarenta y ocho en la galería superior…»

Y sigue el buen Ponz describiendo sus impresiones. Hoy es muy poco. Y, sin embargo, mucho. Unas viñas, unos muros. Tres columnas caídas, como recuerdo del patio muy magnífico. El esqueleto de la limpia iglesia gótica. El ingreso a la iglesia formado por un arco copial[112], bocelado elegantemente, adornado con follajes y agujas de crestería. Trozos de la gallarda y graciosa nave. Restos bellísimos de enterramientos.

El arco atrevidísimo del coro. Unos escudos con águilas imperiales de Carlos V; otro de los Álvarez de Toledo, a ambos lados de los muros de lo que fue altar mayor.

Y un patio. El patio nuevo que vio Ponz hace ciento treinta y tantos años, cuadrado, de dos cuerpos, de nueve arcos por lienzo, de granito los de abajo y de ladrillo los de arriba, con el escudo de un obispo y otros borrosos e indescifrables.

El sol cae como plomo derretido sobre nuestras cabezas. A la vera de la iglesia, en lo que fue patio muy magnífico, están trillando unos chiquillos de faz tostada. El verde brillante de los viñedos es una mancha que bordea el tono amarillo hasta Galiana. Oculto por unos negrillos se acurruca Navales. El tren pita a lo lejos, allá arriba, por el monte. El Tormes hace un recodo y esconde pudorosamente su hilillo plateado y curvo.

Me siento en el patio. Mis amigos curiosean. Fragmentos de mármol –racimos, follajes– tirados por el suelo, ahí en la iglesia. Yo hundo mis ojos en el paisaje, siempre igual y siempre distinto, siempre nuevo y siempre viejo para el que sepa verle. El tren ha llegado a la estación a traernos el afán diario, la idea nueva, la sensación aguda que nos hará vibrar después el espíritu. Acá vienen dos hombres a caballo, con su chambergo del país, jinetes en dos caballejos cansinos, lacios y mal trotones. Siguen trillando los muchachos; ahora cantan entre las ruinas, que lo muerto se circunda de lo vivo y la misma muerte es una manifestación de vida.

¡Ruinas de San Leonardo, paisaje de la vega de mi pueblo; paisaje que daba harta recreación a los ojos serenos y puros de Teresa de Jesús! Desde esta tarde, os llevo ya conmigo. Siempre encuentro un poco peor estas ruinas; todos los días cargan los desaprensivos con las piedras más lindas; del patio viejo ya no queda un solo escudo; las columnas de granito yacen maltrechas por el suelo. Pero no me importa. Y que se lleven también el paisaje, si el paisaje no fuera tan eterno como las ansias del hombre. ¿Qué me importa?

[111] Carruaje de cuatro asientos con caja de mimbre cubierta por un toldo y provista de cortinas plegables.
[112] Errata, por *conopial*.

Tarde calurosa del mes de Julio. Ni una nube en el cielo. La canción de quietud del Tormes que se ajusta en este momento con la paz de mi corazón.

¡Ruinas de San Leonardo, no me asustáis! Más eterno que la piedra es el espíritu, imagen de Dios que lo creara. ¡Paisaje de la vega, no me inquietas! Todas las almas siguen su cauce, como las aguas del lecho de tu río. Y con paz, con fe, con dulzura, con amor, con esperanza, buscando el curso más suave, se hacen islas para vivir en ellas, y moradas, y castillos interiores, que nunca podrán hollar la vileza ni el egoísmo de los hombres.

El encanto de la vega[113]

«Es de harta recreación mirar la vega...»
TERESA DE JESÚS

Esta tarde llega la Madre Teresa de Peñarandilla. Llenas de alborozo y de júbilo están en el convento de Santa Isabel, Sor Juana, la Madre Superiora; Sor María de la Luz, Maestra de Novicias, y Sor Clara, la dulce hermana tornera. Nuevas de la Madre Teresa demanda un paje de los señores Duques. El administrador de los Álvarez de Toledo, Francisco Velázquez, mora enfrente del Convento.

El paje penetra en el vestíbulo del convento franciscano; tira de un cordelillo; una esquila resuena retozona. Sor Clara replica muy dulcemente:

– ¡Alabado sea Dios!

– ¡Alabado sea Dios! ¿Hay nuevas de la Madre Teresa? –pregunta el paje.

– Nuevas hay. Esperámosla hoy mesmo. ¿Viene de parte de la señora Duquesa vuesa merced?

– De parte de la Señora vengo. Ya sabe vuesa Reverencia –insinúa el lindo paje Juan García, de la familia de los Garcías, los hidalgos de la Casa de la Pizarra– los proyectos que tiene mi Señora la Duquesa.

– De ellos habló su prima Sor Juana –desliza Sor Clara, iniciando el palique–. ¿Don Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio?

– Dotarálo.

– ¿Y la Madre?

– Para elegir el sitio, viene la Madre Teresa.

– ¡Ay, Dios! –replica graciosamente la hermana tornera –. ¡Menguadas vamos a quedar las monjas franciscas sin la protección de la Señora! Oiga; si no se remoza el campanario, vendrá a tierra. Oiga: sucia quedará la iglesia, sucia y negra como alma de pecador, si no la blanqueamos presto. Oiga: la tapia de la huerta caeráse con tanto remiendo y pegote como la hemos echado. Oiga…

– No tema vuesa Reverencia –ataja el paje con solemnidad–; los escudos de la Casa de mi Señora la Duquesa son los escudos del Convento.

Suena una campana dentro.

– Aguarde vuesa merced –dice Sor Clara, alejándose del torno.

Juan García contempla el vestíbulo. Es pobre, es sencillo, es humilde, como San Francisco, el iluminado de Asís; limpio y alegre como Santa Clara; sonriente como la misma Porciúncula. Un Cristo en la Cruz, con los cabellos ensangrentados, con la mirada torva, muestra sus llagas al paje. La mañana es dulce. La calle de San Francisco es el centro de la villa[114]. Discurren por ella, todo el día, mozas fornidas, pajes desenvueltos, recaderos de monjas, dueñas de palacio, sabidoras de las tretas y murmuraciones que corren por la Villa, soldados viejos que cuentan grandes mentiras de Italia y de Flandes, donde fueron a pelear a las órdenes del Duque.

El paje espera el nuevo recado de la hermana tornera.

– ¡Alabado sea Dios, hermano!

– ¡Alabado sea, Sor Clara!

Gira el torno levemente. En él aparece un envoltorio.

[113] Publicado en *La Libertad* (06-09-1922), *El Adelanto* (02-05-1914) y (04-12-1912), *La Basílica Teresiana* (15-11-1912) y *La Vanguardia* (08-11-1912. En *La Esfera* lo hizo el 02 de mayo de 1914 bajo el título «La gloria de Alba de Tormes».

[114] Bien es sabido que la calle de san Francisco cae extrarradio de la villa, extramuros en la época que describe. Es un recurso literario para hablar de la vida cotidiana.

– Son confituras para la Duquesa mi Señora –dice Sor Clara–. Y dígala que acepte los rendimientos de Sor Juana, su prima y nuestra Madre Superiora, y de Sor María de la Luz, y de Sor Francisca, y de toda la Comunidad. Y que se la pasará recado cuando llegue la Madre Teresa.

Sale Juan García del vestíbulo.

Ya en la calle, piropea a una buena moza; charla con los vecinos; detiénese a la puerta de Francisco Velázquez con unos labriegos que traen piedra de Martinamor. Salen unos devotos de la iglesia de San Martín.

Dos padres franciscanos, de luengas barbas blancas, entran en casa de Velázquez, que su esposa, doña Teresa de Layz, está harto quebrantada y enferma. El paje, por la ronda de Santiago, se dirige al castillo. Aún torna a retozar con otra moza y aún se detiene, en la botillería del Manco, a charlar con un soldado bisoño, escanciando ese vinillo alegre, suave, ligero, un poco traidor y fementido, de las viñas de Cordovilla y de Babilafuente, que llena las cantarillas de los artesanos, las cubas de los Duques, las repletas bodegas, como catedrales, de San Leonardo.

La Madre Teresa viene de camino, animosa y alegre, por el alto de Garcihernández. Viene de Medina, por Peñaranda, y apenas se ha detenido una noche para descansar en Madrigal de las Altas Torres, y breves momentos en Coca en casa de una buena mujer, que ha hecho grandes aspavientos de admiración al hallarse en presencia de una monja, decidida y valiente, que no teme la soledad en los caminos, y que lejos de rehuir, provoca y anima la compañía del pueblo. Breves momentos ha pasado la Madre en Coca, en casa de la buena mujer que se hace preciso llegar a Alba antes de cerrar la noche. Y para siempre ha quedado prendada la buena mujer de la Madre. Teresa le ha preguntado por sus hijos.

Como tuviera una linda chiquilla en la cuna, Teresa la ha besado y festejado sin encogimiento; luego ha lavado y fregoteado a otra mayorcita.

Ha comido Teresa con la familia frugalmente. Aún quería la buena mujer regalar y festejar más a la Madre, que viaja graciosamente en una mula.

De camino, Teresa contempla por vez primera el pueblo de Alba, donde ha de morir algunos años después. La entrada es muy hermosa por aquel paraje. El torreón del castillo está adosado a una galería cuadrada de ocho lienzos y de diez arcos por lienzo. A la conclusión de la galería se inicia un patio de armas; luego del patio, una enorme casona, y al remate de la casona, paneras, carroceras, corrales... Frente al convento de Santa Isabel, la iglesia de San Martín. Alba no es ni más ni menos que su castillo; hasta las iglesias parecen pedirle protección. La vega se extiende a lo lejos, limitada por la mancha gris de unos encinares y por la faja pizarrosa de una colina; a lo lejos, por el telón azul, levemente esfumado de la sierra, unos murallones, de frente, rompen la monotonía de la serena visión. La villa se extiende hasta San Leonardo, y más atrás de la espalda de San Leonardo, el manchón cárdeno de las viñas, el verde brillante de los centenos, un arbolado gracioso más arriba.

Teresa llega al pueblo a la caída de la tarde. El cielo está radiante y puro. El sol se hunde entre fulgores cárdenos rojizos. El Tormes refleja temblorosamente la sangre del crepúsculo. Unos chicuelos cantan el romance de Blanca-Flor en el atrio de San Martin. Uno de ellos enseña a la Madre el camino del monasterio de Santa Isabel. Momentos después, en el locutorio charlan animadamente la Madre, la vieja Duquesa, un carmelita calzado, Francisco Velázquez, el corregidor, que es varón docto y cristiano. Todos están prendados del donaire, del despejo, de la gracia, de la franqueza de Teresa; sobre todo, Sor María de la Luz no puede disimular su júbilo. Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio con rentas convenientes; la Duquesa le ayudará, como está puesto en razón. Los terrenos están cerca de la vega, dominándola. Teresa quiere aire, luz, espacio para que vuelen sus monjitas.

– Es de harta recreación mirar la vegetación –exclama la Madre–. Desde el camino vengo prendada de su hermosura y lozanía.

Teresa, enferma, achacosa, triste, llena de quebrantos y de agobios, viene por segunda vez a Alba, a su convento reformado de la Anunciación. Duras han sido las pruebas con que ha querido tentar el Señor su fortaleza. En Ávila, un vocero, un abogado presuntuoso y charlatán, ha dicho delante del justicia, en pleito que ventilaba la familia de la Madre, que la virtud de Teresa es escasa y suelta su lengua. En Valladolid, la Priora le ha tratado con despego. En Medina del Campo, unos hombres han apedreado la diligencia en que viajaba, y han armado

gran estruendo y alboroto, llamándola monja correntona y liviana, mujer sin seso y poco asustadiza, con otros disparates dolorosos de este jaez. Tantos golpes seguidos han hecho mella en el espíritu de Teresa. Doña María de Colón y Henríquez, duquesa de Alba, ha logrado del Provincial de la Orden que Teresa vuelva a la villa de sus blasones. Por eso Teresa está en Alba, donde ha de morir algunos días después.

La celda de la Madre mira a la vega. Teresa, después de comulgar, desmayada y floja, se ha puesto a contemplarla, sin que Sor Ana de San Bartolomé, que es tan devota y tan aficionada a la Madre, haya osado romper el encanto de la contemplación. Unos pinos bordean las orillas del río que han cantado galanamente poetas y troveros. El puente está lleno de viandantes –gañanes, canteros, soldados ociosos y aburridos, que pasan todo el día contemplando el río, rompiendo su mansedumbre de lago con una piedra, viendo cómo se forman rápidamente círculos y más círculos que se ensanchan, que desaparecen, que tornan a formarse–. Al remate del puente se destaca, precisa, la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía, cuyas espalderas están resguardadas por una colina. De allí arranca la calzada de Salamanca, cuya línea se pierde a la derecha entre los árboles, para destacarse nuevamente en zig-zag junto a unos ventorrillos, a la vera de un altozano. La ermita, la calzada, llevan el recuerdo de la Madre a sus viajes, a sus ajetreos, a sus fundaciones por los pueblos áridos y secos de Castilla. En esos viajes lentos, incómodos, oyendo al pueblo humilde, empapándose de sus amarguras, de sus anhelos, de sus esperanzas, ha formado Teresa el hechizo de su lengua, repleta de modismos populares, de provincialismos, de giros plásticos y graciosos. En esos ajetreos ha llegado Teresa al corazón de su Castilla. Con la experiencia de sus fundaciones, la tristeza, la amargura, forasteras en su ánimo alegre y generoso, han puesto una nota grave, pero poderosa, al ímpetu de su franqueza y de su generosidad.

Teresa está muy enferma; Teresa va a morir. Sus ojos han perdido su fulgor inteligente; sus labios, blancos y descoloridos, se mueven perezosamente, con desmayo. Contempla la vega por última vez; sonríe con tristeza. Sus ojos vagan absortos de aquí para allá, pensando que también su espíritu, como el paisaje que tanto ama, ha sido sereno, plácido, luminoso y tranquilo.

Suena una campanita conventual. La Madre se dirige al coro.

Y aún tiene su última mirada de comprensión abierta, de infinito amor por la naturaleza; aún sus ojos se posan con insistencia en la ermita blanca y en la sinuosa calzada salmantina. El cielo es azul y las aguas azules como el cielo. Las lavanderas siguen cantando, palmoteando, chillando, jugando con las aguas, contentas de la hermosura del día.

El santo de Valdecarros[115]

A Juanito Montero

Apenas despunta el alba, cuando, encapotado en la fuerte manta palentina, subo al rucio matalón del médico. Llueve. Las herraduras nuevas del caballote, al machacar los chinarros de la calle, levantan chispas a su paso. La campana de las Carmelitas tañe sonoramente. La diligencia, tropezándose como un beodo, suena su herraje roto camino de la estación. Y todas las campanas de la vieja villa, saludando al bronce carmelitano, prorrumpen en alegre algarabía; primero, la campana de San Pedro, doctoral y grave; la de San Juan después, sonora y viril; la de los Padres, la última. Las cosas van recobrando sus contornos, y se disipa poco a poco la tinta azul del telón mañanero.

En la Puerta del río, junto al Tormes, a los pies de la torre del homenaje de los Duques, va un labriego en su carro. Curte su rostro el frío. Con la aijada en lo alto, el hombre va cantando con voz gangosa:

Esquilones de plata,
bueyes rumbones:
¡estas sí que son prendas
de labradores!

[115] Se publicó, bajo el epígrafe «El santo», en *La Libertad* (25-01-1923), *El Sol* (12-11-1918), *El Hogar* (13-09-1918), *La Ciudad* (24/08/1912), *La Basílica Teresiana* (15/05/1912) y *La Ilustración Española y Americana* (15-04-1912). En *La Vanguardia* (10-04-1913) lo hizo como «El tío Roque».

Mi amigo y yo llevamos al paso los jamelgos. Salimos de la villa. La cinta de plata del claro río que cantara Garcilaso, remata a lo lejos, cabe las nevadas montañas de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. Murmura lentamente su canción de quietud. El pueblo, de lecho de pizarra, «alto de torres, pero de muros bajo», se agazapa a la sombra del castillo grietoso. Unos chopos aguantan a pie firme la helada; del castillo son guardianes seculares. Entramos en la dehesa comunal. Las ruinas del convento de San Leonardo, vistas a la madrugada, son de un singular hechizo. Una cabra muerde la hierba en lo que fue coro de la iglesia. Junto al espléndido patio gótico, tendido en una manta, reposa un gañán; su cabeza descansa en un saco de paja, que sostiene un medallón que cayó a tierra desprendiéndose del hueco. Y seguimos nuestra caminata. Las cuestas de Galiana esconden ya la villa; estamos en la llanura parda, ante los surcos infinitos y quebrados. Un puebluco de adobes se ampara al calorcillo de un monte: Navales. Nuestros caballos trotan escandalosamente por las vías del lugarejo, y tornamos a salir a la llanura: ni un regato, ni un árbol. En estas veredas, holladas en sus peregrinaciones por Teresa de Jesús; en estos vericuetos, donde escondieron su dolor los franceses después de las derrotas de Arapiles y de Garcihernández; en estos rincones, que cantó el anónimo juglar del *Romancero* con las andanzas de Bernardo el del Carpio y del Moro el del Arapil, la tierra parda adopta un tono ceñudo, adusto, hosco, casi trágico. Se nos antoja que asoma la cabeza el Cid, montado en Babieca, junto al leal obispo don Jerónimo, o que aparece en la cuesta Don Quijote, caballero en Rocinante, a la vera del burro respingón y nervioso del buen Sancho.

Mas todo es con efecto de espejismo. En dirección opuesta a la nuestra vienen un cura alto y el albéitar del lugar, panzudo y socarrón, que marchan a Alba a yantar, pues un misacantano celebra su misa nueva. Detenemos las cabalgaduras. Temblando de frío, cambiamos el socorrido cigarrillo.

– ¿Conque a Valdecarros?

– Sí; a Valdecarros –respondemos.

– ¿Y está el Santo? –pregunto al presbítero.

– Sí; allá dejé al tío Roque. Cuidado con preguntarle nada, ¿eh? Si husmea que usted va con malos fines para sacarle en los papeles, su boca cierra a cal y canto.

Y luego, en una exclamación suelta, donde hay sus posos de picardía y sus migajas de compasión, añade con voz sonora:

– ¡Estos literatos!...

Nos despedimos. Cuestas y más cuestas. Desgarra el sol la neblina. Cuando queremos gozarle, nos empotramos en un barranco. Resbala mi caballejo y se repone con presteza. En lontananza, Valdecarros.

Es un pueblo como todos los pueblos de Castilla. Más pelado, más seco, más árido que todos juntos. Descubrimos sus casucas, las tenadas de los corrales, los portalones enjalbegados. Las casas de los primates[116] están pintarrajeadas de colores vivos y chillones. La iglesia inicia una plazoleta castiza. Forman un lienzo la casa rectoral y la mansión de un pudiente, y los portales de la alhóndiga el lienzo opuesto.

Nos esperan junto a la iglesia. Asistimos a la toma de posesión del médico. Casi procesionalmente, de un modo formal y ceremonioso, marchamos con la comitiva al Concejo. Se celebra sesión inaugural. Léese el acta «de la anterior». Los forasteros nos calentamos al brasero del cabildo. Nos ofrecen pitillos de las enormes petacas de cuero. El teniente luce flamantes botones de oro en la rizada pechera; el alcalde viste impecable chaquetilla de terciopelo; un pavero flamante el secretario. Cambiadas las firmas entre el titular y el Concejo, salimos después, con cierto aire de jerarquía, a casa del alcalde, de corrobla.

Desfilan los notables. Y llega el tío Roque, el Santo del pueblo, escuálido, flacucho, alto como aijada de picar bueyes, grave como héroe de Calderón que anduviese en litigio con la buena fama espiritual, como aquel San Francisco del Greco, en que la amplitud de la túnica deja adivinar la flaqueza y flojedad de la carne, que apenas palpita debajo. Viste de Charro el *Santo*; el sombrero, cónico, juega con timidez entre sus dedos huesosos y largos; los botones del cuadrado chaleco, que antes fueran centenes y medias onzas, son hoy rodajas de hoja de lata; de estameña parda es el paño de la vestimenta; las medias, de grueso algodón, deben de picarle la piel, amarilla y flaca. El buen Roque es la admiración del pueblo. De mozo rondó

[116] El uso científico de esta palabra ha ocultado su otra acepción, la de "personaje distinguido, prócer" que es a la que se refiere Sánchez Rojas aquí.

como todos, cortejó en las verbenas, amó la lumbre de los escaños, repicó con los nudillos de los dedos la puerta amiga, puso flores silvestres –con matas de tomillo y de mejorana– en el ventanuco de la moza garrida. Pero Roque era de la madera de los místicos. En la alacena de la cocina tenía la vieja *Biblia* de los abuelos, el *Quijote*, el *Año cristiano*, de los abuelos también. Picó en letrado y se dio a la lectura con fervor. Acaso el monje benedictino abrió los ventanales del espíritu del tío Roque, encarándole con el cielo, con este cielo que él ve todos los días platicando con la llanura en toda su infinitud; acaso los desengaños del ardiente sultán asiático quebraron los propios sueños; tal vez aquel retorno de las mujeres que a la salida del pueblo del Toboso inspiraron sensatas consideraciones al socarrón de Sancho, le llevaron a sospechar que las Dulcineas no son más que parte de la fantasía de los andantes caballeros. Lo que fuera, Roque lo sabe y yo lo sospecho. ¿Amores desgraciados? Tal vez. Sólo la desventura es fecunda para el ánimo fuerte, y manantial de consuelo. ¿Anhelo de gloria? Acaso. Márchase el placer cuando se busca; torpe cosa es el deleite una vez satisfecho. Solamente la gloria llena el corazón donde no se incuba la ruindad. Ello es que Roque dejó la reja por la confesión, la novia por el padre de almas, el palique del sereno por el áspero examen de conciencia: «Si quieres seguirme –leyó en el Evangelio, Roque–, deja tus riquezas y toma mi cruz».

Y tomó la cruz del Señor, Roque. Heredó de sus padres seis mil duros. Repartiólos en limosnas secretas y calladas. De amo pasó a criado de labranza. En su rostro hay siempre una chispa de alegría, de equilibrio, de serenidad. Recientemente, por cuenta del Concejo, que le daba peseta y media diaria, limpiaba una charca del lugarejo, con los pies en el agua todo el día. Y recuesta su cabeza, no en blanda almohada, sino en dura piedra. Y deja los romances de los ciegos y los papeles de la ciudad, por los versillos del Evangelio y del *Kempis*[117]. Y como buen Santo, fiero enemigo del pecado, es blando y tolerante para los pecadores. Como San Francisco, desea el tío Roque que se inunde la tierra en un baño de piedad y de amor.

Invitan al tío Roque a la corrobla y le ofrecen vinillo de la cosecha nueva; niégase el tío Roque. Le ofrezco un pitillo, y tampoco acepta. Quiero que hablemos de él, y rehúsa el tema. Su anhelo es pasar inadvertido, no ser blanco de las miradas de las gentes.

– Tío Roque –le pregunto–, ¿por qué dio usted su dinero a los pobres?

Sencillamente, como quien refiere un incidente vulgar, replica el tío Roque a la puerta de la casa del alcalde, despidiéndome:

– ¡Porque Dios lo manda!

Y, esquivándose, añade:

– Y salude a su señor padre y con él goce de bienandanzas para muchos años.

Y con aire señorial, ofreciéndome su diestra, añade los tópicos de la buena crianza de la tierra:

– Ya sabe dónde tiene un amigo y una casa, con *fina voluntad*.

El castillo de los duques[118]

A la Señora Vizcondesa Viuda de Garcigrande

Alba de Tormes es su castillo, solamente su castillo. Anidarán en él pajarracos nocturnos; se caerá piedra a piedra; servirá de refectorio a chalanes, gitanos y bohemios; se perderán irremisiblemente, que ya están grietosos, desconchados y polvorientos los frescos que adornan un dormitorio de los gloriosos Duques.

En aquel castillo se caerá también una pieza donde se representaban, allá por los años del Señor de 1492, el dormitorio de Juan de la Encina en el Oratorio de los Duques. Era el poeta ingenuo que transporta por primera vez voquibles charros al caudal de la literatura, el ingenuo autor de tantos autos sacramentales y de tantas farsas pastoriles, de un lugarejo cercano, de Encinas de Abajo, aunque la cuna es dudosa. Menéndez Pelayo asegura que el verdadero solar del

[117] Con este nombre se conocía al libro de espiritualidad católica *La imitación de Cristo*, publicado en la primera mitad del siglo XV y atribuido al canónigo agustino Thomas Hemerken, más conocido por Thomas de Kempis.

[118] En *Alrededor del Mundo* (10-03-1909) y *La Basílica Teresiana* (15-04-1912) se había publicado con el título «El castillo de Alba». En *La Libertad* lo haría posteriormente, el 01-04-1924, con el mismo título con el que aquí lo hizo, esto es, «El castillo de los duques».

poeta es Encinasola de los Comendadores, en el partido de Vitigudino; así es que Vitigudino tiene una gloria segura, la dama chanflona de Doña Tomasa, de tan hondo raigambre en la picaresca, y otra probable, el padre del auto del *Repelón*. Protegido este por don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, hacía sus farsas y autos sacramentales en presencia de don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla; de don Iñigo López de Mendoza, duque del Infantado, y del príncipe don Juan.

Y también se perderá la estancia de don Pedro Calderón de la Barca. Es fama que después de las correrías, aventuras y amoríos del famoso ingenio por Flandes y el Milanesado, se refugió en el castillo de Alba para aquietar sus nervios. Coincidió su destierro con la caída del Conde-duque de Olivares, el favorito de Felipe IV, allá por el año de 1648. En el castillo permaneció Calderón de la Barca dos años y medio. Salió de Alba para escribir, en 1650, las bodas reales de don Felipe IV con doña Mariana de Austria. Un año después obtuvo licencia para ordenarse de sacerdote.

Estos recuerdos históricos desaparecerán, señora. Y aquel día, inexorablemente próximo, tendremos que llorar la muerte de Alba. Yo quiero entonar al castillo de mi niñez una elegía prematura. Porque el derrumbamiento vendrá por lo que vienen todos los derrumbamientos de los edificios castizos de nuestra España: por incuria de todos, por ausencia de ambiente artístico, por… Sí, a veces también por engaños y supercherías. Los Duques de Alba creyeron en 1885, que poseían en la villa que dio nombre a los timbres de la casa, un palacio confortable, pagaban una cantidad anual por la conservación del castillo, y se encontraron con que el famoso palacio servía para los fines más comunes de la casa entre gentes que carecen de ella.

Y aquel castillo es un hermoso bloque de piedra, entre los siglos XII y XIII construido, alto, con su atalaya de homenaje al frente, dominando la vega del Tormes, que ya cantó Garcilaso:

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,
en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Un canto a la vega son las dulces estrofas del bardo cortesano, a la vega y al esplendor de los Duques. Y a la villa ducal, «baja de muros y alta de torres». En la altura se levanta una ladera «con proporción graciosa». Las torres «hermosas» yérguense al cielo con «hermosura extraña», no por la fábrica de los artífices, aunque en ellas pusieron finísima labor, sino porque fueron «ensalzadas» por sus señores, los Duques. Virtud, linaje, bien de natura y de fortuna, son patrimonio de la villa. En aquellos tiempos, Alba de Tormes tiene hombres de ingenio

…tanto
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.

El Padre Severo, monje italiano, preceptor del gran duque don Fernando, es el hombre del día.

Nace en la suave Placencia, allá en las tierras de Lombardía, cerca de Bolonia, siendo el alma del palacio ducal. Evita que Luis Vives vaya de preceptor a Alba. El fraile se las arregla de tal suerte, que en un viaje a Lovaina, procura descartarse del sereno filósofo valenciano. Atrae sobre él las iras de los Duques, y el P. Severo hácese dueño del campo.

«El buen agüero», nos dice Garcilaso –que en la vega plácida de sus andanzas cortesanas y de sus dulces rimas amorosas, hace del Padre Severo el alma

… de aquella tierra de Alba tan nombrada.

Es un sabio naturalista el fraile. Las piedras, hierbas y animales no tienen secretos para el Padre Severo. Cuando le place:

… a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales.

En estas estancias, que tanto recuerdan la *Arcadia* de Sannazaro, el poeta rodea de un nimbo de luz el escenario de sus amores. En la vega tienen asiento «el dulce lamentar de los

Pastores», los discreteos con doña Isabel de Freire, de origen portugués, a quien conocieran Boscán y Garcilaso en los corredores y galerías de Palacio. La vega no se tiñe ahora de rojo; están lejos los tiempos de Don Juan II, que prendió al conde don Fadrique y al Conde de Treviño, tomando la revancha don García[119], el primer duque de Alba, que guerrea contra su rey desde la fortaleza de Piedrahíta...

Mas continúa el paisaje idílico. El Tormes lame los paredones añejos del castillo y canta lentamente su canción de eterna paz. Los álamos bordean las orillas del sacro río que arrastra pepitas de oro en su carrera. El paisaje –si es en otoño– es de una infinita tristeza. Chirrían las ruedas de las tenerías y molinos; esquilan las campanas de los aguadores. Una moza lozana, remangando su brazo blanco y rollizo, dice una canción monótona y larga como el llano. El puente romano, curvo, remendado a trechos, con piedras blancas en unos ojos y verduscas y musgosas entre otros, completa el fondo del paisaje casto.

Sí, Alba de Tormes es su castillo, como la vida del mozo se reduce a su ilusión primera y a la lumbre de los ojos de la primera mujer que le habló de la vida sin hablarle. El castillo es la ilusión, el sueño, el verso robusto de la estrofa coja de mi villa. Cuando anochece, y lucen fogatas rojas en la sierra lejana de Béjar, que cierra el horizonte, retornan de paseo los Curas, los médicos, los terratenientes. Hablan de sus negocios, comentan con donaire una boda deshecha, la tardanza de un específico, la muerte de un viejo catarroso quizás. Y la sombra monumental del castillo en ruinas les impone y callan. Es su cuarto de hora de ideal, cruzan pajes, frailes, dueñas, saeteros, enanos, bufones, fosos, pozos fantásticos –donde cayeron franceses– por la imaginación de aquellos buenos señores.

Algún vejete, de ojos alegres y apicarados, piensa en un beso de labios ducales, dado en un foso, en noche veronesa de luna. Algún erudito disertó sobre la no muy veraz historia de *La Maja desnuda*, de Goya, y sobre el absurdo derecho de pernada, de fácil aplauso en las peluquerías.

El usurero piensa, con disgusto, en lo que costarían los buenos oficios de una dueña. Y aquellos hombres, por un momento, ven la vida a través de un verso de Zorrilla o de una leyenda de Bécquer. Es que el culto siente un escalofrío murmurando unas palabras rimadas de Enrique Heine. La mole negra del castillo sigue proyectando su sombra augusta sobre las casucas vecinas. Y se oye el canto antipático de una lechuza y el ¡cro, cro! repugnante del sapo viscoso.

Señora mía: que recompongan eso, que remienden eso. Alba sin su castillo será un pueblo sin leyenda. Usted, que con su corazón generoso quiso remediar antaño tanto duelo, permítame que escriba esta elegía prematura.

Y que callen los poetas. Aquel castillo es mío, solo mío. Él sabe del deshacerse de mis ilusiones viejas y del retoñar de mis nuevas ilusiones. Con su tristeza ha tapado la mía.

Y que sepa de los escombros del solar el joven Duque de Alba, y que sus administradores se den maña para ahuyentar sapos y lechuzas de escondrijos solitarios que antes sirvieron de solaz a poetas y guerreros.

Alba de Tormes, 1912.

La huerta de los frailes[120]

Al Rvdo. P. Gregorio de la Virgen del Carmen, C.D., Prior del Convento de Toledo

Y la polémica ha llegado a su periodo álgido, violento. Estoy en vergonzosa minoría, que diría un demócrata al uso. Todos son germanófilos; yo aliado –Dios entregó el mundo a la disputa de los hombres, y no es un dogma de fe desear la victoria de Alemania–. Salen los argumentos *ad hominem*; niego el derecho de opinar a los que no saben de cuántos reinos

[119] Adviértase la contradicción. Líneas más arriba ha adjudicado el título de primer duque de Alba a don Fadrique. Fue efectivamente don García, siendo don Fadrique el segundo duque.

[120] También publicado en *El Adelanto* (31-12-1915), *Revista Castellana* (Noviembre-1915), *La Vanguardia* (01-08-1915) y *El Sol* (23-04-1919).

y ciudades se compone la Confederación germánica, a los que no aciertan el sitio donde cae exactamente Sajonia, a los que no han tenido tiempo de leer una página de Kant.

Don Miguel, más furioso, habla de Italia, de la traición de Italia:

– ¡Cirici Ventalló dice hoy en *El Correo Español*!...

Me levanto. ¡A la huerta de los frailes! La tarde es plácida, tranquila. Ni una nube en el cielo. Por los altozanos de Otero, el sol se esconde entre celajes de púrpura. Unos chiquillos golpean furiosamente un cajón de madera que hay a la puerta de un comercio; en la Puerta del Río, el mágico paisaje de la vega está perdiendo sus colores mansos en esta hora crepuscular. Suena el traqueteo incesante de la aceña del puente; pacíficos ciudadanos –obreros, alfareros, sastres, empleados de consumos– contemplan las aguas quietas del río con arrobamiento. Gano la calle de San Pedro, tuerzo por la calleja que da a la plaza de las Madres. Algún forastero, acompañado de un carmelita, está contemplando las reliquias de Teresa de Cepeda.

El hermano Daniel me sale al encuentro:

– ¡Buenas tardes!

– ¡Hola, buenas tardes!

– ¿Y los Padres?

– Arriba, en el coro…

– ¡Voy a la huerta!

– Muy bien. ¿Quiere un vaso de agua fresca del aljibe?

– ¡Ya lo creo!

El agua fresca, la huerta... Llevo siempre un libro conmigo. *Los Avisos* de la Madre Teresa. *I Fioretti*, de San Francisco de Asís. La *Vita nova*, del Alighieri. Hoy, *Al margen de los clásicos*, de este querido maestro y amigo mío que se llama *Azorín*, al que debo tantas y tan sutiles sensaciones estéticas. La huerta es pequeñita. Parras, flores, lechugas. Un colmenar en el rincón de la izquierda. La mole del castillo al Sur. Los balcones del colegio de las Siervas de San José fronteros a la puerta de entrada. Silencio, paz. Allá, a lo lejos, se oye el vocear de los chiquillos en la plazuela de la Leña, en la plazuela de Colón...

Esta huerta de los frailes se llamó en el año 68 el *paseo de Prim*. Hubo en el convento un cuartel; luego escuelas públicas. En lo que es hoy refectorio, Julián Sánchez Ruano tronó contra los reyes, contra las monarquías. El pueblo soberano ahogó los párrafos del orador con los compases del himno de Riego. Dos charangas a la vez tocaban el himno de la libertad; Sánchez Ruano contaba que desde aquel día le dejó de gustar el consabido himno:

¡Viva Prim, viva Serrano,
viva Emilio Castelar,
viva Pinilla, viva Ruano[121],
viva, viva la libertad!

Aquí se educaron los chiquillos que hoy pasan de los cuarenta, con Sánchez Llevot[122]. En estos bancos de la huerta, por las tardes, se hacían el amor nuestros papás[123]. Luego, en el 78, en el 80, el venerable señor Obispo Martínez Izquierdo, de grata recordación, logró del Estado aquel edificio para residencia de frailes Carmelitas. Habrán de dedicarse estos, sobre todo, a dar el mayor esplendor a los cultos teresianos. Los compases del himno de Riego huyeron de vergüenza ante los humanos versillos del *Miserere*, ante las encendidas loas de los *Laudes*, ante las serenas y litúrgicas exclamaciones del *Tantum ergo*... Y el amor huyó de estos bancos para que los frailecitos pasearan con el breviario. Una vez salieron del convento: cuando el cólera... Curaron los enfermos, enterraron a los muertos con faz serena y tranquila…

El libro de *Azorín*. Las abejas zumban en los colmenares. Aspiro con deleite la fragancia de una rosa. Las mangas de riego empapan los patatales, las rosaledas; la tierra apelmazada y negra bebe con ansia en esta hora de placidez. Del coro viene un grato rumor de salmodia. El

[121] Tomás Rodríguez Pinilla y Julián Sánchez Ruano fueron dos notables políticos salmantinos en tiempos de la revolución de 1868 y de la primera república.

[122] José Sánchez Llevot, maestro de Alba de Tormes y tío de Sánchez Rojas. Aún se conserva una calle dedicada a él en la villa (antes de la Corona) que sale de la Plaza Mayor..

[123] No es necesario advertir, pero lo hacemos en honor a los más jóvenes, que en esta época la frase "hacer el amor" era simplemente cortejarse, galantear, no realizar el acto sexual como ha venido a significar posteriormente.

padre Manuel, el organista, hace primores en el teclado, llorando las tristezas de David. Se oye el rumor, cada vez más apagado, de un coche que se aleja…

El libro de *Azorín*: «Romances, viejos romances, centenarios romances, romances populares: ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis aliviado en tanto que la voz os cantaba? Los romances evocan en nuestro espíritu el recuerdo de las viejas ciudades castellanas, de las callejuelas, de los caserones, de las anchas estancias con tapices, de los jardines con cipreses. Estos romances populares tan sencillos, tan ingenuos, han sido dichos o cantados en el taller de un orfebre…»[124]

El romance

Apenas era el Rey muerto,
Çamora ya está cercada…

El libro: «…*A quien conmigo va*. ¿Dónde? ¿Hacia el mar infinito y proceloso? ¿Hacia los países de ensueño y de alucinación?...»

El romance:

– Por Dios te ruego, marinero
dígasme ora ese cantar.
– ¡Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va!

Nada más.

El libro: «Llega hasta el calabozo el canto de una avecilla; cuando esta avecilla canta, el prisionero sabe que ya en el mundo es de día y que los seres, las plantas, las cosas –¡todos menos él– gozan de la luz del sol...» Pero la avecilla ha muerto; ya no canta a la puerta del calabozo; oíd el romance:

Matómela un ballestero,
¡dele Dios mal galardón!

La campana de San Pedro tañe al anochecer…

Campana, vieja campana, campana de bronce de mi parroquia: ¿qué artífice te fundió? ¿Cuántos siglos hace que cantas desde lo alto del campanario? ¿Cuántas veces has doblado por los muertos? ¿Cuántas, repicado de alegría en las bodas? ¿Cuántas, con tranquilo gozo, has anunciado la muerte de los niños? ¿Cómo recibe la vega tus tañidos? ¿Qué le dices al despertar? ¿Qué confidencias la murmuras a la caída de la tarde? Campana, vieja campana, campana de bronce de San Pedro: ¿por qué no me dices todos tus secretos, todas tus esperanzas, todas tus amarguras?

¡Campana, vieja campana! También tu tañido tiene recuerdos hondos en mi existencia. ¿Te acuerdas, verdad?

Doblaste una tarde del mes de Abril; era yo estudiante... Y el año pasado también; una mañana fue de Enero[125].

Campana, vieja campana, ¿qué dolores me reservas, qué alegrías me preparas, qué amarguras me harás sentir de nuevo?

Campana de San Pedro: desde aquí, desde la huerta de los frailes, en un ambiente cargado de perfumes, oyendo el rumor del agua que empapa la tierra sedienta, tu tañido es más puro, más vibrante, más... *consolador*.

¡Solamente los poetas y los niños sabemos lo que dices y lo que callas!

Las ocho y media. Los frailes hacen su colación. Va siendo noche cerrada; en el cielo, blanquea el caminito de Santiago. Hay un rumor de fiesta, de júbilo, en esta noche radiante de Agosto, noche

… para amor,
Para la rumia de las grandes ideas,[126]

que dijo el pobre Gabriel y Galán.

[124] *Al margen de los clásicos.* Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.

[125] Se refiere a la revuelta de abril de 1903 en Salamanca en que murieron dos estudiantes y a la muerte de su padre en enero de 1914.

[126] Gabriel y Galán, José María. *El Ama*.

Y salgo de la huerta. Ya no me acuerdo de los alemanes, de los aliados. La campana de San Pedro ha tañido tristemente esta noche, porque presentía la muerte de miles de hermanos nuestros, allá, en los lejanos campos de batalla. ¡Señor, Señor: acoge en tu seno a todos los soldados que mueren besando su bandera y bendiciendo a sus hijos; que todas las patrias son iguales, que la tuya es común a todos los hombres, Padre celestial!

El estilo de Teresa[127]

Alba de Tormes, Agosto 1915.

Acabo de leer unos capítulos de *Las Moradas*. Mi admiración a la escritora crece cada día; quisiera ser como ella: espontánea, naturalísima, paraje que recoge todos los ecos, espejo que refleja todas las imágenes, regato por donde corre el agua graciosamente y libremente. Nadie dice mejor las cosas que Teresa; dice lo que quiere y como quiere. No le detiene nunca el artificio literario, ni la preocupación del estilo, ni la afectada elegancia de aquel entonces. Escribe para sus monjitas, y como sus monjitas son sencillas, Teresa escribe sencillamente. Dan todos sus libros la impresión de una plática; parece que se la está oyendo; su jovialidad, su llaneza, su gravedad simpática cuando trata de asuntos espirituales, su punzante ironía, ironía mansa y alegre, de mujer castellana, trasciende, colma el vaso, aparece al exterior en sus relatos. La lengua es la corriente, la que habla el vulgo en plazuelas, ventas y mesones, la que entienden todos. Rica en modismos y giros populares, flexible, apta para toda suerte de expresiones, la da tal riqueza de tonos, de matices, que el letrado se aturde y se espanta ante abundancia tan colmada. ¿Incorrecta? Sí, es incorrecta la Santa, como lo es Cervantes, como es incorrecto ese pasmo que se llama *La Celestina*, como son incorrectos los juglares anónimos de nuestro sabroso y fresco Romancero. Mas la incorrección es gracia. Y donaire. Y soltura. Y naturalidad. Y elegancia. La incorrección no es decaimiento y flojedad de estilo, sino prontitud de ingenio y ausencia de afectación. Y tengo para mí –y no lo afirmo rotundamente, que no pico en honduras filológicas– que *Las Moradas*, y el *Camino de perfección*, y *Las Fundaciones*, y la *Vida*, y los versos, y las cartas de Teresa, son el testimonio más elocuente, el mejor vestigio del lenguaje *hablado*, de la manera popular de decir del siglo XVI.

Abro cualquier libro de la Santa. Hacinados los tengo en mi mesa de trabajo. «Juan Miseria» –dice Teresa– era «gran siervo de Dios y muy simple en las cosas del mundo». Decidme si hay trazo más sencillo y pintura más cabal. Hablando, en el *Camino de perfección* –abro al azar– del amor, dice Teresa: «Del que digo (del amor) es todo espiritual, no sé si lo que me digo, al menos parece no es menester hablar mucho en él… y aunque yo digo que es algo sensual, no lo debe ser, sino que yo no sé cuál es sensual, ni cuál espiritual, ni cómo me pongo a hablar en ello». Decidme si se puede hablar más sencillamente, con más castellanía, con menos dejo de afectación y de artificio. «Si alguna cosa dijere –se lee en el *Prólogo de Las Moradas*– que no vaya conforme a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana– será por ignorancia y no por malicia». Absorta en sus contemplaciones, divagando deleitosamente por los alcázares del amor de Dios, exclama: «Parece que hemos dejado mucho la palomica y no hemos; porque estos trabajos (sus meditaciones) son los que la hacen tener más alto vuelo.» «También suele Nuestro Señor –advierte la elegida– tener otras maneras de despertar el alma; que a deshora, estando rezando vocalmente, y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos. No digo que es olor, sino pongo esta comparación u cosa desta manera, sólo para dar a sentir que esté allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de Él, y con esto queda dispuesta para hacer grandes atos y alabanzas a Nuestro Señor». No hay valla que no salte la naturalidad de la Santa; sabe ser siempre gráfica y graciosa. Y en las alturas místicas, en la morada donde calla el apetito y apenas puede balbucir el amor, en los grandes parajes interiores del espíritu, donde la pluma del más diestro vacila, allí es donde Teresa, reina de su tesoro, en un momento de exaltación, de compenetración con el sujeto de su discurso, poseída de lo

[127] Publicado, con el mismo título en *La Basílica Teresiana* (15-06-1912); con el de «El estilo de Santa Teresa», en *Mundo Gráfico* (23-10-1912); con el de «Páginas de Santa Teresa», en *La Vanguardia* (27-11-1914; y con el de «Teresa, escritora», en *La Voz de Guipúzcoa* (25-03-1926) y *El Luchador* (24-03-1926).

que nuestros abuelos llamaban inspiración, y más sencillamente nosotros emoción, llega a ese equilibrio del corazón con la mente, a esas alturas inaccesibles del acierto seguro, de la rapidez y seguridad en el análisis, a caldear el acero de su temple a la lumbre de su amor, para que salga de la prueba más brillante, más bruñido y más perfecto.

No fue Teresa lo que llamaríamos una mujer harto leída. No puede contarla, a lo que presumo, la Condesa de Pardo Bazán, mi respetable amiga, como uno de sus más gloriosos precedentes. Santa Teresa de Jesús fue, a derechas, una mujer harto inteligente y despierta, con la cultura que en su rango y en su clase tenían las mujeres en aquel entonces. Santa Teresa adivina las cosas mejor que saberlas: lo intuye todo. Asombro de genio y no achaque de cultura es su labor. El amor presta alas a su entendimiento, lo purifica, lo transporta a las regiones más altas de la contemplación espiritual. Examina todas las cosas desde su plano, con humildad, serenamente. Si peca –y no peca nunca– es «por ignorancia y no por malicia». Pero no asoma jamás la ignorancia por los escritos de Teresa. Si hemos de creer en el *genio*, explicado a la usanza humana, que es como podemos explicarlo nosotros, Santa Teresa de Jesús es genial. Y genial de su tiempo, de su raza, de su pueblo, de sus ideales. Sencilla y grave. Siempre de cada momento y siempre vigilante. La mujer que nos cuenta, en grato calor de intimidad, la calidad y sazón de su amor por el Esposo, es la mujer animosa, que, lejos de perderse en los obscuros laberintos de la vida interior, padece, sufre, viaja, funda conventos, charla con gente soez en los mesones, y encuentra por toda vianda, en el lugarejo, unos higos secos para reponer el cuerpo fatigado. Dama andante del ideal divino, la Santa no se conforma con orar en el momento de la pelea. Ella misma coge sus armas, y a campo traviesa, con el cuerpo ofrece seguro blanco para las balas de los enemigos, enarbola su estandarte y lo defiende por amor de Dios.

Leyendo «Las Moradas»[128]

He aquí que esta mañana me ha traído el Correo un hermoso libro, editado por *La Lectura*, de Madrid: *Las Moradas*, de Teresa de Jesús. Y yo estoy en el pueblo donde murió Teresa. Un libro es el mejor amigo que puede tenerse en este pueblo. Id de paseo con él, haceos acompañar por él siempre. No os hablará de caza, ni de rencillas locales, ni de amores anodinos. Poco a poco, apoderándose de vuestro espíritu, os dirá cosas nobles y bellas, os aislará de la llanura que aprieta y ahoga vuestro espíritu, y os hará vivir de nuevo emociones fuertes, perduraderas, y encaramaros al cielo, amplio y limpio, que se abraza con la llanura en un abrazo rabioso de posesión.

Y he salido con *Las Moradas* de paseo; no es un libro este libro de la Santa andariega y simpática. Más que una lengua que escribe, es una pluma que habla. Es la charla de Teresa una plática natural, sencilla, desprovista de retóricos artificios, espontánea, fluida, personalísima e incorrecta. Escribe como el agua salta por los regatos, con abandono y con gracia. No sabe de composturas, ni de afeites de estilo, ni de cadencias largas y cortas, ni de literarios cánones. No es una escritora en el sentido que tiene esta palabreja en los tiempos que corren; no es la Santa una literata profesional. La literatura supone artificio y el artificio ausencia de emoción.

En Teresa no hay una sola frase pulida ni trabajada, ni una imagen de talco, ni una metáfora manoseada y añeja. La primera palabra que se le ocurre a Teresa es la palabra mejor, y el concepto más claro y más transparente el mejor de los conceptos. Luego, el público de la Santa es de monjas sencillas y de mujerucas humildes. La Santa lo sabe y aspira a ser comprendida mejor que admirada.

Mientras medito en estas cosas he salido ya del pueblo teresiano, asentado en un lecho de pizarra; a sus pies, el Tormes murmura lentamente su canción de quietud; las sierras de Béjar cortan, con una línea azul y larga, la monotonía del paisaje. La mole ingente del castillo de los duques de Alba, con su torre agrietada de homenaje, da sabor al pueblucho informe de cosa rugosa y vieja. Y comienzan a voltear, presurosas y alegres, las campanas de las monjas. Hay en las campanas estas la frescura de espíritu de la fundadora del convento: respiran alegría franca, misticismo sano; retozan, brincan, saltan aquellas notas de bronce, en la placidez de la tarde,

[128] Con este mismo título se publicó en *Alma Ibérica* (15-04-1924), *La Lectura* (Septiembre 1919) y *La Ilustración Española y Americana* (22-10-1919). En *El Sol* (05-08-1918), *El Guadalete* (08-09-1912), *Nuevo Mundo* (24-08-1911), *La Vanguardia* (30-08-1912) y *La Basílica Teresiana* (15-03-1912) lo hizo bajo el epígrafe «Paisajes teresianos».

con tal pureza de expresión, con tal donaire, con tan soberana gracia, que tengo para mí que Teresa habla por ellas, desde el campanario, a las almas muertas del pueblo, atadas a los afanes de vivir. Abro, de nuevo, este peregrino libro de *Las Moradas*. Es un libro pulido, ligero, de exquisita limpieza tipográfica, elegante en su sencillez encantadora. Santa Teresa no hubiera editado sus libros de otra manera. Releo unos capítulos y torno a cerrarlo. ¿Para qué más? Me hablan de la Santa estos caminos hollados por ella; estos labriegos, que dicen un castellano sonoro, castizo y denso; este convento de Santa Isabel, de monjas franciscanas, pobre y limpio, con los escudos ducales en sus muros, donde la Santa reposara después de su regreso de la fatigosa jornada de Peñarandilla. Me hablan de Teresa estas campanas, y el manso murmullo del río, y las piedras blancas de la basílica, y estos frailecillos de sotana parda y de sombrero negro, que gozan, como yo, de la hermosura de la tarde.

¡Extraordinario espíritu el de aquella mujer singular, que, achacosa y enferma, funda conventos, organiza una milicia al servicio de Cristo, su esposo, sufre persecuciones por la reforma de su Orden, escribe libros, sostiene activa correspondencia con sus protectores y deudos, y para, con un rasgo de humildad o de humorismo, el golpe certero de sus adversarios formidables! Cuando es débil Teresa contra los embates de fuera, se hace firme e inexpugnable en su castillo interior. He aquí la razón de la fuerza de la Santa y de su eternidad en el tiempo: su castillo interior. La soledad le hace grande, y exceso de su vida espiritual y de contemplación la empuja a la lucha externa. Las flores de su alma se convierten en frutos de bendición. La acción de Teresa, como en el Santo de Asís, no es algo aparte del pensamiento, sino el pensamiento mismo hecho carne y espíritu. El Reformador, el Héroe, el Santo, no sueñan la poesía: la trasladan en bloque a la vida, cantando himnos al sol, ganando batallas, reformando pueblos. No queriendo estos hombres retoñar en frutos de carne, se perpetúan en flores del espíritu. La fe enorme, que les da fuerzas; el amor, que es el resorte íntimo de sus acciones todas, les hace padres de todos los pensamientos generosos, de todas las acciones grandes, de todos los propósitos buenos que despiertan en nuestra alma al ponerla en contacto con la suya. Corazones prendidos de anhelos, que valéis por cien corazones; almas de fuego, que sentís en un minuto solo una vida más rica y más intensa que mil almas en muchos años; corazón de acero de Teresa; alma de rosa de Juan de la Cruz, ¿por qué no tornáis a la tierra a inundarla de ideal y de amor?

Otra vez vuelvo a distraerme de mis pensamientos. Un aldeano, caballero en un hermoso bruto, lanza a los aires, con voz gangosa y desengañada, un cantar lento y monótono:

Alégrate corazón,
aunque sea por la tarde:
corazón que no se alegra
no viene de buena sangre[129].

Y el sol se oculta. Tiene la puesta del sol en mi Castilla una augusta majestad indescriptible. Se oculta el sol lentamente, como si se gozara con el ritmo de su descenso, dejando huella de sangre en el llano. Las piedras, color de oro viejo, se tornan mates, perdiendo su brillo y su luz. El río de Garcilaso, que arrastra oro en su carrera, sigue su canción de mansedumbre y de paz. El sol acaba de ocultarse y la campana de la parroquia ha dejado caer en el silencio de la vega unos tañidos profundos y tristes. Como a un conjuro, de la tierra surge un rumor de presentimiento, de fecundidad, de maternal alegría... He recogido mi libro, he vuelto al pueblo teresiano, pensando, con la Santa y con el cantar del aldeano caballero, que la alegría es un deber y que el pecado es triste y estéril.

[129] Estrofa de una canción tradicional, arraigada en Burgos, que lleva por título *Con el guri, guri, guri*.

PAISAJES LEONESES

Salamanca

Evocación del Tormes [130]

Los que estudian las piedras en los libros y no las piedras en las piedras, las de oro de Salamanca, encendidas y rojas como el sol de la llanura, les desalienta y aturde. Conocen el Romancero, y Salamanca les da la sensación cabal. Saben de memoria el libro de Cervantes, y no conciben los sueños de don Quijote más que en las llanuras de la Mancha.

Para desenterrar la vida de Isabel, visitan Talavera y Medina del Campo. Estudian el alma plácida del encendido Juan de la Cruz en Fontiberos [sic], los paisajes teresianos en Ávila y Alba de Tormes, dan con las entrañas castellanas en Burgos. Como Castilla es tierra de hombres, quiero decir, de personalidades recias y fuertes, cada pueblo tiene su héroe –guerrero o místico– que imprimió a su pueblo el marchamo de la personalidad. Salamanca no es un pueblo de un hombre, sino de muchos hombres; no de una generación, sino de muchas. Y Salamanca despista.

Las impresiones de los ojos cargados de lecturas y de cronicones, no saben encararse con las piedras; la sensación que les da Salamanca no es la sensación libresca; como el sol ciego y las piedras se encienden en festival de luz, niegan su valor a Salamanca, que no es un pueblo austero. Echó raíces en su ambiente la sencillez bizantina, la transición de lo románico a lo gótico, pero solamente florecieron, con pujanza de vida, con entusiasta brío juvenil, las góticas magnificencias. La vida, el arte del Renacimiento, los primores plateresco s de Salamanca comienzan para el espíritu español con la fundación de su Escuela; expansión de ella es toda la ciudad, que está saturada de su ambiente. Los muros de las calles llenos están de leyendas rojas, de vítores y novatadas universitarias; los conventos, henchidos de la vieja sombra de Daza, el amigo de Colón, de Fr. Luis, el cantor de la Flecha asentada en las plácidas llanuras del Tormes; el espíritu ciudadano de los rencores de los bandos que apaciguara San Juan de Sahagún, y de aquellos otros rencores mozos de las *naciones* estudiantiles, que en la Escuela comienzan y en la Escuela se apagan. Distintos elementos forman la vida de la ciudad e integran su encanto. Mil literaturas tienen en la noble ciudad su escenario favorito. A la entrada de Salamanca, junto al puente romano, flotando en el ambiente plácido de las tenerías, de las herrerías, de las posadas, surge la sombra del mancebo Calixto, de la dulce Melibea y de la cotorrona Celestina. Y allí mismo, bajo la peña que bautizara la grey estudiantil con el nombre vulgar de la tragicomedia del bachiller Rojas y Montalbán, brota, graciosa, la tradición. ¿Sabéis por qué se llaman rameras a las mozas alegres y dadivosas? El Concejo salmantino echaba a tan despreocupada gentecilla de su recinto murado en los días austeros de la Semana de Pasión. El domingo de Ramos salían las mozas, acompañadas por los escolares procesionalmente, en barcas que hendían el Tormes, hacia el Matadero Viejo. Allí vivían las mozas, con su cohorte obligada de terceras y zurcidoras de voluntades, viejas proxenetas expertas y mocitos afeminados de voz de flauta, los días santos y la semana de Pascuas. Después, el lunes de Quasimodo –«lunes de Aguas» para toda la provincia, que la tradición cundió, llevándola los escolares a sus pueblos– tornaban a la ciudad las mozas. Hoy mismo, se celebra la tradición con merendolas en mesones y ventas, junto al Tormes, consagrando la tarde, calurosa y limpia por lo común, a Venus y, más que a Venus, a Baco.

Y muy Cerca del Puente Romano y de la peña Celestina –destruyóse el torreón glorioso– Tejares, el puebluco vecino, arrabal de la ciudad, que también se contempla al espejo del claro río, henchido de quietud. Y el puebluco, sin embargo, es asiento de pícaros. Solamente en estas

[130] Inicialmente se publicó en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (23-08-1911) y en ambos formaba parte de un artículo más amplio titulado «Salamanca» que contenía otras semblanzas relativas a la capital charra. En *La Libertad* (17-06-1923), su título fue «Místicos, picaros y árcades castellanos» y era de menor extensión, finalizando con el párrafo en el que se alude a Diego de Torres y Villarroel. *El Adelanto* (11 y 18-12-1925) lo publicaría, imaginamos que por problemas de espacio, en dos entregas bajo el mismo epígrafe que aquí –«Evocación del Tormes»– y, posteriormente, *La Esfera*, con el título «De la ciudad y del río» y *La Semana Gráfica* con el de «De la ciudad, del puente y del río», omitiéndose, en este último caso, los dos primeros párrafos del capítulo y una parte del tercero. Finalmente, se reproduciría en el libro *Sensaciones de Salamanca*, donde se titularía «De la ciudad y del río».

planicies abiertas al sol, abrazándose con la inmensidad del cielo, solamente en estos parajes donde no pasa nada y todas las cosas dejan su huella de eternidad, la mente es fecunda en sutilezas, escamoteos, aventuras y picardías. En el Tormes, por azares especiosos de la fantasía, nació el Lazarillo, «por la cual causa tomó el sobrenombre»; pero en Tejares vieron la luz sus padres. Tomás González, ladrón corriente y moliente, y su madre, Antonia Pérez, que lo pare, acaso de retorno de alguna pillería por aceñas y mesones. Y Tejares es el principio del mundo para el pícaro inteligente y ducho en malas artes; Tejares es patria de hampones y de nómadas, de gente inquieta y trashumante. Del otro lado del puente se piensa y se rima, se ama y se parte a puñaladas el corazón de los bravos; del otro lado del puente, en Salamanca, los escolares de sopa boba, que comen las sobras a la puerta de los conventos entre regaños de un lego malhumorado; los segundones de casa solariega, que entretienen su hambre sutilizando, retorciendo silogismos, pariendo dilemas, cantando y poniendo en limpio las *liciones* de los maestros, pararán en Lázaros; en Tejares, quieto y manso lugarejo, el hijo de Tomás González y de Antonia Pérez, sin filosofías, azotado por la quietud y por la fantasía, pone desde luego en práctica lo que luego justificarán, entre rosarios de argucias, los letrados pobretones.

Y junto a Tejares, lugar de la picardía, el Zurguén. Acaso pensando en sus huertas escribió la donosa Condesa de Pardo Bazán que «Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española». Al Zurguén van los poetas, que cantan el amanecer, pereceando en el lecho hasta mediodía, los árcades hueros que huelen, no a romero, a tomillo o a cantueso, sino a estufa y a cristales, a flores de trapo y a rosas deshojadas y mustias, de trapo también. Cantan el Zurguén los poetas artificiosos y vanos del siglo XVIII; don Juan Meléndez Valdés, admirable en sus informes forenses que fabrica, en los ratos de ocio, pastorcillos de cartón, en una calle donde suenan constantemente los martillos de los herreros, donde los artífices bordan y labran láminas de plata, donde reinan el barullo, la canción monótona, el prosaísmo y la ciudad; Iglesias de la Casa, preocupado en salir del callejón de sus achaques, luchando a puñadas con la vida ingrata, con su temperamento pobre que no puede soportar el frescor del alba, ni el *recencio* de la noche. Jovino amanerado y trivial en temas campestres; Francisco Sánchez Barbero, hombre de recio temple, de gran saber de humanidades, ingenuo y descuidado versificador que cree gustar del campo porque le gusta a Horacio… El que sabe gozar la quietud del paisaje, el que se llena de su mística alegría, mientras desconcierta a sus colegas a fuerza de paradojas, arbitrariedades y extraños embolismos, es el muy humano, inquieto y zumbón doctor don Diego de Torres y Villarroel, medio clérigo, medio estudiante, medio torero, pícaro de tomo y lomo y ejemplar castizo del hombre de cultura del siglo XVIII. Las gentes le creen un mago y un brujo y él se ríe de las gentes. La plebe incrédula y boba, el pueblo que oye de boca de los escolares toda suerte de fantasías y de hipérboles, rodea a don Diego de una aureola de misterio mientras don Diego, encerrado en su obscuro caserón de la calle de Libreros, amigo de desconcertar, de quemar troncos verdes de molleras vacías a fuerza de calor y de vida, pasea todas las tardes por las afueras de la ciudad dorada, junto al Tormes, por la calzada de Zamora, por el camino del camposanto, hacia Tejares, antes de saborear el grato soconusco. Platica con escolares, doncellas, charros que vienen de compras, con alcahuetas, con gente de toda condición y estado. Y no pierde nunca la mocedad de su brío, ni el ímpetu de la energía contenida. Aumenta su vitalidad con los años «que le iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, discusiones y disparates».

Y del otro lado de Salamanca, en la ribera derecha del Tormes, la Flecha. El paisaje es aquel donde dialogaban, en preñadísimos diálogos sobre los nombres de Cristo, Sabino, Marcelo y Juliano, en la quinta agustina. A lo lejos, se esfuman las torres de la ciudad, las catedrales, con su bosque de agujas, el cimborrio macizo de las Agustinas, la flecha pretenciosa de San Juan de Sahagún, los dos centinelas de la Clerecía.

Corta la monotonía del llano, con sus tierras pardas, con sus surcos derechos que parecen curvos, la línea azul de la Sierra de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. El campanario de Aldearrubia, con sus casucas de adobes apretujadas; las motas blancas de las casas de los camineros; la silueta de algún gañán que canta una tonada larga a pulmón abierto para que impregne el aire y se la lleve aprisa, no son parte para distraer el espíritu de su unción religiosa.

Solamente en aquel paraje, en tarde calurosa de Junio, en mañana fresca de Abril, oyendo el cantar de las aves no aprendido, oyendo las endechas aldeanas, bañándose en el río a la caída de la tarde, en que todos los ruidos de la ciudad se estrellan y agonizan, menos el tañido de alguna campanada grave que estremece la tierra, solamente allí puede olvidar el espíritu agitado las preocupaciones ciudadanas, el mundanal ruido y el fragor de los imperios que se

hundieron; solamente en la Flecha, mientras el aire orea el huerto y menea los árboles con un manso ruido imperceptible para el profano, se olvida el aguijón del oro, el peso del cetro imperial y se desea un plato de tosca loza de Alba en rural mesa de pino; solamente en la Flecha puede Fr. Luis calmar las violencias de su espíritu, hecho a las peleas del claustro, murmurador y cominero, que no le perdona su intuición artística, su elegancia horaciana y su amistad con Martínez de Cantalapiedra. Sigue la huerta, bien poblada de árboles, puestos sin orden ni concierto. Sigue la pequeña fuente, con su hilillo de agua fresca y cristalina. Sigue la alta y hermosa alameda. Sigue torciendo su curso el Tormes por aquella vega. Siguen los mozos sentados en la encina caída, cabe las aguas, gozando de la paz del campo y de la fresca sombra de los chopos amigos. Tornó a cantar aquella paz y aquel sosiego Gabriel y Galán. Sonó, serena y breve, la voz que pedía sementeras a los campos yermos y a los espíritus estériles. La musa del fraile agustino resucita, inconsciente, en el poeta ladrador de las pardas onduladas cuestas, de los mares de enceradas mieses y de las castas soledades hondas. Roba el poeta el secreto al llano, a fuerza de arañar sus terrones, de removerlos y de solearlos. El campo, que es religioso, la llanura, que es templo para Gabriel y Galán, habla de eternidad y de vida. Pasan las ciudades, pasan los hombres, y queda la llanura fecunda, retoñando cada año y devolviendo con prodigalidad la simiente con que el hombre la nutre. Aquella ansia de perpetuación, de retoño, de paternidad copiosa y patriarcal, ¿no se la insinuó a Galán el campo, que le hizo poeta? Galán, que en viendo verde, como los pájaros y como su maestro, tiene que hablar o cantar, renueva el gesto clásico en estos tiempos de olvido y de farándula:

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era
sosegado el sentir como las brisas,
nudo y fuerte el amor, mansas las penas
austeros placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño
fácil el bien y pura la conciencia[131].

Y el Tormes que nos recuerda sucesivamente el desenfado del Bachiller, las andanzas de Lázaro, la bobería y artificio de los árcades, la zumba de don Diego de Torres y Villarroel, el estro de Fr. Luis y la espontaneidad campesina de Gabriel y Galán, evoca, tierras abajo, los amores del cortesano Garcilaso, la frescura de Juan de la Encina y el empaque de Calderón de la Barca, junto al castillo de los duques de Alba. Allí también, a la sombra de la torre del homenaje del mismo castillo, flota el espíritu ligero y simpático de Santa Teresa, la monja andariega y donairosa.

Mirad si habla al espíritu el «sacro río» que añorara Garcilaso, en sus églogas elegantes y armoniosas, compuestas para ser recitadas calladamente al oído de una dama gentil.

La escuela [132]

Recorramos una mañana temprano la ciudad a la hora en que el cimbalillo universitario despierta a los escolares. Vivimos, por ejemplo, en una calle típica, la de Libreros, junto al patio de Escuelas Menores. Y nos detenemos en el sugestivo patio. Poca gente. Chiquillos con el manualete al brazo, que entran en el Instituto, cuya fachada coronan dos soberbios medallones. De oro mate son las piedras del patio. Una lápida de mármol, plebeya y fea, que recuerda una tragedia estudiantil reciente, rompe la armonía del tono. Los paredones, llenos de trazos rojos. Enfrente, la fachada plateresca de la Escuela, recargada de adornos, elegante, detallista, labor mujeriega, bordada en piedra roja y obediente. La fachada, que ocupa todo un lado del cuadro, vive aislada entre dos muros almenados. A la izquierda, la casa rectoral, de soberbio balconaje, suntuosa. El Hospital de Estudios, hoy Secretaría universitaria, sobrio y severo.

[131] *Obras completas de José Mª Gabriel y Galán: El ama.* Tomo I. [Nota del autor]

[132] Se publicó por primera vez en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (25-08-1911) y en ambos formaba parte de un artículo más amplio titulado «Salamanca» que contenía otras semblanzas salmantinas. Más tarde lo haría en *La Vanguardia* (28-10-1914) y *Heraldo de Madrid* (20-08-1924) en los que lo hizo bajo el epígrafe «La Universidad de Salamanca», y también en *La Libertad* (18-03-1923), donde se tituló «La Escuela salmantina» y en *La Semana Gráfica* (25-02-1928), donde lo hizo como «La Universidad y los Colegios».

Entrad en la Escuela; el cimbalillo sigue trenzando sus notas alegres en el silencio de la mañana. Inscripciones latinas de viejos poetas; rasgos contemporáneos, anecdóticos, de la edad presente. Penetrad en sus aulas. Todas las de la parte baja son iguales.

Un púlpito frailesco al centro; unas estancias sombrías, obscuras, hechas para rumiar ideas o para soñar pláticas de reja; los bancos rotos, con nombres de mujeres grabados a navaja; ventanales anchos, conventuales, con luz hacia la calle, hacia el mundo. ¡Grato sosiego el de estas aulas! Veinte generaciones de mozos condensaron en este claustro sus ensueños; si cantaran las sombras, surgiría de la Escuela gloriosa un himno de mocedad y de pujanza que haría brincar de gozo a las piedras labradas. Y en el coro se oiría la voz de Fr. Luis de León, serena y armoniosa, cantando las excelencias de la dama casta y limpia, enamorada de su marido, mirándose en sus hijos.

La cátedra de Fr. Luis de León, donde hoy los estudiantes de Salamanca celebran sus reuniones tumultuosas, es más grande que sus hermanas. Yérguese en el centro el púlpito del «decíamos ayer», frase que no pudo pronunciarse porque el maestro no tornó a explicar sus lecciones en la Escuela, después de sus querellas con el Santo Oficio. Constantemente el fraile reclama dineros al Claustro, que se le adeudaban de los tiempos de su magisterio. Pero, ¿qué más da? Lo cierto es que Fr. Luis hubiera dicho la hermosa frase, llena de perdón, ante los escolares traviesos que ahondaron las divisiones del Claustro para derribar al agustino, que era hombre de fuertes pasiones, y quizás poco cauto.

Pero la Universidad no es este patio, ni la espléndida escalera levantada en tiempo de los Reyes Católicos, ni la estupenda biblioteca. En Salamanca, como en Bolonia, la Universidad se extiende, se ramifica, desparrama su espíritu por la ciudad. La Escuela, que en 1569 contaba, según Chacón, con diez cátedras de cánones, diez de leyes, siete de teología, siete de medicina, once de lógica y filosofía, una de astrología, otra de música, dos de hebreo y de caldeo, cuatro de griego, y diez y siete de gramática y de retórica, no podía encerrarse en aquella angostura. Y comienzan, como en Oxford, los colegios que viven hoy. Se levantan, primero, cuatro mayores: San Bartolomé o el Viejo, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo. El Colegio Viejo copia los estatutos que para el Colegio de San Clemente, de Bolonia, estableciera su fundador, el cardenal Gil de Albornoz. Don Diego de Anaya, fundador del Colegio, instituye quince becas y dos capellanías.

Los Colegiales serán de buena opinión y de sangre limpia. No han de ser de la ciudad, ni de cinco leguas en contorno. Anaya nombra a su fundación heredera de sus bienes. De los claustros del Colegio que ahora mismo se alza gallardo frente a la Catedral Nueva, junto a la casa matriz, surgen el Tostado y San Juan de Sahagún. Luego, Cisneros copia aquellos estatutos para regir fundaciones análogas de Alcalá. Por aquel Colegio se desliza la vida de toda la ciudad. Benedicto XIII, Martin V y otros Pontífices cubren a los colegiales de privilegios. Tórnase el Colegio en señor de pueblos, en patrono de iglesias. Pierde la humildad y la pobreza primitivas. Carlos V reforma el Colegio, extranjerizándole. Los colegiales tienen tan buen valimiento de fortuna al concluir sus estudios, que, luego, son en la vida cardenales, padres del Concilio de Trento, virreyes, grandes inquisidores, presidentes de consejo y de chancillería. El manto y la beca se codician con tesón por los nobles para sus mayorazgos. Las cátedras universitarias se cubren entre colegiales por concurso; de cinco vacantes, cuatro son para ellos y una para los colegiales menores o de «manteo». Son rígidos en las etiquetas de corte: suscitan mil incidentes pintorescos, de los que están llenos los archivos universitarios. En la Catedral, los canónigos no se atreven a desairar a los colegiales opositores. Carlos III intentó echar de los colegios gente ociosa; no le fue posible. Hoy, el rasero burocrático ha matado los internados, menos el de San Ambrosio, y los privilegios; pero no los excelentes efectos de tales instituciones, que funcionan y que ya enviaban mozos al extranjero cuando el Estado no se acordaba de ello. Destrozaron las balas francesas los colegios de Oviedo y de Cuenca. El del Arzobispo, habitado hoy por los nobles católicos de Irlanda, que se consagraron a la vida sacerdotal, merece detenida mención.

Goza del patio más bonito de la ciudad, y cuidado que Salamanca puede llamarse la ciudad de los patios. El de los Irlandeses es una muestra del arte plateresco, tan frecuente en Salamanca. Tan holgado y espacioso es, que en él caben unos cuantos millares de almas. Tiene dos cuerpos: los del primero dan un sabor clásico en la esbeltez de su medio punto; los del segundo, por fustes caprichosos, retroceden al arte de transición.

La portada que da al patio, de Alonso de Covarrubias, aunque pertenece al Renacimiento, conserva huellas del greco-romano. La espaciosa capilla ojival –como el patio– es obra de Pe-

dro de Ibarra, y el retablo de la capilla, del famoso Alonso de Berruguete «quien –escribe el señor Villar y Macías– según escritura otorgada en 3 de Noviembre de 1529, se obligó a hacerle en año y medio– y le fueron anticipados 600 ducados de oro».

Y los colegios se extienden por la ciudad, los mayores y los menores, convertidos ahora en cuarteles, en oficinas, en casonas deshabitadas y tristes, y Salamanca recibe el alma de su escuela, que hoy mismo, silenciosamente, incuba sueños de grandezas futuras en los estudiantes.

Acaso torne de nuevo la edad de oro.

Las catedrales [133]

¡Cuántas mañanas he pasado en la Catedral Vieja, saboreando el silencio, contemplando sepulcros de guerreros y de princesas, en esta Catedral Vieja de Salamanca, de la que escribe el Baedécker[134]: *Avec des tombeaux et des tableaux insignifiants*!

¿Insignificante aquel silencio que tan mansamente susurra la historia pretérita? ¿Insignificante aquella paz, semillero de inquietudes?

Se fundó en el siglo IX. Los repobladores de Salamanca, Raimundo y Urraca, pusieron la primera piedra de la vieja iglesia que es fortaleza y templo, castillo y altar, como la ruda religiosidad primitiva, como el alma nacional que nos legaron los visigodos. Treinta obreros empiezan a levantar la fábrica un Lunes Santo. Alfonso el Emperador los declara exentos de pecho y tributo. Confirman el privilegio, según va levantándose la fábrica, otros reyes.

¡Y qué iglesia! Fuera la torre del Gallo, pirámide de torreones, perfectamente oriental, que nos da la sensación de tierras lejanas, llenas de luz.

En el Patio, con cadenas, sobresale el brazo de un crucero, se descubren tres ábsides románicos; luego, en el interior, fresco y sedante, entre la doble serie de columnas que avanza hasta el crucero, se respira quietud. Hay ricos capiteles románicos en el sagrado recinto. Sobre los capiteles, ménsulas. Las ventanas, de arcos semicirculares.

Hay epitafios en los sepulcros, epitafios sabrosos, que vamos deletreando con sosiego, queriendo llenar los nombres del contenido. Junto al retablo, a la diestra del presbiterio, está el enterramiento de doña Mafalda, hija del rey Don Alfonso VIII de Castilla... «que finó por casar en Salamanca, año de 1204». ¡Que finó por casar! Princesita lejana, que vivió para el amor y que llevó a la tumba su secreto, ¿no dice su epitafio mucho más que el relato menudo del cronicón farragoso?

¿Y la sombra de don Jerónimo, el amigo del Cid? ¿Tampoco le inspira una página al Baedécker? Este don Jerónimo, monje benedictino, oriundo de las tierras mimosas del Perigueux que, al decir del poema de Mío Cid, era recio en manejar la espada y en domeñar el caballo, está enterrado en la vieja Catedral. El poema glorioso nos ha cantado las andanzas del obispo salmantino, guerrero y monje, amigo de Rodrigo Díaz de Vivar. Don Jerónimo ruega a su amigo que le permita pelear con moros, y Rodrigo quiere hacer del monje Arzobispo de Valencia:

> En tierras de Valencia fer quiero Obispado,
> e dar-gelo a este buen Christiano.
> Vos cuando ydes a Castiella levaderes buenos mandados
> plogo a Alvar Fáñez de lo que dixo don Rodrigo;
> a este don Yherónimo y al otorgar por obispo,
> diéron-le en Valencia o bien puede estar rico,
> ¡Dios que alegre era todo christianismo
> que en tierras de Valencia sennor avie obispo!

El viejo poema rudo nos recuerda, varias veces, al Obispo salmantino. En medio de la llanura le contemplamos más tarde a caballo, recibiendo a las hijas del Cid:

[133] Publicado inicialmente en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (25-08-1911) formando parte del artículo titulado «Salamanca» al que ya hemos aludido anteriormente. También se publicó en *Alrededor del Mundo* (05-06-1912), donde se tituló «La Catedral Vieja de Salamanca»; *Heraldo de Madrid* (29-08-1924) y *Reflejos* (01-01-1930), bajo el epígrafe «Las dos catedrales»; *La Esfera* (08-05-1915), con el título «La Catedral de Salamanca»; y *El Sol* (25-11-1918) y *La Libertad* (22-02-1923), con la denominación «Fortis salmantina». En cada una de las distintas versiones se aprecian ligeras diferencias que se acentúan en la revista *Reflejos* donde se modifica el final del capítulo.

[134] Karl Baedeker (1801 – 1859). Editor alemán autor de unas guías de viaje, cuidadas hasta el más mínimo detalle, que tenían por objetivo proporcionar al turista toda la información necesaria para sus viajes. Una de sus características era la utilización de estrellas –tan generalizadas hoy en día– para la identificación de hospedajes de confianza.

El obispo don Yheronimo adelant se entrava
y dejaba el cavallo pora la capiella adelinnava.

Y hay un pasaje, en que el Obispo, después de decir misa y de bendecir sus huestes, y de absolver a los pecadores, pide al Cid entrar en el combate, a la cabeza:

Pido-uos un don: e seam presentada
Las feridas primeras que las aya yo atorgadas.

¡Atorgar las feridas primeras! De esta recia estirpe espiritual son los varones que encierran los sepulcros de la Catedral Vieja.

Estas piedras nos hablan de las turbulencias de la Edad Media, del gracioso balbuceo del romance, de la formación lenta, segura, del espíritu leonés. Las piedras se levantan con sosiego; años y años dura la construcción de la fábrica. Desde 1102, en que empiezan las obras, la infanta doña Urraca y don Ramón de Borgoña, su marido, colman de beneficios y legados, materiales y espirituales, a la Basílica; imítanles monarcas y pontífices. La Catedral nos habla de Alfonso VI, y de Sancho IV, y de doña Berenguela, y de doña Constanza, princesas castellanas, protectoras del culto.

Pero llega un momento en que el templo parece mezquino, estrecho, pequeño, para la piedad y la oración. Y se construye la Catedral Nueva, opulenta, clara, elegante, rica, de fachadas suntuosas, de cúpula airosa y sencilla, amplia, risueña, amiga de la vida y de la pompa.

Las dos catedrales juntas, tapando la novel a la hermana mayor, dan una sensación distinta. No he de describirlas menudamente; no hace falta. Acuda el erudito a sus libros, que yo vierto solo mis recuerdos. No son estas páginas para turistas.

Se diría que no es el mismo Dios el que se venera en ambas catedrales. La Catedral Vieja, silenciosa siempre, limpia de adornos y artificios, austera, con su claustro lleno de sarcófagos y de sepulcros, remota, severa, llena el espíritu de unción y puebla la mente de recuerdos. La Catedral Nueva, mundana, con el órgano que llora las tristezas de David, haciendo crujir la bóveda de espanto, cuando suenan las trompetas y los canónigos sostienen perezosamente la canturía lenta, habla de multitudes llenas de fervor. La Catedral Vieja es dogma y la Nueva liturgia; aquélla entraña y esta vestidura. Espléndidas las dos, nos hace pensar si la Reforma no penetró con cautela en el dormido espíritu religioso de nuestra raza, heredando del paganismo su inconsciencia y su luz.

Hechizos y brujerías [135]

Don Diego Pérez de Mesa, catedrático de la Universidad de Alcalá, que moceó por Salamanca en 1560, escribía, condensando sus recuerdos: «De la Universidad finge el mundo la cueva, que no sé por qué es llamada de Clemesín, en donde entraban debajo de tierra siete estudiantes a estudiar por siete años, aprendiendo el arte mágico de una cabeza de alambres, y al cabo de ellos se quedaba uno allá adentro, sin tornar a verse más»[136]. Y añadía Pérez de Mesa: «Estudiando yo en Salamanca, procuré averiguar la verdad, y hallé que el maestro francés, gran filósofo y catedrático antiguo de Salamanca, estaba en opinión de que la invención de esta fábula fue de la manera siguiente: un cetre de la iglesia de San Ciprián sabía mucho de las artes mágicas vedadas y prohibidas; enseñábalas a algunos estudiantes, y entre ellos a un hijo del Marqués de Villena, y porque no le hallaran en aquella lectura y pasantía, metióse con los discípulos a enseñarles en una cueva o concavidad grande que había detrás del altar mayor de dicha iglesia; logró sacar a algunos discípulos bien diestros, y entre ellos al referido don Enrique de Villena». ¿Recordáis la famosa cueva de los brujos, las burlas de don Enrique, la preocupación de toda la ciudad estudiantil encarándose con el misterio? En 1322, acaecen estas burlas y travesuras. Se habla en Salamanca de geomancia, de hidromancia, de piromancia, de aeromancia, de necromancia, de astrología judiciaria. El cetre de la iglesia de San Ciprián –iglesia que estaba junto a la plazuela de Carvajal, unida con la iglesia de San Pablo– era harto diestro en engañar escolares, en ofrecerles mediante dineros, la suerte de quebrar sin riesgos

[135] Publicado en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (28-08-1911) –incluido en el ya citado artículo titulado «Salamanca»– y también en *La Libertad* (14-02-1923), bajo el epígrafe «Magos y brujos», y *Nuevo Mundo* (11-12-1931), donde mantuvo el título de «Hechizos y brujerías».

[136] Dorado: *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca.*– Villar y Macías: *Historia de Salamanca,* t. I, pág. 522. [Nota del autor]

la honestidad de las doncellas, de asegurarles montones de oro para disiparlos en francachelas, de regalarles polvos milagrosos para sonrosar el cutis, aguas para remozar el cuerpo, fortificar el brazo, gozar de garbo y de apostura. El cetre o sacristán tuvo siete discípulos, entre ellos don Enrique de Villena. Dejemos la relación al profesor don Juan de Dios, que informa al curiosote Padre Feijoo de los incidentes de la famosa cueva: «Los siete primeros discípulos que tuvo el tal maestro –escribe don Juan de Dios[137]– propusieron qué estipendio se le daría, y acordaron determinada cantidad, y echaron suerte entre los siete a cuál había de tocar pagar por todos, pactando primero que al que tocase pagar, si no pagaba pronto, había de quedar detenido en un tránsito o aposentillo que había en la misma sacristía, hasta que sus amigos se lo prestasen o se lo enviasen de su tierra, y que habiendo otros siete discípulos, los nuevos hubiesen de hacer lo mismo, y creciendo el número siempre para la paga, se procediese por el número septenario. Sucedía que unos podían pagar luego y otros no, y así solían estar detenidos o presos tres o cuatro juntos. Duró esto hasta tres curias, en una de las cuales vino un hijo del Marqués de Villena; y como en el sorteo los compañeros le barajasen la suerte, pagó una vez por todos. Pero haciendo con él la misma trampa segunda vez, quiso ser de los detenidos; pero fue para hacer una pesada burla al maestro, sin ser bastante a estorbarla cuantas artes sabía, y desde entonces cesaron dichos estudios en la cueva o sacristía».

El Marqués de Villena se hace invisible. Desaparece, se evapora; su destino excita el miedo, el terror, la fantasía juvenil de sus compañeros. En la cárcel de los tramposos, donde su triste sino le condujera, cuenta un viejo manuscrito que había una tinaja; en la tapadera, trastos, achiperres y cachivaches de la sacristía. En la tinaja se metió don Enrique, a la sazón en que su criado, acompañado del cetre, le llevaba luz y cena. Al no verle los dos, quedaron mudos de sorpresa. Nadie más bobo que el engañador profesional; nadie más crédulo que el embustero recalcitrante. Encima de la mesa del aposentillo, extraños libros de artes mágicas. Criado y cetre salieron de la estancia, dejándola abierta. El mozo don Enrique de Villena salió de la tinaja, y, presumiendo que la gente dormitaba ya, subió a la sacristía. Entró en la iglesia, y advirtiendo que un altar del Santo Cristo tenía cortinas, metióse detrás, hasta que, a la mañana siguiente, el monago abrió la puerta de la sacristía.

La aventura creó todo un fárrago de libros sobre la magia salmantina. Ercilla, hablando de Salamanca, escribe:

> … Salamanca que se muestra
> Felice en toda ciencia, do solía
> Enseñarse también nigromancía[138].

Ora en una comedia de Ruiz de Alarcón, ora en un sainete de Miguel de Cervantes, ora en una pieza de Rojas y Zorrilla, se alude desembozadamente a los brujos y magos de la ciudad del Tormes.

Hartzenbusch resucita la tradición clásica con *La redoma encantada*.

Doña María la Brava [139]

Las agitaciones del reinado de don Sancho, las minorías de don Fernando IV y de don Alfonso XI, llenan de rencores las ciudades leonesas. No puede sustraerse al ambiente tumultuoso. Salamanca, ni otros pueblos cercanos, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Zamora, luchan con tesón, ya por la preponderancia de los blancos, ya de los negros. Los Estúñigas, los Solís, los Monroyes, viven en continua pelea. Y de la historia de los bandos no hablaríamos, si ellos no hubieran servido para probar el temple de ánimo de la dama salmantina, doña María la Brava, famosa en la historia y en la leyenda famosa.

Un cronista local, don Alfonso de Maldonado, contemporáneo de doña María la Brava, testigo tal vez de los sucesos, nos cuenta, sencilla y vigorosamente, el épico relato. Cuenta Maldonado que doña María de Monroy casó con el caballero de la ciudad, Enrique Enríquez de Sevilla, señor de Villalba. Murió el marido; quedó la viuda harto moza y hermosa, solicitada por

[137] *Obras escogidas del Padre Feijoo,* Edición de Rivadeneyra. [Nota del autor]

[138] Ercilla, *La Araucana*, canto 27, estrofa 38.

[139] Además de aquí, también se publicó en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (28-08-1911) –incluido en un artículo más amplio, titulado «Salamanca» en el que se recogían otras semblanzas salmantinas–, *La Libertad* (19-04-1923), *La Esfera* (18-05-1929), y en el libro *Sensaciones de Salamanca*.

los galanteadores y enamorados, con dos hijos y una hija. Los varones, Luis y Pedro, trabaron amistad con dos mozalbetes, Simón y Alonso Manzano. Porfiaron los amigos y sobrevino una refriega. Se echó mano a las espadas; los Manzanos y sus domésticos hirieron mortalmente a los Monroyes, añadiendo al crimen la cobardía. Muerto Luis, los Manzanos decidieron, para ocultar su mala desgracia, rematar al pequeño. Huyeron los Manzanos, después de la perfidia, a tierras portuguesas. Conocido el crimen por toda la ciudad, fueron llevados los hijos muertos a la madre. «Doña María –dice el cronista– les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningún acto mujeril; mas estaba con el corazón tan fuerte, que ningún varón romano se le igualara; asaz se parescía en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego. Los parientes de los mancebos muertos le dijeron que los enterrasen; doña María respondió: que ellos hiciesen dellos lo que quisieran; y en siendo noche, doña María cabalgó, y se fue a Villalba».

Se fue a Villalba doña María la Brava, con veinte caballeros, a fin de sorprender a los Manzanos. Y recomienda a sus deudos que no sean traidores. Y en el camino, de noche, después de una larga y fatigosa caminata, arenga a los suyos doña María. Dice que su corazón se nutre de odios y de rencores; que vive para la venganza; que hasta que no la sacie no tendrán luz sus días, ni reposo sus noches, ni manjares su cuerpo, ni su lengua palabras. La arenga es fiera y recia. «En gran manera espantados los suyos –dice al llegar a este punto el cronista– le respondieron, que los Manzanos estarían ya en alguna fortaleza de Portugal, adonde por entonces no podían ser habidos; doña María respondió no haber cosa más fuerte que el corazón del hombre, y queste, queriendo, todo era suyo, y que ella quería dejar su hábito allí y usar el oficio de buen capitán; que en los peligros les prometía ser la primera; y diciendo esto, se fue a Portugal, y envió sus espías a saber dellos.»

La jornada es trágica. Doña María camina con los suyos por veredas desconocidas, aposentándose en mesones plebeyos de tierras de Vitigudino y de Fuentes de Oñoro, en ventas donde discurre gente soez y mal nacida.

Un mes dura la investigación dolorosa. Al fin topa a los Manzanos. Los veinte escuderos llevan vigores y hachas para derribar portones. Llega doña María a la posada de los matadores de sus hijos ansiosa de sangre. Caen las puertas de la venta al suelo; diez escuderos protegen a doña María en las piezas de la venta dentro; otros diez custodian la salida. Los Manzanos pelean; llaman en su auxilio a los portugueses; arrecia la pelea. Llegan tarde las ayudas, y doña María tiene las cabezas de sus rivales en la mano izquierda. Sin perder tiempo, al galopar de los caballos, torna a Salamanca, «fuése a apear derecha a la iglesia donde estaban sus hijos enterrados, y puso las cabezas que traía sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí se vino a su casa».

Y concluye la relación del cronista: «Gran espanto puso este hecho en toda la tierra».

En la Plaza de los Bandos hay una casona solariega, triste: la de doña María. Ella inicia una calleja estrecha y silenciosa. De noche, diríase que se siente el galopar de los caballos al retorno de la venganza de Villalba.

Las torres de Monterrey [140]

Id a contemplar de noche las torres de Monterrey. Tal vez regresáis del campo. El oro de las piedras se ha tornado mate. Anochece. Sobre el fondo de silencio de la ciudad se oye, a lo lejos, vocear de chiquillos en las plazas solitarias; luego, alguna guitarra escolar; después, un pianillo; finalmente, limpiando el aire de aquellas estridencias, el tañido grave de una dulce campana de monjitas: *¡Ave María!* Por las calles de la ciudad, escolares. En alguna reja luminosa asoma una muchacha, que también espera, con anhelante esperanza, el final de un curso. Es Salamanca a la caída de la tarde, cuando el sol se ha hundido dejando huellas de luz en el llano, encendiendo sus piedras, dorando las mieses de sus campos. ¡Las mieses!

De eternidad nos habla la ciudad al recogerse, de mieses del espíritu; a cantar nos enseña las horas de mocedad que lloraremos luego.

Y entramos en Salamanca por el campo de San Francisco casi siempre. El cimborrio de las Agustinas pone una nota de inquietud en el ambiente plácido: misterio, esperanza, muerte; no lo sé. Acaso, al abocar la plazoleta, suena la esquila del convento. Y pensamos en las monjitas,

[140] Inicialmente se publicó en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (25-08-1911) formando parte, en ambos, de un artículo más amplio titulado «Salamanca» que contenía otras semblanzas salmantinas. Más tarde lo haría, bajo el epígrafe «Torres de Monterrey», en *La Libertad* (06-03-1923) y *Nuevo Mundo* (28-06-1929).

en su vida quieta, en los deliquios y en las pláticas con el Esposo Amado; en la vida monótona, tranquila, limpia, de aquellas tapias. Pero enfrente se alzan románticas y soñadoras las torres de Monterrey.

Hablan de ensueño aquellas dos torres gallardas de la fachada, aquella graciosa sencillez de los muros. Solamente al remate, sirviéndoles de cimera, se alzan las galerías con sus arcos rasgados, con sus columnas de primorosos capiteles. Aquel encaje de atletas, dragmas, quimeras, desafía la limpidez del cielo, y dice que también la inquietud es noble, que bien vale el afán del vivir diario cuando unos ojos puros nos alumbran el sendero.

¡Torres de Monterrey! Se dijera que un juglar dice endechas a la beldad de una dama; que detrás de los muros discurren pajes y bufones dialogando con sutiles razonares florentinos. Falta en aquella plazuela una mandolina, la queja llorona de un violín, la blasfemia de una guitarra que hace crujir sus cuerdas de celos; falta la princesa encantada.

En aquella hora, ante aquel silencio, las torres de Monterrey hacen resbalar por el espíritu toda la poesía, todo el encanto de la ciudad plateresca, sostenida por manos veladas de magas que no olvidaron que la ciudad era de mozos que estudian y, sobre todo, que sueñan.

Pero Salamanca, lentamente, por incuria, por dejadez, va encerrando sus recuerdos, haciéndose avara de ellos, ignorando acaso que los tiene.

Pocas ciudades más sugestivas y más nobles. Da la esencia de la raza, la piedad unida a la fantasía, la austeridad al verso, la sobriedad a la locura. Orgullosa de su tesoro, no quiere mostrarlo a plena luz. ¿Por qué? ¿Hay, por ventura, algunas piedras más evocadoras que las que escondieron las tercerías de Celestina, las malas andanzas de Lázaro, los encantamientos de Enrique de Villena, los sueños de noche estrellada de Fr. Luis de León, las boberías de los árcades y el canto aldeano de Gabriel y Galán?

Salamanca, 1911

Zamora

Para Paco Antón

El espíritu leonés [141]

Zamora pertenece al Reino de León. Históricamente, geográficamente, espiritualmente. Con Las provincias de León y de Salamanca, como todos sabéis. Zamora confina con Orense y con Portugal; Salamanca, con Portugal y con Extremadura; la provincia de León, con Asturias y Santander, tierras costeras, y con dos provincias gallegas: Orense y Lugo. Son, pues, tierras fronterizas las tierras de León.

Históricamente conocéis las andanzas de estos pueblos; Zamora, entraña de León, fue pisoteada por Castilla.

Espiritualmente –tradición, carácter, paisaje, piedras, fisonomía de sus hijos, sabor actual, ecos de leyendas pretéritas–, ni Zamora –Toro, Benavente– ni Salamanca –Ledesma, Ciudad Rodrigo, Alba de Tormes–, ni León –Astorga, Sahagún– son pueblos castellanos. Y en Zamora hay pueblos portugueses: Alcañices. Y en León, pueblos gallegos: Ponferrada. Y en Salamanca, pueblos extremeños: Béjar.

Así, León es una cosa distinta de Castilla. Castilla, Castilla la Vieja, es Burgos, *caput Castellae*. Castilla, Castilla la Nueva, es ¿Madrid, Toledo, Cuenca? Pero León es, ante todo y sobre todo, Zamora. He descubierto estas cosas aquí en Zamora, ante este románico típico, leonés, ante este paisaje, y no voy a ocultar mi descubrimiento a los sociólogos e historiadores de hogaño.

León es un pueblo exótico; la Catedral estaría bien en Alemania, en el Este de Francia; puesta donde está desentona de los portales de la farmacia del señor don Fernando Merino, Conde de Sagasta, y de las casucas miserables que la rodean. Frente a la puerta principal de la *Pulchra*

[141] En *El Luchador* (22-09-1927) se publicó con el título «Zamora, entraña de León»; en *El Pueblo Gallego* (22-09-1927), posiblemente por una errata de imprenta, lo hizo como «Zamora, entrada de León»; en *El Adelanto* (06-08-1927) *y Heraldo de Zamora* (09-08-1927) su título fue «Del espíritu leonés»; y en *Nuevo Mundo* (09-01-1931), «Zamora: El espíritu leonés».

leonina han visto mis ojos una fuente retrechera que estaba pidiendo a gritos tres docenas de cartuchos de dinamita. San Marcos tampoco está bien en León. En León sólo nos recuerda la tierra San Isidoro, el panteón de los Reyes. Y alguna casuca hidalga; nada más. Salamanca es un pueblo opulento, monumental, mimado por el sol; pueblo italiano a ratos... Solamente la Catedral Vieja, San Martín, San Marcos, nos hacen evocar la historia de Salamanca. En Zamora, en cambio, todo es leonés. Media docena de iglesias estupendas: San Juan, Santiago, la Magdalena, Olivares; otras que no recuerdo –sin contar la Catedral, San Salvador–. La leyenda zamorana es leonesa: Doña Urraca, sus amores con Rodrigo, Men Rodríguez de Sanabria, el fiel amigo de Pedro el Cruel –la casa de los Sanabrias es hoy el parador de los Momos–, el recio obispo Acuña, el comunero. El paisaje es leonés: el Duero, tierras del Duero, vegas del Duero, valles mimosos; Valorio, transición del paisaje salmantino al orensano, al astur y al de la provincia de León. Ninguna opulencia, ningún exotismo en los edificios. Están colocados donde deben de estar. La Catedral, mirando al río; la Magdalena en una plazoleta llena de hechizo, frente a la Virgen feúcha del Tránsito; lienzos de murallas dando cara a la carretera de Toro; hasta el ridículo instituto Provincial de Segunda enseñanza está fuera de la ciudad, que dentro de ella estorba.

He tenido, voy teniendo, tendré en Zamora la sensación de lo que era el reino de León, de lo que todavía es y de las diferencias que le separan de la región castellana. León no era una mera nomenclatura geográfica; León era un pueblo intermedio entre lusitano, astur, gallego, extremeño y castellano. Más flexible que Castilla y, por ende, de menos personalidad. Con su amor a lo sencillo, a lo sobrio, a lo severo. Pueblo que sabe recogerse y saltar sin estruendo. Pueblo de altivez, de individualismo, repleto de gestos rebeldes. Pueblo el de León, colocado entre corrientes opuestas y fluctuando, sin irse al fondo, en medio de ellas.

Mirad estas gentes zamoranas, leonesas, salmantinas. Esa unilateralidad, esa pobreza mentales del castellano, no rezan con ellos. Tienen algo de la ondulación portuguesa y de la zorrería gallega –maragatos, sanabreses, charros–. Ni idealistas como los castellanos, ni prácticos como los catalanes. Las dos cosas, en dosis suaves, a la vez. Viven una democracia llana. Nadie es más ni menos que nadie. Los que están en lo alto de la cucaña social divierten a los espectadores. Los diputados a Cortes son mandatarios; los diputados de la provincia, recaderos; los concejales son eso para que les molesten. No son vanidosos. A ratos, sólo a ratos, soberbios. Y la dureza aparente –como la de esta piedra arenosa y dúctil– es capa de ternura, y juegan a la seriedad decorativa los que están llenos de alegría.

¡Suaves tierras de León! Zamora es la entraña del viejo reino. Es ahora de noche; voy a salir de viaje; dentro de media hora rodaré por esas calles. Zamora duerme en el calor de una noche de Agosto. Allá, en el fondo de la plazoleta, se destaca un manchón negro: el campanario de Santiago… Ya he subido al tren. He aquí el Duero, los tres puentes, las cúpulas de la Catedral en aquel altozano. Y en todo esto veo yo la fisonomía actual leonesa: Doña Urraca, Padilla, Bravo, Acuña, *Clarín*, Ruiz Aguilera, Sánchez Ruano, gente rica de recursos, taimadilla a las veces, pero bonachona siempre. Y con la imaginación veo en una sola plazuela San Isidoro de León; la Magdalena de Zamora, la Catedral Vieja de Salamanca, la vega de Teresa en Alba, el pardo Duero, el Águeda lamiendo el castillo de Enrique el Bastardo… Otra cosa que se parece a Castilla, pero que no es Castilla. Una cosa cuya sensación da Zamora y solamente Zamora, algo Ledesma, algo Ciudad Rodrigo, menos Benavente y Astorga, casi nada Salamanca la dorada y León la paradójica, con su Catedral gótica de países lejanos que duermen cerca del Rhin…

Zamora es una ciudad inefable, única, donde la tosquedad de las piedras areniscas, los remiendos de sus muros, la pobreza y la austeridad de sus gentes nos recuerdan continuamente al buen Rodrigo Díaz de Vivar pendiente de la gloria, Dios sabe si enamorado de aquella infanta doña Urraca que recuerda su gallardía moza, y pendiente, ya que la boda de sus hijas con los de Carrión ha sido cosa poco razonable, y pendiente, decimos, del botín. En el reino de León, las almas, cuando vuelan, no pierden de vista los terrones patrimoniales, y debajo de la gloria se ofrece el botín con sus codicias tentadoras.

En la Catedral

La Catedral de Zamora está a un extremo de la ciudad. Junto a los restos de la problemática casa del Cid. Cerca del castillo. Dominando el paisaje, verde y mimoso, las aguas turbias del Duero. Allá lo lejos tierras portuguesas.

La Catedral de Zamora no atrae muchos turistas. Es recogida y huraña. La situación geográfica del pueblo de doña Urraca y de *Clarín* –*Clarín* nació en Zamora y no sé que haya una calle que lo recuerde– no puede ser más enojosa. Es un paso entre Salamanca y Astorga. Se comunica también con Medina, pero tiene un ferrocarril tan lento como una carreta de bueyes. Las horas de llegada a Zamora de los correos del Oeste son deplorables: la una y media de la tarde, la una y media de la noche. Cuando no hay retraso, que lo hay un día sí y otro no. Así, Zamora vive aislada. ¿No puede ponerse remedio a tal estado de cosas, señor Delegado Regio del Turismo, querido señor Marqués de la Vega-Inclán? Porque Zamora podía vivir como Burgos, como Toledo, como Ávila, de sus piedras. Y a las fondas van sólo los viajantes. Y a las ferias de Semana Santa los sayagueses.

Hablaba de la Catedral... A mí me gusta mucho. Sin embargo, mi impresión personalísima no vale nada. Pero es el caso que los arqueólogos, que los artistas, que los hombres de vida espiritual, dicen lo mismo. Y esto ya debe tenerse en cuenta...

Yo la he visto esta mañana, bajo un cielo radiante, desde el otro lado del río, desde el arrabal de Olivares. Me ha causado una impresión que no se borrará nunca; le debo esa visión inefable a Paco Antón, zamorano, una de las mentalidades más vigorosas de la juventud castellana. La torre del *Gallo* de la Catedral Vieja de Salamanca no vale lo que las cúpulas zamoranas de San Salvador. Se diría que estamos en Constantinopla. ¡Qué gallardía, qué elegancia, qué majestad, qué ligereza de cúpulas! ¿Y aquella piedra arenosa, tosca, indómita, altiva como el alma de mi raza? ¿Y las aguas pardas del Duero que dicen romances? ¡Corazón, corazón, puedes estar satisfecho! Has bajado a las Catacumbas, has paseado por Venecia, has soñado en Tarragona y en Toledo, has visto al amanecer la silueta elegante, femenina, cristiana, de la Catedral de Zamora.

¿Fechas, datos, detalles? Para salir del paso se han inventado los diccionarios enciclopédicos. Nosotros no queremos hacer eso; quédese para los eruditos que no admiran una piedra si no saben la fecha en que fue labrada. Las primeras horas de la tarde. Hemos venido a la Catedral bajo un sol agosteño, de plomo. Hemos entrado por la Puerta del Obispo. Silencio. Subimos por la escalinata y penetramos en el interior. Canturrean los canónigos perezosamente. Un fresco delicioso nos azota la cara. Leemos las inscripciones donde yacen enterrados algunos obispos. ¡Pobre señor Ortiz!

¡Horas de paz, horas de calma, horas de alegría! Hemos vivido mucho en pocos años; nos ha perseguido el hastío siempre; aquí nos sentimos calmados, fervorosos. Estas piedras hablan al corazón. Estas piedras han oído siglos y siglos, dolores de madres, esperanzas de hijos, tragedias calladas, alegrías silenciosas también.

Estas Vírgenes bizantinas, estos Cristos sanguinolentos, estos cuadros renegridos, han visto llorar a los abuelos de nuestros abuelos; verán llorar a los hijos de nuestros hijos. Si no es tan eterna la piedra como el espíritu del hombre, es menos fugaz que nuestra existencia. Para la piedra no existe el tiempo. ¡El tiempo que todo lo explica, que todo lo justifica, que lo perdona todo!

Se marchan los canónigos. Penetramos en el coro. Es la joya de la vieja Catedral, la perla «de la perla del siglo XIII» que llamó a esta Basílica Quadrado, el trota-tierras. Cánovas cantó este coro, y al cantarlo, su estilo fue menos retorcido que nunca. Caveda, Manjarrés se extasiaron ante la estatuaria del coro. Además, no se sabe quién fue su autor. Conjeturas de Fernández Duro, de La Fuente, de Antón, de Quadrado, pero conjeturas. La fantasía –madre del arte– puede volar mejor así. Lo más probable es que el autor del coro fuera Rodrigo Alemán (1470-1542), que también labró la sillería de los coros de Ciudad Rodrigo y de Plasencia. Aquí, en un cajón, dos hombres tocan unas trompas. Aquí, ante una mesa llena de viandas, un frailecico gordo se hace el remolón. Profetas barbudos. Este fraile lee un libro ameno –¿Boccaccio? ¿Aretino?–. Hénos ante David con cetro, corona y manto real. Unos aldeanos a la greña disputándose un pellejo de vino. Dalila: Sansón; un Sansón afeminadito, barbilindo... Un Abel de expresión ceñuda, de gesto amenazante. Viste Abel un traje florentino del siglo XV. Su lema es «*Vox Sanguinis*»: ¡voz de la sangre! Voz de la sangre que provocó el primer fratricidio. ¿Comprendéis el torvo ceño de Abel el bueno?

¿Para qué seguir describiendo? El llavero nos mira con impaciencia. Hoy se ha ganado la propina. ¡Y vendremos tantas, tantas tardes a reposar del diario afán en este coro de la Catedral de Zamora!

Querido Antón: toda la tarde le recuerdo. Usted por los Madriles, entre ateneístas, oyendo los apotegmas del general Vallés y de Julio Cejador.

Yo en su pueblo. En su pueblo que usted me hizo amar de adolescente.

Un sol rojo, de fuego; la puerta del Mercadillo; el portillo del Carmen:

Estando del rey don Sancho
la gran Zamora cercada,
y puesta en muy grande aprieto
por gente castellana,
el traidor Vellido D'Olfos
deseando libertalla
hace un portillo en el muro;

murallas ruinosas que miran al río la Zamora de usted, querido Antón, la mía, nuestra Zamora.

Zamora, 1915.

León

«Pulchra leonina» [142]

Me levanto temprano para renovar impresiones estéticas ante este prodigio de piedra que se llama la Catedral de León. Acaban de sonar las ocho; el cimbalillo capitular llama a los canónigos de la vieja Santa María de la Regla para los cantos matinales. Enfrente de mi ventana, en el patio del hotel, sobre los tejadillos, sobresalen las agujas cresteras de las dos torres, altas y desiguales, de la Basílica.

Poca gente en la calle Mayor. Lucen unos geranios rojos en el bello balcón esquinado de la Casa de los Guzmanes. A lo lejos, limitando una calleja transversal, se columbra el lienzo negruzco de una enorme casona solariega. Abren sus tiendas los comerciantes con estrépito. Y el sonoro cimbalillo sigue trenzando en el silencio de la mañana los alegres tañidos de su bronce.

Ya estoy en la plazuela, ante el pórtico primoroso de la Basílica. Las arcadas apoyan su ojiva sobre pilares aislados y redondos. Las estatuas, peanas y doseletes se agrupan, llenas de gracia, bajo la portada. Santa María de la Blanca, coronada, con su niño Jesús en el brazo izquierdo, sonríe presidiendo su corte peregrina de apóstoles barbudos, profetas pesimistas, reyes vanidosos y santos humildes, desde el trono de su columnata gótica. El adusto ceño de estas estatuas, la expresión, la fisonomía, el vestido, contrastan grandemente con la alegría de la plaza, soleada por este sol mañanero y alegre, que da a las cosas una transparencia de cristal.

Antes de penetrar en la iglesia me detengo en el testero de la puerta. Las figuras de este Juicio final, tallado en piedra, han llenado otras veces mi espíritu de emoción inefable. He aquí el Supremo Juez, con su diadema en la cabeza, airado, ceñudo, adusto, con los brazos extendidos, enseñando las llagas de su pasión en el Calvario a los protervos y pecadores; he aquí dos ángeles que le custodian, y Santa María, y el discípulo amado, pidiendo al buen Jesús que deponga su ceño y perdone a los mortales que pecaron. Y debajo, ángeles y arcángeles, serafines y vírgenes del yermo, penitentes y obispos doctorales escuchan la sentencia, mientras a la izquierda espantables demonios arrojan a los protervos en calderas hirvientes. En ellas les tragan y vomitan monstruos horrorosos de muy difícil clasificación zoológica.

Ya estoy en el templo. La luz mañanera entra de lleno en las naves a través de la policromía de los cristales. Muy pronto pierdo en la Basílica toda noción de gravedad. Los delgados y esbeltos pilares, las columnas adosadas, los nervios delicados, los rosetones de piedra, parece que se desprenden de la tierra, que no están sustentados en ella, que son de humo, que son de fuego, y que ascienden hacia lo infinito, como asciende una hostia en las manos de un sacerdote, en el momento del sacrificio. El órgano llora en estos momentos las tristezas de David, zumbando roncamente lamentaciones centenarias, mientras la iglesia, globo de cristal, asciende con nosotros por los cielos, depurándonos de toda suerte de escorias terrenales.

[142] Publicado *El Imparcial de Puerto Rico* (10-11-1919), y también en *La Libertad* (06-12-1923) con el título «La catedral de León», y *Verba* (Abril 1926) con el de «Castilla» formando parte de un artículo que, además de esta, contenía la semblanza de «Candelario».

Rezamos en la iglesia. Nuestra plegaria, envuelta en el incienso de nuestra emoción, nos lleva a un paraíso de luz y de cristal, donde las cosas no proyectan su penumbra, donde los ángeles caribobos sonríen con gestos aniñados; donde las Vírgenes del Señor nos cogen de la diestra para enseñarnos un camino nuevo. Esta iglesia tiene su perfume, su encanto, su alegría, su optimismo, su niñez perenne. No tiene paredes, no tiene muros, no tiene cimientos la Catedral de León. La piedra en ella no es fruto ni flor. No es siquiera piedra. Es anhelo, gloria, ansia de eternidad y de vida.

Y ya no veo, ya no sé definir mis impresiones, ya no sé percibir la elegancia, la esbeltez, la gallardía de sus tres naves caladas, de su bóveda arrogante y desafiadora, de la preciosa galería de su triforio. La línea de las ventanas bajas, coronada por un antepecho plateresco, es, en estos momentos, una raya cegadora, donde el haz de rayos solares se descompone en vetas rojas, amarillas, añiles, azules, verdes, que encincha la iglesia de cristal, iluminándola, alumbrándola, quemándola, como si el padre Sol no hubiera venido a la tierra más que a besar ardorosamente a su hija predilecta, que extiende por los hombros de su fachada, ahí fuera, sus cabellos rubios y esplendorosos.

Me siento en un banco gozando de la frescura de la hora y de esta grata disposición que presta al ánimo la fragancia del momento. Un clérigo dice misa en uno de los altarcitos laterales. Los canónigos siguen lanzando al aire sus notas guturales y largas. Una devota lee en un devocionario atentamente. Unos ingleses, seguidos de un cicerone singular que ya conozco, curiosean el trascoro de la Basílica.

Sigue diciendo su misa el sacerdote. *Orate, frates*... Esta misa, con esta paz, con esta transparencia, con esta cegadora luz estival, es de un hechizo inefable. El sacerdote, contagiado de la hermosura del lugar, da al rito una solemnidad austera y conmovedora. Apenas tiene oyentes. La iglesia, a medida que avanza la mañana, va ganando luz, y las naves se encienden en una hoguera que enhechiza los sentidos.

Seguimos en el banco, prisioneros de la hora. Con estas catedrales españolas intima y se familiariza inmediatamente nuestro espíritu. Toman cuerpo en estas iglesias mayores de Castilla los lamentos de las gentes que han venido a llorar sus cuitas a los altares silenciosos, los ayes de dolor de cien generaciones que se han apagado bajo estas naves con el bálsamo de la oración y consuelo de la fe, los anhelos de esperanza y de optimismo que han nacido, como flores de emoción, en estos palacios encantados de cristal. Y oyendo el órgano, respirando el perfume del incienso, brota del alma el sentimiento religioso que vive apagado en ella, el sentimiento religioso, que no es otra cosa que el reflejo de lo infinito en nuestro corazón, y nos sentimos anonadados ante la presencia del misterio que nos interroga.

¡Ay! En esta Catedral de León revive esta mañana mi espíritu alegrías pasadas, amarguras pretéritas, y ante el sacerdote que pide en este momento misericordia al cordero inmaculado que borra los pecados de los hombres, me desposo solemnemente, para siempre, con la fe. Con la fe en algo, con el entusiasmo, con el brío, con la mocedad, con la confianza en un ideal, en una persona, en una cosa. Triste cosa es que tengamos que refugiarnos, como Teresa en nuestro castillo interior, contra las asechanzas de fuera. Triste cosa es que tengamos que vivir con los ventanales del espíritu herméticamente cerrados a todo linaje de confidencias. La Catedral de León baña el espíritu en optimismo y en fe.

Permanezco no sé cuántas horas en la Catedral. Y salgo contento de mí mismo, animoso, resuelto no sé a qué, oyendo una voz interior que me designa una misión, no sé cuál. Fuera, en la plazuela, bajo los soportales fronteros a la fachada norte, un organillo desgrana las notas de una canción canallesca. Pero yo me he saturado de pureza dentro de estas naves y mi espíritu no percibe las estridencias de la tierra, y sueña despierto, con los ojos abiertos, por las calles de la vieja capital del reino de León.

San Isidoro [143]

Callejas estrechas, plazas silenciosas. Primeras horas de la tarde. Tocan sonora y atropelladamente las campanas de las iglesias las vísperas del Señor Santiago.

Llevamos en León unos días. Ya nos vamos familiarizando con sus soportales, con sus casonas, con sus iglesias, con sus paseos, con sus gentes; conocemos las bellezas indígenas y la fiso-

[143] También se publicó en *El Imparcial* (07-09-1924) bajo el epígrafe «San Isidoro de León».

nomía castiza del señor Merino. Hemos admirado la barriada nueva que han construido, a la entrada de la ciudad, los negociantes de carbón. Sabemos que las minas de Villabrines pueden competir con las inglesas. Hemos visto los barrios populares, los mesones con sus tenadas típicas, los jardines de las afueras, la ermita de Nuestra Señora del Mercado. Hemos presenciado una sesión municipal. Tenemos nuestros amigos. Y queremos saborear, en estos últimos días, una impresión única en el reino de León: la visita a San Isidoro.

Tocan a vísperas las campanas. Sin preguntar a nadie, nos perdemos, adrede, por las calles más típicas, más estrechas, más inextricables. Una buscona nos ha salido al paso, fumando un cigarrillo, diciéndonos no sé qué cosa, con una voz angosta y quebradiza. Un cura camina presuroso por la plaza. No sabemos dónde está San Isidoro, y vamos sin priesa, atraídos por las campanas, que percibimos más clara y distintamente cada vez.

San Isidoro. Aturde el tañido de los bronces. Ciega la luz solar en la plazuela. Desde el atrio, contemplamos la fachada peregrina. Predomina el carácter bizantino en San Isidoro. Todas las ventanas –las de la nave baja, las de la principal, las del crucero– llevan en sus jambas distintos capiteles. El edificio está ceñido por cornisas y canecillos. Se destaca, junto a la portada, un ábside lateral de proporciones reducidas. Están en obra, han tapiado la mitad del atrio, y el escandaloso resonar de las campanas forma endiablada algarabía con los martillazos de los carpinteros.

Desde el atrio me voy dando cuenta lentamente del *sabor* de San Isidoro. El brazo del crucero avanza a la derecha. Entre sus rudos contrafuertes se destaca la puerta románica: dos cabezas de león sostienen su dintel. Una imposta ajedrezada sostiene dos magnificas ventanas de columnas dobles. Sobre la línea del brazo mayor, la puerta de ingreso a la Basílica.

Héme dentro de ella. Tiene la iglesia tres naves; las bóvedas son arrogantes; los pilares están asentados sobre zócalos. Media iglesia está tapiada por un panderete. Apenas puedo curiosear a mi antojo la austeridad, la llaneza, la elegancia, la exquisita sencillez de la Basílica leonesa. El abad, con una maza de plata, se dirige al presbiterio; lleva una magnifica capa granate. Inicia sus laudes y los canónigos, desde arriba, contestan a las plegarias del abad.

Como son vísperas solemnes, el órgano ruge, llora, canta, brinca de gozo, se estremece de espanto, insinúa con mimo, increpa con estruendo, según que los capitulares se lamentan, cantan las glorias del Señor, dicen alabanzas, se enternecen de amor o lanzan apóstrofes. El canto es llano, de días solemnes. Los canónigos regulares, amantes de los cánones de la liturgia, un poco viejos y apocados ya, tienen voces temblonas que resbalan bajo las bóvedas, estremeciéndose.

Estos cantos, oídos en San Isidoro durante una tarde de Julio, ante dos pobres mujeres que están arrodilladas delante del Sacramento, tienen una emoción singular. Las arcadas del crucero dejan apagar el estruendo de los cantos litúrgicos. Las ventanas bizantinas tamizan y velan la luz de la calle para disponernos al recogimiento. La iglesia está llena de sombras. El preste –que es el abad– tiene una voz fuerte y juvenil; las voces que llegan del coro son temblonas y apagadas. Y en este contraste tan bello, de la templanza refrenando el brío, de la calma dirigiendo la fuerza, hay una grata invitación a la vida del claustro, que ya se ha desengañado de los vaivenes mundanales.

Las sombras se van adueñando de San Isidoro. Veo el panteón, adosado a la iglesia. Sus bóvedas bajas y sombrías descansan sobre dos columnas sueltas. Otras cilíndricas están empotradas en los muros.

El calor de la estación se ha deshecho en una tormenta. Gotea la lluvia sobre la piedra; relámpagos cárdenos iluminan la estancia; ruedan y zumban los truenos clamorosamente desde lo alto. Alumbrado por una luz amarilla, veo los túmulos de los señores reyes de León. Doce túmulos sencillos, severos, sin labores, están alineados bajo las bóvedas. Vistos con esta luz de tormenta, me producen una impresión extraña. Me parece ver a la infanta doña Sancha descendiendo por el caracol de la iglesia con su amplia túnica, con sus mangas arrocadas, con sus cabellos recogidos en redecilla, hacia el panteón, rezando por el alma de su hermano Alfonso V el Emperador. Me parece revivir, ante esos huesos de reyes, príncipes e infanzones, épocas rudas de una fe que se impone a tizonazos. Y aquí mismo, en esta iglesia, relicario de santos, donde los restos del gran arzobispo de Sevilla San Isidoro, y los del pobre San Martín que de tonto se hizo listo a fuerza de arañar teologías, y la mandíbula inferior de San Juan Bautista se exponen y reverencian, revivimos la historia de León, no la estruendosa, sino la otra, la subterránea, la formada por el trabajo, lento y obscuro, de los que dieron fisonomía al reino fronterizo.

Saludamos al abad. Vemos el Monasterio. De noche ya, al perdernos de nuevo en la plazuela, yo os aseguro que he visto en el atrio las sombras de los dos Velas asesinando al dulce conde don García la víspera de su boda.

León, agosto 1917.

Unamuno, poeta[144]

Y mientras va cayendo la tarde y el cielo se ilumina de un resplandor rojizo, Unamuno nos dice gravemente que acaba de componer una oda, una oda a Salamanca. Unamuno da largos paseos todas las tardes, y rara vez es acompañado, en sus temibles caminatas de la carretera de Vigo, por los serios y doctorales colegas suyos. Prefiere la compañía de los muchachos, de los estudiantes, y como él tiene más que un alma moza, un espíritu infantil, con ellos se entiende a maravilla, y con ellos charla, y ellos son sus mejores confidentes y sus más leales amigos.

Y comienza el rector de Salamanca la lectura de sus sáficos a campo abierto y en pleno atardecer. Recítalos en un tono salmodioso, litúrgico, un tanto extraño. Mueve la diestra en ondulaciones pintorescas: recita con todo el cuerpo y con toda el alma, ruda, nerviosamente, y nosotros que contemplamos su facha exótica, sus vestidos de pastor protestante; que sentimos cómo aquellos sus pensamientos van tejiendo en nuestras almas mozas, comenzamos a interesarnos vivamente en la lectura.

Y recita Unamuno, imperturbable:

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que año tras año maduró en tus aulas
duerme el recuerdo.
Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y es el tranquilo curso de tu vida
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

Continúa su oración el pensador formidable, el robusto pelotari vasco de las ideas. El poeta ha prohijado a Salamanca; siéntese, en sus versos, padre de la ciudad toda y sabe cantarla con paternal amor. Después de todo, él ha concluido con su modorra de ciudad muerta; él ha sacudido su pereza inacabable, excitándola con diabólicas paradojas y con extraños embolismos.

Riéndonos por dentro, nos vengamos todos, a nuestras anchas, de Unamuno. Nos dice mil veces que él ha conquistado a Castilla y ha sido nuestra Castilla, la que le ha conquistado a él, hombre fuerte pero no tan fuerte como nuestro pueblo. Cantares de amador viril son las estrofas, cuyos ecos se pierden en el campo, durante esta tarde memorable. A lo lejos, las torres de la ciudad, los enormes corpachones graníticos de sus monumentos, nos hablan de

fe, paz y fuerza.

Y después de ensalzar a Salamanca paternalmente, habla Unamuno de nosotros, sus estudiantes. Oímos religiosamente. Ya sabemos que va a cantar nuestras rebeldías, nuestras intimidades novieras, la imagen que en nuestros ojos, cargados de lecturas soporíferas y boyunas, ha dejado la visión de una muchacha, cuyo nombre hemos grabado mil veces, furtivamente, en los pupitres universitarios de las aulas.

Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas, así en los muertos troncos
grabó el amor por manos juveniles
su eterna empresa.

[144] Inicialmente se publicó en *ABC* (02-05-1907). Posteriormente lo haría, con el título «Una impresión sobre Unamuno», en *Siluetas*, Agosto-1923 (O.C. Tomo II, página 72), donde formaba parte de un artículo más amplio descriptivo de Miguel de Unamuno; y finalmente, bajo el epígrafe «2 de abril de 1903», en *El Pueblo Gallego* el (02-04-1924), apenas mes y medio después del destierro de Unamuno a la isla de Fuerteventura. Este último artículo, que versa únicamente sobre la represión estudiantil del 2 de abril de 1903, tiene la peculiaridad de que en él se sustituyen la totalidad de las referencias al que fuera rector de la Universidad salmantina por "el Ausente".

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olaya, Concha, Blanca y Pura.
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Y Unamuno concluye la lectura de sus sáficos. Dice que guarda en las honduras del corazón el alma robusta de su ciudad, y pide que pregone su nombre en los venideros siglos.

Anochece. Se ha perdido el oro crepuscular en las doradas piedras que vemos desde el campo. Este comienza a cantar su tonada nocturna. Nos han llenado de paz, de una suave y deleitosa paz, los versos del maestro. ¡Los hemos vivido todos, como ahora dicen, y el rector los ha vivido en nosotros! Recordamos nuestros ensueños de la mañana, el odio que nos ha inspirado un profesor pedante, el amor con que hemos mirado al piadoso bedel cuando nos ha anunciado la conclusión de la insoportable conferencia. ¡Aquel buen bedel, nuevo Sansón, libertador de filisteos, merecía un canto triunfal de Saint-Saëns…!

Callamos todos. Entramos en la ciudad, cuyas callejas, obscuras y castísimas, semejan, según la oda, los quebrados surcos de un campo urbano. Y de trecho en trecho, rasgando el jirón de la neblina pétrea, en una reja luminosa asoma una mujer. El galán estudiantil, despreciando la proximidad del examen, da rienda suelta a su libertad y a su amor.

Despídese Unamuno de nosotros. Es muy tarde para él –las nueve de la noche–, y Unamuno se acuesta muy pronto, como las gallinas. Odia el trasnocheo, y a duras penas conoce al sereno de su calle de Libreros. Los estudiantes comentamos, en alegre plática, las hermosuras de la oda, y más tarde, prosaicamente, la cuestión social del día: el casamiento de Lola y la riña de Concha y de Rodríguez. Luego, se retiran a sus deliquios amorosos los más, a la intimidad de sus hogares algunos, a la exégesis grave y docta de las Pandectas los menos.

Y cuando entramos en los patios de la vieja escuela aquella triste mañana del 2 de Abril, Unamuno, agitado, nervioso, con el rostro completamente enrojecido por la emoción, nos manda que entremos en el Paraninfo. La situación comienza a ser grave verdaderamente; los chiquillos continúan apedreando las ventanas del Gobierno civil: los polizontes custodian el edificio, y un orador, que tiene una tremenda semejanza con Krapotkine [sic], dice cosas terribles contra aquel pobre poncio que por ser débil fue pecador, y que por no saber manejar cuatro latiguillos retóricos en la plazuela, llenó de luto el corazón de una ciudad tranquila. La Guardia civil, acuartelada, espera un aviso cualquiera para cargar sobre nosotros...

Unamuno, frenético, descompuesto el cordaje de sus nervios, rompe a perorar desde las gradas del Paraninfo. Nadie atiende. Unamuno insiste, vocea, chilla, se impone al fin… Habla…

«Queridos estudiantes. Contened vuestros arrebatos. Esto no puede ser. Se os hará justicia. Calmaos. Os pido, os suplico que os calméis. Contra la razón de la fuerza, oponed vosotros, muchachos, la fuerza de la razón...»

¡Plan! Una piedra rompe los cristales, que caen, estrepitosamente, sobre el suelo. Unamuno se entristece y calla. Se vocea por todos; la garganta de la ciudad vomita apóstrofes. Salen los estudiantes del Paraninfo atropelladamente; la Guardia civil viene a lo lejos. Relinchan los caballos, ansiosos, ¡ellos también!, de sangre. Los estudiantes salen a la plazuela. Unamuno, pálido, los ojos brillantes, cargados de una inmensa melancolía, destroza los grupillos, ordena que abran de par en par las puertas de la escuela, patea, grita… ¡Nada! La mañana es hermosa; los pájaros están de charla en los hilos del telégrafo: un sol dulce ilumina la mañana triste. Hay ganas de retozar...

«Orden, muchachos, orden; digo que orden! ¡Adentro!»

Y cogiendo a este por las solapas, a aquél por la cabeza, al otro por las piernas, logra que unos cuantos entren en la Universidad.

«¡Todos dentro!»

La Guardia civil se acerca. Vomitan piedras de las ventanas, del cielo y del abismo. Una calle ha sido desempedrada en menos de un minuto. Aquella expectación es horrible; la muerte nos acecha.

Unamuno impone orden. Una pedrada, que ha cambiado de curso, rompe un botón de la chaqueta rectoral.

Iba a la cabeza, pero el traidorzuelo perdió el tino.

Unamuno se domina con un angustioso esfuerzo; acaso sabe quién ha sido el malcriado. Mas, como antes que él, están sus estudiantes, sigue metiendo pelotones en la escuela. Los guardias apuntan; aquel momento es horrible. Entramos de cabeza todos en la escuela. Gritan los más pequeños, los mayores, horrorizados, afónicos, perdemos la noción del tiempo y del sitio. ¿Y Unamuno? Unamuno está en su sitio, sereno. La mayor parte de los estudiantes están dentro de la escuela y ya no hay peligro...

¡Tiros al aire, un bonito espectáculo! Suena el máuser con un sonido seco, cortante, lejano, como una tabla de madera que se raja. Reímos los encerrados en la escuela. Otra descarga. ¡Bien, bravo! ¡Qué bonita es la pólvora!

Ayes de dolor, los escolares que están en los claustros altos bajan atropelladamente. Las paredes de las clases están agujereadas. A la biblioteca, atravesando tres paredes, ha llegado una bala. Los que están arriba, los que no han podido bajar, están tumbados a la larga sobre el pavimento. Están poniendo como nuevas las aulas. ¡Mejor que mejor! ¡Así, mientras las arreglan, hay huelga forzosa!

¡Sí, huelga!

– ¡Un cura, un médico, Federico se ha muerto! –grita un fantasma arriba.

Y subimos todos. Un estudiantillo, pálido y delgado, que era el sostén de su madre, yace… para no levantarse más. Creemos que es una broma.

Es un chiquillo con mucho miedo. Y al levantarlo por la chaqueta, horrorizados, vemos que tiene una enorme brecha en el corazón y que nos ha llenado de sangre.

Aquello es doloroso. Estamos rendidos. Queremos llorar y no nos deja la rabia.

– ¡Abajo, en el Instituto, otro muerto! ¡Carreras, herido gravemente! ¡Bajad!

Nueva descarga, fuego nutrido y cerrado y un inmenso ¡ay! de la ciudad que gime, polvo...

Abajo está Unamuno. Queremos violentar las puertas que miran a la estatua del maestro León. Estamos, seguramente, locos: locos de dolor.

– ¡Eso no se abre! ¡Esperad! ¡Yo saldré con vosotros!

– ¡Otro muerto arriba, don Miguel! –decimos todos.

–¡Otro muerto! ¡Ah!

Y, silencioso, vuelve a imponer calma, sosiego:

– ¡Todo sea por Dios! ¡Eso pasó! ¡Evitad lo que venga! ¡Quietos!

Y después de dos horas de una mortal angustia sale el rector con nosotros. En la ciudad hay un movimiento inusitado. Las muchachas, asomadas a los balcones, lloran; hay madres desoladas en busca de sus hijos; unas camillas de la Cruz Roja son conducidas al Hospital, a la sala de autopsias. Se reparte profusamente una hoja, unas líneas que no he podido olvidar todavía. Son palabras de un poeta y de un padre:

«Estudiantes salmantinos: Hoy es un día de luto para nuestra Escuela, atropellada, y para la ciudad toda de Salamanca.

. . . . . .

La gravedad misma de los sucesos, la sangre derramada y los infelices que han perdido la vida, os exigen la mayor prudencia.

Sobre todo, yo, que sólo tengo recibidas de vosotros pruebas de cordura y que he visto esta misma mañana cómo cesabais en vuestra actitud con sólo mi presencia, sin más arma que ella, os ruego que depongáis toda actitud levantisca y que confiéis en nosotros, en vuestros profesores, que como a hijos os consideramos y tomamos como nuestra la ofensa que habéis recibido.

Retiraos a vuestras casas, ya que mañana mismo, viernes de Dolores, empiezan aquí, por antiquísima costumbre, las vacaciones de la Semana de Pasión, que para vosotros ha comenzado ya».

Esto escribía Unamuno el día 2 de Abril de 1903.

El libro Poesías que acaba de publicar Miguel de Unamuno ha traído a mi espíritu, entre otros muchos, estos dos recuerdos: el de la tarde abrileña y el de la mañana triste, abrileña también. Juzguen los críticos los errores y los aciertos del libro. Yo me conformo con señalar aquí que tiene alma de poeta el hombre que cantó a Salamanca en una tarde clara y que supo, luego, en un momento terrible, darle aquella paz de que tan necesitada estuvo.

Madrid, Mayo 1907

Un poeta campesino[145]

Nuestro amigo José María vive aquí, en esta casa de dos pisos, con ancho soportal de entrada apuntalada en arco. Unas macetas de flores decoran el balcón. Hay un grato olor a heno quemado. En la ancha antesala, colgadas de las paredes, vemos unas viejas litografías de santos anémicos, retorcidos y tristes. En la cocina cuelga de una argolla la ancha caldera, y al lado, en el rústico escaño de nogal, se sientan unos mozallones. Un pasillo largo y obscuro comunica con el corral. Picotean en él unas gallinas, y oímos el relincho de dos potrancos en la cuadra cercana. Sobre las bardas del corral columbramos, a lo lejos, sobre este lienzo de manchones grises de la loma extremeña, los picachos siempre blancos, de la sierra de Gredos.

Hay un grato silencio en este lugarejo del Guijo de Granadilla. Asomado al balcón del corral, se destaca la rapada cabeza de José María besuqueando a su hijo mayor, un nenote rubio, caribobo y nutrido, que sonríe.

Subimos al despacho del poeta. Es una pieza sencilla, modesta, casi franciscana. Un armario viejo guarda una ringlera de libros. El *Cancionero*, de Jorge Manrique; los *Auctos*, del paisano y amigo Juan de la Encina; una *Antología poética*, del obispo de Plasencia Sr. Jarrín y Moro; el *Kempis*, el *Flos Sanctorum*, las *Florecillas*, del pobrecito de Asís; *Don Quijote*, *Las Novelas Ejemplares, La Celestina, Baltasar de Alcázar, Gutierre de Cetina, Manuel Esteban*, de Villegas; *Los Nombres de Cristo, La Perfecta Casada, El Lazarillo*, las *Poesías* de Fr. Luis. *La Guía de Pecadores, El Romancero;* los *Aires murcianos*, de Vicente Medina, Maragall, Campoamor, Zorrilla, Bécquer, Núñez de Arce, Quintana; libros de Unamuno, de Macías Picavea, de Domínguez Berrueta, del Padre Cámara, de Luis Maldonado, de cordiales dedicatorias. Periódicos, revistas, folletos…

En los claros, retratos de personas conocidas. El hermano del poeta, don Baldomero, retratado el día de la boda con la esposa; la fisonomía ancha, abierta, simpática del Padre Cámara, con los hábitos episcopales y agustinos, de pie ante una mesita con un crucifijo, bendiciendo en una letra horrible a su querido feligrés; la cabeza de Unamuno sumida en meditaciones tempestuosas, con los ojos desprendiendo luz detrás de los quevedos; una litografía de Laurent del *Cristo velazqueño* y los hidalgos macilentos, escuálidos, tristes, que presencian el sepelio del Conde de Orgaz.

Sobre una camilla redonda escribe el poeta; hay debajo una dorada caja de brasero. Apiñanse sobre la mesa cartas, cuartillas y pruebas.

Habla el poeta, risueño. Sus ojillos azules bucean errabundos, de acá para allá; su ancha frente requiere el apoyo de la diestra; el chiquillote rubio, caribobo y nutrido, nos hace la merced de su carita para que estampemos un beso sonoro en sus mofletes. Es el poeta ocurrente y chancero. Bromea, ríe, traspira salud y fuerza, optimismo, equilibrio. Estos versos del poeta, empapados de paisaje oliendo a tomillo y a romero que dan gloria, silvestres, lozanos, alegres, limpios, nos dan la más exquisita, la más espontánea impresión de la raza.

Salimos al campo. Están trillando en las eras. Gravemente charla José María con sus aperadores y trilliques. Bromea, ebria de sol, de luz y de naturaleza, la gente campesina. Una churra ha parido aquella noche, no hay churra como la *Galana* en el Guijo; ¡habrá que ver la cría, dentro de unos meses, cuando vaya a la feria de Plasencia, talluda y gorda como la madre!

Luego paseamos lentamente para cruzarnos con el médico, con el cura, que salen de casa cuando no quedan de los rayos del sol más que unas franjas –rojas como la sangre– por el Oriente; llegamos charlando, charlando, hasta La ermita. El señor cura es reposado, sobrio en la glosa, tranquilo, paradito; el señor médico es un manojo de nervios, contundente, dogmático, seco, preciso. José María es una cosa y otra a la vez; José María se calla a lo mejor para otear el panorama; José María lleva dentro de su espíritu una música interior que le obliga a recogerse, a adentrarse, a ensimismarse, a extasiarse como un santito iluminado. Pero José María tiene carne mortal y hay en él el empuje primitivo, la agilidad mental, del pícaro. Los

[145] Previamente publicado, con el título «Gabriel y Galán» en *La Vanguardia* (04-03-1914), *La Basílica Teresiana* (15-09-1915) y *La Ilustración Española y Americana* (08-11-1915). Con posterioridad lo haría, bajo el epígrafe «Un poeta campesino», en *España* (28-08-1919) y *La Esfera* (14-01-1922).

El artículo de *La Vanguardia* es significativamente más corto y, posiblemente, le sirviese de base a Sánchez Rojas para desarrollar el aquí publicado.

En la revista *La Esfera* se omitió la enumeración de la "*ringlera de libros*" que guardaba el poeta y, también, los párrafos comprendidos entre "*El equilibrio del paisaje castellano…"* y "*El velo del dolor…".*

castellanos somos místicos y pícaros a la vez. José María hubiera sido, sobre todo, un enorme poeta satírico. Respetaba lo grande y se burlaba donosamente de lo pequeño y de lo mezquino.

Llegamos hasta la ermita –la ermita del Cristu Benditu–. La ermita, pobre, desnuda de todo ornato, rústica, descansa sobre un altozano, como si hubiera surgido naturalmente de la pelada roca que la sirve de sustento, sin manos del hombre que la levantara, para adorar al Señor de los Señores. Hay unos canchales pedregosos por el camino; los informes manchones grises decoran el paisaje; las crestas blancas de la sierra de Gredos se levantan al Norte; una cigarra canturrea su monorritmo. Y momentos después, rasga el silencio la campana sonora del lugar.

¡Ave Maria!

En Salamanca; José María ha venido a Salamanca. Ha sido consagrado como poeta en los Juegos Florales; Joaquín Costa, manteniendo la fiesta decorativa, ha dicho que en España no quedan más hombres que las mujeres…

Se ha leído *El Ama*. Gabriel y Galán aprendió cómo se hace la dicha más perfecta en el hogar. Seamos como nuestros padres; busquemos por esposas las que tengan en su faz algún rasgo de la madre muerta…. Ha muerto la madre de José María.

El arte, este gran amigo del dolor, ha convertido el dolor del campesino en el dolor de Castilla. Pero le ha salvado la esposa de la desesperación. Una sencilla labradora humilde le hace feliz. Es buena, amable, cariñosa, seria, cristiana, la labradora. Habiendo amor en casa, en el corazón, se suaviza el penoso trajín de las faenas. Con amor, las gentes se interesan por la casa, todos la cuidan, y Dios aumenta la hacienda. La vida en la alquería gira en torno de la esposa.

Canta en los valles el vaquero, cantan las mozuelas en el regato al lavar, canta el tierno cabrerillo en la cuesta pelada. ¡Y canta el esposo! Del amor brotan cantos; de la tierra, frutos; de Castilla, paz…

El equilibrio del paisaje castellano ha entrado en el alma del poeta; su espíritu está empapado de la grandeza de estos ámbitos de tierras y de cielos.

¡… qué serena
la atmosfera azulada se extendía,
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde menea en la vega los guindos, en el cercado los zarzales, en la vieja encina la copa verde. La gaita del pastor llora las dulces tonadas de Castilla:

calan las cadencias
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

Y el pensamiento es puro, y las penas mansas, y los placeres austeros, y el sueñecito reparador, y el bien fácil, y la conciencia tranquila. «Porque hay amor en casa»; sólo por eso…

Y aquí viene la ficción del poeta. No canta su amor personal el poeta; canta el amor de sus padres. ¡Ya no vive ella! Se ha teñido la vida de tristeza en la alquería; en la besana no cantan los mozos; los criados cenan en el escaño sin decirse una palabra:

que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Días lentos, noches lentas de dolor. Las horas ruedan sobre las almas que están solas. Se reza el rosario por la difunta. Tiene el pan levadura amarga de lágrimas calientes; pesan las faenas; se cae la casa encima; ha perdido el pobre viudo el cariño de la hacienda:

¡Qué me importan los bienes,
si he perdido mi dulce compañera!

Pasan los años lentamente sobre el espíritu angustiado:

«¡El ama era una santa!»,
me dicen todos cuando me hablan de ella.

El velo del dolor no permite ver al querido José María la luz de la belleza. No le entra en la médula del alma la intensa melodía del silencio que se acuesta, que se tumba en el llano. ¡Ay! No le alegra el vivir de los mundos, no le baña en bienestares el ambiente, no le suenan a música las brisas, no le envanecen ya los partos de la churra, no le envanece el galopar del caballo favorito. Resbala sobre él la poesía sin agitarle. Los dolores grandes no duelen. Acorchan, ensensibilizan[146]. No mueven el alma de poeta de José María los atardeceres otoñales, las auroras de Mayo con cánticos de alondras, las noches románticas de Agosto, estas noches de Agosto –en que nosotros escribimos–:

noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que la cumbre al llegar de las alturas
hermanan y se besan…

Hay frío en la alcoba del ensueño de José María. Pero… pero él sabe hablar como su madre:

«¡Dios ha querido así!
¡Bendito sea!»

¡Pobre José María, muerto en la flor de la vida, tando en los últimos minutos de tu existencia las eternas coplas de Jorge Manrique, el hijo del Comendador!:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir;
allá van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir!

¡Tú no te has acabado, tú no te has consumido, pobre amigo nuestro! Lo que tenías de arcilla fue a la tierra; lo que tenías de Dios… ¡Dios nos lo devolverá a nosotros, los castellanos, diluido en la eternidad de tus estrofas!

Nuestro Dios es muy generoso…

Salamanca, Agosto 1915

Ventura Ruiz Aguilera[147]

Ventura Ruiz Aguilera ha nacido aquí, en esta noble ciudad de Salamanca, en esta plazuela silenciosa, en este caserón viejo y bello de San Boal, de los marqueses de Cerralbo. El padre de Ventura es el *boletero* del Concejo. Expliquémonos. El boletero es este empleado humilde, este subalterno obscuro que, en nombre del Concejo, reparte a los vecinos las boletas para el alojamiento de las tropas. Son estos años de 1822, de 1824, de 1826, harto revueltos y bulliciosos en todas partes. Se ha destapado la botella, y el amado rey don Fernando VII, amado, amado hace… veinte años, ha visto cumplida su profecía. Se desparrama la espuma, cunde la desconfianza, las gentes viven con el natural recelo y todo son barullos y alarmas. Así el Concejo tiene su boletero y el boletero es el señor Ruiz, padre de Ventura.

Ventura nace en Salamanca, y en Salamanca se educa pobremente. La madre es muy ingeniosa y vivaracha; el padre sabe ganar el pan de los suyos bravamente y conoce la virtud del ahorro. Ayudado con la protección de los Marqueses va el chico al Instituto. Después estudia Medicina. Lee sus libros predilectos: Meléndez Valdés, Jovellanos, Quintana. Aprende francés, y los nobles irlandeses del palacio del Arzobispo le dan a conocer la lengua inglesa. Lord Byron, Víctor Hugo, Musset, Leopardi, son entonces sus lecturas favoritas.

[146] Así en el original. La frase y verbo anteriores exigirían 'insensibiliza'. Más improbable es que quisiera crear un neologismo: "hacer más sensible".

[147] Publicado, en dos entregas, en *La Vanguardia* (04 y 19-06-1914) y *El Adelanto* (23 y 27-06-1914). También lo hizo en *El Adelanto* el 23 de diciembre de 1925 y, con el título «Don Ventura», el 23 de mayo de 1925.

Se aprecian diferencias en todas las versiones publicadas, sin bien estas se acentúan entre las publicaciones de 1914 y las posteriores.

Ha heredado el mozo de la madre una ternura innata, una delicadeza, un instinto prodigiosamente fino para contemplar el mundo; el señor Ruiz ha legado al estudiante de Medicina una solidez moral de roca viva. El mozo adora lo misterioso, lo fantástico, la esperanza de la mocedad que no tiene contornos. Los libros de los poetas, los tratados médicos y los dulces amores escolares –en la calle de Libreros, en la de Traviesa, en la de Calderón, en la plaza de San Millán– consumen gratamente sus horas. Acaba la carrera; recibe la titular de Baños de Montemayor, en la provincia de Cáceres, muy cerca de Béjar; allí pasa escasamente un año Ventura Ruiz Aguilera. La imagen de Madrid le atrae como un imán.

El poeta, recomendado al Marqués de Valdegames, secretario de la Reina madre, para que completase la carrera de médico cirujano en el Colegio de San Carlos, recordaba sin cesar las tertulias salmantinas de los románticos, apenas fue establecido el régimen constitucional «en la ciencia, en las letras y en las artes». En la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Eloy –que aún existe–, en el palacio de Monterrey de la casa de Alba, alternaban con las representaciones dramáticas de Shakespeare, las comedias de Moratín y los sainetes de don Ramón de la Cruz. Don Martín Sánchez Allú[148], discípulo del músico Doyagüe[149], Barbieri y el escribano don José Gallardo eran los románticos más devotos y aturdidos.

¿Qué hacía el poeta en Madrid? Con su «ingénita propensión al aislamiento», con su amor a la soledad, con su férrea altivez leonesa, ¿qué lauros iba a conquistar en la corte donde todos bullen, intrigan, cabildean, murmuran, enredan, sutilizan, engañan, vocean y declaman para ganar el pan cotidiano?

He aquí un busto del poeta, grabado en el año 1849, en Leipzig, por Weger[150]. Imaginaos a don Quijote con el traje de la época. La frente es ancha y prominente, los ojos azules, los bigotes y la barba canosos, cuidados, limpios. Hay una altivez muy grata en la fisonomía del poeta. Parece un tipo del Norte, un príncipe noruego, alemán, ruso… Es serio, agradable, don Ventura Ruiz Aguilera; nuestros abuelos que le conocieron, adolescentes por esa época, nos lo pintan como una figura veneranda. Pasea por el Salón del Prado muy de mañana; va siempre solo; director de periódicos batalladores –*La Prensa, La Opinión, La Nación, La Europa, La Tribuna del Pueblo*–, no se codea con los gacetilleros y diaristas, ni ha sido diputado por ningún distrito de la provincia, ni personaje de campanillas.

Es don Ventura a secas; las mujeres le admiran; tiene un público numeroso y constante; su fama ha llegado antes al corazón que al cerebro de las multitudes.

Poeta civil, ha sacudido la fibra patriótica en Ecos Nacionales, y la sentimental en los Cantares. Es un poeta popular.

Del *Libro de las Sátiras*, hablan los literatos, los críticos de la época –Giner, Pérez Galdós, Rivera Delgado–, pero las composiciones que dan un renombre exquisito a nuestro poeta son las *Elegías* y *La Leyenda de Nochebuena*.

Las *Elegías*… Él poeta se ha casado en Madrid; ha tenido una hija, Elisa, un botón de rosa, y la hija se le ha muerto. Conocemos el dolor del hijo que llora la muerte del padre –Jorge Manrique en las eternas Coplas–, de la madre –Gabriel y Galán en El Ama–, pero no conocíamos en la lírica castellana dolor tan intenso, tan desgarrador, como el que inspiró a Ruiz Aguilera estas estancias de las *Elegías*. El dolor del hijo por el padre es plácido, melancólico; sentimos que somos su continuación, su historia futura; vemos un alargamiento de su personalidad en nosotros que, lejos de ser ficción jurídica, es eterna y humana ley de vida. Pero el dolor de la muerte de un hijo es desgarradura de la propia entraña; es dolor moral y físico al mismo tiempo; es la muerte en vida para sobrevivir sin algo necesario; es el miedo horrible a que nuestro pobre nombre se hunda en el mar insondable del olvido. Parecen de una mujer, de una madre, las

[148] Martín Sánchez Allú (1823–1858). Compositor y pianista salmantino que, a pesar de gozar de escaso reconocimiento, destacó por su variada producción musical, especialmente zarzuelas y obras para piano.

[149] Manuel José Doyagüe Jiménez (1755 – 1842). Compositor salmantino de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Aunque su vida y obra es poco conocida, fue una personalidad importante en el ambiente musical español de aquella época.

[150] August Weger (1823 –1892). Grabador e impresor alemán autor de numerosos retratos de personas conocidas de su época.

Elegías del poco a poco olvidado poeta salmantino. Y se complace en su dolor el poeta, lo desmenuza, lo analiza de tal suerte, que hace daño la lectura de las *Elegías*. ¡Linda como una flor era la niña! Aquí la tengo delante de mis ojos, grabada también por Weger. La frente es noble y abierta; los ojillos son melancólicos; es una nena seria la nena de Ventura Ruiz Aguilera. La boquita permanece cerrada; fina y recta, señorial es la nariz; los revueltos mechones rubios se dividen por una rayita. El cuello perfecto, llenito, da una grata sensación de salud.

«Por siempre ha muerto» el corazón de Ruiz Aguilera. Su espíritu se pierde, en adelante, con el de las cosas; su corazón vive de recuerdos y de esperanzas. Es un niño el viejo que espera la muerte como liberación para unirse en el cielo con Elisa. Rumores celestes, lejanos, tienen las cuerdas de su arpa. ¿Es órgano que nos envuelve en nube de incienso, que nos aísla de la carne, que nos transporta al infinito? ¿Es guitarra que llora y que cruje, que rabia y que suspira, que implora y que exige, que ríe para no llorar, y que llora para no reír? No es órgano, no es guitarra la lira de Ruiz Aguilera. Es instrumento de serafines y de arcángeles; es la trompa de oro que llevan los angelitos de Fr. Angélico en los frescos de Fiésole, de Florencia y de Prato; es momento de inspiración del artista cuando oye sonidos para él solo, que a duras penas sabe llevar al pentágrama; es la revelación del destino espiritual del hombre y el abrazo de la Cruz a nuestro dolor.

¡Silencio!… ¿Oísteis?
Suena en su estancia
un rumor tenue
cual si dos alas
un invisible
ser desplegara.

Don Ventura Ruiz Aguilera murió en Madrid en 1885.

ANDANZAS Y CORRERÍAS

Béjar[151]

Para D. Pedro Dorado Montero

Balcón en un altozano

Aquí, desde un balcón de Las Madrileñas[152], enfilo los gemelos de campo para saborear a mi placer un soberbio paisaje bejarano. Va cayendo la tarde dulcemente. Abajo, a mis pies, la ciudad blanca se alarga encintada en el verdor. Los tejados rojos se destacan sobre la blancura; las solaneras del mediodía descansan sobre pórticos graciosos y el cuadrilátero macizo y panzudo de San Juan sobresale de los aleros y tejadillos. Y los rayos de sol –de un sol de fuego– hieren con luz cegadora las cristaleras; y las persianas verdes, y los muros viejos de los jardinillos, y la espuma de este riachuelo que es venero de riqueza para las fábricas, componen una decoración llena de gracia y de finura.

Béjar, que es ciudad castellana según la Geografía, pertenece espiritualmente a Extremadura. Por un momento aparto los gemelos de la ringlera blanca de la ciudad, y los dirijo al Norte. Abruptos peñascales por todas partes; luego, la mancha azul y zarca de la Sierra. Y nuevos pueblecitos blancos –Valdesangil, La Hoya, Navacarros, Vallejera–, y espesos bosques de castaños, y copas elegantes y alegres de cipreses –de los cipreses que, sin saber por qué, se han trocado en España en arbolucos trágicos y melancólicos– y caprichosos zis-zás carreteriles, y nuevos manchones zarcos de la serranía vecina.

¡Deliciosa balconera la mía! Béjar parece una ciudad de nacimiento, un lienzo primitivo que hemos contemplado alguna vez en una buena pinacoteca de Flandes. Patinir, Petrus, Christus[153], han visto en ensueños esta linda ciudad. La hora y la sazón envuelven el paisaje en un silencio sedante y confortador. Solamente una campanuca del Castañar se ha permitido romper el encanto de esta tarde de Mayo con un tañido seco y grave.

Los rayos del sol van declinando poco a poco. Las seis. El sol ha dejado de perseguir las cristaleras de las solanas. El verde brillante de los centenos se torna más opaco. Y envolviendo, apretujando, abrazando amorosamente a esta ciudad que fue cuando moza bullanguera y romántica, este cerco extremeño de verdura perenne, estos castañares, aquellos cipreses del altozano que da frente a mi balcón, el picacho de la sierra de Francia, y, en fin, las tierras paniegas de Castilla más arriba

Anochece. Este crepúsculo es más breve que el de la llanura, donde la tierra roja adquiere un matiz sangriento, antes de apagar y diluir su tono. Se encienden allá abajo las luces de la ciudad. Y Béjar adquiere en esta hora una fisonomía extraña y peregrina. Parece un molusco de muchas patas; una sola calle es el eje, el caparazón; las patitas son las callejuelas breves, absurdas, asimétricas, que nos indican las primeras luces que comienzan a temblotear en la noche.

Y en este balcón de Las Madrileñas gozo de una paz tan completa, de un reposo tan absoluto, que mi espíritu vibra al unísono del paisaje que es ahora un reflejo de mi propia emoción.

Nieve en las crestas

Y otro día, lentamente, con el reposo que da esta ciudad a los espíritus fatigados, observo los tonos de color que ofrece Béjar a las distintas horas. Sobre el fondo eterno de verdura, coronándola y amurallándola, hay crestas roqueñas, pedregales. Que a ratos son rojas. Que después son azules. Que se anaranjan a la puesta del sol. Que son grises al anochecer. Que tornan a sonrosarse con la aurora. Que platean cuando el cielo se vela y lo cubren las nubes pardas. Que son siempre distintos y siempre iguales.

[151] Además de aquí, también se publicó en *La Nación* (05-05-1917); *El Adelanto* (06-06-1917); *El Sol* (10-06-1919), donde se tituló «La sierra de Gredos»; *La Esfera* (16-02-1924) y *Revista Popular* (15-04-1926).

[152] Casa de veraneo en la subida al lugar conocido como *El Castañar* donde se recibían veraneantes. En 1908 se construyó una carretera vecinal desde Arco del Monte a esta casa con el fin de promocionar el turismo.

[153] Parece sobrar la coma puesto que se trata de un único pintor flamenco: Petrus Christus (1415 – 1476).

Y en el seno de estos peñascos, antesalas de la Sierra, yace a trechos la nieve blanca que reposa mejor en las cimas que en las faldas de los montes. Y se derrite por entre las resquebrajaduras pedregosas en hilillos transparentes que rebotan con bullicio, cubren de espuma estos hilillos las raíces de los chopos elegantes y esbeltos de los castaños cumbrosos y de los cipreses salvajes. Y así el monte es fecundo en manantiales y regatuelos y el terrón está siempre fresco y esponjoso. Y la nieve, al ponerse en contacto con la tierra fecunda, al descansar amorosamente sobre su regazo, buscando el aire limpio y los espacios altos, la nutre de savia bienhechora y sabe vivificarla con su abrazo.

Y yo, que amo con ternura franciscana la nieve porque es pura, y el agua porque es alegre y juguetona como un niño, detengo la mirada sobre los manchones de nieve que blanquean las rocas. Y no sé apartarla de las cimas altas. Y este paisaje adquiere entonces a mis ojos toda la majestad de un símbolo. «Lo inaccesible –me digo– se hermana siempre con lo candoroso, y en las alturas se destaca lo sencillo. La nieve que surge de la tierra parece cosa del cielo, y el agua que sabe robar a los ríos, la devuelve después purificada a los campos sedientos y a los terrones apelotonados. De abolengo plebeyo se purifica al solidificarse, y al hartarse de ser elemento decorativo en las crestas montaraces, vuelve a su estado primitivo para convertirse en útil».

Algunos de estos manchones de nieve son eternos y no se deshacen nunca a simple vista. A simple vista nada más. Allá arriba, en esa cresta meridional, he contemplado esos manchones este invierno, torno a verlos ahora y los veré más cuajados en Diciembre. Y cercenan, sin embargo, su volumen en estío. Y saben poner una nota de frescura, de alegría y de limpieza al paisaje. Parece que le aniñan y le remozan a todas horas. Y además de aniñarle y de remozarle, le purifican.

¡Ah, nieve blanca, nieve pura, nieve que decoras las crestas, y que luego, derretida en agua, te despeñas bravucona por esos guijarros, empapando y refrescando esta perenne alfombra de verdor! ¡Dame tu blancura, tu elegancia, tu sencillez, tu pureza, nieve amiga; dame tu gracia infantil! Que abrevando amarguras en el lecho de la vida, nos purifiquemos como tú para derretirnos luego en arroyos de amor que refresquen los páramos ingratos de otras almas.

¡Santa nieve la de estas crestas serranas! Calmas el corazón; empapas el espíritu de optimismo y de alegría; infundes alientos para este batallar perpetuo por la vida, donde no se acaba de vencer el eterno anhelo que no nos deja sosegar nunca, nunca…

¿Dónde está tu hechizo, nieve? ¿En la gracia de tu blancura, en la humildad de tu origen, en la utilidad de tu destino, cuando te derrites porque te cansas de ser bella? ¿Dónde está tu hechizo, nieve de las crestas bejaranas?

Béjar. Mayo 1917.

Candelario[154]

Jadeando

El auto jadea en la deliciosa ascensión. Cielo claro y nítido, la fábrica blanca de Navahonda, en un cercado el verde brillante del centeno, el más apagado de los castañares, el manchón zarco de la Sierra. Y el riachuelo espumoso va describiendo un semicírculo, y la carretera va trazando absurdos zis-zás[155], y el auto del «pobre Lucas», jadeante, asmático, afirmando los frenos con destreza, inicia tímidamente los virajes, deteniéndose ante la violencia de las cuestas, que es largo el pobre auto, y el precipicio atrae, y es estrecha la curvatura, y empinado el camino, y difícil y peliaguda, como pocas, la ascensión.

Piedrecitas en las ruedas traseras. ¡Ajajá! El auto retrocede a treinta centímetros del abismo, se afirma y agiganta como Anteo al contacto de la tierra, se detiene de nuevo y avanza por fin,

[154] Publicado, con algunas variaciones, en *El Adelanto* (15-06-1917), *Verba* (Abril-1926), *El Luchador* (02-02-1929), *La Voz de Guipúzcoa* (26-12-1928) y *El Pueblo* (28-12-1928).

En *El Luchador* se omitieron los párrafos relativos a la infanta Isabel y la posible visita de Alfonso XIII; esto es, desde *"– Y ya* sé que es u*sted un grande, un excelente amigo de su Alteza Real la infanta Isabel…"* hasta *"…El día menos pensado nos visita don Alfonso"*. En *Verba* su título fue «Castilla» y formaba parte de un artículo más amplio en el que, además de este pasaje, contenía otro relativo a la catedral de León.

[155] Así en el original por 'zig-zags'.

sorteando el continuo peligro. El *chauffeur*, atento a su volante, no se conmueve ante la blandura, ante la feminidad, ante la alegría austera y perenne del paisaje que tenemos delante de los ojos. Es el mismo paisaje de Béjar, más abrupto, más bravucón y más solitario. Aumentan los manchones de nieve en las crestas altas; los álamos, más densos, más tupidos que allá abajo, bordean las riberas del riachuelo; los vallecicos, densos y umbrosos, son frescos y escondidos como las tierras vírgenes; los pájaros trenzan sus notas agudas y aflautadas en el silencio de la tarde. Y nosotros, hombres de llanura, sorbemos con deleite esta dulce poesía que nos envuelve, recordamos paisajes de tierras lejanas, comparamos, añoramos horas de mocedad perdidas, y de estas añoranzas y de aquellas comparaciones, surge el juicio ponderado de estos lienzos complejos y armoniosos de serranía, primitivos y decadentes al mismo tiempo, como almas de mujer.

Como almas de mujer, decimos. Y como almas de mujer que hemos amado y olvidado a lo largo de nuestra vida. El paisaje serrano tiene su piel, sus ojos, su gesto, su sonrisa, sus contradicciones aparentes, sus muecas, su parlería gárrula y deleitosa. Los penachos nevados son la poblada cabellera; la alfombra aterciopelada tiene para el tacto la misma sensación que frescas manos mujeriles; su coloración cambia a cada instante como ojos que saben espejar deseos no satisfechos y emociones que no han sabido colmarse en la realidad. Y la eternidad del paisaje es de la misma calidad que la de nuestras ansias. Por eso nos hundimos en su contemplación, y su personalidad diluye la nuestra, y del olvido surge la compenetración, la identificación de nuestro espíritu con el de las cosas en estrecho y prolongado beso franciscano…

¡Ay! El auto nos torna a la realidad. Un puente, unos molinos blancos a la derecha, las aguas espumosas del riachuelo brincan y danzan alegremente entre las hendiduras rocosas de los pedregales.

El ronco y sostenido clamor de la bocina despierta a un carretero que ronca ante los abismos espatarrangado[156] bajo el toldo de su carrito. El último viraje, en fin. Y escondido, agazapado en un rincón –cinta lechosa en un fondo verde– el pueblecito de Candelario. Agua corriente en las callejuelas; pilones o *romanas* de lavaderos; muchachitas con su moñito hacia adelante, su serenero o esclavina verde, su corpiño, su faltriquera, los senos llenitos e insinuantes y su hablar mimoso y musical. En lo más alto del pueblo el campanario de la parroquia. Descendemos en una plazoleta solitaria. El agua de las calles murmura con estrepito…

El huerto del alcalde

El señor alcalde está en su huerto. El señor alcalde ama la jardinería, sabe el nombre científico de las plantas exóticas, ha plantado un álamo gigantesco, ha hecho un parque francés simétrico y recortado, y posee la más linda colección de pensamientos que nosotros hemos visto en nuestras correrías. Los hay rojos, blancos, amarillos, negros, añiles. Unos ostentan dibujos monstruosos; otros el trazo de la luna llena; estos, líneas que se cruzan y entrecruzan formando figuras de difícil clasificación geométrica; aquéllos, manchitas delicadas y tenues, granulaciones pintorescas –añiles, anaranjadas, rojas– que se esfuman al más ligero contacto.

El huerto del señor alcalde está en lo más alto del pueblo. Y desde el huerto se otea la más peregrina visión. La Sierra inicia su vecindad desde el paraje; el alcalde, en su doble aspecto de poeta y propietario, la contempla en este momento con fruición, a la sombra de un álamo copudo…

– El señor alcalde –nos dice nuestro amigo. Estrechamos su mano. El señor alcalde nos gana el corazón en seguida; nos va mostrando los arbolucos tiernos, recién plantados, con la tableta de su nomenclatura; charlamos de política. Y nosotros, representantes de un diario amigo de las instituciones, asentimos convencidos a los asertos de la primera autoridad del pueblecito de Candelario.

– Ya sé que es usted un grande, un excelente amigo de su Alteza Real la infanta Isabel –le decimos.

– Su Alteza Real es muy simpática –nos replica el alcalde.

Y añade con una mueca de mal disimulado regocijo:

– Cuando voy a Madrid no necesito audiencia para visitarla. Y la augusta señora me honra sentándome a su mesa.

[156] Término popular que se encuentra en zonas extremeñas y andaluzas, entre otros lugares, por espatarrado .

Ya no hablamos de botánica; los vallecitos de la Sierra que tenemos delante de los ojos, se han convertido, ante la retina del señor alcalde, en el palacio de la calle de Quintana. Y contempla, ausente de su huerto, las garitas de los centinelas, la fuentecilla del patio, la amplia escalera de mármol, los sillones muelles y regalones de la sala de audiencia. Doña Isabel tiende gentilmente su mano al señor alcalde. Y embebido en su éxtasis, absorto, nuestro amigo oye una voz recia y llena que le dice familiarmente:

–¡Hola, Paco! ¿Tú, por aquí?

Hablamos todos de la Infanta: en Candelario, a la vera de nuestro amigo, gustó de los sabrosos yantares que han dado tanta fama al pueblecito encantador. Y presenció una boda su Alteza, sin olvidarse del presente para los novios. Y ponderó el paisaje con entusiasmo y sin reservas. Y las fuerzas vivas que la rodeaban, asentían a las frases de su Alteza, diciendo el gobernador que era un sitio delicioso, añadiendo Cardenal que el Marqués de Vega-Inclán se preocupaba del turismo, asegurando don José Méndez, el diputado, que se inaugurarán pronto nuevos caminos vecinales. El señor alcalde, retornando de su ensueño, extiende la diestra ante los picachos fronteros y nos asegura con entusiasmo:

– Para mí que el viaje de su Alteza tenía segundas intenciones. El día menos pensado nos visita don Alfonso.

Recogemos pensamientos de tallos largos. Bebemos agua fresca, recogiéndola en la palma de la mano. Abrimos el portón del huerto. El sol se va ocultando detrás de los picachos. El valle adquiere una coloración acerada, gris. Al soplo del viento, las copas de los chopos y de los castaños se mueven rítmicamente. Las calles de Candelario tienen el sabor de una aldeúca de Asturias; aleros y balconcillos de madera se destacan de la línea urbana; recios portones dan acceso a las viviendas; el agua de las rocas murmura alegremente, con estrépito.

El señor alcalde, ya querido amigo nuestro, nos hace la merced de ofrecernos su morada, para descansar unos momentos en ella. Desde la terraza miramos el pueblecito a la luz del crepúsculo. Y es tan blanco, tan blanco Candelario en esta hora, tan bello, tan mimoso, tan recogido, que quisiéramos descansar en él –como descansó el fraile agustino en la Flecha– lejos de las locas baraúndas y de los necios trajinares de este mundo artificial de políticos, gacetilleros y farsantes en que nos movemos por leyes inescrutables del destino.

Candelario, junio 1917.

Plasencia[157]

Visión nocherniega

El tren pasa raudo por los primeros vallecicos de la región placentina. Estrellas saltonas en el cielo, el manchón lechoso del camino de Santiago, chispas que se desprenden de la máquina y que trazan círculos caprichosos antes de caer al suelo, frenos candentes y humeantes. El tren silba ronca y angustiosamente. Pedregales, olivos, regatuelos, lucecillas de una aldeúca cercana.

Calor asfixiante. Nuestros compañeros de viaje, unos aldeanos del pueblecito donde murió Gabriel y Galán –Guijo de Granadilla– discurren sobre política cacereña. Rafael Esbrí y Marcelo Rivas Mateo parece que comienzan a entenderse. Y los interlocutores guiñan maliciosamente sus ojuelos pardos y expresivos. En Almendral sube al tren un viajero de guardapolvo, sombrero cordobés, bigotes largos y mirada inexpresiva; lleva a Cáceres los dineros de la recaudación en sendas alforjas de cuero. Y con los de Granadilla se enfrasca en la plática politiquera. Y así me entero de las fuerzas que en el valle tiene Cepeda, de que Mariano Delgado volverá a presentarse candidato contra Esbrí en las próximas, de que el Obispo de Plasencia es un orador formidable y de que la usura florece en la Vera como fruto virgen, bravío y tempranero.

Me asomo a la ventanilla. Un vientecillo sutil y cortante que sopla desde tierras avilesas, desde Tornavacas, hace más agudo y sonoro el continuo silbo de la locomotora. Y un riachuelo espumoso se desliza por entre hendiduras azigzadas [sic] y asimétricas. Y unas luces blancas, desparramadas aquí y acullá, alumbran unas casitas alegres que forman un islote. Y en lo más

[157] También publicado, con algunas diferencias y correcciones, en *El Adelanto* (30-06-1917) y (29-11-1924), y en *El Pueblo* (03-03-1925).

alto del islote, las almenas de un viejo palacio amurallado. Y la masa maciza e ingente de la Basílica que toma cuerpo entre las sombras. Y unos viejos torreones a la izquierda, y los ojos negros de un acueducto que parece, en la noche, suspendido del abismo. Y olivos, y viñedos, y ringleras de chopos y de sauces en los caminos. Y nuevas luces en la falda del monte. Y la queja del río hendido entre las grietas y comisuras rocosas que sirven de asiento al islote fantástico de la visión nocherniega.

Plasencia. El coche que brinca sobre los rollos de las calles, patios de mesones alumbrados con candiles, vestigios de murallas, torres altas de monasterios privilegiados, campaniles achaparrados de ermitas toscas. El reloj del Consistorio lanza una sonora y lenta campanada. La fondita.

Y sacudimos el polvo del viaje y vagamos a la ventura por las calles placentinas en las primeras horas de la madrugada.

Luces y sombras

Y adrede nos perdemos por estas rúas, por estas plazoletas, que ya hemos visto y amado antes de ahora. Nadie en las calles. En este rincón crece la hierba, y la fachada sobria y limpia de una iglesia románica está solamente iluminada por el claror lechoso del camino de Santiago. Un convento a la derecha; las rejas acaban en clavos puntiagudos; las ranas croan en el Jerte.

Calle del Melo; plaza de Sosa... Casonas enjalbegadas con el escudo sobre el portón; los blasones de la ciudad «placentera a Dios y a los hombres» de ventanas enrejadas; la prisión que mandó levantar –leemos en la fachada– el alto y poderoso señor don Felipe III, rey de las Españas.

La Plaza. Allá lejos, la crestería de la Basílica rompe el telón de la tenue blancura que desciende del cielo. Dos lindas iglesias más, una callecita estrecha, el seminario feote y enchafarinado de rojo, las rinconadas de la iglesia mayor. Y la evocadora plaza episcopal, en fin, que tiene en esta hora un encanto supremo. Un palaciote, de esquinado balconaje, con dobles blasones tallados en piedra, se destaca al fondo; a la izquierda, una rúa en cuesta está limitada, a lo lejos, por la sombra maciza de dos torreones negros; frente a Santa María, sobre la portada episcopal, lucen dos estrellas alumbrando el clásico sombrero acordonado. Y maúllan unos gatos lastimeramente, y una codorniz que se despereza canta en golpes secos y rápidos su alborozo madruguero.

Más calles en cuesta, nuevas casonas blasonadas, otros conventos de la linda ciudad episcopal. Y la puerta de Trujillo, junto al puente, que nos recuerda las andanzas cervantescas, sus busconas eruditas, sus doncellas resabiadas y en esquilme, sus virotes trasnochados y trafagosos. De Plasencia es la Tía Fingida, aquella oronda doña Claudia de Meneses que exhiben en una jaula por alcahueta los corchetes salmanticenses; placentina es la buena Esperancica, a la que escoltan pregonando su fingida honestidad dos dueñas de tocas tupidas y de mangas arrocadas; placentino es aquel aventurero, don Cristóbal de Villalba, que saborea en Italia sabrosas aventuras de mocedad; placentinos son aquellos buenos Loaysas, diestros en templar guitarricos, escalar viviendas de doncellas tempranas, señalar dados y barajas y embaucar maridos inexpertos. Pues en esta puerta de Trujillo florece la vieja picardía española. Las casitas achaparradas y toscas, viejas de cuatro siglos, tienen ese aire de complicidad misteriosa, y en ellas Esperancica primero, y la serrana de la Vera más tarde, concertaron sus trotes y retrotes de placentero amor.

Seguimos paseando ya fuera de la ciudad. Balconajes de madera, tapias altas, un castillete en el palacio episcopal amurallado. En un muro, la hornacina de una virgen alumbrada con un farolillo, mesones clásicos, iglesias, una alfombra verde, el cuadrilátero de la vieja fortaleza de Alfonso VIII. En las estribaciones de la Sierra, casitas blancas entre ringleras de olivos, sobre el verde cárdeno de los viñedos. La rayita cerca del puerto de Tornavacas, azulada como siempre, pero con los reflejos anaranjados del sol naciente que se refractan en él. Una ermita prerrománica, de campanil alegre y campesino…

Amanece. Tañe primero la esquilita de un convento monjil nerviosamente; luego una campana grave y sonora: después, con más alborozo y resolución, los bronces catedralicios. Y las viejas acuden a las primeras misas. Y los clérigos caminan presurosos a las sacristías. Y los pobres aldeanos del valle vienen con sus tomates, con sus pimientos, con sus cebollas a los mercados. Plasencia se despierta. El señor Obispo abandona su lecho; la bolita de la ruleta acaba de señalar el 26, descansando hasta la tarde…

Plasencia, Junio 1917.

Cáceres[158]

Muy poco se sabe de la ciudad de Cáceres. Atribúyese su fundación a Jacinto Cecilio Melelo, quien le llamó *Castra Cecilia*, de donde los eruditos locales, podando y limpiando sílabas y añadiendo otras nuevas, quieren hacer brotar la palabra Cáceres. Indudable es que Cáceres se relaciona con la historia del Imperio Romano; hay en la ciudad vestigios de la dominación; las historias hablan de Castris Caeciliis, en el itinerario del camino militar romano de Mérida a Zaragoza; en la geografía administrativa del Imperio –tan descuidada ahora–se dice que en aquel punto preciso se iniciaba la *Vía Lata*. Luego, durante la Reconquista, conviene sospechar que levantó armas contra los emires Omeyas. Presa la ciudad de Cáceres de las huestes sarracenas, fue conquistada para los cristianos por Alfonso VII, por Fernando de León y por Alfonso IX.

Se dice que Cáceres fue la cuna de la Orden militar de Santiago; pero si tal afirmación no se funda en documentos históricos de positiva solidez, escrita anda en pergaminos que no se perdieron aquella otra de que Cáceres fue patrimonio de la Orden militar citada, a quienes la conquistaron, de nuevo, los almohades. Y se reconquistó la ciudad definitivamente al infiel, acudiendo a la pelea los caballeros más bizarros de los reinos de Castilla y de León, de Galicia, del Temple y de la Espada. Mas reconquistada, hubo que poblarla.

Recorda del fuero de Cáceres. Ningún vecino de la ciudad paga pontazgo ni peaje. Pídenla por juro de heredad los caballeros de la Espada, y antes que cederla, don Alfonso IX regala a los caballeros de la flamante Orden los lugares de Villafáfila y de Castroferate con 2.000 maravedises de oro. Del 15 de Abril al 15 de Mayo celebra ferias la ciudad; de Benavente y del Barco, de Alba y de Fermoselle, de los chalanes portugueses que no se atreven a acudir más allá de Vitigudino, llegan feriantes y logreros. Luego, a la feria de San Andrés, acuden los moros; los judíos engañan a los cristianos con todo linaje de tretas y se dirimen las contiendas; se estrechan las manos y se celebran los alboroques en las ventas de la ciudad. La provincia, antaño como hogaño, era fecunda en trashumantes, y las ferias eran tan largas de duración como preñadas de incidentes y de transacciones. Los feriantes no tenían más autoridad que la del Concejo, que se reunía en la puerta de Alcántara.

Partidarios fueron los habitantes de Cáceres de don Pedro el Justiciero; su canciller, Pedro Mateo, selló con su muerte el pacto de fidelidad al monarca. En las contiendas con el de Trastámara, Cáceres dio su alcázar en rehenes a dos caballeros de la ciudad para que no lo entregasen ni al Rey legitimo ni al bastardo hasta que no depusieran sus rencores. Don Pedro concluyó el incidente cortando la cabeza a los moradores del alcázar.

Con don Enrique III hacen valer sus fueros los cacereños; el monarca quiere enajenar la ciudad y se oponen aquéllos, alegando que la enajenación es contra fuero. En 1402 los procuradores de Cáceres acuden a las Cortes de Toledo a jurar sucesora de la corona a la infanta doña María, hija de don Enrique III.

También hay bandos en Cáceres con don Enrique el Impotente. Históricamente, Cáceres es ciudad castellana, y del individualismo castellano surge tan espontáneamente el espíritu de bandería como de la simiente de sus llanos el trigo que llena las alhóndigas. Las discordias concluyen con doña Isabel la Católica que va a Cáceres para jurar los fueros intangibles y redactar las ordenanzas concejiles de la ciudad.

En la conquista de Granada está representada la ciudad por la flor de sus mozos –ballesteros, peones, lanceros– perfectamente equipada. En 1575, Felipe II visita la ciudad. A las guerras con Portugal también envía soldados la ciudad extremeña. Y en los tiempos contemporáneos, si no se cuenta la rivalidad de Cáceres con Plasencia que le disputaba la capitalidad de la provincia, nada tiene que referir el cronista. Cáceres, lentamente, se va trocando en ciudad muerta, que apenas tiene más vida que la de los curiales que vocean en el viejo caserón de la Audiencia territorial.

Ciudad muerta es Cáceres. Yo sé que no tiene obispo ni soldados ni apenas vida mental, y de Plasencia marcho a la ciudad extremeña una tarde bochornosa de estío. Ignoro también que tenga joyas artísticas, monumentos notables, arco de la Estrella y arco del Cristo. No sé nada de

[158] Se público, previamente, en *Hojas selectas* (Año 1912) y posteriormente lo hizo en *La Esfera* (08-09-1928)

Cáceres. Pero voy a la capital de la Extremadura Alta porque un amigo me espera, porque las ferias están en su apogeo y porque se cuentan lindezas en Plasencia del donaire y del garbo de las cacereñas. A Cáceres me llevan mis años con pureza de intención; no pienso entonces en crónicas; ignoro que de aquel recuerdo queden posos en mi espíritu. No sé entonces que de aquel paseo venturoso por una ciudad muerta y tristona, cuyos muros están pidiendo a voces el recitado del Romancero, quede este anhelo de daros una impresión justa y sobria de una de las más viejas, sabrosas y desconocidas ciudades españolas.

Con mis huesos voy a dar en una fonda salmantina. Acaso me llevan a ella mis preferencias regionales, mi deseo de no platicar inútilmente con los mozos que se disputan, en plebeyo vocabulario, la maleta; no lo sé, pero en el comedor de la fonda hay una ringlera de tipos clásicos. Hay chalanes que cecean; profesores de colegio que disertan de política, de mujeres, de toros; un magistrado catarroso que saborea lentamente una pechuga de perdiz con el gesto torvo; una cómica que engulle con precipitación para ir al teatro en seguida; un cura; un modesto ciudadano con coleta, que en la plaza no se harta de correr y en la mesa de narrar sus fazañas en otros poblados; mi amigo y yo. Y mis compañeros de media hora me llenan de buen humor, pienso que bien vale la pena aquel comedor de fonda, con aquellos singulares y donosos huéspedes. Y salimos a callejear, naturalmente. Llueve. Refresca el cuerpo aquel menudo lloviznar de los trotes de un tren cansino; regalan el espíritu aquellas gotas menudas en la claridad de una noche tibia, en que la luna pugna por desgarrar las nubes, saliendo con el empeño. Desde unas callejuelas angostas salimos a la plaza, donde hay un viejo torreón musgoso. Nos sorprende gratamente aquel encontronazo. Y en el deambular nocherniego, nos damos cata de que una hilera de gentes marchan en una dirección determinada, ganando una callejuela, que surge de la plaza, poblada de sombras. Hay una animación extraordinaria en la ciudad. Abundan los chalanes, las aldeanas de pañolones vistosos, el señorito de sombrero pavero, lleno de polvo, con una vara de fresno en la diestra. Entramos en un teatrucho. El buen pueblo ríe las donosuras de *El Amor que pasa*, interpretado por comiquillos de la legua, de voz engolada, gesto caballeresco y rostro chupado por la anemia.

La ciudad está dividida en dos partes: vieja y nueva. La ciudad nueva, población del siglo XIX, es una de tantas ciudades españolas muertas de tercera clase, con deplorable arquitectura concejil, con los mismos jardincillos franceses alisados con las casonas petulantes y feas de los advenedizos sin gracia ni belleza ni gusto.

Pero la parte vieja, la *Castra Cecilia*, con sus recuerdos romanos, con sus vestigios árabes, envuelve y domina a la población de último cuño. Y esta Cáceres que no ha sido hollada por la plaga de los turistas ni de los fotógrafos, ni acaso adivinada por la respetable Comisión de Monumentos de la provincia, tiene un viejo sabor clásico. Sabor que no le prestan un monumento notable, una iglesia suntuosa, las piedras mohosas de un palacio histórico, sino el conjunto, el ambiente, la colocación de los elementos arquitectónicos. Salamanca, por ejemplo, ciudad del Renacimiento, con sus espléndidas fachadas plateresca, con sus piedras rojas que enrojecen su anhelo de triunfo al crepúsculo de la tarde, tiene su sabor, su carácter, en esta plazuela, la de las Escuelas Menores; su alma escolar en esa calle de Libreros; su misticismo sombrío y austero en la Catedral Vieja. Cáceres, no. Cáceres –como Santiago de Galicia– en otro orden de cosas, tiene su alma en toda la ciudad. En las callejas árabes, sucias, estrechas y empinadas donde, sobre un fondo de silencio, llegan las voces de unos chiquillos que loquean en la plazuela inmediata, el vals frívolo que aporrea la muchacha indígena en el piano casero, la voz aguardentosa del narrador de crímenes que vende sus pliegos a los aldeanos extáticos; en el arco de la Estrella, con las almenas musgosas, el altarcito callejero poblado de leyendas, la cruz en lo alto, y como telón decorativo, las casas ciudadanas donde asoma el castizo portal; en la enorme Casa Árabe, desconchada, grietosa, con sus balcones altos y la copa de un árbol que se levanta serena detrás del viejo muro del alcázar; en la graciosa casa de los Golfines, donde asoma un Renacimiento de buen gusto, sobrio, modificado, entristecido acaso por la influencia del ambiente austero... El alma de Cáceres está en el viejo Palacio Episcopal; en la iglesia de Santa María, de portalón gótico, enclavada en una plazuela desde donde se vislumbran dos torrecillas clásicas; en el Instituto… Cáceres no tiene desperdicio ni piedra ociosa, ni rincón inútil. Cuando iniciemos nuestra historia viva y las gentes quieran estudiar el pasado de la raza, Cáceres, como Toledo, como León, como Salamanca, será la estrella del camino.

Detengámonos con amor en estas piedras viejas, centenarias; en estas torres de matacanas, donde anidan las cigüeñas; en estos palacios de la nobleza regional. Recorrer las calles de Cáceres en la parte alta, cruzar sus callejones –tan hermosos como la clásica *Via delle volte* de Ferrara– es vivir en pleno siglo XII. Esta parte de la ciudad incrustada en una muralla robusta, a trechos romana, árabe a trechos, que corona el cerro de la población, defendida por altos torreones que a la hora presente pregonan todavía su magnitud pretérita. Las cinco puertas de la ciudad fueron los arcos de Santa Ana, del Cristo, de la Estrella y del Socorro, que aún se defienden algo caducos, y la puerta de Alcántara. Las murallas, los torreones viven recosidos a obras posteriores. El arco de la Estrella, por ejemplo, une la parte vieja al casco nuevo por una escalerilla elegante. Fijémonos en la arquitectura del arco. Abierto en la muralla, une la plaza Constitucional, linda plaza castellana, con el interior de la ciudad y con la parroquia de Santa María. De piedra berroqueña es el material del arco y tiene forma de concha. Sobre su centro, en el templete románico que le sirve de remate, hay una Virgen que dista mucho de ser una joya escultórica.

Y la población antigua es fecunda en encrucijadas, en paredones, en torreones romanos, en casonas deshabitadas del tiempo de los árabes. Toda ella es un museo. El palacio de las Veletas, a pesar de sus pegotes y recosidos del siglo XVI, conserva el alma de aquel alcázar que levantara espléndido y cómodo, Alah-el-Gamí.

El alcázar domina la ciudad muerta y desconocida. Descansa en un aljibe. Dícese que es de piedra su pavimento. Con la restauración se deformó el edificio. Hoy es casona solariega, con sus tres balcones, sus dos escudos de armas, su portada simple y sus ventanas asimétricas. Y muy cerca el palacio de los Mayoralgo. Su portaluco y su magnífico balconaje del centro, que circunda el escudo heráldico de la casa, son una hermosa página del Siglo XVI.

Y en seguida, la iglesia de San Mateo, gótica. Dícese que se levantó sobre el solar de una mezquita. Es de una sola nave la iglesia; el arco que sostiene el coro, espléndido. Al lado de la fachada, un castillete.

También la iglesia de Santa María pertenece al casco viejo de la ciudad extremeña. Es más gallarda que la de San Mateo. Tiene tres naves, obscuras, de fábrica gótica. Primoroso el retablo del presbiterio, es de madera de cedro, de acana, de cerezo. No está dorado, por fortuna. Dividido en tres cuerpos, representa la Pasión de Cristo. Por el interior, diseminados, varios panteones. La torre se añadió muchos años después de haberse levantado la iglesia. Y frente a Santa María, la casa del Obispo. Es uno de los palacios más evocadores de la ciudad. ¿En qué estriba su valor? No lo sé; en el silencio de la plazuela, en su austeridad severa, en su sencillez primorosa, en su inutilidad acaso. Porque Cáceres no tiene obispo.

Ya he dicho que todas estas callejas están almenadas. Se comunican por multitud de escalinatas con la población nueva. Las almenas sobresalientes y anchos aleros, con fachadas negruzcas, con sarracenos ventanucos, con portales de medio punto o con ojiva árabe, tienen más sabor que las callejas toledanas, más ambiente de leyenda que la Salamanca de la calle de los Moros y de la calle de Libreros. Algunas callejas, las que llevan del arco de la Estrella al palacio de Torreorgaz, no tienen rivales más que en Mantua, en Rávena o en Ferrara. La plaza de San Mateo, con su casa del Sol, con su torre de las Cigüeñas, evoca toda la España del Romancero, como puede evocarla el arco de doña Urraca en Zamora. La torre de las Cigüeñas está ruinosa. Inicia un callejón flanqueado por un castillete medioeval, de caracol, y por la portalada trasera de la casa de los marqueses del Reino. Un farolillo dormilón ilumina, de noche, la torre vieja, habitada por murciélagos, búhos y cigüeñas.

¿Para qué hablar de la población nueva, lectores? ¿Para qué contaros la suntuosidad de su Casino? ¿Para qué fijarnos en esta urbanización concejil de hogaño que, torpemente, va destruyendo nuestra fisonomía? Mis ojos de muchacho vieron el resplandor de los ojos de las cacereñas, que también son árabes como el alcázar de su ciudad. En ellos descansé y ellos bucean halagos prometedores. He de poner, pues, en las notas elegiacas de estas impresiones a través de una ciudad muerta y melancólica, un brochazo mozo de esperanza y de alegría. Junto a los sudarios, caben los gorritos de los recién nacidos y fajados. Piense Cáceres en remozarse, en brotar de nuevo. Los segundones ya no viven de sus esplendores heráldicos; viven, confundiéndose con la burguesía, en el trabajo, que es amor y que es paz.

Palencia[159]

Para mi amigo el doctor Navarro

Me detengo unos días en Palencia. Es la única ciudad castellana que yo –andariego incorregible– no conozco. No sé nada de su historia, de sus monumentos, de su ambiente espiritual, de su riqueza. De Palencia no sé otra cosa sino que fabrica mantas, que su cacique se llama Abilio Calderón y que tiene un obispo muy inteligente –catalán–, el doctor Barberà y Boada, que regentando años atrás la diócesis de Ciudad Rodrigo, publicó notables pastorales sobre el absentismo. Y aquí estoy en Palencia, oteando su fisonomía que es tan linda como interesante.

He aquí la característica de las distintas ciudades castellanas. Salamanca es una floración del Renacimiento en plena llanura; Zamora es la ciudad del Romancero, de piedras toscas y románicas, hosca y severota, recogida y pobre; Ávila, encintada en sus murallas, sobre el valle del Amblés, se nutre del silencio e invita al éxtasis; León evoca los orígenes de nuestra formación histórica y une la modalidad leonesa a la asturiana, preparando la transición de lo sencillo a lo complejo, de lo quebrado a lo curvo, de la llaneza central a la sutileza nórdica; Valladolid es la ciudad en proyecto, que fue corte y que dejó de serlo, que soñó grandes cosas y se despertó miserable, que fraguó un imperio y no cenaba; el alma del siglo XVI y de Felipe II, su hijo. Pues Palencia es la burguesita del reino de Castilla. Limpia, sencilla, clara y agradable, sin recovecos, sin complicaciones, sobria. Castizos soportales en su calle Mayor; casas solariegas anchas, grandes, cómodas; catedral gótica estupenda, de ábsides muy elegantes, un poco confusa e incongruente en su fábrica externa, llena de sorpresas gratas en su recinto; un paisaje sencillo y sereno, sin la monotonía de los llanos de más abajo, ya que está roto por oteros y montículos; una tierra fría que no tiene el color acerado y gris de la estepa, sino un matiz anaranjado y verdoso, como si ella fuera el punto de enlace entre el tono leonés del Norte y el apagado del centro, que en Palencia se inicia para diluirse luego en tonos opacos y parduzcos.

Esta impresión de claridad, de sencillez, de abundancia que da Palencia, se acentúa a medida que nos internamos en sus calles, que hablamos con sus gentes, que nos damos cuenta del ambiente inconfundible de la ciudad. Parece que simboliza el buen sentido castellano, su ponderación. Hay muchos conventos en Palencia y no le dan, sin embargo, el sello de pueblo levítico y clerical. Hay fábricas de mantas en las orillas del Carrión, y esta industria no parece rebasar los límites discretos de una elaboración casera y provinciana. Recuerda Palencia el sentido prudente de los heroísmos del Cid y los consejos sensatos de Teresa a sus monjas del Carmelo. No en balde casóse el Cid con Jimena aquí en Palencia, en la hosca iglesiuca de San Lázaro –fábrica que tiene más de castillo que de templo–, y no en balde tampoco, Teresa, al recorrer estos lugares, fundando palomares místicos al servicio del Señor, recibió abundante y pródigamente los favores de los palentinos y del Obispo de la ciudad, Mendoza. Esta nota de colaboración, de comprensión, de quietismo, que no se mueve, pero que explica, justifica y ayuda la acción ajena, me ha parecido el sentido pretérito histórico de esta tranquila y aburguesada ciudad de los soportales y de las mantas.

Porque en Palencia advertiréis bien presto que nada disuena ni desconcierta con bruscos contrastes. No es tierra de fanáticos Palencia, pero tampoco parece serlo de indiferentes y de escépticos. No son flores del llano el romanticismo ni la generosidad. Quiero decir, hablando en romance, que toda acción en el castellano es, inicialmente, una reacción de defensa personal que podrá ser después, en sus derivaciones y desarrollos sucesivos, manantial de sacrificios y vivero de abnegaciones, pero que nace derechamente de una necesidad vital. Rodrigo Díaz de Vivar casa a sus hijas con unos palentinos, los condes de Carrión, no ya por fortalecer el prestigio y arraigo de la familia, sino porque son ricos los yernos. En todo el poema del *Myo Cid* descansan alternativamente el botín sobre la gloria y la gloria sobre el botín. El castellano sabe que su deber primero es el de vivir, y aunque eleve los ojos al cielo, tiene bien firmes los pies sobre la tierra. Y como Anteo, cobra nuevas fuerzas a su contacto.

Esta noble ciudad castellana no es un pueblo decadente y viejo como Valladolid –que espeja su catedral deforme, panzuda y a medio hacer– ni un pueblo rico como Salamanca, ni un pueblo tosco y altivo como Zamora, ni un pueblo prócer como León. Es, sencillamente, un pueblo

[159] Previamente publicado en *La Esfera* el 22 de diciembre de 1917.

sin adjetivos Palencia. Yo creo que no ha sufrido alternativas serias en el decurso de su historia, del mismo modo que no experimenta graves contratiempos la bolsa, ni muy menguada ni muy ahíta, del burguesito previsor. Palencia vive como vivía antaño y vivirá como vive hoy. De espectadora más bien que de actora. Al margen de los sucesos, sin meterse demasiado en ellos. Con espíritu de curiosidad y de atención, no desprovisto de simpatía para las transformaciones que nos depara el futuro, preñado de misterios.

A medida que va entrando el espíritu en Palencia –y entra muy pronto en ella – se percata uno de que las cosas están mejor de lo que sospechaba gratuitamente antes de conocerla. Da la impresión de que los palentinos obran un poco a la sordina. Todavía, por ejemplo, vive la ciudad comentando los pasados sucesos de Agosto. No pasó nada en ella; pero la represión llegó hasta aquí, llenando sus cárceles de presuntos comprometidos. Y en el jardincillo, bien cultivado, de don Abilio Calderón, brota el cardo del descontento. Que no estallará iracundo, pero que vivirá alentado, limando resistencias. No chillará agresivo, pero no perecerá confiado. El castellano es así: perdona, pero no olvida.

En Palencia hay tan grato equilibrio entre las cosas, que no parece tener presente porque tiene historia, y que parece no tener historia porque ha ido renovando y remozando el aspecto de su ciudad. La catedral, la linda portada de Berruguete del convento de las Bernardas –monasterio que fue primero teresiano y fundado por la misma Reformadora–, las Claras con su estupendo Cristo que es una momia de un viejo almirante de Castilla, casan discretamente con las piedras nuevas. Lo viejo no se oculta, alternando con lo flamante. Lo viejo, dentro de la economía palentina, debe ser un elemento aprovechable y útil. Y lo nuevo y lo flamante no es tampoco presuntuoso ni demasiado chillón. Parece que pide, ruborizado, permiso al viajero para ofrecerle sus respetos en un pueblo que fue corte, que cobijó a Sancho IV, y que fue cuna de aquel hombre ponderado y bueno que se llamó Barrio y Mier. Y el viajero no se asusta de la irreverencia, porque no adivina la huella del *parvenu*.

He advertido en Palencia un secreto recelo hacia Valladolid. De la misma dolencia padece también un poco Salamanca, y hasta León, aunque León explique su reconcomio con graves disertaciones eruditas acerca de las diferencias regionales, más profundas de lo que parece, que separan a leoneses y castellanos. No comprendo que este vano resquemor turbe, ni poco ni mucho, la placidez sólida de los palentinos. Palencia tiene su sello inconfundible de frente a las distintas poblaciones castellanas. Tiene pasado y tiene presente. Tiene porvenir, limitado, es cierto, por las pocas exigencias del que no sueña demasiado para despeñarse a la hora del despertar; pero lo tiene, y acaso su misión histórica consista en no fluctuar con locos vaivenes, sino en mantenerse, poco más o menos, la misma a través del tiempo.

De esta sensación de permanencia, de eternidad, de ponderación, de equilibrio, de sensatez, de limitación, de honestidad de aspiraciones, de amor al terrazgo nativo, se contagia uno permaneciendo algunos días en Palencia. Me gustaría volver, para pasear bajo los soportales, los días lluviosos, una mañana dominguera. Luego, siguiendo los pasos de alguna linda devota –he visto muy lindas palentinas en la calle–, marchar a la Catedral y soñar al cobijo de sus naves elegantes y bellas. Y después de cenar, platicando con estos buenos amigos de Palencia, concluir discretamente el día murmurando de don Abilio Calderón y de los bigotes enhiestos de Eduardito Mendaro, el señor gobernador civil, que desde el *ABC* ha venido a Palencia para actuar de Poncio, perseguir el juego, extender las licencias de caza y silbar al levantase, hastiado de templar gaitas entre los diputados provinciales, que se reúnen en la única casa presuntuosa –decorada por Gargallo– que puede señalarse en Palencia.

Octubre, 1917

COSAS DE CASTILLA

Madrigal de las Altas Torres[160]

A Madrigal, desde Peñaranda, en una cesta, durante esta mañanita soleada de Mayo. Tierras fronterizas de León y de Castilla con la visión de los surcos infinitos, trigales talludos, cebadales y centenos. Ni una fuente, ni un árbol, ni una sombra protectora. Cruzamos con la diligencia de Medina del Campo, y el pueblo de Isabel, que nos parece tocar con la mano, está todavía bastante lejos. Divisamos sus altas torres de San Nicolás y Santa María el alto lienzo de sus murallas desconchadas, el convento de Agustinos en las afueras, los restos de un viejo torreón que se yergue sobre las tierras paniegas. Un sol espléndido, bochornoso, que amenaza tempestad para la tarde, dora esta cruda y limpia altiplanicie avilesa. Casucas amarillas y bajas en la peña que sirve de cimiento a la villa, arbolillos en una hermosa explanada donde se alza un monasterio real, los torreones, cubos y castilletes de la muralla redonda. Y la torre de la parroquia, con sus huecos cuadrados, se perfila ya en el horizonte, y el gallo de su cúpula, del tamaño de un «buche», según los naturales, preside el hechizo de esta dulce mañana luminosa.

Y tornamos a entrar en Madrigal, después de cuatro años de ausencia, por la puerta de Cantalapiedra... Una galería desconchada, de cal y canto, remata el torreón de la puerta; una calle larga y estrecha –casas de ladrillo, escudos, balcones de madera– nos lleva a la plaza de la cuna de doña Isabel. En la plaza sobresale el ábside de la parroquia; enfrente, un edificio del siglo XVIII, con soportales y arcadas, nos resguarda gratamente de los rayos solares; solitaria la cárcel del lugar, que Fernando VI mandó levantar sobre los cimientos de la primitiva, evoca la figura de aquel pastelero impostor, Gabriel Espinosa, que apagó su sueño en los calabozos para dejar en el rollo la cabeza soñadora; otra iglesia asoma su fachada en un altozano. Cerrado el atrio de San Nicolás por una hermosa verja de hierro, entramos en la iglesia por la casa del ecónomo. San Nicolás de Bari es, por las trazas de su robusta fábrica, la catedral de estos contornos. Tiene un maravilloso coro del Renacimiento, trasladado desde un convento de agustinos que servía de pasajera vacación al autor de *Los nombres de Cristo*; en unos bajorrelieves que sirven de respaldo a los asientos están esculpidos los barbudos profetas del Viejo Testamento. Y hay tablas flamencas y vestigios de un rico artesonado en la parroquia. Asomados luego en la torre, divisamos un ancho paisaje castellano, monótono y uniforme. Las tres provincias de Ávila, Salamanca y Valladolid se juntan aquí, al Norte, a cinco kilómetros de Madrigal. Y así vemos la masa creciente de Peñaranda, envuelta en una nube de polvo allá a lo lejos; las torres de Nava del Rey, con los manchones cárdenos de sus viñedos; el castillo de la Mota, de Medina; los pueblos místicos de la Moraña; Fontiveros, Cantiveros, Bernuil, Cabezas del Pozo, Cisla, toda la calva planicie de Arévalo.

Y seguimos recorriendo el pueblo. Casitas bajas y anchas, de ladrillo siempre; callejas pinas y tortuosas; escudos rematando las portaledas. Un silencio maravilloso, tan intenso como el que encontró Don Quijote en la casa del Caballero del Verde Gabán, envuelve al pueblo muerto.

Salimos a la puerta de Arévalo. Ringleras de olmos bordean la calzada; unas tapias terrosas limitan el paseo; el enorme convento de Santa María de Gracia, antiguo palacio de los reyes de Castilla, forma parte de un trapecio que se inicia en el hospital, que forma una línea paralela a la de las murallas, que se inclina luego a la izquierda y que forma después una soberbia explanada frente al pueblo. La parte de la muralla, del siglo XII, está compuesta de una capa de tierra y cantos; señala un arco imperfecto y dibuja luego un torreón primitivo. La muralla, muy bien conservada en aquel paraje, rompe su uniformidad con sus panzudos castilletes. Un señor alcalde de la villa ilustre, queriendo ocupar a los obreros durante una crisis invernal, les hizo derruir las murallas por donde ellos quisieron; los obreros dieron gusto al señor corregidor y sólo respetaron este lienzo, que se respetará hasta que llegue otra crisis, consultando los precedentes que para estos apuros se guardan en los archivos concejiles.

Contemplamos la casa de El Tostado, hoy propiedad de un buen amigo nuestro que nos sirve de cicerone. Y visitamos a las monjitas a prima tarde para que nos enseñen las preciosidades de su monasterio, donación de reyes; nos exhiben un retrato de doña María de Aragón, otro

[160] Publicado previamente en *El Sol* el 1 de agosto de 1918.

retrato de una parienta de Felipe II, una carta autógrafa de Santo Tomás de Villanueva. En el trascoro de la iglesia lucen los escudos del cardenal Quiroga. En el centro de la iglesia, la lápida de sus despojos. Un tríptico de la Anunciación de Nuestra Señora da acceso a una capillita.

Anochece. La dulzaina, con sus gritos agudos, chillones, preludia un aire canallesco, de boga en la corte, pero tamizado y purificado en su adaptación pueblerina. Se celebra un baile de boda en la Plaza Mayor. Las muchachitas pasean sus atavíos domingueros; los mozos, en corro, a otra banda, contemplan las beldades locales. La torre de San Nicolás proyecta su sombra gigantesca sobre la plaza; suenan las *todas*[161] en el campanario. Y hay en esta danza aldeana algo de rito, de ceremonia solemne y rígida, de baile primitivo. Más desenvuelta que la danza salamanquina, donde apenas juegan más que los pies y las manos, manteniendo el torso derecho, este baile de Madrigal es expresivo y alegre dentro de su continencia, y se desenvuelve con una lentitud majestuosa.

Preparamos la marcha. El coche vuelve a rodar por la puerta de Arévalo. Apenas conocemos la ruta de Fontiveros y es demasiado peligroso el camino vecinal. El viento nos azota el rostro; en un bache rompemos los faroles del coche.

Tenemos que volver a Madrigal; volcamos frente al monasterio. Dormimos en Madrigal. En el casino presenciamos las disputas entre francófilos y germanófilos; los amigos del Káiser están en mayoría en el pueblecito. Saborit y Prieto son cordialmente detestados; se comentan sus discursos con brutal ensañamiento, y uno de los prestigios del lugar nos participa que «hay que cortar muchas cabezas».

… Luego se reanuda el baile del anochecer; la torre de la iglesia sigue proyectando su sombra sobre el lugarejo dormido; el viento silba con rabia; un manubrio horrendo desgrana sus estridencias metálicas.

Y por la mañana, cuando los objetos perfilan sus líneas, en la neblina azul, orientados ya, proseguimos nuestro camino a través de esta altiplanicie avilesa.

Las espigas de los trigos se balancean rítmicamente en la soledad del campo. En Cabezas del Pozo entran las mujeres en la iglesia. En ningún otro pueblo del tránsito tornamos a ver a nadie. Cerca ya de Fontiveros, el pueblecito de San Juan de la Cruz, mis ojos quieren descubrir, a la vera de la iglesia, aquel soto celestial donde el alma enamorada reposa su cabeza sobre el seno del Amado.

La significación histórica castellana[162]

¿No os habéis preguntado nunca, queridos amigos míos, aquí, en la paz casera de nuestros encinares; aquí, en la discreta murmuración de nuestros casinos; aquí, a lo largo de estas tierras paniegas azotadas por el cierzo, heladas por la escarcha y calcinadas por el sol; no os habéis preguntado nunca qué es, qué significa, qué representa para la vida española, y más todavía para la vida universal, esta ancha meseta de nuestras provincias con sus hombres resignados, sus aldeas como aduares, sus villas amodorradas u sus ciudades impasibles y ceñudas?

¿No os habéis preguntado nunca por el alma que acusan los rastros de esta llanada inmensa encarada con el cielo en toda su plenitud, por el espíritu de estos barbechos amarillos, por la color de estos aldeanos que a tierra huelen y a tierra saben, por la ideología de estos señoritos perezosos y botarates, por la melancolía de estas mujerucas que piden resignación a unos Cristos macilentos y tristes, por esta dejadez y este silencio y esta tragedia de la meseta?

¿No os habéis estremecido de este silencio de muerte, que ahoga todo grito de entusiasmo y de mocedad? ¿No os da la impresión la meseta de un desierto poblado de sordos y de ciegos?

¿No os habéis preguntado nunca para qué sirve el grano que cosecha el campesino, el voto que otorgamos al señorito que dice que nos representa en las Cortes, la confianza que depositamos en el vecino que llevamos al Concejo? ¿No os habéis parado a considerar, después de una ilusión rota, de un desengaño que ha interrumpido el ritmo de nuestro corazón por algún

[161] Antes de algún acto litúrgico se iba anunciando paulatinamente tocando las campanas. El último toque era conocido como "las todas".

[162] De la conferencia *Castilla y Cataluña*, recientemente publicada (Viuda de Montero, Ferrari. 4 y 6, Valladolid, 1919). [Nota del autor]

Se publicó, con ligeras variaciones, en el periódico *El Sol* el 14 de marzo de 1919, y también en la revista *Castilla* (25-02-1919), aunque en esta no lo hizo de forma completa.

tiempo, a la luz de sangre de un crepúsculo de la llanura que concierta con la puesta del sol en nuestro espíritu, qué es, qué significa, qué representa, para vosotros y para los demás, esta adorada tierra de Castilla?

Si le preguntamos eso a la Historia, la Historia nos contestará con una mueca amarga y con un expresivo encogimiento de hombros. La Historia nos dice que nos colonizó Roma, y que echamos del suelo a nuestros colonizadores, y que creamos una monarquía indígena, visigoda, que vivió para la pelea por el afán necesario, la necesidad absoluta de crearse un territorio donde se pudiera asentar.

España, tarda muchos siglos en ser España. Desde Cangas de Onís, desde Oviedo, por etapas sucesivas y lentísimas, vamos avanzando en nuestra propia casa hasta Toledo, hasta Sevilla, hasta Córdoba, hasta Santa Fe y hasta Granada. Una obra pesada, terrible, de ensanchamiento, de reconstitución territorial, nos consume por entero. No tenemos un minuto de recogimiento porque los necesitamos todos para la acción. Castilla, tierra de los castillos, amanece a la vida con sus condados independientes; sus ciudades tienen que defenderse a la vez de las rapiñas de los magnates y de la codicia de los reyes; nace, naturalmente, democrática nuestra Castilla porque nace libre, y es en su estructura primaria, una federación de concejos libres e independientes que se va trocando, poco a poco, en un reino, esto es, en una cosa patrimonial que se hereda, se compra, se vende, se regala, se usufructúa y se permuta.

Pero los primeros balbuceos de nuestra «Castilla» no son para cantar a un rey, sino para loar a un vasallo. Per Abad, el juglar desconocido que en la soledad de un monasterio canta el ímpetu y la pujanza de una raza fuerte de campesinos, se lamenta de que un tan buen vasallo como Rodrigo Diaz de Vivar, el mío Cid, sirva a un rey tan ingrato, tan desleal y tan olvidadizo. Y nuestros romances leoneses, los más viejos, los de «Zamora, la bien cercada», los de «Orillas del Duero arriba», expresan el mismo sentimiento de recelo y de hostilidad al príncipe para simbolizar en doña Urraca –enamorada cuando muchacha del gallardo Rodrigo, ya casado con Jimena– la libertad, o si queréis decirlo con otra palabra actual, la autonomía de nuestras ciudades. Castilla, Castilla que se va ensanchando delante del caballo del Cid territorialmente, se va enriqueciendo también del caudal espiritual, de conquistas democráticas, de derechos gremiales y corporativos, de fueros y de privilegios a medida que sirve a sus príncipes. De igual a igual los trata, con llaneza no exenta de señorío, con humildad que, lejos de disimular, subraya el pacto que con ellos ha hecho tan espontánea como libremente. Si una ciudad sirve al rey contra el moro, o contra el aragonés, o contra un díscolo señor firme en su castillo roquero, el rey tiene que pagar a la ciudad el sacrificio, indemnizándola con exenciones de tributos, o con honores a sus concejos, o mediante concesiones a sus mercados. Y así conviven los dos poderes, el monárquico, más simbólico que fuerte, y el concejil.

Castilla, y en seguida León, que con ella se funde políticamente a todo escape, se hace fuerte con sus Cortes. Y con las Cortes tiene que contar el rey cuando quiere dineros, y en esto de la concesión de los dineros, los pueblos hilan muy delgado y hablan muy fuerte cuando la pretensión pasa de la raya. Y Castilla es rica, riquísima, a la sombra de su libertad. Sus merinas son las más codiciadas de Europa. Y tiene fábricas de algodón, de seda, de alfombras, de cueros, con una democracia artesana y agremiada que campa por sus respetos. La fusión arábiga, la cultura arábiga, estimulan y perfeccionan su producción. Y los montes públicos, y los prados de Concejo, y los bienes de propios, y la municipalización de servicios, convierten la agricultura en la más pingüe de las profesiones. ¡Ventajas de la federación democrática! ¡Organización admirable de aquel sistema político, de aquellas Cortes de las que –dice Macías Picavea– todavía, en nombre de los grandes intereses nacionales, intervenían el poder que al rey quedaba, fuera de los señoríos, fueros, behetrías y municipalidades libres!

Con el Renacimiento que llega a Castilla con Isabel, y que influye sobre Castilla a través del aragonés Fernando, se acaba la conquista territorial. Y entonces Castilla se derrama fuera. La aventura de las Américas nos despuebla; el gesto de Colón nos aturde y nos despista. Y el matrimonio de la reina con Fernando, que nos trae Aragón, y el condado de Cataluña, y compromisos de familia, sobre Nápoles primero, y sobre las ciudades italianas después, convierten ya a los pueblos todos hispánicos, a España que es una realidad y no una aspiración, en la potencia militar más poderosa y temida de Europa en los albores del siglo XVI. Pero Castilla es el centro natural, el tronco, la raíz, el suelo y hasta el subsuelo del nuevo pueblo militar y expansivo.

Glosas a la «ciudad castellana»[163]

Por Julio Senador Gómez

Destierro

Dos libros ha publicado el notario de Frómista: *La ciudad castellana* y *La canción del Duero*. Hablemos hoy de *La ciudad castellana* (Barcelona, Editorial Minerva). Nuestras ciudades –dice el autor– viven exclusivamente en Castilla de la tierra; valladares de granito las separan del mundo; sus dos ríos principales son hoy de régimen torrencial; las tarifas de transporte, encarecidas arbitrariamente, las separan más y más del litoral costero. De esta suerte, mientras las ciudades extranjeras explotan el tráfico, la española del interior, la castellana, vive de los abusos de la propiedad, extiende el dolor en torno de ella y busca amparo en la barbarie de nuestras leyes, para sostener artificialmente los más grandes núcleos de población.

Estúpidamente, del cuartel, de la remonta, de la Audiencia, del Instituto, arrastran su vida estas ciudades. A veces refriegan sus ojos para cambiar de postura, estirar los miembros y seguir roncando. Debajo de los castillos, de los campanarios monjiles, de las agudas y esbeltas torres de las catedrales, fermenta la gusanera de la descomposición y de la muerte. Y en estos días de invierno, de cielo limpio y de transparencia de cristal, el sol alumbra cementerios vastos, formados de ringleras de casas, donde jamás pasa nada y donde siempre queda todo.

Fragores de tempestad oye nuestro Julio Senador, de vez en cuando, en esas ciudades, cuando bostezan los harapientos. Desde el balcón contempla la tormenta el señorito. Hambre, tiros, un muerto quizá. ¡Y luego, nada! Hastío, sueño, pereza, agonía. Vivir en Castilla es vivir en un destierro. Nos falta tierra bajo los pies; huyen los hombres de la paramera. En la aldea no queda nadie, que los hombres están de arada; en la villa, la ruleta llama a los hombres, y la novena, el rosario, el triduo, la rogativa o el viacrucis a las mujeres; en la ciudad, el tendero espera detrás del mostrador, el propietario espera el mes de agosto... Todos esperan en el destierro.

La linde

La linde es una de las pesadillas de nuestro querido Senador. «La linde –grita –es un baluarte contra el trabajo y la producción. Es una garantía de persistencia indefinida de la miseria y de la desesperación en provecho de unos pocos, cuya propiedad tanto más aumentará de valor cuanto más aumente la miseria universal.» La linde es todo eso y la linde es, además, «una permanente amenaza contra la libertad, contra la dignidad y contra la vida de los hombres». La linde se corona de bayonetas «cuando la ley no basta». Detrás de la linde «está la ley que esgrime su espada en defensa de la propiedad de los ricos contra el trabajo de los pobres». La linde…

Hay algo de simplista, de tozudo, de local en esta obsesión del autor de *La ciudad castellana* por la linde. ¿No le duelen más, no le hielan más el corazón a Julio Senador las lindes, los cotos, los hitos, los mojones, las alambreras que tienen aisladas, aplanadas, amodorradas, enterradas a nuestras ciudades de Castilla? ¿La linde de la incomprensión, el coto del señoritismo, el hito del recelo, el mojón de la cazurrería, la alambrera del interés, del interés creado? Sí; nuestras ciudades están acotadas espiritualmente. Se cazan a lazo los Quijotes; las emociones se pierden en el vacío; el barreno de la idea no rompe la densa costra de pizarra impermeable que nos sirve de sustento. Caciques, señoritos, abogados, usureros son los carabineros del desinterés y del amor. Aduanas interiores acordonan nuestras ciudades; otras aduanitas más pequeñas aíslan sus barriadas y arrabales; los pueblos todos están encintados en las murallas de su exclusivismo, de su ignorancia, de su modorra. ¡El cordón sanitario de la pereza castellana! Baraja, mus, novela de Trigo, devocionario de prosa relamida y untuosa, Alcubilla, escritos forenses, directivas de casino, barbarie, abogadismo, falta de unción, frialdad... ¿Dónde está, amigo Senador, la ciudad castellana donde podamos llevar mañana, todos nosotros, nuestros sueños?

[163] Publicado en *El Sol* (20-03-1919) y en el periódico almeriense *El Día* (23-03-1919). En este último su título fue «Glosas a una obra de Senador».

No habléis de caciquismo…

¡No, no habléis de caciquismo!, aconseja Julio Senador. El caciquismo, «como todas las manifestaciones externas de la barbarie nacional, obedecen a una sola causa: LA ESCLAVITUD DE LA TIERRA». ¿A una sola causa? La interpretación exclusivamente económica de los flujos y reflujos históricos, ¿no pecará tal vez de un poco candorosa, de un poco unilateral?

Yo creo que con tierra o sin tierra surgirían caciques en Castilla. Claro está que con la liberación de la tierra se dará un rudo, un brutal golpe de hacha al caciquismo; pero el caciquismo retoñará. Los amos, los caciques, los dueños de horca y cuchillo son a veces propietarios en Castilla; otras, no. El abogadete taimado y enredador no es propietario muchas veces. No son tampoco propietarios los secretarios, los recaudadores y arrendatarios de contribuciones, los administradores, los funcionarios públicos, y de entre ellos nace muchas veces el cacique en las aldeas.

¿Por qué? Hay miedo al rico, y más miedo todavía al taimado, al cuco, al listo, al que se pasa de listo. Surge el cacique sin que él lo pretenda, por la sumisión, por la servidumbre espontáneas de los demás. En Castilla todos los hombres son grandes, son demasiado grandes para sus ayudas de cámara. Y los más feroces reaccionarios no son los grandes, sino los pequeños propietarios; más que los pequeños propietarios todavía, los colonos en grande escala

Del mismo modo que nuestra clase media padece de fiebre aristocrática. El caciquismo no se extirpará con la libertad de la tierra solamente, sino con la siembra de libertad en los espíritus.

Y los espíritus esquilmados, desorientados, ñoños, han delegado en el cacique para que piense y obre por ellos. Abilio Calderón, arruinado. Santiago Alba, sin una peseta, seguirían dominando en Palencia y Valladolid. Y con el concepto hospitalero que aquí se tiene de los organismos públicos, el pueblo se encargaría de asilarles y de repartir entre ellos los dones de una beneficencia, de la que viven todos por estas tierras de pan llevar.

El Viernes Santo en mi pueblo[164]

El sermón del Descendimiento

Parejas de charritos enamorados, cogidos de las manos hacia San Pedro. Las tres de la tarde, una tarde abrileña y transparente, cristalina y calurosa. Florecen las primeras amapolas en los prados; allá, sobre la vega frontera a la parroquia, canta el Tormes su eterno murmullo de paz. Silencio, recogimiento. Rechinan las botas recién estrenadas y se oye el golpeteo de las abarcas sobre las aceras. Y allá van con su mantilla las muchachas a la iglesia, y las aldeanas con su pañolón a la cabeza, y los charritos con el chambergo tocado de las flores primerizas, y el juez municipal solemne, con su bastón a la diestra, y el Concejo, de negro, al sermón del Descendimiento.

Es un espectáculo lleno de gracia y de color. Cuando yo era niño, las multitudes cantaban un romance de pasión antes de que el sacerdote subiera al púlpito. Hoy, al acompañarle los monagos, se alza un rumor de impaciencia. Unos sacerdotes de sobrepelliz y estola, se colocan junto al Cristo clavado en la Cruz. Suben a unas escalas, desclavan con el martillo la santa imagen, le quitan la corona de espinas, sostienen su cabeza, le trasladan al sepulcro. Gráficamente ven los fieles el drama del Calvario en la parroquia de San Pedro. La calle de la Amargura, la piedad del Cirineo, el encuentro de las tres Marías, la santa faz que recoge en un lienzo la Verónica… El sacerdote, con voz vibrante y atenorada, va recordando los episodios del tormento del Justo. Los charritos de las aldeas prorrumpen a las veces en interjecciones lastimeras. Hay momentos de una honda emoción. El sacerdote condena en este momento al forajido que abrió con una lanza el divino costado; el pueblo ve manar la sangre del hijo de Dios. Ahora se oye el martillo desclavando el brazo derecho; minutos después, trasladan los sacerdotes el cuerpo del Cristo al sepulcro del que ha de levantarse…

[164] Se publicó también en *El Sol* (21-04-1919) y, bajo el epígrafe «El Viernes Santo en Alba», en *El Adelanto* (08-04-1925).

El predicador concluye; los pasos, rematados desde el viernes de Dolores, comienzan a moverse. Los que han de llevarles hacen ejercicios con los cayadones. Aparece la oración del huerto; Jesús, entre naranjas, apura el cáliz de su dolor y lo acepta de su padre; en el balcón de Pilatos unos grotescos judíos de cartón flagelan las espaldas del acusado… El sepulcro; el puesto de la Guardia civil; un nazareno con los pies descalzos; las hembras con traje negro; faldas que crujen; una marcha fúnebre; los alcaldes con unos junquillos enlutados. Primavera, recogimiento, fragancia, sol de Abril. Sigue murmurando el Tormes; se oye el paso de una diligencia por el puente; los chiquillos tocan sus carracas en los patios de las iglesias. Allá, por Santa Isabel, en un alto de la comitiva, unos pajaritos huyen asustados hacia la vega –azul, morada, rosa, añil–, hacia la vega que canta su canción de fecundidad en esta hora.

El sermón de la Soledad

Al anochecer; pasos queditos; cantar gangoso de monjitas; el tenebrario apagado casi del todo; crepúsculo lento... Allá arriba, en el cielo, se remata una fiesta de luz. Las ocho.

En esta iglesia donde yace Teresa de Jesús, ningún adorno extraño, ningún cintajo de mal gusto, ninguna imagen de cartón piedra, te distrae. Los cuadros de Ricci están cubiertos; cubierto también el sepulcro de la fundadora; solamente, en la derecha del presbiterio, María, tocada con abandono, con los ojos cuajados de lágrimas, silenciosamente llora ante ti, cristiano, la muerte de su Hijo.

¡Qué bonita es la Soledad de mi pueblo! Un artista del Renacimiento la esculpió; don Fernando Álvarez de Toledo la trajo de Nápoles a su castillo; la duquesa vieja, amiga de la Santa, doña María de Colón y Henríquez, nieta del navegante, la regaló al monasterio. Es una faz de niña; los ojos castaños están abismados en su dolor; la boquita, purísima, se cierra graciosamente dibujando unos pliegos virginales; las manitas, cruzadas, dejan al descubierto las muñecas de una ragazza napolitana, nacimiento de brazos robustos y aldeanos aliados y amigos del trajín.

El predicador nos habla del padecer de María. El artista anónimo ha puesto en su imagen algo más que el dolor de una madre; una secreta y ponderada armonía, una continencia de gesto, nos habla del dolor de la Madre consciente de la misión divina, redentora, de su Hijo. Se diría que padece con gusto para que no padezcan los protervos; se advierte que aquellos ojos no se han secado en el Calvario porque esperan la hora de la resurrección.

El predicador nos habla del padecer de María. Y luego glosa el organista los conceptos del predicador. Las manos ágiles del padre Manuel murmuran, suplican, rezan, lloran, cantan, ríen, crujen de espanto sobre el teclado doble. Se canta el *Stabat Mater*:

«Stabat Mater Dolorosa
juxta crucem lacrymosa
dum pendebat Filius…»

Se apagan todas las luces; los carmelitas salen a la plazoleta, encapuchados, con sus capas blancas, las notas del órgano, oídas desde lejos, son el mejor comento a la dulzura, a la majestad, a la tibieza, a la fragancia de esta noche del Viernes Santo…

Galinduste[165]

En la carretera

Al pueblo de Galinduste, a las ocho de la mañana, en el coche de un amigo... Una excursión de propaganda agraria, principio e iniciación de una campaña, persistente y dura... Estos pueblos están emigrando todos los días a Francia, a las Américas; no comen; la vida es mísera y triste en ellos; las garras de la usura les tienen cogidos por el cuello; una protesta sorda, un malestar insoportable, comienzan a barrenarles las entrañas. Después de Córdoba, se alzará Extremadura; con Extremadura, estos pueblos de Salamanca, comidos por las dehesas, por

[165] Publicado en *El Sol* el 12 de marzo de 1919. Posteriormente, el 9 de octubre de 1938, ya fallecido Sánchez Rojas, la revista *Crónica* publicaría, en un mismo número, dos artículos en su recuerdo: «Las Campanas» y «Galinduste».

las tierras de pastos donde alzan al sol su testuz los toros, se levantarán violentamente contra los administradorcillos que les roban, contra los abogadetes que les explotan y estafan, contra estos leguleyos y picapleitos que les arman recursos y les inventan zancadillas en el Concejo, en el Juzgado, en la Diputación.

Vamos a Galinduste en esta mañana clara y limpia de Marzo. Ya florecen los árboles y verdean los pastizales; a la hora y media de camino comienzan las tierras adehesadas y estériles para el trabajo del hombre. El dolor de la miseria que representan nos ahoga el espectáculo estético de la contemplación del campo. Del otro lado del Tormes, un señorito ganadero ha infectado de langosta siete términos municipales de los más pobres y sufridos de la comarca; al director general de Agricultura, nuestro noble amigo don Clemente de Velasco, hemos llevado ya la protesta y el dolor de los pueblos que sufren la peste de los toritos. Aquí, al lado de la carretera, en Anaya de Alba, el pacto de retro ha ido echando a los labriegos de la aldea; más a la izquierda, en Navales, las familias ricas han comenzado a frecuentar las covachuelas del Juzgado ante una competencia estúpida para apoderarse de las montaracías.

Vamos llegando al pueblo de Galinduste, asentado entre peñas. Nadie en la carretera. Luce la verdura de los prados, renacen los árboles floridos, alumbra el sol dorando las barbecheras. Es domingo, y las campanas de las aldeas tañen sonoramente en la densa soledad. Las once. Las ruedas del cochecillo levantan chispas al triturar los chinarros del lugarejo.

Historia de una carretera

– Se hizo una carretera –nos dice el secretario, un hombre simpático y agudo– que no pasa por ningún pueblo. En el oficio que nos mandaron de Obras públicas se nos participa que la carretera no puede pasar por Galinduste, porque eso perjudicaría a los demás pueblos, y a los demás pueblos se les dijo que la carretera no podía pasar tampoco por ellos porque se lesionarían los intereses de Galinduste. Y en la duda, la carretera atraviesa la finca que administra el diputado que tenemos, sobrino, a su vez, de administradores que sostienen aquí el cacicato de los marqueses analfabetos...

Comprendemos; en este pueblo hubo unas elecciones. Los aldeanos, con un fino instinto, votaron al candidato de fuera, un bilbaíno, Ricardo Power, para acabar con las ínfulas de una familia de administradores que les amenaza, a cada paso, con el desahucio, con el hambre, con el recurso, con el expediente, con el proceso. El retoño de los administradores venció después de sembrar estas llanuras de miles de duros. Y comenzó la era de las persecuciones y de las intrigas. El trazado de la carretera ha sido la primera maniobra contra estos desdichados. En Galinduste hay una sorda irritación contra todos y contra todo. Y ya es difícil contenerla y apaciguarla.

Todos, bolcheviques

– Todos somos bolcheviques en este pueblo –nos dice un labrador acomodado y rico.

– ¡Hay que quemar las Diputaciones provinciales! –grita, muy convencido, un mocetón que se mira en los ojos de una morenaza que atraviesa el atrio de la iglesia.

– ¡Aquí la política está en la tierra! –añade a guisa de conclusión, un hombrazo fornido que nos pregunta por las cosas que pasan en el mundo.

Todos son bolcheviques en Galinduste. Y es que padecen el peor de los caciquismos: el que a espaldas del amo, que no se entera de nada, fraguan los administradores y los abogados del amo, que suelen tener un concepto harto miserable de la servidumbre propia. En Salamanca, en los pueblos de Salamanca, en nombre de unas sombras lejanas que se llaman el señor duque y el señor marqués, los políticos de librea inician venganzas y persecuciones para satisfacer sus pobres vanidades personales. Si vencen en las contiendas políticas, se indemnizan de los votos comprados vengándose. Si son vencidos, allá en el Gobierno civil, en la Diputación y en el pobre Juzgado campesino, traman sus insidias, echando sobre sus espaldas una tormenta de rencores y de odios.

En Galinduste, el caciquismo –bastante mitigado en el resto de la provincia– descansa sobre la tierra, sobre la organización de la propiedad de la tierra. Los administradores y los sobrinos de los administradores explotan la leyenda del amo todopoderoso para nombrar asesores en los pleitos y para variar el trazado de las carreteras. Y a la misma hora que ellos se frotan las manos porque acaban de jugar una mala pasada al campesino, el campesino se reúne en

asambleas populares para soñar con un señor Trotsky o un señor Lenin, de los que hablan los papeles, que surja en el llano y que la liberte de unos señoritos que les echan de las tierras y que les hacen emigrar a unos países donde aseguran que el pan no es tan amargo ni tan dura la almohada…

Los paisajes de fray Luis[166]

La huerta de la quinta

El prisionero lleva más de seis meses de reclusión en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid. Una imagen de Nuestra Señora y un crucifijo de pincel disimulan la desnudez de los muros de la celda; sobre la mesa, unos libros de piadosa meditación –San Bernardo, San Agustín, el tratado de *La oración*, del maestro Granada– constantemente abiertos, ocupan y solazan las horas del poeta. A pesar de las calamidades y miserias del encierro, gusta el agustino «de tal quietud y alegría de ánimo»[167], que ha de recordarlas después, en las horas de libertad, cuando vuelva a gozar del trato de los hombres que le son amigos.

Separado de las envidias, el fraile escribe pedimentos al fiscal y a los jueces, y largos y terribles alegatos que sirven de contraprueba a los cargos que le acumulan sus enemigos y calumniadores. A veces quiebra en estos escritos la ecuanimidad del perseguido. Una ironía sangrienta, un apóstrofe violento, un inciso desdeñoso, flotan sobre la superficie tersa y bruñida de su estilo. Entonces el fraile, asustado del huracán de sus propias pasiones, que creía acalladas, torna al comercio y a la lectura de su glorioso padre San Agustín, al trato de las masas, a la evocación del paisaje, que abrió brechas de luz en las tinieblas de su espíritu vacilante y congojoso.

¡El paisaje! Mejor bálsamo es en «sus melancolías y pasiones del corazón» que la cajita de polvos que para él confecciona, con exquisito amor, la monjita de Madrigal Ana de Espinosa. El buen maestro comienza a escribir, con su letra grande y clara, el peregrino tratado *De los nombres de Cristo*. Marcelo, Sabino y Juliano departen en la quinta de la Flecha...

Desde la celda del Santo Oficio evoca Fray Luis el apacible retiro de su Orden. Cuando comienzan a cesar los estudios en Salamanca, allá a las vueltas de San Juan, por las postrimerías de Junio, plácele al maestro retirarse «como a puerto sabroso», a la soledad de la granja que tiene su monasterio en las orillas del Tormes. Muy cerca de la ciudad está la granja. A la caída de la tarde, desde el altozano del Rollo, las torres de Salamanca se encienden en festival de luz. Las catedrales son dos ascuas de oro. Las piedras se tornan rojas, y de los campos, rojos como las piedras, brota un centro de fecundidad. Los rumores de la sazón se quiebran y embotan en la huerta grande de la Flecha. El desconcierto y desorden de los árboles hace «deleite en la vista». Hay en ella frescura y sombra de parras. Una pequeña fuente, que nace de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y que entra en la huerta por aquella parte, corriendo y saltando como un adolescente, «parecía reírse» –nos dice el prisionero.

Desde la fuente se columbra una alta y hermosa alameda. Y más adelante, el río, «hinchiendo bien sus riberas», tuerce el paso por la vega, formando un semicírculo. Los oteros del Arapil a la derecha y las crestas de la sierra de Gredos, moteadas de nieve, más arriba, encuadran la decoración de las tierras paniegas, de las ringleras de olmos y de las mansas lomas de Aldearrubia. Y con la hora fresca, el día sosegado, el cielo purísimo y la fuente correntona y saltarina –allá por San Juan, cuando cesan los estudios y se interrumpen hasta la otoñada–, los tres frailucos, «asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados», sonríen de puro gozo y comienzan a departir...

Las tormentas del verano

Y ahora, rimando versos desde el calabozo de Valladolid, recuerda y evoca el paisaje de Madrigal el poeta. A la entrada de Madrigal, frente por frente a la puerta de Arévalo, tienen

[166] Publicado, bajo este mismo epígrafe, en *La Lectura* (Enero-1919), El *Sol* (04-04-1919), *El Adelanto* (11-11-1925), *El Luchador* (10-12-1925), *El Pueblo Gallego* (11-12-1925) y *Diario de la Marina* (30-05-1926). En *España* (28-10-1922), su título fue «Paisajes castellanos»; en El *Imparcial* (28-10-1923), «Sensaciones de paisaje»; y en *La Esfera* (21-01-1928) y en el libro *Sensaciones de Salamanca*, «La celda y las tormentas».

[167] Cita tomada de *Obras del maestro Fray Luis de León*, Madrid, 1855. Edición a cargo de Gregorio Mayans y Siscar.

otro convento los agustinos, sobre la llanura pelada, polvorienta y pajiza. En los días claros se perciben las torres de la Mota de Medina, los manchones cárdenos de las viñas de la Nava, los campanarios de Fontiveros, de Cabezas del Pozo y de Barcial, la sombra de unos pinares que inician al Norte.

Desde las ventanas de los monjes se divisa media Castilla. El paraje es el más alto de toda la planicie alta; los vientos riñen sus batallas más duras en Madrigal y aúllan de dolor y de impotencia ante sus almenas, rompiendo las tejavanas, tronchando los sembrados, helando las tierras, haciendo crujir los recios portones de pino y cayendo las casucas de adobes que inútilmente se refugian al cobijo de las murallas.

En Madrigal ha visto el poeta el aire que se turba en el verano, los días que se vuelven negros y grises en el otoño, el polvo cegador que surge del suelo y se eleva furioso hasta los aires. Y ha oído la canción melancólica del viento marcial que prolonga el sonido de las campanas durante largo rato, y la del aire de Mayo, portador de lluvia que beben los terrones apelmazados con alegría, y el norteño de Junio –granizo y piedra– que barre las cosechas, angustia a los labriegos y recoge a los bueyes espantados debajo de las tenadas, y el helado de Diciembre, que hincha los collados, desborda los ríos y enfurece y solivianta a los arroyos.

En la *Oda* a *Felipe Ruiz*, el poeta, libre de las ligaduras de la prisión, quiere volar al cielo para contemplar la verdad pura. No piensa holgar en él hasta no descubrir pacientemente «el principio propio y escondido» de todas las cosas, del asiento de la tierra, de las lindes de los mares, de los cebos y abastecimientos de los ríos, de las fraguas de los rayos, de las señales del movimiento de los mundos que ruedan por el espacio. Y al evocar el mundo grande, tiene delante de los ojos la visión de la fría y ancha llanada avilesa, donde él ha de morir una tarde de Agosto; la visión de este páramo inmenso, donde los espíritus, helados como los cuerpos, no se preguntan hoy por los principios de las cosas, sino por sus finalidades concretas e inmediatas; la visión de este pobre rincón de Castilla, donde sigue soplando «el gallego insano» y donde los remolinos del sucio viento no nos dejan ver las estrellas que alumbran desde lo alto.

Las elecciones en Castilla[168]

(Del natural)

Don Ramiro, el maurista

El candidato maurista don Ramiro Pérez y Pérez, abogado en ejercicio, administrador del duque de Sotogrande, y terrateniente acomodado y «de posibles», presenta su candidatura por el distrito. Esta mañana temprano, después de hojear *La Voz*, se ha puesto a redactar el manifiesto don Ramiro. Don Ramiro es joven, apuesto, guapo; se fue con Maura cuando el Gobierno nacional; antes, estuvo con Dato, y de estudiante, siendo consiliario de la Academia de Santo Tomás de Aquino, con Vázquez de Mella. La vida de don Ramiro cabe en un papel de fumar: fue buen estudiante, frecuentó las buenas compañías, le hicieron diputado provincial y le casaron bien con una heredera rica. Su vida pública es más corta aún que su vida privada. En Agosto de 1917 fue policía honorario; entonces y ahora es acaparador. Aborrece a la plebe, compadece a Unamuno, admira a Niceto y se desayuna todas las mañanas con el periódico de la localidad, único en el que abreva.

Dicen que es tacaño. Dicen que es violento. Dicen que es malo. La política para él se reduce al verbo reventar. Ha nacido para reventar a alguien. El acta es para don Ramiro un látigo; ya fue diputado en las Cortes anteriores. Natural de Villatriste, levantó la bandera del villatristismo. Salió diputado; gastó ochenta mil duros; se sentó en el Congreso. Dijo dos veces «bravo» al hablar Pradera y al hablar Niceto. Paseó por la corte, y leyó de noche, en la posada, las aventuras de Nick-Carter, por entregas.

Tiene ortografía. Favoreció los intereses de sus parientes. Nombró un peón caminero. Dice que se tutea con Osorio.

Don Ramiro ha redactado el manifiesto esta mañana. Abunda en el parecer de que las derechas deben unirse. Opina que con caridad en los de arriba y resignación en los de abajo, se arregla en cinco minutos el problema social. Condena el bolchevismo, que ya se ha introducido por estas tierras; don Ramiro llama bolcheviques a unos jornaleros que le han pedido cuatro

[168] Publicado, también, en la revista *Andalucía* (28-05-1919).

pesetas de jornal. Y para rematar su oración, don Ramiro canta la patria grande de Cisneros, y la patria chica, la suya, la patria donde los Pérez pasaron la infancia, antes de llevar chinas y agua a los granos que guardan en las paneras…

Al margen del «Quijote»[169]

Ejerce sobre el espíritu singular hechizo la lectura del capítulo IV de la primera parte del *Quijote*, que trata, como sabe el discreto lector, «de lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta». Si el lector recuerda, como es natural que recuerde, que Don Quijote salió de la venta, que para su mal se imaginó castillo, tornando a su aldea a proveerse «de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente de las de los dineros y camisas», comprenderá fácilmente que sobre todo hombre de vida interior ejerza sugestiva atracción la lectura de ese capítulo tan hondamente humano y quijotesco que se sature uno de la dulce melancolía que respira cuando la vida nos recuerda «las prevenciones necesarias que hemos de llevar con nosotros mismos», por muy locos, caballeros y quijotes que seamos.

Don Quijote ha leído en su aldea toda suerte de libros. Se ha enamorado de la más alta dama que conocieran los siglos: nuestra señora del ideal. Ha limpiado y bruñido las armas de sus abuelos para pelear con ellas. Ha quitado el ocio a su caballo, no muy gordo ni muy bien criado, el pobre. El ama le llama loco, y loco la sobrina, el bachiller, el cura y hasta el barberillo. No tiene el caballero ninguna comunidad de espíritu con la gente que le rodea. ¡Qué amargura! Hasta su casa le pesa demasiado, y por pesarle como le pesa, sueña con la llanura infinita. Quiere amparar huérfanos y doncellas Don Quijote, deshacer entuertos, hacer que reine la justicia en la tierra. Pero está solo y es pobre el hidalgo. Está solo porque nadie le comprende, y por lo tanto nadie le ama. Y es pobre, porque los que tienen un rico tesoro interior no se curan, o se curan muy poco, de las que hemos dado en llamar pleonásticamente «impurezas» de la realidad, como si la realidad fuera cosa pura y simple y no asentase su verdad sobre un montón de contradicciones.

Pero sigamos adelante. El hidalgo, a la hora del alba, sale de su casa, en busca de aventuras, atravesando los llanos de Montiel; piensa con su salida cobrar fama y renombre por los siglos de los siglos; se encomienda a la dama de su ideal, como hace todo caballero, y ve en lontananza un castillo. Los caballeros hacen siempre de las ventas castillo. Pero es venta y bien venta lo que tiene delante de los ojos el hidalgo. Han fallado los libros a la primera salida. No hay damas en la venta, como es natural, sino rameras. El oficio de las rameras es burlarse de los caballeros, y las rameras se burlan de Don Quijote. ¿Recordáis? El ventero, que es un ladrón corriente y moliente, a todo ruedo se burla también de Don Quijote. Él, un ventero –¡Oh paradojas de la tristeza!–, le arma caballero andante a nuestro buen hidalgo. En la vida confieren los honores los truchimanes a los que sueñan y padecen amor, y con amor, sed de justicia, que es lo mismo.

Llega la hora de pagar el hospedaje, que es el único acto serio para el ventero. Don Quijote confiesa que no ha traído dineros, porque no ha leído él nunca en las historias de los caballeros andantes que se necesite dinero para seguir las aventuras.

Desengaña y saca de su error al caballero el ventero gordo, pachorroso y pacífico. Don Quijote promete corregirse. A la Tolosa y a la Molinera, las dos hembras del ventorro, como no puede darlas blanca el hidalgo, quiere hacerlas donación de gentileza, que Tolosa se llame Doña Tolosa y la Molinera Doña Molinera. Las mozas se ríen; ¿qué van a hacer las mozas de semejante jaez?

Y sale el caballero de la venta en busca de «provisiones tan necesarias». Todo lo ha olvidado el caballero, todo, por servir su ideal. Ha dejado la bolsa en casa y con la bolsa las alforjas. Por no llevar, no lleva ni alimentos de que sustentarse en sus caminatas. Y tiene que desandar el camino andado y que perder el terreno ya ganado. Ha de tornar Don Quijote a su aldea, donde nadie le comprende. ¿Comprendéis qué amarga es la lección que nos presenta Cervantes, la amargura de la ligereza y de la imprevisión para que los venteros y las Tolosas y las Molineras se rían a cuenta nuestra, así que nos asomamos a las ventanas de la realidad?

Vuelve Don Quijote a su aldea. Como no ha faltado, no está triste. Además, no se le ocurre a Don Quijote pensar que su Dulcinea pueda mofarse del primer fracaso. Dulcinea no se burla nunca; es el consuelo de Don Quijote y de todos los Quijotes. De regreso de la venta, va pensan-

[169] También publicado en *La Semana Gráfica* (26-05-1928) y *La Esfera* (25-10-1930); y posteriormente en *El Bien Publico* (15-11-1941)

do –¡pobre caballero!– en la necesidad de surtirse de «las provisiones tan necesarias» y de tomar escudero. Advertid cómo la idea de tomar a su servicio a Sancho nace en Don Quijote del primer batacazo de la realidad y de la advertencia más apremiante del ventero; no es tan loco como parece Don Quijote; nadie es lo que parece y nadie parece lo que es al fin de cuentas. Sólo en el interior del hombre habita la verdad, como dice el Apóstol. En Don Quijote, el ideal tiene más consistencia que su armadura; en el ventero, no hay otra realidad que maravedises[170] de las costas de la posada, de los que se sustenta y vive su vida de burla.

Vuelve Don Quijote a su aldea. En el bosque le sorprende la aventura de Juan Haldudo, el rico, azotando al mozo Andrés. Defiende Don Quijote al menesteroso; prométele Juan pagar la soldada a este e indemnizarle de la azotaina; no lo hace; se aleja Don Quijote; la burla se repite y el entuerto con la burla.

Pero no se detienen aquí las miserias de nuestro caballero. A los seis mercaderes toledanos que van a comprar a Murcia, les detiene Don Quijote para que declaren que no hay en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea. Un mercader muy «discreto» –apunta con sutilísima tristeza Cervantes– replica al caballero que se la muestre. Don Quijote no da su brazo a torcer ante el sofisma del mercachifle. Tienen que declarar hermosa a Dulcinea los mercaderes sin haberla visto, que ahí está el toque y la razón de los sueños y de los ideales. Arremete con los mercaderes el caballero; cae de Rocinante, cae apaleado, molido, deshecho. La causa del molimiento es una imprevisión inicial.

Queda Don Quijote vencido, pero con el ideal enhiesto. Se han burlado de él el ventero, las mozas de partido, los mercaderes, por culpa de los dineros que se ha dejado en casa. Es acaso, que los dineros no los tiene el caballero, y no quiere decir que no los tiene. De la tierra le recoge un buen hombre, su convecino, Pedro Alonso, que le vuelve a la realidad. Los buenos, los sencillos de corazón, los pobres de espíritu –¡bienaventurados!– recogen al caballero de su mal trote. Y es, tal vez, la única nota dulce, tierna, conmovedora, que hay en este amargo capítulo y en los dos que le siguen de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*, como llamamiento que es para que los caballeros hagan caso de los venteros, ya que los venteros no pueden ponerse nunca a tono con los hidalgos del ideal.

Glosas a un manifiesto castellano[171]

En Valladolid se ha repartido profusamente un manifiesto «castellano». Suscríbenlo profesores de la Universidad, industriales, comerciantes, médicos, escritores. Entre las firmas que lo autorizan las hay tan selectas como las de los señores Alonso Cortés, Torre-Ruiz, Antón y Maldonado. Los autores de ese manifiesto se dirigen al pueblo, y afirman que «es inútil negar que Cataluña ha manifestado repetidamente su propósito de separarse de España». Y manifiestan con asombro «cómo se trata de desviar en estos días una cuestión trascendental y grande para empequeñecerla y rebajarla». Y consignan el hecho de que «los buenos castellanos... sienten hoy exaltado su amor a Castilla y a España al ver que no hay quien se lo profesa de igual modo». Al sentirlo así, «les importa poco (a los firmantes) *coincidir con tales o cuales políticos o no coincidir con ninguno; es cuestión de afectos y de patriotismo, en que la opinión política no debe entrar para nada*».

El manifiesto afirma, finalmente, que el movimiento actual, iniciado en Burgos, «es espontáneo y noble», y que los que ponen en duda esta nobleza y esta espontaneidad es, sin duda, porque su criterio político está obscurecido por «determinadas opiniones políticas..., ya que de su amor a Castilla no debemos dudar»

Los firmantes del manifiesto están al margen de la política, hasta donde esta abstención es posible en hombres inteligentes y en españoles que viven la hora actual. Son, además, estos firmantes las personas, acaso, de mayor solvencia intelectual de Valladolid. Alonso Cortés es un benemérito y concienzudo investigador de nuestra literatura clásica; Andrés Torre-Ruiz –profesor de Lógica en aquella Escuela–, un altísimo poeta y un perfecto hombre de bien; Antón, el mejor arqueólogo y uno de los escritores de más cuenta de Castilla; Paco Maldonado, pro-

[170] Así en el original: forma arcaica del plural de *maravedí* que según la RAE sería *maravedíes*.
[171] Se había publicado con anterioridad en *El Sol* (27-09-1918).

fesor de Literatura española, un mozo apenas salido de las aulas salmantinas, de un gran vigor mental, que sabe llevar holgadamente su apellido. No se trata, repito, de indocumentados que piensen con atropellamiento y que no sepan definir una actitud. Por eso quiero contrastarla públicamente con la mía, que es francamente adversa a la de los firmantes del manifiesto, y dilucidar hasta qué punto nuestro criterio está obscurecido por la política o el de ellos maleado por el ambiente de una ciudad que ha sido, durante tantos años, y continúa siendo todavía, la sede y la Corte del caciquismo castellano.

Las pretensiones catalanas ¿esconden propósitos separatistas? Yo no acierto a verlos por ninguna parte en el momento actual. No hablan de secesión los catalanes en esta hora, que sería criminal y peligroso, sino de libertad y de autonomía. No quieren romper las riendas con el Estado, sino aflojarlas, que es otra cosa. Cambó, Domingo, Albert, Puig y Cadafalch, no se hartan de repetir a todas horas estos propósitos, perfectamente lícitos. Yo, que he vivido en Cataluña, y que leo a diario periódicos y libros catalanes, no percibo estridencias ni salidas de tono, pero en Valladolid se perciben demasiado.

El Sr. Royo Villanova, con una tenacidad baturra digna de mejor causa, pertenece a esa casta de hombres terribles que tienen la obsesión de los recortes de los periódicos. Una *boutade* de *La Esquella de la Torratxa*, un rasgo de mal humor del *Rapitu*, una ironía amable de nuestro amigo Jori en *La Publicidad*, se le antojan al buenote del senador albista delitos nefandos de lesa patria. Y sañudamente los comenta, y los colecciona, y los da aire en *El Norte de Castilla*, y los exhibe en la pecera del casino y en los bancos del Campo Grande, para concluir con la más honrada de las indignaciones.

«¿Veis? y luego Cambó quiere hacernos comulgar con ruedas de molino. ¡Ya, ya le pondré yo las peras a cuarto en el Senado!...»

Valladolid está envenenado, saturado de recortes de periódicos, de caricaturas, que no son siempre del mejor gusto, ciertamente; de noticias tendenciosas de algún desocupado de Sitges o de Tarrasa, que cuenta las cosas más espeluznantes a los castellanos de Valladolid. Los albistas han combatido al catalanismo con anécdotas, estas anécdotas, de un tendero que fue llamado en Barcelona desdeñosamente *castellá*, sublevan a Royo que las circula, y a los hombres de buena fe que las escuchan adulteradas. Escarbando en la actitud de estos queridos amigos nuestros que han firmado ese manifiesto; se percibe la influencia del ambiente. Fuera de Valladolid, alejados de Valladolid, yo creo que no lo hubieran escrito.

Y no lo hubieran escrito, y hubieran visto que importa mucho no coincidir con ciertos políticos jamás y se hubieran dado cata de que su actitud, en último término, solamente favorece a estos, a los caciques, ante los cuales se legitimarían hasta las actitudes separatistas. España no peligra por ahora. Castilla, tampoco. Nuestro españolismo, hoy por hoy, estriba en mirar con amor a Cataluña, y en... imitarla. Comenzaremos a tener una conciencia regional cuando nos movamos desembarazadamente con una democracia nuestra, con una libertad nuestra, con una cultura nuestra. Hasta que no limpiemos esta tierra de la maleza de los caballeros que toman magníficas actitudes y hablan en nombre de todos, yo celebraré las anécdotas, las historietas y las caricaturas que colecciona *El Norte de Castilla*. Pero cuando seamos los castellanos dueños de los destinos de Castilla, sumaré mi indignación a la de Royo, y cuando un catalán me hable de mi servidumbre, yo le hablaré de su *ava provertà,* para no ser menos. Pero, hoy por hoy, Juan Maragall me enciende más el corazón que José Zorrilla, y sus tenderos me indignan menos que mis horteras.

Castellanos y leoneses[172]

Un escritor segoviano, muy amante de su terruño y muy conocedor de los problemas de su comarca, don Luis Carretero, tuvo hace algún tiempo la bondad, que le agradezco muy de veras, de favorecerme con una larga y substanciosa carta, poniendo una serie de reparos a mi labor sobre Castilla en las columnas de *El Sol*. Según el señor Carretero, todos nosotros –Díaz Caneja, Pérez Solís, Senador, Gascón, etc.– partimos de una confusión lamentable, agrupando,

[172] También publicado en *El Sol* el 04 de abril de 1919. Prosiguió la polémica en "Cadena de agravios" (*El Sol*, 28 de Abril de 1919) (O.C. Tomo IV, página 442).

en una misma denominación geográfica, las tierras de Castilla y de León; sin darnos cata de un confusionismo peligroso, contribuimos, con el mejor de los propósitos, pero con la peor de las conductas, a la asfixia de otras tierras que, como Castilla la Vieja, ningún parentesco espiritual tienen con nuestras tierras leonesas. Castilla la Vieja es una cosa, y León otra muy distinta. El problema agrario de Salamanca, de Zamora o de Palencia es de acceso del trabajador a la tierra, y el de Soria o Segovia, de pura técnica agrícola. Mientras en León hay un problema de latifundios, en Castilla lo hay de minifundio y de disgregación o atomización del suelo. Asimismo, y políticamente, Castilla la Vieja adopta los patrones leoneses, cuando en Castilla la Vieja apenas hay caciquismo, porque sus señoritos «ni para caciques sirven en la mayoría de los casos». Otras muchas observaciones escribe el señor Carretero, aunque las más importantes ya quedan consignadas aquí sucintamente.

El señor Carretero me permitirá que no me entretenga ahora en demostrar hasta qué punto se han fundido y compenetrado todas las once provincias de los dos antiguos reinos de León y de Castilla la Vieja, y de qué modo tan eficaz se han influido unas a otras recíprocamente. A cambio del sacrificio de su nombre, las cinco provincias leonesas –Salamanca, Zamora, León, Valladolid y Palencia– se han impuesto a las seis provincias castellanas, uniéndolas al carro de sus problemas y preocupaciones. Valladolid se ha tragado a Burgos y Soria; la Rioja ha sido absorbida por Aragón; Ávila y Segovia han caído bajo el radio de influencia de la corte, y Salamanca se ha apoderado de Zamora. Se trata, en último término, de un problema de cultura. Los políticos y los publicistas que han hablado de Castilla, son netamente leoneses. Las dos Universidades radican igualmente en término leonés. Los políticos y escritores –Gamazo, Alba, Muro, Ferrari, Zorrilla, Gabriel y Galán, Unamuno– han nacido o vivido en las provincias leonesas. Macías Picavea y Julio Senador son oriundos de la tierra de León. Los dos grandes escritores de Castilla la Vieja, Pereda y Menéndez Pelayo, se preocuparon, el primero de su huertuco montañés, y el segundo de problemas de cultura general, que para nada se rozaban con los de su región. Así León, suprimiendo su nombre, ejerció una gran hegemonía y la ejerce todavía en las tierras castellanas viejas.

El señor Carretero protesta de esta confusión; la confusión, mejor, absorción de Castilla la Vieja por el antiguo reino leonés, es un hecho. Con sus inconvenientes, que apunta con gran perspicacia el señor Carretero, pero con sus ventajas también, que el señor Carretero se calla con gran imprudencia. Los inconvenientes saltan a la vista: los escritores leoneses generalizan demasiado, dando a una preocupación zamorana, salmantina o leonesa los caracteres de una preocupación regional; pero la culpa, más que de ellos, es de los castellanos viejos que callan y no aportan puntos nuevos de vista al estudio de los problemas. Las ventajas de semejante absorción consisten en dar mayor consistencia a las aspiraciones de la meseta, y en afirmar una continuidad espiritual a lo largo de todo el centro septentrional de la Península. En estos momentos en que sopla sobre España un sentimiento de protesta contra los viejos errores y contra la política seudo-castellano-leonesa de los últimos cuatro siglos, sería una gran imprudencia táctica de esta separación, que pide con urgencia el encendido regionalismo del avisado señor Carretero.

Y ya he pronunciado la terrible palabra, tan exótica por estos llanos: regionalismo. Nosotros, los leoneses, los castellanos, aun apoyando y comprendiendo las reivindicaciones vivas de Cataluña, no podemos ser regionalistas por la razón íntima de que nuestra lengua castellana es la que hablan más de veinte pueblos, en primer término, y en segundo, porque nuestros viejos reinos no pasaron de federaciones de villas y ciudades, sin adoptar nunca la expresión regional. Castilla y León son un conjunto de comarcas desemejantes. La expresión geográfica de ambos reinos es una cosa puramente convencional. Sueltas y libres esas comarcas, es posible que se entiendan; pero sujetándolas a un patrón común, es posible que se den de cachetes y se vuelvan las espaldas. La resurrección del viejo reino de León, sería hoy la apoteosis de Valladolid; la reivindicación regional de Castilla la Vieja daría armas hoy a los políticos madrileños para extender sus tentáculos sobre la miseria campesina de Soria, de Ávila o de Segovia.

Yo no sé si el señor Carretero acertará a ver, en medio de estas diferencias de apreciación, que nos une, sin embargo, una identidad fundamental en el modo de apreciar la urgencia de aprovechar el momento político para dar un sentido liberal y socialista a las inquietudes del llano. Tenemos tantos problemas como comarcas. Estudiemos cada uno las nuestras, sin confundirnos, sin atropellarnos, cada cual en nuestro huerto: en sus pinares los sorianos, en la técnica agrícola los de Segovia, en las dehesas pastizales los salmantinos, en la improcedencia y

oficiosidad de la actual política arancelaria los abulenses. Advirtamos que lo urgente es dar un espíritu a este cuerpo castellano leonés y crear en las gentes una conciencia colectiva uniforme.

Con que demos una noción de ciudadanía a los campesinos, con que separemos de los cargos públicos a esos señoritos embrutecidos por el alejamiento sistemático de la letra impresa, con que libertemos al campesino de la tierra, y a la tierra del administrador, todo lo demás nos lo irá dando, generosamente, el nuevo tiempo, por añadidura…

Los Contemporáneos

Año XV, Núm. 752.
21 Junio 1923

DIRECTOR: DIEGO SAN JOSÉ

Mercedes

I
Pelando la pava

Salí de casa poco después de las siete, crucé la Plaza Mayor, llena de gente, y atravesando el Corrillo, calle de Meléndez arriba, me interné a toda prisa por el barrio universitario, apenas frecuentado en aquella hora de la noche. Jamás olvidaré, mientras viva, aquella mi primera cita amorosa de escolar. Por el camino iba componiendo mentalmente una declaración de amor, arrolladora, que limpiaba, en su caudal de torrentera, toda suerte de objeciones. Y cuando las palabras y los conceptos no tenían la virtud de convencer, gemía yo para mí que conmovían a la bella que había abierto, con la plácida mirada de sus ojos castaños, regueros de luz en mis esperanzas de mozo, y era mi alegría, apretada e íntima por un lado, y por el otro incontinente y parlanchina, porque conversaba con las piedras de las fachadas, llenas de trazos rojos, y con las luces de los balcones, y con los faroles que alumbraban las hornacinas en los recodos de las rúas. Llegaba tarde a la entrevista y temía, con fundamento, que Mercedes, cansada de esperarme, no se curase ya de mí para maldita la cosa.

Y crucé la casa rectoral, lleno de dulce desasosiego, que todavía, al recordarlo, me hormiguea el corazón, y pasé por delante de la estatua del maestro León, que seguía rumiando, en el silencio del patio de las Escuelas Menores, los sabrosos nombres de Cristo, y al entrar en la calle de Traviesa, oí el ruido de una ventana que se abría con estrépito. Temblé, bien lo sabe Dios, como un azogado. Una cabecita castaña de mujer indagaba en la penumbra, y al advertir mi presencia, me reconvino:

– ¡Hijo, me ha dado usted la noche! ¡Ya estaba cansada de esperar, Paco!

Me disculpé, como supe, y aquel discurso elegante que yo había compuesto por el camino se borró de mi memoria, y aquellas palabras graves, decorosas y tiernas que habían de salir de mis labios, quedaron, agazapadas y tímidas, en el rincón más inaccesible de mi espíritu soñador. No sabía qué replicar. Dije tres o cuatro incoherencias deshilvanadas, y Mercedes rio. Pero aquella risa, fresca y cristalina, en lugar de avergonzarme, disipó mi estupor por arte de encantamiento, y poniéndome a tono con las circunstancias, musité una cosa como ésta:

– ¡Cuando uno quiere, Mercedes, siempre dice tonterías!

– ¡Pero, al menos, Paco –replicó–, se es puntual a las citas de las damas!

– Es que esta tarde –me defendí– no he ido por casualidad a casa y no he leído su carta de usted, llegada en el correo de las cinco, hasta las siete y cuarto. Apenas son las siete y media, Mercedes, y aseguro a usted que he venido de prisa y corriendo, con la lengua fuera, como perro de caza.

Y exaltándome, dejándome ganar por la ternura que comenzaba a invadir mi alma, añadí:

– ¡Perdóneme usted! Al raso hubiera yo pasado toda la noche esperándola y no me hubiera quejado. No me reconvenga usted más, y…

– ¿Y qué? –preguntó Mercedes, entre burlona y cordial.

– Y que aquí estoy para decirla... ¿qué sé yo?... para decirla que la quiero.

– ¡Noticia grave! –confirmó, risueña.

– ¡Muy grave! –apunté, huraño y severo–, pero muy grave, Mercedes! Me seduce usted porque es buena, porque es sencilla y porque es bonita. Me recuerda usted a mi madre cuando está

triste, y si la veo sonreír, se me antoja usted una nena, que quisiera estrujar contra mi corazón, mientras acariciaba sus cabellos entre mis manos.

Mercedes apoyó el codo derecho de la ventana, y sujetando la barbilla con la diestra comenzó a escucharme con interés, Presentía yo, en el fulgor y en la fijeza de sus ojos, que ganaría mi pleito con costas y con todo linaje de pronunciamientos favorables. Una blusilla roja cubría el busto de Mercedes. Su mano libre jugaba con la nuca, atusando unos ricillos graciosamente rebeldes, y pasaba por la frente, y corría, con deliciosa inquietud, por las mejillas. Acabé mi alegato mucho mejor de lo que pensaba, en mi turbación inicial. Un silencio preñado de armonías siguió a las palabras de Mercedes... Yo escuchaba, en el silencio decisivo que precedía a la sentencia inapelable, los rumores de mi ciudad que me eran tan familiares y conocidos: el murmullo del claro Tormes a lo lejos, y más cerca, el rumor de unas preces en la Clerecía. Aquella noche tenía una augusta placidez. Allá arriba, en el cielo, corrían unas estrellas saltonas, dejando regueros de luz en su carrera. Y en mi alma, en el ancho firmamento de mi alma, limpia entonces de desengaños, corrían también las esperanzas, temblorosamente, abriendo insospechados surtidores de luz en mi ventura.

Quedamos Mercedes y yo los mejores amigos de la tierra. Inicié un tuteo tímido que no acertaba a campear con desembarazo en la plática, y poco a poco, sin esfuerzo alguno, brotaron de mis labios los primeros juramentos de fidelidad. Sonaban las diez en el reloj de la Catedral Nueva cuando me separé de aquel sitio. No me acordé de que había pasado la hora de cenar. Despacio, muy despacio, me encaminé al Suizo, donde me esperaban mis amigos en el turno del Rojo, y por las calles solitarias iba diciendo mi ventura a los rincones más bellos de mi dulce Salamanca. En la tertulia, con la estupefacción de todos, permanecí callado y retraído, y salí a la calle solo para narrar mis confidencias a las torres de Monterrey, blancas de luna y de misterio, al filo de la media noche, y a los lises de la Casa de la Conchas, y al encaje plateresco de la Escuela, y a los pórticos de la Plaza Mayor, y pasando de nuevo por la casa de mi novia, me recluí en la mía. Dormí de un tirón hasta que, a las ocho de la mañana, me despertó el tañido del címbalo universitario.

Y seguí rumiando mi ventura al despertar, y el catedrático de Derecho Mercantil me ponía, horas después, una mala nota.

II
Las primicias del noviazgo

Los primeros meses de noviazgo fueron, para mí, de una dulzura, de una gracia y de una diafanidad inenarrables. Perdí todo contacto con aquellas mozas de partido que ofrecían a los escolares sus caricias de alquiler con voz quebrada, olvidé las torpes disquisiciones de los sabios por las delicias de la reja, y el mundo reapareció, ante mis ojos, como un nuevo y maravilloso espectáculo de ensueño. Salamanca era el cielo y el escenario de mi ventura, y el encaje plateresco de sus edificios, y el tono rojo de sus piedras que se convierten en brasas y haces de luz ante el beso perenne del sol durante el día, eran el simple reflejo de mi corazón que por primera vez descubría el latido entero del universo, ebrio de amor, de gracia y de equilibrio.

Los domingos, tempranito, entraba Mercedes en la capilla de la Universidad. Allí, en la grata compañía de dos viejos catarrosos que esperaban plácidamente la hora de morir, y de tres o cuatro señoras que me saludaban cariñosamente con un mohín risueño de discreta tolerancia, oía mi novia el sacrificio de la santa misa, sin que volviese sus ojos hacia mi sino era para regañarme con una mirada dura por mi poca devoción, o para sugerirme cuándo debía permanecer en pie, cuándo arrodillarme y cuándo sentarme en aquellos bancos seculares orlados con los escudos de la Escuela. Al salir, Mercedes templaba su paso para que yo la acompañase hasta su casa, y alegraba de tal modo su presencia de unos minutos mi corazón, que ya estaba saturado de ventura hasta el domingo siguiente.

De noche, nuestras charlas se prolongaban cada vez más. Habíamos llegado con la mayor presteza a una confianza absoluta. Aquella escuela ingenua de mi noviazgo estudiantil estaba siempre henchida de sorpresas infantiles y de menudos descubrimientos. El amor no traía cortejo de sobresaltos, sino oleadas de paz y de reposo. Volcábamos toda la eternidad en un minuto y superábamos el presente con la rumia anticipada de la quimera que fabricábamos en común.

¡Qué días de plenitud aquellos días sabrosos, Dios mío! Torné a revivir los días más puros y luminosos de mi niñez, porque la mocedad con amor es una infancia que vuelve. La imagen

de mi novia me acompañaba siempre, y era lejos de ella cuando resaltaba con más relieve en mi corazón. Sus ojos castaños, nuncios de paz, se colaban alma adentro enhechizando mis sentidos, y veía su frente nimbada de luz de aurora, y todas las cosas me recordaban a Mercedes. Como Florencia antaño viviera de la gracia de Beatriz, se me antojaba que Salamanca, soto de torres celestiales y manadero de paz, se contagiaba y embellecía con la presencia de mi amada, siendo mi ciudad como una prolongación del ritmo y del donaire de ella.

No fue ocioso mi amor, ni mucho menos. Energías insospechadas brotaron de mi espíritu, y con las delicias del querer brotaron paralelamente las fuentes del pensar. Acaso el motor del cerebro está en el corazón del hombre, porque cuando se adormece, se embota y amodorra el, corazón con él, y cuando se despereza en el frescor de su mañana, se descubren rutas encantadas, y nos asomamos a balcones de paisajes nuevos que hallamos con la tranquilidad firme del que está seguro de sus pasos.

Los días pasaban lentos y fugaces a la vez. El presente estaba limpio de esperanzas y de deseos, porque el futuro se me antojaba una consecuencia lógica de lo actual, y lo actual era bastante hermoso para que no lo paladease con delectación y con sosiego. Ni una sola nube empañó jamás, en esos primeros meses, el cielo de mi ventura. Los días de Carnaval fueron verdaderamente deliciosos. Lejos de los ruidos grotescos y de las necias algaradas de carnestolendas, huyendo de los payasos enharinados que molestan a los transeúntes con la grosería de sus gestos y con el limitado repertorio de las sandeces de todos los años, pasé todo el tiempo pelando la pava con Mercedes en una ventanita baja de la calle de Calderón de la Barca, donde la familia de Mercedes se había trasladado unos días antes.

La reja de hogaño me hizo olvidar la ventana alta de antaño, vigilada por vecinas ociosas y cucharonas que espiaban nuestra conversación, cortando así lo más ingenuo y espontáneo de ella. Pero en la reja nos resarcimos plenamente del encogimiento que nos imponían las circunstancias.

Mercedes, sentada en un silletín de costura, se dejaba contemplar en toda la fragancia y lozanía de su figura, y yo pasaba las horas, embelesado y como en éxtasis, en su contemplación. Los ojos eran negros, muy negros, pero de tan dulce y sosegado mirar, que hasta las cosas inmateriales se hermoseaban con un gesto de gratitud, sintiéndose acariciadas por Mercedes. En su reposo, en su gracia y en su ecuanimidad, mi novia ponía un peregrino concierto, que era trasunto de su reposo interior. Parecía que los acontecimientos no la sorprendían nunca demasiado, que los veía llegar, que se anticipaba a ellos, y ante mis efusiones echaba un jarro de agua para refrenarlas, y ante mis desmayos pasajeros me espoleaba, confiada y segura de la victoria. El amor, que en el hombre suele servir de estímulo y de acicate en la acción, produce en la mujer un dominio de sí misma, una cautela reservona, que la torna reflexiva y prudente, porque, sin saberlo, prohíja al hombre que ama, y se produce como si fuera su madre, guiándole y protegiéndole con las armas de la dulzura y de la serenidad.

En aquellos días de Carnaval, mientras las amigas de Mercedes danzaban en el casino y mis compañeros olvidaban por unas horas los formularios de los Procedimientos y las horrendas páginas del Blanco y Constans[173] que les hacía recitar como papagayos el profesor de Derecho Mercantil, asentamos nosotros firmemente los pilares de nuestra dicha. Nos casaríamos así que yo acabase mi carrera y lograse, mediante unas oposiciones, un huequecillo social donde meterme para vivir. Allá para Junio, por las calores de San Juan y de San Pedro, al licenciarme, cuando las espigas se tronchan al peso del grano rubio en las tierras paniegas, pediría la entrada en casa de Mercedes y formalizaría las relaciones. Mi buen padre, ansioso de nietos, las protegía. Yo había sorprendido en él varias veces, cuando veía a Mercedes por las calles, que los ojos y el corazón con ellos se le iban detrás del palmito de mi novia, pues es natural que se adore como hijos de veras los que son la luz, la esperanza y la felicidad de los retoños de la propia carne.

III
Jornada teresiana

Y me levanté con el alba. Todavía brillaban en el cielo los últimos luceros, cuando el sereno, dando unos sonoros portazos con el chuzo en mi casa, me llamaba alegremente:

[173] Sin duda se refiere al libro de Francisco de Blanco y Constans, catedrático de Granada, *Estudios elementales de Derecho mercantil según la filosofía...*

– ¡Señorito, que ya es hora! Me vestí en un santiamén, y ya Mercedes, con sus amigas, me esperaba en la calle, un poco preocupada de llegar con tiempo justo a la estación. La noche antes habíamos combinado marchar a Alba, porque mi novia había ofrecido, tiempo atrás, oír devotamente una misa en Alba, a los pies de la tumba de Teresa de Jesús. Dos amigas suyas y yo habíamos de ser de la partida, en calidad de romeros teresianos.

¡La mañana aquella! Atravesamos la plaza, ganamos la calle de Toro y, minutos después de las cinco, con las primeras luces del alba, llegábamos a la estación, poblada de aldeanos y de alguno que otro señorito cazador, con la escopeta y la mochila al hombro. Subimos a un coche de la Transversal[174] alegres y contentos, y minutos después, frente al puente metálico, contemplábamos las mortecinas luces de la ciudad, con su soto de torres y la cinta plateada del río, que iniciaba un semicírculo antes de internarse en la ringlera de chopos, álamos y negrillos que dan acceso a la quinta agustina de la Flecha, hoy, como ayer, asiento de quietud y de reposo.

El paisaje era verdaderamente deleitoso; Mercedes, sus amigas y yo no nos hartábamos de otearlo a nuestro gusto desde las ventanillas del tren. Las tierras paniegas servían de asiento a los cerros y lomas del Arapil, y más allá del río, otro montículo de romance, el otero de Carpio, vigilaba celosamente las tierras peñarandinas y las primeras avanzadas de la vieja frontera de Castilla. Los pueblucos de adobes se despedazaban a nuestro paso y tañían las campanas llamando a los fieles a la iglesia. Más allá de los Arapiles se iniciaban los manchones verdinegros de los encinares. Mercedes, contenta, saturada del frescor de la mañana, llena de ese hondo optimismo de los madrugadores, que, al decir de los libros sagrados, "al ganar la mañana, ganan el día", palmoteaba alegremente, saboreando las primicias de la escapatoria a la villa de los Álvarez de Toledo y de Garcilaso de la Vega, el caballero toledano.

Desde el alto de Valdesantiago divisamos Alba de Tormes, asentada en su lecho de pizarra, en medio de la dulce vega que, al decir de su cantor, es eternamente verde, así en los ardientes rigores del estío como del invierno. Unos chopos solemnes bordean las orillas del Tormes en la vega. Toda suerte de matices y de tallas se gozan en aquel paraje. A lo lejos cierran el horizonte las caperuzas blancas de la sierra de Gredos, y el Tormes, a medida que va saliendo del angosto lecho de su nacimiento, abre su caudal y su curso, iniciando un murmullo que lleva la paz al corazón.

Fue un problema desembarcar en Alba y trasladarse a la villa[175]. Multitud de peregrinos, agrupados por aldeas, con sus banderas y estandartes, se apoderaron de los coches, y tuvimos que esperar cerca de dos horas mortales en la estación antes de que nos llegara el turno. En la puerta del río, junto a la torre del Homenaje de los Duques, chillaban las dulzainas del país viejos aires zarzueleros, que, al ganar en estridencia, perdían, en cambio, su desenfado y picardía. El pueblo estaba en fiestas: decoraban los balcones flamantes colchas cameras o percalinas con los colores nacionales, y una abigarrada muchedumbre de charritos candelarios andaban de acá para allá, surtiéndose de medallas en los puestos callejeros o contemplando, en la plaza, el divertido espectáculo de las cucañas, donde los luchadores, poco expertos, habían de aguantar impasibles el remojo del agua fresca, que les ponía literalmente como una sopa.

Ganamos en seguida la iglesia de las Carmelitas, y en ella, curioseando las reliquias de Teresa, pasamos buena parte de la mañana. Mercedes y sus amigas no pudieron disimular la viveza de su curiosidad ante la celda del Tránsito glorioso de la Madre. La Santa, con alegre faz, llena de luz su frente, se despide de sus monjitas y de la cárcel angosta de su carne, para ir a volar eternamente al lado del buen Jesús. Prisionero que va a recobrar su libertad, Teresa, a la hora de la muerte, tiene rostro de siempre novia que prepara su atavío de galas nupciales con gozo no disimulado. Y en aquel ventanuco que está a la izquierda del templo, no lejos del pozo de la visión de San Andrés, Mercedes musitó una plegaria, de cuyo sentido y de cuyo alcance supo darme cuenta en un pequeño aparte, momentos después.

Y comenzó una misa rezada, que dijo, con el templo lleno de fieles, el purpurado de la Iglesia. El templo de Madres Carmelitas de Alba de Tormes es de una deliciosa intimidad. Ni un pequeño detalle de cruel gusto, ni un síntoma de chocarrería y de vulgaridad en él. El órgano,

[174] Conocido así el tramo de línea ferroviaria de Plasencia a Astorga que después formaría parte de la Ruta de la Plata y que tenía parada en la estación de Alba de Tormes. Lo de la La Flecha es una licencia literaria ya que no se encuentra en esta ruta.

[175] La estación de ferrocarril de Alba de Tormes se encontraba alejada 3 kilómetros de la Villa.

diestramente manejado por unas manos hábiles y juguetonas, cantaba, reía, lloraba, retozaba, según las ocasiones. Llegó la hora de comulgar. Dos niños entonaron una letrilla de la Santa:

Dulce Jesús mío,
dulce Jesús bueno;
¡véante mis ojos,
muérame yo luego!

Y toda la ternura, toda la gravedad risueña y simpática de la Santa se respiraba en la iglesia humilde donde yacen sus restos mortales para siempre.

No concluyó con la misa nuestra jornada teresiana; me fue posible complacer a Mercedes y a sus amigas consiguiendo que penetraran conmigo en el convento de la Encarnación, privilegio reservado a los reyes y a los príncipes que, de vez en cuando, se otorga también a los pecheros y villanos. A la entrada del convento florece un almendro, que fue estéril, donde, según la piadosa tradición de las monjitas, comenzaron a abrirse las blancas florecillas el día de la muerte de Teresa, al mismo tiempo que descendía de los cielos una regalada música que arrobaba los sentidos. Luego nos enseñaron las humildes celdas carmelitenses, con una pobre e incómoda tarima que hace de lecho; el camarín que da acceso al sepulcro donde se conserva el cuerpo, fresco e incorrupto; el coro conventual y multitud de objetos piadosos y ricos que ha ido legando la piedad de los fieles a través de los tiempos.

Comimos en una fondita condumios caseros y bien sazonados, nos provistamos de las famosas almendras de las Benitas, y a la caída de la tarde, pocas horas antes de emprender nuestra marcha a Salamanca, fuimos a contemplar la vega desde el Espolón. La mole ingente del Castillo, grietoso y descascarillado, con su torre del Homenaje a los pies, da un grato sabor de leyenda al pueblecillo. El puente romano, irregular, enlaza la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía con un montón de casucas pardas y pizarrosas, de tejadillos rojos. Y las torres de los conventos muestran sus flechas y sus veletas hincándose en el espacio azul del firmamento.

De noche emprendimos el regreso. En la grata semi obscuridad de los coches, las amigas me dejaron departir a mis anchas con Mercedes. Y mi novia, tan circunspecta y serena siempre, comenzó a darme cuenta de sus impresiones del día en aquel tono de risueña intimidad que era su mejor encanto:

– El día que nos casemos –comenzó diciéndome– me gustaría mucho hacer excursiones como las de hoy. Pero me gustaría hacerlas sin testigos, contigo solo, porque lejos de las gentes que frecuentamos todos los días, en sitios que son desconocidos para nosotros, entre rostros y fisonomías que disten mucho de sernos familiares, me parece que sólo eres tú mi único apoyo y mi único amigo en el mundo.

Y con el rostro encendido, gravemente, sin que de sus palabras pudiera percatarse nadie más que yo, continuó diciéndome:

– Esta mañana, al comulgar, y antes, viendo la celda de la Santa, la he pedido mucho por ti y por mí. Y te aseguro que la Santa me oía. La pedía que nos casáramos pronto, que nos diese un modesto pasar, sin grandes desahogos pero también sin agobio alguno, que nos saturase de paz y de alegría, que...

– ¿Y qué más? –la pregunté en voz baja, de corazón a corazón, mientras sus amigas departían alegremente con un grupo de romeros.

– Pues la pedía también..., ¿te lo digo, Paco? –añadió, mimosa, como pidiendo licencia para revelar alguna indiscreción de bulto.

– ¿Y por qué no, Mercedes? –añadí. Nada de lo que pienses, por íntimo que sea, debe serme desconocido. Por el contrario, cuanto más oculto y tuyo sea un pensamiento, más debo yo conocerlo y estimado.

– Pues entonces... te lo diré –musitó graciosamente–. Además, la pedía un hijo. Será el único modo de atarte a mí para siempre.

– ¿Uno solo?

– ¡Uno solo, majadero! –replicó Mercedes–. Así no se podrá dividir el cariño. Uno solo, ¿para qué más? Uno solo que consuma y agote todo mi tiempo, que me distraiga, que me haga soñar y vivir para él.

Y enfadándose de pronto consigo misma, me recriminó con furia:

– Y ahora; señorito, debes estar muy satisfecho porque has logrado que te dijera lo que nunca debí decirte.

Y con una brusca transición, en el tono de su voz, añadió gravemente:

– ¡Peor para ti si algún día no eres digno de la confidencia que hoy te hago!

Procuré tranquilizarla, bien seguro, a la sazón, de mí mismo, abriendo, a la vez, todos los chorros y grifos de la ternura de mi alma. A mi vez, increpé a Mercedes por su recelo en términos tales, que tuve que hacer esfuerzos inauditos para que no llorase y se considerase como la más delincuente de las mujeres por su poca fe.

Llegamos a Salamanca. Por acuerdo tácito, decidimos prolongar nuestra compañía, caminando a pie.

IV
Al día siguiente

Pasé la noche en una deliciosa inquietud. A pesar del madrugón, no me fue posible conciliar el sueño. Al dejar a Mercedes en su casa, me había dado entera cuenta de la responsabilidad que había contraído con mi novia para siempre. La excursión a Alba había estrechado nuestros lazos de intimidad de tal suerte que nuestras relaciones habíanse convertido de distracción y pasatiempo estudiantiles en el más sereno y solemne de los compromisos. Por primera vez, dejé de pensar en los encantos físicos de mi prometida para fijarme solemnemente en sus prendas de corazón y de carácter.

No vacilé ni un solo minuto. Realmente, amaba a Mercedes con todo mi corazón. Era la mujer buena, leal, cariñosa, grave y serena que se había apoderado de mi libertad para siempre. El porvenir no me inquietaba, pues jamás se ha dado el caso de que ese buen señor preocupe demasiado a los veinte años...

No pude dormir y me tiré de la cama. Al día siguiente, a las nueve, tenía que asistir a las clases y no había preparado todavía mis lecciones, pero aunque intenté llevar mi atención hacia los libros de texto, fue el caso que no pude refrenarla ni un solo minuto, porque la loca de la casa estaba de fiesta y no era posible convencerla con argumentos de poco más o menos.

Lo que hice fue escribir una carta de no sé cuántos pliegos a Mercedes, con las más dulces protestas de amor y con las seguridades más firmes de que uniría mis destinos a los suyos, inmediatamente que acabara la carrera. A las seis de la mañana, acabé la epístola que yo mismo fui a depositar en el buzón del correo. Perezoso como yo era por temperamento, se me ocurrió espiar a Mercedes cerca de su casa, y poco después de las siete columbré su figura, tocada de mantilla, que marchaba más que a prisa, hacia la Catedral.

Cuando más ensimismada iba Mercedes, emparejé con ella. Su gesto no fue de turbación ni de sorpresa, sino de alegría.

– Pero, ¿tú por aquí, Paco?

– Ya lo ves, Mercedes, espiando el paso de las buenas mozas.

– Pero es el caso –observó Mercedes mirándome, de hito en hito, a los ojos–, que tienes unas ojeras terribles. No tienes cara de haber dormido.

– Tú lo has dicho, Mercedes. Me ha sido imposible conciliar el sueño de alegría durante toda la noche.

– ¿De alegría?

– Si, mujer, y como no me ha sido posible dormir, toda la noche te he estado escribiendo.

– ¿De veras?

– Ya te lo dirá el cartero luego.

Penetramos en la Catedral, casi solitaria a la sazón. Yo continué soñando mi mundo de venturas con los ojos abiertos. A la salida, comuniqué mi propósito a Mercedes:

– Hoy mismo diré a mis padres que me autoricen para pedir la entrada en tu casa.

– ¿Y desde cuándo tienes ese propósito, Paco?

– Desde ayer, Mercedes.

Y advirtiendo que la noticia no había producido en su espíritu la sensación que yo me imaginaba, añadí:

– Si eso te parece mal, aún tengo tiempo de desistir.

– Pero ¡hombre de Dios! –se defendió Mercedes–. ¿Por qué ha de parecerme mal semejante propósito tuyo? Lo que quiero es que lo medites serenamente. A mí me complace mucho tu resolución, pero puedes diferirla por unas horas. Piénsala bien, y esta noche me dices, a la ventana, tu última palabra.

Transcurrió el día lenta, muy lentamente. Por la tarde, el cartero me trajo la respuesta de Mercedes, henchida de cariño y de gratitud. Maternalmente, me rogaba que me acostara un poco durante la tarde "para estar fresco y en mi sano juicio durante la noche". Me eché a reír y seguí su consejo, porque realmente estaba muy cansado de la velada anterior. Dormí como un marmitón hasta la hora de cenar. Y cuando el reloj de la Catedral nueva sonaba las nueve de la noche, ya estaba yo a la ventana de Mercedes. Mi dueña, que me esperaba, no se hizo esperar.

–¿Recibiste mi carta, dormiste? –me interrogó Mercedes.

– ¡Como un lirón, hija mía! No dirás que no sigo tus consejos.

– Síguelos, que no te pesará nunca.

– Y además de dormir como un lirón –añadí– he meditado y vengo a decirte mi última palabra. Decididamente, propondré a mis padres la formalización de nuestras relaciones.

– Sospechando yo que pensaras así –me dijo Mercedes– ya he puesto yo a los míos al corriente de tus intenciones. No se han opuesto, pero dicen que debes meditar serenamente tu resolución.

– ¡Pero si ya la he meditado serenamente, Mercedes! –repliqué con impaciencia. El domingo iré con mi padre a tu casa. Él ha de venir mañana y no creo que haya inconveniente alguno.

No lo hubo, en efecto. Mi padre se prestó amorosamente a satisfacer todos mis deseos.

V
La casa de Mercedes

Habíase convenido, entre nuestros padres, que la petición de entrada había de ser al anochecer y que, para celebrar el acontecimiento, habíamos de cenar en casa de Mercedes. Y llegó el instante dramático. Jamás pasé por momentos más apurados en mi vida. Vivía Mercedes con sus padres en una casa modesta, cuando nosotros llegamos a ella, ya nos esperaban a la puerta. Saludos, frases corteses, apretones de manos…

Y pasamos todos al comedor. Las personas mayores con desembarazo; Mercedes y yo, llenos de turbación y de inquietud. Pero así como yo no lograba ocultarles, y no decía una palabra a derechas, Mercedes conservaba su aplomo y me animaba con su gesto y con su actitud a que cobrase alientos y serenidad para soportar, impávido, una escena, cuyos resultados estaban ya descontados de antemano.

Nuestros padres eran antiguos amigos y militaban en distintos campos dentro de la política local. Comencé a respirar cuando la conversación, luego de comentar las incidencias del tiempo, derivó por aquellos derroteros.

– Yo le digo a usted –decía animadamente mi presunto suegro al autor de mis días– que Maura es el hombre. Aquí lo que hace falta es mucho palo. No lo cree usted, Rodríguez

– Pan y no palo es lo que hace falta –reargüía mi padre–. Mientras haya hambre, habrá huelgas y las huelgas no se arreglan dando palos de ciego.

– ¡Pero es que los obreros son insoportables! –añadía mi suegro–. Cada vez rinden menos y cada día ganan más.

Agotada la cuestión social, llegó el turno a las murmuraciones locales. Mercedes y yo oíamos sin despegar los labios y nos dirigíamos mutuas miradas de aliento.

Y se pusieron los manteles, y cenamos alegremente. Mercedes a mi lado, y de vez en cuando nos dirigíamos palabras en voz baja, un poco sorprendidos de que nadie hubiera hecho alusión al motivo que allí nos congregaba. Mi padre comenzó a dirigir requiebros a su nueva hija, y su nueva hija a recibirlos sin ninguna turbación, como el tributo más natural y más corriente.

– Todavía no he dicho a ustedes –añadió mi padre– que yo respondo de la conducta de mi hijo y que celebraré muy de veras que sea feliz con esta linda muchacha, a la que quiero yo también como cosa propia.

Así, de una manera tan gentil y tan breve, pasó la ceremonia protocolaria. Mi suegro agradeció a mi padre aquellas manifestaciones, y Mercedes comenzó a departir con este acerca de mis hermanas. Yo mismo comencé a recobrar mi buen humor habitual, y al olorcillo del café maravillosamente aderezado por Mercedes, y de los ricos y olorosos habanos, la velada transcurrió deliciosamente. Mi novia y yo, gozamos desde entonces de una relativa libertad para hacer rancho aparte y renovarnos nuestras promesas y juramentos a hurtadillas de aquellos buenos señores.

Las puertas de la casa de Mercedes se me abrieron de par en par, desde aquel inolvidable domingo del mes de marzo, y rara vez tornamos a la reja, si no era de pasada y por unos minutos solamente.

Mercedes era el alma de su casa. Afanosa y madrugadora, era como aquellas mujeres del Evangelio que tienen siempre encendidas las candelas y que de lejos traen su pan. Era el ministro de hacienda del hogar y la madre había delegado en ella toda clase de menesteres. Nunca estaba ociosa aquella criatura: cuando no repasaba la ropa blanca de los suyos, cocinaba con rara perfección los condumios más variados. Amaba también la música, y las lecturas. Unas veces se sentaba al piano y revivía los sueños serenos de Beethoven o las angustias trágicas de Chopin con religiosa unción. Otras veces, con un libro en las manos, echaba lumbre en el fuego de su fantasía, que refrenaba cuando tenía que intervenir en las menudas incidencias de la casa. Yo conocía todos los libros de su biblioteca; prefería los relatos cándidos e inocentes; la atraían las sencillas y apacibles narraciones. Maximina, la pobre niña de Pasajes que pariera el ingenio de Palacio Valdés, tenía todas las simpatías de Mercedes, y con Maximina, aquella virgencita americana cuyos amores nos cuenta Jorge Isaacs entre aleteos de emoción.

Mercedes, en su casa, en sus trajines, en la intimidad y familiaridad de su marco cotidiano, atraía por su llaneza y sencillez encantadoras. Mis amores se tornaron plácidos y tranquilos. Más que novia, Mercedes se me antojaba mi hermana mayor, con la que yo había convivido siempre y bajo cuya égida de influencia había dejado deslizar toda mi vida.

Y todo su mundo era como ella: amiguitas sencillas y buenas, provincianitas sin resabios y sin malicia, buenas gentes que vivían con el temor de Dios y con una moral de roca viva, una vida sin sobresaltos y sin doblez, ajustada al libro de caja y a los modestos ingresos hogareños. La aristocracia espiritual de Mercedes, estribaba precisamente en su amor a la verdad, en su visión de la vida que la apartaba a la vez que de los entusiasmos estériles de las decepciones y abatimientos.

Ella misma era vida, y ritmo, y plenitud, y tenía la majestad y la cabeza de la naturaleza y el aplomo que da la prudencia y el corazón, que no ha sufrido ni grandes desengaños ni ha gozado tampoco de placeres de magnitud. Era un vaso de agua fresca Mercedes para mi espíritu, y aquellas gratas veladas a su lado, oyendo sus palabras, y gozando de sus gestos, y saturándome de sus devociones, y aleccionándome con su conducta, hacían de mi juventud un continuado oasis de celura, de ternura, de goces sencillos, de plenitud, en una palabra.

VI
El dos de abril

¡Plan, plan! En un minuto quedó limpia, de piedras y de rollos, la Plaza del Padre Cámara, frente a la portada de Ramos de la Catedral Nueva. Un pelotón de guardias civiles avanzaba por la calle de la Rúa hacia nosotros, los estudiantes amotinados, que nos aprestábamos a defendernos en aquella trágica mañana del dos de Abril. Apenas si el rector, Unamuno, haciendo esfuerzos sobre humanos lograba refrenar nuestra inconsciencia. Un toque angustioso de cornetas, ronco y chillón al mismo tiempo, nos advirtió del peligro que corríamos en aquel paraje. Atropelladamente, ganamos los patios de la Universidad, nos refugiamos en sus aulas, y ascendiendo por la magnífica escalera que mandaran construir los Reyes Católicos, ganamos las estancias de la parte alta para contemplar, desde aquellas ventanas que miran al Colegio Viejo, el espectáculo regocijado de unos tiros al aíre.

Y apenas oteamos las ventanas, un ruido seco, lejano, sordo, como de tablas que se chocan a distancia, llegó hasta nosotros, mientras el máuser taladraba los muros de aquellas aulas y de la Biblioteca. En seguida, ayes de dolor y de angustia poblaron el espacio, e instintivamente me tiré a la larga sobre el suelo, seguro de que así sorteaba el peligro de la muerte. Cesó la descarga, me incorporé, y muy cerca de mí un estudiantillo enteco y paliducho, con el corazón atravesado por un balazo, yacía para no levantarse más. Desencajado, pálido, gritando a voz en cuello que había un estudiante muerto, bajé las escaleras, y volví a los claustros bajos, donde era todo confusión y alarma. Nuevamente sonó otra descarga, frente a la fachada principal, en el patio de Escuelas, y Unamuno, imponiendo orden, con los ojos llenos de luz y de ira detrás de los quevedos, a duras penas podía contener la masa de estudiantes encerrados en aquel recinto.

Por teléfono comunicamos con la ciudad lo que sucedía y por teléfono supimos también que otro estudiante había sido herido gravemente a las puertas del Instituto. Ya cerca de las once, se retiró el pelotón de guardias de aquellas inmediaciones, y el espectáculo de las cami-

llas de la Cruz Roja que se hacía cargo de los cadáveres y de los heridos, me dieron la medida exacta de la terrible chanza que, con tanta fortuna, acababa de sortear. Y gané la calle de Calderón de la Barca en busca de mi novia. Desencajada, con una color de cera, quebradiza, que yo jamás había advertido en su rostro fresco y sanote, de pie, junto a la reja, no pudo disimular su alegría al verme frente a ella. Reía y lloraba Mercedes al mismo tiempo, y aquellas palabras atropelladas que todo lo preguntaban a la vez, y aquellas lágrimas que corrían lentas por sus mejillas en aquel semblante en que se iba acentuando la alegría, después del sobresalto, me dieron la noción de su ternura y de su cariño y me conmovieron profundamente. Por primera vez, abandonó sus manos en las mías y el dulce contacto de su diestra me hizo trabar conocimiento de la más sutil y delicada de las delicias del querer.

¡Las manos de la amada! Las manos de la amada son el más delicado presente de la tierra; las manos de la amada ríen, lloran, cantan, juegan, nos transportan a los altos cielos, y por una exósmosis espiritual que no he estudiado todavía suficientemente, nos transmiten el calor del espíritu de nuestro ídolo.

Aquella tarde me separé de ella; mis padres exigían mi presencia, durante mis vacaciones, en el pueblecito donde vivían. Largas cartas de muchos pliegos sustituyeron a las largas entrevistas. Las palabras escritas, tienen siempre más audacia que las que se transmiten oralmente de corazón a corazón. Mercedes, siempre tímida, siempre circunspecta, siempre serena, contenía mis ternuras en olas de serenidad y de prudencia. Alusiones claras a nuestra boda, narraciones de niñadas y escenas familiares que tenían un delicioso sabor para mí, hiciéronme soportable aquella ausencia de quince días. La tragedia y la separación aleteaban siempre en torno nuestro. En Efecto...

VII
Un feo tropiezo

En efecto, torné a Salamanca a los ocho días, en plenas pascuas de Resurrección, codicioso de aquella ventanita baja de la calle de Calderón, donde Mercedes, se mostraba todas las noches en el esplendor de su belleza y de su recatada y pudorosa intimidad. Toda mi contención de muchacho formal se había disipado la noche antes en una juerga con unas desaprensivas comediantas que habían llegado a la ciudad a dar unas representaciones en el teatro Bretón. A la salida del teatro, unos compañeros, más alegres que unas cabras y más ruidosos que unos cascabeles, tuvieron la humorada de presentármelas, y como hicieran alusiones a mis amores con Mercedes y a mi conducta formalita y retraída de unos meses, y viera una sombra de malicia y de picardía en las ojos de Lola, una rubia primorosa que se me antojó desde luego presa fácil y apetecible, me uní a la comparsa, dispuesto a reanudar mis pasados escándalos en aquella población, donde siempre se peca a la sordina y donde todo el mundo se las arregla de tal suerte, que puede impunemente pecar sin pasar por pecador.

Desde el teatro nos fuimos a casa de la Valeriana, el colmado de la plaza del Corrillo, y las continuas libaciones del vino de la tierra subieron de punto hasta el extremo de que, momentos después, todo era confusión y estrépito en tan alegre compañía. Yo no sé lo que ocurrió más adelante. Tengo un recuerdo vago de que hubo sus dimes y diretes con el sereno de la esquina, de que abandonamos el colmado con las primeras luces del amanecer, que estuvimos luego en una casa sospechosa y de fácil acceso, y que ya, en pleno día, en un coche de punto que sonaba a hierro viejo y que se movía como un beodo recalcitrante, nos dirigirnos a Tejares, patria del famoso lazarillo, a comer el hornazo y a disipar, con los aires del campo, en las riberas del Tormes, los aprietos de una copiosa digestión y la modorrera de una noche toledana. Toda la ciudad fue testigo de nuestra alegre desaprensión. A la caída de la tarde, las riberas del río se poblaron de familias que, con los cestos bien surtidos de tortillas, escabeches y embuchados, merendaban plácidamente, presenciando nuestra pública camaradería con aquellas cómicas despreocupadas y asequibles. Yo intimé con Lola, que no se recataba para maldita la cosa de ocultar ante las gentes su espontánea intimidad conmigo. Anocheció y volvimos a Salamanca, ellas a su teatro y nosotros a urdir a la patrona una explicación de tan larga ausencia. Sonaron las nueve y la costumbre me llevó, como siempre, a la vera de Mercedes.

Por el camino, comencé a reflexionar. Realmente, había hecho una solemne tontería. Seguramente, a aquellas horas, toda la ciudad se ocuparía de nosotros y a los oídos de Mercedes habría llegado el eco del escándalo…

Y, ¡vaya si llegó, Dios mío! La ventana, herméticamente cerrada, no se abrió, como de costumbre, a las señales convenidas. Como un loco estuve deambulando hasta cerca de las diez de la noche por la calle de Calderón de la Barca. Habría jurado que, a las veces, detrás de los visillos, erraba una sombra que se disipaba súbitamente por arte de encantamiento, que tornaba a aparecer y que volvía a borrarse de trecho en trecho, sin que los ojos pudieran darse entera cuenta de todas las vicisitudes de aquellas apariciones y desapariciones.

Al día siguiente estalló la bomba en una carta correcta, ¡ay, demasiado correcta!, y fríamente amable. Mercedes me devolvía la palabra empeñada anunciándome que, al menos, por una temporada, cesaba toda relación conmigo. La epístola me hizo el efecto de un mazazo. Salí solo por la calle, y al cabo de dos horas de caminar como un sonámbulo, hablando conmigo mismo y dirigiéndome mentalmente toda clase de reproches, advertí que la fiebre me devoraba y me acosté. Ni un solo minuto conseguí conciliar el sueño durante toda la noche. Leí la carta multitud de veces y advertí un gesto de seguridad y de serenidad en ella que me helaba el corazón. Ni una queja, ni una injuria. Flotaba en sus palabras la realidad de un desengaño, y sin aludir para nada a la estúpida aventura, comidilla de la ciudad, reflejaba, sin embargo, en el límpido espejo del espíritu de Mercedes, la firmeza de un propósito que no trataba de disimular, ni de velar siquiera. Pero la fiebre hizo sus progresos. Al día siguiente no pude levantarme, y el médico que me visitó, inquirió cerca de los míos noticias que le orientasen acerca de la enfermedad, que atribuyó, desde luego, a un trastorno nervioso. Las ideas me dolían dentro de la cabeza, y las emociones, encontradas, dentro del corazón. Mi postración física y espiritual fue en aumento al día siguiente. Me parecía natural que el sol dejase de lucir, pero que Mercedes dejara de quererme era una paradoja tan monstruosa, tan arbitraria, que no cabía ciertamente en mi mollera. Recordaba, entonces, una por una, todas sus palabras, revivía de nuevo todos sus gestos y veía en conjunto, con todos sus detalles y matices, el panorama de mis amores de cuatro meses. Avisada mi madre, no se separó un momento de mi cabecera. Ocho días viví en un completo estupor. Al levantarme de la cama, me dieron la gran noticia: Mercedes, con su familia, se había trasladado a Toledo. Salamanca me pareció entonces vacía.

VIII
Me caso en Toledo

Dos meses después, acabado el curso, hecho ya todo un abogadillo, marché, en busca de las huellas de Mercedes, a la ciudad imperial. El viaje, por Béjar y Extremadura, es de un encanto singular. En Fuentes, cambio de decoración del llano y de la tierra paniega por la montaña con vetas de nieve, por aguas cantarinas que corren en las hendiduras y grietas de las rocas, por los castaños y por los arbustos. De noche, Plasencia era una ciudad de plata y de leyenda. El amanecer me trajo la visión de los primeros pueblos toledanos. Las casas de adobes se acurrucaban al cobijo de gentiles espadañas que hendían el cielo azul. Un coche me trasladó de Bargas a Toledo. La emoción que embargaba mi ánimo no me dejaba gozar la belleza de las puertas de Bisagra y del Sol, la perspectiva del puente de Alcántara y el delicioso acceso a la plaza de Zocodover.

Todas las casas, me parecían la casa de *ella*, y apenas dejé los cachivaches y achiperres en la fondita, me interné por el dédalo de sus calles en busca de algo que pensaba encontrar, desde luego, fiado en mi buena ventura. Conocido el cargo oficial de mi presunto suegro, no me sería difícil topar con mi amada en una población tan reducida como Toledo. Las hornacinas, los Cristos, las cruces pegadas a los muros, ejercieron sobre mi espíritu un hechizo indefinible. Junto a la iglesia de San Justo, cerca de la calle de San Juan de la Penitencia, percibí, a lo lejos, una silueta tan parecida a la de Mercedes, que temblé como un azogado. Pero no era ella y volví sobre mis pasos.

En la fonda del Lino pregunté cautelosamente por el padre de Mercedes y logré averiguar prestamente todo cuanto me proponía. Muy cerquita de la fonda vivía Mercedes, en la misma calle de la Plata. Toda la tarde estuve paseando por la calle, confundido entre cadetes de la Academia, mujerucas de Bargas, matrimonios apacibles y turistas extranjeros. A la caída de la tarde, logré ver a Mercedes. Ella me vio también, tiñó el carmín sus mejillas, y con un gesto tácito, que yo entendí muy bien, me dio a entender que la siguiera. Penetró en una hermosa puerta toledana, orlada de unos viejos escudos, y minutos después, salió a la reja. Yo estaba tan emocionado que apenas si pude articular un saludo. Mi novia, por el contrario, dueña de la situación, musitó unas excusas:

– Tu conducta de antaño –comenzó diciéndome– no tuvo nombre. Acordado el traslado de mi padre a Toledo, me pareció prudente cortar toda suerte de relaciones contigo. El tiempo solucionaría todo lo demás. Tu conducta habría de decidir completamente la solución de nuestro pleito. Si yo te interesaba realmente, habrías de buscarme debajo de las piedras. En otro caso, ya estaba dispuesta a resignarme...

Y después de un delicioso paréntesis, añadió:

– Pero yo te esperaba todos los días, y cuando te he visto esta tarde, puedo asegurarte que tu visita, lejos de sorprenderme, me ha parecido naturalísima.

– ¡Y aquí estoy, Mercedes! –añadí embelesado, presintiendo la reconciliación– esperando tu perdón.

– Pero ¿es que has dudado de él un solo instante, hombre de poca fe? –añadió mi novia fingiendo enojo.

– ¡No, y por eso he venido, Mercedes! –musité, hecho un doctrino, advirtiendo que las palabras pugnaban por salir del pecho.

De allí surgió, más que nuestra reconciliación, nuestra boda. Tres meses después nos casábamos en la capillita de San Blas, de la iglesia Primada, una deliciosa mañana de Septiembre. Pasamos la luna de miel en tierras salamanquinas, en el viejo caserón de mis abuelos, presenciando las vendimias en el campo. Luego, iniciamos el viaje de rigor: Zaragoza, Barcelona... En la hermosa capital de Cataluña, Mercedes divirtióse de lo lindo. Todos los días inventaba excursiones a Vallvidrera, al Tibidabo, a la quieta playa de Badalona, al blanco y señoril pueblo de Sitges, ansiosa de correr como una colegiala aturdida y locuela, pendiente del asueto de las vacaciones. Su educación recoleta de castellana amiga del hogar necesitaba aquel escape y yo se lo concedía con el mejor humor del mundo...

De vuelta a Salamanca, me dijo al oído una mañana la anhelada noticia: ¡era madre! Sentía dentro de sus entrañas algo que la ataba fuertemente a la vida. Y me lo dijo sin rubor, orgullosa de su sementera, ansiosa de enraizar y de dejar su fruto perenne en la tierra, testigo mudo de su amor y de sus ilusiones. Después de aquella confidencia que hizo brincar de gozo mi corazón, sus ternuras se multiplicaron hasta lo infinito. Cuando no se curaba de las infinitas menudencias del hogar, trazaba proyectos y más proyectos sobre el porvenir, pendiente de una boquita de rosa, de una bolita de manteca, que estaba llamada a los más altos destinos y a las más excelsas empresas en la vida. Allá para Mayo, si sus cuentas eran exactas, vendría al mundo el nuevo príncipe, coronado de rosas y de laureles, victorioso en la lucha y después de la lucha, coronando el mundo de sonrisas y de alegrías. Mercedes iba aniñándose más y más a medida que dentro de ella iba desarrollándose el augusto misterio de la vida del ser que dentro de ella palpitaba. Su sensibilidad llegaba a los mayores extremos. No veía mocosuelo de la calle sin que los ojos se la fueran detrás de él.

Toda su vida era un eterno proyecto. Había que ahorrar para él, había que vivir para él; él sería el eje de todos sus desvelos y sacrificios. El nuevo príncipe sería hermoso, muy hermoso, el más hermoso de los príncipes, inteligente, bueno, recto, mimado de las gracias y de los dioses. Mercedes sería su valladar, su escudo, el agua de su fuente, la lumbre de su sol y la meta de su carrera en pos de la dicha. ¡Qué jubilosamente batía las palmas Mercedes en sus predicciones que yo compartía con ella –no hay que decirlo– de todo corazón!

En estas niñerías transcurrió alegremente nuestra segunda luna de miel, más sabrosa y firme que la primera. Yo llegué a perder completamente mi vanidad, al darme cuenta de que el príncipe por llegar me había desterrado completamente del corazón de mi esposa.

Con la primavera comenzaron los preparativos del *trousseau*. Mercedes, que apenas podía moverse ya con el gentil abandono de siempre, vivía como transportada y embebida en una dulce visión interior que arrobaba y enardecía sus sentidos. Contaba con los dedos los días que faltaban para realizarse el gran misterio. Dos meses, mes y medio, uno...

IX
Nace mi hijo

Y amaneció el gran día. Como de costumbre, fui a mi oficina, regresé a almorzar, jugué la partida de chamelo con mis compañeros de todos los días, y cuando era mayor el interés del juego, Pepa, la criada, fue a buscarme:

– ¡Señorito, que la señorita!...

Comprendí y no dejé continuar a la boba aquella. Una alegría feroz se apoderó de mi espíritu entonces. Era una alegría puramente fisiológica, animal, de potro que relincha en el prado porque hace sol, de mozo que advierte que su exceso de vida es de tal calidad que puede desafiar todos los contratiempos. Sentía, dentro de mis entrañas, como un segundo nacimiento que me desposaba para siempre con la eternidad. Ya no me importaba morir, porque continuaría viviendo, porque otros vivirían en mí, porque yo viviría en otros para siempre.

Mi casa, al llegar yo con la priesa y la ansiedad que podéis suponer, era enteramente la de Tócame-Roque. Todo estaba revuelto y confundido en ella. Las vecinas habían tomado por asalto mi despacho y el comedor. Nadie hizo maldito el caso de la llegada y de la presencia del dueño. Cuando quise entrar en la alcoba de Mercedes, cosa naturalísima, a la cual me parecía que tenía perfecto derecho, topé con la oposición de doña Sagrario, una viuda jamona, de bien ver todavía, vecina del entresuelo, que se opuso tenazmente, penetrando en la alcoba y cerrando detrás de si con estrépito. Pensé por un momento derribarla de una patada, pero reflexioné que aquel exabrupto podía molestar a Mercedes y me abstuve.

Como alma en pena, me puse a deambular por el pasillo hasta que todas aquellas mujeres intrusas me permitiesen circular con toda libertad. Cansado, me recluí en el despacho. Trataba de inquirir noticias a cada momento y únicamente Pepa se dignaba comparecer a mi llamamiento y repetirme, cada cinco minutos, la frase sacramental

– La cosa marcha bien, señorito, y hasta la fecha no presenta complicaciones.

Pepa me abandonaba también a mi soledad y cesó de acudir a mis llamadas, a pesar de todas mis protestas. Podrá parecerles a ustedes un contrasentido, pero el caso es que me amodorré como un bienaventurado, tumbado en mi butacón de trabajo, y que me quedé profundamente dormido. Soñé que unas mujeres me habían echado de casa, que doña Sagrario al llegar al portal me había dicho con toda cortesía que había confundido el número de la calle y que Mercedes había sido robada por aquellas vecinas entrometidas para hurtarla a mis caricias. Ya de noche, desperté y a la algarabía de antes había sucedido un denso y profundo silencio. Llamé y nadie compareció ante mi presencia, torné a llamar desesperadamente, angustiosamente, y Pepa, la buena Pepa, riñéndome, con un aire de suficiencia en su faz idiota que me hizo reír a pesar de lo apurado de la situación, me confirmó risueña:

– La cosa va despacio, señorito, pero muy bien. No se desespere. La comadrona dice que ya es cosa de poco…

Y un grito, un grito que tenía mucho de alarido, grito triunfal de júbilo y supremo de dolor, un grito de Mercedes, cortó las triviales confidencias de la Pepa. Como un autómata me levanté del asiento, y sin encomendarme a Dios ni al diablo, corrí hacia la alcoba, que seguía inasequible. Con la mayor decisión, dispuesto a hacer ya valer mi fuero ante aquel cotarro de furias, llamé con los nudillos, presa de la mayor excitación, y doña Sagrario me reconvino:

– ¡Todavía no puede usted pasar, vecino! –me replicó–. Créame usted; ya falta poco.

– Pero hace cinco horas – insistí malhumorado– me decía usted lo mismo, señora mía.

– Y ahora vuelvo a repetírselo –insistió a su vez, un poco más calmada, doña Sagrario–. Aguarde ya poco y yo misma advertiré a usted con el mayor gusto.

Vuelta a mi ostracismo. Torné al despacho, abrí el *Quijote* y las ocurrencias y donaires del buen Sancho no lograron calmar un solo momento mi impaciencia. Encendí un cigarrillo y otro grito, débil, de recental al que se queja más que de niño que llora, me volvió a la realidad. Pero entonces el tropel de mujeres acudió a mi encuentro:

– Es niño; más guapo que el Obispo –afirmó Pepa.

– Y verdaderamente muy hermoso –aseveró por su parte doña Sagrario.

– ¡Como su padre! –comenté fanfarrón.

– Usted es horrible, señorito, sin agravar a nadie –confirmó Pepa–, y el niño es una pura gloria.

– ¿Y se le puede ver? –añadí.

Doña Sagrario, Pepa y el grupo de anónimas me dieron complacientemente su permiso. El niño, ya fajado y vestido, descansaba junto a su madre, que ni siquiera se volvió para alegrarse de mi llegada. Todo el mundo de Mercedes se reducía a aquel revoltijo que ella protegía mimosamente. Entonces me acerqué a la cama, acaricié con la diestra las mejillas de Mercedes y traté de besar aquella bolita informe de mi hijo:

– Pero, ¿no ves que duerme? –me dijo, con dureza, Mercedes–. ¡Vete de ahí!

Me quedé helado, sin fuerza para protestar de la repulsa, y más que sentarme, me dejé caer sobre una silla. Advirtiendo Mercedes mi contrariedad, se anticipó a darme una explicación:

– ¡Eres tan distraído, hombre de Dios, que a poco me despiertas al nene!

La pregunté si había sufrido mucho, y sonrió, como dándome a entender que estaba dispuesta a repetir mil veces el tormento. Me dio el naipe por enternecerme y dos lágrimas bajaron lentamente de mis ojos a bañar mi rostro. Mercedes lo notó y, sin decirme una sola palabra, tomó mi diestra y la pasó suavemente por la carita del bebé. Luego la apretó calladamente en la suya…

Aquello se fue despejando, poco a poco y las vecinas, ofreciéndose en confianza para todo lo que fuera menester, desalojaron las posiciones. Dichosamente quedamos solos en la alcoba de Mercedes, que utilicé para cenar, y Pepa, advirtiendo ciertos olorcillos nada gratos, envolvió, de nuevo, al bebé.

A los pies de la cama, en un colchón que extendimos sobre la alfombra, dormí aquella noche el sueño, más irregular, y a la vez más plácido de toda mi vida. Al amanecer, me incorporé de un salto sobre la silla y comí a besos la carita de mi hijo. Por primera vez, mis pensamientos se apartaban de Mercedes para converger en el hijo. El sentimiento de la paternidad, en su alborada, es exclusivo como todos los amores.

X
En el seno de Dios

Pocos días después del bautizo de mi hijo, cuando la vida comenzaba a sonreírme para siempre, cuando nuestro amor había fructificado y madurado en plena sazón, Mercedes cayó gravemente enferma. Ella, que había tenido siempre una salud insultante de aldeana, comenzó a decaer a ojos vistos. Por prescripción facultativa, hubo que prohibirla la crianza del bebé, cosa que la produjo tan íntima contrariedad que no bastaron todas mis ternuras para disipar su tristeza. Siempre recordaré, mientras viva, cómo comenzó aquel derrumbamiento. Primero, una fiebre pertinaz que marchitó las rosas de su cara y que la fue desganando y quitando el apetito. Luego, una dejadez, un desmadejamiento, una laxitud, que la iban emperezando y envolviendo cada día, como en lazos invisibles, hasta el punto de que se dejaba caer en un sillón y allí pasaba el día, indiferente a cuanto la rodeaba. Solamente el niño lograba reanimar, por un momento, su perenne optimismo de toda la vida, y acariciándole y acunándole, conseguía olvidarse de aquel oculto torcedor que iba minando su existencia. Yo provocaba y excitaba su animación también a cada paso, pero nuevamente se colaba de rondón en su mutismo y en su pena.

Los médicos no supieron o no quisieron decirme nunca lo que tenía Mercedes. Combatimos su fiebre por todos los procedimientos, pero no logramos que esta cediese un solo instante. Quisimos reanimar su espíritu con toda suerte de estimulantes y ni siquiera el pobre niño era capaz de devolver la alegría tranquila y sostenida, el equilibrio interior, la discreta y graciosa ponderación de siempre a su madre. Yo pensaba que mi Mercedes había dado tan por entero y con tanta abundancia la vida a nuestro hijo que ella se estaba quedando sin ella, porque, al revés de lo que sucede siempre en todas las catástrofes familiares que nos cogen siempre desprevenidos y en plena sorpresa, yo medí, desde el principio, en todo su horror, la gravedad del mal de Mercedes, y aunque me parecía perfectamente absurda y arbitraria la idea de su muerte, el corazón tuvo como un presentimiento de la tragedia y del aislamiento que había de ensañarse de él para toda la vida.

Con los primeros fríos del invierno, se agudizó la gravedad del mal. La laxitud era ya postración y el cansancio inercia. Abandonó el sillín por la cama, y cuando retenía entre sus brazos al pobre niño, después de una falsa animación que nos abría un surco de esperanzas, sentíase desmayada y floja con el esfuerzo. Tampoco hacía gran caso de mis palabras de consuelo, y cuando estábamos solos, me acariciaba en silencio y lloraba mansamente, pugnando por ocultar sus lágrimas para no añadir una pena más en el mar inmenso de las mías.

Yo fui perdiendo también mi serenidad. Toda la alegría de mi juventud se me escapaba para siempre de las manos. Pero en lugar de rebelarme y de protestar contra el duro destino, me iba resignando a las cosas, como si todas ellas hubieran perdido su sentido para mí, y solamente un punto blanco, el de mi hijo, me daba fuerzas para seguir recorriendo aquella calle de la amargura. Los destinos de los hombres no surgen jamás aislados; siempre somos responsables de amarguras que no hemos sabido desterrar de los corazones ajenos, o de ilusiones que otras almas han puesto en nuestra vida, y, fatalmente, no somos dueños de nuestros destinos, que

pertenecen al acervo común, y que es este, en definitiva, quien los mueve y los regula, queramos o no queramos nosotros.

Mercedes, que iba acabándose poco a poco, murió en los primeros días de Noviembre, sin exhalar una sola queja, ansiosa de no quejarse, acaso por no querer quejarse.

Y mi vida también acabó entonces. Solamente mi hijo, que ya es un hombrecito, me entretiene y me gusta departir con él, a todas horas acerca de su madre, a la que él no conoció, y de la que ha heredado una seriedad graciosa, no exenta de humorismo, su belleza tranquila y un amor a la vida que contrasta con mi indiferencia y con mi desdén hacia todas las cosas y hacia todos los hombres.

José Sánchez Rojas

Tratado de la perfecta novia

NUEVA EDICIÓN
Editorial Rubén Darío. Madrid
1929[176]

[176] La primera edición fue publicada por Editorial Cervantes. Barcelona, 1923.
El 31 de diciembre de 1933 la revista *Crónica* conmemoraría el segundo aniversario del fallecimiento de José Sánchez Rojas incluyendo en sus páginas la totalidad de los capítulos de su «Tratado de la perfecta novia».

Es propiedad del autor.
Reservados todos los derechos.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. De G. Hernández y Galo Sáez.
Mesón de Paños, 8. Madrid

Dedicatoria

Amiguita Lola: He cumplido mi palabra. Aquí tienes el Tratado de la perfecta novia. En un momento de emoción lo escribí: tú lo sabes. Al releerlo ahora, en momentos de mayor calma, advierto que esta no se ha perdido por completo, y sin nuevos afeites, sin largas y enfadosas digresiones, sin citas de libros clásicos y sin alusiones a libros modernos, tal como fue pensado y compuesto, lo envío a las cajas y al Editor.

Recíbelo como altísima prenda de amistad y de estimación de tu viejo amigo

PEPE

Madrid, 15 de julio de 1923

Advertencia de la presente edición

En los cinco años escasos que tiene de vida pública este librito, ha sido traducido al francés, al portugués, al italiano, y se prepara actualmente su versión en lengua inglesa. En esta nueva edición que ahora publica Editorial Rubén Darío, he conservado íntegramente el texto primitivo, limpiándole, sin embargo, de erratas puramente materiales que se deslizaron en él. Espero que esta nueva edición, elegante y sencilla a la vez, seguirá gozando del mismo favor que la primera, sin los reclamos de las gacetas ni los juicios lisonjeros de los amigos que son la ayuda obligada y de rigor en estos menesteres, de los que pudo y quiso prescindir bien adrede mi buena ventura en esta suerte de lides.

J.S.R.

Madrid, 15 de febrero de 1929

Capítulo primero
La novia, madre

Madre no es la que pare, ni la que lacta sólo al infante, sino la que le educa, mima, acrece su caudal material y espiritual, le enseña las primeras nociones que han de servirle, más tarde, de norma en la vida. Y de esta suerte, Lolita, la novia tiene algo de madre.

El hombre es perpetuo niño, antes de asomar su corazón a las primeras batallas y querellas amorosas. Así nos lo afirma Giacomo Leopardi en *Il primo Amore*. El hondísimo poeta de Recanati asegura «que le trabaja dentro del corazón el amor», es decir, que se lo crea, pule y afina, que le hace hombre, que le obliga a sentir las vibraciones de todas las cosas en derredor de su espíritu. El amor pone a flor de tierra el sentido filial, infantil, del hombre y el maternal de la mujer. Es un hijo, por suprema ley de vida, el hombre a quien ama una mujer en seguida que le ama, y es una madre para el hombre la novia, la esposa, que ha de alumbrarle en la vida su camino.

Sé madre, novia. Breza las ilusiones del que amas con una eterna canción de cuna; acúnale, mímale, ampárale, protégele. Amenázale con el coco de sus pasiones para que el viento de los desengaños le oree las entrañas de la sensibilidad. Mímale con mimos, con ternuras, con delicadezas, con preferencias, con cuidados de madrecita. Ampárale contra él mismo primero, contra ti después, y contra los demás por último. Protégele contigo de sus preocupaciones y afanes y haz de sus afanes y preocupaciones el bálsamo, la triaca de su amor.

Y sé, novia, la diosa de la leyenda que extiende perennemente sobre el niño amor sus alas blancas.

> Aquí les vence en la feroz contienda
> bajo el escudo protector de Palas
> ¡Como la diosa tú de la leyenda,
> harás que en mis combates te defienda
> la égida santa de tus blancas alas!,

suspiraba el atolondrado poeta Vicente Wenceslao Querol, recordando a la María de su niñez en su *Rimas*. Y había en el recuerdo del dulce y olvidado poeta valenciano como un batir de alas del niño, añorando la tibieza del nido caliente que tejiera, para él con rosas, claveles y jazmines, María, su novia y su madre a la vez.

Capítulo segundo
La novia, hija

Las primeras ternuras del niño son para la madre. Físicamente, la madre para el niño es almohada, y regazo, y nido, y lecho. De bebé, ha perneado delante de ella, hecho una bolita de manteca; ha jugado con sus pechos; los ha sorbido, agotado, esquilmado. La mamá le ha dormido con un beso; le ha despertado con otro beso. Y el niño siente por la mamá un amor instintivo como los animalitos.

Cuando el hombre deja de ser animal cruel, instintivo, injusto, esto es, niño, el instinto filial se torna en pasión, en obsesión. La primera novia del niño es su propia mamá. Así, la mira, la sonríe, la acaricia, la enamora y se la come a besos.

Y por instinto también, al despertar en el hombre el amor viril, prohíja a la mujer que ama. No como el padre, que también el hombre tiene sus ternuras en el relicario de su corazón, sino como la madre. Sabe que la madre es la que quiere sin egoísmo y él se siente un poquito madre. Madre de su novia y de su esposa. La novia crea en el hombre –la comprobación psicológica es muy fácil– sentimientos maternales, mejor aún que paternales. –¡Nena mía! –llama el hombre en sus cartas al ser amado. –¡Hija mía! La [sic] dice en la reja o en la charla sabrosa a hurtadillas de miradas indiscretas y de oídos cucharones… Nena, hija ... ¿Qué más prueba de la maternidad del hombre?

De la maternidad, insistimos, no de la paternidad. La paternidad es un sentimiento viril, fruto de madurez masculina. Sentimiento egoísta, ve en el hijo una continuación de su prestigio, de su estampa y de su gloria. Pero la maternidad es un sentimiento inefable, todo pureza, todo abnegación, todo sacrificio. Para que viva el hijo, la madre morirá. Para que él ría, ella llorará en silencio. Para que él goce, ella sacrificará su pequeño egoísmo cotidiano, su alegría y su candor.

¡Novia, déjate llamar hija y nena y toda suerte de graciosos diminutivos del hombre amado! Descansa en él, apóyate en él, quédate dormida en su regazo, sin sobresaltos y con sosiego. Y cuando despiertes, hija mía, ¡empújale al combate por el pan que es la leche de los hijos que te comen a besos, de los hijos que queremos tanto más ... cuanto más se parecen a vosotras!

Capítulo tercero
La novia, hermana

La hermana es uno de los presentes más delicados y gustosos que el buen Dios hace a los mortales. Cuando de niños nos la traen de París, retozamos con la nena, la llevamos a la cunita –¡ea, ea, nena!– la [sic] cantamos las canciones ingenuas de la niñez para que ría y nos dejamos arañar y despeinar por la tirana.

La nena nos quiere a nosotros, sus hermanos, muchas, pero muchas arrobas. Luego, de mayorcita, nos sorprende y la sorprendemos con nuestros secretos. Es la amiga de nuestra novia y la confidente de nuestro primer amor. Somos nosotros los confidentes de sus primeros sueños de rosa.

La hermana nos ampara, nos protege en nuestras calaveradas estudiantiles. Tiene una hucha y nosotros abusamos de esta hucha. Si papá se nos enoja, ella detiene los golpes de papá, porque ella, la nena, es la favorita del papá, como nosotros, en cambio, somos los favoritos de la madre.

¡Novia, sé la hermanita del ser amado! Ten siempre una hucha, hormiguita, para nuestras calaveradas de hombre: un libro caro y raro, una estampa bonita para decorar el despacho, un palco para un estreno, un cuadrito, un viaje a un pueblo, una golosina, una petaca, una caja de ricos y olorosos habanos. Sé la confidente de nuestros pasados amorcillos, los que no dejaron huella en nuestro corazón, y ten la coquetería de saber oír, que el hombre es vanidoso y siempre saldrás ganando tú de la comparación. Sé la hermana mayor, grave, ponderada, juiciosa y discreta, cuando tu novio está demasiado alegre, para refrenarle, y la hermanita nena, risueña, jaranera, burlona, cuando el pobre está atareado en un grave afán de su laboratorio, de su bufete, de su cátedra, de su libro mayor. ¡Hermanita novia, ten siempre, siempre, la flexibilidad suficiente para producirte con los matices más tenues, con las *nuances* más amorosas de la fraternidad!

Los amores puros y castos, los amores que son amores, traen a la larga este sentimiento –¡tan complejo!– de la fraternidad. Por ti deja el hombre a su madre, a sus hermanitas; hermanita y madre tienes que ser para él. Y en las horas más dulces de abandono y de amor, cuando el ser amado busque tus manos para que le atuses la cabellera y le refresques la frente con la frescura de ellas, ten para él un gesto grave de hermana mayor, una sonrisa celestial de hermanita pequeña.

Capítulo cuarto
La novia, amante

La mujer amada tiene que ser la mujer amante para que su amor nos sorprenda todos los días con un nuevo encanto. Amor que no se renueva a todas horas, no es, Lolita, sabio amor. Las burguesitas ñoñas y antipáticas de nuestra pobre España consideran el matrimonio como el final de su carrera cuando es el principio de ella. Y casadas, se abandonan a su pereza natural. Y desgreñadas, toscas, no cuidan del vestido, no cuidan del rostro, no cuidan de las manos, y el hombre, poco a poco, las abandona por el estúpido hechizo del *camerino* y por las ninfas del estropajo y del fregadero. Y hace bien, que las sustituye, después de todo, con sus iguales.

Cuídate, sobre todo, hija mía, del hogar, del *home*. Sé tú su figura central. Arréglatelas de tal suerte que no gires tú en derredor del hogar, sino el hogar en derredor de ti. Busca en él el marco de tu figura para que tu figura resalte y resplandezca en toda su belleza. Engalánate con tus mejores galas, atavíate con tus atavíos más lindos. Si él te elogia las manos, púlelas más y más cada día; que tengan la suavidad del terciopelo y el perfume de la violeta, cuando sus manos busquen las tuyas. Si te loa tu cabellera negra, péinala de tal suerte, Lolita, que tu cabecita pida, no el deseo varonil de estrujarla contra el corazón, sino el anhelo de contemplarla en callado éxtasis como una aparición angélica. Cuídate de usar en tu tocado los colores que le placen, los vestidos que él prefiere, las joyas que él te ha regalado; ten siempre en tu persona un perfume o una flor.

Guarda celosamente todos tus encantos, no para la calle, ni para el público, ni para las amigas, sino para él y para los que él quiere y distingue sobre todos sus afectos. Como él es hombre delicado y bueno, sus amigos serán dignos de tu amistad. Y serás la reina de esa corte íntima que es el *home*. No gastes tu caudal en calderilla, sino en onzas de oro. Gasta de tus rentas, y solamente en las horas íntimas de placidez y abandono, de tu capital. Y gasta, hija mía, locamente, sin tacañerías, que el capital del amor es de tal naturaleza, que, bien administrado, aumenta con despilfarros y con prodigalidades.

Y cura tanto de tu higiene íntima como de tu decoro externo. Muchos amores murieron por la desidia de ella. Muchos. Un padre jesuita, que fue general de la Orden, el Padre Luis Martín, arregló en cierta ocasión un matrimonio desavenido, haciendo que la esposa sobrepujase a la intrusa en galas, joyas y atavíos. Y el botarate del marido, amigo mío, tornó al redil, cuando halló en el hogar lo que principalmente buscaba fuera de él.

Capítulo quinto
La novia, esposa

Esposa es una palabra en cuyo sentido aún no se ha ahondado suficientemente. Esposa es madre, hija, hermana y amante a la vez. Se diferencia de la madre en que nos atrae amorosamente con el imán de sus brazos. Se diferencia de la hija en que sentimos por la esposa una atracción espiritual y carnal a la vez. Y no es, precisamente, hermana, porque también es hija y madre. Y no podemos calificarla con rigor de amante, porque es también amada, porque nos atan a ella las convenciones supremas y libres del amor, porque la hemos dado nuestro corazón –todo nuestro corazón– en un acto sacramental ante la Iglesia y contractual, civil, ante el Estado.

La esposa no es carne sólo ni espíritu sólo, sino carne y espíritu a la vez.

La esposa no existe substantivamente aparte del esposo, ni el esposo de la esposa. Son factores de una unión suprema y espiritual. «Alma de su alma», dice el esposo hablando de su compañera. Esposa llama el Cristo a la Iglesia. Esposa llama Salomón a la Sulamita. Esposa llama el alma encendida y de rosa de San Juan de la Cruz a su tribulación, y esposa llama a su alegría, alegría y tribulación que son, por otra parte, los dos ejes de su vida interior y los dos motivos constantes de sus arrobos de frailecico enamorado:

¡Oh, noche que guiaste,
oh, noche amable, más que el alborada,
oh, noche que juntaste

Amado con Amada,
¡Amada con Amado transformada![177]

Los esponsales son fusión; son compenetración, son identificación de dos espíritus en uno solo y de dos cuerpos en un solo cuerpo. El dolor físico de tu esposa ha de dolerte a ti, esposo, y el dolor moral de tu esposo ha de transfundirse y de calar en tu corazón, esposa.

Amado con Amada, transformada.
Amado con Amada.

Y el olvido ha de ser común. Y la paz, y el sosiego, y el equilibrio, y el ritmo de los corazones:

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

¡Dejad vuestro cuidado en el olvido de las azucenas, esposos! Haya entre vosotros aquella *dilectio sine tribulatione* de que nos habla San Pablo[178]. Sed alegres en la esperanza, *spe gaudentes*[179]*;* serenos en el dolor, *patientes in tribulatione*[180], *idipsum invicem sentientes*[181], unidos en un solo sentimiento, para ser esposos en espíritu y en verdad.

Y no os asustéis de las leyes naturales de la carne. *Uxore vir devitum reddat; similitem autem et uxor vire*[182]. El marido pague a la mujer su inclinación y la mujer al marido.

El mismo apóstol nos explica las razones a continuación. *Mulier sui corporis potestatem non habet, sed vir*, «porque la mujer no tiene dominio sobre su cuerpo, sino el varón», y *similitem autem et vir sui corporis potestatem non habet sed mulier,* «y recíprocamente el marido no es dueño de su cuerpo, sino que lo es su mujer».

Y bendecid al Dios que ha dispuesto las cosas de esta suerte. No os avergoncéis por esto. Leed esa estupenda poesía del gran poeta catalán Juan Maragall, que se llama *Nuvial*:

Anàrem per la nit; fou agonía
d'una vida i d'una altra fou naixença...
Llavors, la vida nova ben resolta,
de fit a fit els uIls, les testes altes,
ens vam mirar per la primera volta
i no hi hagué vergonya en nostres galtes.

«Y pasamos la noche –canta el poeta–. Fue agonía de una vida y nacimiento de otra, y con ella resuelta nos miramos de hito en hito a los ojos, por primera vez, con la cabeza levantada, sin advertir el rubor en nuestras mejillas.»

¡No advirtáis ese rubor, esposos, no lo advirtáis jamás, en nombre de Dios! ¡Que pase enteramente convertido en roja flor de humanidad, a vuestro primer hijo, para que sea la expiación, y, a la vez, la liberación de vuestra carne!

Capítulo sexto
La novia, compañera

«Compañera serás de tu esposo» siempre novia –dice el Apóstol–. Compañera. Confidente. Confesora. Colaboradora. Colega. Pero compañera siempre; no puedes dejar un solo instante de ser compañera suya, porque caes en el grave riesgo de romper tu comunión espiritual con el esposo.

[177] San Juan de la Cruz, *Noche obscura del alma*, 20 – 25. [Nota del autor]
[178] Romanos XII, 9 [Nota del autor]
[179] Ibid, XII, 12 [Nota del autor]
[180] Ibid, XII, 16 [Nota del autor]
[181] Ibid.[Nota del autor]
[182] Corint., VII [Nota del autor]

En los tiempos que corren hogaño, amiga mía, es esta del compañerismo la más grave dificultad del matrimonio. El hombre llega a él, casi siempre, desolado, triste, lleno de amargura y de dolor. Ha descansado en los lechos de todas las ventas; ha conocido todas las simulaciones del amor, tiene el cerebro corrompido por todas las dudas y el corazón minado por todos los fracasos. Ha llegado a ti... y tú no puedes volverle las espaldas.

Y busca en ti –él no te lo dice, pero tú has de oír las palabras de su silencio amoroso– y busca en ti la compañera. La hembra, no; ha conocido muchas. La mujer inteligente, tampoco. Ni siquiera la amante. Busca en ti la esposa y la compañera, la mujer indulgente, buena, angelical, mimosa, grave, tierna y risueña al mismo tiempo; la mujer honrada, leal, inteligente, tolerante, comprensiva, discreta: la compañera, en una palabra.

Como el hombre que te ama por el solo hecho de amarte es un perfecto niño, busca un escaparate de sus vanidades, un escenario de sus triunfos, un eco de su voz, un espejo de su figura y una proyección de su espíritu, en ti, su compañera. No le defraudes –nunca– esa vana esperanza. Interésate por sus cosas, por todas sus cosas. Arregla sus cuartillas, quita el polvo de la mesa de su despacho, límpiale y brúñele su instrumental. Sírvele de lectora, de mecanógrafa, de copista, de amanuense, de enfermera, de modelo y de musa. Penetra en su corazón tan por entero, novia, que no pueda vivir sin ti. No prodigues mucho tus caricias para que las halle siempre gustosas y sabrosas. No prodigues mucho tus palabras para que salgan siempre limpias, justas, sobrias y ponderadas de tu boquita. Prodiga solo, compañera, tu sonrisa, tu piedad y tu presencia. Dile tus confidencias a menudo para provocar las suyas, para distraerle, para reponerle de su fatiga y de su trabajo, para hacer sonreír a ese niño grande que duerme en tu marido y en tu novio. No estés jamás con él solemne, sino llana, corriente y natural. Hay pocas mujeres que sepan ser siempre íntimas, y en este hechizo inefable de la intimidad reside, muchas veces, el secreto de la dicha. Háblale mucho de tu niñez, de tu adolescencia, de tus sueños cuando no tenían forma, ni contornos; háblale mucho de cuando no le conocías, de cuando esperabas en él, sin conocerle. Halaga su vanidad, y apláudele cuando no tengas razones poderosas para la censura, y mímale cuando tu corazón no te incite formalmente al regaño, y distráele con tus encantos, y no te muestres celosa, y ten –esto, sobre todo– ten para sus pecadillos la suprema, la elegante, la divina y sobrenatural indulgencia de una madre.

Cuando le adviertas retraído, atráelo, pero atráelo sin gritos, sin estridencias, sino con galas, con joyas de buen gusto, con tocados sencillos, elegantes, con los refinamientos instintivos de una mujer coqueta. Sin decírselo, dile que vale mucho más lo que deja que lo que busca; sé ponderada en tus desdenes; habla bien de las mujeres guapas que a él le halagan; respeta sus silencios sobre el pasado de otras mujeres que estuvieron a él atadas algún tiempo, porque el muy bobo acabará por confiarse enteramente a ti.

Sé su compañera, su confidente, su confesora, su colega, su colaboradora, su camarada. Hazte la necesaria, hazte la imprescindible, y no rompas jamás, con un mohín plebeyo, con un gesto ordinario, con una palabra de mal gusto, con un silencio insultante, esta deliciosa camaradería con tu compañero que te busca en sus estudios y en sus juegos, en sus trabajos y en sus ocios.

Capítulo séptimo
La novia, amiga

Nosotros empleamos la palabra amiga en el sabroso sentido que la emplea nuestro Romancero popular:

Camina don Bueso,
Mañanita fría,
a tierra de moros,
por buscar amiga.

La empleamos también en un sentido contemporáneo, actual, que muy pocos mortales entienden y muy pocos mortales practican. Amiga para nosotros es la mujer a quien queremos con todo desinterés, en cuyos amores y en cuyos sueños gozamos como si fueran sueños y amores nuestros. Es la amiga un poco nuestra hermana, pero no nos cabe en el corazón que pueda ser nuestra novia y nuestra esposa nunca. Nos confiamos en la amiga, descansamos en su

compañía, procuramos su dicha, su alegría, su ventura espiritual; la queremos con toda nuestra alma y estamos fieros del pudor de su amistad.

En España, la amiga es casi desconocida para los hombres, para los muchachos. A veces, donde menos pensamos, bajo los porches de una ciudad castellana, topamos con la amiga. ¿No es verdad, Lolita, Carmen, Manolita, Mary? Estamos un poco viejos, un poco cansados ya: una risa cristalina, unos ojos negros, una cabellera de espiga agosteña en tierra de Castilla, se nos cuelan corazón adentro, refrescándole y alegrándole para siempre. Y aumenta el catálogo de nuestras hermanas, de nuestras *sobrinas,* de nuestra copiosa, florida y bien amada familia espiritual. (Princesitas, Cascabelitos, Secretarias, Infantas, Micomiconas, Administradoras...) Las amigas influyen en nuestra vida espiritual fraternalmente. Nos estimulan al trabajo y a la gloria, nos alejan de los devaneos, acucian en nuestro espíritu, andariego y errabundo, el deseo del hogar. Las amigas son bonitas, sencillas, buenas, rectas, alegres y risueñas. Son nuestro encanto y el reposo de nuestros ojos, son nuestra preocupación y el resorte y la causa íntima de nuestra alegría interior. ¡Dios os bendiga, amiguitas mías!

Cuando muere una amiga, vestimos para siempre luto en el corazón. Entonces vemos que los lazos de la amistad son tan fuertes o más fuertes que los de la misma sangre. Las lágrimas brotan de nuestros ojos y es nuestra pena una pena sin consuelo. ¡Estas almitas blancas dejan un hueco tan hondo en nuestro espíritu!

Fuera de España, en los pueblos de otra sensibilidad moral más fina y pronunciada que la nuestra, la amiga es la delicia de nuestro voluntario destierro de la patria, de la patria tanto más querida cuanto más lejana está. Nuestra amiga en Bolonia era la Condesa Conchita; se llamaba nuestra hermana, nuestra *sorellina*; íbamos con ella a San Michele in Bosco, a la Pinacoteca, a los patios del Vaticano; cuando nos advertía murriosos y tristes, nos hablaba del cielo de España, de la madre y de la novia ausentes. Nuestra amiga en Suiza era Marta; Marta estudiaba con nosotros Derecho Internacional; era la compañera de las excursiones domingueras a Zúrich y a Lausana, a Montreux y a Ferney-Voltaire; la cedíamos nuestra manta de viaje para que abrigase su cuerpo y ella nos prestaba, en cambio, el calor de su intimidad y de su afecto, con la pureza de una hermana. Nuestra amiga en Roma era la Marquesita María Antonieta, amada por un amigo nuestro, por un doctor tan osado en las especulaciones mentales como tímido e infantil ante la presencia de ella; María Antonieta interpretaba en el *piano forte* a Albéniz, leía a Leopardi, era patriota y nos hablaba de Cavour. Han pasado ya catorce años y el perfume de Conchita, de Marta y de María Antonieta sigue deleitando nuestro corazón y embelleciendo nuestro grato recuerdo de la primera juventud.

En este noble, alto, puro y espiritual sentido, que es también el sentido popular de nuestro Romancero, queremos nosotros que la esposa sea la amiga, la amiga y el *amigo* del esposo.

Capítulo octavo
La novia, ángel custodio

La novia es, en esta vida transitoria y fugaz, el ángel custodio que Dios pone en nuestro camino para justificarnos. La novia tiene del ángel la frente noble y blanca, los ojos destilando pureza, la boquita roja y breve y el cuello de alabastro. La novia tiene también sus alas para cobijarnos, ampararnos y defendernos en los días tormentosos. La novia tiene la alegría del ángel cuando somos buenos, y su gravedad tácita y acusadora cuando momentáneamente nos desviamos de nuestra senda. La novia tiene la naturaleza de la mujer, y la mujer que lo es verdaderamente, y por el hecho de serlo, ¿no es, Lolita, un ángel?

Sé, novia, el ángel custodio de tu esposo. De sus actos tienes que dar tú también cuentas al buen Dios cuando te las pida. Influyes mucho más en su vida espiritual y material de lo que tú te imaginas. Tu espíritu, el espíritu de tu espíritu, vibra en tu esposo y en tu novio a todas horas. Hasta cuando no piensa en nada, está pensando en ti. Hasta cuando parece absorto, enfrascado en su pleito, en su clínica, en su laboratorio, en su caja, eres tú quien piensas, imaginas, sueñas y obras con él. Los prosaicos considerandos de su alegato forense están impregnados de tu gracia; la piedad que le lleva a sus enfermos, tú se la has prestado en tus ratos de abandono con él:

las fórmulas químicas[183] de su retorta son poesía, Lolita; y el $H^2 O_2$ y Hg No_3, y aquello otro de Cl Na + H^2O, y el almidón con su nomenclatura tan divertida de $C_6 H_{10} O_5$, y el éter etilacético con su pintoresca $C^2 H^3 C^2 H^3 O^2 + H^2 O$, tienen la dulzura de tu nombre para el paciente investigador; y los guarismos del libro mayor de tu marido son el deseo de tus galas, y la complacencia de tus caprichos, y el viaje soñado, y el mueble que se compra, y la vajilla que preside la fiesta familiar, y el sombrero, y el coche, y el estreno, y la modista.

Ángel custodio siempre, vela sus sueños y duerme en sus vigilias. Y tú que eres digna del cincel de Miguel Ángel, como *Il pensieroso*, cuando tu novio duerma, *parla basso*, habla bajito, bajito, para no despertarlo, como un ángel que eres tú.

Capítulo noveno
La novia, promesa eterna

No te prodigues nunca, novia. No te des nunca completamente del todo, sino casi completamente. No vacíes jamás todo tu tesoro. Sé, para tu novio, para tu esposo, una promesa eterna.

Prefiere que te robe los besos, que te los pida, a dárselos tú. No tires locamente tus caricias, tus favores, por la ventana; sé parca en tus gestos, en tus arrumacos, en tus mohines. Ni demasiado esquiva, ni demasiado amable. Ni demasiado incrédula, ni crédula en demasía. Ni muy discreta, ni muy indiscreta; ni harto ruborosa, ni harto libertina; ni callada, ni habladora. Siempre a la defensiva, amiguita mía.

Entrega, pero pide. No sea tu amor una donación graciosa, sino un cambio. Haz estimar tus caricias en su precio justo, que es un precio imponderable. Has de ser orgullosa de tu pudor y humilde de tu belleza. No seas como las vírgenes locas del Evangelio, que no se enteraban de prerrogativas. María para la contemplación y Marta para la acción. Pon toda tu alma en el estilo de una carta íntima y en el cosido de los calcetines de él. Que sus camisas, que sus pañuelos de bolsillo, le recuerden algo tuyo; las corbatas, un gusto tuyo; el sombrero, la cartera, la petaca, un presente que tú le has hecho, sin anunciárselo, en un momento de recuerdo, porque tu vida ha de estar tejida de estos momentos.

Y, sobre todo, hija mía, sobre todo, sé tú su promesa eterna. Que tu beso último sea más cálido que el anterior y menos ardoroso que el futuro, que siempre se espera con anhelo. Que tu caricia sea nuncio y gustosa anticipación de otra caricia que hace temblar de ventura el pobre corazón. Que tu mirada serena sea prenda de otras miradas que él anhela y que él ve, con los ojos del corazón, cuando está solo soñando en ti.

No te agotes nunca, no te prodigues nunca, no disipes nunca el calor y el tesoro insondable e infinito de tus caricias santas. Renuévate cada día, refréscate el corazón cada día, rejuvenécete cada día, ¡oh, siempre novia! Sé para tu esposo, para tu novio, una promesa eterna, una eterna e insondable ilusión y una esperanza siempre renovada.

Capítulo décimo
La novia, hormiga

Si ha de durar tu amor más de lo que duran

las verduras en las eras,

tiempo el más largo que a las ilusiones concede Jorge Manrique cuando llora la muerte de su padre en sus *Coplas* de pie quebrado, has de ser, novia, hormiga previsora, que amontone y recoja, durante los calores del estío, los mantenimientos y pitanzas del crudo invierno.

«Buscó lana y lino –nos dicen las Escrituras de la mujer hacendosa– y obró con el saber de sus manos». (Eclés. vers. 13) «Sé –oye los libros Santos– como navío de mercader, que de lejos trae su pan; madruga; reparte a tus gañanes las raciones y la tarea a tus criadas o sirvientas; bus-

[183] Transcribimos la notación química con subíndices y superíndices, tal y como Sánchez Rojas la plasmó en esta segunda edición.

ca una heredad, cómprala, planta viñas con el fruto de sus palmas; toma gusto en el comercio; no apagues de noche tu candela y toma el huso en tus manos[184].»

«No se desciña –aconseja el Maestro Luis de León a la mujer casada– esto es, no se enmollezca, ni haga de la delicada, ni tenga por honra el ocio, ni ponga por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos; y acostumbre a la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo y menudo que sea; y entonces verá cuánto valen y a dónde llegan sus obras[185].»

Por no ser hormiga la esposa, muchas parejas que unió el amor las desune y desata la holganza para siempre. Haz primero tu hogar; tu hogar confortable, agradable, risueño, alegre, claro, limpio, soleado, íntimo; que no huya tu esposo a la tertulia del café, ni a la butaca del club, ni al escaño del Parlamento, ni al sillón del casino. Ten siempre fuego en la chimenea. Adereza un café amorosamente hasta que esté en su punto. Ten siempre listas y prestas sus zapatillas, planchadas sus camisolas, la ropa en sazón, nítidas las botas, los condumios preparados, los cigarros a la vista, las flores en la mesa, la sonrisa en los labios. Arréglatelas de tal suerte que estés siempre preparada para acompañarle o para salir. Lleva la dirección suprema de la casa. Ahorra sin que él lo sepa. Sé modesta, llana, sencilla, arreglada en tus gastos. Demuéstrale, sin palabras, con hechos, que él es un dilapidador.

Sé tú el ministro de Hacienda del gabinete matrimonial. Formula siempre tus presupuestos con superávit. Amor con pan y cebolla es una ordinariez, porque mezcla el más sutil de los perfumes con el olor más repugnante y basto. Amor con joyas, amor con champaña, amor con condumios sabrosos y delicados. Hazle grata su estancia junto a ti, esposa; no le rasques demasiado el bolsillo; demuéstrale –hoy es un poco difícil, ya lo sé– que todas sus comodidades te salen a ti por una futesa. Y si eres la hormiguita previsora, él redoblará sus esfuerzos para llevarle el grano, y tú ganarás, como premio de tu previsión, de tu economía, de tu ahorro, más de un beso en la frente, más de una caricia en tu negra cabellera, más de un mimo dulce como la miel del Himeto. Gozarás, sobre todo, de su compañía, y el teatrillo, el club, el casino, el ateneo, el Parlamento gárrulo, irán olvidándose poco a poco, porque tú los habrás vencido y domeñado para siempre, Lolita, en lucha franca, noble y abierta.

Capítulo undécimo
La novia, creyente[186]

Me gustan los hombres incrédulos y las mujeres creyentes, dijo aquel pobre ruiseñor de Enrique Heine. Somos del gusto del poeta alemán. Queremos las mujeres creyentes, fervorosas, cristianas, como nuestras madres. No las comprendemos ateas ni librepensadoras. Es una simple cuestión de estética para nosotros esta apreciación.

A los porrazos, desengaños y amargos dolores que la ciencia nos proporciona a los hombres que estamos orgullosos de nuestro cerebro, hasta que nos convencemos de que nuestro cerebro no sirve para nada, debemos oponer el consuelo que la religión y la fe comunican al corazón de nuestras esposas y de nuestras compañeras. Nos consuela menos la ciencia que la fe. Dios, para nosotros, es más evidente que un apotegma matemático. Preferimos las verdades del corazón a las verdades de la cabeza. La virginidad de María Madre nos consuela y la caída de los graves no nos sirve para nada, ni para entristecernos siquiera.

Con los libros han aumentado nuestras dudas; con el estudio ha crecido paso a paso, la conciencia de todo lo que ignoramos e ignoraremos siempre. Con la fe, con la emoción religiosa, en cambio, hemos superado todas las limitaciones humanas. Incrédulos, hemos caído en el pozo de todas las abyecciones y de todas las bajezas. Fervorosos, con la plegaria en el corazón, nos hemos elevado a las alturas de la dicha más inefable.

No hay más que una verdad: la verdad de lo que queremos, ni más ciencia que el amor. Amamos para conocer, para saber. Y preferimos los ojos de la novia a las líneas de los libros, y

[184] (*Eclés.*, vers. 14-19) [Nota del autor]

[185] Fray Luis de León, *La perfecta casada*, capítulo IX. [Nota del autor]

[186] El 9 de marzo de 1923, apenas dos meses después de la aparición en España de la primera edición del «Tratado de la perfecta novia», Sánchez Rojas publicaría en *La Novela Porteña* –publicación semanal argentina de carácter literario– un artículo en el que reproduce este capítulo.

sus silencios a los aforismos de los sabios. Bien dijo el poeta cuando dijo que creía en Dios el día que los ojos de ella le miraban. El amor completo tiene algo de religioso. En el fondo, el amor, como la fe, es la revelación de lo divino a través de lo humano, el encuentro de la huella de Dios en la persona amada, el roce de las alas de lo infinito en nuestro corazón. Por eso, en el Dante, el amor es la teología y Beatriz el símbolo de la gloria.

Sé, novia, fervorosa, creyente. Si tu novio, si tu esposo no cree en nada, empieza por hacerle creer en ti, que creyendo en ti, acabará creyendo en Dios, que te hizo tan bella, a su imagen y a su semejanza. No discutas con él de temas religiosos; no le lleves la contraria; no llenes tu hogar de santos, de cruces, de placas, de enseñas religiosas; déjale y... quiérele. Llegará un día en que el dolor le abata. Morirá, tal vez, un hijo vuestro; vuestros padres desaparecerán para siempre de vuestro lado. Si llega –yo no lo creo– a blasfemar, tápale la boca, sin horrorizarte; entristecida más que contrariada. Eleva tus ojos puros al cielo y déjale decir. El callará entonces, te mirará, habrá entre vosotros un silencio preñado de misterios y con sus lágrimas brotarán, al contacto de la pureza y del candor de tu fe, las oraciones que aprendió de niño y que tú le recuerdes al sondarle el corazón, al alumbrárselo con la luz hechicera de tus ojos negros. ¡Sé, novia, creyente y fervorosa!

Capítulo duodécimo
La novia, bella

Cuida de tu belleza exterior más cada día. Los hombres no sabemos que las mujeres que amamos son guapas hasta que nos lo dicen los demás. Cuida siempre del tesoro de tu hermosura, que Dios te la dio para algo.

No se te ocurra amarranarte, como esas burguesitas que, cuando han cazado al marido, vuelven la espalda al buen gusto para siempre. Péinate al levantarte. Sé amiga del agua limpia. Báñate. Púlete. Acicálate. Cuida del peinado que mejor siente a tu cabeza, del tono del vestido que mejor concierte con el color de tu piel, de las galas que casen más a maravilla con tu figura.

Sean tus manos blancas como palomitas que traen mensajes de paz a las manos de tu esposo. Tenga tu piel la finura y la delicadeza de los claveles para que él se interne con abandono en los parques deleitosos del jardín de tu belleza. Cuida de tu boquita linda, roja, breve y fresca, para que sea hoguera al frío de tu esposo y frescura a su fiebre de ardorosa pasión. Cura de tu cuello, columna y sostén de tu frente y de tu boca. Perfuma, orea, bruñe tu cabellera, para que él te la destroce, y te acaricie en ella, y en ella te bese, y la incline en su regazo, y te la coma con glotonería, y te brece sujetándola como nenota grande que eres, y la contemple en éxtasis cuando necesite de tus mimos maternales, y te arrulle como a una hermanita con canciones del silencio que sólo oye tu corazón enamorado. Coquetea, hija mía, con él, cuando el pandero esté de ese temple, y da matiz de gravedad y de tristeza a tu hermosura cuando le sientas caviloso y distraído. Sea tu belleza exterior el reflejo, el espejo y la estampa de tu espíritu. ¡Cura, hija mía, de tu belleza y de tu hermosura!

Capítulo decimotercero
La novia, aliada

Tu novio, tu esposo, puede ser un romántico, un idealista, un soñador. No te importe. ¡Da las gracias a Dios que lo ha dispuesto así para probarte! No le rompas sus sueños, no le destroces sus quimeras; aliéntale en sus entusiasmos y levántale maternalmente en sus caídas. Sé su mejor aliada. Profesa en la religión del ideal que él profese y sé siempre, hija mía, sacerdotisa de su culto.

Clásico o romántico, conservador o revolucionario, amigo de las barricadas o partidario del *statu quo*, ¿qué más da, si el culto de un ideal alumbra su esperanza? No seas niña; no le cosas a tus faldas; no le sujetes a la camilla del brasero. Prefiere la batalla que puede traer la victoria a la digestión pacífica y lenta que solo puede traer trastornos digestivos. No te importe la pelea. Al mundo hemos venido para pelear. Al mundo habéis venido vosotras, no para repartiros nuestro botín, sino para adornar vuestras sienes con las coronas de roble que nosotros os ganamos combatiendo. ¡Capitanas, que no cantineras, os queremos, mujeres de España!

No imites, novia, a aquella estúpida, taimadilla, ordinaria y ruin Antoñita Quijano, que se asustaba de las salidas de su tío don Quijote el Caballero por los campos de Montiel. Al contrario: acúciale, empújale, arrástrale a la lucha, a la acción, al sacrificio.

Y si vienen días tristes, si la bolsa se le resiente, si los falsos amigos le abandonan, si se ceba en él la injuria, si la tralla vil y plebeya del insulto soez le hiere la frente, cúrale en ella con un beso de tu boca. Sé tú la fuerte entonces. No le dejes desmayar. Dale tus hombros para que camine sobre ellos. Préstale tus manos para que se apoye. Luce tu sonrisa para que se alumbre. Mírale a los ojos para que se anime. Cántale con tu voz musical y cristalina para que no tenga miedo. Sacrifica tus pequeñas vanidades para hacer frente a todo, a todo lo que venga: al destierro, a la cárcel, a la degradación. No te importe. Si fue bueno, si creyó con fe, si no perdió la confianza en sí mismo, triunfará y triunfarás tú con él. Y entonces, abrazada a su cuello, celebrarás la victoria grande. Y besándote en las sienes pondrá sobre ellas, temblando de amorosa emoción, la corona de roble y de laureles que mereciste tú por confiada.

Capítulo decimocuarto
La novia, serena ante el dolor

No seas plañidera, novia, ni exagerada, en tus horas de dolor. Conserva tu serenidad siempre, y, sobre todo, a esas horas. Ármate de resignación, que has prometido todos los días al Padre común de todos que «sea hecha su voluntad, así en la tierra como en el cielo». Y Dios hace su voluntad así cuando nos premia como cuando nos castiga, así cuando nos consuela como cuando nos entristece.

Cuando visite el dolor el santuario de tu almita para dominar y entronizarse en él, recíbelo con alegría y con espíritu de resignación. El dolor es el mejor amigo que tenemos cuando nos abandona la gloria, cuando nos vuelve las espaldas un viejo amigo que nos debe gratitud, cuando ha huido la alegría de nuestro lado, cuando la persona amada, con sus gestos de incomprensión o con un mohín de plebeyez, ha roto el ritmo interior de nuestra esperanza; el dolor, fiel amigo, dulce amigo, llama a nuestras puertas con imperio, abriéndonos los cauces del conocimiento a las aguas corrientes y vivas de la meditación. Yo conozco bien a este dulce, a este fiel amigo, buril que cincela las almas, martillo de fragua que templa su entereza y su serenidad, voz de Dios que nos ha invitado al recogimiento y al examen introspectivo de nuestros actos.

Y el dolor, virilmente nos señala nuestra culpa siempre, pero siempre. Somos culpables siempre, hasta cuando no creemos serlo. Hemos sembrado a voleo ilusiones entre las personas que nos aman y somos enteramente responsables ante Dios de sus decepciones. Dios nos ha dotado de un entendimiento que a las veces opera sobre sujetos poco nobles, de una memoria que flaquea, de una voluntad que no siempre vive inclinada hacia el bien absoluto. El dolor es una caricia de lo alto para que no olvidemos nuestro origen y nuestro destino divinos. Es la mejor prueba, la prueba plástica, materializada, humanizada, del amor de nuestro Dios.

Recibe el dolor en tu alma, novia, como un don celestial que se otorga graciosamente. Es la mejor señal de tu aristocracia de corazón. A los protervos, a los mediocres, a los sandios, Dios no les castiga con el dolor, sino que los nutre de toda suerte de bienandanzas y venturas. Con sus amigos, con sus predilectos, con sus hijos, el buen Dios se comporta de otro modo. A Job le llena de llagas y le tiene en un estercolero; a su Hijo le condena a la infamia del suplicio en la Cruz; a María al dolor de ver muerto a su Hijo; a Francisco a la pobreza y a la estrechez; a Teresa a los sueños de amor que no se realizan jamás aquí abajo, y así vive, muriendo de amor por Él:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero, porque no muero.

¡Novia, despósate con el dolor! Él será fuente inagotable, manantial perenne de alegrías apretadas e íntimas que no podrás comunicar a nadie. ¡Pero a nadie! Ni a tu esposo ni a tus hermanos, ni a tu hijo siquiera. Hágate fuerte el dolor, hágate buena, hágate serena, hágate humilde, hágate generosa, y aprenderás, con el magisterio del dolor, la suprema generosidad humana: la de arrojar margaritas a puercos, precisamente porque son puercos y precisamente porque no saben de margaritas.

Capítulo decimoquinto
La novia, inteligente

La inteligencia en vosotras, mujeres, es una consecuencia obligada de la bondad de vuestro corazón. Si sois malas, sois torpes; si sois buenas, sois inteligentes; si andáis en fiestas de amor, sois inteligentísimas. La luz del cerebro ilumina el corazón del hombre –no hay bruto bueno, dice el adagio de Castilla la Vieja–, pero en vosotras el proceso es a la inversa; el calor de vuestro corazón se trueca, al llegar a la frente, en ideas y pensamientos, y al llegar a vuestra voluntad, en acciones y sacrificios. Sed inteligentes, que es un modo elegante de deciros que seáis buenas y que andéis enamoradas. Amándolo todo, se conoce todo. Conociéndolo todo, todo se perdona y todo se justifica. Ya veréis, cuando seáis madres, la verdad de este axioma que asentamos nosotros, fuertemente convencidos de su evidencia.

Convertid al novio en el hijo mayor y también en el hijo más pequeño –más pequeño todavía que el bebé que tenéis en vuestros brazos, fieras de su alegría y de su gula– y comprenderéis. Comprenderéis lo que no comprenden los jueces inflexibles de los actos ajenos, los fiscales comineros y ridículos de los que ignoran el resorte interior a que obedece el ejercicio de nuestra voluntad, los catones de los que decía el Evangelio que perciben una mota en el ojo ajeno y no se curan de la viga que llevan en el suyo. Comprenderéis, así, la bondad de los malos y la maldad de los buenos, la contumacia inconsciente de los réprobos y los desfallecimientos y caídas lamentables de los justos.

Jesús perdonó al buen ladrón, pero yo sé muy bien, aunque Lucas, Juan, Mateo y Marcos no lo digan, que el Cordero perdonó también al malo, porque le comprendió a la hora del amor. El que mandó, no que amásemos a nuestra mujer, a nuestro hijo, a nuestros padres, a nuestros hermanos y a nuestros amigos, como ordenaba la Ley Antigua, sino a nuestros enemigos, no pudo volver la espalda al mal ladrón a la hora de la muerte, precisamente porque era malo y precisamente porque era ladrón. El pobrecito no conoció a sus padres, tal vez; anduvo errante en montes y en collados en busca del coscurro de pan; se le endureció el corazón y robó, el pobrecito. Y el Justo, que lo sabía, le dijo a la hora de expiar por todos, y por él, el incruento sacrificio: «En verdad te digo, mal ladrón, hombre bueno, hermano mío, que tú serás conmigo en el Paraíso y conmigo te sentarás a la diestra de mi Padre Celestial que está en los cielos. ¡Hija mía, ama para conocer, ámalo todo para conocerlo todo y saberlo todo! Y sentarás contigo a todos los que conoces, es decir, a todos los que amas, que son todos, a la diestra de tu Padre, que está en los cielos.

Capítulo decimosexto
La novia, freno

A …

Muy bien, novia, que seas romántica, pero sin exceso; muy bien que comulgues en el ideal de tu novio, pero sin fanatismo; muy bien que alces tus ojos de continuo al cielo, pero cobra fuerzas, como Anteo, sujetando bien tus pies al contacto de la tierra. Es preferible estrellarse la cabeza contemplando las estrellas antes que caer en la sima de un pozo negro, pero es harto preferible no estrellarse. Se, novia, freno de las impulsiones y de las quijoterías de tu prometido.

Vuestro primer deber es vuestro amor, que es vuestra vida. Los hijos, las personas que amáis, imponen limitaciones y confesiones –muy duras, ya lo sé– a vuestros sueños. No hagáis como don Quijote, que sale a sus primeras aventuras sin alforjas, sin viandas y sin dinero. Prevenid siempre y sortead siempre los peligros. Y tú, mujer que tienes en tu amor el instinto de la segura defensa del que amas, refrénale cada vez que la divina locura ideal le lleve a desfacer entuertos que no se enderezan jamás con los buenos deseos y con todos los propósitos nobles.

El hogar es el refugio que inventa nuestro corazón contra las tempestades de fuera. Nos lleva a vosotras un impulso de amor, sí, pero también un hambre y una sed de ternura que no saciamos nunca. Pues no seáis tan tontas que dejéis el encanto del idilio empujando al hombre fuera del hogar, donde no tenga techo donde guarecerse, ni cama donde reposar, ni carne que llevar a la boca, ni brazos que sujetar amorosamente. Defended a vuestro esposo de él mismo,

de sus arranques, de sus genialidades, de sus entusiasmos estériles, de sus devociones poco en consonancia con la realidad de las cosas; de su genio pronto y fácil a la acción infecunda.

¡Ay, en España no se puede luchar! Os lo dice un Quijote que ha peleado con follones, con arrieros, con malandrines, con yangüeses, con galeotes, con bachilleres, con canónigos y con barberillos. El ambiente es de tal cerrazón intelectual, moral y estética, que no os comprenden ni os oyen cuando gritáis, ni se emocionan cuando caen lentamente las lágrimas de vuestros párpados; ni se ríen cuando lleváis una chispa de buen humor a vuestros hermanos, ni creen en vuestra abnegación cuando sacrificáis vuestro porvenir, y, a las veces, vuestra honra por cosas que no os afectan directamente. El follón os pregunta por las costas que cobraréis en vuestro pleito, el arriero os vende las cabalgaduras de vuestro ensueño por un plato de bacalao en el mesón, el malandrín os propone un *chantage*, el yangüés no cree en vuestra Dulcinea, el galeote trata de amarraros a su reino, el bachiller razona los latidos de vuestro corazón, el canónigo os sale con el cuento de la lógica y de la línea recta y el barberillo no cree en los yelmos sino en las bacías. ¡Ay, en España no se puede luchar! Tornamos de la lucha con sangre en el corazón, llagas en los pies y dudas amargas en el cerebro. Y como el buen don Alonso, al matar adrede nuestros sueños, nos ponemos a bien con nuestra alma y liquidamos, a tiempo, el testamento de nuestras locuras.

¡Mujer, no me dejes luchar, que me duele el corazón, que llevo los pies ensangrentados, que conozco las turbas que aúllan de gozo cuando las abrazamos a la Cruz de nuestro deber! ¡No me dejes nunca salir del hogar! Cuídame en él cuando adviertas que paso las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio preparando salidas por el campo de Montiel. Abrázame bien abrazado, pon delante de mí la muralla del hijo y la muralla de la madre para que no me escape nunca de tu lado.

Refréname, sujétame, cóseme con tus encantos, con tu piedad humilde, con tus ojos castaños, con las tristezas que ocasioné en tu vida de dolor, a las torturas de tu corazón. Ampárame contra mí mismo. Dime que la meta de mi lucha, y el laurel, y la victoria, y la corona de ella eres tú. Que no me infiera la realidad más porrazos.

Pero sí... Déjame escapar alguna vez para que escuche tu voz lejana, y vuelva a tu regazo a destilar, gota a gota, toda mi amargura y todo mi fracaso de luchador. ¡Y dame tú la espada del combate, amor, para que después de ser pisoteado por los barberillos, canónigos, bachilleres, galeotes, yangüeses, malandrines, arrieros y follones de esta España nuestra, me sepan a miel tus besos y sea un hechizo mi retorno a ti!

¡Tú sabes, tú sola sabes, mujer, de cuántos dolores vuelve curado el esposo pródigo que abandonó su novia en la primera juventud, para volver a ella después de esos devaneos que contrastan fieramente con tu pureza, y de esos amoríos que hacen más sabroso tu cariño que ha sabido esperar, que no se ha cansado de esperar nunca!

Capítulo decimoséptimo
Digresión

Hagamos un alto en nuestro camino aquí, amiga mía; hagamos un alto aquí. Leo en estos días la *Storia di Cristo* de mi amigo Giovanni Papini, y la emoción, y la ternura, y la comprensión de mi amigo que llega a alzarse sobre sí mismo y sobre los demás, por primera vez en su vida, arrodillándose a los pies del Crucifijo, sin temer las burlas de los cenáculos, ni las diatribas de las peñas, ni las ironías –¡pobres ironías!– de los endiosados e incrédulos escritores de hoy, embargan mi espíritu de serenidad gozosa.

Después de la guerra, que ha entronizado a los ladrones en la Bolsa, a las rameras en el Burdel, a la brutalidad en los Cuarteles, a los fariseos en las Sacristías de toda laya y a los desesperados en la Bomba y en el Puñal, tenemos que pensar seriamente acerca del porvenir que espera a nuestras mujeres y a nuestros hijos y que a nosotros mismos nos espera.

O retornamos al Cristianismo, y volvemos a escuchar el sermón de la Montaña, o tornaremos a arder en escombros como chozas de paja regadas de lucilina. El amor huye avergonzado de tanta brutalidad, de tanta grosería como nos envuelve y nos asfixia en todas partes. Ya tocamos las consecuencias del ansia desenfrenada por el Dinero; el Becerro de oro, que se ha comido a sus adoradores, está ya devorándose a sí mismo. El placer del goce físico es tan descarnado y tan canallesco en todas las latitudes, que los hombres llevan lacras en el cuerpo y en el alma tan repulsivas y tan hondas que no cicatrizarán por lo menos en dos siglos.

La fuerza impera con tal brutalidad sobre el espíritu, que al nacionalismo han seguido el regionalismo, el pueblerismo, el espíritu de barrio, y de arrabal, y de aldea, frente al catolicismo o universalismo del Crucificado. Sobre el solar de la Escuela se construyó el Cuartel y las ideas se persiguen con las ejecuciones en masa por pelotones de bárbaros. Los fariseos han invadido el campo de la diplomacia, se han fingido pacificadores, han dejado morir niños y mujeres de hambre, y han refugiado sus torpezas y sus concupiscencias en los templos. Y hemos dejado de ser hombres para ser animales y nos hemos alejado de Dios para bailar una lúgubre y grotesca zarabanda con Satanás en las tinieblas.

Hemos de retornar a Cristo para salvarnos. De otro modo pereceremos con la Bolsa, con el Burdel, con los Cuarteles, con las Sacristías, con la Bomba y con el Puñal. Porque el mundo está hambriento y no cree, sediento de oro y no le dan más que papeles, hambriento de carne y exhausto de espíritu, deseoso de mostrar su brutalidad a pesar de moverse en una anemia colectiva, envenenado por el fariseísmo y por la hipocresía, porque dejó de tener fe y de tener Amor. Al materialismo del siglo XIX sigue el racionalismo del XX. La guerra ha tendido una honda costra de miseria y podredumbre sobre el mundo. Se han quebrado los falsos valores, pero también los verdaderos, y los hombres no aciertan a ver la Cruz en el altozano más prominente del Calvario, sino las Riquezas, el Placer, la Brutalidad, la Hipocresía y la Materia, que son sus ídolos.

Si queremos salvar a nuestras mujeres y a nuestros niños, el camino está trazado: Amor, Amor y Amor. Amor cristiano para devolver bien por mal y ofrecer una mejilla cuando nos han abofeteado la otra; amor dantesco, *amore d'inteletto*, amor que mueve el sol y los demás astros en su carrera; amor franciscano a todas las cosas, absolutamente a todas, y a todos los hombres, absolutamente a todos. Amor al hermano sol que nos alumbra, a la hermana luna que cobija nuestros sueños y a la hermana tierra que nos sustenta, y al hermano lobo que es malo porque tiene hambre y a la hermana tórtola que es casta y humilde; amor teresiano que nos abrace con el deseo de la muerte para vivir eternamente en el seno de Dios; amor, juventud, fe, alegría y optimismo.

¡Amiga mía: recemos una plegaria para concluir esta digresión! «¡Hijo de María que eres también Hijo del Padre, que está en los cielos: Vuelve a la tierra, sube de nuevo al Calvario, déjate sacrificar una vez más! ¡Y cuando, al morir tú, la tierra tiemble y el sol se apague, inunda con una ola de amor a los hombres, tus hermanos, para que tu sacrificio no vuelva a ser estéril!»

Capítulo decimoctavo
… un poco ciega

Mi amigo, el admirable poeta catalán y diputado a Cortes por Barcelona, Magín Morera y Galicia, me refería ayer tarde, en el salón de conferencias del Congreso, el consejo que una madre catalana, llena del buen sentido de la raza, de ese *seny*, daba a la hija la víspera de sus bodas:

– «*¡Estima'l molt!* (al marido*) I segons vagis vivint, procura ésser una mica cega, una mica sorda i… una mica tonta!*» (¡Quiérele mucho! Y según vayas viviendo, procura ser un poco ciega, un poco sorda y... un poco tonta.) ¡Admirable consejo el de esta equilibrada, sensata y sagacísima *dona* catalana! ¡Justas y sobrias palabras, preñadas de sentido, las de esta mujer singular! No ciega del todo sino un poco ciega, *una mica cega*; no enteramente sorda como pared maestra, sino un poquito sorda, con sordera oportunista y muy bien administrada; no tonta de capirote, como nuestra Antoñita Quijano, que no se entera de nada, ni quiere ni la importa enterarse de nada, sino tonta de ocasión, que es la clase de tontería que solamente pueden llevar a feliz remate las mujeres inteligentes y las mujeres discretas.

¡*Una mica cega,* novia, un poquito ciega! Cierra los ojos cuando tengas que cerrarlos, pero sin que tu marido se dé cuenta de que los cierras. A tuno, tuno y medio. Un día, sobre la mesa del despacho de tu marido, hay una carta perfumada, un retrato de mujer, una flor marchita, unos versos que han brotado de un *sécretaire* por arte de hechicería... ¡Cierra los ojos! Otro día en la calle, yendo de tu brazo, le sorprendes una mirada equívoca con una hembra de rompe y rasga que él conoció en su época de trueno y de mocedad ariscada, un encontronazo, una mirada de odio en ella; una mirada de indiferencia en él... ¡Cierra los ojos! Una noche, en el teatro, tu marido te pide los gemelos con insistencia y mira demasiado el respetable cuerpo de coros, tan estimado por los senadores vitalicios y por los diputados de la mayoría… ¡Cierra los ojos...! Otra vez…

Pues además de cerrar los ojos, yo te aconsejo que tengas un gesto de exquisita aristocracia espiritual. Simula que no te has enterado, pero elogia otro día la caligrafía de la carta, y el retrato si estás de humor, y la flor que se perdió en los fondos de la cartera, y la rima de los versos que cayeron del laberinto del *sécretaire*. Elogia sin recargar, de pasada, con medios tonos, sin *appuyer le mot*; así, el tonto de tu marido pasará por las horcas caudinas, y en lugar de enfadarse soltará a caño libre el chorro de sus confidencias y té pagará tu elogio entre risas, con un beso. ¡Y todavía más, amiga mía, todavía más! Di que la hembra aquella de rompe y rasga que distrajo a tu marido en la calle yendo de tu brazo, tiene una boca bonita si es grande; o pies adorables si son bastos, y unos ojos hermosos si son pitañosos y ridículos. Y pasa por la ironía velozmente, porque el bobo de tu marido no perciba su matiz, de momento, sino después, después... Y préstale tus gemelos para que contemple el cuerpo de coros, y loa la cabellera de aquella rubia, y las espaldas de aquella morena, y la gracia de aquel otro pobre ángel caído, y la desenvoltura de aquel diablillo de ojos parleros, que se divierte con los abuelos de la patria y con los que dicen que sí a todo lo que les manda el Gobierno de turno.

¡Y ya verás, amiga mía, las ventajas de ser un poco ciega...!

Capítulo decimonoveno
... un poco sorda

¡Administra también, hábil y sagazmente, tu sordera, novia! No oigas más que aquello que debas oír. Los sordos son, a veces, los seres más felices de este mundo; a ratos les envidio muy sinceramente; se ahorran el eco de muchas tonterías; de muchas sandeces, de muchas botaratadas.

Sé sorda, no de nacimiento, sino de amor, que es la casta de sordera que conocen los psicólogos y los enamorados y que no se han atrevido a diagnosticar todavía los señores galenos. No oigas nunca las groserías de los brutos cuando vayas con tu marido; cuando no vayas con él, tampoco las oigas. No escuches las impertinencias de tu marido cuando esté disgustado o malhumorado por la tontería de un amigo, la ingratitud de un cliente o la tardanza en cobrar una factura; perdónale, al pobre. Los hombres somos tan injustos que cargamos sobre las personas que amamos las violencias de las que ellas no son nunca responsables. ¡Sé un poquito sorda, una *mica sorda*, amiga mía!

Como eres hermosa, fuera del círculo donde reinas sentada en el trono del corazón de los que te quieren con todo desinterés, tendrás que oír, a las veces, frases de mal gusto que quieren ser exquisitas, amabilidades que son un puñal envuelto en rosas de mayo, elogios vulgares que esconden un deseo carnal o el logro de una vanidad tenoriesca, y oirás eso, a lo mejor, en un amigo en que tu marido confía, en un deudo, en una persona que acaso has llegado a estimar tú, un poco ligeramente. Pues no oigas, y no salga jamás de tu boca lo que no debe entrar nunca por tus oídos de sorda de amor. Ya castigarás a tiempo y en sazón, y de estos castigos, ni una palabra a tu marido.

¡Un poquito sorda, Lolita, *una mica sorda*! La sordera bien administrada es una cosa bien excelente; una sordera así ahorra disgustos, palabras, actitudes, hasta rompimientos; una sordera así lleva la tranquilidad al ánimo de tu marido, de tus padres, de tus nenes, de tus parientes y de tus amigos íntimos; una sordera así es prenda de buen gusto, ejecutoria del talento, flor de humildad y calidad indispensable de mujer cristiana, honrada y española.

En los proverbios de Salomón se lee que el «necio que repite su necedad es como el perro que por segunda vez vomita». Y así como de los vómitos de los canes te retiras con repugnancia, del mismo modo debes apartarte, Lolita, por repulsión natural, de la tontería, de la sandez, de la chocarrería y de la frase de doble sentido. Y debes apartarte de todo esto, no oyendo, administrando tu sordera de amor, por respeto a ti misma y por respeto a tu marido.

Porque si no te respetas tú, hija mía ¿cómo vas a indignarte mañana si los demás no te respetan? Si no le respetas tú a él, si por amor a él no oyes y sacrificas de cada cien veces una tu vanidad de mujer bonita y adorable, ¿cómo vas a quejarte si el simplote de tu marido quiere hacer valer los fueros de su gentileza, de su ingenio, de su talento o de su experiencia, que son la hermosura que los hombres feos emplean para la conquista de las mujeres que no son la propia mujer?

Las ventanas y los balcones del alma de la mujer –dicen los árabes– son los ojos, pero las puertas por donde penetra por ellas el ladrón, de noche y sobre seguro, son los oídos. ¡Tápalos bien, hija mía, para ser feliz!

Capítulo vigésimo
… y un poco tonta

Y has de ser, finalmente, un poco tonta, si quieres ser feliz del todo. (Bueno: del todo, no. No hay felicidad absoluta nunca. Porque en las horas de alegría nos falta para vivir, el dolor. Porque en las horas de amargura echamos de menos los instantes –¡tan fugaces!– de alegría.) Para ser feliz del todo, no te pases de lista. Una mujer que se pasa de lista, es sencillamente hedionda, sea feminista o sea pedagoga, sea sabia incomprendida o sea romántica impenitente. (Yo recuerdo sin emoción, apenas recuerdo, a mis novias demasiado listas. Quisieron engañarme y se engañaron solas. Quisieron tomarme de conejillo de Indias para sus experiencias pedagógicas y el conejillo fueron ellas, las desdichadas.) Y no seas demasiado tonta. (En mi catálogo de juventud las hay también muy tontas. Las tontas son insoportables. Todas se han casado bien, como es natural, con sus iguales, los tontos. Unas arrastran automóvil –porque no es el automóvil el que las arrastra a ellas– y son cursis y señoras *ful*. Otras, burguesitas, siguen con sus trapos, que son sus prendas, pues no tienen otras más que las de vestir. Otras, más desdichadas, han bebido por tontas, y sólo por tontas, la cicuta del desamor y del desvío.) Pero sé un poquito tonta, *una mica tonta.*

La tontería tiene sus grados, sus matices, sus *nuances*. Unamuno es un profundo psicólogo de la tontería. Dice que hay tontos –y tontas, por consiguiente– que repiten las tonterías de los demás; estos, como no son originales, no tienen interés. Pero los hay activos, productores y fabricantes de su propia tontería; estos son, en cambio, dignos de la mayor estimación. Ejemplos de tontos faltos de originalidad: los Tenorios provincianos. Ejemplo de tontos originales: los vanidosos, los exhibicionistas, los narcisos. Yo he tropezado con tontos geniales. Uno de ellos, ante la estatua del comunero Francisco Maldonado, exclamaba: «Miradle: la frente es despejada; la mirada noble. La ciencia frenológica moderna proclama que es un comunero...» El mismo tonto genial escribía, comentando el nacimiento de una hija suya: «Nuestro director se ha visto agradablemente sorprendido por el nacimiento de una hermosa menina que la amabilidad de su señora ha tenido a bien ofrendarle.» A las veces, en nuestro Parlamento, también se destacan tontos de este linaje.

Y conozco tontas pasivas –las pedagogas, las feministas, las sabelotodo, las cursis de corazón y de cabeza– y las tontas activas, las verdaderamente tontas. Entre las jamonas de buen ver se recluta esta clase de tontería, por regla general. Son esas estúpidas pintorescas que se enamoran de nuestros libros, de nuestras cartas. Las que escriben a *Gallito*, a Titta Ruffo y hasta a Sánchez Guerra, que es el colmo; las sedientas de notoriedad y de estruendo. Estas jamonas crepusculares son verdaderamente horrendas. Huid, novios, de ellas como de la peste.

Pero hay una categoría de sandez que es la más discreta y selecta: la tontería fingida. La tontería fingida solamente saben administrarla las mujeres y los hombres inteligentes. De nuestra madre decimos que se hace la tonta cuando ha tenido la discreción de pasar por alto un pecadillo nuestro; de nuestra mujer decimos que se hace la tonta cuando pasa por alto una nimia indelicadeza y decimos que es tonta si la indelicadeza es de bulto; nosotros mismos nos hacemos los tontos, y sonreímos, y abrimos los brazos a los ingratos, de los que dice Them-Chang, el humorista chino, «que se alejan de nosotros en los días de Pasión para visitarnos en los días de Gloria».

De esta clase de sandez te hablo yo cuando te aconsejo, Lolita bella, Lolita inteligente, Lolita buena, Lolita delicada, que seas un poco tonta, es decir, un poco piadosa, un poco indulgente, un poco humilde. Y cierro este tratado con este consejo.

Epílogo

Amiga mía: he dudado mucho antes de acabar este libro. Pensé hablarte por un momento de los grandes amadores, de Cristo, del Pobrecito de Asís, de Santa Catalina, de la Virgen de

Ávila, del Dante, de Madeimoselle de Lespinasse. Pero después he pensado que con las doctrinas, las palabras y los actos de estos hombres –uno de ellos Hombre Dios y una de ellas Esposa de Jesús– hay materia, para otro tratado, *El tratado del perfecto amor*, que he de escribir para ti también, cuando dentro de unos años te hayas asomado plenamente a la vida y hayas conocido los dolores supremos al lado de las supremas alegrías.

Recibe estás líneas, amiga mía, como el homenaje más afectuoso que puedo rendir a tu amistad, como la ofrenda más humilde que puedo consagrar a tus amores primeros que presencio lleno de júbilo y lleno de temor también, porque detrás de tus sueños de candor hay siempre un drama en cuyo pórtico estás penetrando ahora, hija mía, con aleteos de emoción. Si eres feliz como yo espero y quiero y pido a Dios que lo seas, lee en este librito palabras y frases que tú entiendes, mejor, que los dos entendéis, mejor aún, que los tres entendemos, y dedícame, en un momento de tu felicidad, un recuerdo piadoso. Y si eres desgraciada –¡Dios no te haga pasar por ese cáliz de amargura, pero Dios a veces hace desgraciados a los elegidos!– repasa también este libro, y cuando te canses de su lectura, mira en los ojos de tu hijo y hunde tu mirada en la inmensidad de ese cielo, carne de la tuya y espíritu de tu espíritu, y padece, y sufre, y llora para que él no llore, ni sufra, ni padezca. Yo podré ofrecerte entonces más que un libro, tú lo sabes; yo podré ofrecerte entonces una amistad leal, una mano, un hombro, un consejo, una advertencia, un regaño, un camino y el amor de los míos para que con los tuyos lloren tus desdichas.

¡Pero, no, no, no! Tú no puedes ser desgraciada. Llevas en tu ternura la llave de tu dicha. En tu talento, en tu discreción, en tu bondad y en tu amor por él –mi amigo– la promesa de tu ventura. ¡Y yo te deseo la ventura suprema que Cristo nos reserva a los mortales: la ventura que tiene, a las veces, su dosis de dolor, del gran dolor que tonifica, que consuela y que nos hace buenos, a pesar de nosotros mismos!

FIN

José Sánchez Rojas

Elogio de Gabriel y Galán

MADRID
EDITORIAL MUNDO LATINO
1926

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAISES
COPYRIGHT 1926 BY
JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

A mis buenos amigos, los liberales de la noble y "maja" ciudad de Huesca, cuna de los Villacampa, de García López, de Mallada, de Montestruc, de Costa, de Oliván, de Abad, de tanto corazón honrado y de tanto cerebro dolorido por los destinos espirituales de la Patria, dedica cordialmente este trabajo escrito en horas de gran serenidad espiritual,

J. Sánchez Rojas.

Huesca, 15 de Abril de 1926.

Conferencia leída por el autor el día 5 de Abril de 1926, en el Paraninfo del Instituto General y Técnico de Huesca, invitado por la Asociación General de Estudiantes del Alto Aragón.

Elogio de Gabriel y Galán[187]

Señoras y Señores:

Se ha cumplido recientemente el 19º aniversario de la muerte del poeta campesino José María Gabriel y Galán, que cantaba como las alondras al amanecer, dulce y humanamente, empapado en naturaleza y saturado de viril sinceridad. Su muerte, acaecida en un rincón de la Vera de Plasencia, en el lugarejo de Guijo de Granadilla, allá en la provincia de Cáceres, fue tan sencilla como su vida. Murió sin quejarse, abrazando a un crucifijo, recitando las eternas coplas de Jorge Manrique mezcladas con las suyas, en la flor de la vida, a los treinta y tres años, a la edad de Garcilaso. Los poetas sienten y presienten, y José María presintió su muerte. Su padre, un charro corriente y moliente a todo ruedo, había muerto un mes antes. El hijo encerrado en su dolor, pensó en el acabamiento de la corporal corteza. Es triste arrancar un árbol en flor, pero si el árbol produjo frutos maduros y sazonados, puede descuajarse de la tierra que le hiciera crecer. Las almas estériles tienen una muerte triste, porque mueren en el silencio, sin que su dolor en otras almas repercuta. El alma del poeta no era estéril. Había cumplido con los tres deberes que impone el clásico al hombre; dar un hijo, plantar un árbol, escribir un libro. Las coplas del poeta vivían en los libros y vivirán en el pueblo. Recitábanlas los aldeanos en la arada, al rayar el alba; en los seranos y paliques, en la plazoleta de donde surge la torre de adobes de la iglesia, y en la taberna, y en el campo, mano a la esteva, detrás de la yunta de los bueyes perezosos, a la hora en que cantan los poetas inconscientes, pariendo estrofas para que el aire se las lleve aprisa. A Galán no le importaba morir. Dejaba aquí abajo,

Esto que tengo de arcilla,
Esto que tengo de Dios,[188]

como escribía en los periódicos de Salamanca, pocos días antes de su muerte. Aunque muriese, viviría, como Job, en el pueblo, porque del pueblo había salido.

Del pueblo, poetas cortesanos, sapos de la charca, que cantáis el alba sin haberla visto, que decís sentir el relente mañanero envueltos entre las mantas de vuestro lecho, que creéis gustar del campo porque le gusta a Horacio. El campo es un amigo leal pero huraño que no revela sus secretos a tontas y a locas y a la buena de Dios. La tierra canta, pero su canción la oyen solamente los campesinos y los madrugadores. De sus entrañas surge una canción de anhelos, de presentimientos, de fecundidad alegre y lozana, que no llega a los alcázares de la ciudad, ni

[187] Encontramos este texto, con ligeras modificaciones, en el diario salmantino *El Adelanto* (24 y 26-01-1922), transcripción de la conferencia que pronunció en la velada dedicada a Gabriel y Galán en el Ateneo de Madrid el 1 de enero de 1922 sirviéndose en parte de un artículo publicado ya en *Nuestro Tiempo* (01-08-1913). En 1923 la publicaría en *Siluetas*.

[188] Versos con que termina la poesía de José María Gabriel y Galán "Canción" que fue publicada simultáneamente el 29 de diciembre de 1904 –siete días antes de su muerte– por los tres periódicos salmantinos *El Adelanto*, *El Noticiero Salmantino* y *El Castellano*. Con el título "¡Quiero vivir!" apareció en el libro póstumo *Nuevas castellanas* (Salamanca, 1905).

a la cama del sleeping[189], ni al ocioso que perecea, ni al ignorante que a duras penas distingue una espiga de trigo de una espiga de cebada. Dicen los labriegos que la tierra es mimosa y que no podrá gozarla aquél que no la corteje. Lo mismo, lo mismo que la mujer. Y como ella, tiene sus ingratitudes y sus preferencias y sus sacrificios. Galán la quiso y Galán la requebró. Y ella, la tierra madre, le colmó de caricias, le reveló sus secretos, le prodigó sus favores y le prestó sus rimas. Las rimas suaves del aire manso que menea las ramas de los árboles, ora cadenciosamente en Abril, ora brutalmente en las borrascas huracanadas del turbio Febrero. Las rimas cálidas de las tardes de siega, vibrantes como himnos de guerra y briosas como amor de mozallón. Las rimas mañaneras cuando un telón azul envuelve el campo, la tierra se empapa de rocío, los pájaros empiezan sus trinos y nos hiere la retina, el disco rojo del sol que se levanta. Las rimas nocherniegas, cuando la campana del lugarejo canta la oración y se mezcla su canto de bronce con las esquilas del ganado que regresa, el balido de las ovejas y ternerillos, y la gaita del pastor. ¡Ave María!

Galán es el poeta de su tierra, de mi tierra, de Castilla. Él la ha gozado como nadie la gozara. En ella nació, vivió en ella y en su regazo quedó dormido como un niño. No era hombre Galán de grandes estudios, de grandes necesidades, de gran complicación ni de gran experiencia de la vida. Apenas salió de su nido más que dos o tres veces, rápidamente y con el alma en un hilo temiendo no llegar a tiempo a la sementera. Hijo de un lugarejo, que está muy cerca del mío, de Frades de la Sierra «quien vio Frades, vio todos los lugares» –dice el refrán de la tierra– fue su padre un montaraz como todos los montaraces: de alma recia con sus posos de zumba y de donaire. Son los montaraces los reyes de la charrería: el oficio les da para ahorrar unos cuartos, para comprar su caballo flamante en la feria de Alba y hasta para darse el tono de marchar a la ciudad, en las ferias de Septiembre, y hacer el acopio de sayas y manteos para la parienta, con las provisiones finas de comer, a mayores de la medicina cara del enfermo desahuciado.

El padre de Galán pudo dar carrera a sus hijos, mandando a la Normal de Maestros de Salamanca a José María y enviando a estudiar el Digesto[190] al hijo mayor. Galán fue buen estudiante; no cabe duda. Era de los que sacaban Sobresaliente en Junio y de los que subían, en Octubre, las gradas del Paraninfo de la Universidad a recoger, de manos del Rector, el diploma grabado a dos tintas por el tipógrafo más acreditado de la ciudad. Ya hacía versos el mozo; los primeros versos que recordaban esta leyenda de Zorrilla, aquella canción de Espronceda, esotra décima de Núñez de Arce. Su musa no sabía ser grave, sino zumbona, y la sátira y el epigrama tentaban más su pluma retozona que el soneto y la elegía. Conozco algunos versos de Galán en aquél entonces, de esdrújulos algunos, francamente alegres y traviesos. Era muy burlón José María: zumbábale la risa por los cuatro costados y el mundo era, a sus ojos, un ameno y divertido espectáculo. De no haberse tronchado tempraneramente la flor de su ingenio, hubiera destilado zumo de donaire y savia de alegría. En el grave poeta religioso, en el casto cantor de la monogamia, de los retoños y brotes del amor fecundo con la compañera sana, dormía un formidable poeta satírico, que apenas despunta en los versos y que sólo asoma su rostro risueño y jaranero en la carta al amigo y en el abandono de la intimidad. El hijo de Horacio es sobrino de Marcial, y junto a los libros resobados de sus favoritos, Fray Luis, Mira de Amescua, Gutierre de Cetina, Jorge Manrique, el Romancero, están en su biblioteca y en su formación espiritual Baltasar de Alcázar, Quevedo, Cervantes, Cristóbal de Castillejo. Los críticos de José María, la donosa Condesa de Pardo Bazán, *Zeda*, Juan Maragall, el Reverendo Padre Cámara[191] que actuó de espléndido padrino en el bautizo literario del poeta, no se dieron cata de este matiz de su fisonomía, seguramente por la distancia excesiva, que no deja ver, ni con buenos gemelos de campo, los contornos de las cosas. Otros críticos, como *Azorín*, han errado el blanco por exceso de puntería, viendo en Galán reminiscencias de libros, cuando el hombre huele a romero y a cantueso que da gloria. A Galán le dio el naipe por creer que Dios le llamaba a desasnar mocosuelos. Hizo oposiciones a una escuela de dos mil y más pesetas, la de Piedrahita, en la provincia de Ávila, y la ganó en brillantes ejercicios que recuerdan los profesionales, orgullosos de su parentesco de oficio con el poeta. Amor, que todo lo enreda, desvió al Pestalozzi en agraz de sus devaneos pedagógicos, de su palmeta y de su medalla, casó con una garrida labradora que tenía

[189] Durmiente.
[190] Derecho. Hace referencia a las obras jurídicas conocidas como *Digesto* publicadas en 533 d.C. por el emperador Justiniano.
[191] Prologuistas de sus obras.

sus terrones en el Guijo, y a Extremadura marchó la pareja de enamorados a eternizar su idilio y arañar la tierra. Galán presentó su dimisión de pedagogo en ejercicio, dedicándose a la labranza con entusiasmo. Seguía la profesión de sus padres y la que le imponían su propio gusto y afición. Curtióle el rostro el sol, le remojó la lluvia, le fortificó el campo, echó raíces, recogió su sementera. Y comienza a formarse el poeta, sin ruido, silenciosamente, sin que sepan palotada de él los literatos de la ciudad, sin que martirice las prensas de los periodiquitos locales con la fecundidad de su musa. Escribe los versos para él sólo y los rasga cuando no le satisfacen.

Como el héroe de una poesía[192] de años después:

Trabaja, reza y ama
¡Dios no le pide más: da lo que tiene!

Trabaja en la labor, levantándose cuando los bueyes, acostándose cuando las gallinas, leyendo a la sombra de una encina copuda las ocurrencias del buen Sancho y la prosa, serena como noche de verano, del Maestro Fray Luis. Trabaja arreglando el pueblo, pacificando los bandos del lugarejo, dando de lado a la política que todo lo envenena en España en general y en Extremadura en particular. Trabaja tapando huecos con las limosnas ocultas que le dice el señor cura, preguntando al médico por los desahuciados y consolándolos, evitando una víctima segura de las garras del usurero, haciendo saber al alcalde que él, José María, también tiene sus influencias en las covachuelas del Gobierno Civil o de la Diputación Provincial, y que las empleará para lo que guste mandar el Concejo. Porque hay un apóstol y un hombre de acción en el poeta, y acierto indiscutible de la señora Pardo Bazán ha sido adivinarlo, a lo lejos, por la lectura de sus libros, sin haber cambiado con el poeta más que una o dos simples epístolas de cortesía, sobre cosas literarias. Apostolado que le vale el título de hijo adoptivo de Guijo, con pergamino y acta formal, tierno incidente de su vida que vale por las estatuas que la adulación levanta o por el elogio lisonjero que fabrica en el artificio la pluma amiga.

Y reza Galán. El rosario con sus gañanes y criados, en la amplia cocina de la casona, sentado en el escaño, acompañando el murmullo de las preces el hervir de la caldera pendiente de fuerte cadena en la base humosa y negruzca de la chimenea. Y reza preguntándose el misterio de las cosas, asomándose a los problemas, con el optimismo bonachón del labriego que atiborra sus paneras de grano rubio. Y reza también amando las cosas, todas las cosas, en dulce panteísmo franciscano.

Y ama Galán –¡no ha de amar el poeta!– su nido, la compañera, los hijos, los criados, los ganados, los terrones que sabe de memoria, los libros que ha releído tantas veces. Ama la vida el hombre.

Y naturalmente, espontáneamente, sin esfuerzo alguno, como canta la alondra, como canta el jilguero, porque el campo está verde, porque van crecidas las espigas, porque la compañera está contenta y el hijo crece que es una bendición, porque para la churra, canta José María. ¡Qué gozo el suyo, qué plenitud la suya!

Y con ella, nueva Ceres,
reina serás si tu quieres,
de mis campos y labores,
que reina de mis amores
ya hace tiempo que lo eres.
y si lloras desconsuelos
y torturas de los celos,
¡vive Dios que lloras mal;
testigos me son los cielos
de que mi amar es leal!
. . . . . .
Recuerda que el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.[193]

¡Alegría de padre, alegría de esposo, alegría de labriego, alegría de hombre la suya! Manifestación espontánea de esta alegría es el canto. Sin el hombre no existe el poeta ni sin el poeta el hombre. Se funden e identifican los dos. De esta época son unas quintillas, que

[192] El Poema del Gañán.– OBRAS COMPLETAS: *Castellanas.*–Vol. 1ª edición.– Madrid, Rivadeneyra, 1926. [Nota del autor]
[193] GABRIEL Y GALÁN.– *Obras completas.*– Vol. 1.– *Castellana*, pág. 47. [Nota del autor]

recuerdan otras de Mira de Amescua y dos poesías en el dialecto extremeño, *Varón* y *El Cristu Benditu*, que publica *El Lábaro*, de Salamanca. No caben de alegría los literatos locales. Unamuno, que tiene una memoria feliz, aprende los versos del poeta campesino y los celebra y recita a todas horas. La frescura jugosa de *Varón* orea, en verdad, el espíritu más árido. El poeta rinde a la vez un homenaje a sus gustos clásicos, en las quintillas, echa fuera su sentimiento de paternidad en el *Cristu*, y se burla donosamente del señorito del pueblo que llega a la Universidad a darse un barniz de libros y torna a su lugarejo, despegado del ambiente rústico y montaraz en que se criara. Pero el poeta no vuelve a publicar más cosas.

Hacen entonces furor en el público los *Aires Murcianos* de Vicente Medina y acaso ellos influyen en la técnica de José María. Ambos poetas coinciden en su aparición, pero es distinto en ambos el concepto de poesía popular. Medina es anarquista y José María un creyente sincero; más: un católico militante que oye misa los domingos y fiestas de guardar, comulga los días solemnes y reza el rosario con los gañanes, presidiéndoles, a la puesta del sol, en el escaño de la rústica cocina. Galán es un equilibrado, un optimista, un afortunado que ha encontrado su senda y su vocación, y Vicente Medina es un amargado, que sube con fatiga la cuesta, vendiendo periódicos en el balneario de Archena, sirviendo al rey en Filipinas, de soldado, y en aquel entonces haciendo facturas para una casa comercial de Cartagena. El vate murciano adivina, desde la ciudad mercantil, que hay un arte en el pueblo –no un arte popular porque, atando los cabos estéticos, nos damos cuenta de que no puede haber dos artes, sino uno solo, interpretado por uno, ciento o mil temperamentos– y corre a su busca en calidad de *dilettante*. Además, Medina cree que la poesía es medio, no fin, y la emplea de propaganda y de expansión de sus personales creencias políticas. El poeta castellano canta lo que ve, sin fines docentes, por cantar, porque no puede con el hinchamiento de su plenitud y advierte con delicia que el abono de sus lecturas y de sus meditaciones ha colmado el vaso y tiene que verterse. Aquél se esfuerza por ser poeta, anda en los cotarrillos y cenáculos de las redacciones rojas, busca la amistad de García Vasco, tiene hambre de gloria y hambre de ser. Galán con sus clásicos, con sus sementeras, con las rondas de los mozos del pueblo, advierte que el estímulo brota de dentro a fuera, no de fuera a dentro como en el otro. Medina es clásico, romántico José María. Canta por cantar Galán; para protestar y armar la gorda Medina, y aparecen los dos con el mismo vestido, representando precisamente lo contrario. Hay llamarada de lujuria en el murciano y suave lumbre de castidad en el hijo de Castilla. Son ambos hermanos, porque son ambos poetas, pero Galán es el hijo casero que se acuesta temprano, sin disgustar a los padres, y Medina es el chico travieso y azota calles que ha escapado de casa con una aventura amorosa de la que tornará con el alma rasgada por los zarzales y espinos del camino.

Hay un momento de silencio en Galán, de ese silencio fecundo que precede a la confesión noble, a la plática del amigo que va a volcar toda su alma en la confidencia, intervalo de egoísmo del usurero que arriesga su dinero en un negocio industrial antes de arriesgarlo, minuto de vacilación del solterón egoísta que advierte demasiada frialdad en su lecho y se lanza a casarse antes de saltar el Rubicón de la soltería plácida y larga. El silencio del hombre que tiene que decir muchas cosas y se para a comenzar por el principio. Pero muere la madre de Galán. Sale a su encuentro el dolor y el poeta, providencialista, confiado, redobla su fe y se abraza con ella, advirtiendo que tiene ternuras infinitas. Su optimismo no quiebra en la difícil prueba. Verdad es que sale el sol los días alegres y los días tristes y que la Naturaleza no se conmueve cuando nos conmovemos nosotros. La razón comienza a husmear inexorable por todos los entresijos, vericuetos y callejones sin salida, pero la quimera es una loca impenitente que no tolera el ocio y tiene que volver, de nuevo, con empuje remozado a las pasadas andanzas. Los edificios mejor construidos de nuestros sueños actuales tienen de solar las viejas ilusiones rotas que se desmoronaron hace ya mucho tiempo. La paternidad salvó a Gabriel y Galán de la tragedia. Su madre dejaba de vivir, pero comenzaban a vivir sus hijos. El dolor es inmenso, insoportable la vida.

Amaro e noia la vita,[194]

en quien, como Leopardi, se concluye para no continuar viviendo en los demás. El dolor del estéril, del que no ha sabido, querido o podido dejar huella viviente de su paso por la tierra, debe ser horrible. Amiel, casado, hubiera dejado de ser Amiel. Galán, soltero, hubiera dejado

[194] LEOPARDI.– *I Canti*.–A se stesso. [Nota del autor]
"Amarga y tediosa la vida".

de ser Galán. Yo no lo sé, pero presumo que al hombre de conciencia moral, cuando llega a padre, debe cambiársele del todo el sentido de la vida. Ha sido planta trepadora, polen que transporta el viento para prenderlo donde le place, y comienza a trocarse en planta subterránea que enraíza pronto y enraíza bien. Del dolor del hijo por la madre surge *El Ama*, poesía admirable que es todo el poeta, sinfonía completa que inicia y roza todos los motivos musicales, lira multicorde que es la lira del bardo, tratado de psicología de la raza castellana, lamento de todos los hijos a quienes muere la madre, postura de resignación de todos los creyentes que esperan el más allá de quietud, afirmación de una Providencia que nos vigila y nos castiga para medir nuestra paciencia y para probar nuestro temple. Como es tan humano y natural el sentimiento del poeta, y el poeta es tan sincero, canta lo que siente, lo que ve y lo que recuerda él sólo. Lo que siente el poeta es una pérdida irreparable que rompe un momento su equilibrio, y aferrado a la vida, por su extraordinario sentido de paternidad, comprende que si no lo restablece, se revela como Luzbel, y hay que obedecer a Dios así cuando prodiga sus favores como cuando reparte infortunios a troche y moche. Un padre tiene razón cuando regala un juguete y cuando larga un varapalo. Nos regodeamos cuando aprendemos el mecanismo del juguete y lanzamos nuestros ayes cuando nos escuece la herida, pero el deber cristiano consiste en no ser avaros de nuestra alegría, porque hay muchos infelices que pasan a nuestro lado con el alma lacerada, y en no ser avaros de nuestra tristeza, porque junto a nuestra casa triunfa la alegría, suenan los besos del amor y luce la juventud sus sueños. En esto está el hondo sentido religioso de la poesía, limpiamente cristiano, cristianamente cristiano diría para recargar la paleta y salir al encuentro de los literatos que menean la cabeza ante ciertos parecidos inevitables, que son puramente externos. Rubens no se parece en nada al Greco; las «Gracias» del uno nada tienen que ver con las vírgenes del otro; pero se parecen en que entrambas, Gracias y Vírgenes, son mujeres. De esta guisa son muchas veces las comparaciones de los literatos, de las que extraen luego toda suerte de parentescos y compadrazgos entre unos modelos y otros modelos. El sabio mide la calidad de las gentes por el cerebro y el zapatero por la calidad del calzado. El profesional de las letras, que va a ellas menos por vocación que por oficio, mide también a sus colegas por los chirimbolos de *métier* que sirven para excitar y producir una emoción, no por la intensidad de la emoción suscitada y producida. *El Ama* recuerda *La Perfecta Casada* del fraile agustino. Perfectamente, y *La Perfecta Casada* recuerda la Sulamita. Y aquí de las Gracias del flamenco y de las vírgenes del griego; la Sulamita del Rey Sabio, la casada del monje y el ama charra del poeta salmantino tienen el parecido, la identidad, ¿qué duda cabe? del sexo. Pero la insinuación es una vaciedad insigne, que forma, por ejemplo, la médula estética de algunas escuelas literarias flamantes que aquí nos sorprenden porque vemos las cosas desde lejos y porque andamos en paños menores en achaques de estética y de meditación; hablo de la escuela *d'annunziana*, que será tan efímera como el teatro de ideas del bueno de Ibsen o como el documento humano de las novelas de Emilio Zola, que en paz descanse [195]. D'Annunzio dice que es mejor poeta que Homero y que Dante, porque ha nacido después que ellos, porque ha aprovechado su caudal artístico avalorándolo y aumentándolo con el personal patrimonio. Los literatos a que aludo, en el caso concreto de Gabriel y Galán, se quedan a la mitad del camino y deducen de la misma radical afirmación del poeta *de La figlia di Jorio* –por el anverso falsa, por el reverso verdadera– una conclusión diametralmente opuesta: la de que D'Annunzio es peor poeta que Dante, porque ha venido al mundo con más retraso que el estupendo compañero de Virgilio por las regiones infernales, y porque la estrofa N del buen *poseur* recuerda el verso 116 del terceto número tantos del Purgatorio. Gabriel y Galán, es, por ende, poeta recusable porque en el adobo de *El Ama* hay condimentos de la «Perfecta Casada», que cuida de su hacienda y se mira en los hijos como en bruñido espejo. La crítica artística tiene que ser otra: dejar la superficie y arañar el fondo hasta quedarse con el tuétano. El fraile agustino hace una obra didáctica a ratos, a ratos moral, que dedica a una dama, para que cundan los buenos ejemplos y se acostumbren las familias cristianas a la lectura de moral sana y de perfecto castellano.

La idea de la obra «Biblioteca Patria», en capullo, perfectamente desenvuelta, sin ñoñerías, por un fraile que sabía más de la vida antaño que los seglares de la Defensa Social hogaño. La

[195] Para todos estos problemas estéticos, muy bien planteados, véase B. CROCE, *Estética como ciencia de la expresión lingüística general*; trad. de *José Sánchez Rojas*, prólogo de Miguel de Unamuno. Francisco Beltrán, editor, Madrid. 1912.– V. también B. CROCE, *Breviario de estética*, trad. de *José Sánchez Rojas*, Editorial Mundo Latino, Madrid, sin año. [Nota del autor]

emoción primitiva, de donde surge luego la arquitectura, la composición del libro, el protoplasma que fecunda, no son idénticas en la casada del agustino y en el ama del labrador. Luis de León es un fraile que habla de los deberes de la esposa, sin ser esposa y sin tener, naturalmente, estos deberes. Claro está que no quiero tachar al fraile de insincero, porque no lo es nunca el verdadero artista, que al crear su obra, se purifica compenetrándose con el tema o sujeto literario que desarrolla. El poeta que crea artísticamente crea en verdad, y en espíritu, y la cosa creada, antes de serlo, es la misma expansión, que estalla y se rompe, y se desborda, es el espíritu creador. Verlaine es un bohemio relleno de lujuria en *Les femmes galantes*, y un creyente sincero arrodillándose a los pies del Crucifijo y recordando ante los clavos de las manos del Nazareno, sus propias manos hechas para el pecado y para la iniquidad. Ambos Verlaine, el bohemio y el creyente, son perfectamente auténticos, porque en ambos momentos el poeta es verdaderamente poeta. No hablemos nunca de falsedad en el arte que es verdadero arte. Pero Galán es un poeta que llora una muerte, cuando el hijo acaba de perder a la madre. La emoción estética no es principio, sino coronamiento de su momento creador. El mismo caso viejo de Jorge Manrique y el mismo caso reciente de otro poeta salmantino, que se va olvidando, de D. Ventura Ruiz Aguilera. Escarbando, debajo del poeta, encontramos al hombre. ¿Y la Sulamita del Rey Sabio? Allí hay otro afecto humano, el más afecto y el más humano, el amor de un hombre por una mujer, que toma, al manifestarse, forma artística. Tres casos originariamente distintos, en su génesis psicológica, y tres casos, sin embargo, que tienen un parecido común: el gusto aristocrático, la gracia, la elegancia y suprema serenidad, el arte exquisito con que están desenvueltos los respectivos temas.

Aquí donde se hacen tantas Antologías de poetas que imponen un cenáculo, un periódico de muchos miles de lectores, una empresa, editorial o una moda deleznable, tiene que inaugurarse una con Galán que quedará, con Verdaguer que quedará, con Maragall que quedará. Y lo definitivo y completo de Galán es *El Ama*. Definitivo hasta por sus incorrecciones y desmayos, poca cosa, que revelan mejor la dulzura de las cuerdas de su arpa, por la razón sutilísima que apunta Jacinto Benavente cuando dice que el estilo de los escritores se conoce en los descuidos, como la educación de las personas se advierte en los momentos de abandono, cuando comen a solas, sin etiquetas, o cuando ventilan cuentas de amor con la querida, a solas también. En *El Ama* está la cuerda de la paternidad del poeta, su visión del campo castellano, su unción religiosa, su simple psicología de campesino, sus ansias, sus anhelos, sus amores, su pasado y su futuro, todo suyo. Está Castilla:

> Y cantaba también aquellos campos,
> los de las pardas onduladas cuestas,
> los de los mares de enceradas mieses,
> los de las mudas perspectivas serias,
> los de las castas soledades hondas,
> los de las grises lontananzas muertas.

Y la mujer castellana, el ensueño de la raza cuando ama:

> Una mujer trabajadora, honrada,
> cristiana, amable, cariñosa y seria,
> trocó mi casa en adorable idilio,
> que no pudo soñar ningún poeta.

Y la razón de su dicha y el resorte de su inspiración:

> Lavando en el regato cristalino,
> cantaban las mozuelas,
> y cantaba en los valles el vaquero,
> y cantaban los mozos en las tierras,
> y el aguador camino de la fuente,
> y el cabrerillo en la pelada cuesta.
> ¡Y yo también cantaba,
> que ella y el campo hiciéronme poeta!

Y el camino de la felicidad:

> Yo aprendí en el hogar en que se funda,
> la dicha más perfecta,
> y para hacerla mía,

quise yo ser como mi padre era,
y busqué una mujer como mi madre,
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre: y fue mi esposa,
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios que ver me hizo,
otra mujer como la santa aquélla!

Y el catálogo de sus ocupaciones:

Compartían mis únicos amores,
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredera historia,
con la heredera hacienda.

Y el sentido hondamente conservador, el poso de tradición, la labor subterránea de la historia, el limpio apellido de la familia, la austeridad del castellano:

¡Qué buena era la esposa
y qué feraz la tierra,
qué alegre en mi casa
y qué sana mi hacienda!
¡Y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!

Y el código del trabajo de la Arcadia para patronos y obreros:

¡Oh! ¡Y cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas,
cuando hay amor en casa,
y con él mucho pan se amasa en ella,
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que a su sombra bregan!
¡Y cuánto lo agradecen sin decirlo,
y cómo por la casa se interesan,
y cómo Dios la cuida
y cómo ellos la aumentan!
Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.
La vida en la alquería,
giraba en torno de ella,
pacífica y amable,
monótona y serena.

Y los momentos de desfallecimiento:

Ni el vigor de los bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni el cantar de los pájaros del monte,
estimula mi lengua,
ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha
... ...
¡Cómo tendré yo el alma!
¡Resbala sobre ella,
la dulce poesía de mis campos,
como el agua resbala por la piedra!

Y el supremo final, declaración de fe, fuerza oculta que hace callar la lengua del poeta para que no blasfeme:

¿Dios lo ha querido así?
¡Bendito sea![196]

[196] G. Y GALÁN.– Obr. compl.–Vol. I.–*El Ama*. páginas 35–45.– 8ª edición.– Rivadeneyra, Madrid, 1926. [Nota del autor]

La lectura de *El Ama* fue un acontecimiento inusitado en Salamanca. Llevó el premio de honor en los Juegos Florales de Septiembre de 1901, actuando de mantenedor Joaquín Costa, vuestro Joaquín Costa, hijo como vosotros de esta noble tierra, que lloró de rabia y dijo mil lindezas de los tunantes que rigen la cosa pública, y siendo presidente del Jurado que consagró al poeta, Miguel de Unamuno. El nombre del poeta no era popular entre la gente solamente lo conocíamos unos cuantos, que habíamos caído en la cuenta de que eran oro puro dos poesías que había publicado *El Lábaro* y otra *La Basílica Teresiana* y el manuscrito del *Cristu benditu* que tenía el Rector y que nos había leído tres docenas de veces, con grata complacencia nuestra, en sus interminables caminatas, por la carretera de Vigo. Vino el poeta a Salamanca: le conocí entonces. ¿Recordáis las páginas que Alfonso Daudet dedica a Federico Mistral, cuando el provenzal marcha a París a cobrar el premio de la Academia? En Salamanca se reproduce la escena. Está pintoresco con el frac el campesino; tiene la cara asustada y artificial del hombre que va a sufrir unos cuantos disparos del objetivo de un fotógrafo, los movimientos torpes del chico del pueblo que va con una carta a casa del diputado en Madrid, y no sabe dónde poner el sombrero y se sienta de medio lado. Era modesto José María y estaba sobre ascuas siendo el prodigio del lugar, apretando manos de señorones que le miraban con cara risueña como diciendo: «¿Con qué de un pueblo y poeta? No lo sabíamos. Pero, francamente no estriba la vida en hacer coplas, sino en que suba el trigo: *that is the questión*! Con que, enhorabuena querido». Sufriendo dos indigestiones o dos banquetes por día, molido, sobado el pobre, como gatita festejada o faldero favorito. Un verdadero horror. La gente le aclamaba, porque el pueblo adivinaba con certero instinto que le faltaba algo y ese algo era precisamente un poeta. Los turiferarios del cuarto poder no dieron paz a la pluma, sacando a relucir su erudición literaria. ¡Ah, la lira de Fray Luis estaba colgada, cabe las aguas del claro Tormes, en un álamo roto; cerca de la fontana pura, a dos pasitos del paraje donde estuvo la quinta de los Agustinos! Mucha gente había pasado y nadie la había visto. Un charrito la recogió: todo por y para Salamanca. Con un político como Alba y un poeta como Galán, Castilla se salvaba. Gamazo dejaba discípulos y Fray Luis retoños. ¡Pobre Castilla mía, que no sabes oír nunca a tus poetas! Necesitas clasificarlos y sólo se clasificará lo que pasó: los bicharracos en un museo, los lienzos en una pinacoteca, los prohombres –*passer le mot*– en un partido, los volúmenes en un estante.

Comenzamos a discutir tirios y troyanos. La etiqueta era cosa muy seria. Ya pensábamos en el nicho para el entierro. Yo era un mozuelo de diez y seis años, y escribí todo lo que me vino a los puntos de la pluma para demostrar que el poeta era liberal, con el mismo derecho que mi vecino quería demostrar que era carlista. ¡Dios y el poeta me lo perdonen! Teníamos el mismo criterio de don Nicolás Salmerón, que, según el malicioso ese de Guerra Junqueiro, dividía a los poetas en monárquicos y republicanos. Los castellanos somos así: no nos unimos para honrar a un poeta si no aguanta el espaldarazo de nuestra parroquia. Si nos diera por el separatismo, dejaríamos atrás a los bizcaitarras. Haríamos que los de Bilbao riñeran con los de Deusto o con los de Begoña y hasta los del barrio de Achuri con los del ensanche de la Gran Vía y estos con los del Campo Volantín. El sagrado individualismo de la raza, tan sagrado y tan individualismo, nos lleva a reñir con el padre si nos ajusta las costuras, y con la novia si no admira como nosotros –claro que esto es una metáfora– al Sr. Primo de Rivera. Comenzamos a discutir a Galán cuando nuestro deber era recitarlo. Al pobre le dimos algún disgusto. Y el Padre Cámara, a la chita callando, episcopalmente, llamó al poeta, le dio su bendición, le hizo un prólogo, y le editó sus versos, unos cuantos, pocos, los que el mozo había compuesto.

La primera edición de los versos de Gabriel y Galán fue muy corta. No se vendía, se adquiría por amistad, y yo depuse en confianza mi liberalismo para que un cura amigo, influyente con la Mitra, pidiese por favor el ejemplar, que conservo, dedicado por el Padre Cámara. «A mis venerables hermanos de Episcopado» y destinado a los respetables padres y a las cristianas madres de familia. El señor Obispo salió del paso escribiendo un prólogo muy discreto y muy afectuoso. La fama del poeta crecía, y los periódicos comenzaban a publicar con agradable frecuencia versos de *El Ama*. Se hizo enseguida otra edición, *Castellanas*, que editó el librero D. Francisco Núñez Izquierdo: dos mil ejemplares que se agotaron en pocos días, rápidamente, dentro de la provincia. Gentes que no habían vuelto a comprar un libro, desde que el librero les sirvió

el último cuaderno de la Historia de Pirala[197], se apresuraron a leer y releer *Castellanas*. Ha habido poetas de fama más extensa, pero de fama más intensa, dentro de su cotarro, me atrevo a dudarlo, fuera de Mistral en la Provenza –le hicieron concejal sus paisanos para que no creyeran que ignoraban su talento los coterráneos– y de Mossen Cinto en Barcelona. Hubo otra segunda edición al mes siguiente: la misma suerte. Y al Guijo llegaron demandas editoriales de colaboración; de Luca de Tena para su revistita, de Barcelona, de América. De versitos, ganó Galán aquel año de 1902, aparte de los rendimientos del libro, mil doscientas setenta pesetas, «¡Camino de rico, Pepe!» referíame, riéndose.

En aquel tomo de *Castellanas* había de todo, como en la viña del Señor. Ello sería lo que fuese, pero tengo para mí que no perdonó aquellos apretones y sobos de los Juegos Florales y que ellos fueron parte para que José María la emprendiese con «los señoritos de la ciudad» con los «alcázares dorados» –¡buenos alcázares nos de Dios!– y con otras cosas raras, extrañas a su cuerda, donde filosofa a lo mejor puerilmente, como filosofa Federico Balart, todo corazón, en la poesía más larga y menos poética de la dulce *Dolores*. Las filosofías de nuestro poeta se despegan de Castellanas y una mano piadosa debiera haberlas hecho desaparecer de la edición definitiva de sus *Obras completas* que ha publicado Rivadeneyra hace unos días. Vinieron luego las *Extremeñas*, un verdadero encanto: tornaba el poeta a su buena senda. Comenzaba a despuntar el humorista:

Pa sabel sus saberis le ije...
Pos el mozu empringó tres papelis
de rayas y letras,
y pa enserealsi
de aquella maeja,
iju que el aceiti c'a mí me tocaba
era pi menus erre, ¿te enteras?
¡Pos pues dir jiciendo
las sopas con ella![198]

Toda la poesía, *El sibarita*, que es una verdadera joya, llena de vis cómica; el diálogo de aquel aldeano a quien ha dicho el veterinario, que es hereje, que el mundu se hizu solu,

pero asín, sin que naide lo jaga[199],

la plegaria del otro aldeano que le pide al Santo Cristo de la ermita, no que le haga alcalde para irse los domingos a misa jaciendu fachenda, a la vera del cura, sino que le dé un nene talludo y que pernee. ¿Qué se yo? Todo el libro es una maravilla. Después de leer aquello, volví a leer los *Aires murcianos*, los primorosos *Aires murcianos*, que eran la obsesión de todos los muchachos. Galán llegó a superarse a sí mismo. *El Cristu, Varón, El sibarita, El embargo* –que ha sido traducido al italiano, al portugués, al francés, al alemán– son dignos hermanos de *El ama*.

Adquiere el poeta una sencillez natural, una fuerza plástica, un vigor, una agilidad, una galanura que dan gloria. Canta el poeta lo que quiere como quiere cantarlo. Diría que es dueño absoluto de la forma, si Croce no me hiciera ver que esta frase no puede emplearse en el sentido que la emplearan los retóricos viejos, porque en poesía la forma es contenido, en pintura el colorido es inseparable del dibujo, y en música la frase musical es idea, idea musical, es claro. Galán llega a compenetrarse con sus personajes de tal suerte que revive, en larga y fecunda vida interior, la de estos. Son escenas de todos los días, gentes de Guijo, hombres de carne y hueso. Fulano, el sibarita, que quiere tener dinero para darse buena vida, tirarse panza arriba y contemplar las estrellas, comer huevos y poleos, paladear su taza de humeante café, fumar de cuarenta y cinco y pasear despacito, despacito, a gustar de una picardía que se ha deslizado en la conversación, mirar desde un altozano unos matorrales y unas peñas, y ver como pasean el cura, el médico y el boticario, la trinidad flamante del lugarejo. Zutano, el embargado, que ha caído en manos del fisco y le dice al señol jues que cuando vayan los ganchos de la curia, no arramblen con la cama donde ella murió, porque los hincha la jeta

[197] Sin duda se refiere a Antonio Pirala quien escribió una *Historia de la Guerra Civil y de los partidos Liberal y Carlista*. Es probable que se trate de una ironía refiriéndose a los neocatólicos y ultramontanos que procedían o fueron partidarios, del carlismo.

[198] G. Y GALÁN.– *Obras completas*.– Vol. 1. "*Varón*" págs. 283–284. [Nota del autor]

[199] Idem.– Idem.– Vol. I.– *Cara al Cielo*.–Pág. 314. [Nota del autor]

delanti usté mesmu,[200]

león que ruge, águila que chilla broncamente en la cumbre del Monte Blanco porque le han arrebatado los aguiluchos; Perencejo, el hijo de... ese que fue nuestro compañero en la Universidad, acicalándose como un barbilindo, diciéndonos que su padre no era su padre, porque iba a abrazar al hijo con la vestimenta del lugar y a dejarle unos billetes, sino un criado de su papá que se permitía ciertas confianzas porque él, tenía papá. ¡Mocoso!

Galán tuvo otros éxitos: fue premiado con la flor natural en Béjar; en Zaragoza llevó otra flor natural. Era cosa de temer por él. Si perdía la vista, se convertía en poeta de Juegos Florales, oficio que tiene su aprendizaje y que se domina tan fácilmente que clérigo anda por ahí floraleando, con treinta y siete premios –es histórico y pudiera dar su nombre– ganados con sus puños en otros treinta y siete certámenes.

No le falla un juego de esos, ni un premio de los otros, poca cosa, objeto de arte de cincuenta pesetas: la tarifa. Es especialista en glorias locales, en ingenios desconocidos y en flores a las señoritas de la corte de amor, todo puro tropo, que los cánones no toleran tales devaneos a los sacerdotes, más que siendo cosa de poesía, es decir, de pasatiempo y de saludable ejercicio. Concepción jesuítica. Pues decía que Gabriel y Galán dejó pronto aquellos devaneos, en justo castigo de los cuales le deparó otro banquete la Providencia. Un banquete original, en nombre de la tolerancia, inventado por el muy castizo cuentista salmantino Luis Maldonado, para celebrar el discurso de los Juegos de Murcia de Unamuno y los versos de los Juegos de Zaragoza de José María. Un juego más. Aquel banquete era para Galán y para Unamuno, para Unamuno y para Galán, para el primero y para el segundo, y para el segundo y para el primero, así, clarito, que había de poner las cosas en su punto, y en tierra de charros crece la suspicacia, como la hierba. Los de una acera fueron a la fiesta en bloque, como un solo hombre y los de la otra, los de José María, ellos –aunque los de Galán no eran ellos porque éramos nosotros, ¿está claro?– se quedaron en la cama admirando sus poesías, con tal de no admirar las del otro. El otro era Unamuno. Aquello fue graciosísimo. Cantaron a Galán en progresista, en republicano, en rojo, en todo menos en neo, y el hombre se dio cuenta de que el peral no puede producir más que peras y que la tolerancia no es fruta que se recoja de los jardines cultivados por el sectarismo. Sería simple coincidencia, sería un momento natural de su evolución artística, desarrollo de su programa social, pero es el caso que en *Campesinas* iba siendo otro Galán y en *El canto al trabajo* otra cosa. «Aquel banquete me lo hizo algo heterodoxo», decía un grave catedrático de gesto avinagrado. Sí, y no. Sí, porque en efecto, el poeta hablaba ahora indignado, diciendo que el que no trabajase no debía de comer y que Dios hizo bien el mundo, pero que lo pusieron mal los hombres. (A mí me parece, por el contrario, que vamos dejando bastante adecentado el Paraíso terrenal.) Y no, porque la fe que antes le aquieta, la misma fe, es la que ahora la hurga. Cristo perdona a la Magdalena y Cristo azota a los mercaderes, sin dejar de ser el mismo. Galán comenzaba a enterarse y ya se iba enterando de que lo de Guijo era cosa de broma junto al problema social de otras partes. José María no era sociólogo, naturalmente, porque era poeta, y le bastaba su natural despejo de mozo avisado para encontrar un fondo de justicia a las violencias del ejército del hambre. Su mismo cristianismo, su sana fe de roca viva, le dijo a su corazón que sobraba la palabra piedad allí donde estaba la palabra derecho. Y se trocó –decía él– en leñador indignado que salta de un hachazo las ramas secas, las ramas inútiles, las ramas estériles. ¡Ah, «la vida era solemne – y puro y sereno el pensamiento era...» en la alquería. Fuera, no. Y como no era egoísta el poeta, y era soldado de fila, hubiera ido al sitio de peligro, junto a la brecha abierta en la plaza por el enemigo.

El poeta no pudo cumplir con su deber. Le sorprendió la muerte cuando nadie la esperaba. Un ataque al corazón con complicaciones cerebrales. Muere recitando las eternas coplas:

Nuestras vidas son los ríos,
que van a dar a la mar
que es el morir.

¿Habrá concluido en el mar de la muerte la vida de nuestro poeta? No. En el campo salmantino saben sus versos los gañanes y las mozas, y los saben en Cáceres, y también los saben otros muchos que no son labriegos. Es de mal gusto un horóscopo; si Galán no queda en la literatura, merece quedar, como quedó Juan del Encina, como quedó Gutierre de Ceti-

[200] G. Y GALÁN.– *Obras completas.*– Vol. 1. "*El embargo*".– Pág. 288. [Nota del autor]

na, como quedó Mira de Amescua. Aquellos árcades bobos de Jovino, de Sánchez Barbero, de Meléndez Valdés, de Iglesias de la Casa, serán a nuestro poeta lo que las flores de trapo son a las rosas. Aroma de las rosas campestres de mi Castilla he querido traeros esta noche, queridos estudiantes de Huesca. A las palabras cordiales y afectuosas de vuestro catedrático Sr. Rivera, a la presencia de tantas y tan hermosas muchachas, al ambiente exquisito de atenciones y delicadezas que habéis creado en torno a mí en esta querida ciudad que se me ha colado dentro del corazón, quería corresponder con este manojo de rosas frescas. ¡Muchas gracias a todos, señoras y señores! Cuando vuelva a Salamanca y hable a los estudiantes, yo os prometo que les hablaré de algo muy vuestro; que ya empieza a ser también algo muy mío, de los Antillón, de los Villacampa, de Costa, de Abad, de Mallada, de la entraña de vuestra entraña y del cogollo de vuestro espíritu. ¡Os pago en vuestra misma moneda, oscenses: os quiero, os estimo y os respeto! ¡Muchas gracias!

HE DICHO.

José Sánchez Rojas

Sensaciones de Salamanca

Publicado a expensas de la Excma. Diputación

Salamanca.
Imprenta provincial,
1932

Al lector

En homenaje a Pepe Sánchez Rojas, la Diputación Provincial acordó editar estas Crónicas, que, con el título Sensaciones de Salamanca, tenía preparadas para la publicidad el castizo y admirable escritor.

Amigo de siempre del pobre Sánchez Rojas, conocía su fervor y la intensidad de su afecto hacia las cosas de Salamanca; y al invocar hoy como Presidente de la Diputación los méritos literarios del querido amigo, en justificación del acuerdo, estimé como un deber escribir estas líneas de respeto al frente de este libro que la opinión recibirá con aplauso y satisfacción.

No pretende la Diputación con este libro cancelar la deuda que con Sánchez Rojas, paladín incansable de nuestras bellezas, había contraído la ciudad; sean estas Sensaciones el primer paso que prepare una futura recopilación de la obra admirable como cantor excelso de esta tierra que él sentía tan íntima y profundamente.

La Diputación Provincial acoge esta publicación que tiene mucho de reliquia por el fervor que respira de puro amor a nuestra ciudad y expresión del salmantinismo del llorado escritor.

Atenta siempre la Corporación a fomentar con el máximo interés las bellas exaltaciones, los prestigios históricos, artísticos y educadores de nuestra provincia, contribuye, en este caso, a difundir la obra de un salmantino que llegó a dominar el idioma con notable perfección.

Por eso, al publicar Sensaciones de Salamanca*, queremos que sirva de ofrenda y loa del escritor muerto y también de acicate, sugestión y conocimiento del hechizo de nuestra inmortal e incomparable Salamanca.*

TOMAS MARCOS ESCRIBANO
PRESIDENTE DE LA DIPUTACION

Advertencia:[201]

Publico, en el mismo orden en que fueron escritas, impresiones de la ciudad, del campo de Salamanca, que corrían el riesgo de perderse en las colecciones muertas de publicaciones revistas que ya cesaron, o que se difunden en los pueblos americanos, muy lejos de nuestra tierra. La Diputación Provincial de Salamanca me hace la merced de editarlas en este volumen que devolverá destinado a no salir del rincón que sirvió de grato escenario al autor para sus evocaciones y descripciones.

El Autor
Madrid, 28 Agosto 31

[201] Nota manuscrita de José Sánchez Rojas

La Puerta del Río[202]

Puerta del Río, en Salamanca. Visión clásica de la ciudad del siglo XV, del XVI, del XVII, de todos los siglos. Visión clásica: las torres de las catedrales espejándose en el Tormes, y el campanil universitario arañando el cielo azul, y las torres barrocas de la Clerecía, y el cuadrilátero de la Merced –morada de Tirso de Molina– y los Caídos, por donde vaga la turbia sombra de la Madre Celestina. Casucas de piedras [del] XVII, del XVIII, un pretil, una cruz, el rasgado arco de Aníbal, la balconera graciosa, cara al paisaje ancho del Colegio de San Ambrosio.

Puerta del Río en Salamanca. Visión literaria de la ciudad y estampa salmantina por excelencia. 1492, nos apoderamos de Granada; los romances dicen loanzas de una reina que monta a caballo y se rodea, en Santa Fe, de las damiselas más bonitas de su reino. Un hijo de Fernando y de Isabel, Don Juan, ha nacido en Salamanca: todavía se conserva el caserón de las Cadenas, donde nació. Es enamoradizo y galante el príncipe: ha frecuentado los estudios de la ciudad; el vulgo le supone enamorado de una preciosa muchacha de ojos verdes insinuantes, de preciosa figura. Un bachiller talaverano, Rojas y Montalbán compone en Salamanca la tragicomedia de los amores de Calixto y Melibea. Todos ven en Calixto la figura del príncipe; de Melibea sospechan los bien enterados que se trata de una graciosa chiquilla. En la Puerta del Río vive Melibea – ojos verdes, insinuantes, mimoso hablar–. La madre Celestina vive en una casita cerca del río, que hay junto a las tenerías. Puerta del Río. Alborea el siglo XVI. El Lazarillo que ha nacido en el Molino de Tejares, viene a Salamanca todos los días por el puente romano y gana la Puerta del Río, para internarse luego, por la de Tentenecios, en la ciudad. Hampón y estudiantes se entienden perfectamente. De la Escuela ha surgido siempre un ambiente de picardía que es colorario [sic] preciso de todo ejercicio mental. Lazarillo hurta el vino de la bota al ciego. Por el Puente van los estudiantes a visitar las buenas mozas que salen en barcas adornadas de ramos los días santos de Semana de Pasión.

Puerta del Río... Postrimerías del siglo XVI. Agosto. Por el Puente llegan cargados carros de trigo para los colegios. Una monjita, Teresa de Jesús, camina por este puente en una mula, o en un asnillo, o en un carrito. El carrito lleva una estampa de la Virgen dentro y una pila de agua bendita y una esquilita para llamar a la oración a las pobres mujeres que lo ocupan. Camino de Alba. Donde ha de morir Teresa. Camino de Peñaranda y de la Corte: ringleras de solicitantes, de hampones, de arbitristas, de gente aguda y ociosa que no puede sorber la quietud de la ciudad. Por este puente va Juan de Fontiveros a Duruelo y a Baeza. Por este puente van los cortesanos del duque D. Fernando a gozar de las delicias del castillo Ducal. Por la Puerta del Río bajan los irlandeses a bañarse en la chorrera. Frailitos de hábito café, y de hábito blanco, y de hábito negro, y con una cruz al pecho, pasean, puente adelante, las tardes soleadas.

Puerta del Río; siglo XVIII... Paseo de Jovellanos a los Tejares, de Meléndez, de Iglesias de la Casa, de Sánchez Barbero, al Zurguén. Poesía bucólica y de talco, y de taracea, y de mentirijillas. Cloris rubias y Filis morenas cabe los chopos y álamos del río.

[202] Publicado, inicialmente, en *La Esfera* (30-11-1929) y posteriormente, en *El Adelanto* (19-03-1932) coincidiendo con la primera onomástica de José Sánchez Rojas tras su fallecimiento.

El toro romano del puente preside el idilio de cartón. En el Arrabal habitan gitanos y feriantes. Los robos de la ciudad se fraguan en este arrabal quieto y silencioso, relleno de mesones y botillerías. Las ferias de la ciudad se sitúan en el Teso.

Siglo XIX. Puerta del Río. Uniformes franceses, muchos uniformes. El general francés es nombrado «doctor honoris causa» por el Cabildo de la Escuela; cuando se acaba la ocupación es revocado el nombramiento. Tropas aliadas; portugueses, ingleses, flamencos de ojos claros. Lord Wellington vive en el palacio de San Boal; el arrabal del puente es su campamento; se prepara el glorioso desquite de los Arapiles. Los dos tesos se perfilan allá al Este, antes del mancho zarco de la Sierra de Béjar, recortando el horizonte limpio, entre montes y encinares. De la Puerta del Río salen las tropas que han de ganar los cerros y han de aplastar después a los residuos de las tropas de Marmont en la cuesta de Carva Hijosa; en el descampado de Garciherández Goya, en un cochecito de mulas, viaja con el duque de Ciudad Rodrigo.

Puerta del Río, siglo XX... Ferias de Septiembre de 1929. Siete de la mañana. Piedras rojas, cielo, azul. Merinas, caballos, mulas por el puente, charros caballeros con su sombrero cónico y su chaquetilla de caballistas, en la camisola rizada lucen botones de filigrana. Buhoneros, viandantes, arrieros, serranos con cargas de frutas de Becedas y del Barco; armuñeses, campesinos de Vitigudino que ya tienen facha aportuguesada; quincalleros que andan siempre de querellas con la justicia... Puerta del Río, en Salamanca.

Jornadas Teresianas[203]

Clásico es el viaje primero de Teresa a la ciudad de los doctores. Teresa llega a Salamanca una víspera de la festividad de Todos los Santos, a medio día. «Si que asoma por el Arrabal y pasa con sus monjitas la puente con el toro, pregunta por el único amigo salmantino que ella conoce. Se llama Nicolás Gutiérrez. Él es –nos dirá la graciosa narradora– «harto siervo de Dios que había ganado de Su Majestad, con su buena vida, una paz y contento en los trabajos grandes, que había tenido muchos, y vístose con gran prosperidad, y había quedado muy pobre, y llevábalo con tanta alegría como la riqueza»[204]. Pero la casa de la Fundación, esta castiza casona de los Ovalles con su arco apuntalado[205], oculta humildemente en una plazoleta solitaria detrás de San Juan de Barbalos, es un mesón de estudiantes. Nicolás comparece ante Teresa. «Como vino –agrega– díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen de ella». A trancas y barrancas, los escolares abandonan la posada a la caída de la tarde; ya de noche, Teresa penetra en ella con María del Sacramento y otras compañeras.

Las piezas de la vivienda no están harto curiosas, que al fin y a la postre, han sido aparejadas por estudiantes. Las monjitas tienen que acudir antes a la escoba que a la oración. Teresa barre, friega y ríe. «Estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche».

Por la mañana ya se oye la primera misa, que Teresa no puede, no sabe vivir sin su Jesús. Las monjitas de Medina del Campo, que han venido a la ceremonia después de una caminata de diez y seis leguas, tornan a su monasterio oída la misa, habiendo de pernoctar en Cantalapiedra. La noche de Todos los Santos quedan solas Teresa y María del Sacramento en la casona. La compañera es miedosa si las hay. Doblan a muerto las campanas en la ciudad de los brujos, de los magos y de los nigromantes; el marqués de Villena anda a escobazos con los súcubos en la iglesia de San Ciprián; del Tormes sopla un vientecillo aullador y violento que cierra las ventanas de la casona con estrépito. «Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mí compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reír». María, ante el viento y el tañido de las campanas, da en la flor de suponer que los estudiantes, gentecilla burlesca y despreocupada, por lo general, permanecen ocultos en la casona, ya que salieron de ella con evidente enojo. La alcoba donde duermen las hermanitas es harto pobre; en el suelo han echado paja, que las sirve de lecho. Las monjitas de Santa Isabel las envían ropas que no tienen y algunas viandas para pasar la noche. ¡Sacrificio pequeño que siempre recompensa Jesús con el amor! Teresa tiene sueño; pero María, toda

[203] Publicado en *El Adelanto* el 6 de agosto de 1929.
[204] *Libro de las fundaciones*, cap. XIX, 2.
[205] Entendemos que se trata de una errata de imprenta y que en realidad debía decir *arco apuntado*.

desasosegada e inquieta, mira a un lado y otro de la estancia, y no sabe cerrar los párpados, y no da paz a la lengua, preguntando cosas que la dormilona esquiva para reposar.

Teresa, sobre la paja, va quedando dormida en esta casona de los Ovalles. Jesús con su mirada más dulce y acariciadora, extiende sus brazos sobre la frente de la Amada, y Teresa, suavemente, va perdiendo la noción de la hora y olvidando el peso de las fatigas del día. Tiene ropa nueva de las Isabeles; ha cenado aquella noche; ¿qué más puede pedir a su Jesús? Pero Sor María la despierta:

– Madre –la dice–; estoy pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríades vos sola?

De «recia cosa» califica Teresa la pregunta. Y sigue contando en su castellano natural como el agua de los regatos y como el rubor de las doncellas. «Aquello, si fuera, me parecía recia cosa; hízome pensar un poco en ello y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba que, como he dicho, era noche de ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías; cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije:

– Hermana: de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir.

Y durmió Teresa de un tirón, que ya llevaba dos noches malas. Esta casona fue durante cuatro años palomar teresiano, hasta que el Carmen se instaló definitivamente, no lejos de allí, en el hoy paseo de su nombre. Pero esta casona, que evoca un sueño reparador de Teresa, un diálogo gracioso en noche de Ánimas, estudiantes bulliciosos y el hambre y la pobreza de siempre, es el paraje teresiano por antonomasia de esta Salamanca, que guarda también el ataúd donde fue trasladado el cuerpo de San Juan de la Cruz desde Baeza a Segovia, y no lejos de aquí, entre montes y encinares, camino de Alba, completa estos recuerdos aquella fuente que recuerda los descansos de Teresa por las calzadas y su último viaje a Alba, en busca de la duquesa de Alba, Dª María Colón y Enríquez, cinco días antes de morir, de cara a la Vega, oyendo los lamentos del quejumbroso Tormes.

Un patio y una casa[206]

Patio de clausura del convento dominicano y salmantino de San Esteban, detrás del claustro llamado de Colón y donde jamás estuvo el Almirante genovés… ¡Patio recoleto y silencioso: torno a tu recinto después de una ausencia de algunos años! ¡Ay, esta vida que se estrella ante tus muros de piedra berroqueña, estos rumores del oleaje humano que callan siempre ante los brocales de tus dos pozos; estos amores y estos odios del mundo de fuera que tú no conoces, patio silencioso y recoleto, han agitado y encharcado más de una vez mi espíritu ¡pero, lejos de destruirle, le han dado una nueva fuerza interior! Patio mío: vengo a ti solo sin el amigo muerto, sin aquel pobre doctor maestro insigne de tu ciudad y de tu Escuela, a quien arropa la tierra, madre común de todos, en las altas montañas aragonesas de la comarca de Graus. Y tienes, como yo, patio del espíritu, patio de silencio, patio de plegaria, una oración para el amigo, a quien la muerte sorprendió risueño, como un niño grande que era él...

¡Patio de Salamanca, patio de fray Diego de Deza, y Covarrubias, y del Padre Vitoria, y del místico fray Matías, y del violento padre Getino, y del aniñado padre Arintero, y de los coloquios con Dios de Unamuno y de Dorado –mis maestros–; buenas tardes! Otra vez frente a frente, al cabo de los años, ¿Qué me cuentas, patio? La ciudad ya ves que va perdiendo su espíritu; como Florencia se olvidaba de las huellas de Beatriz, Salamanca vuelve las espaldas a Nuestro Señor Quijote y niega como los mercaderes, la hermosura y lozanía de Dª Dulcinea. Prefiere los yangüeses y las mozas del partido que hay en los molinos. Sus piedras de oro enrojecen de vergüenza más de una vez ante las hazañas de los hombres. Los circos taurinos han desplazado los paraninfos, y la emoción civil huyó de las polémicas en su Academia. ¡Ay, patio nuestro, patio de mi amigo y patio mío, donde veníamos a conversar, y a orar, y a tejer los hilillos de oro de nuestras querellas inefables, patio recoleto y silencioso de San Esteban de mi Salamanca; tengo sed, como antaño y quiero agua cristalina de tu pozo, que me refresque el corazón! ¡Tengo sed de Dios, de Soledad y de silencio precioso patio de Salamanca!

[206] Previamente se había publicado en *La Esfera* (17-08-1929).

¡Y esta casa, esta casa de las Muertes, junto a las Ursulinas, a la vera de la Santa Cruz, junto a los álamos de San Francisco, qué hermosa eres! Eres hermana gemela, hermana –por los siglos– de la casa del maestro, que tiene los balcones cerrados y el despacho silencioso y obscuro[207]. ¿En virtud de qué misteriosa asociación de ideas, ante tu fachada, casa elegante y peregrina, se amontonan en ringlera de luz todos mis recuerdos de niñez? ¿Por qué te llaman casa de las Muertes a ti, palacio salmantino de bellos medallones, cuando evocas y resucitas la vida mía? Una vez –¿te acuerdas?– el sol poniente incendiaba la ciudad como una hoguera. Éramos estudiantes... Unos ojos puros, castaños, nos alumbraban el senderito azul. Pensábamos con el corazón y sentíamos con la cabeza. Lecturas del Quijote, de San Francisco el pobrecito, del atormentado gibelino el Alighieri.

Caminando l'altrier per un camino;
ansioso del pensier che me sgradia,
trovai Amor nel mezzo della vía
in abito leggar di pellegríno…[208]

Y el maestro nos asomaba a los más dilatados y mareantes y abismáticos horizontes del pensamiento y de la oración, y nos recitaba a Carducci, y a Verlaine, y a Leopardi. Y nos decía las eternas estrofas de la niña del Romancero.

Rey moro tenía tres hijas
–todas tres como la plata–;
la más pequeña de todas,
Delgadina se llamaba,

¿Dónde está Delgadina, casa de las Muertes? ¿Cómo se llama ahora? ¿Y el maestro, dónde está? Los balcones, cerrados; la casita, también cerrada. ¡Déjame curar mi angustia, sin Delgadina, sin el maestro, entre los álamos, oyendo a los hermanitos pajarillos en la fronda del jardín de San Francisco, viendo, encima de mi cabeza, pero aplastándome el corazón, el cimborrio macizo y señorial de las Agustinas!

Fray Luis y Santa Teresa[209]

La edición de Salamanca de 1588 de la vida de Santa Teresa de Jesús aparece prologada por el maestro fray Luis de León. A la misma Ana de Jesús y a las religiosas Carmelitas descalzas del monasterio de Madrid dedica su prefacio el fraile agustino. A esta misma religiosa, tan devota y amiga de Teresa, consagra también el catedrático su edición póstuma de la exposición del libro [de] Job. Y en la edición, también salmantina, del Tratado del Castillo interior, o de las Moradas, aparece una advertencia del maestro sobre las enmiendas o correcciones hechas en el libro, lamentando la torpeza e incompetencia de los censores y correctores que en él pusieron sus manos pecadoras. «Y ruego por caridad a quien leyere este libro –escribe fray Luis entre afligido y enojado– que reverencie las palabras y las letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien, y verá que no hay que enmendar, y aunque no lo entienda, crea que quien lo escribió lo sabía mejor, y que no se pueden corregir bien las palabras, si no es llegando a alcanzar enteramente el sentido dellas, porque si no se alcanza lo que está muy propiamente dicho, parecerá impropio, y desta manera se vienen a estragar y echar a perder los libros». Es, pues, patente y notoria la admiración del fraile agustino por la graciosa y españolísima Reformadora del Carmelo.

«Yo no conocí ni vi a la madre Teresa mientras estuvo en la tierra», nos dice fray Luis en el prefacio de esta edición salmantina de 1588, impresa por Guillermo Foquel. Estos espíritus, tan semejantes, tan selectos, tan de la entraña de Castilla, viven siempre muy cerca, sin encontrarse frente a frente. Santa Teresa nace en 1515 –28 de Marzo–, y fray Luis en Belmonte –15 de

[207] Cuando esto escribía Sánchez Rojas, D. Miguel de Unamuno estaba desterrado por la Dictadura.

[208] Cavalcando l'altr'ier per un cammino,/ pensoso de l'andar che mi sgradia, / trovai Amore in mezzo de la via/in abito leggier di peregrino. ("Cabalgando el otro día por un camino/ reflexionando sobre el mi desagradable viaje,/ me encontré con Amor en medio del camino, /con ligero hábito de peregrino.") Soneto da *Vita Nuova* "Cavalcando l'altr'ier..."

[209] Publicado en *La Esfera* (19-10-1929) y también en *La Voz de Guipúzcoa* (16-04-1930) y *El Luchador* (17-07-1930).

Agosto– en 1528. Cuando ingresa fray Luis en el convento de San Agustín, de Salamanca –29 de Enero de 1544–, a los diez y seis años de edad, Teresa, de veintinueve, no ha salido de Ávila todavía. En 1561 gana la cátedra fray Luis, y Teresa anda fundando el convento de San José y escribiendo su Vida, por imposición del padre Báñez. En 1570 –dos años antes del ruidoso proceso de fray Luis– visita Teresa por primera vez a Salamanca en la víspera de la festividad de Todos los Santos –31 de Octubre–, pero no conoce a fray Luis. Del 72 al 76 permanece prisionero el maestro en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, y Teresa, en estos años da buena cuenta de sus fundaciones de Alba de Tormes, de Segovia, de Beas, de Caravaca y Sevilla. En el 74 es denunciada, como fray Luis, a la Inquisición por el libro de su Vida, y en el mismo año habla en Valladolid con los mismos letrados que están tramitando el proceso del agustino. Teresa vuelve a Salamanca, de paso para Alba, donde ha de morir algunos días después, en Octubre de 1582, y fray Luis anda muy atareado con la impresión del Cántico de los cánticos, de Los nombres de Cristo y de La perfecta casada. En 1587 prologa la Vida de Teresa en Madrid, prólogo que ha de ver la luz un año después, como hemos dicho. Y en 1591, nueve años después de la muerte de Teresa, fallece fray Luis en el convento de Madrigal de las Altas Torres –23 de Agosto–, cuatro meses antes, por cierto, que San Juan de la Cruz.

No conoció ni vio jamás fray Luis en la tierra a Teresa de Jesús; pero la conoció y la vio en las «dos imágenes vivas» que dejara en su paso por Castilla: sus hijas descalzas del Carmen, y sus libros. La Obra teresiana se le antoja al maestro algo más que un milagro, porque es un «ayuntamiento de milagros». Le maravilla que una flaca mujer «tan animosa» emprendiese una obra tan grande, «pues tiene ya llena a España de monasterios en que sirven a Dios más de mil religiosos, entre los cuales vuestras reverencias las religiosas lucen como luceros entre las estrellas menores». De los libros, ¿qué ha de escribir fray Luis, que tanto sabe del castellano y de sus modismos y de sus gracias? Teresa, «en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios» –sentencia el más rico prosista de nuestra lengua–. Y sentencia más. Su juicio se adelanta, confirma y agota el de la posteridad. «Y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos (con estos escritos de Teresa) se iguale. Adivina el maestro que el secreto del encanto de Teresa estaba en lo que hoy llamaríamos emoción y él califica de ardor, «ardor que salió pegado en sus palabras, de modo que levantan llama por donde quiera que pasan». Y atento al encargo que le ha dado el Consejo Real de examinar cuidadosamente los libros de Teresa, lejos de los sinsabores pasados en el delicioso retiro del convento madrileño de San Felipe de Neri, donde escribe, no se cura más que de restituirlos a su primitiva pureza, expurgándolos de las correcciones de los teólogos pedantes que les afeaban. «Que hacer mudanza –escribe fray Luis– en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que le movía a escribirlas, fue atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia».

Para concluir: lo que persiste en fray Luis es, sobre todo, su independencia mental, su espíritu, rebelde a todas las convenciones; la altanería de su inteligencia, que le lleva no sólo a discutir, sino también a censurar a sus jueces en los momentos más duros de su prisión. Buena prueba de su independencia está en su interpretación, tan sagaz y tan moderna, del espíritu teresiano. Digámoslo ahora que se oscurece un poco maliciosamente la figura tan castellana de la Santa, y que no destaca como debe este episodio de la interpretación critica de Teresa de Jesús por el glorioso Agustino que jamás escribió al dictado.

La Casa de la Salina[210]

Si Dios me da humor y tiempo, que hasta la hora de ahora, gracias a Él, no me ha faltado, he de disertar, en estas amables páginas de Prensa Gráfica sobre los palacios, sobre los lindos palacios –renacentistas y plateresco– de Salamanca. Ya hemos hablado del de las Conchas, con su escudo alisado de las cinco flores y su estupenda reja del Ave María, que más que reja, se me antoja un precioso altarito callejero; hoy hablaremos del de la Salina, de bella leyenda y de triste presente; mañana le tocará el turno a Monterrey, donde durmió Teresa, gran amiga de la

[210] Publicado en *La Esfera* (03-08-1929).

condesa Doña María Colón y Enríquez, nieta del Almirante. Irán después la torre del Clavero, a la entrada de una rúa salmantinísima –la de Caldereros– que daba antaño acceso al convento de San Jerónimo; el palacio del marqués de Albayda, que parece arrancado de Siena o de Florencia; la casa de fray Luís, según el vulgo, y de su amiga María Varela de Ossorio, «la perfecta casada», según la historia; el palacio de San Boal, propiedad de los Cerralbo y Villalobos, y Flores Dávila actuales, poco piadosos con la lente del fotógrafo y con el comentario histórico, que no admiten trabas, donde naciera, en la portería, el gran poeta Ventura Ruiz Aguilera; la «casa de Santa Teresa», sencilla y humilde como una paloma mística; el palacio de los Garci-Grande, con el más bello balcón esquinado que hemos visto.

Realmente, hay la casa salmantina que convendría estudiar con amor. Ya lo intentó mi amigo Ángel Apráiz, catedrático de Bellas Artes en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona, cuando moceaba en Salamanca con sus primeros entusiasmos docentes. La enumeración de las maravillosas casas salmantinas que merecen un estudio detenido nos llevaría muy lejos. ¿Cómo olvidar la casona de los condes de la Oliva, en la plaza de Fray Luis de León, con su sol de los Austrias en la portada y su maravilloso patio toledano en el interior? ¿Y qué decir del palacio de los nobles irlandeses, donde moran los estudiantes de Teología del país católico y legendario, que se bañan en el Tormes de madrugada, así en los rigores del estío como en los del más crudo invierno? ¿Cómo no incluir en esta enumeración aquella casa de los marqueses de Almarza que hay junto al viejo Hospital, con un patio donde cabe media ciudad, y que tiene su leyenda correspondiente de una marquesa resucitada, cuando el infiel guardián quería robarla las sortijas aristocráticas de los enjoyados dedos? ¿Cómo no incluir también la «Casa de las muertes», a la vera de la morada de ese estupendo pensador que se llama Miguel de Unamuno, y que ha mecido sus mejores sueños contemplando desde el balcón, las cornisas de Monterrey, cuajadas de nieve, y los álamos centenarios que decoran la calleja solitaria de las Ursulinas? ¿Cómo olvidarse de la casita que habitó, en la calle de Toro, aquel castizo escritor y cuentista y buen hombre que se llamó Luis Maldonado, de rancia prosapia salamanquina? Pese a sus cronistas de escalafón y a sus propagandas y juntas de turismo, yo demostraré que Salamanca permanece todavía inédita para las gentes cucharonas y ávidas de belleza.

En la calle de San Pablo, a veinte metros escasos de la plaza de Colón y de la estatua del Almirante, levantada por un pueblo que tuvo la creencia de haberle ofendido y denostado en vida antes del descubrimiento, cuando la historia demuestra que ocurrió todo lo contrario; en la calle de San Pablo, plantel de palacios maravillosos y de casonas hidalgas se alza la graciosísima casa de la Salina, convertida hoy, por azares del hado adverso, en Diputación Provincial de la Charrería. La casa tiene su leyenda como todas las casas bellas.

Parece que el arzobispo de Santiago, D. Alfonso de Fonseca [sic][211], fue un clérigo harto mocero y galanteador; lo que podemos afirmar desde luego, después de haber contemplado su obra en el castillo de Coca, de Segovia; en Palencia y en Santiago, de Galicia, es que fue un hombre exquisito, gozador de la vida y gran amigo del Renacimiento. De muchacho conoció las lindas ciudades y mujeres italianas y francesas. Su escudo de cinco flores rojas, octógonas en campo de plata, campeó en las copas de oro, en los cristales y vasos de Venecia, y en los bordados de las bellas.

Amó y gozó la vida intensamente y plenamente D. Alfonso de Fonseca; su familia entroncaba con los Rojas y con los Álvarez de Toledo; era señor de Monterrey, y como obispo de Palencia, conde del Valle de la Pernía. Luego de arzobispo en Compostela, a cuya archidiócesis perteneció Salamanca en las postrimerías del siglo XVI y en los albores del XVII, Don Alfonso celebró un Congreso Diocesano en la ciudad del Tormes; los nobles de la ciudad, los Maldonados, los Rojas, los Zúñiga, los Enríquez, los Solís, no quisieron alojar la linda amiga que llevaba consigo D. Alfonso. El arzobispo, enojado, construyó y levantó y edificó para la Salina, que tal era el remoquete con que era conocida la preciosa coruñesa que aliviaba los ocios de su excelencia, esta linda morada.

He aquí el palacio elegante, italiano, señoril, con los preciosos balconcillos de sus aleros, con el escudo de las cinco flores rojas en los extremos altos de la fachada, con los cinco medallones en piedra de los risueños y sensuales ascendientes de D. Alfonso, con el bello patio plateresco que recuerda, por una parte, los grandes patios góticos de Barcelona y de Perpiñán,

[211] Por Alonso de Fonseca. Errata no atribuible a Sánchez Rojas puesto que en otros artículos le nombra correctamente.

y por otra, los cortili de Pisa y de Siena, las dos ciudades hermanas de Salamanca. En Castilla, junto al Tormes, por estos caprichos milagrosos del arte y del amor, florece la paganía a la vera de la austeridad de lo románico y de la solemnidad de lo gótico. La casa de la Salina, morada de un gran señor, es uno de esos juguetes caprichosos que se han escapado de la Toscana o de la Lombardía para deshacer la estúpida leyenda de la sequedad de los hombres de la llanura. Toda la casa es una sonrisa, porque la piedra salmantina es tan obediente que sabe sonreír.

En las cornisas del patio, sirviendo de sustento a un gracioso balcón calado, el señor arzobispo ordenó a los artistas que esculpieran las caras de sus enemigos, los nobles de la ciudad, y allí están, soportando el peso de su falta de galantería con una mujer guapa, los Maldonado, gente huraña, seca y beaturrona; los Rojas, abuelos míos, cuando eran marqueses de Pozas y andaban, siempre rebeldes a cintarazos con inquisidores y corchetes; los Zúñiga, bejaranos ricos, dueños de grandes bosques y de castañares umbrosos; los Enríquez, retoños de la brava placentina María, que dieron días de gloria a la casa de Mirabel y de Gor; los Álvarez de Toledo, señores de Alba de Tormes y de Miranda y de Babilafuente, guerreros y artistas a la vez.

Hogaño, la ilustre casa es nada más que la Diputación de la Provincia. ¡Triste destino el de las cosas! Lo mediocre se apodera de lo elegante, y brota siempre el cardo en los más hermosos praderales. Vaya una queja de un salmantino que ama y conoce su ciudad; esta Diputación que tiene su cronista que no vive en la ciudad ni la conoce ni la estima, tiene la obligación de editar la monografía de este palacio.

¿A qué espera? Verdad es que los que viven entre infolios indigestos, dedicados a la salmantinísima tarea de encontrar lunares en la vida y en la obra de fray Luis de León, no son los más indicados para comprender ni sentir este bellísimo palacio que más de una vez han asaltado para sus cuchipandas los desaprensivos, los majaderos y los audaces.

En el jardín ducal de Alba[212]

Siempre que vengo a este jardín abandonado, que fue de los duques de Alba, y que hoy se encuentra en poder de unos pobres aldeanos que riegan sus tomates y sus cebollas, me place abrir un libro de Garcilaso y saborearlo a mis anchas, sentado en uno de los bancos de alabastro que hay en uno de sus rincones más evocadores. Detrás de mí, en unas piedras rotas que antes decoraban una fontana, dos gigantes sostienen el escudo de los Álvarez de Toledo. Enfrente, domina sobre la villa de

aquesta tierra de Alba, tan nombrada.

la mole ingente del castillo y la torre de San Pedro. Ni un ruido, ni rastro de persona viva en torno a mí. Canta sus lamentos el quejumbroso Tormes en esta plácida hora del atardecer. Unos lindos soportes de alabastro venidos de Italia, que antes sostuvieron unos graciosos leoncillos de mármol de Carrara, se van desmoronando poco a poco. En la que fue soberbia escalinata de acceso, el hortelano riega sus hortalizas. Del convento franciscano de Santa Isabel llega una salmodia lenta de rezos monacales que se van apagando. Unos niños, en el atrio que fue de San Martín –por él pasó Teresa de Jesús en un borriquillo, camino de Peñarandilla– dicen un romance infantil que siempre me llena de melancolía:

Rey moro tenía tres hijas,
Todas tres como la plata
la más pequeña de todas,
Delgadina se llamaba…

En este jardín y en este rincón precisamente, y tal vez en este banco donde yo estoy leyendo ahora, hace más de cuatro siglos que Garcilaso de la Vega, calladamente, regaladamente, temblorosamente, dijo sus más inefables secretos del corazón a una dama rubia y portuguesa. Dª Isabel de Freyre –azafata de los duques– se llamaba esta señora.

Era alta, dulce, donairosa y gentil. Llevaba Sus cabellos en redecilla rodeaba; el cuello de esta mujer,

[212] Previamente se habría publicado en *El Adelanto* (08-08-1929) y *La Esfera* (09-11-1929).

más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por Abril de flores lleno.

de finos encajes color perla de Milán y un gracioso juboncillo cubría su busto en flor de doncella. El caballero toledano bebió los vientos por Dª Isabel. Dª. Isabel es la Elisa:

Dime, Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y sus mudanzas ves, estando queda
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo?...

Con Elisa, con la Dª Isabel de carne y hueso, el caballero toledano del «dolorido sentir» quiere vivir a solas:

Contigo, mano a mano,
buscaremos otro llano;
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos…

Este jardín abandonado de Alba de Tormes, solo, maltrecho, repudiado por los hortelanos porque acaso no produce lo bastante en este siglo de hortalizas que llamamos el siglo XX, era en el XVI el nido amoroso de uno de los hombres más exquisitos y delicados de nuestra raza. Nadie ha escrito, ni antes ni después en nuestra lengua castellana, versos más regalados y musicales:

¡Oh más el mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve; Galatea
estoy muriendo y a la vida temo.
Tiembla mi corazón, pues tú me dejas.

¡Qué humano es evocar, con los versos de Garcilaso delante de los ojos, en este melancólico jardín de mi pueblo melancólico, el triste destino de las cosas!

De la villa de las Églogas apenas queda ya nada en pie. Unos paredones quemados apenas si recuerdan el Monasterio de San Francisco. Del atrio de San Martín, los muros de unas eras donde cantan los niños este romance, que también oyó Garcilaso en su niñez. De «la espesura de las torres altas», que tanto enhechiza a Nemoroso, restan dos campaniles nuevos de ladrillo, arañando el cielo crepuscular. Las campanitas de Santa Isabel tañen suavemente la hora de Ángelus. Un auto rueda sobre la calzada –teresiana– de Peñaranda. Los duques, y los Príncipes, y los Poetas, y las Azafatas, y los Pajes, y los Bufones de la pequeña corte de los Álvarez de Toledo bostezan ahora por esas playas de Dios.

No queda otra cosa eterna sino el dolor de un hombre… Tal vez aquí mismo compuso sus versos Garcilaso. Contemplando lo infinito a través de los ojos azules y anchos de Doña Isabel, este inquieto y «dolorido» caballero escribía en su espíritu el perfil y el gesto de la Amada:

Escrito está en el alma vuestro gesto...
Vos sola lo escribiste; yo lo leo…

¡Cuántas veces el caballero –ojos grises y profundos, barba rubia, jubón negro, de mangas arrocadas, cruz de santiaguista al pecho, espada al cinto, chambergo de altas plumas en la hermosa cabeza pensadora–, cuántas veces dijo aquí el secreto de su «dolorido» sentir!

Desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor, y ansí me quejo en vano;
ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó su dulce prenda,
que aquel era su nido y su morada.

Y cuántas, esquivando la mirada de los ociosos y burlones cortesanos, que leían alegremente en la misma lengua toscana los cuentos de Boccacio y las ocurrencias del Aretino, Garcilaso sacaba del bolso una pequeña reliquia para besarla:

Una parte guarde de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan.
Descójolos, y de un dolor tamaño,
Enternecerme siento que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.

No se hartan nunca de llorar los ojos del poeta caballero en este jardín. De llorar de alegría, de plenitud, de serenidad, de complacencia en el bien ajeno, que es una suerte de llanto que solamente conocen los buenos y los poetas...

La capilla de Santa Bárbara[213]

Grados universitarios en las postrimerías del siglo XV, en los albores y en los promedios del XVI, Salamanca la roja, y la Escuela frente a los claustros de la Catedral, no vieja, sino flamante y en piedra recién labrada, y la casa de las Conchas, que es un primor, y la Rúa, que comunica la plaza de San Martín con los bulliciosos patios salmanticenses… Isabel, que alguna vez visita Salamanca desde Medina, y su hijo Carlos, el flamenco con su procurador Adriano y su llavero y administrador Xebrés, que cuida la amistad y el arrimo de los doctores –siempre bienquistos con los gobernantes–, y Felipe II, nimio y detallista, que mete cucharón real así en el color de la beca y del manteo, como en la conformación del gorro y del chambergo de los colegiales.

Grados en Santa Bárbara. El marqués de Villena, estudiante, se esconde detrás del púlpito de San Ciprián, inventando cuentos y mentiras de magia, hechicería y brujería. En Salamanca comienzan las leyendas de los quiromantes –el de Santillana– es también estudiante, y por los montes y encinares de la Armuña, y del Abadengo, y de Alba, y de las Cuevas de Ledesma, se adiestra ya en la caza de las perdices y en la persecución silvestre y montaraz de las mozas charras, frescas y sanotas como las manzanas. Grados en Santa Bárbara. Un bachiller talaverano Rojas y Montalbán, cansado de textos de Instituciones y Pandectas, contempla los ojos verdes y misteriosos de una salmantina. Surgen Melibea y Calixto, y la vieja Celestina –que ha dejado cría perenne entre las comadrejas siempre crecientes de la ciudad– inventa las primeras tinturas para quebrar y suprimir el rubor de las doncellas. Hay un eclipse de sol. Hay inundaciones en la ciudad. Muere el príncipe D. Juan, fruto de los amores de Isabel y Fernando. Las mancebías de la ciudad van en aumento. La puerta de los carros de la capilla ve salir continuamente a graduandos suspensos y fracasados.

Grados en Santa Bárbara. Se han empezado las obras de la Catedral nueva. El padre Vitoria, impedido y achacoso, explica a los escolares su derecho de gentes; un alumno del padre Vitoria se llama fray Luis; ha profesado en la Orden de San Agustín y es de Belmonte en la Mancha. En el pupitre compone sus primeras imitaciones de Horacio… Los colegiales hartan a la ciudad con sus fueros y privilegios. Los del Colegio Viejo o San Bartolomé, son después, en la vida, Obispos, corregidores, secretarios de despacho, inquisidores, oidores. Todos pasan por los bancos de Santa Bárbara.

La capilla se conserva ahora como antaño. En el centro los pupitres de los graduandos y el sillón del objetante. A la vera de los sepulcros, donde reposan para siempre las cenizas de varones ejemplares, los bancos para los claustrales y doctores de la Universidad. ¡Qué pesados son estos señores en las pruebas! Hasta ocho horas seguidas aburren al aspirante a maestro, al aspirante a doctor, con dilemas y entimemas y sorites. Muchas veces cae el ratón en la ratonera. Entonces sale el pobre, mustio y lloroso, por la «puerta de los carros».

Y cuando sale victorioso, ha de preparar el ágape para los maestros y para los compañeros. Todo está medido y tasado en ese ágape. Las alubias y las truchas serán del Barco, aunque los que pescan delgado en aguas estancadas, saben que las mejores truchas son las de al lado: las de las Chorreras y las de la Laguna del Duque, más allá de Béjar. Ha de haber después el asado de tostón: ¡divino manjar! El vinillo tinto, fuerte y espeso, se prefiere de Villamayor. El trigo para los panes blancos se compra en la alhóndiga de la Universidad, y es de las tierras de la Armuña o del Abadengo.

[213] Publicado en *La Esfera* (24-08-1929).

Grados universitarios salmantinos. Capilla de Santa Bárbara. Se juegan luego toros y cañas. Por eso hay alusiones taurinas en la preciosa escalera universitaria levantada en los buenos tiempos de los Reyes Católicos de Castilla y de Aragón, Fernando e Isabel. «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando». La tradición llega hasta el siglo XVIII, con catedráticos toreros del fuste de D. Diego de Torres Villarroel. A nosotros llegan los posos y las rebañaduras, de los dos circos, el taurino y el académico, los del campo se comen a los de la ciudad y los encerraderos suelen ser más frecuentados que los paraninfos.

La celda y las tormentas[214]

El prisionero lleva más de seis meses de reclusión en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid. Una imagen de Nuestra Señora y un crucifijo de pincel disimulan la desnudez de los muros de la celda; sobre la mesa, unos libros de piadosa meditación –San Bernardo, San Agustín, el Tratado de la Oración, del maestro Granada–, constantemente abiertos, ocupan y solazan las horas del poeta. A pesar de las calamidades y miserias del encierro, gusta el agustino «de tal quietud y alegría de ánimo», que ha de recordarlas después, en las horas de libertad, cuando vuelva a gozar del trato de los hombres que le son amigos.

Separado de las envidias, el fraile escribe pedimentos al fiscal y a los jueces, y largos y terribles alegatos que sirven de contraprueba a los careos que le acumulan sus enemigos y calumniadores. A veces quiebra en estos escritos la ecuanimidad del prisionero. Una ironía sangrienta, un apóstrofe violento, un inciso desdeñoso flotan sobre la superficie tersa y bruñida de su estilo. Entonces el fraile, asustado del huracán de sus propias pasiones, que creía acalladas, torna al comercio y a la lectura de su glorioso padre San Agustín; al trato de las musas, a la evocación del paisaje que abrió brechas de luz en las tinieblas de su espíritu vacilante y congojoso.

¡El paisaje! Mejor bálsamo es en «sus malenconías y pasiones del corazón» que la cajita de polvos que para él confecciona, con exquisito amor, la monjita de Madrigal, Ana de Espinosa. El buen maestro comienza a escribir, con su letra grande y clara, el peregrino tratado de Los Nombres de Cristo. Marcelo, Sabino y Juliano departen en la quinta de la Flecha.

Desde la celda del Santo Oficio evoca fray Luis el apacible retiro de su Orden. Cuando comienzan a cesar los estudios en Salamanca, allá a las vueltas de San Juan, por las postrimerías de Junio, plácele al maestro retirarse como «a puerto sabroso» a la soledad de la granja que tiene su monasterio en las orillas del Tormes. Muy cerca de la ciudad está la granja. A la caída de la tarde, desde el altozano del Rollo, las torres de Salamanca se encienden en festival de luz. Las Catedrales son dos ascuas de oro. Las piedras se tornan rojas, y de los campos, rojos como las piedras, brota un canto de fecundidad. Los rumores de la sazón se quiebran y embotan en la huerta grande de la Flecha. El desconcierto y desorden de los árboles «hace deleite en la vista». Hay en ella frescura y sombra de parras. Una pequeña fuente, que nace de la cuesta que tiene la casa a las espaldas y que entra en la huerta por aquella parte, corriendo y saltando como un adolescente, «parecía reírse», nos dice el prisionero.

Desde la fuente se columbra una alta y hermosa alameda. Y más adelante el río, «hinchiendo bien sus riberas», tuerce el paso por la vega, formando un semicírculo. Los oteros del Arapil, a la derecha, y las crestas de la sierra de Gredos, moteadas de nieve, más arriba, encuadran la decoración de las tierras paniegas, de las ringleras de olmos y de las mansas lomas de Aldealengua. Y con la hora fresca, el día sosegado, el cielo purísimo y la fuente correntona y saltarina –allá por San Juan, cuando cesan los estudios y se interrumpen hasta la Otoñada–, los tres frailucos, «asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados», sonríen de puro gozo y comienzan a departir.

---

[214] Publicado, bajo este mismo epígrafe, en *La Esfera* (21-01-1928). En *La Lectura* (Enero-1919), El *Sol* (04-04-1919), *El Adelanto* (11-11-1925), *El Luchador* (10-12-1925), *El Pueblo Gallego* (11-12-1925), *Diario de la Marina* (30-05-1926) y en el libro *Paisajes y cosas de Castilla* su título fue «Los paisajes de fray Luis»; en *España* (28-10-1922), «Paisajes castellanos»; y en El *Imparcial* (28-10-1923*),* «Sensaciones de paisaje».

Y ahora, rimando versos desde el calabozo de Valladolid, recuerda y evoca el paisaje de Madrigal el poeta, a la entrada de Madrigal, frente por frente a la puerta de Arévalo, tienen otro convento los agustinos, sobre la llanura pelada, polvorienta y pajiza. En los días claros se perciben desde él las torres de la Mota de Medina, los manchones cárdenos de las viñas de Nava, los campanarios de Fontiveros, de Cabezas del Pozo y de Barcial, la sombra de unos pinares que se inician al norte.

Desde las ventanas de los monjes se divisa media Castilla. El paraje es el más alto de toda la planicie alta; los vientos riñen sus batallas más duras en Madrigal y aúllan de dolor y de impotencia ante sus almenas, rompiendo las tejavanas, tronchando los sembrados, helando las tierras, haciendo crujir los recios portones de pino y cayendo las casucas de adobes que inútilmente se refugian al cobijo de las murallas.

En Madrigal ha visto el poeta el aire que se turba en el verano; los días que se vuelven negros y grises en el Otoño; el polvo cegador que surge del suelo y se eleva furioso hasta los aires. Y ha oído la canción melancólica del viento marzal que prolonga el sonido de las campanas durante largo rato, y la del aire de Mayo, portador de lluvia, que beben los terrones apelmazados con alegría, y el norteño de Junio –granizo y piedra– que barre las cosechas, angustia a los labriegos y recoge a los bueyes espantados debajo de las tenadas, y el helado de Diciembre que hincha los collados, desborda a los ríos y enfurece y solivianta a los arroyos.

En la Oda a Felipe Ruiz, el poeta, libre de las ligaduras de la prisión, quiere volar al cielo para contemplar la verdad pura. No piensa holgar en él hasta no descubrir pacientemente «el principio propio y escondido de todas las cosas, del asiento de la tierra, de los límites de los mares, de los cebos y abastecimientos de los ríos, de las fraguas de los rayos, de las señales del movimiento de los mundos que ruedan en el espacio. Y al evocar el mundo grande, tiene delante de los ojos la visión de la fría y ancha llanada avilesa, donde él ha de morir una tarde de Agosto; la visión de este páramo inmenso donde los espíritus, helados como los cuerpos, no se preguntan hoy por los principios de las cosas, sino por sus finalidades concretas e inmediatas; la visión de este pobre rincón de Castilla, donde sigue soplando «el gállego insano» y donde los remolinos del sucio viento no nos dejan ver las estrellas que alumbran desde lo alto.

"Decíamos ayer..."[215]

El proceso contra el maestro fray Luis de León comienza en Salamanca ante el comisario del Santo Oficio, Francisco Sancho, el día 17 de Diciembre de 1571. Fray Bartolomé de Medina, compañero de fray Luis en la Universidad, es el primer testigo de nota que depone contra el perseguido. Para fray Bartolomé de Medina, nuestro querido poeta, es reo de un gravísimo pecado, porque es «de los que más se pagan de lo nuevo». Francisco Cerralbo de Alarcón declara como Medina. León de Castro, catedrático de prima, declara con más violencia que para fray Luis bien puede ser verdadera la interpretación que dan los judíos a las Escrituras, que lo mismo que el fraile agustino que los maestros Grajal y Martínez tienen poco respeto a los Santos Padres, según ha oído decir a varios estudiantes, cuyos nombres no se atreve a precisar ante el Tribunal. En Valladolid arrecian las acusaciones. Fray Diego de Zúñiga, por ejemplo, acusa a fray Luis de haber recibido y celebrado un libro de Arias Montano que contiene una herejía sobre el sacramento de la penitencia. En Cartagena, un fray Juan Cigüelo declara espontáneamente ante los inquisidores que fray Luis «acaba harto presto» de decir misa, y que los días de fiesta celebra oficios de difuntos.

Y fray Luis Enríquez sostiene que el poeta ha puesto en duda el advenimiento de Cristo, según oyó decir a fray Diego de León, aunque éste declara después que lo oyó a un tercero, y este tercero a un cuarto.

Grajal y Martínez son encarcelados en los primeros días de Marzo de 1572; el 27 del mismo mes visita los calabozos del Santo Oficio fray Luis, Hasta el 7 de Diciembre de 1576 –esto es, cerca de cinco años– permanece cautivo y prisionero el poeta.

[215] Publicado inicialmente en *La Esfera* (10-03-1928).]

Pero no permanece inactivo y perezoso. A los cuatro días justos –el 31– pide a sus jueces que le permitan tener una imagen de la Virgen y un crucifijo pintado para decorar los muros de la celda, las Quincuagenas de su glorioso padre San Agustín, el tomo del mismo Santo Padre que contuviera los libros de doctrina cristiana, un San Bernardo, un fray Luis de Granada y unas disciplinas. En la prisión se defiende, diariamente contra sus acusadores.

Y sus nobles quintillas:

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado;
dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,
a solas su vida pasa,
con solo Dios se compasa,
ni envidiado ni envidioso.

se riman en la soledad de las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, mientras recuerda el paisaje salmantino, con las riberas del Tormes, y los chopos y álamos de su granja, y las lomas graciosas de Aldealengua. Y en sus momentos de angustia le pide paz de corazón a la Virgen:

Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales; luz del cielo,
en quien es la piedad como la alteza;
los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura,
cercado de tinieblas y tristeza;
y si mayor bajeza
no conoce, ni igual juicio humano,
que el estado en que estoy por culpa ajena,
con poderosa mano.
Quiebra, Reina del cielo, la cadena.

Y el peregrino tratado de Los Nombres de Cristo es hijo también de la cárcel, parto fecundo de las horas serenas y sosegadas del poeta.

Pero ya libre fray Luis, no vuelve más a sus amados claustros de la Universidad salmantina. Su cátedra era de las que se proveían cada cuatro años. Nombrado nuevo profesor durante el cautiverio de fray Luis, éste renuncia a toda suerte de pretensiones ante los derechos de su sucesor. La Universidad concede al fraile otra nueva cátedra, de la que no sabemos que llegara a tomar posesión.

Su profesión famosa «decíamos ayer» es, pues, muy difícil que llegase a ser pronunciada por el fraile. Inventada, al parecer, por Crusenio[216], fue, sin embargo, como dice muy bien Federico de Onís en su sabrosa introducción a la edición de los Clásicos Castellanos de Los Nombres de Cristo, una feliz impostura, porque ella resume la serenidad majestuosa y augusta de aquel hombre que, después de correr toda suerte de temporales, sabe perdurar y demostrar que la elaboración del pensamiento no puede interrumpirse nunca y que el tiempo no sabe borrar nunca las huellas de la verdad.

Y esta frase, que no puede ser pronunciada, no deja, sin embargo, de oírse a todas horas lo mismo en el patio de Escuelas que en los claustros monacales y recogidos de la Universidad gloriosa. Desde su estatua de bronce, con la frente pensativa y noble, con la diestra en aptitud de recordar, la está repitiendo a todas horas el maestro.

Y si los muros de los claustros y los bancos de aquella aula donde fray Luis comentaba la Vulgata y las lecciones de Arias Montano hablasen, la dirían también quedamente al corazón, para ejemplo de escolares atropellados y de generaciones olvidadizas. De mí sé decir, con toda verdad, que la escuché más de una vez en las horas luminosas de mi juventud, y que he tornado a oírla en estas otras, más plácidas y serenas, de mi madurez espiritual.

[216] Se refiere al agustino italiano Nicolás Crusenio, autor de *Monasticon augustinianum in quo omnium Ordinum sub regula S. Augustini …* (1623) donde se puede encontrar la adjudicación de la famosa frase.

Capea en Bañobárez[217]

Bañobárez, puebluco empotrado enfrente de Barca de Alba, cerca de la frontera portuguesa. Becerrada con ases: con Félix Rodríguez y Nicanor Villalta, amigos del amo Alipio. Félix Rodríguez, de chaquetilla blanca, de pantalón entallado, con gorrilla de golfo madrileño, está en su propia salsa. Nicanor, de negro, infantil y animado como siempre, parece el baturro que va de ferias a Ayerbe a cantarle joticas a la Virgen en la fiesta y torear, de paso, los becerretes que le echen. Calleja, el novillero, entre los dos ases, piensa en las tardes de triunfo que le esperan. Los mozos de estoque de nuestros amigos, lejos de los barullos y recados tan complicados de la mañana de corrida, descansan y fuman como los bienaventurados; los aficionados que arrojan el guante a los espectadores se dan cuenta, ante el roce con los ases, de la grandeza de su profesión y de las alegrías y amarguras que son inherentes al triunfo o al fracaso. Alipio Pérez Tabernero, con su eterna sonrisa infantil y su hermano Antonio, que están a los quites de Bero, el pelotari, que con sus arranques primitivos de vasco bien alimentado, borra, por contraste, el cuadro que componen los toreros con su proverbial seriedad y los amigos que les servíamos de contraste y de compaña. El almuerzo con el clarete traído de las bodegas de estas tierras del Duero y los pimientos asados que son gloria pura, no puede ser más pintoresco y atractivo. Los músicos van a buscarnos para llevarnos al café, y a los compases de un pasodoble salimos todos, conscientes de nuestra importancia en las calles de Bañobárez. Alipio dirige el cotarro y el alcalde multiplica sus atenciones con todos. También en comitiva desde el casino, nos trasladamos a la plaza, y ante aquellos carros, y ante aquellas mozallonas sanotas como manzanas y fuertes y bravas como jayanes, ante aquellos pañuelos y aquellas sayas, y aquella sobriedad en el vestir de los labriegos, y ante el traje adomingado del señorío de los contornos, D. Francisco de Goya y Lucientes hubiera hecho un aguafuerte más. La capea de Bañobárez, en su rica colección de estampas con esta leyenda: «En Bañobárez de Salamanca». No hay remedio. La afición nos come. Todo ha sido gracioso y españolísimo en Bañobárez. Villalta, confiado y alegre como un niño grande que es el buen baturro, estropeó los pantalones entallados en la refriega. Félix recibió también un serio achuchón de uno de los becerretes de Alipio, que salió bravuco y pegadón. Nos divertimos de veras en la lidia. En las últimas horas de la tarde regresamos a Salamanca, Yo me encajono en el auto entre los paquetes de banderillas y las prendas rojas de los achiperres de los mozos de estoque. Yecla, Vitigudino. Encinares, dehesas. Villar de Peralonso, Zafrón y Villarmayor.

Todos estos caminos no son sino recuerdos para mí, recuerdos de gentes y escenas que llevo bien gravados en el espíritu. Golpejas, y el recuerdo de un cochero gordo. La calle larga de Doñinos. El puente de la Salud. Novelty… Fatigados vamos a la cama a dormir con los ángeles, hasta el amanecer del día siguiente.

De la ciudad y del río[218]

Los que estudian las piedras en los libros, y no las piedras en las piedras, las de oro de Salamanca, encendidas y rojas, como el sol de la llanura, les desalienta y aturde. Conocen el

[217] Publicado en *Mundo Gráfico* (12-02-1930) y, previamente, con el título «Bañobárez» y dedicado a Alipio Pérez Tabernero, en *El Adelanto* (24-09-1929), donde comenzaba con una breve crónica –que transcribimos a continuación– de una corrida goyesca celebrada en la plaza de toros de Salamanca durante las ferias y fiestas de 1929:

"Contemplando el otro día el desfile de la corrida goyesca en nuestra linda Plaza de toros, pensaba para mi capote, que acaso no hubo en toda la corrida más que dos momentos goyescos: la faena de Antonio a su primer toro, y el segundo par de banderillas de Cayetano, el rondeño. Aquellos dos momentos los hubiera dibujado don Paco con singular deleite. Antonio Márquez es la sobriedad y la justeza del pueblo de Madrid, que recluta su señorío con más cuidado que las llamadas clases directoras, y Cayetano, cuando siente por trimestres vencidos el anhelo de ser pundonoroso, es gracioso como su pueblo y da la misma sensación de grandeza y de majestad que el Tajo, al cortar a pico las peñas ingentes de Ronda, para arrullarla con sus canciones más dulces y serenas. El jabato Nicanor Villalta mereció también dos veces, por su arrojo al herir, los honores de un dibujo a pluma de su paisano. Para todo lo demás, sobraba con el arte de estos días: Ricardo Marín o Roberto Domingo, hubieran sido excelentes glosadores gráficos de la fiesta…"

[218] Inicialmente se publicó en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (23-08-1911) y en ambos formaba parte de un artículo más amplio titulado «Salamanca» que contenía otras semblanzas relativas a la capital charra. En *La Libertad* (17-06-1923), su título fue «Místicos, pícaros y árcades castellanos» y era de menor extensión, finalizando con el párrafo en el que se alude a Diego de Torres y Villarroel. *El Adelanto* (11 y 18-12-1925) lo publicaría, imaginamos que por problemas de espacio, en dos entregas bajo el epígrafe «Evocación del Tormes» y, posteriormente, *La Esfera*, con el mismo título que aquí –«De la ciudad y del río»– y *La Semana Gráfica* con el de «De la ciudad, del puente y del río», omitiéndose, en este último caso, los dos primeros párrafos del capítulo y una parte del tercero.

Este capítulo también había formado parte del libro *Paisajes y cosas de Castilla*, donde se denominó «Evocación del Tormes».

Romancero, y Zamora les da la sensación cabal. Saben de memoria el libro de Cervantes, y no conciben los sueños de Don Quijote más que en las llanuras de la Mancha.

Para desenterrar la vida de Isabel, visitan Talavera y Medina del Campo. Estudian el alma del encendido Juan de la Cruz en Fontiveros; los paisajes teresianos, en Ávila y Alba de Tormes; dan con las entrañas castellanas en Burgos. Como Castilla es tierra de hombres, quiero decir, de personalidades robustas y fuertes, cada pueblo tiene su héroe –guerrero o místico– que imprimió a su pueblo el marchamo de la personalidad. Salamanca no es un pueblo de un hombre, sino de muchos hombres; no de una generación, sino de muchas. Y Salamanca despista. Las impresiones de los ojos, cargados de lecturas y de cronicones, no saben encararse con las piedras. La sensación que les da Salamanca no es la sensación libresca; como el sol ciega, las piedras se encienden en festival de luz, niegan su valor a Salamanca, que no es pueblo austero. Echó raíces en su ambiente la sencillez bizantina, la transición de lo románico a lo gótico; pero solamente florecieron, con pujanza de vida, con entusiasta brío juvenil, las magnificencias plateresca y barrocas. La vida, el arte del Renacimiento, los primores plateresco de Salamanca comienzan para el espíritu español con la fundación de su Escuela; expansión de la Escuela es la ciudad. Los muros de las calles, llenos están de leyendas rojas, de vítores y novatadas universitarias, los conventos, henchidos de la vieja sombra de Deza, el amigo de Colón; de fray Luis, el cantor de la Flecha asentada en las plácidas llanuras del Tomes; el espíritu ciudadano de los rencores de los bandos que apaciguara San Juan de Sahagún, y de aquellos otros rencores mozos de las naciones estudiantiles que en la Escuela comienzan y en la Escuela se apagan.

Distintos elementos forman la vida de la ciudad e integran su encanto. Mil literaturas tienen en la noble ciudad leonesa su escenario favorito. A la entrada de Salamanca, junto al puente romano, flotando en el ambiente tranquilo en las tenerías, de las herrerías, de las posadas, surge la sombra del mancebo Calixto, de la dulce Melibea y de la cotorrona Celestina. Y allí mismo, bajo la peña famosa que bautizara la grey estudiantil con el nombre vulgar de la tragicomedia del bachiller Rojas y Montalbán, surge graciosamente la tradición. ¿Sabéis por qué se llama rameras a las mozas alegres y dadivosas? El Concejo salmantino echaba a tan despreocupada gentecilla de su recinto murado durante los días austeros de la Semana de Pasión. El Domingo de Ramos salían las mozas, acompañadas por los escolares procesionalmente, en barcas que hendían el Tormes hacia el Matadero viejo. Y muy cerca del Puente Romano y de la Peña Celestina, Tejares, el puebluco vecino, casi arrabal de la ciudad, que también se contempla al espejo del claro río, henchido de quietud. Y el puebluco sin embargo, es asiento de pícaros. Solamente en estas planicies abiertas al sol encarándose con la inmensidad del cielo, solamente en estos parajes donde no pasa nada y todas las cosas dejan sus huellas de eternidad, la mente es fecunda en sutilezas, escamoteos, aventuras y picardías. En el Tormes, por azares especiosos de la fantasía, nació el Lazarillo, «por la cual causa tomó el sobrenombre»; pero en Tejares vieron la luz sus padres, Tomás González, ladrón corriente y moliente a todo ruedo, y su madre Antonia Pérez, que lo pare, acaso, de retorno de alguna pillería por aceñas y mesones. Y Tejares es el principio del mundo para el pícaro inteligente y ducho en malas artes; Tejares es patria de hampones y nómadas, de gente inquieta trashumante. Del otro lado del puente se piensa y se rima, se ama y se parte a puñaladas el corazón de los bravos; del otro lado del puente, en Salamanca, los escolares de sopa boba que comen las sobras de los conventos entre regaños de los legos ariscos; los segundones de casa solariega, que entretienen su hambre sutilizando, repartiendo silogismos, pariendo dilemas, canturreando y poniendo en limpio las liciones de los maestros, pararán en Lázaros. En Tejares, quieto y manso lugarejo, el hijo de Tomás González y de Antonia Pérez, sin filosofías, azotado por el fastidio y por la fantasía, pone, desde luego, en práctica lo que después justificarán, entre rosario de argucias, los letrados pobretones.

Y junto a Tejares, lugar de la picardía, el Zurguén. Acaso pensando en sus huertas escribió la donosa y un tanto atropellada condesa de Pardo Bazán que «Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española». Al Zurguén van los poetas que cantan el amanecer, pereceando en el lecho hasta mediodía; los Árcades hueros que huelen, no a romero, a tomillo y a cantueso sino a estufa y a cristales, a flores de trapo y a rosas deshojadas y mustias, de trapo también. Cantan el Zurguén los poetas artificiosos y vanos del siglo XVIII; D. Juan Meléndez Valdés, admirable en sus informes forenses, que fabrica, en los ratos de ocios, pastorcillos de cartón, en una calle donde suenan constantemente los martillos de los herreros, donde los artífices bordan y labran láminas afiligranadas de plata, donde reinan el barullo, la canción monótona, el prosaísmo y la ciudad; Iglesias de la Casa, el «curita de la plaza», preocupado en salir del callejón de sus achaques, luchando a puñadas con su vida ingrata de subalterno de la Clerecía,

dueño de un temperamento pobre y linfático que no puede soportar el frescor del alba ni el recencio de la noche; Jovino, amanerado y trivial; Francisco Sánchez Barbero, hombre de recio temple, de gran saber de humanidades, ingenuo y descuidado versificador, que cree gustar del campo porque le gusta a Horacio... El que sabe gustar la quietud del paisaje, el que se llena de su mística armonía mientras desconcierta a sus colegas a fuerza de paradojas, arbitrariedades y extraños simbolismos, es el muy humano, inquieto y zumbón doctor D. Diego de Torres Villarroel. Las gentes le creen un mago y un brujo, y él se ríe de las gentes. La plebe crédula y boba, el pueblo que oye de boca de los escolares toda suerte de fantasías y de hipérboles, rodea a D. Diego de una aureola de misterio, mientras D. Diego, amigo de desconcertar, de quemar troncos secos de molleras vacías a fuerza de calor y de vida, pasea todas las tardes por las afueras de la ciudad, antes de saborear el grato soconusco. Y no pierde nunca la mocedad de su brío ni el ímpetu de la energía contenida.

Y del otro lado de Salamanca, en la ribera derecha del Tormes, la Flecha. El paisaje es aquel donde dialogaban, en preñadísimos diálogos, sobre los nombres del Cristo, Sabino, Marcelo y Juliano en la quinta agustiniana. A lo lejos se esfuman las torres de la ciudad, las dos catedrales con su bosque de agujas, el cimborrio macizo de las Agustinas, la flecha pretenciosa de San Juan de Sahagún, los dos centinelas de la Clerecía.

Corta la monotonía del llano con las tierras pardas, con los surcos derechos que parecen curvos, la línea zarca de la sierra de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. El campanario de Aldealengua con sus casucas de adobes apretujadas; las notas blancas de las casas de los camineros, la silueta de algún gañán que canta una tonada larga a pulmón abierto para que impregne el aíre y se la lleve a prisa, no son parte para distraer el espíritu de su unción religiosa. Solamente en aquel paraje, en tarde calurosa de junio, en mañana fresca de Abril, oyendo el cantar de las aves no aprendido, escuchando las endechas aldeanas, bañándose en el río a la caída de la tarde en que todos los ruidos de la ciudad se estrellan y agonizan, menos el tañido de alguna campanada grave que estremece la tierra; solamente allí puede olvidar el espíritu agitado las preocupaciones ciudadanas, el mundanal ruido y el fragor de los imperios que se hundieron; solamente en la Flecha, mientras el aire orea el huerto y menea los árboles con un manso ruido imperceptible para el profano, se olvidan el aguijón del oro, el peso del cetro imperial, y se yanta con tosca loza de Alba en rural mesa de pino; solamente en la Flecha puede fray Luis calmar las violencias de su espíritu, hecho a las peleas del claustro murmurador y cominero, que no puede perdonarle su intuición artística, su elegancia horaciana y su amistad con Martínez de Cantalapiedra. Sigue la huerta bien poblada de árboles, puestos sin orden ni concierto. Sigue la pequeña fuente con su hilillo de agua fresca y cristalina. Sigue la alta y hermosa alameda. Tornó a cantar aquella paz y aquel sosiego Gabriel y Galán. Sonó, serena y breve, la voz que pedía sementeras a los campos yermos y a los espíritus estériles. La musa del fraile agustino resucita en el poeta labrador de las pardas onduladas cuestas, de los mares de enceradas mieses y de las castas soledades hondas. El campo que es religioso, la llanura que es templo para Gabriel y Galán, habla de eternidad y de vida.

Y el Tormes, que nos recuerda sucesivamente el desenfado del Bachiller, la bobería y artificio de los Árcades, la zumba de D. Diego, el estro de fray Luis y la espontaneidad campesina de Gabriel y Galán, evoca, tierras abajo, los amores del cortesano Garcilaso, la frescura de Juan del Encina y el empaque de Calderón de la Barca junto al castillo de los duques de Alba. Allí también, a la sombra de las torres del homenaje del mismo castillo, flota el espíritu libre y simpático de Teresa, la monja donairosa y andariega. Y tierras arriba, el Tormes lame las murallas de Ledesma, el castro de D. Beltrán de la Cueva y las tierras de los Alburquerques, antes de ir a morir cerca de Lusitania, en las pardas aguas del padre Duero.

Mirad si habla al espíritu el «sacro río» que añorara Garcilaso en sus Églogas, compuestas para ser recitadas calladamente al oído de su dama Dª Isabel.

El Cristo de las Batallas[219]

En la catedral nueva de Salamanca se venera estos días, encuadrado en un altar, más barroco, churrigueresco, el Santo Cristo de las Batallas, llamado vulgarmente el Cristo del Cid.

[219] Publicado en *La Esfera* (23-03-1929)

No lo llevó en sus combates Rodrigo Díaz de Vivar precisamente, pero sí su compañero de armas Don Ierome o D. Jerónimo, fraile benedictino francés, oriundo de las mimosas tierras del Perigueux, primer obispo de la Valencia cristiana, y después obispo de Salamanca, en cuya catedral vieja estuvo enterrado. Ese Cristo, Cristo maza, Cristo martillo, arma defensiva para descabezar infieles y matar moros, deja sus huellas en el Cantar del mío Cid, primer glorioso balbuceo de nuestra lengua. Cristo histórico, Cristo venerable, conoce ya el paso de muchos siglos y el vendaval de muy rudos temporales. D. Ierome lo lleva siempre que monta a caballo, empuñado en su diestra, para terror de herejes. Mejor que narrar la leyenda del Cristo, preferimos seguir las huellas del viejo Cantar, valiéndonos, por ejemplo, de la edición que nuestro D. Ramón Menéndez Pidal hizo para los «Clásicos Castellanos», de La Lectura el año 1913.

Hasta el Cantar de las bodas (II, 78, Vers. 1287 y siguientes) no aparece en escena nuestro D. Ierome. Rodrigo, que está ya rico, ha conquistado a Valencia y piensa casar brillantemente «las sus fijas». Todo le sobra ya al conquistador. Cien hombres con lanzas ha regalado a Alvar Fáñez; mil escudos de plata ha mandado para Ximena a San Pedro de Cardeña y quinientos más a D. Sancho, abad del monasterio. D. Ierome, que viene «del orient», no solamente es harto entendido de letras, sino «mucho era arreizado de pie y de cavallo». El reverendo, o como dice el Cantar, «el coronado» (V. 1288), suspira verse con moros en el campo «firíendo con su mano». El Cid aprueba las intenciones del fraile y le nombra primer obispo de Valencia.

Después contemplamos a D. Ierome, con Muño Gustioz, Pedro Bermúdez, Martín Antolínez, «burgalés leal» y otros caballeros, camino de Medina, en busca de Dª Ximena, aposentados en casa del moro Avengalvón. Los caballeros pasan por Albarracín y Molina de Aragón. En Medina paga los gastos el rey.

> Passada es la noche, venida es la mañana,
> oída es la missa, e luego cavalgavan.

Tal vez delante de este mismo Cristo se santiguan los guerreros, la mujer y las hijas del desterrado. D. Ierome se adelanta, de vuelta a Valencia, para organizar una procesión. Los clérigos aparecen con él de «sobrepellicas vestidas e con cruzes de plata», a recibir a las dueñas. Rodrigo, a la vera del obispo, lleva la barba larga y cabalga sobre Babieca. «El ivierno es exido, que el março quiere entrar». Dª Ximena y las hijas se aposentan en el alcázar con el marido. Y los moros para recibirlas dignamente, comienzan a cercar la huerta valenciana.

Las dueñas no se asustan de tan poca cosa. Rodrigo madura el plan de batalla contra los moros. D. Ierome «dezir nos ha la missa», les da la «grant sultura», es decir, la absolución general de sus pecados, a los guerreros, tal vez de este mismo Cristo de las Batallas, Cristo maza, Cristo araña, Cristo garrote, Cristo martillo, de la catedral vieja de mi Salamanca. «Absuelvo –dice el recio obispo– al que muera de cara; yo recogeré sus pecados y Dios su espíritu». Y dirigiéndose al Cid, le pide que le deje marchar a la cabeza de las huestes cristianas para «atagar las feridas primeras», honor que solo se concede por el caudillo a los guerreros valerosos que cruzan, de esta suerte, los primeros golpes con el enemigo. Y D. Ierome no puede quedar mejor en el empeño.

> El obispo D. Ierome, caboso coronado,
> quando es farto de lidiar con amas las sus manos
> non tiene en cuenta los moros que ha matado.

Más adelante vemos a D. Ierome casando a las hijas de Rodrigo con los infantes de Carrión. Y de nuevo, peleando en el campamento de los moros, clavando el asta y la espada en ellos. El Cantar exalta el coraje del obispo:

> ¡Dios, que bien lidiava!
> Dos mató con lança e cinco con el espada.

Los infieles cercan al obispo, pero no pueden con él. El Cid ayuda al obispo, matando a cuatro y abatiendo a siete. Y los moros del Búcar abandonan las tiendas, y finalmente, Don Ierome, al lado de su amigo, asiste a las cortes de Toledo, con el rey D. Alfonso, al pedir el Cid reparación por las afrentas que sus yernos le han causado.

Y cuando el Cid abandona Valencia, D. Ierome pasa a regir la silla salmantina. A la catedral lega su glorioso Cristo guerrero. Estos días se venera con singular devoción a este Cristo, tan viejo como el habla leonesa y como la fábrica de su primera iglesia mayor. Cristo mata moros, que ve quebrar el alba cuando cantan los gallos en las correrías del Cid, testigo de los dolores

de Dª Elvira y de Dª Sol, y terror de los infieles del Búcar, es tal vez el Cristo más reciamente español de cuantos se veneran estos días.

La cátedra de fray Luis[220]

Cátedra vieja de fray Luis, del padre Vitoria, en la vieja Escuela... Púlpito para el maestro con su atril, sillón frailuno pegado a la cátedra para el lector que lee las liciones [sic] de Prima. Dos rayitas de blanca luz que penetran por los ventanales; asientos para los bachilleres y graduados a lo largo de la ancha cátedra; bancos, muchos bancos, de madera, roídos, comidos por el tiempo... ¡Cátedra vieja de fray Luís, en Salamanca!...

Siglo XVI... Dice el padre Vitoria sus lecciones de Derecho de gentes. Ningún hombre nos es del todo extraño a todos los mortales. Debemos comportarnos bien, caballerosamente, en la paz y en la guerra, con el salvaje, con el hostes, con el esclavo. De las balas debemos excluir siempre a las mujeres y a los niños. Solamente puede tolerarse la colisión del ejército contra el ejército. El padre dominico está paralítico; en un sillón lo traen todos los días desde San Esteban a la cátedra; sus lecciones son escuchadas por enviados de París y de Oxford, y de Bolonia y de Padua. La voz es dulce y pastosa. Habla el latín con exquisita elegancia. Su cátedra se puebla de gentes de todo estado y condición, que le oyen con embeleso.

Siglo XVI... Ahora no es un domínico, sino un agustino, de mirada errabunda y soñadora, el que ocupa el púlpito. Sus colegas le odian a muerte; el frailecito parece no enterarse. A primera hora de la mañana viene a la Escuela desde su convento de San Agustín, que está para los Caídos. Trae siempre consigo libros caldeos, hebreos, árabes, toscanos. Habla del cisne de Mantua y del atormentado Gibelino de Florencia; conoce al alegre arcipreste y al llano marqués que caza perdices y enamora mozas en el Moncayo; sabe de memoria las coplas del conde de Paredes y las trovas del dulce Garcilaso el Agustino. Él mismo –ahora– anda componiendo, en romance, una versión del Cantar de los Cantares para una monjita de Sancti-Spíritus, muy su amiga –Ana de Espinosa–, que le regala unos polvitos con los que cura «las malenconías del corazón». Hay escolares amigos del fraile y escolares enemigos del fraile. Los dominicos de San Esteban militan en el bando que le persigue con más encarnizamiento. Ayer ha depuesto el fraile, por vez primera, ante los jueces y letrados del Santo Oficio. Después de su lección, abandonará la cátedra e irá prisionero a las cárceles de Valladolid a responder de los cargos que se le hacen… El maestro, serenamente, está comentando su glosa del día. Lee, glosa lo leído, sonríe. Una honda emoción se apodera del corazón sencillo de estos muchachos, que por instinto, advierten que es injusta la persecución del maestro. Y el maestro les dice «¡Adiós!»

Les dice «¡adiós!», y en los patios rumorosos de ayer hay un silencio religioso. Puestos en hilera, los discípulos despiden al frailecito elegante y risueño y tal vez poco cauto. Los colegas le ven pasar con encono, simulando, a su paso, zalemas y reverencias de cortesía. Él sabe muy bien a qué atenerse y sonríe siempre, siempre... Desde su palacio, frente a San Agustín, su amiga Dª María Varela de Ossorio –también con esta amistad se ceban las comadrejas universitarias de antaño– le dice adiós al cautivo, con los ojos arrasados en lágrimas. El frailecito sonríe... Algunos estudiantes, cinco o seis, le acompañan a San Esteban, donde queda ya prisionero. También los dominicos dicen apiadarse del cuitado. Fray Luis abraza a sus hijos, los estudiantes, que no ha de ver más…

No ha de ver más a sus estudiantes fray Luis de León. No se le repondrá nunca más en la cátedra; cerca de cinco años durará el enojoso proceso para acabar en una reprensión vulgar. No podrá tornar a esta cátedra para decir su legendaria frase. Pero la frase pudieron decirla y debieron decirla aquellos labios, y en silencio, si sabéis oír en el silencio, la dicen estos bancos.

Siglo XX… La historia del fraile se repite: Un hombre ha de salir solo, entre estudiantes, para no volver, acaso, más. Dirá su lección serenamente a la caída de la tarde; las piedras de las Catedrales enrojecerán de vergüenza; unos colegas, al ver pasar al solitario, fuerte y erguido, dirán triviales palabras de consuelo al que no lo necesita. Siglo XX: cátedra de fray Luis. En sus muros quedan impresos nuestros sueños: temblorosamente, de mozos, hemos grabado un nombre de mujer –el de la novia– en aquellas banquetas de madera. «Lola, Dolores, María, Isabel, Carmen, Luisa...» Estos nombres –cantará Unamuno– son miel en los labios y brasa en

[220] También publicado en *La Esfera* el 18 de enero de 1930.

el pecho. Una tarde de Septiembre venimos nosotros a esta cátedra. En un banco nos sentamos a meditar... ¿Cuándo serás, Escuela mía, forja de la España futura que todos anhelamos melancólicamente hogaño?

Las Úrsulas[221]

Para D. Clemente de Velasco.

Tarde bochornosa, amodorrante, de Julio... La calle de la Compañía, y las cresterías de Monterrey, y la casa –cerrada– de Unamuno, y los medallones de «La Casa de las muertes». A la vera del estudio –cerrado– del maestro. Salamanca dormita... Y los álamos centenarios de San Francisco, y la capillita barroca de Vera-Cruz, y el campanil cubierto de las Úrsulas, fundación de Alonso de Fonseca, que duerme su eterno sueño en este lindísimo monasterio, no profanado todavía por el turismo internacional.

Llamamos a la portera, que nos abre solícitamente. Monasterio de fines del XV o de los albores del XVI, es de estilo puramente ojival. El ábside tiene machones al exterior y aparece coronado por un amplísimo cerquillo de encajes. En la azotea, cubierta, revolotean unas palomitas blancas. Silencio, paz, frescura... Entramos en el templo. Una monjita está diciendo sus plegarias en un armónium que nos inunda –desde lejos– de ondas de ternura. Mi amigo se arrodilla y acaso se enjuga una lágrima furtiva. El momento es de una belleza suprema, ¡Salve, Regina Mater Misericordiae!...

¿Qué le está diciendo a la Madre de Dios esta monjita úrsula en el armónium? Solamente nosotros oímos la confidencia de esta monjita. ¿Es vieja, es moza esta monjita? ¿Vino al claustro por desengaños de amor o se entregó de lleno a Jesús desde niña, como Teresa? Mi amigo –absorto– sigue arrodillado. ¡Vita, dulcedo, spes nostra, Salve!, leo yo también en el silencio de mi amigo, postrado de hinojos sobre la pizarra fría. La iglesia, enjalbegada, tiene un hermoso retablo dorado en el presbiterio. La reja, con las cinco flores octógonas rojas de los Fonseca, de riquísimo hierro repujado, adorna el coro capitular. Siguen las ondas de armonía que nacen del claustro lejano y silencioso. En el centro de la iglesia, el riquísimo sepulcro de alabastro de Alonso de Fonseca estropeado –querido señor duque de Alba– por una infame cartela que han colocado allí manos mercenarias, a espaldas seguramente de usted, patrono natural de esta iglesia. El obispo, sensual y humano, demasiado humano, duerme plácidamente. A la derecha, en estatua yacente también, reposa, con su faz de pícaro, el mayordomo del obispo, Francisco de Rivas… Un bufón, tendido a sus pies, le contempla muerto sin asombro.

Y yo pienso en el fundador, españolísimo, de este santo monasterio, uno de los más lindos, o el más lindo acaso, de esta Salamanca de ensueño. Alonso estudia en Salamanca, y, acabados sus estudios, se doctora en Bolonia y en Roma de Cánones y de Leyes. Ama el estudiante bajo los pórticos boloñeses y en las rumorosas plazas romanas, conoce las trovas del Dante, de Petrarca, de Ariosto. Compone versos a las bellas y reta en desafío por sus favores a los adversarios. Torna a la patria de deán de Sevilla. En 1460 es nombrado arzobispo de Santiago, silla que permuta, durante algún tiempo, por la de Sevilla, que regenta su tío, Alonso I de Fonseca. En Santiago, pelea, por cosas de tierras y propiedades colindantes con propiedades y tierras de la Mitra, con el caballero gallego D. Bernardo Yáñez de Moscoso, pariente, por su altivez y su espíritu, de nuestro admirado D. Ramón del Valle Inclán. D. Alonso le encierra en el castillo de Noya, y allí le tiene encarcelado cuatro años. Después unos parientes del arzobispo, por instigaciones de éste, encierran en los sótanos de la Basílica de Compostela a todos los canónigos así de dignidad como de oficio. El camarero de Alonso II de Fonseca, con el cabildo cautivo, carga con el oro, y la plata, y las joyas, que hay en las arcas de la sala capitular. Bernardo Yáñez, que ya ha salido de su encierro, cerca la catedral santiaguesa con sus huestes. El asalto dura cinco meses; el caballero Yáñez Moscoso cae herido de un ballestazo que le ensarta un escudero episcopal; los suyos se apoderan al final de la Basílica. Y se pacta que los canónigos salgan de sus mazmorras de los sótanos y que el arzobispo no entre en su diócesis por espacio de diez años.

Alonso II se refugia accidentalmente en Redondela. Sus enemigos van muriendo poco a poco; a los cinco años torna victorioso el arzobispo a su Compostela. Ya en posesión pacífica de

[221] Publicado en *La Esfera* (05-04-1930).

la silla, el antiguo estudiante de Salamanca, educado en Italia en toda suerte de humanidades y artes caballerescas, pelea con los magnates que han ido mermándole las propiedades de su diócesis. En Santiago mantiene un ejército de dos mil infantes y de cien jinetes, que es la fiesta y el escándalo de la ciudad del señor apóstol Santiago. El inquieto arzobispo revuelve toda Galicia. Ama a una bella, señora de Cambados, de alto linaje, Dª María de Ulloa, y tiene de la hermosa un hijo, Alonso III de Fonseca, que es después arzobispo de Toledo, y cuyo cadáver se traslada también a Salamanca. Este hijo es el que construye para su amiga doña Juana Pimentel la casa de la Salina, en esta ciudad. Tornando al padre, diremos que en 1481 es nombrado nada menos que presidente del Consejo de los Reyes Católicos. Con el condestable D. Pedro Fernández de Velasco –fundador de la preciosa capilla de su nombre en la catedral de Burgos–, D. Alonso II recibe la investidura de virrey de Castilla. Prepara nuestro Fonseca la conquista de Granada con Dª Isabel; en 1501 acompaña a la infanta D. Catalina a Londres cuando esta princesa va a casarse con Arturo, príncipe de Gales. Ya viejo, el arzobispo se siente generoso. Devuelve a la iglesia de Santiago, en 1505, más de un millón de maravedíes viejos para las obras de claustro. Agotado por la guerra y por el amor, Fonseca pide al rey Fernando que le permita renunciar la mitra de Santiago en favor de su hijo Alonso de Fonseca, arcediano de Cornado, en Santiago, y tan impetuoso y ardiente y artista como su padre. A duras penas transige el rey con la pretensión de su presidente del Consejo. Cisneros comenta irónicamente ante el monarca su resolución.

«Señor –dicen que exclamó el cardenal franciscano–, según parece, ha hecho Vuestra Alteza mayorazgo del arzobispado de Santiago, y quería saber, si ha excluido de él a las hembras…»

D. Alonso II nació en Salamanca, del linaje de Monterrey, muere también en Salamanca el 12 de Marzo de 1512. Aquí descansa, en este convento de Santa Úrsula que fundara con siete capellanías el arzobispo guerrero y sensual. A su vera, el pícaro mayordomo, el Ciutti de su Excelencia Ilustrísima; y Francisco de Rivas, alto, cetrino, desgañado y burlón, duerme también con el gorro puesto, un sueño de más de cuatro siglos. Santa Úrsula es hoy nido de piedad y de poesía. Yo vengo muchas veces a esta iglesia a soñar mis sueños de una Salamanca futura. Duerme D. Alonso y duerme Francisco de Rivas el mayordomo... Las monjitas, piadosas e inocentes, piden a Dios todos los días por el alma de su generoso fundador. Y el buen Dios las oye, y aquel magnate del Renacimiento que se llamó Alonso II de Fonseca, señor de palacios y de castillos, de jardines y de parques, y de fuentes y de estatuas, el hombre que más intensamente gozó de la vida y de sus dos grandes placeres –el estudio y el amor– es posible que haya alcanzado, por intercesión de sus ursulinas, el reino de las bienaventuranzas.

En el claustro de la Catedral de Ciudad Rodrigo[222]

Ciudad Rodrigo, bañado por el Águeda, en la frontera portuguesa. El alcázar de Enrique de Trastámara sobre el río, el torreón, la barbacana y las almenas. Y el puente levadizo de la puerta del Conde, y la casa señorial de los Salcedo junto a ella, y la iglesia románica de San Andrés, y las columnas romanas de la vieja Miróbriga, y la capilla plateresca de los Pacheco, que dieron nombre al marquesado de Cerralbo, y la Catedral, con el cimborrio, y la torre, y las cornisas, abollados por el cañón francés en los gloriosos sitios de la guerra de la Independencia.

La Catedral... Y junto a ella, y adosado a ella, y arrimado a ella, el glorioso claustro. Por la nave norte de la basílica hemos venido, durante unas horas, a reposar en él. La arquitectura de los cluniacenses dejó bien marcada la huella de su decoro y de su gracia en estas piedras. Piedras viejas, piedras toscas, piedras venerables, su historia, un poco confusa de estilos y de épocas, desesperación de eruditos y de arqueólogos, nos dice menos a nosotros que el brocal del pozo capitular, y que los cipreses altivos y melancólicos del patio, y que los hierbajos caídos en el suelo, y que las ramas desgajadas de los arbolucos tiernos, recién plantados en este lindo camposanto de la iglesia mayor.

En estos cuatro lienzos del claustro, todos distintos, con sus cinco grandes ventanales cada uno, ocho, diez generaciones de artistas han ido labrando y dejando su propio espíritu en la talla y en el ornato de las piedras. Los arcos del poniente, adornados de tréboles de columnitas con capiteles románicos asentados en antepechos amplios, es seguramente, coetáneo de la

[222] Previamente, el 11 de enero de 1930, se había publicado en la revista *La Esfera*.

fundación de la Catedral. Concierta a maravilla con la portada de la Virgen, con la nave del Evangelio y hasta con aquella leyenda del obispo mirobrigense que, por encomendarse a San Francisco de Asís, su patrono, del que se dice que predicó en Ciudad Rodrigo, resucitó de entre los muertos, levantándose de su ataúd durante los funerales para hacer pública penitencia de sus pecados. El lienzo de mediodía, más arrimado a la basílica, de columnitas boceladas, de capiteles más finos y con estrellas bellamente recortadas entre sus encajes, responde mejor a la traza de los ricos ventanales que por él asoman.

Y la primera tumba, en el delicioso ángulo que forman los dos lienzos. Unas letras góticas, debajo de un calvario toscamente labrado, nos descubre el nombre del artista. No pide la leyenda recompensas, ni exhibe ante la posteridad el catálogo de glorias del muerto. «Aquí yace –nos dicen estas letras– Benito Sánchez, maestre que fue desta obra, e Dios le perdone, amén».

En cambio, los otros dos lienzos del claustro de la Catedral mirobrigense ya caen dentro de la buena tradición gótica. Cada arco de estos dos lienzos aparece dividido en cuatro menores, con pilares sin capitel. Los calados ya no son tan graciosos ni sugestivos como los de sus hermanos mayores. Los botareles de crestería sirven de remate a los contrafuertes de fuera. Las bóvedas, de arcos cruzados, están recargadas de detalles, despegándose de los mascarones que aparecen con profusión en la galería. Y nuevos nichos, generalmente vacíos. Y urnas. Y sepulcros. Dibujos bizantinos, follajes góticos, molduras renacentistas aparecen decorando estas tumbas abandonadas. Pedro Güemez, arquitecto de estos lienzos, ha dejado su efigie viril en un medalloncito sobre la puerta de salida. Lleva el compás del oficio en la diestra, y agrupa las letras de su nombre en una especie de corona que rodea su cabeza. El canónigo fabriquero, D. Juan de Villafañe aparece junto a Güemez en esta soledad. Rompen también la sencillez de estos lienzos dos capillas. La de Bartolomé Sánchez de Arévalo muestra una Virgen del siglo XVII; para que se diga misa en ella, funda una capellanía con las rentas «del molino de Carbonero y heredades de Ivanrey». La otra, fundación de Fernando Ribera de Ávila, exhibe, dentro de un nicho forrado de estrellas, otra Santa María, carcomida y borrosa, bizantina, frente a la puerta de ingreso de la iglesia.

Pero el encanto mayor del claustro no puede adivinarse por esta riqueza ni por esta variedad decorativa, ni por estas capillas solitarias, ni por estas tumbas abandonadas. Estriba en la gracia de los cipreses, y en el color de la piedra, y en el silencio del patio, y en la majestad y el abandono del paraje. Nada turba el sosiego de este verdadero cementerio capitular. Juegan los gorriones en los ventanales; el aíre abrileño menea los arbolucos, los cipreses ponen su nota decorativa junto a los muros. Las campanas tañen a la oración, y por un momento las piedras parecen vibrar de angustia. Pero pronto se recobran de su turbación y tornan a arroparse en su silencio de siglos; silencio denso, silencio macizo, silencio que habla derechamente al corazón y le hace olvidarse de los afanes de cada día. El tiempo también se ha parado, asustado de su carrera junto a estas galerías, y nos hace otear brevemente una noción remotísima de lo permanente y de lo eterno.

Alba de Tormes[223]

En la ribera verde y deleitosa
del Sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa

–canta Garcilaso, por boca de Nemoroso, en su Égloga segunda, cuando comienza a decirnos las excelencias de la Villa de los Duques–. Alba de Tormes, de la que rezan en la comarca que «es baja de muros y alta de torres», se alza al pie de esta dulce vega,

verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío,

en una graciosa ladera. «Las espesuras de las hermosas torres», que murmuraba Garcilaso –San Juan, San Pedro, San Miguel, Santiago, La Vera-Cruz, Santa María de los Duques– ya no es tan nutrida como en los tiempos del poeta toledano. Muchas torres desaparecieron, las más bellas

[223] También publicado en *La Esfera* (15-03-1930).

acaso, y dos campaniles nuevos, los del Carmen, asoman sus humildes espadañas junto a San Pedro. El famoso palacio de los Álvarez de Toledo, morada del poeta, ha desaparecido también; solamente su castillo enseña su panza en un tesón o altozano, y la Torre del Homenaje, podada por las inclemencias del tiempo, preside el dulce paisaje de la vega. El Monasterio de San Leonardo, granja de los Jerónimos, sobrevive en ruinas. La villa actual, con algunas solaneras del siglo XVIII, se hizo con los despojos de la regia mansión de sus señores naturales. A los timbres excelsos de haber muerto entre sus muros D. Fernando, el León de Flandes; de haber vivido en ellos Juan del Encina, Lope de Vega, Calderón de la Barca, los tiempos han unido los de haber exhalado el último suspiro Teresa de Jesús, la Virgen del Carmelo, en su Monasterio de la Anunciación, cara a la vega.

Y el pueblo guerrero se ha tornado místico. Desapareció Santa María, la iglesia de los Duques; pero subsiste el franciscano convento-ermita de Santa Isabel, en los terrenos ducales donde vivió Teresa antes de concertar la fundación con Teresa de Layz y con su marido. De sus jardines, de sus parques, apenas si quedan fragmentos de alabastros en jardines abandonados. De la munificencia de aquella condesa de Monterrey y duquesa de Alba, Dª María Enríquez y Colón, nieta del Almirante, sabemos todavía por una preciosa talla en madera, obra del propio Mena –desconocida en España como obra de este genial escultor– que se venera las tardes del Viernes Santo en el palomar carmelitano. De los señores –en todo tiempo escasos– de la Villa quedan unos primorosos enterramientos de los Villapecellines en San Miguel. De sus fueros y pragmáticas –estudiados primeramente por Julián Sánchez Ruano–, el viejo atrio de Santiago, donde se reunía el Concejo a deliberar, «a campana tañida». Desapareció el rastro en la población de los altos ingenios que hemos dicho, porque un alcalde confitero, que yo alcancé en mi niñez, se apoderó del Archivo municipal, y de los pergaminos viejos hizo rocadores y cucuruchos para envolver y repartir sus confituras. Hoy Alba duerme, duerme siempre sus pasadas andanzas, sobre la ladera pizarrosa y a la sombra del Castillo y de la Torre del Homenaje de sus Duques. Villa castellana, como todas las villas; alhóndiga y panera y casinejo, caza, murmura, intriga, encierra el rubio trigo y espera días mejores. Su casco se despuebla y sus artesanos marchan a tierras más hospitalarias. Los señoritos se casan y reproducen la casta con las pecheras del lugar. De la virtud, del linaje, del ingenio y de más altas cualidades que viera Garcilaso en

aquesta tierra de Alba tan nombrada

no queda ya sino el recuerdo. Una inmensa ola de tedio y un prurito exagerado de mendicidad, heredado tal vez de los pobrecitos legos de San Francisco, que pedían limosnas por las casas y acompañaban a los ahorcados al teso, hace ya tres siglos, con sus oraciones plañideras y cantarinas, son las calidades que hoy advierten en la Villa los lectores de Garcilaso.

Solamente el paisaje es eterno en esta villa de la horca y del cuchillo, de Duques y Santas, de paneras y casinejos, de galgos de caza y de caciquillos melancólicos y aprovechados. Garcilaso ha descrito este paisaje para siempre. En él pasó su mocedad con aquella dama portuguesa y rubia que se llamó Dª Isabel de Freyre, azafata de los Duques; a la orilla del Tormes persiguió mozas de buen ver aquel maestro de música, canónigo de Málaga y de León, Juan del Encina; frente a Santa María vivió, con una mujer de Alba, horas felices, Lope de Vega, mujer de la que tuvo una hija natural, que se enterró aquí; varías de las comedias de Lope están fechadas en Alba. En Alba obtuvo su primer premio como poeta, en el Certamen de las Fiestas de la Beatificación de Teresa, costeadas por los Duques, un estudiante de Salamanca llamado Miguel de Cervantes y Saavedra. En 1612 moría, a los tres días de llegar mirando a la vega desde la ventanita de su celda, Teresa de Jesús. Es fama que un almendro estéril que había en la huerta del Monasterio, junto a la celda, se pobló de blancas flores aquella noche –en que comenzó la reforma del calendario gregoriano– del 15 de Octubre de 1585. En Alba, después de las hazañas de Torres-Vedras y de las Victorias de Arapiles, de Gacihernández, pintó D. Francisco de Goya y Lucientes el retrato de lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, después de no pocos dimes y diretes y de españolísimas asperezas con el rígido modelo, generalísimo hasta delante de los pinceles del malhumorado pintor de cámara de Cayetana, duquesa maja de este lugar. Que nosotros sepamos, no dan más de sí las gestas pretéritas y presentes de Alba de Tormes, la de la vega verde y espaciosa y la del lecho de pizarra. Hogaño dormita, dormita siempre, y es tal vez la pizarra que le sirve de lecho el elemento más poroso, comprensivo, transigente y permeable de este lugar, del que huyó toda esperanza de redención, como si estuviera enclavado a las puertas del Infierno;

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate...![224]

y los artesanos –alfareros, sastres, perailes, guarnicioneros, talabarteros, comerciantes, jornaleros, pejugaleros[225]– la abandonan poco a poco, para que asienten su trono sobre la soledad y el silencio los señoritos ociosos y enredadores que estudiaron para curiales y que son el azote del pobre trabajador en «esta tierra de Alba tan nombrada»...

El palacio de los Garcigrandes[226]

Cuenta Bell en su preciosa monografía sobre la historia del Renacimiento español, que cuando el Padre Francisco Vitoria explica sus lecciones de derecho de gentes en la Escuela, y fray Luis de León profesa de agustino y acude a las aulas con los primeros cursos, se inicia el arte plateresco en la roja ciudad del Tormes. Se labran entonces las fachadas del Sancti Spiritus, de San Esteban y de la Catedral nueva; acaban de decorar Monterrey y se construye esta casa de los García Grandes, llamada después de los Garcigrandes por haberla adquirido los Espinosas, que llevan aún en nuestros días el vizcondado de este nombre, en plena calle de Zamora, a la vera del corazón de la ciudad. Esta preciosa casa plateresca, con sus escudos, sus ventanales, su portal y sus graciosos medallones, coge ya Salamanca en pleno Renacimiento. Sería curioso estudiar, siguiendo las indicaciones del notable investigador de la vida y obras de fray Luis de León, si en Salamanca fue el cuadro antes que el marco o este primero que aquél. Se plantearía así el curioso problema de si el ambiente de la Escuela forjó el de la urbe, o el de la urbe el de su estudio. Posiblemente las dos transformaciones son coetáneas y paralelas, y obedecen al mismo ritmo espiritual de las gentes, el precioso balcón esquinado de este palacio y la ventanita del plano inferior; situadas en el lienzo lateral, hoy profanadas por canalones y palomillas, sus hermanas gemelas de otros huecos de casas contemporáneas. El gótico se va asalmantinando, hasta que asoma el plateresco en toda su pujanza. Y el plateresco es el comentario que hace la piedra, obediente y roja, a las inquietudes renacentistas de la ciudad. Solamente ante estos primores pueden escribirse la oda a Salinas sobre la música y las páginas admirables de La perfecta casada. Se adivina que, fatalmente, necesita de este escenario el agustino para forjar los jalones de su severidad espiritual.

Y hasta que estos palacios no se levantan por todos los barrios de la ciudad, hasta que no se termina el artesonado de Sancti Spíritus, hasta que los dominicos –enemigos naturales de la Escuela de los agustinos– no acaban su solemne morada de San Esteban, hasta que los arquitectos y decoradores no dan fisonomía a las portadas de la Catedral y a los dragones y quimeras de las cornisas de Monterrey, Salamanca no sabe comenzar una vida intensa e inquieta en su estudio. Salamanca cuenta ya con diez mil escolares y toda la ciudad es una prolongación de su Academia. Estos palacios se construyen para que los habiten estudiantes ricos seguidos de su corte de capigorrones hambrientos que tapan con sus capas cortas la parvedad y sotileza de sus vestidos y muestran en la cuchara del chapeo la necesidad de comer caliente antes de filosofar despacio. Y en Salamanca pudo el lazarillo engañar al ciego, hurtándole vino de la bota, tapando con bolitas de cera los remiendos de la bota. De un lugar cercano a Salamanca hace proceder Cervantes a Cortadillo, rey de la tahurería y príncipe del robo y de la martingala; la Escuela es también refugio de la picaresca, y sus estatutos son tan democráticos y tan tolerantes que todo el mundo tiene derecho a penetrar en las aulas, a contender con los maestros y hasta fingirse escolar, oficio que tiene más privilegios que obligaciones. El que sabe tañer una vihuela o soplar en una gaita zamorana, instrumentos que tanto temía aquella tía fingida de la donosa Esperancita, no necesita de otras habilidades para justificar su oficio. Estas casas grandes, como los Colegios, como los Conventos, habitados también por estudiantes de mejor condición, sin su cocina al aire libre los días inciertos, no se consume más carne que la de carnero en la ciudad, y las truchas del Tormes y las alubias de Arévalo, y no digamos nada de las famosas empanadas de figón o tasca del Humilladero, que son manjar reservado para los titulares de los Colegios Mayores y para los hijos de los magnates. El sol de Salamanca, que dora y enrojece

[224] *Abandonad toda esperanza quienes entráis aquí*. Inscripción, grabada en las puertas del infierno con la que son recibidos, en la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, los infelices que caen en él.

[225] Así en el original por *pegujaleros*: Campesino (o ganadero) que tiene poca tierra para cultivar (o poco ganado).

[226] Publicado en *La Esfera* (22-03-1930).

la piedra de la casa de los Garcigrandes, es el mejor remedio para tantos males. Muchas veces es una mujer la que por oír un buen romance, una sátira de Marcial o un canto suave del cisne de Mantua socorre al necesitado.

La casa de los Garcigrandes aparece en Salamanca cuando su Estudio vierte su espíritu renacentista e inquieto por toda la ciudad. Se alza una preciosa plazuela salmantinísima y traza las elegancias plateresca al barrio de los labradores y forzados de la tierra. Este palacio, como casi todos sus hermanos, se ha ido plegando de mal humor a las necesidades de los tiempos. Abandonado de sus dueños, fue casa de banca y hoy sirve de abrigo a varios vecinos a la vez. Pero no ha logrado perder su prestancia y su alegría y desde la mañana a la noche recibe los besos y las caricias del sol, que lo ha dorado y enrojecido. Caminando hacia el centro de la ciudad, hacia la Plaza, súmanse ya la zona barroca y churrigueresca de la ciudad, que tiene también su encanto. En la ciudad del Tormes los arquitectos de las postrimerías del siglo XVII y del siglo XVIII no saben estar ociosos, y sus labores detallistas, cargadas y opulentas, conciertan con el tono burlón de D. Diego de Torres Villarroel, y con las trovas artificiales de los Árcades bobos que debaten en el zaguán[227] endiablados diálogos de amor libresco y de galantería forzada con sus flores fingidas y sus Batilos no menos fingidos y engañosos.

Doña María la Brava[228]

Las agitaciones del reinado de D. Sancho, y las minorías de D. Fernando IV y de D. Alfonso XI llenan de rencores las ciudades leonesas.

No pueden sustraerse al ambiente tumultuoso Salamanca ni otros pueblos cercanos. Ciudad Rodrigo, Ledesma, Zamora, luchan con tesón, ya por la preponderancia de los blancos, ya de los negros. Los Zúñigas, los Solís, los Monroyes, los Manzanos, viven en continua pelea. Y de la historia de los bandos no hablaríamos si ellos no hubieran servido para probar el temple de ánimo de la dama salmantina Dª María la Brava, famosa en la historia y en la leyenda famosa.

Un cronista local, D. Alfonso Maldonado, contemporáneo de Dª María la Brava, testigo tal vez de los sucesos, nos cuenta, sencilla y vigorosamente el épico relato. Cuenta Maldonado que Dª María de Monroy casó con el caballero salmantino D. Enrique Enríquez de Sevilla, señor de Villalba. Murió el marido; quedó la viuda harto moza y hermosa, solicitada por los galanteadores y enamorados, con dos hijos y una hija. Los varones, Luis y Pedro, trabaron amistad con dos mozalbetes, Simón y Alonso Manzano. Porfiaron los amigos y sobrevino una refriega. Se echó mano a las espadas; los Manzanos y sus domésticos hirieron mortalmente a los Monroyes, añadiendo al crimen la cobardía. Muerto Luis, los Manzanos decidieron, para ocultar su mala desgracia, rematar al pequeño. Huyeron los Manzanos, después de la perfidia, a tierras portuguesas. Conocido el crimen por la ciudad, fueron llevados los hijos muertos a la madre. «Dª María –escribe el cronista– les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningún acto mujeril; mas estaba con el corazón tan fuerte, que ningún varón romano se le igualara; asaz se parescía en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos se admiraban de vella con tanto sosiego, Los parientes de los mancebos muertos le dijeron que los enterrasen; Dª María respondió que ellos hiciesen dellos lo que quisieran; y en siendo noche, Dª María cabalgó y se fue a Villalba».

Se va a Villalba Dª María la Brava, con veinte caballeros, a fin de sorprender a los Manzaneros[229]. Y recomienda a sus deudos que no sean traidores.

Y en el camino, de noche, después de una larga y fatigosa caminata, arenga a los suyos Dª María. Dice que su corazón se nutre de odios y de rencores; que vive para la venganza; que hasta que no la sacie no tendrán luz sus días, ni reposo sus noches, ni manjares su cuerpo, ni su lengua palabras. La arenga es fiera y recia. «En gran manera espantados los suyos –dice al llegar a este punto el cronista– le respondieron que los Manzaneros [Manzanos] estarían ya en alguna fuerza de Portugal, donde no podían ser habidos; Dª María respondió no haber cosa más fuerte que el corazón del hombre, y queste, queriendo, todo era suyo, y que ella quería dejar

[227] Así en el original por Zurguén, arroyo salmantino cantado por la llamada escuela literaria salmantina.

[228] Además de aquí, también se publicó en *La España Moderna* (Julio 1911) y *El Adelanto* (28-08-1911) –incluido en un artículo más amplio titulado «Salamanca» que contenía otras semblanzas salmantinas–, *La Libertad* (19-04-1923), *La Esfera* (18-05-1929), y en el libro *Paisajes y cosas de Castilla*.

[229] Errata de imprenta. Debería decir *Manzanos*.

su hábito allí y usar el oficio de buen capitán; que en los peligros les prometía ser la primera; y diciendo esto, se fue a Portugal, y envió a sus espías a saber de ellos».

La jornada es trágica. Dª María camina con los suyos por veredas desconocidas, aposentando en mesones de plebeyos, en ventas donde discurre gente soez y mal nacida.

Un mes dura la investigación dolorosa. Los veinte escuderos llevan picos y hachas para derribar portones. Llega doña María a la posada de los matadores de sus hijos, ansiosa de sangre. Caen las puertas al suelo; diez escuderos protegen a Dª María en las piezas de la venta, dentro, y otros diez custodian la salida. Los Manzanos pelean; llaman en su auxilio a los portugueses; arrecia la pelea. Llegan tarde las ayudas, y Dª María tiene las cabezas de sus rivales en la mano izquierda. Sin perder tiempo, al galopar de los caballos torna a Salamanca, «fuese a apear derecha a la iglesia donde estaban sus hijos enterrados, y puso las cabezas que traía sobre las sepulturas de sus hijos y de ahí se vino a su casa».

Y concluye la relación del cronista «gran espanto puso este hecho en toda la tierra».

En la Plaza de los Bandos hay una casona solariega, triste, negra; la de Dª María. El escudo de los Monroyes campea en la fachada; bello y elegante es el balcón que da cierto aspecto de triángulo a la morada.

Ella inicia una calleja estrecha y silenciosa. De noche, más de una vez caminando a solas por aquella plazoleta, he sentido el galopar de los caballos al retorno de la venganza de Villalba.

PRÓLOGOS A OBRAS AJENAS Y TRADUCCIONES PROPIAS

Descripción y Guía de la Villa Ducal de Alba de Tormes de Fidel Criado Miguel[230]

No creas, querido lector, que el autor de este folleto es algún escritor de puras letras. No lo creas así. Otro nombre más bajo cambia por éste.

A mí, como amigo, me pide un prólogo para esta guía. Allá va. Yo no sé desairar a los amigos. El señor Criado, como verá el lector, es un joven humilde, sin literarias pretensiones, que maneja la pluma para todos los asuntos que excitan su curiosidad, revuelven su caletre o pinchan sus sentidos.

Tenemos que alabarle, desde luego, su feliz iniciativa de guiar a los viajeros que visiten Alba de Tormes; porque es esta villa ducal, lugar provisto de muchos vericuetos, callejas falsas y portalones oscuros, ya que a ratos se pierden en ella, no ya los forasteros, sino los mismísimos indígenas del lugar.

No aspira el señor Criado a meterse por todo lo alto con los entresijos psicológicos de Alba de Tormes; se conforma con la guía externa, con la historia cortical. Es de presumir, no obstante, que andando el tiempo ha de atreverse con esta labor, y yo le prometo estampar para entonces no ya un prólogo chiquirritín, sino todo un librote de Benedictino.

El señor Criado se preocupa poco de la historia de la Villa Teresiana. La historia local, en efecto, no merece la pena de ser estudiada porque "se pierde en la noche de los tiempos". En el archivo concejil sólo se admiran unos viejos pergaminos del Rey Alonso, donde se habla del mercado de la Villa, de los raptos entonces frecuentes y ahora nulos, de las muchachas y de la usura de los judíos aquí avecindados en aquellas pasadas centurias. Se sabe también que en Alba de Tormes estuvieron D. Fernando V y D. Fernando VI; que en este castillo lloraron su destierro Juan de la Encina y D. Pedro Calderón de la Barca; que hubo una inundación tremenda en el siglo XVII, subiendo las aguas del Tormes hasta lo que hoy se llama Calle del Barco y Plazoleta de la Fonda Teresiana; que los franceses cometieron con nosotros herejías, y… pare usted de contar.

Mi enhorabuena al señor Criado. Y para el público mi promesa formal de que este folleto es útil y que de él han de sacar los lectores alguna utilidad y provecho.

La política clerical y la democracia de R. Murri[231]

Advertencia del traductor

Las campañas de Murri en la *Cultura Sociale*, primero; en la *Rivista di Cultura*, después; su intervención en el célebre Congreso de Bolonia, poniéndose a la cabeza de los socialistas

[230] Salamanca. Imprenta y librería de Francisco Núñez, 1905.
[231] Madrid. Librería de Francisco Beltrán, 1911.

cristianos; su famosa *interview* del año pasado con el *Giornale d'Italia*, donde se declaró él –un sacerdote católico– furibundo anticlerical; sus trabajos de organización en la Liga Democrática Nacional, han aumentado su creciente popularidad en toda Italia. Es el *político* del movimiento neo-cristiano, como Fogazzaro es el literato.

LA POLÍTICA CLERICALE E LA DEMOCRAZIA trata de marcar orientaciones al partido católico italiano. Y desde luego se nota que este sacerdote, suspendido a divinis el año pasado por los manejos de la derecha intransigente del Vaticano, es de una habilidad pasmosa en sus raciocinios. Tal vez mira unilateralmente los problemas, tal vez no ha sacudido enteramente de su mollera los inocentes torneos silogísticos del Seminario; pero hace gala de una inteligencia que ve mucho y ve muy lejos.

La mayor parte de estos estudios: *De un Papa a otro, Por la autonomía política de los católicos, Los primeros católicos en el Parlamento, La nueva política eclesiástica*, etc., han visto ya la luz en revistas. Algunos otros, como *La crisis religiosa en Francia*, son correspondencias escritas al día, precipitadamente, para periódicos de gran circulación. Todos están animados de una honda y cálida elocuencia, que hace agradable y seguida su lectura. Murri no es un analista reposado y sereno, sino un buen italiano, lleno de pasión y desbordante de ingenio, poseído del ardor del proselitismo.

Al final del libro, como apéndice, publica Murri varios documentos de la *Lega Democratica Nazionale*. Uno de ellos nos interesa desde luego. Los modernistas piden, entre otras cosas, el monopolio, por parte del Estado, de la instrucción elemental y secundaria de todos los institutos de educación, la abolición de la enseñanza religiosa en las escuelas elementales, exámenes de habilitación y, finalmente, la enseñanza de la historia comparada de las religiones, de la filosofía de la religión y de la historia del cristianismo, en las más concurridas universidades italianas.

En los precedentes párrafos consigné yo en la revista *La Lectura* (Noviembre de 1908) la impresión que me causó este libro a raíz de su publicación. Muy poco habrá que añadir ahora. Como saben todos los lectores cultos, Murri ha roto las ligaduras que le sujetaban al Vaticano. De crítico ha pasado a hombre de acción. Actualmente Murri figura como diputado en el partido radical. Contra él se han desatado las violencias y las iras de los clericales; pero Murri continúa atrayéndose las fuerzas proletarias, a las que trata de imbuir los principios del cristianismo y de la democracia. El lector que lea con cuidado este volumen se dará cuenta perfectamente de tan lógica evolución.

Dos palabras sobre la traducción española.

Es muy difícil traducir a Murri. Ama los períodos ampulosos y amplios. Es un espíritu nuevo que hace retórica vieja. Luego, como ya he escrito, no sabe desembarazarse por completo de las inocentes armas dialécticas que aprendiera en el Seminario. Esto, unido con aquello, hace harto difícil en muchas ocasiones verter con fidelidad y con desgaire sus ideas y sus períodos. He procurado hacer una versión fiel y clara. El pensamiento de Murri vale la pena de ser conocido por todos los espíritus a quienes preocupan los problemas religiosos. ¡Ojalá contribuya la publicación de este libro a disipar la tormenta que está a punto de desencadenarse sobre el catolicismo español, por la ceguera de los de arriba y por la suprema e inverosímil ignorancia de los que están abajo!

Violetas de Cecilio Benítez[232]

I

«De las dos clases de actividad mental, el raciocinio y la imaginación, que señala Schelley en su Defensa de la poesía, esta última se ha empobrecido por los hombres graves y secos de tal suerte, que se ha relegado al humilde puesto de sierva o criada del raciocinio, cuando es, en puridad, su esposa excelsa y su compañera ideal en la misteriosa fecundación de las ideas que son imágenes y de las imágenes que son ideas.

El poeta piensa y el pensador rima. Toda palabra es un canto, porque toda palabra es un acto de imaginación por el que nos apoderamos, interiormente, de la representación que su-

[232] Villafranca del Penedés. Tipografía de Federico Cuscó, 1912.

giere. Todo razonamiento es poesía, porque razonar es crear las relaciones necesarias de las cosas, apoderándonos del momento de eternidad que todas llevan dentro. Cuando este momento de eternidad se nos revela, fugazmente, en la caricia velada de una amiga, en la sonrisa de un niño, ante la serenidad del mar, en medio de las mieses de la llanura, la emoción se apodera de nosotros. Y somos poetas. Somos poetas sin saberlo, sin quererlo acaso. Unos hablan, otros callan, otros lloran, pero todos riman. Dios ha pasado junto a nosotros, amigos, en esa hora. Dios hizo el canto antes que el tema. Dijo que se hiciera la luz y se hizo la luz; las teorías del éter vinieron después. A nosotros llegó también la luz en aquella hora, y porque la recogimos fervorosamente en nuestro corazón, porque la emoción fue señora de nuestras almas, porque fuimos poetas y creadores, somos semejantes a Dios.

Lo que nuestros abuelos llamaban inspiración, y nosotros, más modestamente, emoción, no es otra cosa sino la huella que ese momento de eternidad, deja en nosotros, cuando buceamos el alma de las cosas. Es más alta que el raciocinio porque no tiene límites como él. El poeta no discute: adivina. Con la sinceridad de aquel momento le basta. Su espíritu ha de ser sensible, ha de estar en tensión siempre, vibrando, en inquietud continua. El poeta ha de tener algo de taumaturgo: varita mágica para nimbar las cosas; ha de prestarlas su resplandor, que es su verdad. Y no ha de decir palabra ociosa; así que la diga, dejará de ser poeta. En su alegría y en su dolor, cuando ruge o cuando se resigna, cuando blasfema o cuando acaricia, el poeta ha de entregarse generosamente a su emoción, para que su canto sea glosa precisa de su momento espiritual.

Cecilio Benítez da su primer libro al público, ansioso, él también, de que su palabra encuentre eco en otras almas, y en ellas vibre su canto mozo. Cantos de juventud son los cantos del poeta nuevo; su musa, castellana, ha buscado refugio en esa noble tierra catalana, que ha legado, no solo a sus hijos, sino a todos los mozos españoles que cantan o sueñan, un tesoro espiritual en Mosen Cinto, en José Carner, en Maragall, en otros poetas menores que han llenado de inquietud santa el corazón de los que anhelan una patria de ensueño.

Cecilio Benítez añade su voz al coro sagrado. Llama **Violetas** a sus canciones; las quiere sencillas, las quiere frescas, las quiere perfumadas. Y –¡milagros de mocedad!– ora rece ante los sepulcros de las viejas catedrales, ora cante viejas gestas de castellanos tozudos, ora recuerde melancólicamente sus horas de novio en un jardín versallesco, sabe ser expontáneo [sic], jugoso, fácil risueño, cantando simultáneamente, con la frivolidad del que no ha llorado pesares, de esos que rompen para siempre el ritmo interior de una vida, sus esperanzas, sus devaneos, sus secretillos, sus ilusiones de mozo.

Cecilio Benítez es así, y como es, se presenta. Hace años conozco al autor de este libro. Ha hecho gemir las prensas de casi todos los periódicos literarios de Madrid y de provincias. Su musa, retozona y festiva casi siempre, ha tenido ahora una tregua de descanso para cantar otros temas, altos y peregrinos de su iniciación en la vida.

Es muy joven el Sr. Benítez, no tiene tiempo, diga él lo que quiera, de haber oído el rasgueo de la guitarra,

el desdén, el dolor y la alegría;

sus celos son también imaginarios; aunque se enfade con las mujeres, no sé que haya hecho otra cosa sino admirarlas y bendecirlas siempre. Sus dolores apenas si son tempestades en un vaso de agua. Así sus versos, necesariamente, rezuman ese perfume de mocedad, de despreocupación, de alegría sana, que se escapa de ellos. Adquirirá mañana caudal de emociones nuevas el poeta; su espíritu interrogará la esfinge con una mueca de dolor; gozará placeres refinados y personalísimos, a los que no pondrá más comentario que el silencio para no profanarlos, pero entonces dejará de ser quien es.

Hoy se trata sencillamente de un poeta nuevo, que gorjea porque la mañana es limpia, porque ha llegado la aurora y el rocío pone reflejos de plata sobre el campo.

Cuando quiebre el día, tal vez este poeta nos sorprenda con una tonadilla plañidera. Hoy tiene el buen gusto de no mentir tragedias que no ha atravesado y de detenerse burla burlando, solo para probar el metal de la voz, en aquellas cosas tristes, que le impresionaron un momento, sin abrir surco en sus horas de luz y alegría.

II

"Quien pierde la mañana –dicen los libros sagrados– pierde el día; quien pierde la juventud pierde la vida." Y pierde la juventud, lo más sabroso y expontáneo [sic] de ella, quien no ha

escrito o no ha intentado escribir versos nunca, quien no supo rimar, en su corazón, la armonía de unos ojos que nos contemplan, confiados y puros, la voz que nos canta calladamente ensueños, la boca, roja y fresca, que nos promete caricias misteriosas y apoyo blando los días melancólicos de la vida. El amor es nuestro primer maestro. Él nos enseña veladamente la vida. Nuestras primeras nociones personales brotan de sus venturas y desventuras. La tragedia íntima de nuestro destino, los primeros buceos en lo desconocido, las primeras relaciones ocultas de las cosas, nos las revela el amor. Y todo poeta canta estas sus primeras emociones de enamorado.

Cecilio Benítez, para no faltar a esta ley humana, canta también sus aventuras mozas. Descúbrense, a lo largo de sus cantos, las huellas que han dejado en él otros poetas. Sondando los versos de mi amigo con emoción, percíbese pronto el surco de José María Gabriel y Galán, el poeta labrador de las pardas onduladas cuestas, de las castas soledades hondas y de las grises lontananzas. Amor de nuestra mocedad fue el poeta salmantino, las piedras nobles de Salamanca y la contemplación de la llanura empaparon el espíritu de Benítez de placidez y de calma. Vio la Castilla suave de las riberas del manso Tormes, del turbio Pisuerga, la Castilla de Garcilaso –pinos que se miran en el espejo de las aguas– y de Fray Luis de León –la fontana pura del huerto agustino, donde se desdeñan las ambiciones y se gustan los sabrosos placeres del silencio–. Esta imagen placentera vive escondida en los versos del poeta, pero vive. Hay un fondo de paisaje material, tangible, en nuestras evocaciones, como hay también –torpe será quien no lo descubra– otro fondo de paisaje moral en nuestros pensares, donde flota vagamente, apenas sin contornos, lo mejor y más puro de nuestros recuerdos. De Castilla canta Benítez a los Comuneros. No sé si

…el alto pensar de Don Quijote,

sigue siendo el credo de la raza, que hartos apaleos y moleduras nos costó la peregrina afirmación de que era yelmo de Mambrino la bacía del barbero. ¡Bacía y bien bacía, mi Dios! El despertar fue rudo y lamentable, como despertar de ocioso. Sancho se burló una vez más de Dulcinea. Callaron los poetas de mi Castilla; los proyectos de redención fueron estériles; siguieron los políticos, hueramente, cantando, un sonsonete de tamboril, molesto, machacón, cansino, un himno a la pereza, canto de cigarra en lugar de procesión de hormiga. Como dijo muy bien Unamuno siguieron croando los sapos de los estanques. Cataluña nos trajo, con Maragall, voces de aliento y de entusiasmo, voces que venían de las nubes, para columbrar, al rasgarlas, la patria del ensueño. Los mozos castellanos –me place lanzar esa afirmación en Cataluña, donde ahora vive el Sr. Benítez– no desoímos esas voces. La aurora de Gabriel y Galán fue cantada por el apóstol de San Gervasio. También nosotros queríamos una patria viva, concreta, que renovara sus glorias al resplandor trágico de sus desdichas. En Salamanca –sobre todo– hubo un núcleo que ahora retoña, confiado y optimista, con este núcleo tuvo relaciones el Sr. Benítez. De aquella renovación nacieron sus primeros cantos de esperanza. Por ser un mozo generoso y franco el Sr. Benítez, porque sus cantos son cantos de optimismo y de muchachez, porque espero mucho de su labor futura, porque en la de la hora presente hay atisbos, centelleos, llamaradas, correr de estrellas altivas en noche de Agosto, prologo con gusto su libro **Violetas**, revelación de un espíritu sano y contento que promete, en su fecundación espiritual, óptimos y muy sazonados y gustosos frutos.»

Criquette de Ludovico Halévy[233]

Criquette es una novela encantadora. Pocos libros más graciosos, más tiernos y más interesantes, que esta linda narración del literato Halévy que tengo el gusto de ofrecer hoy, en castellano, al gran público de España y de América.

Ha dicho un eminente profesor norteamericano, el Sr. Barrett Wendell, en su curioso libro *La Francia de hoy* –cuya edición francesa ha publicado esta misma casa editorial de los señores Nelson– que no puede juzgarse de la vida francesa de hogaño por los relatos de sus noveladores

[233] París. Thomas Nelson and Sons editores, 1914.

y literatos. Así es, en efecto, por regla general. Hay la obsesión –que sigue privando en América, aunque se vaya desechando ya en todas partes– hay la obsesión parisina del boulevard, de la cocota, del cabaret, de la frivolidad, del vicio alegre, refinado y fácil, de todo eso que ha caracterizado a ese loco pueblo de París, como si fuera un bruñido espejo, una imagen fiel y exacta de la vida social contemporánea de nuestros buenos vecinos. Se descuida adrede por los profesionales la vida provinciana francesa, como si no fuera casi toda la vida nacional. Contra esa corriente de los sociólogos de alcoba, de los psicólogos de tres francos cincuenta –de los que se burla tan donosamente el escritor portugués Eça de Queiroz en su famosa novela *A cidade e as serras*– se ha impuesto el buen sentido de autores tan celebrados como la señorita que firmara con el seudónimo masculino de Juan de la Brète *Mi tío y mi cura*, y Enrique Bordeaux, para no citar más que libros muy conocidos de todo el mundo.

Pues un predecesor de la sana corriente realista es, en la literatura francesa, el autor de este libro. El señor Halévy, como buen francés, no se asusta a veces de bordear atajos espinosos y descarriados; pero no se jacta de caminar por andurriales ni por calzadas muertas, ni se deleita con lo simplemente obsceno, y sabe cubrir, como el portugués insigne, «la cruda desnudez de la realidad con el manto diáfano de la fantasía». La pobre Criquette, hija de una verdulera, abandonada y sola al morir su madre, sin más arrimo en la tierra que el cariño de Pascual, anda de la ceca a la meca, en casa de una cortesana primero, y en compañía de su ama de llaves después, recordando, en la quietud provinciana de Beauvais, aquellas horas de asueto en Belleville, cuando vendía flores, caramelos y bollitos calientes, con Pascual, y más tarde, cuando haciendo de princesa en el teatro de la Puerta San Martín, era festejada por la gente de tablas, como lo que era: como un angelito risueño y alegre, que contagiaba de buen humor a cuantos sabían ponerse en contacto con la frescura y el hechizo de su niñez.

El encontronazo de la pobre niña con la vida no puede ser más duro. Se escapa desde Beauvais a París, que su ingenuidad no soporta el acartonamiento moral del ama de llaves de la cortesana, de aquella taimada y seca Aurelia, que ha sabido robar a la chita callando para retirarse al fin del ajetreo de su vida, viviendo, como el pez en el agua, dentro de la ñoña pazguatería provinciana. La niña se escapa a París en busca de Pascual, y la dulce amistad de la infancia se ha trocado en fuego de amor mozo que abrasa el corazón. A la sombra de la catedral del Mans, bajo los chopos de los alrededores de la bonita ciudad, los mozalbetes viven su idilio, afinándose, con el despertar del corazón, la delicadeza, el exquisito gusto, la gentil feminidad de la hija de la verdulera de Belleville, que se refugia en sus sueños, de espalda a la vida, como se refugiaba la santa de Ávila en su castillo interior, de espaldas a sus achaques corporales. Con el dolor, con la desilusión, con la inconstancia de Pascual, rodeada de los mimos y delicadezas de los hermanos Lemuche, el autor nos hace presenciar, en toda su trágica grandeza, la conversión de la niña en mujer. Nada más conmovedor, ni más humano, ni más lindamente observado que aquel delicioso titubeo que sacude los sentidos y el espíritu de Criquette al conocer al conde de Sérignan. Aquella mujercita se afina; gana en delicadeza lo que pierde en agilidad espiritual; y al comprender la vida, se abraza a ella sonriendo, fundiendo las partículas de su dolor personal en el informe bloque del dolor de todos.

Asoma su cabeza dolorosa la catástrofe, al final de la novela. Aquella hecatombe de los ejércitos franceses bajo el fuego de las balas prusianas, coincidiendo con la muerte de Criquette, curando las heridas al conde de Sérignan, en la ambulancia de Yvré-l'Évêque, parece un símbolo... La voluntad aniquilando la sensibilidad y la inteligencia de la juventud...

No creo que pruebe nada, ni que demuestre nada esta hermosa novela. No es un libro de tesis, sino de emoción este libro. Y por eso, por ser de emoción, por rezumar una bendita tolerancia ante la flaqueza ajena, por comprenderlo todo al amarlo todo, por reflejar una sensación amplia y completa de la vida, llega en buena hora al público español de Europa y de América.

Nuestra literatura seca, árida, uniforme como la meseta central de la Península, necesitaba una corriente de emoción, de ternura, de comprensión amplia de la vida, frente a esos libros cuajados de ironía que matan la actividad y de erotismo fácil y ramplón que nos uncen la vista al suelo y no nos permiten levantarla para ver cómo corretean las estrellas por el cielo en una noche clara, llena de lumbres lejanas y misteriosas.

La vida es sueño, Don Quijote y otros ensayos de Josué Carducci[234]

Advertencia

Seis ensayos entrega al público hispano-americano la *Editorial América*, por primera vez traducidos al castellano, de la recia mentalidad de Josué Carducci. Ellos revelan, me parece, distintos aspectos muy curiosos del temperamento crítico del gran poeta italiano.

En los ensayos sobre Calderón y sobre el Quijote habla el poeta cuando calla el crítico, y al revés. Estos dos trabajos nos descubren lo mucho y bien que conocía el profesor de Literatura de la Universidad de Bolonia la literatura española.

Por la poesía y por la libertad es una manifestación curiosísima de cómo se produce un poeta en sus deberes políticos.

Ariosto y *Voltaire* es un ejemplo de la paciencia crítica del cantor de Satanás cuando se trate de aquilatar el juicio de los grandes hombres en torno a las glorias italianas.

Finalmente los dos ensayos últimos *Croce y su tiempo (Crítica y Arte)* y *Novísima polémica* tienen el interés de mostrar cómo de los males literarios que padecía Italia hace cuarenta y tantos años seguimos padeciendo nosotros, españoles y americanos, en el año de 1918 de la Era Cristiana.

La postura de Croce frente a la dolencia puede ser también para España y para América la divisa salvadora: amor, conocimiento, respeto, estudio, estudio, siempre estudio.

Cataluña[235]

En Josep Sánchez Rojas està escrivint un llibre amb el títol de Cataluña; amb l'objecte de documentar-se, fa ja més de dos mesos que roman entre nosaltres. El pensament de l'autor és publicar aquest llibre a Madrid durant la primavera pròxima. Als nostres llegidors, que ja coneixen les simpaties de l'escriptor castellà per la nostra terra, oferim avui el pròleg del llibre:[236]

«Lector Castellano: quienquiera que tú seas, españolista furibundo de los de la Marcha de Cádiz o desengañado recalcitrante y trágico de tus nombres y de tus cosas, he de decirte que desde aquí –cara al mar y mirando a Oriente– desde esta Barcelona de los catalanistas y de los sindicalistas, que te preocupa tanto y que tantas veces te hace arrugar el ceño, a través de las diatribas que contra ella te sirven casi diariamente Rafael Gasset desde «El Imparcial» y Santiago Alba desde «El Norte de Castilla», he sentido la comezón irresistible de hablarte de Cataluña, de sus ciudades, de sus paisajes, de sus hombres, de sus políticos, de sus escritores, de su prensa, de sus problemas de vida interior, hoy más agitados que nunca y más que nunca necesitados de urgente y salvadora solución. Un poeta catalán, que decía siempre palabras vivas y llenas de amor, Juan Maragall, un poeta que no figura en tus antologías y del que quizás no te hablaron nunca los dómines del llano, doliéndose de sus propios dolores y amargado de las amarguras de soledad y del aplanamiento que acogota los corazones y los cerebros en la meseta, cantaba que a los hombres de tierra adentro como tú era necesario hablarles del mar y de la costa, de la periferia, de la vida de relación y fusión de los pueblos que dan a cada uno su tonalidad espiritual, y yo quiero seguir tan santo consejo, desviando un momento tu atención de los trigales y de los barbechos, de los caciques y de los amos, de tus eternos e inacabables expedienteos, para que sientas con las entrañas, después de razonarlo con la cabeza, que dentro de esta España, uniformada y recogida como zurrón de pobre, hay pueblos, como este de Cataluña, que es extraño a tu sentimiento y a tu tradición, a tu historia íntima y a tus agobios seculares, que habla una lengua distinta de la tuya, que tiene otras ideas que no son tus ideas

[234] Madrid. Editorial América, 1918.

[235] Existe otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido, en *El Adelanto* (O.C. Tomo V, página 210).

[236] «*José Sánchez Rojas está escribiendo un libro con el título de* Cataluña*; con el objeto de documentarse, hace ya más de dos meses que permanece entre nosotros. El pensamiento del autor es publicar este libro en Madrid durante la primavera próxima. A nuestros lectores, que ya conocen las simpatías del escritor castellano por nuestra tierra, ofrecemos hoy el prólogo del libro:*»

No existe constancia alguna de que este libro llegase a publicarse.

y que labora su provenir mientras tu le sigues mirando a pesar de sus voces, en el ombligo de tu pasado.

Cataluña padece en estos momentos una crisis de transición y hasta diría yo que de tanteamiento y de cobardía. Agitadas hogaño hondamente sus entrañas por los trastornos de la postguerra, teatro de revueltas salvajes atizadas, consciente o inconscientemente desde el centro, para desviar su atención sin conseguirlo de otras inquietudes más fecundas y sugeridoras, es hoy, como siempre, el campo de experiencia de la inepcia cortesana y de la incomprensión política profesional y tengo para mí, lector amigo, como dogma cerrado que es torpe cosa la de ahogar los gritos colectivos del alma de este pueblo, que no es la del tuyo ni la del mío, pues no en balde Cataluña habla una lengua áspera y noble que no es tu sonoro castellano, con una tradición marítima que no es la tuya de pejugalero[237] y de agricultor, con una orientación geográfica que la hermana con otros pueblos que no son tus africanos ni tus portugueses. Por eso Cataluña atraviesa hoy la curva más terrible de su historia política y vive el momento más intenso y tal vez más difícil de ella. Cuando el señor Cambó, recientemente, se excusaba de haber callado mucho, yo pensaba que, en realidad, Cataluña nada tiene que decir, de tanto como siente y piensa ahora.

El problema catalán nacido –nunca debemos de cansarnos de decirlo los castellanos– de una lisa y de una llana incomprensión de parte de Castilla, puede trocarse, se está trocando ya, en los subterráneos de lo que Unamuno llama la intra-historia, en un problema de incompatibilidad, que aún es ocasión de atenuar y hasta de borrar del todo si no perdemos un segundo en esta obra, pero que, de otra suerte, se acentuarán hasta el punto de traducirse en divorcio, en desunión y en hostilidad.

La juventud catalana de hogaño, desengañada y romántica, proclama ya esta separación de bienes y hasta de cuerpos. El grito de Rovira y Virgili contra la dominación política castellana, mejor será decir de los castellanos que también agarrotan la meseta con su oquedad y con su estupidez tradicionales, no es ya un anhelo subjetivo, sino un problema de realidad con el que hay que apechugar bravamente hasta extirparlo. Y digámoslo muy alto: tienen razón, desde su punto de vista, tales protestatarios, que no son solamente mozalbetes catalanes, sino mestizos de la costa y del llano, nuevos adaptados a la vida del país. Y mientras eso pasa, los políticos que tu padeces, al trasplantarse a Cataluña, dan en la manía, para apagar el fuego, de hacerse incondicionales de todos los Gobiernos, convirtiéndose, de esta laya, en un partido colonial y calificando –tal es la consecuencia– de colonia a Cataluña y de filibusteros a los hombres que sienten las palpitaciones patrióticas de su país. No hay peor manía que la de tratar de filibustero a un hombre, para que, al punto, se convierta y obre como tal. Si lo catalán no es lo español, si diferenciamos del nuestro un sentimiento específico de región, de comarca o de pueblo, que forma parte de la unidad nacional dentro de la que todos vivimos, el separatismo es el vuestro, y no es el menos grave el centralista de nuestros núcleos cortesanos. Las juventudes nacionalistas de Cataluña pueden seguir una trayectoria fatal para todos, y de contado para ellas mismas, si en Madrid el avestruz sigue imperando como director de la orquesta que se llama a si misma gubernamental y patriótica.

Cataluña no es una región española más como Extremadura o como Castilla, como Murcia o como León. Si se la mide con el rasero de las demás comarcas que no tienen el sentimiento de tales –y el patriotismo entre nosotros es puramente localista y hasta de barrio y de parroquia solamente– el problema catalán seguirá inalterablemente en píe. En este país, es esta Cataluña áspera e inquieta, donde las fuerzas políticas de todos los sectores son conservadoras, y como tales, contentadizas con un régimen inteligente de prudencia y de captación, se empeñan los Royos Villanovas que nos salen al paso –y los Royos son legión entre las clases directoras– en luchar con endriagos, fantasmas e íncubos a todo ruedo. El punto de visita del poder central es más que rudimentario e infantil cuando aplica su diligencia al cultivo de Cataluña, acostumbrado al artificio de sus agrupaciones y a la oquedad de sus santones, se empeña en atribuir a la farsa y al artificio actuaciones y propósitos que son hijos de la naturaleza y del país. Así, a la Mancomunidad, hay que juzgarla, no con los mamotretos administrativos a la vista, sino por la obra que está realizando y que realiza, tendiendo redes telefónicas por los pueblecitos a los que ha dotado además de bibliotecas públicas y de centros de comunicación, harto descuidados hasta la fecha. Así también, para juzgar la actuación de la Lliga y de sus hombres, hay que

[237] Así en el original. *Pegujalero*: Labrador o ganadero que tiene poca siembra o poco ganado.

tener en cuenta que la Lliga no es un partido político, sino una coalición de afirmaciones, de intereses comunes. Lo que sucede en Cataluña, políticamente, no nace de voluntades y de imposiciones. Es la masa la que actúa por dentro, aunque solamente aparezcan al exterior los edecanes y directores.

Lector: yo te doy mi visión honrada de Cataluña en este libro. Ni te oculto los peligros del momento, ni te escamoteo, tampoco, los cables que pueden tenderse para una obra común de afirmación, de concordia. Ni los catalanes ni los castellanos somos acaso demasiado flexibles para darnos entera cuenta de nuestra posición espiritual. Parece que vivimos unidos por la espalda como hermanos siameses. Pero Cataluña, rica y plena, padece de tus males, castellano, y de otros que tú no padeces y de los que no sabes dolerte: los de su lengua, que supone, por el mero hecho de existir, otra sensibilidad distinta de la tuya, los de la urgencia y complejidad de sus trastornos económicos, los de ser víctima de toda suerte de ensayos peligrosos, los de no sentirse comprendida –¡supremo dolor! – que vale tanto como no sentirse amada, por ti, castellano, que le has impuesto tu patria, sin miedo a la revancha y al desquite.

La Veu de Catalunya (18-02-1921)

España en la vida italiana durante el Renacimiento de Benedetto Croce[238]

Palabras del traductor

A raíz de aparecer la primera edición del libro *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, publicamos en el diario El Sol –3 y 16 de febrero de 1919– dos impresiones de lectura de este volumen[239]. Con ellas formamos hoy el prólogo que encabeza esta traducción española.

I

Dos libros he repasado estos días que me han hecho rectificar algunos juicios en torno al problema de Castilla: el de Macías Picavea, escrito en los días de la catástrofe nacional, hace ahora exactamente veinte años, y el del filósofo napolitano Benedetto Croce *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* (Laterza e Figli, Bari, 1917). Hay en estos dos libros, el español y el italiano, un hondo amor a la verdad y una seria y firme preocupación por los valores españoles. Dejando a un lado *El problema nacional* del profesor de Valladolid, y fijándome ahora solamente en los estudios de Croce en torno a la eficacia de la influencia española en la vida italiana durante los siglos XV, XVI y XVII, diré que ciertas afirmaciones, mejor aún, ciertas defensas que hace Croce del espíritu español durante los Austrias, me han hecho pensar que también antaño, como hogaño, el pueblo era digno de sus reyes y de sus validos, y que los movimientos de independencia que entonces se alzaron fracasaron porque ya en las postrimerías del siglo XVI estaba seca y exhausta la savia de las virtudes del pueblo español.

El libro de Croce expone el reflejo de nuestra hegemonía política y militar en Italia antes de los Reyes Católicos y a lo largo de la dinastía de los Austrias. Carlos I de España y V de Alemania, que se hace coronar Emperador en la iglesia de San Petronio, de Bolonia, no suscita ninguna oposición seria por parte de los italianos. Los poetas le cantan, los políticos le adoptan de modelo, las mujeres le festejan en las fiestas populares de Nápoles, como nos recuerdan ciertas telas y estampas famosas. De Felipe II dice un historiador de la época, S. Guazzo, que «conserva dignamente su grandeza real». De su hijo escribe otro cronista contemporáneo que «es el mejor monarca del mundo y que desciende de la familia Julia, del gran Julio César, primer emperador romano». La superstición popular aseguró que los Austrias poseían un gran Crucifijo prodigioso y otros talismanes con toda suerte de venturas. De España no llega a Italia más que la apariencia y la superficialidad de su esplendor. Los militares lo llenan todo con el

[238] Madrid. Edit. Mundo Latino, 1925.

[239] El apartado I se publicó, con ligeras variaciones, en *El Sol* (03-02-1919) con el título «Un juicio histórico de Croce» y en *La Veu de Catalunya* (08-01-1921), donde lo haría en catalán, con el de «La decadència d'Espanya». El apartado II lo hizo, también con escasas modificaciones, En *El Sol* (16-02-1919) bajo el epígrafe «Castilla en Italia».

estruendo de sus armas. Italia no se da entonces cuenta de que España, su dominadora, es tan pobre y está tan atrasada como ella. Tan atrasada en el aspecto político; que en el de la cultura, hasta Boscán y Garcilaso, vivimos nosotros de lo que llamaría Croce las *pastorellerie* y *frascherie* del ingenio de nuestros vecinos.

Italia –observa con su perspicacia de siempre el genial pensador napolitano– no fue oprimida por España, porque «España era ya un país en decadencia». Si tenia del Estado moderno la unidad monárquica y las instituciones militares, era, por otra parte, demasiado medioeval y feudal en su constitución política, careciendo, sobre todo, de aquella preparación y de aquellas virtudes industriales y comerciales indispensables a la conservación del poder en los tiempos modernos. Tal ausencia de calidades hace inofensiva, a la larga, la influencia española en el espíritu italiano. La Iglesia que Italia *aveva nel suo cuore* en el corazón y en el centro y en la entraña de su territorio, se encontró en lo hondo de estas andanzas de dominación, hegemonía y conquista, con una alianza reaccionaria de la Europa del Sur contra la Europa del Norte, y fue ella, la Iglesia, la que dio, acaso, un sentido de regresión a la aventura militar española fuera de su propio suelo.

El cuadro de nuestro Ricardo Macías Picavea de una Castilla exhausta, de sus Comuneros rebeldes, pero sin cohesión ni unidad ni orientación algunas en la organización de su plan defensivo contra el César; de unos rollos teñidos en sangre a la entrada de los pueblos y de las villas, de unas industrias rotas, de un comercio abandonado y de una agricultura rutinaria y primitiva, lo completa maravillosamente Croce en estas páginas con nuestros soldados camorristas que roban las capas a los aldeanos; con nuestros gobernadores ineptos, fastuosos y amigos del expedienteo; con nuestros literatos hinchados y vacíos; con nuestros místicos ardientes y «tal vez heréticos»; con nuestros guapos, y secretarios de prelados, y corchetes hambrientos. España, y sobre todo Castilla, secan sus lacras y piojos al sol de Bolonia, de Nápoles, de Roma y de Milán. Y los italianos, más cultos y listos que nosotros, pero sin ideales nacionales entonces, apenas salidos de su municipalismo rabioso, individualista y agresivo, no aciertan a ver más que la figura cesárea, el sueño de su viejo imperialismo enterrado en la noche de la Edad Media; la muralla natural contra los turcos, y hasta las virtudes caballerescas, eco de nuestras coplas, romances y cancioneros que sacuden el corazón de un pueblo que sabe darse cuenta de la belleza de un gesto y de la grandeza de la gens hispánica.

El espíritu español, a que alude Croce en la última mitad de su libro, desde que Fernando de Aragón se apoya en Nápoles para extender los dominios de su corona por aquella Península, es siempre el espíritu castellano, pero el espíritu castellano de la decadencia que se manifiesta en los siglos XVI y XVII. Esa España, que ama Croce porque cree, a pesar de todo, en su fuerza y en su empuje, es la de la idea monárquica «aunque el sentimiento monárquico era devoción al señor». «Esa España no iniciaba una evolución –agrega– sino que la remataba y concluía.»

Italia no advierte, hasta ya muy entrado el siglo XVII, que está tambaleándose «la tanto tiempo combatida y desde hoy vacilante máquina de la Monarquía española». Un jurista, Fulvio Testi, advierte al duque de Módena, a raíz de la rebelión portuguesa, que los días de los Austrias están contados. «Sé que el poder del Rey Católico es vasto, inmenso, infinito –escribe Testi–. Pero todos los reinos y todas las dominaciones tienen sus períodos. Mayores fueron las monarquías de los medas, de los persas y macedonios, y se deshicieron. Más grande fue la República de Roma, y murió. Más vasto el Impero [sic] de César, y cayó, sin embargo.»

Ya Testi no le engañan ya las apariencias. Italia, «la serva Italia», mira, cara a cara, a su dominadora. El cronista modenés, desde su retiro de Castelnuovo, cuenta al duque de Módena el 3 de febrero de 1641 sus temores y vaticinios. Mirando hacia Occidente, con guerras en Portugal y en Cataluña, parece descubrir las vacilaciones de aquel pobre Felipe IV, amante de la Calderona, que cuenta a Sor María de Agreda que para luchar con Cataluña no tiene orientación alguna ni cuenta con más apoyo que el de la Providencia. Mirando a España, Testi ve a «Castilla que está precisamente en el medio y que es desgraciadísima». Sin el mar que la arrulle, entre rastrojos y barbechos amarillos, *Castiglia che vi resta appunto nel mezzo è infelicissima* y... todas las demás provincias están no solamente exhaustas, sino desoladas[240].

[240] La frase completa de la cita dice: "*La Castiglia che vi resta appunto nel mezzo, è infelicísima e tutte le altre Provincie, trattone la sola Andalusia, sono non solamente esauste ma desolate*". El entrecomillado previo es la traducción de lo que sigue en italiano y el posterior la continuación de la cita traducida al español.

II

El donjuanismo.

Sigamos hablando del libro de Benedetto Croce *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* (Bari, Laterza editori, 1917), que nos ofrece un curioso cuadro, bella y sobriamente trazado, de la proyección del espíritu castellano en las ciudades italianas. No quiero comentar, sino exponer. Los donjuanes, las mujeres galantes, los militarotes rudos, los bachilleres y doctorzuelos, los clérigos desaprensivos, los aventureros de rompe y rasga, pululan y se divierten bajo los pórticos de Bolonia, en las rumorosas calles napolitanas, en las plazas florentinas y sienesas, en los palacios de Roma y sobre los canales de Venecia. Y todos ellos dejan huella de su paso. Los donjuanes...

Los donjuanes que andan a cintarazos en los dramas de Don Pedro Calderón, que se enternecen en Lope y primorosean y gesticulan en Tirso, hacen en Italia el amor «a la española» o lo que es igual –según nos advierte el dramaturgo Bentivoglio en *Il Geloso*–, pasean bajo las ventanas de las bellas con marcial apostura, perdonando las vidas de los que topan por el camino. A duras penas se resignan a los favores de las damas. Todas las preferencias se las merecen ellos. [«] ¡Ah! –exclama un Don Juan en *Los engañados*, parlando en rudo y sonoro romance–; ya sabe cuánto valen los españoles en cosas de mujeres. ¡Oh, cómo se holgan de nosotros estas putas italianas!» El capitán Marrada es el Don Juan de Pisa. En cuanto topa con un paisano, no se harta de narrarle sus aventuras galantes. «Muchas andan perdidas por mi –insinúa– y aun de las mejores de la tierra.» No se le conocen, sin embargo, otros apaños en la ciudad que los que sostiene con su criada Agnoletta.

El donjuanismo castellano se condensa en la frase italiana de «hacer el don Diego». Los «don Diegos» se llevan la mano al corazón, dicen ¡vida mía! y ¡amor mío! a cada paso; se presentan a las mujeres italianas en calidad de náufragos y de incomprendidos, como los violinistas húngaros de hoy, y las descubren, en trágicas confidencias, tesoros exquisitos de sensibilidad no sospechados por ellas. Los don Diegos explotan los mostachos y la figura, que cotizan y revocan en colaboración con el sastre y con el peluquero.

El Aretino nos cuenta en los *Raggionamenti* (novelle, II, 47) «que se hacen limpiar a cada paso las calzas por los servidores». La pompa, la gravedad, el sosiego, acompañan a tal refinamiento. «En la nación española –advierte con toda malignidad Castiglione– las cosas exteriores son el mejor testimonio de las íntimas o espirituales.» El lujo, la pompa en la servidumbre, el recuerdo de las hazañas nacionales, de los abuelos godos y de las riquezas de estirpe, son los espejuelos de que se valen los don Diegos para la caza de las alondras.

Las damas, sin embargo, tienen sus sospechas. Los caballeros de Santiago y de Alcántara, que aseguran a Italia ser parientes del rey, apenas si comen en su tierra. Hablan siempre de los dineros que llegarán de España, y los dineros de España llaman en Italia desde el siglo XVI a los que no llegan nunca. El donjuanismo castellano que tiene una época de esplendor en Bolonia con los colegiales de San Clemente, en Nápoles y Milán con los bravos de mostachos fieros, en Roma con los poetas a sueldo de prelados y cardenales y en Venecia y Parma con los espías de la casa de Austria, se derrumba como un bello cuento oriental. Y en Italia se comenta con una carcajada, que prolonga Alejandro Manzoni hasta fines del siglo XVIII en *Los novios*.

Las espuelas y los sables

Benedetto Croce, en el capítulo X de su libro, consagrado al estudio de *Lo spirito militare e la religiositá spagnuola*, diserta agudamente sobre el honor militar de los vasallos castellanos de su Majestad Católica. «Yo he estudiado poco –dice un oficial español en un diálogo de Jerónimo de Urrea– porque me gustan más las armas que las letras.» «Los españoles –asegura Guicciardini– se inclinan más a las armas que cualquiera otra nación cristiana. De estatura menuda y muy ágiles y diestros, estiman de tal modo el honor que no temen la muerte.» La infantería es habilísima; no así la caballería que, según el parecer de Maquiavelo (*El príncipe*, cap. XXVI) «es muy escasa y vale poco». A Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, atribuyen los italianos el aforismo «España para las armas e Italia para la pluma».

Las batallas de Ravenna y de Pavía, el saco de Roma, el asedio de Florencia y el asalto a San Colombano a las órdenes del insigne marqués de Pescara, familiarizan a los italianos con los sables y con las espuelas de nuestro país.

En las comedias se hace imprescindible el tipo del militar español. La malicia popular le designa con nombres harto significativos: Fieramoscas, Cocodrilos, Cortarrincones, Rajatroqueles, Matamoros, Cardonas y Tempestades. Son los bravos de Alejandro Manzoni que impiden al calzonazos de Don Abundio que case a los muchachos que tanto se aman. Tienen fama de fanáticos y de crueles. Y no toleran bromas con las cosas atañaderas a su profesión.

Palabras tales como locos, judíos y marranos se italianizan para designar a nuestros militares. No son estas palabras precisamente injuriosas; se refieren más bien al origen sarraceno o judío que gratuitamente supone en nuestros militares la Italia de los siglos XVI y XVII.

El término pecadillo se italianiza también, *peccadiglio*, como recuerdo de la confesión de un militar, que después de absuelto por el confesor, tornó al Tribunal de la Penitencia para decir al sacerdote –nos cuenta Bernardo Navagero– que se había olvidado de un pecadillo, consistente en no... creer en Dios.

Los toritos

César Borgia quiere repoblar a Roma con gentes de su tierra y de su raza. En Roma aparecen familias que llevan los apellidos de Cardona, Moncada, Oviedo, Ramírez, Lorca y otros. César Borgia. llevó a la capital de la cristiandad las corridas de toros. El 24 de junio de 1500 el propio César, detrás del Vaticano, con la espada corta y la muleta, mató cinco furiosos toros, entre la admiración de las damas. En 1502, en Ferrara, con motivo de las bodas de Alfonso de Este con Lucrecia Borgia, se repiten las corridas, delante del Castillo Estense. Las damas aplaudieron a los justadores que llevaban espada corta y muleta. Después de los toritos, los españoles celebraron un baile en Palacio en honor de la nueva duquesa. (Yo recuerdo haber visto en Ferrara unos cuadritos de la época reproduciendo estas escenas.)

No me diga el lector que Croce se complace demasiado en hacer resaltar estos influjos culturales de Castilla en Italia, o que yo me solazo en reproducir esta lamentable exposición. No hay nada de eso. Pero una observación salta a la vista del más miope. Nuestra hegemonía militar coincide siempre con épocas desdichadas de angostura cerebral, con el triunfo de la barbarie y de la picardía, con la dominación de las capas menos inteligentes y más retardarías de cada periodo histórico. Italia y España se influyen más intensamente cuando los intereses dinásticos de los Austrias no han empujado todavía a nuestro pueblo en aventuras peligrosas. Antes de Fernando el Católico, antes de Carlos I, antes de Felipe II, «Castilla era para los italianos aquel bello país –reza el *Tesoretto*– donde se alza la ciudad de Toledo y son bonitas las mujeres, y los hombres ásperos y caballeros». Pero así que asomamos como conquistadores –en el Papado con los Borgias y en el Imperio con los Felipes– nos trocamos insensiblemente en unos bravucones y perdonavidas de sainete napolitano y de comedia boloñesa.

Madrid en la mano[241]

(Prólogo del libro de este título que aparecerá brevemente)

Aquí tienes, lector, aquí tienes lectora, «Madrid en la mano»[242]. Y no la necesitas muy grande, te lo aseguro, para llevarlo en ella. Y casi todos los españoles lo llevan en el corazón también. Madrid es como la resaca de las tempestades del mar de nuestro pueblo. Malas lenguas aseguran que no es más que el estómago y algo peor: el bajo vientre de nuestro pueblo. Madrid, que era para aquel atormentado poeta, Vicente Wenceslao Querol, enamorado de su María,

> como la estéril rama
> donde el ave, al pasar, duerme una noche,
> es también aquel
> Madrid, castillo famoso,

donde se corren justas, torneos y alcancías, corte de reyes, mansión de príncipes, paseo de hampones y arbitristas, sueño de poetas, regocijo de damas y rincón predilecto de golfos y de pícaros.

[241] *El Adelanto* (15-05-1925).
[242] Publicada por B. Álvarez Álvarez. *Madrid en la Mano. Guía ilustrada de información interesante de la Corte*. Imprenta Ribadeneyra, 1925.

Por eso, nuestro «Madrid en la mano» es tan extenso, amigos. Hay su parte castiza, que van rompiendo las grandes calles y las hermosas avenidas. Esa desaparece. Ya la lloran Pedro de Répide y Diego de San José. La chula lleva hoy melena, el organillero se hizo motorista, trocó la blusa y el pañuelo rojo por el gabán con trabillas, y la calle de Jacometrezo murió para que naciera la Avenida de Pí y Margall. Murió el Suizo y vino Maxim's. Muy cerca de Apolo se alza el Alkazar con k, y cuando ha dejado de bailar Pastora Imperio ha surgido Isabelita Ruiz con sus danzas personales y pirandelianas. Chacón es viejo, don Antonio se va, y aparece Paco Spaventa, emborrachándonos con ajenjo y ofreciéndonos un cigarrillo egipcio:

Fume, compadre,
fume y soñemos.

Soñemos y fumemos. ¿Por qué no? Un Madrid se va y vuelve otro. ¡Viva Madrid! Ese Madrid bebé figura en estas páginas junto al Madrid anciano. Los dos viven, muy juntitos y muy tiernamente su eterna luna de miel. Junto a la Gran Vía, la calle de Mesonero Romanos, con sus posadas pringosas y sus patronas despeinadas. En Cuatro Caminos, abrazadas por la barriada obrera, surgen las nuevas viviendas del Metro, y más allá de las Ventas, asoma su cabecita modesta y recogidita, bien peinada, la Ciudad Lineal. Madrid es eso: el Palacio Real presidiendo el puente y la carretera de Segovia. Un pueblo de cabeza aristocrática y de pies desnudos, alegres y plebeyos. El Barrio de Salamanca se corresponde con la Plaza de la Cebada, y las princesas viven lo mismo en la calle de Velázquez que en la de Toledo, en la del Príncipe de Vergara o en la del Avapiés[243]. Blusa de percal, mantón de la China o abrigo de Petit-gris: da lo mismo. Y Madrid, capital de España, es, a la vez, rincón manchego, colonia gallega, pueblacho castellano y urbe cosmopolita y extranjera. Por eso los extranjeros se sorprenden. Tenemos el Prado, el Ritz y el Palace, casi juntitos, pero sigue la fondita de los Leones, el callejón de San Ginés y la calle de Mediodía. Hay muchas Madrid en uno solo. Con gran facilidad, de la Carrera de San Jerónimo y su siglo XIX, pasamos a la calle del León con su siglo XVI. Dé un salto, nos ponemos de la calle del Arenal en la calle del Sacramento con sus miradas silenciosas y señoriles. De la calle de Atocha, compendio y síntesis de la villa, pasamos a la Plaza Mayor, con sus cirios verdes, sus autos de fe y sus torneos, donde suspiraba Villamediana con Isabel de Borbón, la hija de Enrique IV de Francia, y pasando por las escalerillas, donde se amotinan los descontentos del marqués de Squilache, tornamos a ver la faz de los viejos liberales en la Plaza del Progreso.

Madrid –por algo es la primera ciudad española– es multiforme, abigarrado, incongruente y pintoresco. Cinco siglos de monarquía española, de vida española, de cultura española, han dejado su sedimento en Madrid.

Está el siglo XVI con su capilla del Obispo, y su casona de Germana de Foix, y sus palacios de torre y veleta. Y el XVII con la Plaza Mayor, y los barrios del Centro y del congreso, y la Calle Mayor, y la del Arenal, y la Ancha de San Bernardo. Y el XVIII con las puertas de Carlos III, y las [sic] Puentes, y el Prado, y San Francisco, y el Ministerio de Hacienda, y la Posta. Y el XIX con los palacetes burgueses, y la expansión tímida pero segura de la urbe. Y el XX, en fin, con su Metro, y su Gran Vía, y sus motos, y sus taxis, y tus cabarets, y sus melenas.

A los editores de «Madrid en la mano» les ha preocupado recoger las palpitaciones mercantiles e industriales y cortesanas de Madrid. En realidad han conseguido su propósito. Ni siquiera han querido olvidar que Madrid está tan sólidamente situado para el turismo, que es una herejía venir a él y no espaciar la vista por los jardines de Aranjuez, las fuentes de la Granja, las calles silenciosas de Ávila y de Segovia o las pinas y árabes de la ciudad imperial. Por mi parte, lector, he querido solamente decirte con brevedad y con precisión qué propósito guiaba la publicación de esta obra. Y ensalzar la grandeza de él, la dificultad que reviste, los puntos de mira que comprende y hasta mi visión personal de este querido Madrid de nuestros amores y de nuestras luchas.

El Adelanto (15-05-1925)

[243] Antigua denominación del actual barrio de Lavapiés.

Sor María de las Mercedes de Ángel Moisés Grande y Sánchez Guerra[244]

Mi amigo Ángel Moisés está publicando, con el título *Los dramas del amor*, varías novelitas cortas: *Julita la Peque*, *La Bailarina Hortensia Flores*, *Sor María de las Mercedes*, *La hija de todos*. Todas estas composiciones literarias tienen un tema común: la exaltación del amor ingenuo, atropellado, inconexo, puramente vital y fisiológico, de los veinte años. A los veinte años, todos creímos, como Ángel Moisés cree ahora, que las tanguistas, las actrices, las bailarinas, las figurantas son pobres chicas pervertidas por el perjurio de un hombre, y que así que encuentran un oasis en su vida, se refugian en él para ser las más adorables y excelentes mujeres de la tierra.

Yo no he de disuadir a mi amigo Ángel de su error, que no es este de los que se diluyen con la lógica, sino de los que se desprecian con la vida. Además, estas gratas ingenuidades le sirven a mi amigo para bordar el cañamazo de muy lindas narraciones, llenas de interés y de amenidad, aunque desprovistas de malicia, reflejo fiel de los candores y de las esperanzas de su juventud risueña y atropellada. Narraciones que se leen de un tirón sin cansancio ni fatiga por parte del leyente, ellas revelan en su autor madera de un futuro cuentista, que ha de saber contar e interesar cuando se lo proponga, siempre que bucee, con la clarividencia en él peculiar, en el espíritu de las mujeres de nuestra época.

Estos pequeños *dramas del amor*, que vistos ya cerca de la madurez, nos parecen sencillamente sainetes de la juventud, estos pequeños dramas del amor que hoy preocupan y enturbian a mi amigo, tienen el brío de la mocedad y el divino ímpetu de la irreflexión. A mí me agradan mucho, porque se me antoja que conservan el perfume de nuestras viejas calaveradas ya en olvido. Hasta diría que parecen contener el miedo del que espera el regaño de los padres o el desdén de la novia como cosecha de su candor.

Este es el mérito de Ángel Moisés como cuentista y este es el encanto de sus primeras obritas literarias.

Yo se las recomiendo muy sinceramente al público. Proporcionan, unos minutos de solaz, y a los que vamos perdiendo aquel divino tesoro que tanto entristecía a Rubén Darío, tiene la virtud de evocarnos las locuras de nuestros años mejores, más espontáneos y más felices.

El crepúsculo de los filósofos[245] - Lo trágico cotidiano y El piloto ciego[246] de Giovanni Papini[247]

No sé cómo, husmeando cierta mañana (hace ya diez años) los libros de mi desgraciado amigo Clemente González Alonso, rector del Colegio San Clemente, de Bolonia, topé con un volumen pequeño que tenía un dibujo extravagante en la cubierta. Y lo cogí. Era *Il crepuscolo dei filosofi*, de Giovanni Papini. Aquel hombre me era en absoluto desconocido: acababa de llegar de Italia; conocía de la literatura italiana los nombres gloriosos e inmortales de los poetas; los nombres de los sociólogos y juristas modernos; los de los músicos; nada más.

Bajé al jardín del hermoso Colegio español de Bolonia. Era una mañana dulce de abril. En la sombra había una grata frescura, y me senté en el famoso banco vecino al estanque. Una señorita comenzó una romanza llorona y cursi, y los pájaros gozaban de unas horas de loco aturdimiento. Comencé el libro. Era una diatriba feroz, sanguinaria, violenta, injusta, contra todos los grandes filósofos: contra Kant, contra Schopenhauer, contra Augusto Comte, contra el melancólico y dulce poeta Federico Nietzche [sic]. El autor me pareció al principio un salvaje, lleno de malas pasiones, que escribía muy bien. Pero seguí leyendo. Mi salvaje lo era, ciertamente, por exceso de civilización y de cultura. Mi salvaje era muy hombre. Avanzaba la lectura. Tuve que interrumpirla para almorzar. Estaba invitado en el Colegio. La conversación

[244] Salamanca. Imprenta Comercial Salmantina, 1926.
[245] Santiago de Chile. Editorial Osiris, 1933.
[246] Madrid. La España Moderna, 1909.
[247] Sánchez Rojas utilizó, de forma prácticamente literal, el mismo texto para prologar sus traducciones a estas dos obras de Giovanni Papini.

frívola de los cachorros del cardenal Albornoz no logró hacer presa en mi espíritu ni un solo momento.

Seguía preocupado. Comenzó a apretar el calor, y cerramos enteramente las ventanas del fumoir[248], quedando en una deliciosa penumbra. Repantigado en el sillón, con la boca resecada a fuerza de fumar el hediondo tabaco italiano, volví a recoger el libro entre mis manos. Llegó la hora del correo. Por primera vez en mi vida, y en el extranjero, no me cuidé de abrir las queridas cartas lejanas. Giovanni Papini se había apoderado de mí tan por completo, que concluí su libro de dos buenos tirones de cuatro o cinco horas cada uno. A las siete salí del Colegio a pasear solo. Necesitaba aire, y la compañía me hubiera molestado aquella tarde.

– Aquí tenemos –pensaba para mí– el perfecto tipo del hombre civilizado y refinado de los sutiles, melancólicos y paradójicos hombres de estos tiempos que corremos. Ha tragado mil libros serios y le fastidian todos. Ha querido agarrarse a un dogma, a una verdad objetiva, y al cabo y a la postre descubre que no hay verdades objetivas ni dogmas para él. Es un escéptico, porque es un melancólico. Sus ojos cargados de sueños y de fantasmas, no descubren sino la parte ridícula y torpe de la vida. Quiere agotar a los filósofos, porque no se atreve a liquidar consigo mismo.

¡La verdad! ¡Nuestro destino! ¡El mundo! ¡El ser! ¡El no ser! ¿Qué es todo esto, señores filósofos, sino palabras, palabras y palabras, que diría Hamlet?

Nuestra tristeza es cada vez mayor. Crece paralelamente con nuestra cultura, con nuestro refinamiento espiritual, con el lozano despertar y desenvolvimiento de nuestra inteligencia. A mayores problemas, mayores dolores. Un patán, ante el abandono de su amada, ante la traición del amigo más leal, no sabe dar amplitud y serenidad trágicas a sus dolores. Y Leopardi, pongo por caso, cuerpo enclenque y alma de gigante, sí. El dolor sin pensamiento se aísla, se particulariza.

No lo relacionamos con las demás cosas ni lo sabemos echar fuera de nosotros mismos. El poeta de Recanati convierte su dolor, su celo de macho, su humillación de mozalbete deformado y ridículo, en un gemido universal, en un malestar cósmico…

Y luego en Papini hay una enorme exaltación individual, muy grata, cuando puede ostentarse, como él la ostenta, con gallardía absoluta.

Nos creemos el centro del universo, su eje central. Así es y así debe ser, en efecto. Nuestro mundo está dentro de nosotros; del exterior, apenas si nos llega otra cosa que un pálido reflejo y que una voz lejana. Somos actores, espectadores y comparsas de nosotros mismos. Y es cosa vana y pueril querer vivir de verdades ajenas, cuando no acertamos a descubrir nuestra verdad, que es el resorte oculto e inconsciente de nuestra vida toda.

¿Qué es la verdad sino la fe? ¿Podemos creer lo que odiamos y dejar de creer lo que queremos con toda nuestra alma? El amor, ¿no es, por ventura, la verdad suprema? ¿Qué contenido substancial tiene una verdad objetiva que no sabe ahorrarnos un dolor? Porque nuestra desorientación actual, después de las elucubraciones pasadas y presentes de los pensadores, nos deja en el alma el mismo vacío de antes, la misma inquietud, la vieja ebullición interna de siempre.

En tales cosas pensaba yo después de haber leído *Il crepuscolo dei filosofi*. La noche cerraba. Antes de comer, pedí en la librería de Zanichelli otros libros de aquel espíritu inquietado e inquietador que tanto me había removido el alma aquella tarde.

Poco a poco fui conociendo, si no toda, casi toda la labor de Papini. En la Biblioteca Comunal me prestaron *La cultura italiana*, escrita en colaboración con Giuseppe Prezzolini. Era un libro de ensayo, de momento y de combate, una pirueta de saltimbanqui seguro de sus fuerzas y de sus músculos de acero. Luego conocí *Il trágico quotidiano*. Se veía a un discípulo de Nietzsche que reniega de su magisterio. El escritor italiano aventajaba al pensador alemán, para mi gusto. No había en sus frases nebulosidad alguna, sino claridad y transparencia meridianas. El estilo suelto, elegantísimo, natural, de Giovanni Papini me cautivó no poco. Papini era un exquisito artista y un formidable pensador en una pieza. Acostumbrado al espectáculo de mi país, donde los que llaman pensadores escriben mal y donde los literatos –hay, naturalmente, sus excepciones– no piensan, era más grato este maridaje de la forma y del fondo, del decir bello y del pensar robusto del joven escritor italiano.

[248] Sala para fumadores

Me fui familiarizando con los escritos de Giovanni Papini.

Luego trabé amistad con él, gracias a mi querido maestro y amigo el Sr. Unamuno. Porque los dos pensadores se conocían bien. ¿No te parece, lector, que se asemejan en no poco? Unamuno es más seco, menos artista, más recio, más violento y cien mil veces más apasionado el escritor florentino. Desde entonces sostuve correspondencia con Giovanni Papini. Se trataba de un mozo recién casado, alto, delgado, paliducho, de ojos negros, penetrantes y febriles. En su mirada había algo de inquietador y misterioso. Papini me regaló un retrato, copia de un cuadro al óleo. Encima de mi mesa lo tengo. Para el observador atropellado es un retrato más. El que sabe escrutar almas en los rostros, adivina toda la melancolía de aquella cara y todas las enormes batallas interiores que han estallado debajo de aquella frente, coronada de cabellos revueltos.

Actualmente, Papini hace labor periodística en La Voce, de Florencia. ¡Pero qué labor la suya! Piloto experto y adiestrado en la psicología de su pueblo, quiere guiarle por senderos completamente nuevos. Su famoso artículo "L´Italia responde", que yo traduje, por cierto, en una excelente revista española, *La Lectura*, era una defensa de la cultura clásica y permanente de Italia sobre todas las modas pasajeras y mudables del pensamiento en estos últimos años. Se veía que tenía completa conciencia de la misión cultural de su país. El artículo ha dado su fruto. Los italianos han visto finalmente que no tienen necesidad alguna de husmear modas de extranjis, suecas o rusas, servias [sic] o danesas, ellos que tienen monopolizado el patrón de la belleza eterna, clara y limpia de la raza latina.

Celebraría que la traducción española de estos ensayos de Giovanni Papini fuese acogida amorosamente por el público. También necesitamos nosotros alguien que nos dé voces desde las nubes, distrayéndonos, por un momento, del monótono vivir corriente.

Son muy escasos los agitadores de almas y demasiado grande el número de los organizadores de mascaradas y farándulas. Y hay problemas que son para todos los países y para todos los hombres. La exaltación vigorosa de Giovanni Papini nos demuestra que sabe interesarnos, admirarnos o enojarnos con sus problemas fantásticos, que son, en el fondo, lector amigo, los más reales problemas, los únicos que acaso tienen realidad real por vivir y agitarse dentro de nosotros mismos.

El Príncipe de Nicolás Maquiavelo[249]

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Fue secretario del Gobierno *dei dieci*, de los diez, al implantarse la República Florentina, en 1494, cuando apenas contaba veinticinco años de edad. En sus escritos, que llevan el título general de *Logazioni e Comissioni*, describe sus embajadas en Francia, en Alemania y en Italia, que desempeñó hasta el año 1512. Tornando los Médicis al señorío de la ciudad, Maquiavelo fue acusado de conspirador, siendo encarcelado y torturado y perdiendo, como era natural, su cargo de secretario. Pero en la cárcel no dio paz a la pluma, consiguiendo, con sus escritos, el favor de los Médicis. Sus obras más importantes son; *L'arte della guerra, Ordinanza della Fanteria, Ordinanza della Cavalleria, Discorsi sulle Decade di Tito Livio, Discorsi sulla lingua, Mandragola, Discorsi morali, Istorie Fiorentine*, y, sobre todo, este delicioso *Il Principe*, que en castellano ofrecemos hoy a los lectores de esta «Colección Universal».

El Príncipe ha sido la obra más discutida, ensalzada y denigrada de Maquiavelo. Pero como escribe Pascual Villari en su maravilloso libro *Machiavelli e i suoi tempi*, «nunca ha existido nadie menos maquiavélico que Maquiavelo, quien dijo siempre todo lo que quería decir; más fácil es tacharle de cínico que de pensadas reticencias o de ocultas intenciones en sus libros». Entre las opiniones de Gentile, Wicquefort, Rousseau y Alfieri, que elogian a Maquiavelo sobre toda ponderación; Macaulay y Artaud, que lo admiran censurando su índole moral, y Voltaire, Federico el Grande y Dugald Stewart, que lo denigran e insultan con todo linaje de violencias, pasando por el buen jesuita padre Luchessini, que ha escrito todo un volumen para contarnos

[249] Madrid. Calpe, 1924

las necedades que él ha visto en El Príncipe del secretario florentino, el hombre ponderado y discreto del siglo XX tropieza sencillamente con un maravilloso libro, lleno de sagacidad y de realismo, que nos demuestra lisa y llanamente que son los hombres y no las ideas las que rigen y gobiernan a los pueblos.

Maquiavelo, olvidado y preterido de sus conciudadanos, murió en su ciudad de Florencia el 22 de junio de 1527.

EPISTOLARIO

CARTAS A MIGUEL DE UNAMUNO[250]

Andújar, 1 de noviembre de 1900

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi distinguido amigo, con verdadero gusto sé su nombramiento de Rector de esa Universidad el cual no me sorprende dadas sus privilegiadas dotes, por lo tanto le envío mi más espontánea enhorabuena deseando muchas felicidades en su elevado cargo.
Mis afectos a los amigos y mande a su affmo. Amigo
QBLM
José S Rojas

Andújar 1º Novbre. 900

Alba de Tormes, 30 de agosto de 1902

Alba de Tormes y Agosto 30/902
Sr. D. Miguel de Unamuno.

Muy señor mío y querido jefe: Ando ahora atareado con estudiar y leer todo lo que por aquí se ha escrito acerca de la enseñanza. Pero lucho con un inconveniente; con el de no conocer muchas fuentes. Los dos trabajos que me han servido hasta ahora son, el folleto de usted sobre La Enseñanza superior en España[251] y el reciente de F. Giner Los Problemas Urgentes de nuestra educación nacional[252]. Pero necesito algo más que un estudio sugestivo y algo menos que una enfarragosa [sic] memoria administrativa un término medio. Los estudios de Posada[253] no me han sacado de apuros, y lo que es más, no me atrevo a ~~pid~~ a leerlos.

Como usted es pedagogo y conoce muy bien el movimiento intelectual de estas cuestiones en España y en el extranjero, le agradecería que, muy en breve, me enviase usted una extensa reseña bibliográfica.

[250] Todas las cartas a Miguel de Unamuno proceden de la Casa Museo Unamuno de Salamanca.

[251] *De la enseñanza superior en España*. Para ser precisos diremos que publicó primeramente ocho artículos –como dice en su prólogo– en *Revista Nueva* (1899) si bien anteriormente en *España Moderna* (1894) había publicado *La enseñanza del latín en España.* La editorial de *Revista Nueva* publicó los artículos en un folleto (Madrid: Revista Nueva, 1899. Impresor Antonio Marzo).

[252] GINER DE LOS RÍOS, Francisco. "*Problemas urgentes de nuestra educación nacional*", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 509 y 510 (1902).

[253] Tal vez se refiera a Adolfo González-Posada (1860-1944), discípulo de Francisco Giner de los Ríos y krausista también.

Hablando de otra cosa, le felicito por su discurso de Cartagena. Leí el discurso, allá, en Vizcaya, en el Noticiero Bilbaíno que lo publicaba íntegro[254]. Y además, le conozco con comentarios de bizkaitarras y de no bizkaitarras.

Me ha llamado mucho la atención lo aficionados que son los primeros a banquetear, con las agravantes de brindis y discursos. Pero ellos, con tal de comer, todos los días ~~son~~ celebran aniversarios de sucesos felicísimos. A Pinilla le saluda usted de mi parte.

Mi padre me encarga les salude, ~~af~~ a ustedes afectuosamente.

Soy de V a s.s. q.b.s.m.

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 25 de septiembre de 1902

[Membrete: Andrés Sánchez Rojas – Abogado – Alba de Tormes] y Septiembre 25/902

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Muy señor mío:

He recibido una carta a la que contesto. Estuve en Salamanca y no pude estar con usted. He leído algo de lo que me indicaba. Temía a los escritores de pedagogía como un nublado. Ya pasó la tormenta, digo, la lectura.

Según me dice mi padre, el Ministro de Instrucción Pública[255] abrirá el curso. Mi madre quiere ir a la apertura. Le ruego, pues, que me envíe a Alba o me reserve ahí, hasta el 1º de Octubre, dos invitaciones para dicho acto.

Sus amigos de aquí me encargan le salude afectuosamente. Mi padre hace lo propio.

Anticipándole las gracias, soy de usted afectisimo amigo y s.

q.b.s.m.

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 28 de septiembre de 1902

[Membrete: Andrés Sánchez Rojas – Abogado – Alba de Tormes] y Septiembre 28 902

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Muy señor mío: Tengo el placer de felicitarle, deseándole todo lo que usted desee, que no será poco, según presumo yo.

He recibido su carta donde me dice usted lo que yo me temía. Pero, por esta vez, no le he hecho caso. Yo también tenía horror a las cosas pedagógicas y me dije: "A ver si al Sr. Unamuno le sobra tiempo y ha leído algo de estas cosas. Le llamaré sabio. Puede mostrarme algún tesoro escondido, aunque los tesoros de Becerro de Bengoa[256] y de Posada no quiera yo tenerlos".

Pero me equivoqué. Le pedía esas noticias bibliográficas, porque estoy escribiendo algo que me ha sugerido la enseñanza. Y he escrito ese algo sin autores, ni citas, ni nada. Desde que leí un libro de Lombroso tengo ~~no~~ horror a la estadística. Se me indigesta pronto. Agradezco, no obstante, los buenos deseos que usted manifiesta en la suya[257].

[254] Fue invitado a hacer de mantenedor en los Juegos Florales de Cartagena (8 de agosto de 1902) donde pronunció un discurso sobre "España y los españoles".

[255] El Ministro de Instrucción Pública, Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de Romanones, inauguró el curso de 1902.

[256] Se refiere a Ricardo Becerro de Bengoa quien escribió *La enseñanza en el siglo XX*, Madrid: Edmundo Capdeville, 1899-1900.

[257] En la Academia de Santo Tomás de Aquino, a la que pertenecía y en la que colaboraba, disertó en noviembre sobre "Reflexiones sobre la enseñanza universitaria en España" según anunció *El Lábaro* (3 de noviembre de 1902). Seguramente sea el mismo que publicó en el *Noticiero Salmantino* (31-07 y 4-08 de 1903) bajo el título "Impresiones sobre la enseñanza universitaria en España" (O.C. Tomo II, página 459).

Mi padre me encarga le devuelva el saludo, así como D. Cándido Pinilla.
Soy de usted afectísimo amigo y admirador.
José Sánchez Rojas

P.D.
Estoy coleccionando cartas amorosas. He de enseñárselas cuando vaya a Salamanca que será muy pronto. Hay cosas de oro.

Alba de Tormes, 10 de julio de 1903

[Membrete: Escudo municipal. SECRETARÍA CONSTITUCIONAL – DEL AYUNTAMIENTO – DE – ALBA DE TORMES – Particular] 10 de Julio de 1903

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido jefe y amigo: El 30 de Junio, día en que recibí su carta, estuve en Salamanca. Siento no poderle mandar el artículo donde yo hablaba de su discurso de usted. Cándido Pinilla lo tiene y él se lo dará a conocer. Hace días salió para Castillejo. Yo lo supe porque me mandó recado que le dejase algún libro, y le envié unos de Ossip-Lourié, Menger y Shopenhahuer [sic].

Le escribo a usted para que se entere de un incidente cómico que me ha sucedido, y que, tal vez, le interese. Esta carta no es más que un pretexto para el cuento.

Cuando publicó *El Adelanto* el discurso que usted pronunció en la Coruña, recibí yo el periódico en un sobre, y abajo, después del discurso, unos renglones que decían "se lo mando, mi querido Rojas, para que lo censure usted." Yo conocí la letra pero no recordaba de quien era. En Salamanca, Jiménez[258] me preguntó por mi tardanza en escribirle. Comprendí la cosa. Y me hablaba, no de amigo a amigo, sino como profesor que obliga a un ex-discípulo. Estuvo usted hasta flojo en sus censuras en La Enseñanza Superior en España. Recuerdos de mi padre.Y usted sabe le aprecia y quiere su amigo y servidor, J
José Sánchez Rojas

Celanova, 1 de junio de 1904

[Tarjeta postal: ORENSE. La Burga] [259]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Querido amigo: Llegamos bien a Celanova donde estaremos unos días. Visité en Orense a Carvajal. Allí se encuentra ahora Curros Enríquez. Ya le escribiré dándole detalles de estas cosas. He recibido muy buena impresión de la tierra.
Le quiere
Rojas

Saludos a Pinilla. Le escribiré.[260]

[258] Tal vez Esteban Jiménez García de la Flor, catedrático de Derecho.
[259] Viaje en que va acompañado de Fernández Feijóo, registrador de la propiedad de Vitigudino.
[260] La totalidad del texto está escrito sobre el anverso de la postal.

Celanova, 21 de junio de 1904

[Membrete: Casino-Recreo – de – Celanova] 21 de Junio de 1904.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido maestro y amigo: Prometí a usted contarle impresiones de Galicia y son muchas y buenas, por fortuna.

Como estoy en Celanova, y el que sobresale o sobresalió en este pueblo es Curros, puedo darle a usted noticias que no pueden decirse en periódicos y sí en cartas particulares. Tuvo Curros un padre escribano, tan mala persona, que el día de su muerte, los paisanos le pusieron una baraja en la mano y un plato de alubias, diciendo todos al cadáver "¡Ah Curros, estas ardendo n›o inferno!" Echó a Manolo, el poeta, de su casa, cuando era este un neno y la vida del escribano es una historia de crímenes pequeños.

Después de esto, este pueblecito es el pueblo de los curas liberalotes, finos; Celanova tiene algo de feudalidad frailesca con el monasterio. Me acuerdo también de esta tropa porque aquí hacemos vida de cregos [sic].

Lamas, con quien pasé un buen rato y a quien visitaré otro día, me pareció listo, de conversación agradable, culto, pero en su conversación había violencia y sorna, mala intención. Me dijo que a excepción de los segadores, nada valía la gente en este país y que anduviese con mucho tino para no dejarme envenenar.

Los matrimonios parecen cuestiones sociales. No me extraña esto porque el excesivo número de mujeres espanta y los hombres no se cuidan de las mujeres. Estas son muy bonitas y más tratables que las pertenecientes a la aristocracia de Alba.

Releo esto y me parece candoroso lo que le estoy diciendo a usted, ya que conoce esto, pero de algo hay que hablar y que decir. Ya le contaré impresiones de otros países y las del pueblecito este las verá en el periódico.

Le agradecería mucho que me enviase alguna postal con algún dibujo de un charro o cosa así, porque yo quiero presentarle a usted como dibujante. Le conocen por el discurso de Orense y a todos he oído lo mismo: que su oratoria es muy extraña y muy sencilla y que es usted muy claro. Aquí son, por las trazas, más listos que en Castilla.

El pollo Feijóo se casará en Alba y quiere que hagamos algún cambio amoroso. No sé quién ganará con el cambio. Quiere enseñarme nenas en Vigo.

Tilingueando a ratos y a ratos leyendo cosas de Curros, Lamas y López Ferreiro paso las horas.

Sabe cuánto le quiere
Rojas

Supongo que Pablito tendrá ya el brazo perfectamente normal. Recuerdos a los Sres. Pínilla.

Pontevedra, 6 de julio de 1904

[Tarjeta postal: PONTEVEDRA. Vista general]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

No he podido ver a Said Armesto. He estado en Vigo y vamos ahora a Villagarcía y Santiago. Armesto está en Rivadavia quizás lo visite allí
Sabe le quiere
Rojas[261]

[261] La totalidad del texto está escrito sobre el anverso de la postal.

Alba de Tormes, 30 de julio de 1904

Alba de Tormes 30 Julio 1904
Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido D. Miguel. Pensé escribirle a usted en cuanto llegué de Galicia, pero me ha entrado tal pereza, que cumplí con aquellos que tenía que escribir, de mala manera, de un golletazo, con una mala tarjeta postal.

Vine de allí, después de un mes tan solo, por el nombramiento de Feijóo, que me acompañaba, para el Registro de Bilbao. Pero pienso volver muy pronto, quizás en Setiembre, porque aquello me gustó mucho.

No vi a Dª Emilia, porque cuando disponíamos, desde Santiago, nuestro viaje a la Coruña, llegó la noticia del regreso.

Aquí, en Alba, no ocurre nada. Me aburro soberanamente. La gente se incomodó, al principio, con mis artículos, pero, luego, se volvieron a dormir. Esto no despierta ni a trallazos. Solo Zúñiga me ~~fortifico~~ mortificó un poquito. Verdad es que con él iba todo.

Ahí le mando dos tarjetas postales de dos señoritas argentinas que residen actualmente en Santiago. Cuando supieron que yo era de Salamanca me preguntaron por usted y me hicieron el encargo de que usted les firmase las tarjetas postales que le envío. Cumplo con el encargo.

He visto en los periódicos que anda la cosa movidita con eso de las perras de la universidad. No sé qué es eso ni si usted está o no en lo firme; lo que sí aseguro es que si se empeñan en una cosa los profesores de Derecho, resultará, fatalmente, lo contrario[262].

No se olvide de cumplir el encargo pronto. Salude a D. Cándido afectuosamente, dese, alguna vez, un paseo por aquí y mande a su afmo. amigo que le quiere
José Sánchez Rojas

Mi padre me encarga lo salude.
Las tarjetas van aparte, en otro sobre.

Alba de Tormes, 5 de septiembre de 1904

Alba de Tormes 5 Setiembre 1904

Mi querido D. Miguel. Leí anoche que regresó usted de Gijón[263]. Vaya por delante mi enhorabuena. Me ha gustado mucho el Discurso. Aquí, mientras usted predicaba, le han ido contando las evoluciones. Los chicos del Seminario se han reído mucho.

A pesar de haber pedido a mucha gente la fotografía con las espinas del corazón de la Santa, no las he encontrado. Solo, sí, una estampa que me parece mucho mejor para su objeto. Con ella, va una explicación del milagro. Si a última hora encuentro alguna fotografía, se la mandaré. Pero es difícil porque se mandaron retirar de la venta, como ya le he dicho.

Hasta feria, en cuyos días le veré seguramente y mande a su afectísimo
José Sánchez Rojas

Cáceres, 8 de junio 1905

[Tarjeta postal: CÁCERES. Casa llamada del Sol.]

[262] El ministro de Hacienda presentó expediente a varias universidades para que el Estado incautase cantidades de aquellas en reserva de intereses. En Salamanca constaba de tres millones y medio de pesetas. La universidad tenía en proyecto entonces de la creación de un Centro Hispano-americano de Estudios Superiores que habrían de abandonar de efectuarse la incautación. El rector, Miguel de Unamuno pidió al ministro que aplazase la resolución hasta conocer las alegaciones de la Universidad.

[263] Asistió a un Certamen Literario en Gijón (24-agosto-1904) a pesar de estar en contra de ellos como manifestó en los mismos. Dio discursos en el Centro Obrero del mismo y en Mieres con apoteósico éxito presencial y en los periódicos, sobre todo madrileños.

Sr. D. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
Salamanca

8 de junio 1905

Querido maestro: Nos encontramos los dos en Cáceres y estamos dispuestos a armar una remolina [sic] en el casino esta tarde con esos señores preñados de formalidad y Perhinchidos de entusiasmo y de admiración hacia V. le enviamos un cariñoso saludo, sintiendo que no se encuentre en nuestra compañía. Le quieren
Casimiro González Trillas[264] José Sánchez Rojas[265]

Cáceres, 8 de junio de 1905

[Membrete: Círculo de la Concordia – Cáceres] 8 de junio de 1905

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido D. Miguel: Me encuentro en Cáceres. He pasado unos días en Mirabel con Crotontilo[266] y he admirado las bellezas de su espíritu simple. Con un viajante, con un curita barbián y con el jefe de la Estación de aquel pueblo he pasado, tranquilamente, las horas. Esto (Cáceres) me parece interesante. La parte vieja es muy bonita. Y la gente es notable. Es una tropa de eunucos, de capones espirituales, que V diría, que no se meten con nadie, ni siente inquietudes. Trilla, en unión del cual he puesto a V una tarjeta esta mañana, me dice que los jóvenes se enamoran de las ricas platónicamente por lo mismo que son ricas. Mi primera impresión es detestable del todo.

El paisaje tampoco me gusta; ni es llanada ni sierra, peñascales y más peñascales con manchones obscuros.

He conocido a Castillo[267], el cual me ha dicho que es grande amigo de V, y con él ha comenzado nuestro ataque. No me gusta del todo. Me parece un Cecilio sin ambiente, un espíritu chico, que se mantiene siempre a la defensiva. Su fisonomía no le favorece mucho tampoco. Hemos hablado de V. y, naturalmente, de su libro. Con él estaba Revilla Castán[268], que sigue con su equilibrio y con su insignificancia a los hombros, y los dos no han comprendido del todo, las rarezas que V mete en esa silenciosa "Vida de Don Quijote". Protestaron de adhesión, eso sí, y Trilla y yo exageramos la nota. Se quedaron horrorizados. No comprenden que cante uno, por el gusto de cantar, si no le pagan bien los empresarios y si no es muy difícil la partitura. A Crotontilo también le he pinchado con Galán. No sé que se pueda cantar en Extremadura más que a chinches, a moscardones, a cínifes, a los bichillos que molestan. Galán gustó a los señoritos extremeños (estoy convencido) porque no les sacó de su paso de andadura y porque no les inquietó ni poco ni mucho. Y aquí donde no hay más que liberales y conservadores-liberales (radicales en uno u otro sentido me asegura que no existen) tenía que triunfar el pobre Galán por fuerza. Porque las exequias han sido las exequias de la burguesía, el homenaje al buen ciudadano que vivió en paz consigo mismo.

El Gobernador está muy célebre. Nos ha dado esta mañana todo un curso de historia cacereña y le dejo porque ando callejeando y voy a saludar a un S. Ybarrolla que es otra de las personalidades de la región a quien no conozco todavía.

Muchas cosas de Trilla. Salude a esos señores y V. lo que quiera de su a.
Rojas

[264] Casimiro González Trilla autor de "Dios, Unamuno y su discípulo ante los problemas humanos", 1969. Natural de Ledesma, socialista, vivió en Argentina. Fue condiscípulo y amigo de Sánchez Rojas.
[265] La totalidad del texto está escrito sobre el anverso de la postal.
[266] José González Castro. De Guijo de Santa Bárbara (Cáceres) Médico cirujano de los Baños de Ledesma y colaborador en *El Adelanto.*
[267] Castillo Quijada, Manuel (1869-1964) Bibliotecario de la Universidad de Salamanca y en esta época profesor en el instituto de Cáceres.
[268] Revilla Castán, Manuel. Corresponsal de *El Adelanto*. Profesor en el instituto de Plasencia.

Querido D. Miguel: No sé si me saldrá algo que sirva para algo sobre Cáceres. Ahora he andado muy atareado arreglando espiritualmente el discurso del Doctorado. Creí que llegase en mi un momento en que el buen sentido de Extremadura me itul inutilizase. Despreciando desprecios me he impuesto y ya voy entrando. Su ~~afen~~ mejor amigo y discípulo. C.G.Trilla.

Alba de Tormes, 5 de julio de 1905

[Membrete: José Sánchez Rojas – Alba de Tormes] 5 de Julio de 1905

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido maestro y amigo: Le envío la carta que recibí ayer del amigo Hortal para enterarle del complot que nos preparan Maldonado, Felipe, Núñez y compañeros mártires, con objeto de sustituir a Grandmontagne por González Besada en los Juegos Florales, cuyo programa está ya ultimado[269]. Hoy mismo escribo a Grandmontagne una carta invitándole a nuestra fiesta porque aunque Íscar y Onís quedaron con el encargo de escribirle, no lo han hecho, sugestionados por Maldonado. Y esperan solo, para escribir a Besada, una carta mía donde les diga si escribí o no a Grandmontagne.

Como V. ve, querido D. Miguel, el tiro va contra V. porque Maldonado, que por lo visto, quiere hacernos juego de sus pasiones políticas, cree que V. nos ha impuesto el nombre de Grandmontagne.

Le ruego encarecidamente, y le pido como primer favor de mi vida, que interese doblemente a su amigo Grandmontagne para que venga y no deje de aceptar, por nada de este mundo, nuestro ofrecimiento. Hortal y Marcelino Martín González se unen también a mi pretensión.

No creo fácil verle por Bilbao. Mi padre irá pero no quiere llevarme. Él sabrá porqué.

Contésteme diciendo que ya ha escrito a Grandmontagne y escriba a este cuanto antes. Créame que estoy, de veras, interesado en destruir las cuquerías de la tropa de El Adelanto. Y me guía, más que el asco que siento por ellos, el cariño hacia V. y hacia su nombre.

Que le aplaudan mucho y le siente bien su tierra, le desea su amigo que le quiere y admira

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 12 de julio de 1905

Alba de Tormes 12 de Julio de 1905
Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido maestro: hoy le mandó a usted, con el ordinario el libro Rebelión y unas cuartillas sobre la novela para que V. haga con ellas lo que se le antoje. Le ruego, sin embargo, que si las envía a Madrid y las publican, me diga dónde y cuándo. La novela me ha gustado mucho. Mejor que por todo lo que yo pudiera ~~hacer~~ decirle ahora, puede ver mis impresiones, si le corre mucha prisa, en el artículo que le mando. Es fácil que haga otra cosa, sobre el mismo libro, para Gente Joven. En este caso, le diré a nuestro inexpresivo editor que le mandé a V. dos o tres números para que V. se los remita al Sr. González Anaya[270].

Aquí torno a enmohecerme, a perder el vigor que adquirí aquellos dos días, en Salamanca, a la vera de ustedes. Usted calcule si me aburro, que juego al dominó dos, tres, cuatro partidas; en fin, un horror. Me levanto tarde, a las doce o la una porque estoy leyendo hasta las tres o las cuatro en la cama. Luego como y al café. Vuelvo a meterme en casa hasta las siete y salgo de paseo. Y por las noches, en los bancos de la plaza, oigo las tonterías que dicen los tenorios

[269] Los colaboradores de la revista "Gente Joven" organizaron unos Juegos Florales y pretendieron que el mantenedor fuera el amigo de Unamuno Francisco Grandmontagne. Luis Maldonado, creyendo esto una imposición de don Miguel, propuso, con su camarilla, a González Besada, ministro de Gobernación. Al final no lo fueron ni uno ni otro.

[270] Se trata de Salvador González Anaya, poeta y novelista malagueño. Sánchez Rojas, tal como dice, el 29 de julio publicó en *Gente Joven* un artículo sobre la novela. Fue Unamuno quien le hizo con esta amistad como dirá en otra carta (Madrid, 22 de enero de 1907).

(porque aquí hay tenorios) a las bellas y respetadas chicas, las cuales al revés de las modistillas de Palacio Valdés, son menos bellas que respetadas.

Aquí no ocurre nada. Este verano, sin embargo, me molestan poco y me dejan en paz. Como estoy oficialmente loco, tengo cosas y nada mejor que tener cosas para que le miren a uno como un bicho molesto. Ya he decidido seriamente no volver a misa porque no quiero seguir con una comedia de la que no conozco el símbolo. En mi casa, primero un poco rehacios [sic], me dejan hacer porque yo he procurado no darles ningún motivo serio de disgusto con mi conducta. Aquellos resabios de pillín que V. me descubrió los voy abandonando lentamente Ya soy un pobre diablo con trastornos mentales que se molesta un poco con las cosas de los señores de la botica. Y esto da una fuerza considerable. Aunque se diga con desdén, como haciendo una limosna, otra queda dentro.

Y no le aburro más. Usted a su Rectoral y yo al bostezo.

Le quiere

José Sánchez Rojas

Diga si recibe esto.

Alba de Tormes, 20 de julio de 1905

Alba de Tormes 20 de Julio de 1905

Querido D. Miguel:

El número que viene de Gente Joven publicará una nota mía sobre Rebelión. Si no estuviera V. para el Domingo en Salamanca, dé las señas de Anaya a Onís o a cualquiera de los del periódico y se le enviarán ejemplares del nº.

Recibí su carta y la ¡Ramplonería![271] que es verdaderamente hermoso, valiente y desahogado. Me gustó mucho, pero mucho. ¡Eso sí lo entenderán Cavia y demás comparsa! Y la gente de fuera, la no literaria, la que ve los toros desde el tendido, entenderá aquello que es transparente como el agua.

Escribo deprisa porque va a salir el correo. Dejo esto.

Es muy posible que le vea en Bilbao a primeros de Agosto.

Le quiere su discípulo y amigo

Pepe

Salude a D. Cándido y Castro.

Madrid, 24 de octubre de 1906

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 24 de Octubre de 1906

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Salamanca

Mi querido maestro:

No he querido escribirle hasta que Ud. regresara de Barcelona, pero veo que en los periódicos de Salamanca que ya se encuentra Ud. en esa.

Aquí me tiene Ud. desde primeros de mes viendo estas cosas. Aunque el brusco cambio de ambiente me desorientó un poco al principio, sin embargo, ya voy reaccionando y amoldándome a todo. He comenzado a estudiar de firme, porque estaba muy necesitado de ello, y desde hace días, vivo normalmente y en completo reposo espiritual.

[271] Publicado el 10 de julio de 1905.

Asisto a clases, y aunque me aburro soberanamente de ellas, me someto a cumplir con los deberes del oficio, porque, en realidad no me roban mucho tiempo. Azcárate, al presentarme a él, me preguntó por Ud. y por su vida.

Vengo al Ateneo todas las tardes a estudiar.

En la cacharrería[272] no he estado más allá de cinco minutos, porque aquellos Elorzas, Andrades, Ureñas y compa**ñeros mártires son de todo punto insoportables. Conozco y hablo** a unos cuantos literatos y no me ha maravillado ninguno. Con Acebal[273] he charlado bastante y me parece, moralmente, el mejor de los pocos que, hasta ahora, conozco.

Marcelino[274], Onís y yo estuvimos el Jueves en la Institución Libre de Enseñanza. Charlamos un rato con don Francisco y con Cossío. Onís está encantado de ellos por su afecto un poco untuoso y sensual, por su cortesía, por la aristocracia de sus maneras. A mí me gustaron, sí, pero me hicieron el efecto de gentes apagadas interiormente. Además no nos dejaban disparatar ni afirmar alguna cosa gratuitamente.

Estamos puliéndonos ahora, porque, naturalmente venimos de Salamanca un poco cerriles. ¡Cómo le echamos de menos, querido don Miguel! Aquello no se parece en nada ~~de~~ a esto. Estamos sin Ud. como ovejas sin pastor. A mí, muy particularmente, con la ausencia se ha agrandado, no ya la admiración que puede muy bien no ser cordial en ocasiones, sino el cariño hacia Ud. que no puede borrárseme nunca. Ud. comenzó a despertar mi espíritu, y aunque por verdadera dolencia de la voluntad haya cometido tonterías recientes, ahora comienzo a redimirme de ellas, olvidándolo todo.

He seguido, paso a paso, sus predicaciones de Cataluña. He tenido verdadera alegría en leer sus discursos. La prensa de aquí me despistó, pero, luego, leí La Publicidad, como la leímos todos los de la colonia salmantina (somos 12 o 14 muchachos), y supe a qué carta quedarme[275].

Por las tardes vamos unos cuantos de ahí al Museo a escuchar a Tormo[276] sus lecciones de Historia de las Artes para que nos enseñe a ver. Andamos ahora con Vender-Weiden[277].

Hoy no tenemos clase. Los escolares madrileños, –que son lo peor de la casta,– han meetingueado esta mañana en el Real con el Dr. Moliner, pidiendo el consabido aumento de 25 millones de pesetas para las atenciones de enseñanza. Yo no he ido al meeting del Real. Ya supongo lo que han de decir, porque ya les conozco. Estoy verdaderamente escandalizado. Esto vale casi menos que Santiago de Galicia, en cosas de Universidad.

Ha llegado Pedro Martín Robles a seguir sus oposiciones de Latín, dispuesto a pelearse con Cejador. También anda por aquí Modesto[278]; sospecho que de mala manera por sus trazas exteriores.

Y nada más por hoy. De todos mil recuerdos; ya le irán escribiendo a usted. Salude a los Pinillas, a Castro y Hortal y ofrezca mis respetos a Doña Concha.

Le quiere muy de veras,

Rojas

A Pepe el Gallego le vi un momento en la Calle de Carretas. No es [sé] qué es de él. Ninguno de nosotros ha vuelto a encontrarle.

S/C Jacometrezo = 46 = 2º

[272] Sala de tertulias del Ateneo madrileño a la que se conocía por este nombre por haber albergado, en su día, una colección de vasos griegos a los que los ateneístas se referían, despectivamente, como "cacharros"

[273] Se trata de Francisco López Acebal, asturiano, krausista y director de La Lectura revista en la que Sánchez Rojas, un mes antes, había comenzado a colaborar esporádicamente y un año más tarde se ocuparía de la crítica literaria.

[274] Marcelino Martín González, de Cespedosa de Tormes (Salamanca), estudió en Salamanca Ciencias y ejerció en el instituto de Guadalajara.

[275] Unamuno fue invitado a unos actos culturales en Barcelona. Sus conferencias fueron muy criticadas por los catalanes y don Miguel volvió a casa desasosegado y desencantado de Cataluña.

[276] Élías Tormo y Monzó, catedrático de Teoría Literaria en Salamanca y de Historia del Arte en Madrid. Fue autor, entre otras, de una *Guía de Alba de Tormes*, Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo 98. Madrid, 1931.

[277] Así en el original por Van Der Weiden.

[278] Modesto Pérez Hernández. De familia humilde de Morasverdes (Salamanca), vivió en Ciudad Rodrigo. Realizó la carrera de Filosofía y Letras siempre becado en Salamanca. En varias ocasiones tuvo que solicitar ayuda económica para terminar sus estudios. Discípulo de Unamuno y condiscípulo de Rojas.

Madrid, 10 de noviembre de 1906

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] y 10 de Noviembre de 1906

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Salamanca

Mi querido maestro y amigo: Recibí su carta que le agradecí mucho, porque me sirvió de consuelo y de aguijón al mismo tiempo. Tiene usted razón de sobra en lo que me dice de mis cosas; sé muy poco, no sé nada, he mariposeado mucho, he literatizado demasiado. Porque lo sé muy bien, porque me doy entera cuenta de mi estado de cultura y de espíritu, es por lo que ahora trabajo y estudio. Estudio mis cosas de derecho, no las de clase que no roban mucho tiempo, sino otras. Tengo que hacer la memoria y quiero hacer oposiciones pronto, probablemente a Internacional. Me he sometido a un plan de trabajo y lo cumplo muy bien. Esta era, ahora, mi principal labor, porque me voy adueñando, poco a poco, de mi voluntad y voy haciendo de mí mismo lo que me da la gana.

Muy bien su canto en prosa a Salamanca, querido don Miguel. He leído su carta no sé cuántas veces. También yo la quiero con toda mi alma y ahora, desde lejos, comienzo a darme cuenta de todo eso. Mi estancia en Madrid me ha producido una enorme exaltación cordial y tengo los mismos arrechuchos por ese pueblo que un colegialillo que no ha salido de las faldas caseras. Puede usted creerme: por las noches, al acostarme, lloro lágrimas de amargura, acordándome de eso, de Salamanca, de usted, de otras cosas, aquí me encuentro solo. No me adapto a este ambiente por nada del mundo. Todo esto es incoloro, anodino, artificial. Cada nueva cosa que veo me produce una desilusión nueva.

El jueves por la noche estuve en la Institución y saludé, en su nombre, a Don Francisco, con quien charlé largo rato de cosas de su Salamanca, sobre todo, de lo que hace ahí el clero. Giner quedó entusiasmado de mis noticias. He de ir por allí con frecuencia, y algunas veces saldré fuera de Madrid con los de la Institución. Me gusta mucho aquello.

Marcelino vive conmigo, en la calle de Jacometrezo, donde nos juntamos ocho o diez de Salamanca. Hace la misma vida que yo, y como a **mí me sucede, él tampoco se encuentra** a gusto, ni le es simpático esto. Hace varias noches, me leyó dos poesías, sin terminar una de ellas, muy bonitas y hechas con alma. Una es un canto a Dios y otra un diálogo entre dos encinas. Es lo que va a salir, a la larga, de todo ese movimiento: una serie de poetas.

Y apropósito [sic] de sus poesías de usted: aquí en el Ateneo, están copiando todos el Salmo y la Elegía a la muerte del perro y las poesías que publicó El Adelanto, tomándolas de diarios de Barcelona. A Federico le están pidiendo continuamente las copias que él tiene. Publique usted pronto los versos. Aunque yo conozco muchos, los espero con ansiedad.

Pedro Martín Robles está preocupado con sus oposiciones de Latín. Por las noticias que yo tengo, es muy posible, que, apesar [sic] de ser el mejor de todos y él que ha demostrado más conocimientos en los ejercicios, es posible que el primer lugar sea para Cejador y el segundo para Barrigón, un sacerdote a quien usted conoce. Con Perico anda Modesto, el cual se dedica a hacer política para Palacios en la Iberia de C. Rodrigo, (para la cual nos ha pedido unos artículos que le hemos dado, ligeritos y ñoños) a enamorar jamonas, a cantar himnos a Recaredo y a ganarse la gloria adulando a Dios. Me da, sin embargo, lástima de él. Yo no sé cómo se las arregla para comer, viste de mala manera.

Afectos de Marcelino, el cual le escribirá.

Salude V. a su señora y a los amigos y ya sabe le quiere su discípulo y amigo
José Sánchez Rojas.

Alba de Tormes, 29 diciembre 1906

Alba de Tormes 29 Dicbre 1906

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido Don Miguel:

Recibí su carta y escribo a los concejales del Villar indicándoles la forma que ellos tienen de denunciar a Ud. los escándalos de aquella Maestra.

Efectivamente, por aquí hizo circular Eduardo Álvarez la especie de que Ud. iba a ser Ministro "para dentro de cuatro o seis días" todo lo más. Y Zúñiga, que, a pesar de su talento acostumbra a mirar el valor de las gentes por el uniforme que llevan, se apresuró, por lo visto, a escribir a Ud. A casa vino Eduardo a darme seriamente la enhorabuena, porque creía que Ud. iba a colocarnos a todos. Esta gente, hasta para felicitar, insulta. Cree que para vernos necesitamos subirnos a las espaldas de alguien, aunque sean las muy robustas y vascongadas de usted.

A mí me agradan infinitamente más las noticias que me proporciona de los comentadores que le han salido por ahí. Mejor quiero verle de "maestro" que de ministro; mejor alentando a los muchachos con su calor, que no formando parte de las huestes de los viejos. ¿Usted en la cuerda floja de Saint-Aubin, Gallego, Canalejas y Francos? Esto es, sencillamente, absurdo.

Al hijo de Zúñiga leí su carta. A Luis no le he visto, pero encargué a mi padre que le dijera lo que Ud. me dice para él. Emilio me contó que su padre había recibido ya carta de usted y que pensaba decirle que Bombita sonaba más que el nombre de usted en América. A esto puede usted replicarle, –y perdone que me meta a consejero– que aquí, dentro de Alba, suena más el nombre de Manolo Domínguez, un matón, que el de Zúñiga, un propietario. Y crea usted que no vuelve a cubrir, con ingeniosidades ramplonas, estos velados ataques. Porque para Zúñiga sólo merece respeto, un marqués, ¡primero esto!, un ministro o un ricachón.

En fin, ya le veré muy pronto porque voy a ir enseguida y hablaremos, digo, usted me hablará, porque yo tengo muy poco que contarle. Salude a su señora y a los amigos y ya sabe que le quiere

José Sánchez Rojas

Afectos de mi padre el cual irá por ahí, probablemente mañana.

Madrid, 19 de enero de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 19-Iº-907

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido maestro: un amigo mío de El Guijuelo, Cayo Díez García, me ruega con todo encarecimiento que solicite de usted la credencial de maestra interina de Santa María de lo Llano[279], Santibáñez de la Sierra, dotada con 500 pesetas anuales, para Doña Benigna Abraido Montejo, maestra elemental sin colocación. Me dice que la cosa depende solamente de usted. Si así es, le ruego que me atienda. Ya sabe que no me gusta pedirle nada, ni molestarle nunca. Y que si alguna vez lo hago es porque no me queda otro remedio como ahora. Usted dirá.

Aquí sigo, odiando cada vez más este ambiente. Todo lo que va perdiendo Madrid a mis ojos, lo va ganando Salamanca. A los jóvenes estos he visto en camisa dos veces; una, la otra noche adulando a Moret y la otra en Lara actuando de críticos. Tiene usted razón: no vale esta gente la pena de ser tratada.

Lo que hay ahora es una atmósfera de hostilidad contra Zancada, Pedro González Blanco, Barcia y algunos profesores más de los nombrados recientemente para la cátedra del Ateneo. Moret los sostiene contra viento y marea; Azcárate le ayuda acaso por amistad; los socios "políticos" hacen lo mismo, pero la inmensa mayoría de los muchachos que vienen, estudian y callan, no están muy conformes con el nombramiento de estos jóvenes que llaman congrio a todo el mundo. Un socio hubo de llamarles en plena sesión retóricos vanos. Los aludidos hablaron de asolamientos y fieros males y de cortar la lengua al audaz mas no hubo nada. Doña Emilia, que presenciaba aquel espectáculo, salió del salón. Federico y yo pasamos un gran rato.

[279] Así en el original por Santa María de los Llanos. Al ser una población serrana, la pronunciación de las eses finales es aspirada, por lo que quizá Sánchez Rojas sólo conoció el nombre de boca, no escrito, y de ahí su confusión.

Trabajo ya en el discurso del doctorado. Las clases no me dan nada que hacer. No pienso ahora más que en mis cosas estudiantiles.

Se habla de una revista nueva, de la extensión de la Lectura, que saldrá a últimos de mes. Andan en ello Ordóñez, Insúa, los Blancos[280]. A los salmantinos nos han pedido colaboración. Yo voy a darles aquello que hice en Mayo A propósito de los exámenes, porque quieren cosas largas.

Marcelino dice que quiere escribirle cuando se presente a Soltura con una carta que usted le ha dado. Posiblemente el Lunes iremos a visitar a Marquina.

Ya le escribiré de vez en cuando, cuando haya alguna cosa que pueda interesarle.

Ya sabe que le quiere su amigo y discípulo

José Sánchez Rojas

Madrid, 22 de enero de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] y 22 de Enero de 1907

Mi querido don Miguel: Los concejales del Villar me escriben hoy diciéndome que el día 24 se presentarán a usted, en Salamanca, una comisión compuesta del Alcalde, del Médico y de un concejal para presentar a Ud. las quejas contra la maestra y una exposición del vecindario contra ella. Y me ruegan que le escriba a Ud. inmediatamente para que les escuche con interés. Aunque no es necesario advertir a Ud. esto porque trata con la misma llaneza a todo el mundo yo se lo advierto para darles gusto.

En su poder tendrá una carta mía. Si buenamente puede hacer lo que en ella le pido, hágalo; si no, no. No quiero proporcionarle jamás ninguna molestia. Ya debe Ud. saber de qué clase es mi amistad y mi cariño.

Marcelino vio a Soltura. Y nosotros, los dos, veremos a Marquina en su nombre. La charca de la corte sigue estancada y los renacuajos continúan croando, croando…

El ingenio madrileño se disuelve en los colmos de cuarta plana de El Diario Universal. Nosotros, los bárbaros, tenemos que reducir al silencio a estos hijos de la ramplonería.

Doña Emilia, –con quien estuve ayer,– me encargó que le dijera que era Ud. un pícaro y que no había querido Ud. dar una conferencia en este augusto centro. Habló de bellezas femeninas y pude notar que su estética es la misma que la de las amas de cría, paisanas suyas, el volumen. Muchas cosas de Acebal y de Marcelino.

Le quiere su amigo y discípulo

José Sánchez Rojas

A Salvador González Anaya, –con cuya amistad Ud. me hizo,– escribiré un día de estos.

Madrid, 5 de febrero de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 5-II-907

Querido D. Miguel: Es Ud. un solemne perezoso. Los del Villar me escriben diciéndome que Ud. les **[ilegible]** y quedaron muy complacidos de las atenciones de Ud. Muchas gracias.

Supongo que habría recibido el primer nº del Sagitario, donde va lo mío sobre los exámenes (una aparte). Si no lo ha recibido, yo se lo enviaré. Quieren que Ud. les haga algo fuerte y me encomiendan que se lo diga.

Hablé con Azorín largo rato el otro día sobre su conferencia y sobre Ud. Me dijo cosas muy atinadas. A Cándido enviaré dos artículos sobre eso; espero únicamente a que Martínez Ruiz me envíe una fotografía para que también la publique El Castellano.

[280] Alberto y Waldo Insúa, Andrés y Edmundo González Blanco, Julio Camba, José Sánchez Rojas y algunos menos conocidos editaron una elegante y efímera *Sagitario* (1907).

Estos Carnavales he de ver a Ud. Temo pasarlos aquí y por eso me largo a pasarlos con entera quietud al lado de Udes. Salgo el Viernes por la noche para llegar temprano el Sábado.

De Candamo[281] me he hecho muy amigo. Es un excelente sujeto.

Modesto está pasando las de Caín, con una horrible crisis económica que le ha llevado, por no ser sincero, a cometer un sinnúmero de bajezas. Ha empeñado la capa a Marcelino; ha comido en nuestra casa, no ha pagado a la patrona y ha desaparecido. Y todo por no confesarnos su situación porque ahora todos tenemos dinero y no hubiéramos tolerado que pasase hambre y frío. Y sospecho fundadamente que hace tres días que no come. Por lo demás, creo que Palacios no se porta del todo bien con su leader.

Voy conociendo esto perfectamente. Madrid me sirve, cuando menos, para afirmar cada vez más mi salmantinismo. Y lejos de Ud. me doy cuenta mejor de su influencia de Ud. sobre mi espíritu. Estudio, leo y trabajo. Hago una vida absolutamente casta: paseos, lecturas y el afecto a mi novia que cada vez es mayor, me alejan de todo esto. Y estoy enormemente contento, como nunca lo he estado. Comienzo a dominarme y eso me llena de júbilo.

Insúa (que es quien me ha hablado de que Ud. envíe alguna cosa) me encarga que le salude.

Muchos afectos de Marcelino y Federico.

Perdone estos desahogos a su amigo que le quiere mucho,

Rojas

Mañana nos reunimos en casa todos los muchachos. Vamos a dar café a Oliva, con un habano y una copa; nada más. Nos tiene muy contentos. Es bueno y es infantil.

Salude a todos los amigos.

Hasta el Sábado, querido D. Miguel.

Madrid, 23 de febrero de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 23-II 907

Querido D. Miguel: Muchas gracias. Quedo gratamente obligado a Ud. Clemente González Alonso[282] me dice que el que estableció los turnos de que Ud. me habla, fue Almodóvar del Río y solo él y que ese criterio de designar candidatos por Universidades, haciendo la propuesta los Rectores, no ha sido seguido por los ministros distintos de Almodóvar. De todos modos me enteraré mejor.

Gracias también por el interés que demuestra por mi padre. Esta mejor. –dice,– y me escribe cartas largas y tristes. Creo que si pudiera moderarse, aún viviría, pero desconfío mucho del valor de su voluntad. Yo he comenzado ahora, para serle poco gravoso, a mandar algo a los periódicos. El Heraldo me publica anoche una cosa, que creo le gustará a Ud. Y a Castell[283] he enviado otra cosa para Blanco y Negro que también publicará.

No le pido a Ud. ayuda porque creo que, haciendo cosas regulares, se admiten aquí, donde todo es malo. Y se me antoja una imbecilidad eso de las puertas cerradas de los rotativos. Procuraré colaborar en ellos lo mejor que pueda.

Y nada más, Don Miguel. Si no fuera porque le agradezco más sus enseñanzas que este servicio de ahora, le repetiría su gratitud su affmo. y s.s. que muy de veras le quiere,

José Sánchez Rojas

Lo de Bolonia me conviene para mi fin. Ya le diré porqué, cuando le vea, o cuando le escriba.

Lo de los exámenes, con otras cosas, lo voy a publicar en Salamanca enseguida.

Salude a D.ª Concha

[281] Bernardo González de Candamo, escritor y periodista de Asturias. Nació en 1881. Amigo de Unamuno. Jesús Blázquez González. *Unamuno y Candamo. Amistad y epistolario (1899-1936)*

[282] Rector del Colegio San Clemente de Bolonia.

[283] Ángel María Castell Urquiola, periodista y director de *La Voz de Guipúzcoa* en San Sebastián hasta 1903 en que se hizo cargo de la subdirección de *ABC* y *Blanco y Negro*. Murió en Alba de Tormes en 1938.

Salamanca, 11 de marzo de 1907

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Querido D. Miguel: Tiene Ud. razón. Lo de Sagitario es infame. Yo no tengo que ver nada con ellos. Mandé una cosa, la publicaron y san se acabó. Tengo la pretensión, sin embargo, de que lo mío es lo mejor que publica.

No soy madrileño, y menos madrileñizante. No. Odio Madrid y odio, sobre todo, a los literatos. Le hablo, querido D. Miguel, con toda sinceridad. Ni veo, ni trato, ni hablo a esos superhombres. Está Ud. equivocado de medio a medio. Aquí ha nacido recientemente un salmantinismo, mi amor ~~ha~~ a ese querido pueblo, representado por Ud., por todos los amigos, por mi novia.

Me informaré muy pronto de los turnos de Bolonia. Con lo que haya, escribiré.
Le quiere
Rojas

Estoy pasando con Oliva la tarde.
¿Y lo de Villar?
11 Marzo

Madrid, 6 de abril de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 6 Abril 1907

Querido D. Miguel: Estuve en Salamanca con la esperanza de verle y de charlar con Ud. No me fue posible. Lo sentí muy de veras. Pero, en fin, al mes que viene, luego que concluya de examinarme, estaré unos días a su lado. No me acuerdo de Ud, porque no le olvido y cada día le echo más de menos. Los hijos buenos se acuerdan de la casa paterna cuanto más alejados están de ella.

Hoy me envían las pruebas de A propósito de los exámenes. He hecho un prólogo y todo junto forma un folleto de 72 páginas. Se lo mandaré en cuanto esté listo, naturalmente.

Ahora no escribo. Tengo que dedicarme al doctorado. Sin embargo, comencé una cosa en vacaciones, que continuaré aquí. La mandaré a Acebal y se la dedicaré a Ud. Es un ensayo sobre La alegría interior y estoy satisfecho de lo que va. Y como son cosas que Ud. me enseñó, para Ud. es eso.

Insúa[284] se meterá con Ud. en el Imparcial. Dice que aquellas cosas de Ud., "Consejos a un literato joven" él debe aplicárselas; sueña con la aparición de un anti-Unamuno y juzga peligroso todo magisterio. A mí me hizo ayer un esquema de lo que piensa escribir. Son gansadas. Un hombre que cifra toda su vida en escribir bien y en ser un futuro Gómez Carrillo[285], no puede tener coraje.

Estuve en el Villar. Siguen inquietos con la Maestra que ha dado nuevos y morrocotudos escándalos y les han dicho que Ud. ladearía el asunto. Les dije que no y que Ud. resolvería pronto y en justicia, ateniéndose en todo a la ley. Me contaron que el día de San José se emborrachó y que estuvo por la noche en el estanco, retozando con los mozos y fumando un puro. Conviene que se active eso.

Said Armesto[286], que está a mi lado, dice que ha sido nombrado catedrático de León y estaba muy contento porque creía que iba Ud. a ser su jefe. Le he dicho que Leon no

[284] Alberto Álvarez-Insúa y Escobar (La Habana 1883 - Madrid 1963) conocido como Alberto Insúa. Escritor y periodista en El País, El Imparcial, Blanco y Negro, La Esfera y Nuevo Mundo, y en la I Guerra Mundial fue corresponsal de ABC en París y luego de La Correspondencia de España.

[285] Enrique Gómez Carrillo, guatemalteco, cónsul en Madrid, fue conocido como *el príncipe de los cronistas*. Hombre bohemio y viajero, dejó escritos más de 80 libros.

[286] Víctor Said Armesto (Pontevedra 1871 - Madrid, 1914) Escritor galleguista. Colaboró en El Heraldo, El País, La Nación, Blanco y Negro, La Justicia, La Ilustración Española y Americana o Galicia Literaria.

cae bajo la férula académica de vuecencia y se ha disgustado. Ahora le saludará aquí mismo.

Y nada más por hoy. Continuaré otro día. Le quiere su amigo,
Rojas

Mi querido maestro: Dos palabras nada más, porque no consienten otra cosa ni el apremio de la hora, ni mis ocupaciones, ni el espacio que resta de la carta.

Ya Rojas le dice mi desencanto al ver que no le tengo a U. de Rector como creía. Paciencia. Me consuela la idea de que le tendré cerca de mí, y podré fácilmente pasar de cuando en cuando a Salamanca a charlar con U.

Tengo en prensa un libraco sobre la Leyenda de Don Juan, asunto para U. desagradable, según pude ver, con pena en El Imparcial de hace dos o tres semanas. Por cierto que en el primer capo. digo algo que, de haber sabido a tiempo su opinión de U. lo hubiera modificado, para que los maliciosos no lo creyesen alusión.

Espero verle pronto. Reciba un cariñosísimo apretón de manos de su siempre amigo y discípulo
Víctor Said Armesto

Madrid, 11 de abril de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] y 11-IV-907

Querido D. Miguel: Leo yo y leo a Candamo su carta.

Por lo que hace a una cosa concreta, a lo del maldonadismo[287], usted tiene razón. Me he equivocado: ya lo he visto. Mas no era el deseo de agradar el que me llevó a ello, sino el más humano de alejarme del romanonismo del otro. Por lo demás, sí. En efecto, ese señor es un Sancho. Anoche me enteró bien Marcelino. En adelante, no tendré necesidad de nuevas advertencias. No voy para agradar, no, no y no. Ni a chulo ni ramera: soy quijote.

A otra cosa. Ni hablo, ni sé de esa juventud sicalíptica. No soy de ningún grupo. Tampoco los odio. Me tienen sin cuidado en absoluto. Tampoco me río de ellos. Vivo vida aparte, mala o buena, pero no influida por el literaturismo. Ese lado literaturesco me da náuseas. Caí en ello hace tiempo, pero estoy redimido.

Muy redimido, Maestro. ¡Como que su carta, lejos de inquietarme, me ha dejado perfectamente tranquilo! Sus tiros van a un blanco de cartón. Vivo vida de muchacho, estoy más gordo que nunca lejos de la crápula, escribo todas las tardes a mi novia y no entro en la cacharrería. Tendría que indignarme con la Pardo y con los hijos de ese señor extremeño que ronca tanto y que se llama Trigo (Felipe). No conozco a la Flora, ni a la Pepa, ni a la Carmen. Y cada vez odio con más ganas el profesionalismo, los secretos del métier, los secretillos de puertas adentro. Usted, querido Maestro, quiere que seamos todos o como aparecemos por falta de habilidad o como a usted se le antoja, un poco gratuitamente, que seamos. Y yo soy yo. Y usted, usted. Es el primer grito hondo, salido de las entrañas, del Ingenioso Hidalgo, su señor y amigo.

¡Sí, D. Miguel, sí! Mi unamunismo ha brotado en la Corte, lejos de usted, porque la presencia del Maestro, la continua presencia, a la larga perjudica. Nos enteramos mejor de las cosas, de su grandeza, de su relatividad saliendo de ellas. Las carreteras se ven desde lo alto.

Y siga usted renegando de todo. Yo reniego como usted, pero no con exceso. Me preocupan mucho más los incidentes de mi vida interior. La alegría de mis cosas amenazan mi indignación por las ajenas. Una forma de madrileñismo es el antimadrileñismo. ¡Buena gana de luchar con pulgas! Se las rasca uno y a vivir. En todo lo otro, conforme y conforme.

Digo a Said Armesto lo que usted escribe para él.

Y nada más por hoy. Ya le escribiré otro día. ¡Ah, felicito a D. Eleuterio de Salamanca! ¡Ese Obispo sí que es un Bachiller! Me ha dado grima todo. Eso sí, ha dicho lo que sentía y como lo sentía.

Salude a todos sus amigos y míos. A Onís, un abrazo. Y para usted, muchos y muy cordiales de su amigo,

[287] Hace referencia a los seguidores del conservador Luis Maldonado Ocampo que se presentaba a las elecciones a Cortes por Salamanca en ese momento.

José Sánchez Rojas

Incluyo una carta de Candamo. Aquí ha venido Licinio con una carta de Ud. para Acebal. No le conoce y yo iré con él a La Lectura.

Acebal se lamenta de su retraimiento. Haga algo para él. Es muy bueno.

Insúa y Candamo conocen la carta. Ya sabe Ud. cómo se defienden. El primero le propone una cosa editorial y luego una posdata. Cae, sin embargo, dentro de los estilistas. Candamo es otra cosa. Yo le quiero mucho.

Madrid, 20 de abril de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 20-IV-907

Querido D. Miguel: Recibo su ejemplar, dedicado, de Poesías. No tengo que decirle cuán grande ha sido mi agradecimiento. Ya tenía aquí otro ejemplar que me enviaron de casa Calón.

Veo lo que Ud. dice. Está bien. Me moveré, mejor, he comenzado a moverme ya. Por de pronto, puede Ud. enviar ejemplar a Don Mariano Marfil García[288]. Spiritu Santo 38. Pral. que es un militar muy culto; íntimo amigo mío, redactor de El Ejército Español (que tiene 10.000 suscripciones) y que hará otra segunda cosa para La Ilustración Militar.

Me ha dado palabra de hacerlo enseguida. Yo me encargaré de enviar a Ud. los periódicos esos.

En ABC haré una cosa muy larga "Recuerdos de Castilla – Unamuno, poeta" donde hablaré, no del libro, sino de los recuerdos estudiantiles que me ha sugerido su libro. Una nota personal sobre Ud. Candamo hará otra cosa. Marcelino otra para La República o Nuevo Mundo. Acebal me dijo ayer que un señor le había pedido espacio en La Lectura para hablar de su libro.

Y hoy no va más. Tengo que hacer.

Es posible que se haga aquí una lectura de sus versos o que Rafael Urbano dé una conferencia sobre Ud. poeta.

Como lo de ABC lo he de enfilar bien, presentando al Unamuno Rector Patriarca, creo que sin dificultad se publicará pronto. Se lo recomendaré muy eficazmente a Castell, que no me ha faltado nunca. Me convendría tener de Ud. uno de sus últimos retratos porque ABC es preferiblemente gráfico. Se vende mucho.

He visto varios tomos a estudiantes obscuros y a amigos míos de la Institución Libre.

Creo que va a llevar Ud. bombos estrepitosos y censuras apasionadas, violentas. El libro entusiasma o irrita, pero no deja en paz a nadie. Pérez Zúñiga haría con él música para una matchicha[289] y un hombre de inquietudes religiosas el compañero de su vida. No necesito decirle lo que a mí me ha gustado (Salmos, Prometeo, Elegía a la muerte de un perro, Mar de encinas) Otras cosas, no. Algunas cosas no deberían ir, aunque pensándolo mejor, me parece que sí, como protesta contra la habilidad técnica, de métier, de estos señores, que por tenerla, se creen poetas.

Y ahora sí que concluyo. Voy a ver a Tina di Lorenzo el 3er acto de la Gioconda.

Aparte, va un amigo mío que hice recién llegado de allá. "La alegría interior" dedicado a Ud. que publicarán o Acebal o Martínez Sierra[290] pronto. Vea Ud. cómo no estoy literaturado, no vivo en las charcas, ni sobre el légamo, sino una vida muy interior y sana. Marcelino me atrajo y yo a él. Marcelino es mi bien.

Envíe ~~lo del~~ el retrato y sabe que le quiere mucho su discípulo

Rojas

Lea lo de la Correspondencia.

Definitivamente, adiós.

Le escribiré con frecuencia con las cosas que sean oportunas.[291]

[288] Militar toresano (Zamora), periodista, redactor y director después del periódico conservador *La Época* y otros.
[289] Baile contemporáneo parecido al Cha-Cha-Cha.
[290] El dramaturgo, poeta, novelista y editor (Renacimiento) Gregorio Martínez Sierra (1881 - 1947).
[291] Las tres últimas líneas están escritas en vertical sobre el texto de la carta.

Madrid, 24 de abril de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 24-IV-907

Mi querido D. Miguel:
Recibí su retrato. Mil gracias.
Para ABC envié una cosa "Recuerdos de Salamanca: Unamuno, poeta" Aún no ha contestado Castell. Le dije que si quería un retrato de Ud. de los últimos, lo mandaría.
Para El Castellano envío una glosa al Salmo I. El salmo de la piedad. Va hoy. Luego, lo daré a Sagitario. A Nuevo Mundo "Del libro de poesías" de Unamuno. Contestación: que no se hace ninguna nota sin que el autor envíe dos ejemplares. Es muy burro Perojo[292]. Alonso tiene el encargo de preguntarle que si habrá artículo con el envío de los dos ejemplares. Lo que diga, le diré.
Nombela[293] me envía una nota pidiéndome artículo sobre libro de Ud. para su revista. ¡Lo haré!
Marfil[294] recibió ejemplar. Enseguida publicará el Ejército Español una nota (ya hecha) sobre el libro. Escribirá a Ud. Por lo que me dice, el libro le ha inquietado.
Marcelino, Salcedo y Hortal harán artículos. Yo se los colocaré en Sagitario, República de la Letras, etc.
Rafael Urbano dará una conferencia. Me dijo que le han traducido a Ud. al japonés la Cocotología.
Un joven protestante alemán, amigo de Pereira, quiere traducir su libro. Me enteraré de él etc.
Hoy no puedo más.
Un abrazo de su discípulo
Rojas

Me invita Rojas a que le ponga a Vd., querido maestro, cuatro letras y yo gustosísimo le dije que me entusiasman sus poesías tanto que no sé por ahora qué decir. Estoy en una especie de silencio Aristotélico o cosa parecida.
Cariñosamente se despide su discípulo
J S Salcedo[295]
Un abrazo. Le escribiré porque lo necesita hacerlo para cobrar ánimo su amigo
Marcelino

Madrid, 2 de mayo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 2 Mayo 1907

Querido D. Miguel: No quería escribirle hasta que no se publicara mi artículo en *ABC*[296]. Hoy ha salido, y aparte, le mando dos ejemplares hoy.
En Nuevo Mundo aun enviando ejemplares el autor de un libro, únicamente se hace una breve nota editorial. He mandado retirar lo que allí tenía y lo daré a La República de las Letras.
Insúa quería hablar en el Liberal del libro de Ud. pero Corton se adelantó a sus deseos y Corton hará una nota.
A Urbano no le veo. Le escribí, en nombre de Ud. para que se enterara con detalle de la traducción de la Cocotología al japonés. Y que me remitiese un ejemplar para Ud. En cuanto lo tenga en mi poder, se lo envío.

[292] José del Perojo y Figueras, director de *Nuevo Mundo*.
[293] Julio Nombela Tabares dirigía en ese momento la crónica de actualidad que encabezaba la revista *La Ilustración Española y Americana*.
[294] Mariano Marfil García (1883 - 1939) militar y periodista era en esta época redactor de *El Ejército Español*.
[295] Julio Sánchez Salcedo.
[296] "Unamuno, poeta", *ABC* (02-05-1907). El contenido de este artículo lo publicará más tarde en *Siluetas* el 1 de agosto de 1923. (O.C. Tomo II, página 72).

Lo de ABC está hecho así, para que se pueda hacer una nota del libro. Y con ese propósito hablé de Ud. y no del libro. Sospecho que Azorín hablará de ello. En cuanto regrese a la corte, llamado "por las tareas parlamentarias" (¡pobre hombre!) hablaré con él.

Lo de la Revista de Nombela ("Vida intelectual", mensual, 100 páginas) sobre su libro lo haré para Junio con todo detenimiento y por todo lo alto. Publicará su retrato y su firma. En ABC no ha salido porque están repletos de informaciones gráficas.

Escribirá a Ud. un alemán, Bernhard Brun, amigo nuestro. Es un muchacho protestante, muy religioso, muy profundamente religioso, apático, retraído, enemigo de la juerga y de la mujer. Largamente charlamos con él Marcelino y yo, hace noches, nos agradó.

En Gedeón vi una nota de Palomero. Creo, sin embargo, que mi casi pariente entiende el libro. Valle-Inclán dice Insúa que dice que sus versos no son excelsamente rítmicos, no se ajusta a no sé qué cadencia. ¡Digno hermano el tal Valle de Sánchez Gómez! Están acochinados por una estética blandengue y puerca.

Leímos la carta a Clairac. Nos ahorró Ud. un artículo sobre "la becerrada" que, a efecto, ha sido la manifestación más importante del espíritu ganaderil de Salamanca. Le Temps o Le Matin –no puedo comprobarlo ahora de momento– daban la noticia, añadiendo que si el tal diputado era proclamado, (no citaba nombres) él bajaría al ruedo a torear también. Lo malo del caso es que el bueno de Oliva no tiene conciencia de lo que ha pasado a su alrededor ni lleva trazas de tampoco de enterarse por lo que le oigo decir.

Y no va más, querido maestro. Le escribiré cuando tenga que contarle algo.

Sabe que le quiere muy de veras su discípulo y amigo

José Sánchez Rojas

Salude a los Pinillas. Castro nos invitó a almorzar ayer en la Bombilla a Hortal, Marcelino y a mí. Le recordamos mucho, por más que no hacemos otra cosa.

Me parece que, a la larga, todos iremos a parar ahí. Onís me escribió. He de contestarle con calma.

Verá Ud. lo de Marfil en El ejército español. Quedó él en mandarle números. Hace días que no le veo.

Un señor Almela (Vicente)[297] –valenciano– quiere hablar del libro de Ud. En El País, creo. Es muy amigo de todos nosotros, pero nos parece un pobre hombre. Será diputado maurista en las elecciones venideras por Castellón.

Madrid, 12 de mayo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 12 Mayo 1907

Querido D. Miguel: Recibo su carta. De hoy a mañana me enteraré de los que pregunta. Azorín se encuentra ya aquí, le he saludado y está el pobre lleno de miedo. Se lo van a cargar los diputados y le está bien empleado. Ahora, no merece burlas, sino compasión. ¿Usted, querido D. Miguel, discretamente, no pudiera sacarle del estado de espíritu en que se halla? Es bueno y se me antoja que se le debe reconquistar. Yo le hablaré si ha recibido su ejemplar.

Marcelino tiene dos periódicos, Alegría y La República de las letras para enviárselos a Ud. En el último nº de Ateneo se reproducen varias poesías de su libro y párrafos de una carta que Ud. dirigió a Miguel del Val. Supongo que Ud. lo conocerá.

Palomero hará un artículo serio hablando de su libro. Le ha gustado de veras, según me dijo, y no se le ha escapado nada. Lo de Gedeón lo reímos mucho Marcelino y yo. ¡Bien dicen los barberos que con Ud. no se atreven los de ese semanario!

Brun lleva traducidos veinte y pico de poesías, y ellas son, juntamente con la Biblia, su lectura cotidiana.

Las señas de Grandmontagne me las dará Canedo mañana mismo.

A Rafael Urbano no le veo. Le pedí la traducción japonesa de la Cocotología. No viene por el Ateneo y yo vengo poco ahora.

Dice Ud. bien. Los cabreros, y solamente los cabreros, entienden a D. Quijote, pero no los curas, ni los barberos, ni los duques. Los duques –y duques son estos hediondos ari anarko-

[297] Se refiere, posiblemente, a Vicente Almela Mengot, redactor de *El Heraldo de Madrid* y ateneísta.

aristócratas de último cuño– menos aún que los otros. Alonso no quería leer el libro: lo suponía malo. Le leímos el Salmo I, la Elegía a la muerte de un perro etc. y el hombre quedó maravillado. Escribiré un artículo para el País; se lo mandaremos. Los periódicos guardan una actitud discreta para Ud. pero ¡lo de siempre! No se entregan sin reservas mentales. Ud. debe ser un pensador distinguido y no otra cosa. Eudosio [sic] Castro trató de convencerme el otro día definiéndome la palabra poesía etc. etc.

Siento el estado de irritabilidad de Ud. A través de los periódicos, he olido algo de eso que Ud. escribe. Pulido vive en Babia y Oliva, rodeado de los Guillermos etc., no hace más que bobadas. Ve la política a través de su acta y solamente sueña en la aproximación de Moret a Maura, para que, en los momentos de reconciliación, pase su acta como una seda. Habla de solidaridad inspirada por Segovia: la solidaridad del médico y del amigote o cosa parecida. No ve más allá. No sabe que él ha sido símbolo pero que su éxito ha distado mucho de ser personal. Y no sirve con él. Habrá que dejarlo a un lado. Marcelino, yo –hablaremos a Federico– haremos algo este verano. Predicaremos, hablaremos de religión etc. La ciudad se presta a todo.

¡Cómo he visto en este despertar colectivo la semilla de Ud.! Si como Ud. dice la ciudad es la buena y el campo podrido, la ciudad se lo debe a Ud. en primer término y a nosotros, influidos por Ud., en segundo. Ud. ya no es el padre, sino el abuelo. Nosotros queremos ya prohijar también. Nos sentimos propagandistas, y lejos de las charcas, en el café, en el paseo, en las clases, quijoteamos. El sábado pasado hablé yo de Castilla en clase de Ovejero: leí su descripción de En torno al casticismo. Otro día leeré poesías. Lo que aquello gustó no es para dicho. ¿Pero eso es de Unamuno, del latero, del payaso, del prestidigitador Unamuno? – decían los estudiantes. A Ovejero le comí la partida. Quería literatura y de todo hablé menos de literatura. Y le colé eso de Ud. a sus alumnos. Otro sábado les meteré los Salmos.

En Castilla se había muerto nuestro Dios y Ud. nos lo descubre. La revista de Nombela anuncia mi artículo sobre su libro. Será hecho con calma, metiendo mi alma en ello.

Lo de Modesto me agradó a medias. A medias, porque él quiso exhibirse demasiado y eso no está bien, cuando no es verdad.

Pronto volveremos ahí, después de este destierro. Madrid nos ha servido para encender nuestro amor a Salamanca. Y, además, para darnos sensaciones artísticas: los museos, el Real, Tina de Lorenzo etc.

Y no va más. Mañana le diré eso.

Le quiere de veras y desea verle contento y bueno, sin más arrechuchos.

José S. Rojas

Madrid, 13 de mayo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 13 Mayo 1907

Querido D. Miguel: Grandmontagne está en San Sebastián. Vive en la calle de Oquendo 16.

Azorín no ha recibido de Castell el ejemplar de sus poesías. Preguntará, sin embargo, y escribirá con calma artículos para ABC y para El Diario de Barcelona. Eso me dice. Y que, en adelante, no cometa Ud. la tontería de enviar libros a redacciones, porque son libros perdidos. Martínez Ruiz vive en la calle de Ventura de la Vega, 6, 1º.

Estuve en casa de Azcárate esta mañana y hablamos de Ud. Fui a leerle un trabajo para clase que le gustó.

Que siga Ud. mejor y le abraza su discípulo y amigo que le quiere

Rojas

Pregúnteme Ud. lo que quiera y encárgueme lo que necesite.

No tema nunca molestarme por nada.

Salude a Cándido etc. Mandé ejemplares de mi folleto (que Ud. recibiría) a Giner, Cossío, Zulueta, Jiménez, Rivera y Castillejo, de la Institución Libre donde tanto le quieren y le comprenden a Ud. contra lo que yo creía en un principio.

Madrid, 17 de mayo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 17 Mayo 1907

Querido D. Miguel: Dos líneas. Hablo con Urbano[298]. Ha escrito a Holanda pidiendo el ejemplar japonés de su Cocotología y me lo entregará. Y el jueves o viernes de la semana que viene, el 23 o 24 de los corrientes, dará la conferencia sobre el libro. Asistiré a ella, pues yo estaré aquí hasta últimos de mes o primeros de Junio, y haré un largo extracto para El Castellano.

El artículo para Nombela lo estoy concluyendo, es cosa recia, de ataque. El fotograbado ha quedado maravillosamente bien.

Muy bien su carta a Maragall que publica anoche España Nueva. Tengo que decirle muchas cosas a este respecto, pero no aquí, sino en una carta abierta que mandaré a esa.

Un abrazo y ya sabe cuánto le quiere

Rojas

Admirable carta la suya al admirable y admirado Maragall. Ya somos algunos los que estamos conformes con todo eso, bien lejano del turrieburnismo inicial y de las masturbadoras teorías son teoría del arte por el arte. Algunas veces nos acordamos de aquello y caemos en literalismo. Pocas, ya. El ejemplo de usted nos es bienhechor. Estoy entusiasmado con toda el alma con sus versos. Los he leído a solas y en grupos de amigos. Quiero escribir acerca de eso… y me parece tan difícil. Cada vez respeto más estas obras de verdad de bondad, de belleza y de pensamiento, y cada vez creo peor el despacharlas así con un artículo escrito de buenas a primeras, sin meollo, sin espíritu, sin afirmación y sin negación, etc.

La admiración y el cariño de su mejor amigo

Bernardo G. de Candamo.

Madrid, 29 de mayo de 1907

29/5/07

Mi querido D. Miguel: Le debo carta. He andado de exámenes y ellos me han retrasado las noticias que quería darle sobre las ~~noticias~~ conferencia de R. Urbano.

Ella fue un canto al espíritu religioso de Ud. y aunque se permitió algunas picardihuelas, ellas son de los amigos bien criados y generosos. Maldonado le ha sacado la conferencia para El Adelanto; yo quise que fuera para Cándido[299], pero por cuestión de minutos se me adelantó el diputado. Después de todo, no lo siento mucho. El Adelanto se lee. Como en ese periódico ha de verla Ud. no sigo.

Hoy he concluido yo el artículo para Nombela. Me agrada el fotograbado que han sacado del retrato que Ud. me dedicó.

Y apropósito [sic]: Azorín me pide que le diga a Ud. que le envíe otro para él. Tiene los de Baroja y Maeztu y quiere el de Ud. Me lo encargó con mucha insistencia y no lo eche Ud. en saco roto.

¡Ah! Tuve que leer la otra noche dos poesías buscadas ad hoc por la Pardo. Leí azorado, pero leí bien. Salamanca, –y a falta de La elegía a la muerte de un perro por faltar las 1as páginas en el ejemplar de Urbano– En el desierto. Estuvieron en el Ateneo la Pardo, Maldonado, Díez-Canedo, Candamo, Federico, Mesa, Nilo Fabra, el bestia del general; todos los muchachos y solo los muchachos. Un nuevo éxito para Ud. Unas 70 personas. La prensa de aquí habló poco.

Ahí tengo para Cándido un comento a sus poesías. Por lo visto, no se atreve a publicarlo.

Me escribió ayer Canedo, a quien definitivamente di lo de la Alegría interior. Lo publicará enseguida. Con Acebal no quiero nada porque tarda mucho en estas cosas.

Concluí con felicidad estos exámenes. No sé si en Junio concluiré con el grado; creo que no. Le veré pronto, querido Don Miguel

Le quiere su afectísimo

[298] Urbano, Rafael. Periodista, helenista, traductor. Colaboró en *El Globo* y *Alrededor del Mundo*.
[299] Es decir, Cándido Rodríguez Pinilla, director del periódico *El Castellano* de Salamanca.

Rojas

29 mayo 1907
He visto lo de Pedro[300] en el Imparcial. A Modesto lo vi una tarde; anda muy mal. Solicitaba un empleo en el gobierno por conducto de D. Eduardo Hinojosa. Marcelino.

Madrid, 28 de septiembre de 1907

[Tarjeta postal: MUSEO DEL LOUVRE. La Gioconda]

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad.
Salamanca

La Gioconda le envía, de mi parte, un montón de felicidades.
Rojas.
Un cariñosísimo recuerdo. Candamo

Madrid 28 Sepbre. 1907

Madrid, 1907 [301]

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 1907

Mi querido don Miguel: Recibo su carta. Y sin necesidad de haberme Ud. hablado, me ha arrancado, en efecto, lágrimas. Sí, señor. Toda mi vida me llevo en proyectos, pero sin haberme puesto jamás a hacer cosa alguna.

No tiene Ud. derecho para **[Ilegible]** mientras no obre. Pero, por lo que valga, porque Ud. tiene razón, porque me quiere mucho, porque el peor enemigo mío soy yo mismo, le prometo, Le JURO no escribir ni una coma para el público. Sí, señor, también yo me temo quedar en periodista. Y no quiero. Pero no tengo voluntad, voy a hacérmela. ¡Y estudiaré! No leeré, estudiaré. Su carta me ha hecho el efecto de un escopetazo, pero de un escopetazo cuya pólvora yo mismo cargaba, pero Ud. los perdigones.

Sí, señor. Soy una mariposa. Dejaré de serlo. Ya lo verá Ud. Lo que me ha hecho un daño atroz, y ligero, y precipitador y como asustado de los propios pasos, ha sido la novia. Pero (y no dirá Ud. que no le hago caso, mejor que me lo empiezo a hacer a mí mismo, estaré el año entero. Y puesto ya en este camino, (salvo que fuera colegial de Bolonia en Enero, lo que me convendría) me voy a Siena, a Milán, a cualquier parte donde no haya paisanos. Pero si en Enero no se hace eso voy a otra población de Italia. Y cultivaré la atención. En fin, tantas cosas quisiera decirle, de tal modo me ha llegado al alma su carta, que ya verá Ud. Haré. Ese es el abrazo que quiero darle a la vuelta; que se encuentre Ud. con otro distinto. No sé hasta dónde llegará, pero yo, don Miguel no quiero (aunque lo merezco hoy) su desprecio mañana. Y nada más. Saldré, en cuanto concluya unas cosas relacionadas con el viaje de mi hermano Juanito a Buenos Aires, porque aún no ha entrado en quinta: ya se presentará a Ud. pidiéndole alguna recomendación a alguien.

Y yo le escribiré. Y le diré, mejor, le probaré que haré esto o lo otro útil. Su carta será mi obra de consulta don Miguel. Y no acierto a decirle más.

Un abrazo muy fuerte de su amigo que le quiere mucho
Pepe

Va lo de Velázquez. No sé dónde lo puse y lo encontré en el fondo del baúl anoche.

[300] "Poesías´ de Unamuno" de Pedro González Blanco en *El Imparcial* (27-05-1907)
[301] Carta sin data. Desconocemos su fecha exacta.

Barcelona, 8 de diciembre de 1907

[Tarjeta postal: BARCELONA. Cascada del Parque]

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad.
Salamanca

Querido D. Miguel: Un abrazo desde Barcelona. Llevo su carta muy presente en la maleta, junto al Baedecker[302], en un cuaderno de notas. Ya verá cómo le doy gusto. Le escribiré cuando llegue a Bolonia (el jueves o viernes.)

Salude a los Pinilla. Y ya sabe que le quiere realmente. Rojas.
Barcelona, 8-XII-907. Estoy frente al Liceo, en las Ramblas, muy bien. El billete lo he cogido directo en la casa Cook. Me he ahorrado unos cuantos francos y mil molestias.[303]

Bolonia, 14 de diciembre de 1907

[Membrete: HOTEL PELLEGRINO – *F. Ravaldoni* – BOLOGNA – Via Ugo Bassi, 7. (Italia) – *Ascenseure – Electrique*-Lift – *Calorifero e Luce Elettrica – In tutte le camere.*
li 14-XII *190* 7]

Mi querido D. Miguel: Acabo de escribir a casa y ahora lo hago a Ud., pues me acuerdo mucho de Ud., le quiero y esta es, sino (sic) la primera morriña sí la primera ocasión larga en que estoy solo – Y algo puedo adelantarle de lo que voy a hacer.

Primeramente: estoy aquí hasta mañana en que me iré a una habitación que me costará 35 liras como máximum mensuales y me abonaré a un restaurant que me saldrá por 80 o 90 liras. Es decir, como máximum, (para estar bien, me costará la vida, aparte libros, viajes etc.) 125 liras mensuales.

Pienso hacer y haré: levantarme a las 8 y estudiar cosas clásicas, Virgilio, Homero, Dante etc. Por la mañana. Y dedicarme a cosas jurídicas por la tarde unas 4 horas. Horas de trabajo de 7 a 8. De noche, nada. Aquí puedo trabajar con fruto, en mis cosas de dro. civil, político y creo que romano. Lo de penal anda mal.

De asistencia a clases tengo un proyecto: es ir al Liceo a aprender latín con los muchachos para hacer estudio rudo de esto.

Al Colegio he ido, naturalmente, ~~ment~~ me he de separar por completo y adoptar una actitud independiente, aun en el caso de que algún día fuera colegial. A excepción de uno, catalán, médico, Alzina, los demás son unos memos que no hacen más que visitas.

Del viaje: en Francia me entendí bien, sin tropiezos. Peor, en Italia, aunque creo fácil aprender esto enseguida. 1º porque no he de hablar con españoles más que muy poco. 2º porque he de comenzar a tratar italianos y 3º porque cuando yo vaya aprendiendo, hablaré hasta con Clemente en italiano.

Le debo a Ud. una pequeña explicación. Mentí a mi padre en una cosa del ABC, porque antes de su carta, pensé haber trabajado constantemente para ese periódico, pero luego, por su carta, lo dejé sin efecto, sin perjuicio, claro es, de hacer algo, de tarde en tarde, cuando salte, con objeto de matar al periodista que hay en mí y comenzar a ver las cosas para no escribir sobre ellas.

Y nada más. Estoy bajo una tormenta de impresiones, y ya irán saliendo poco a poco. Ud. acuérdese de mí alguna vez: se lo ruego. Y ya le hablaré y ya le escribiré a medida que las cosas salgan. Y una vez más, querido D. Miguel: me reformaré, seré otro, trabajaré, ya lo verá Ud.

Estoy casi dormido: llevo unas noches durmiendo mal, peor que si no durmiese. Salude a los Pinillas.

[302] Se refiere a las *Guías turísticas* del alemán Baedecker.
[303] Desde "*Salude a los Pinilla…*" está escrito sobre el anverso de la tarjeta.

Lo que Ud. quiera de mí, ya sabe que puede contar con ello. Si alguna cosa hubiera de particular, periódico, libro, lo que fuera, Ud. lo conocería. Supongo que recibiría el Velázquez.

Con Valentín estuve en Barcelona. Nos conocimos por casualidad, mirándonos **y remirándonos en** un teatro. Los días que pasé en Barcelona fueron muy agradables y estuve hecho un marqués porque me cogió de su cuenta una familia de la que mi padre es administrador, y vi todo, de bastante mal gusto, por cierto. Pasé un día delicioso en el Vallvidreras [sic] con los catalanes de esa familia y aquel día, sí, lo recordaré siempre con gusto.

Y dejo esto. Sabe le quiere muy de veras

José S. Rojas

Escriba a Ferma in posta[304] o al Colegio. Cuando me establezca, ya le diré mi dirección. Mañana me **[Ilegible]** de Ud (o *de nº)*.

Salude a los Pinillas.

Bolonia, 28 de diciembre de 1907

Bolonia 28-XII-907

Mi querido don Miguel: Hace ya algunos días que tenía el pensamiento de escribir a Ud. Y lo he ido dejando poco à poco. Hoy mismo la carta no puede ser tan larga como yo quisiera. Tengo un fuertisimo [sic] catarro que me molesta mucho.

Comienzo a hablar el italiano, barbarizando, pero haciéndome entender y corregir a cada momento. He comprado una gramática de Cesare de Titta, un diccionario bastante aceptable, una Divina Comedia, preciosa edición que me ha costado una lira, los dos tomos de Carducci, prosa y verso, de la última edición Laruche ni que Ud. creo tiene y el epistolario, también de Carducci, que una vez que haya entendido el sentido de todas las palabras, se lo enviaré a Ud.

Mi plan es el que Ud. me ha indicado: nutrirme de esos clásicos. Y luego, en mis cosas, trabajar dos o tres materias interas o niente.

Quiero ser colegial. Mi padre dice ha hablado a Ud. de esto. Así, estaría yo aquí varios años, haría estancias largas en otras poblaciones italianas y aún podría salir al extranjero. Quiero trabajar y trabajar de firme. Y como esto no se puede improvisar, y un año sería poco, me convendría lo del Colegio. Bullón (Eloy)[305] me dijo que el Ministro parecía dispuesto a darme una plaza. Ahora la hay vacante; y como desconfío que lo de Eloy sea exacto (y esto es lo que no ha sabido interpretar a Ud. bien mi padre) hago trabajar à otros. Si Ud. pudiera hacer algo en mi obsequio se lo agradecería. Es el único medio de hacer algo. Del Colegio, de la ciudad, de mi vida etc., le hablaré otra vez. Hoy tengo los ojos llenos de agua y estoy tosiendo a cada momento.

No sigo. Ud. sabrá dispensarme.

Hasta otro día, querido don Miguel y reciba un abrazo de su amigo que le quiere

Rojas

Cuando le escriba –y será pronto– le enviaré ya el epistolario de Carducci, publicado estos días.

Bolonia, 1 de enero de 1908

Mi querido D. Miguel: Que esta carta sirva de presentación a mi querido amigo Don José Fabio Garnier, escritor, estudiante de Ingeniería y Arquitectura, pensionado por el Gobierno de su país, Costa-Rica, para hacer estos estudios en Bolonia.

El Sr. Garnier, aconsejado por Gómez Carrillo, acude a Ud. para enviarle un artículo sobre cuestiones religiosas. Como Ud. Garnier trabaja contra la inflencia francesa; como Ud. se burla

[304] Lista de Correos. Servicio postal que consiste en retener la correspondencia en la oficina de correos de la localidad de destino a la espera de que el destinatario pase a recogerla personalmente.

[305] Nacido en Salamanca (1879), historiador y político. En este año de 1907 había obtenido plaza de catedrático de Geografía Política en la Universidad Central y acta de diputado a Cortes por Sequeros.

de Vicuña Subercaseaux, y, finalmente, en todo es mi amigo digno de la más alta estimación de Ud.

Como hace días escribí a Ud. con otro motivo, no prosigo.
Le quiere
José S. Rojas
Bolonia, 1 Enero 1908

Bolonia, 4 de enero de 1908

[Tarjeta postal: Fotografía de Sánchez Rojas y Alzina y Melis[306]]

Bol. 4-I-908
Sr. D. Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad.
Salamanca (Spagna)

A mi querido Maestro, testimonio de admiración y de cariño.
Rojas

El otro es un médico, colegial, mallorquín, Alzina y Melis, muy inteligente, de quien he hablado o hablaré a Ud. Recibo ahora su carta que contestaré enseguida, enviándole el Ep. de G. C.[307]

Bolonia, 5 de enero de 1908

Mi querido Don Miguel: El día 4 le envié una tarjeta postal con mi retrato. Hoy contesto a su carta de 1º de año y aparte, convenientemente franqueado, le remito "Da un carteggio inédito de Giosuè Carducci"[308] Ud. me dirá si lo recibe. Estoy siempre con el alma en un hilo en estas cosas de correos, porque muchas cosas se pierden. Aquí dicen que es en el trayecto de España.

Son, en efecto, de una imbecilidad enorme estos españoles del Colegio. Usted, con saberlo, no lo sabe bien del todo. Excepto uno, médico, mallorquín, que es completamente todo un bravo ragazzo, los demás, peor que malos y peor que peores. Son la crema de Granada y de Valencia, y estas poblaciones son a Valladolid, como Valladolid a Salamanca. Uno lleva un año en Italia y no habla italiano. Otro es un pariente de Romanones que estuvo en Santa Rita. Otro, Duprus de Lôrne… nada, ni bruto siquiera. Y así todos, menos ese mallorquín Alzina y Melis. Lo peor del caso es que aquí les conocen, que hacen el burro en sociedad y en las clases, y que de su manera de ser se generaliza a la manera de ser española.

Un detalle: por memez, por sport, por lo que sea, hay aquí un espíritu de hostilidad enorme, entre los colegiales, contra Clemente. Por molestarle, hicieron una instancia pidiendo al M. de E. que se compraran los códigos españoles para la biblioteca del Colegio. La instancia se envía por conducto de la Embajada y Pérez Caballero[309] les contestó que dejaba sin curso la solicitud porque había en el Colegio esos código y además, todo lo que tiene valor en la ciencia jurídica de la tierra: Altamira, Costa, Dorado etc. No se habían enterado de lo que dentro de la casa tenían. Y así siempre. No salen del Eden-Concert, (el central Kursaal de Bolonia) y ni conquistas harán. Además, el español tiene aquí fama de canalla, y de ello tienen la culpa López Monis, Pérez Bueno –el profesor de Oviedo– y otros. Da grima que de España no manden mejor gente. Y como usted diría son sud-americanos: entera y netamente madrileños.

[306] Joan Alzina y Melis nació en Capdepera (Mallorca) el 27 de marzo de 1884. Los dos últimos años de su carrera de Medicina y Cirugía los realizó en Bolonia (1908). Se dedicaría después a la psiquiatría.

[307] **Epi**stolario de **G**iosué **C**arducci.
Escrito en vertical, sobre el margen izquierdo: *segunda, enviándole el Ep. de G. C.*

[308] Con prefacio de Antonio Messeri. Editorial: Zanichelli - Cappelli, Bologna - San Casciano, 1907. Figura en el Archivo de Miguel de Unamuno (Salamanca)

[309] Juan Pérez Caballero y Ferrer. Embajador de España en Bruselas, Roma y París. Ministro de Estado con gobiernos de Segismundo Moret.

No conozco a Pascoli todavía, pero lo conoceré muy pronto. Iré a su casa una tarde. Y ya hablaré a Ud. de él y de sus conocimientos del castellano.

Aquí tiene usted dos que le conocen: un mallorquín, ese Alzina y una estudiante de ingeniero, José Fabio Garnier[310], de Costa-Rica, pensionado por el Gobierno de su país. Este último buscó mi amistad por si yo, al ser de Salamanca, conocía a Ud. Me pidió una carta para Ud. que le di; quiere enviarle una cosa: El Quijotismo en religión. Es un muchacho muy estudioso, y, según dicen, entendido en sus cosas de ingeniería. De literato no tiene nada. Ahora, él dice, que para ser Presidente en su país, hay que hacer literatura huera. Y la hace.

La ciudad me encanta. Sus pórticos, sus iglesias, sus plazas y sus rincones me maravillan tanto más cuanto más voy gozándolas. La ciudad es magnífica y yo no he comprendido todo el valor de esa palabra hasta no pisar Italia.

Azorín me escribe y me pide una edición de Il Principe de Maquiavelo, que le enviaré. Y por lo que a Ud. hace, le enviaré lo que pueda interesarle. Por lo demás, de sobra sabe Ud. que puede mandarme con entera libertad y preguntarme todo lo que se le ocurra. Con el epistolario de Carducci van 6 postales de cosas relacionadas con Carducci: una de ellas repetida quiero que sea para Marcelino. ¡Ah! Tanto a él como a Federico, que me escriban y que si Federico sigue pensando en lo del viaje por Italia para ver Museos, me escriba con doble motivo.

Quiero ser colegial, porque este es el único modo de poder estar fuera de España 3 o 4 años y realizar, con calma, todos mis planes. Estos son: nutrirme de literatura clásica, estudiar una o dos cosas de las mías, aprender lenguas y viajar. Para un año, la pensión de esa Universidad, aquí, es más que suficiente, pero si a esto uno lo de ser Colegial, mejor que mejor, porque entonces puedo pensar en todo y hacerlo todo. Se me han quitado todas las ganas de permanecer aquí solamente meses. Ello era una tontería.

De lo de escribir, se me han quitado todas las ganas también. Haré algo cuando la cosa salga, es decir, que no veré cosas para escribir sino que escribiré cuando esté bien repleto interiormente y las cosas no me quepan dentro.

Le felicito por su contento. Y celebraré que lo de América siga. También le ruego, que si Ud. publica alguna cosa, me la envíe.

Pienso ir a esos sitios, donde Ud. tiene amigos y ya le pediré cartas para ellos. Pero no viajaré hasta que por la lengua, cultura etc. no esté suficientemente preparado.

En principio, tengo pensado un viaje por la Umbría para esta primavera. Voy a comenzar a estudiar en serio latín y otra cosa: inglés, por ejemplo. Como lo del Colegio parece ser que se me arregla, si no ahora, luego, este año voy a prepararme para estudiar. Y no es poco si lo consigo.

Y nada más. Perdone la lata. Salude a Cándido, Hipólito, Marcelino etc. y ya sabe cuanto le quiere su amigo.

José Sánchez Rojas

Clemente le devuelve el saludo.
Bologna 5-Enero-1908

Bolonia, 21 de enero de 1908

[Cartolina Postale Italiana (Carte Postale d'Italia)]

A Il Egregio Dottore Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
Salamanca
Spagna

Querido don Miguel: Garnier me ha puesto en relaciones con el encargado de la sección española en la Nuova Rassegna de Florencia, Sr. Beccari. Y este me ruega que le oriente: está, en verdad, bastante desorientado. Envíeme Ud. su tomo de Poesías: la Revista hablará de él. Y luego quiero yo también un ejemplar para mí. ¿Sabe Ud. algo de mi asunto? Escríbame.

[310] Se trata del prolífico dramaturgo y novelista costarricense (1884-1956) que coincidió en esas fechas con Rojas en Bolonia.

He comenzado la tarea. Voy a las clases de Pascoli y Albini (lit. italiana y latina) Me matricularé pronto en letras. Y he comenzado a estudiar, a meditar, no a leer, cosas serias y nutritivas.
¿Recibió Ud. el Cartaggio? A todos un abrazo y para Ud. el más fuerte de
Rojas

Cariñosos saludos de Clemente, que anda ahora muy preocupado con un libro donde le difama Diego Ruiz[311]. Al Dr. **le envié** L'Asino[312]. Ríanlo Udes.
Bologna 21-I-908
Independenza, 16, 2º

Bolonia, 27 de enero de 1908

[Cartolina Postale Italiana (Carte Postale d'Italia)]

A Il Egregio Miguel de Unamuno
Rettore di la Regia Universitá
Salamanca
Spagna

Mi querido D. Miguel: A Garnier que ha estado hoy conmigo le he dado sus excusas y enseñado su carta. Conforme con el mapa. Le enviaré Il Principe pronto. Ud. mande sus Poesías: quiero que Nuova ~~Antologia~~ Rassegna hable de Ud. primero que de otro alguno. – Traducirá un cap. de sus Comentarios y alguna poesía (Los Salmos, posiblemente). Ya le he dicho que el traductor sabe lo que hace. Ud. no obstante, corregirá las pruebas.
Salude a todos. Sigo bien y trabajando.
Un abrazo de
Rojas

Afectos de Clemente.

Bolonia, 4 de febrero de 1908

[Membrete impreso sobre el fondo del texto: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS]

Querido D. Miguel: Va Il Principe certificado. Beccari supongo se habrá dirigido a Ud. y le habrá enviado Nuova Rassegna. Si no, yo tengo una para Ud.
Recibiría Ud. la carta que escribí a Pinilla y a Ud. y posteriormente la de Herrera, que es el hombre más desorientado, todo un bambino. ¿Quiere Ud. que lo que haga Ud. para aquí sea El encuentro de D. Quijote y D. Juan? Enviaré a Ud. pronto una cosa de Pascoli: no quiero olvidarme de Ud. a quien debo el favor de irme transformando. El artº me lo remite Ud. a mí, no a Beccari. Adiós. Un abrazo para todos y para Ud. el más fuerte.
Bologna 4-II-908

Bolonia, 19 de febrero de 1908

[Tarjeta postal: GIOSUÉ CARDUCCI (firma impresa). Nel primo anniversario della morte – 16 Febrario 1908]

(Spagna)
Sig. Miguel de Unamuno

[311] Sin duda se refiere al malagueño Diego Ruiz Rodríguez (1881-1959), filósofo, periodista y psiquiatra. Estudiante en el Colegio de España de Bolonia. Hombre polémico y extravagante.
[312] Revista satírica y anticlerical publicada en Roma.

Rector de la Universidad.
Salamanca

Querido D. Miguel: Aparte va el discurso de Pascoli del domingo en el An[iversario]. de Carducci. El 25 sale Nuova Rassegna con el cap. II de sus Comentarios: el XI va en marzo. Haré que le envíen más de un ejemplar. Si Ud. fuera tan amable que me enviase una cosa para Nuova Rassegna! Hace tiempo que no sé nada de ninguno de Udes. Ahí va ese recuerdo del Domingo. Recibiría Ud. Il Principe. Un abrazo
Rojas
Bolonia 19-II-908

Bolonia, 20 de febrero de 1908

Bolonia 20-II-908

Mi querido D. Miguel: Por las adjuntas cartas verá Ud. que ha llegado la hora de que Ud. me recomiende al Ministro de Estado. Hágalo enseguida. Al Vizconde envío mi certificación académica hoy mismo, como contestación a los repulgos que pudiera tener Allende-Salazar.
Envióme Beccari una carta donde me hablaba de Ud. Devuélvame Ud. tanto esta como las otras dos que van.
Un abrazo muy fuerte de su amigo
Rojas

Ayer le envié el discurso de Pascoli y una postal.
Adiós.

Mantua, 8 de marzo de 1908

[Tarjeta postal: MANTUA. Basílica de San Andrés]

Al Egregio Sig. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
(Spagna)
Salamanca

Le saludo desde Mantua. Vengo de Módena y veré aún Verona, Vicenza, Padua, Venecia y Ferrara. Desde Venecia contestaré a su carta última. Y le contaré las impresiones imborrables que esto me da. He visto el palacio de los Gonzaga: estoy maravillado. Le quiere
Rojas
8-III-908[313]

Venecia, 11 de marzo de 1908

[Tarjeta postal: VENECIA. Canal Grande – Ca' d'Oro]

Spagna
Sr. D. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
Salamanca

Querido D. Miguel: Un abrazo. Me envían su carta de Bolonia. Mil gracias. Escriba Ud. a Bolonia siempre. Ya le escribiré sobre mi viaje por estas ciudades del Norte. Le enviaré periódicos.

[313] La totalidad del texto está escrito sobre el anverso de la postal.

Salude a todos y si ve a Marcelino dígale que el silencioso y perezoso es él y yo el contrariado. Un abrazo
Rojas
Venecia 11 Marzo 1908

Bolonia, 17 de marzo de 1908

[Cartolina Postale Italiana (Carte Postale d'Italia)]

A Il Egregio Dottore Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
(Spagna)
Salamanca

[Membrete: NUOVA RASSEGNA – DI – LETTERATURE MODERNE – Redazione Spagnola – *Bologne, li* 17-III-08]

Querido D. Miguel. Al llegar a Bolonia encuentro dos ejemplares de sus Recuerdos: uno irá para Beccari hoy mismo. Ya le diré lo que, por mi parte, pienso hacer. Anoche leí la mitad del libro y le escribiré.

Diga a Cándido que no sé de ellos nunca. Más adelante ~~le~~ enviaré a Vd. un libro de Ruskin: Las mañanas florentinas. Ahora no porque trabajo sobre él. Traigo una impresión indefinible del viaje. ¡Esa Mantua! ¡Esa Verona! ¡Cuánto hubiera dado por todos nosotros juntos! Multedo[314] desde mañana va de Ministro al Brasil. Le quiere
Rojas

Bolonia, 19 de marzo de 1908

[Membrete: ALBERGO E RISTORANTE – DELLE – TRE ZUCCHETTE – BOLOGNA – *Bologna, li* 19-III *190* 8]

Mi querido D. Miguel: Aunque tengo empezada una carta para Ud., que continuaré cuando pueda con las impresiones de mi viaje por el Véneto, le escribo hoy para decirle que recibí dos ejemplares de sus Recuerdos, que remití uno a Beccari y que hoy me envía esta carta que le adjunto y que interesa a Ud.

Envíeme, pues, para él La Vida de Don Quijote y Sancho (el ejemplar que yo tengo aquí es de Garnier) y concédale Ud. el permiso, que pide por mi conducto, para traducir esto al italiano. Creo que, dado el crédito de la revista, la rebusca del editor es cosa fácil. Yo haré gestiones con Zamichelli, à quien trato y conozco mucho. No sabe Ud. cuanto celebraré verle leído y querido aquí.

Si Beccari insiste, yo haré una cosa muy larga hablando de Ud. para que vaya al frente de esa proyectada traducción.

Recibirá Ud. Nuova Rassegna y la recibirán también varios amigos. ~~Allí~~ A España se han enviado 300 ejemplares.

Yo escribiré sobre Recuerdos en Nuova Rassegna y en ABC. Y lo haré pronto, aunque estoy muy atado de labor.

Salude a todos. Le abraza Rojas

[314] Manuel Multedo y Cortina. Nacido en Murcia, estudio en el Colegio San Clemente de Bolonia en fechas anteriores a las de Sánchez Rojas. Fue embajador de España en Brasil entre 1908 y 1910.

Bolonia, 20 de marzo de 1908

[Cartolina Postale Italiana (Carte Postale d'Italia)]

A Il Egregio Miguel de Unamuno
Rettore della Universita
Salamanca
(Spagna)

[Membrete: NUOVA RASSEGNA – DI – LETTERATURE MODERNE – Redazione Spagnola – *Bologne, li* 20-III-08]

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Querido D. Miguel: Me gustaría saber la impresión de Ud. sobre lo de Cambó. Y además que me envíe Ud. para un catalanista nada afecto a Ud., pero que le quiere y le admira mucho, En torno al casticismo.
Ayer escribí a Ud.
Un abrazo
Rojas

He visto lo de los periódicos, pero no me he formado idea. Y quiero formármelo. Lo de Modesto me parece flojo y sobre todo no me da idea ninguna de la conferencia. Hoy mando al ABC una cosa sobre sus Recuerdos.
Nuova Rassegna publicará en Marzo el capítulo de los cabreros.[315]

Madrid, 17 de mayo de 1911 [316]

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

17 de Mayo

Querido D. Miguel: Sin que esto signifique nada, comunico a Ud. que Croce, que me escribe hoy, "attende con ansietá la prefazione del grande Unamuno". Quiero decirle que aunque no le guste mucho la Estética no se indisponga con Croce, que es buena persona, y sobre todo, dirige una biblioteca de "Clásicos Italianos" estupenda. Cuando Ud. tenga hecho el prólogo, se lo enviaré a Croce y se pondrán ustedes en relación y tendrá Ud. esos libros que valen realmente la pena[317].
Y lo de la Lectura ¿Cómo quedó?
Conste que esto no es meterle prisa.
Azorín le envía un abrazo y fuerte.
Y yo, que le escribo a toda prisa, otro.
José S. Rojas

Hombre ¡es usted terrible! Y yo más que he elogiado a Ud. delante del Morote ese[318]. ¡Ponía una cara singular de espanto! Leí Nuestro Tiempo y lo comprendí todo. Yo he mandado otra

[315] Párrafo escrito en vertical sobre el margen izquierdo
[316] En esta carta figura día y mes, pero no el año. Por sus datos se desprende que se trata de 1911. La obra *Canción de Cuna* de Gregorio Martínez Sierra se estrenó en 1911 y la *Estética* traducida por Rojas se publicó en mayo de 1912.
[317] La traducción de Rojas de la *Estética* fue finalmente prologada por Miguel de Unamuno.
[318] Luis Morote, con una comisión de diputados, visitó al rey para solicitar el indulto de los condenados de Cullera. Rojas que estaba de acuerdo con el indulto habló en alguna ocasión, al parecer, con Morote alabando a Unamuno. La extrañeza de Morote venía por un artículo de don Miguel (*Nuestro tiempo*, abril de 1911) en que arremetía contra don Luis. Posteriormente (*El Adelanto*, 17-01-1912) Rojas escribió un artículo sobre las gestiones del diputado: "La crisis de Morote" (O.C. Tomo III, página 231).

cosa muy fuerte a la revista en esa en Cuesta.[319] Veo a los Valencias muy entusiasmados con la Canción de Cuna. Es muy malo eso.

Madrid, 21 de diciembre de 1911

[Membrete: José Sánchez Rojas]

Querido D. Miguel: Haga lo de Maragall, que yo mandaré cliché a "La Ciudad", hoy o a lo sumo mañana para que esté ahí el sábado temprano.

Salgo mañana para Alba. El lunes le veré. El 1 de enero sale la dichosa Estética.

Hablo mucho de Ud. con Martínez Ruiz. Y nos pareció bien lo de la Noche[320] y mejor lo de la Gaceta del Norte. ¡Qué gentuza!

¡Feliz Nochebuena!

Le quiere

José S. Rojas

21-XII-11

Madrid, 9 de enero de 1912

[Membrete: José Sánchez Rojas]

9-I-12

Amigo D. Miguel: Va la Noche con el artº de Ud. sobre Maragall. Y le envío lo del obispo de Jaca. Haré lo mismo siempre que venga algo de Ud. Yo también fondearé en La Noche.

Nada por aquí. Por Ud. me ha preguntado hoy el capitán Teller y habló del viaje de Canarias. Y nada de nada y nada de nadie. Parece esto una cabeza de partido.

Le quiere

José S. Rojas

Parece que el periódico La Tribuna se las traerá. Han puesto las cosas con un lujo arcádico.

Madrid, 3 de febrero de 1912

Mi querido D. Miguel: Dos líneas. Encargado de la crítica literaria en Mundo Gráfico, le ruego me envíe un retrato de Ud. –cualquiera– y un ejemplar de Sonetos para consagrarle un artículo.

Se trata de una revista de enorme tirada. Yo tengo un ejemplar de Sonetos que Ud. me regaló, pero está en Alba y si lo pido allá, acaso no den con él. Por cierto que allí está un Leopardi de Ud. Me meto con Colombine en el Gráfico del Miércoles[321] y se lo daré cuando vaya a Salamanca. Ud. perdone.

La Noche parece que va muy mal y es cosa que se acaba, según me ha dicho confidencialmente Palomero.

Yo lo siento porque me gusta ese periódico.

Vi lo de Arzadun en el Español. Está muy bien. Tiene pasión, coraje y hasta un candor, muy simpático en cosas del andamiaje escénico. J. Borrás hace un Alcalde formidable[322].

[319] Así en el original. Se refiere a una encuesta realizada por *Nuestro Tiempo* pidiendo opinión a los escritores sobre la novela erótica. La respuesta de Rojas se publicó en mayo (*Nuestro Tiempo*, 5/1911, n.º 149) (O.C. Tomo I, página 398). Anteriormente se había publicado la de Unamuno.

[320] En *La Noche* de la misma fecha que la carta, publica Unamuno una Carta Abierta al Obispo de Jaca.

[321] "Libros Nuevos". *Mundo Gráfico* (07-02-1912). Hace una breve reseña sobre la traducción de Leopardi realizada por Carmen de Burgos, *Colombine*.

[322] Obra de teatro *Fin de Condena* de Arzadun interpretada por Enrique Borrás. Escribe en *El Adelanto* sobre ellos el 8-2-1912.

Mándeme eso, cuanto más pronto mejor, a esta s/c Cruz, 14, pral.
Y sabe que le quiere de veras
José S. Rojas.

3-II-12

Madrid, febrero 1912 [323]

[Membrete: MUNDO GRÁFICO – REVISTA POPULAR ILUSTRADA – Redacción, Administración y Talleres – 57. HERMOSILLA, 57 – *Apartado 571 – Teléfono 968* – MADRID]

Mi querido D. Miguel: Le voy a pedir un favor. ¿Me hace usted el favor de escribir a Rubén Darío a París, recomendándome de veras para que pueda hacer yo una sección fija en la revista Mundial que dirige en París? Yo se lo agradecería a usted muy de veras. Creo, además, que el Rubén, a quien no conozco ni de vista, le haría caso. Y una vez que usted le escriba, me lo dice.

Hice ya lo de su Rosario de sonetos, con mimo y cuidado. A Canals, envié una cosa violenta contra Colombine[324], mejor, contra los que la han jaleado y se publicará en el número próximo.

Ya le dije a usted lo de la comisión. Ha sido delicioso. Pero ese Bernis ¿es un tonto? Yo le creía un hombre de cierto espíritu y me ha resultado un desorientado de primera fuerza y ¿por qué no decirlo? Un tonto. Creo que, a pesar del Rey, no llevaremos una peseta. Luego, venían con las de Caín, a molestar premeditadamente a los diputados. Y ya comprenderá usted que así no se piden favores. Ese ESTÉTICA está encuadernándose y a punto de salir. El señor prologuista puede pedir los ejemplares que desee. El prólogo se publicará en LA LECTURA y luego, traducido, en CRITICA de Croce y de Gentile. De este Gentile, yo le mandaré a usted pronto –estoy traduciéndolo para Lázaro– un libro, que se llama "Il modernismo e i rapporti tra fede e filosofía"[325] (Laberthinière, VVJames[326], Sameria, Murri, Bonajuti, Nevvman, etc.)

Muy hermoso lo de la ESPAÑA MODERNA, D. Miguel, muy hermoso. A Lázaro le tiene usted muy entusiasmado; al bueno de Azorín, a quien veo mucho, se lo he hecho leer yo y aquí dice la gente, cuyo juicio puede interesarle, que es lo más hondo, acaso, que usted ha parido.

Sé que colabora usted con el GRÁFICO y lo celebro. También han conquistado a Doña Emilia.

Escríbame y le quiere muy de veras su amigo
José S. Rojas

Cruz, 14, pral.

Madrid, 28 de abril de 1912

Madrid 28 de Abril de 1912

Querido D. Miguel: Recibo su carta. Una vez repuesto de la risa, porque algo conozco yo también a D. Fernando Benito, el Intendente, secretario de Zapardiel de la Cañada, me dispongo a que llegue a manos del interesado. Antes quiero que la vean en el Ministerio, mañana

[323] Esta carta, carente de data y escrita a máquina, está fechada en el Archivo Museo de Unamuno en Salamanca a lápiz en 1925. Tanto la revista *Mundial Magazine* (1 Mayo 1911 – 30 abril 1914) de Rubén Darío como *España Moderna* (01/01/1889 – 01/12/1914) de Lázaro Galdiano no existían ya en ese año. El artículo sobre *Colombine* en *Nuestro Tiempo* salió el primero de marzo. El prólogo de Unamuno se publica en abril de 1912 en *La Lectura*, y en mayo del mismo año se anuncia ya a la venta la *Estética* traducida por Sánchez Rojas. Es muy probable, pues, que la carta sea de febrero.

[324] Carmen de Burgos, alias *Colombine*, tradujo las *Obras Completas* de Leopardi. Rojas criticó duramente el libro en tres ocasiones: "Leopardi" (*El Adelanto*, 06-01-1912) (O.C. Tomo IV, página 386), "Libros nuevos" (*Mundo Gráfico*, 07-02-1912) (O.C. Tomo IV, página 388) y "Revista bibliográfica. Giacomo Leopardi: su vida y sus obras, por Carmen de Burgos" (*Nuestro Tiempo*, 01-03-1912) (O.C. Tomo IV, página 389). Eduardo Canals Vilaró era el director de Nuestro Tiempo.

[325] El título real es *Il modernismo e i rapporti tra religione e filosofia* (Giovanni Gentile. G. Laterza, 1909) No debió cuajar.

[326] Así en el original, seguramente la máquina de escribir carecía de W. Se refiere pues a William James y Newman.

lunes, antes de enviarla. En efecto telegramas alarmantes, cartas pintando manifestaciones tumultuosas, temores de que tuerzan la voluntad del Rector y del Ministro, duendes misteriosos que escamotean expedientes. Sí; conoce usted el estilo. Yo, sinceramente, llegué a creer que pasaba algo muy gordo. Y como a nada me comprometí, como antes de hacer algo quería cartas con Ud. y con Alba, mi deber es enterar a este de lo que Ud. confidencialmente me dice. Y luego, la carta en secreto al médico Vicente para que este se la lea, en secreto también, al interesado secretario.

Por aquí nada. Azorín publicó su libro. Y debo decirle a Ud. para que le escriba, que se queja de no haberle Ud. acusado recibo. Tampoco me lo acusó a mí de la Estética, ni me dijo Ud. si quería más ejemplares, pero yo le conozco a Ud. y no me enfado.

Creo que lo de Arapiles muere en silencio.

Ando detrás de la Cátedra de Italiano de la Escuela Central de Idiomas. Se proveyó interinamente. Y ahora varían eso y Alba ha de servirme. Yo quiero que vaya a oposición, porque el esfuerzo es aprender más cosas de gramática. La lengua la conozco cada día más porque leo incesantemente cosas. Ahora he concluido Petrarca. Leo los clásicos enteros y con reposo.

Al año que viene me escribe Rodríguez Miguel que cantan a Sánchez Ruano. Y me invita a que vaya y he aceptado. Lo deseo porque puedo hacer una labor curiosa y sobre todo imparcial del tío. El escritor no me agrada cuando escribe en H. Gutiérrez, digo, en clásico. El periodista sí me agrada más. Y el poeta, nada. Además me da ocasión y pretexto para estudiar el republicanismo del 68 en Salamanca.

Le dejo a Ud. porque estoy atado con Velasco. La Lectura publicó su prólogo de Ud.; ya lo habrá Ud. visto.

Salude a los amigos y le quiere de veras

José S. Rojas

Madrid, 26 de mayo de 1912 [327]

[Tarjeta Postal: MADRID. Banco de España]

Sr. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad de Salamanca

Mayo 26

Excuse mi retardo. Estoy atascadísimo. Recibí su respuesta. Magnífica y mil gracias. Conocí a Ross. Muy simpático. Darío me dijo que Ud. le hablaba de mi visita. Me mostró un discurso de Nicaragua en el que le citaba a Ud. Ya le escribiré largamente. Me voy el Viernes. Su amigo Rojas

Madrid, 12 de noviembre de 1912

[Membrete: José Sánchez Rojas]

Madrid 12-Novbre-1912

Querido don Miguel: Reunidos en el Suizo comentamos las emociones del día: el asesinato de Canalejas y el discurso del Mercantil[328] de Ud. Le felicitamos cordialmente por su valor,

[327] En esta postal no figura el año y la fecha viene invertida mayo 26 (se distingue en el matasellos). Sabido es que Rubén Darío falleció en 1916. Es probable que Rojas le conociera en Barcelona en 1913, donde permaneció desde diciembre de 1912 a mayo de 1913. Escribió su primer artículo en *Mundial Magazine* de Darío el 1 de julio de 1913. A pesar de tratarse de una postal de Madrid, suponemos que la carta data de ese año.

[328] La recién creada sociedad de Dependientes de Comercio e Industria celebró una velada en el Círculo Mercantil de Salamanca. Entre otros intervinientes estuvo Miguel de Unamuno quien pidió en su conferencia moralidad para Salamanca. Al final, el señor Mariano Núñez, director de *El Adelanto*, se dirigió al conferenciante con palabras ofensivas. Don Mariano no solo tuvo que aguantar un abucheo, sino una manifestación estudiantil de protesta ante el edificio donde se componía *El Adelanto*.

por su bravura y sinceridad simpáticas. Desearíamos que su civismo cuajara en el ambiente de Salamanca, tan necesitada de él, y le reiteramos, con gusto, la expresión de nuestro afecto y de nuestra adhesión.

Evaristo Díez, Tomás R. de Mata, José Sánchez Rojas, G. Santos Mirat, F. Íscar Peyra, [**Ilegible** firma de dificil lectura: ¿Josy Phomalin?]

Madrid, 15 de noviembre de 1912

Madrid 15 Noviembre 1912

Mi querido Don Miguel: Hasta anoche no conocí íntegramente su discurso del Mercantil[329]; me lo entregó su hijo Fernando, con el que tuve el gusto de charlar largamente. Muy de veras, con todo el corazón, le felicito. Lo leí de un tirón, volví a leerlo. Difícilmente se borrará de mi espíritu la huella que dejó esa sacudida. Todo eso, la electorería, el pandillaje, el olivismo, el nuñecismo[330] con todas sus enormes ramificaciones, el miedo, la solana de comadres, el abogado, el chulo, el usurero, el timbista, el hospicio, el cuartel, la patrona, produciendo en la literatura a Valencia, en el foro a Cobos, en la política a Don Antonio y a Guillermo, el "todo por y para Salamanca", el interés de uno al de todos, el amiguismo, el crimen de Rollán, Veloz, todo –que la lista no se acabaría jamás– apestaba, y la ola de mierda se echaba encima. Usted ha sabido contenerla, y ya que Salamanca es pueblo ductil e impermeable como pocos, insista en la campaña y gane la gente, y levante los espíritus, y chapúcelos en idealidad. Enhorabuena, querido don Miguel.

Los que sin vivir en Salamanca, seguimos viviendo en ella, y más que en ella, en el recuerdo de usted y de nuestros años estudiantiles, advertimos, con dolor, todo esto, que usted ha formulado con claridad y atacado con valentía. Yo –bien sabe Dios que no miento– de vez en cuando quería decir algo, y gracias a la Ciudad he podido desahogarme cuando lo de Arapiles, ahora con los cuarteles[331], mañana con lo que salga. Pero los esfuerzos aislados de cada uno necesitan de usted, y de su autoridad moral sobre todo, que a veces Salamanca parece que oye, pero no oye. Era más bien que oreja pared un eco.

Aquí… una desdicha. Romanones. ¿Pasarán con él los pecados locales a ser los del pueblo español? Es de esperar que sí. Desde ayer ha vuelto el espíritu de caudillaje a apoderarse de todo esto. Levantaremos estatuas a Brocas. La osadía, el cinismo se cotizarán como virtudes públicas. Parece que el Rey ha transigido, bien que a regañadientes, ante la actitud resuelta de Moret, ante la anemia acabada de García Prieto, pero como Romanones es también de los de "posada, hospicio y timba", ya piensa en aniquilar a Moret, en otorgar mercedes a los descontentos y en levantarse con el santo y la limosna, pase lo que pase, con tal de no sacrificar su ambición. Anteayer, viendo el pleito perdido, se acostó con un ataque de rabia, como un perro, hablando como un carretero y ayer se cuenta que redijo a Moret, acudiendo… a exigencias del acreedor ante cuentas mal pagadas. ¡Qué pena!

Su hijo, bien. Escribió a Mariano. ¡Qué diablos, hizo bien! Es hijo. Lo que no acabo de comprender bien es la torpeza de ~~este~~ Nuñez, al darse por aludido. A través del Adelanto, he visto lo recio del golpe y calculo la reacción de la gente contra su actitud. Como Soltura hace con los periódicos de Madrid, hago yo con los de Salamanca; me sirven de coeficiente para hacerme cargo de las cosas. Y en la contestación al Salmantino de hoy, veo la misma amargura impotente, la persistencia del porrazo.

Aquí lo dejo.

Le felicita nuevamente y le quiere muy de veras

José Sánchez Rojas

S/c Cruz, 14, pral.

[329] Apareció íntegro en *El Salmantino* (1-noviembre-1912)

[330] Se refiere a los seguidores de los salmantinos Isidro Pérez Oliva, diputado en varias ocasiones y Mariano Núñez, propietario de *El Adelanto*.

[331] Se refiere a la celebración del aniversario de la batalla, que apenas encontró subvención estatal como otras poblaciones y la reclamación de nuevos cuarteles militares para Salamanca para los que se abrió una suscripción popular para ofrecer los terrenos al Estado.

Barcelona, 12 de diciembre de 1912

[Tarjeta postal: BARCELONA. Orfeón. Grupo alegórico.]

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad.
Salamanca.

Barcelona 12-XII-12
Ateneo

Un abrazo, querido Rector: y ya le escribiré despacio. Recibí su última carta. Continúe usted despertando a los dormidos.
Le quiere
Rojas

Barcelona, 24 de diciembre de 1912

[Tarjeta postal: BARCELONA. El Mundial Palace.

Al Ilmo. Sr. D. Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad.
Salamanca

Querido D. Miguel. Felices Pascuas. He conocido aquí a Granizo por S. Oliver[332] y Montaner. Le escribiré.
Le quiere
Rojas

Barcelona, 24-XII-12
Ateneo

Barcelona, 3 de enero de 1913

[Membrete: *Ateneo Barcelonés – Particular*]

3-I-913

Mi querido D. Miguel: Debo a usted una carta muy larga, pero quiero entrenarme más en este ambiente para escribirla con todo reposo. Por hoy le deseo un feliz año nuevo en su Salamanca. Y nuevas felicidades y toda suerte de aventuras. Cuanto más lejos le tengo, querido D. Miguel, más me doy cuenta de lo cerca que está usted de mí. Leí aquel cuento de la tertulia. Digno de Tolstoi, sino fuera digno de usted.

Acabo de dejar a su tocayo Santos Oliver. Hemos hablado naturalmente de Maura, de su retirada, hay aquí en Barcelona algo así como una sorpresa dolorosa. La gente se da cuenta de lo que se pierde. Luego, como las afinidades efectivas llevan a él antes que a un Romanones, por ejemplo, todos advierten que se marcha un hombre. Que no es poco en esta España donde tanto escasean.

Le escribiré, repito. Conocí a Francisco, un buen muchacho y de una gran serenidad para ver las cosas. Muntaner piensa en la conquista de Madrid, anda en las versiones de Maragall

[332] Miguel de los Santos Oliver. Redactor de *La Ilustración Artística*. Encargado en este periódico (1912) de la crónica barcelonesa de la primera página. Y director de *La Vanguardia*. Escribió SR en ella varios artículos. Montaner (otras veces Muntaner) y Vila, Ramón (1832-1921), fue el socio editor en Barcelona de la famosa editorial Montaner y Simón.

y metido en la empresa de arreglar y adaptar el Fausto a la escena contemporánea. Ya le daré detalles de todo.

Sirva esta carta simplemente, como noticia de que aquí me encuentro y de que no le olvido.

Le quiere muy de veras su amigo

José S. Rojas

S/c Diputación, 237, 3º

Barcelona, 12 de enero de 1913

Barcelona 12 Enero 1913

Mi querido D. Miguel: Recibí dos nos de la revista Hispania. Muchas gracias. Ayer, antes de recibirlos, envié a usted un nº de la Actualidad de aquí donde comentaba el librito de Ud. y de Ganivet, El porvenir de España[333]. Como en esa revista tengo una colaboración semanal me ha venido de perillas su artículo para comentarle, aunque ya sabía, por una carta de usted y por una conferencia dada en el Centro Ferroviario, lo que usted pensaba en ese respecto del asesinato de Canalejas. Por cierto que anoche lo leí en una tertulia de un vecino de mi novia, el Sr. Cabrero, que es aquí Director del Crédit Lyonnais. Y me extrañó oírle la calidad de elogios que hacía de usted, lo enterado que estaba de su labor. Parece que aquí el espíritu quiere refugiarse entre los hombres de negocios, que, a las primeras de cambio, no parecen tener inquietudes de cierta suerte. Y sin embargo, las tienen.

Me voy entrenando, poco a poco, en esta vida. Y me sucede lo que siempre que cambio de medio. Tenía mis ideas sobre Cataluña encajonaditas, creía ver claro en esto desde fuera, y, ahora, dentro de Cataluña, me parece como si todo hubiera sufrido un cambio tremendo. Cada día me parece el catalán más infantil. Hay detalles de la vida social –el color de los guantes, el modo de estrechar la mano, etc, etc– que ya le contaré y que son todo un poema. La vida mental… pse!, no me convence eso de la mens mediterranea.

Trabajo, haré de abogado, hago gestiones para entrar en la Trasatlántica y tener un sueldo y normalizarme del todo, querido D. Miguel. Tengo una novia que es un premio de la lotería de la vida y usted no puede hacerse a la idea de mi felicidad íntima y de mi satisfacción. Una vez arregladas mis cosas, me caso. Pero quiero trabajar más que antes y ella lejos de invitarme a la pereza me invita a trabajar. Para que mi alegría fuera completa querría tenerles a ustedes aquí, a todos ustedes, no perder aquellos paseos de estudiantes, orearme al contacto de usted.

A Díaz no le veo. Con Eugenio Calón he de hacer buenas migas. Tengo mi círculo de castellanos; a Montaner le veo todos los días y él me hizo fijar en el cuento de usted. A Juan Barco le veo alguna vez; me parece demasiado entusiasmado de Cataluña y de sus burgueses, acaso porque es burgués el propietario de Las Noticias, negocio casi tan sólido como el de La Vanguardia. Una cosa ¿quiere usted mandarme una carta para Rusiñol. Voy a ir a Sitges posiblemente el domingo –de allí es mi novia– y quiere ver el Can-Ferrat y Mari-Cel, una torre de un yanqui, íntimo de Rusiñol. Y la carta de usted me abriría esas puertas. No deje de hacerlo. Para los demás, no le he pedido cartas, porque su tocayo Santos Oliver –tengo carta blanca en La Vanguardia– me ha presentado a todos. Me falta conocer a Xenius (Eugeni d'Ors)[334], pero hace vida de café y yo me acuesto pronto y después de cenar voy a casa de la novia hasta las once y media. Salude a su señora, muchos afectos para los amigos y usted ya sabe le quiere de veras el suyo

José S. Rojas

S/c Diputación 237, 3º

Dígale a Cándido que recibí el encargo de **[Ilegible]** y que ya contestaré su carta, que recibí ayer.[335]

[333] *El porvenir de España*. Madrid: Editorial Renacimiento, 1912.
[334] Pseudónimo que utilizaba el escritor catalán Eugenio D'Ors.
[335] Párrafo insertado al comienzo de la carta, en espacio libre por encima y debajo de la fecha.

Tarragona, 24 de enero de 1913

[Tarjeta postal: TARRAGONA. Acueducto. Puente del Diablo]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
Salamanca

Tarragona 24-1-13

Desde esta Tarragona, donde las piedras son tan encendidas como las de Salamanca, le envía un abrazo
José S. Rojas

Barcelona, 8 de febrero de 1913

[Membrete: *Ateneo Barcelonés – Particular*]

Barcelona 8 Febrero 1913

Mi querido D. Miguel: Anoche entregué al actor Sr. Tallaví el original de su drama El pasado que vuelve[336]. Me recibió muy afablemente; me invitó a que le viera frecuentemente para tenerme al cabo de las incidencias del estreno; delante de Francos Rodríguez y de Thuillier que espera a marcharse a América con la Xirgu –y de otras personas que conmigo estaban en su cuarto, anunció que estrenaría el drama de usted aquí, en Barcelona, porque aunque no respondía del éxito del gran público –eso dijo– le pareció que el drama de usted tenía mucha carne. Ahora, yo le veré con frecuencia y tendré a usted al corriente de todo. Haré por él algo en los periódicos: le vi anoche en Magda y me pareció un gran actor. Yo le conocí hace seis años –cuando estudiaba el doctorado– haciendo Los Espectros de Ibsen. Me pareció bien, muy bien. De aquel Tallaví a ese de anoche me parece hay gran distancia. Y tiene con él una muchacha que no está mal. Aquí, si hace el drama de usted, se jaleará en todas partes honrosamente: de eso me encargo yo. Tallaví está en el Dorado y esta noche hace El Místico con asistencia de Rusiñol.

¿Y cuándo me envía usted la carta para Rusiñol? Espero por usted para ir a Sitges: no se olvide de ello.

¿Me quiere hacer usted un favor? Envío a Hispania[337] un original; no conozco a nadie; me gustaría que usted le hablase al Director de mí para que yo pudiese colaborar en Hispania de cuando en cuando. No se olvide de ello y hágalo cuanto antes. Me vendrá muy bien.

Con el drama había esta carta que le devuelvo. Gracias a que yo leí el manuscrito –que recibí ayer certificado, tres días después de la carta– Si no, se lo entrego todo a Tallaví.

Montaner espera carta de usted. Dice que le pidió un prólogo para una de las versiones que prepara de Maragall. Y que yo se lo recuerde a usted.

Un chico aristócrata de por acá, Sagarra de Castellarnau[338], de los poetas nuevos, el mejor de todos –escribe en su llengua– quiere conocerle a usted y mandarle unas cosas. Actuaré de presentador.

Todo esto me va pareciendo a medida que entro en esto, leche merengada. Y la política, piruetas de Tartarín. Hay una estética que primero despista y luego es reaccionaria. Diego Ruiz va a hacer un libro El Héroe (Costa), El Artista (no sé quién) y El Santo (usted). Piensa ir a Salamanca: me habló de que le diera unas cartas para ustedes y no he vuelto a verle. Goza aquí de gran predicamento, se comprende. Prepara un libro sobre La Dictadura espiritual de Tarascón, digo de Cataluña en España.

[336] Escrita en 1910 por Miguel de Unamuno fue representada en Salamanca en el Teatro Liceo en 1923.
[337] "Hispania" de Londres (1912-1915) (O.C. Tomo I, página 409). Colaboró, que sepamos, en 1915.
[338] José María de Sagarra de Castellarnau, poeta, novelista y dramaturgo catalán.

Afectos de estos amigos. Y para los de ahí, Cándido, Marcelino, Elorrieta, un abrazo. Para La Actualidad del sábado venidero –se lo mandaré– hablo de la labor de ustedes ahí: yo con mi tema de cosas de Castilla me defiendo.
Le quiere muy de veras su amigo
José Sánchez Rojas

No me olvide lo de Rusiñol e Hispania.
S/c Diputación 237, 3º

Barcelona, 22 de febrero de 1913

[Tarjeta postal: LA MAJA VESTIDA]

Ilmo. Sr. D. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad
Salamanca

Barcelona, 22-II-13

Querido D. Miguel: Aparte una cosa sobre Tallaví. A fines de mes da su drama. El lunes me tiene invitado para ver el ensayo. Ya anuncia en los cartelones el estreno. Enhorabuena por sus discursos. El lunes le escribiré largamente
Rojas

Barcelona, 28 de febrero de 1913

[Membrete: *Ateneo Barcelonés – Particular*]

28-II-13

Mi querido D. Miguel: El lunes quise haberle escrito, pero aguardé para hacerlo a poder ver a Tallaví. Y ayer recibí su carta hablándome de Fedra.

El pasado que vuelve está ya en ensayo. Es algo lento, Tallaví quiere meterle las tijeras; yo le diré dónde y cuándo porque presenciaré el primer ~~estreno~~ ensayo formal que se celebre. Su original sirve de "segundo apunte"; una vez hecho el ensayo, lo recogeré, y se lo devolveré a usted.

Mil veces preferible el público de Madrid al de Barcelona. Este es, o pazguato –las señoras han escrito unas hojitas protestando de que la gente honrada vea a Tallaví– cuando el caso es que nadie va a verle, ni a él, ni a ningún otro actor: o burdo, toscote, miralesco, –adjetivo del sustantivo Miral[339]– de lujuria de mozo de cordel [o cartel]. El lerrouxismo en arte o la Defensa Social en arte también, sin matices intermedios.

Busque usted, debajo de la tierra, un ejemplar de su Vida de Don Quijote y Sancho. Y me lo envía. Y mándeme un retrato con su firma. Le daré una noticia muy agradable. Se trata de algo muy ventajoso para usted, pero necesito saber antes de que le escriban, si usted piensa reeditar en Renacimiento La Vida de Don Quijote y Sancho. Si no lo piensa usted, dígame cuanto querría usted por los derechos de reedición y pida algo más de lo que suele pedir a los editores españoles.

Para que sea sorpresa, deme usted un avance de lo que usted pediría, mándeme el libro, el retrato con su firma, y fecha de las ediciones de sus libros, número de ejemplares que tiró y estado de propiedad en que se hallan.

Trabajo y trabajo mucho. Voy a las Escuelas Berlita a aprender inglés. He vuelto a encontrarme –¡loado sea Dios– en Barcelona.

¿Podrá usted hacer que me enviaran los últimos libros de Renacimiento de usted, para hablar de ellos aquí, en La Actualidad? Si puede, hágalo. Ese Martínez Sierra es chico de espíritu;

[339] Domingo Simón Miral y López (1872 - 1942) catedrático de griego en la Universidad de Salamanca.

desde que hablamos mal de su último estreno en Salamanca, en La Ciudad, me dejó de enviar los libros. Es mezquino, y eunuco, es otro sentido del que me habla usted.

Tallaví le hablará de Fedra. Debuta en el Español, de Madrid, el 22 de Marzo.

Muy de veras le quiere su affmo amigo

José S. Rojas

Afectos de Montaner, Ors y demás amigos.

S/c Diputación, 237, 3º

Barcelona, 6 de marzo de 1913

[Membrete: *Ateneo Barcelonés – Particular*]

Barna 6-III-13

Querido Don Miguel: Me sobrepongo al dolor que la noticia del villano atentado contra mi pobre padre me ha producido y le escribo.

Recibí su postal. Mándeme Niebla. Ya le diré por qué y para qué: Nelson (de Londres) me encarga le busque originales de autores conocidos; trabajo para él y me va redimiendo y normalizando mis ingresos. Por mi conducto irá a su poder el original de usted y una vez que yo les arregle, ustedes se entenderán personalmente.

Encuentro a Tallaví ahora, al venir del Ateneo, en la Plaza de Cataluña. Está desolado; ha perdido quince mil pesetas; no va un alma a su teatro; el pobre me hablaba con las lágrimas en los ojos, que daba pena oírle. Hoy decide si se marcha el domingo o no; me mandará recado. Tiene anunciado, ensayado, el drama de usted. No sé qué decidirá. Si se fuera, no haría el drama de usted. Aquí la gente no va al teatro y contra él se ha desencadenado una tempestad. Viendo la cosa perdida, teniendo más confianza que con usted con Valle, retiró una cosa de Valle. No son pretextos, querido Don Miguel. Es que el pobre anda mal. De no darla aquí, me dice que con su palabra de honor responde que la dará enseguida. Está como asustado y que le da vergüenza escribirle a usted. Y que yo extienda los cables y le abra camino. Con gusto se lo abro, porque dice verdad.

También yo trabajo mucho. En un libro para concluir que daré a Martínez Sierra antes de ocho días. Le mandaré a usted una copia. Léala, quiero que usted la lea. Verá cómo he estudiado, cómo he trabajado en este tiempo. Ahora me voy a mi clase de inglés.

Le abraza y le quiere muy de veras su amigo

José S. Rojas

Le escribiré mañana cuando Tallaví resuelva.

Esta noche estrena un drama en verso el amigo Montaner, de Edad Media: El ilustre Don Beltrán. Se lo hace Rafael Calvo, en un teatrillo de segundo orden del Paralelo.

Todo son desdichas. Rafael Calvo también anda de cabeza con la ruptura de su tío con la Velázquez.

Y Tallaví teme ahora también chocar con la Moreno en Madrid. Y dice que no está dispuesto a aguantar pulgas ¡¡En fin, bendito sea Dios y nos coja confesados a todos!

Barcelona, 8 de marzo de 1913

[Tarjeta postal]

Al Ilmo. Sr. D. Miguel de Unamuno.

Rector de la Universidad.

Salamanca

Barcelona 8

Mi querido D. Miguel: Le mando dos periódicos aparte. De la tumba de Maragall mañana domingo arrancaré un pensamiento y se lo enviaré con emoción. El primero no podrá ser para usted, pero sí el segundo.
No salió mal del todo lo de Muntaner.
Envíeme ese retrato; trabajo mucho.
Le quiere
Rojas

S/c Diputación 237, 3º

Barcelona, 7 de mayo de 1913

[Membrete: José Sánchez Rojas – Diputación 237 – Barcelona]

Amigo D. Miguel: Discutibles los juicios sobre los aspectos literarios de Ruano[340]. Inexacto, injurioso lo de que iba para Ministro, lo de la Monarquía y lo de la crónica dolencia.
Hizo usted labor, no de Rector: de comadre.
Le quiere y siente lo sucedido, su amigo
José S. Rojas.

Muchos de sus juicios sobre el literato yo los comparto.
7 Mayo 1913

Alba de Tormes, 19 de enero de 1914

Alba de Tormes 19-I-14

Mi querido D. Miguel: Muchas, muchas gracias. Usted, que me conoce, sabe cuán profundamente he agradecido sus frases de consuelo. Los grandes afectos no se borran nunca y se forjan en el yunque de la contrariedad. Perdóneme, mi querido D. Miguel, mis violencias, que de ellas puse más en la balanza el afecto a veneraciones de mi padre que convicciones mías. ¡Dios nos perdone a todos!

Mi padre falleció de una angina de pecho. No duró más de quince minutos su agonía. Estaba bien, se acostó contento y durmió tranquilamente su primer sueño de tres horas. A la una despertó para el último sueño. Murió en brazos de mi madre, solo los dos, que nosotros estábamos a las urgencias de médico, botica, etc. Parece que su último día –el domingo antepasado– tuvo empeño en estar jovial y en dejar grata impresión a todos.

Ahora… a mirar serenamente la vida. Gracias a Dios, podremos hacer frente a todo. Tengo a mi madre, a una hermana pequeña y ocupo la vacante de mi padre, más que por derecho, por deber.
Un abrazo de
Pepe

Entregue esta carta a Cándido ¡no sé dónde vive ahora!

Alba de Tormes, 28 de febrero de 1914

[Membrete: José Sánchez Rojas – alba de Tormes]

[340] El 23 de abril de 1913 se celebró en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, bajo la presidencia de su rector, D. Miguel de Unamuno, una fiesta literaria en homenaje de Miguel de Cervantes, Marcelino Menéndez Pelayo y Julián Sánchez Ruano, familiar de Sánchez Rojas este último. Don Miguel no habló nada bien del periodista, escritor y diputado en la Gloriosa. Rojas se enfada con su maestro y escribe algunos artículos sobre el asunto.

Querido D. Miguel: Leo su rectificación[341]. Está bien todo, pero contesto a la frase "lo que hay es que Sánchez Rojas no ha pecado nunca de exactitud". Porque aquello de Fermín Caballero[342] era una errata y aquello de antaño, hablando de un libro de recuerdos de usted, otra. Y explico las relaciones de Ud. con Mr. Homais[343] y le digo que no me enfado porque tome de cañamazo para bordar arabescos contra Alomar, ya que eso es en Ud, costumbre inveterada. En fin, le mandaré eso que envío cuando salga y les encargo que salga cuanto antes.

Mañana, domingo, iré por allí.

Aquí hay un jaleo electoral enorme. Nos entierran de esta hecha a los liberales y los dos Mr. Homais, de la derecha y de la izquierda, van a darse de trastazos. Y yo voy creyendo que tan importante como el ser liberal es que lo llamen a uno y que el nombre hace a las cosas en estos jaleos.

Cada día le quiere más su amigo
Rojas

28-II-14

Alba de Tormes, 11 de marzo de 1914

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – ALBA DE TORMES] 11 Marzo 1914

Amigo Don Miguel: ¿Me hace usted el favor de un Reglamento de los Colegios Universitarios que me piden? Se lo agradeceré muy de veras.

Aquí leyendo su libro Del sentimiento trágico… y descansando del jaleo electoral de estos días.

Va eso de La Vanguardia.

Diga a Elorrieta que a su disposición para leer eso de Galán en el Ateneo, siempre que sea después de la elección de Senadores.

Supongo que le entregaría Lacerva.

El día que vaya –un día de estos– le llevaré los libros ingleses de Nelson.

Salude a los suyos y le quiere
Pepe

Alba de Tormes, 5 de abril de 1914

[Membrete/ Saluda: *El secretario – de la – Comisión de Festejos – del – Centenario de Santa Teresa de Jesús – B.L.M.*

Al Illmo Sr. Rector de la Universidad de Salamanca y tiene el gusto de invitarle a presidir la velada en unión de los Sres. Obispo y Gobernador, que tendrá lugar en esta Villa el día 30 de los corrientes.

José Sánchez Rojas – reitera a dicho Señor el testimonio de su consideración más distinguida. – Alba de Tormes, 5 *de* Abril *de 191* 4]

Alba de Tormes, 2 de septiembre de 1914

[Tarjeta postal: BURGOS. Cartuja. San Bruno, por Pereira]

[341] Sánchez Rojas escribió en La Vanguardia un artículo sobre "Miguel de Unamuno", algo brusco, en él que hace decir a su maestro una frase sobre De Maistre que no fue exacta. Unamuno manda una carta de rectificación al periódico (La Vanguardia, 25-II-1914) en que dice de su alumno entre otras cosas la frase que cita.

[342] Posiblemente se refiera al artículo publicado en *El Adelanto* «El valor de la tierra» (O.C. Tomo V, página 384) en que Sánchez Rojas habla "de la simpática propagandista Fermín Caballero por las provincias andaluzas" tal vez refiriéndose a Fernán Caballero.

[343] Famoso personaje de Madame Bovary, novela de Flaubert, sobre el que construyó Unamuno una teoría sobre el positivismo y el idealismo, eligiendo este último aunque sea ultramontano como Joseph de Maistre o Louis Veuillot.

Excmo. Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Alba 2 de Sepbre 1914

Mi querido D. Miguel: Protesto por la polacada. Y le reitero muy de veras mi admiración y amistad.
Suyo
Rojas

Alba de Tormes, 5 de septiembre de 1914

[Membrete: *José Sánchez-Rojas*]

Alba 5 Setiembre 1914

Querido D. Miguel. Envié el Jueves, y hoy se habrá recibido en La Vanguardia[344], un artículo protestando de la destitución de Ud. Así que lo reciba, lo enviaré a Mariano para que lo reproduzca. Ruego a Santos Oliver que lo publique inmediatamente. ¿No anda en todo esto la grosera manaza de Calvo? No entiendo esta medida, y sobre todo, la forma descortés y brutal en que se ha llevado a efecto.
Querido D. Miguel: no necesito decirle que de veras he lamentado esta polacada. No concibo la Universidad sin usted, sin sus sermones, sin ese ambiente de tolerancia y de poesía que usted había infiltrado en su organismo. Mi primer año de estudiante coincidió con su primer año de Rectorado.
Una vez más le envía un abrazo
José Sánchez Rojas.

Alba de Tormes, 7 de diciembre de 1914

Alba 7-XII-14

Mi querido D. Miguel: Acabo de leer que ha llegado usted a Salamanca. Me apresuro a felicitarle de todo corazón por su valentía en haberse desligado de toda suerte de trabas, quedando en absoluta libertad de acción. Y ya veo que, apenas con el polvo del viaje se aprovecha usted de veras. Bueno; en Alba ya no hay panterre[345]. La gente se convenció que era una vergüenza.
Quisiera conocer el discurso íntegro; he leído varios periódicos pero las referencias eran harto incompletas y fragmentarias. ¿Tiene usted el discurso? Yo se lo devolveré enseguida.
Le quiere muy de veras, su amigo
José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 23 de mayo de 1915

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – ABOGADO – ALBA DE TORMES] 23-V-15

Mi querido Don Miguel: Estoy escribiendo –mejor dicho terminando– un libro encargo de los Sres. Montaner y Simón, de Barcelona, con el título de Las mujeres de Cervantes. Muy posible es que a la semana que viene lea en el Ateneo algunos fragmentos de ese libro. Su libro de usted, La vida de Don Quijote y Sancho, me ha venido como anillo al dedo y de la interpre-

[344] "Unamuno, cesante". *La Vanguardia* (06-09-1914) y *El Adelanto* (11-09-1914). (O.C. Tomo II, página 61).
[345] Miguel de Unamuno lo define así: "Es lo que en Alba de Tormes se llama *panterre*: enchinarrar las calles para que otros las vayan enchinarrando." (*El Adelanto*, 7-12-1914). En momentos de crisis de empleo se recurría al trabajo público para que los obreros pudieran llevar a casa el pan.

tación quijotesca de Ud. han nacido mi Maritornes y mi Sobrina de D. Quijote, creo que con vida independiente, con sus lejos y sombras de cristiana piadosa Maritornes, y con sus boberías y sandeces la niña simplona la buena de Antoñita, la de los palillos de randas y la que admiraba en su tío que pudiera sustituir al predicador de la cuaresma y hasta hacer jaulas como el más consumado carpintero.

Y a la vez, querido D. Miguel, que la huella que había en mi espíritu de su libro me ha ayudado no poco para concluir y trazar el mío, he advertido que iba formulando discrepancias en torno a las suspicacias de Ud. sobre Cervantes, del que dice Ud. "que se sobrepujó con mucho a sí mismo" al escribir el Quijote (Pag 418) Y me han salido de un tirón hasta tres capítulos distinto que hoy envío al Sr. Santos Oliver para La Vanguardia y que usted conocerá oportunamente. Como hablo los catalanes, gentecilla un tanto suspicaz y recelosa, me curo en salud afirmando que tales discrepancias son un homenaje que le debo a usted y me sirve la cosa de paso para decir una serie de barbaridades a ese rijoso de Rodríguez Marín[346], afirmando también que todo lo que se ha dicho de enjundia sobre el Quijote ha salido de Ud., de Azorín, de Heine y de Carducci. En fin, ya lo verá usted; y conste que jamás he hecho mayor reclamo a libro alguno que el que hago a su Vida de D. Quijote, de la que me dicen ha hecho recientemente una 2ª edición Renacimiento.

Le sigo a Ud. en todas partes. Muy bien sus cosas de Hispania; sentidísima su evo- –allá envío hoy una cosa sobre la campana del capitolio– cación del otro día sobre las ursulinas.

¿Ha visto usted Italia? Me he hecho mandar Il Corriere della sera. Cuando traiga algo de enjundia, se lo enviaré a usted. Evviva l'Italia! Esos condenados son los más listos de la tierra. ¡Bendito sea Maquiavelo si ha de acorralar con sus tretas al jabalí!

Trabajo mucho. El libro y… el programa de notarías determinadas. Para Octubre he de probar suerte en Valladolid. No le olvido a usted. Recuérdeme Ud. alguna vez.

Le quiere muy de veras

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 12 de julio de 1915

Alba 12 Julio 1915

Mi querido D. Miguel:

Mándeme un retrato hermoso de Ud. Y Niebla. Para hacer a escape una cosa en Nuevo Mundo.

Mil gracias.

Trabajo mucho; programa de notarías, lecturas, artículos. Esto por la tarde. Lo otro, de mañana. Y en el bufete, algún movimiento.

Muy bien, pero muy bien lo de Hispania. Mi madre le felicita; es una aliada rabiosa.

Salude a su Sra e hijos.

Le quiere de veras.

J. Sánchez Rojas.

Alba de Tormes, 1 de agosto de 1915

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – ABOGADO – ALBA DE TORMES]

Querido D. Miguel: Esa carta del Embajador de Inglaterra. Quise verle ayer y no me fue posible. Ahora se ha roto la ocasión y habrá que aplazarlo.

Sabe usted de qué se trata. Me habló de folletos. Di el nombre de Ud. Eso contesta.

El martes me banquetean. ¿Por qué no viene usted? Podría decir muchas cosas y amenizar el rato. Nogueras viene. Si tiene humor, póngase de acuerdo con él.

[346] Positivista y germanófilo, publicó *El Quijote* (1911-1913) en 8 tomos con comentarios propios y documentados, que no eran del gusto ni de Unamuno ni de Sánchez Rojas, quienes prefieren la glosa espiritual a la erudita. Este último escribió un artículo sobre su primer volumen en *El Adelanto* el 01-11-1911 (O.C. Tomo IV, página 384).

Salude a su señora, a Pablo, a Fernando, y sabe le quiere muy de veras su amigo.
Pepe

1-Agosto-1915

Alba de Tormes, 14 de agosto de 1915

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – ABOGADO – ALBA DE TORMES] 14 Agosto 1915

Mi querido D. Miguel: A la Ilustración Española y Americana mando con su retrato no dedicado una cosa sobre Niebla.
Cuando vaya un día de estos le llevaré Los Novios y Maschilità[347]. Lo de Mazzini volveré a leerlo con más reposo.
Supongo en su poder mi carta última y los **[Ilegible]**.
Quiero traerme al chiquitín de usted un par de días con el pequeño de Nogueras. Ya me dijo Rafaelito que contase no con Ud. sino con Dª Concha (Estoy en plena infancia.)
Salúdela.
Muy de veras le quiere:
José S. Rojas

Cuando vaya, déjeme usted libros italianos que yo no conozca. Y cosas de Flaubert. Se lo devolveré todo. Trabajo mucho. A las 6 estoy fuera de la cama.
¡Muy hermoso poeta ud. ¿Lei? El dolor de pensar[348]

Alba de Tormes, 26 de septiembre de 1915

Alba, 26-IX-15

Mi querido D. Miguel: Vea esa carta, ese recorte y esas cuartillas. Y si le parece bien, devuélvamelo todo a vuelta de correo por tener que escribir a Beccari y las cuartillas firmadas. Se lo diré a Azorín, Pérez de Ayala, Ortega y a alguno más, ¿no le parece?
El 29, su santo, le mandaré una edición bonita de Le mie Prigioni [349]. Aquí tengo 4 libros de Ud. que le devolveré un día de estos. Pienso ir enseguida a Salca.
Le quiere y le admira muy de veras su amigo
J S Rojas

Le mandé la postal a Angoso.

Palencia, 19 de septiembre de 1916

[Tarjeta postal: PALENCIA. Puente mayor y torre de San Miguel]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Profesor
Salamanca

Palencia 19

Querido D. Miguel: ¿Recibió mi libro?

[347] Libros de Manzoni y Papini respectivamente.
[348] «El dolor de pensar», La Esfera, Madrid, 7 de agosto de 1915.
Escrito al margen en dos líneas. Pudiera también interpretarse: ¡Muy hermoso El dolor de pensar poeta ud.!
[349] Silvio Pellico. "Mis prisiones" (1835).

Le abraza
Sánchez Rojas

Hotel Samaria

Madrid, 24 de febrero de 1917

[Membrete: *Café Lion D'Or – 18 Alcalá 18 – Madrid*. 24 de Febrero de 1917]

Mi querido Don Miguel: Como usted sabe y como ya creo que le dije, vine a Madrid para tratar de ingresar en ABC. Y aun cuando no he perdido las esperanzas y llevo las gestiones por buen camino, la cosa va siendo algo más lenta de lo que yo creía. En el jaleo anduvo Castell, Azorín, Valentín, Sagarra, Alba y otros, pero Luca de Tena es un caballero difícil de cazar, por la vida absurda que lleva. Mientras tanto, quisiera reforzar la colaboración. Y usted puede ayudarme mandándome una carta para los del Día y otra para los de España, mientras lo otro se resuelve.

¿Quiere usted ayudarme? Se lo agradeceré mucho. Y creo que en estos dos sitios la intervención de usted será eficaz de todas veras.

Por aquí, nada o bien poco. Por la tarde, nos reunimos en el Gato[350] asiduamente, con algunos otros que han dado en ir: Segura, Valle-Inclán, Salaverría… Y allí no nos entendemos jamás.

Escríbame Ud. pronto y sabe le quiere muy de veras.
José Sánchez Rojas

S/c Jacometrezo, 62, 2º

Madrid, 9 de mayo de 1917

[Membrete: *Cervecería Candela – Puerta del Sol, 14 – Teléfono 3.608 – Madrid*] 9 Mayo 1917

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido D. Miguel: Más que por olvido, por pereza he dejado de escribir a usted. Y eso que le recuerdo mucho todos los días y desde hace algunos, le leo. Me estoy remozando con los cuatro tomos de los Ensayos[351], que no solo me hablan de usted, sino de mis años pasados de Universidad.

Recibí su carta. Estuve en el Día y me convencí a una simple golpada de ojo –como me decía un catalán en Ginebra– que aquello andaba de cabeza. No he vuelto. Y vi a Araquistain que me acogió cordialmente. Le di una cosa sobre Mancini[352] que me publica mañana Jueves, y le di otra "Salamanca Universitaria" que regocijará a usted. La firmo con un pseudónimo "Un doctor del Claustro"[353]. Se trata de las cosas de Esperabé y Cuesta. Y colaboraré muy a menudo, que me dieron carta blanca. A cinco duros el artículo. Tarifa que me prometieron aumentar.

He entrado en La Nación. Como tengo de germanófilo lo que usted, a Dios gracias, me han dicho que hable de todo, menos de la guerra. Y dentro de unos días, salgo por cuenta de ellos a hacer unos artículos sobre pueblos viejos que visitaré: Illescas, Torrijos, Talavera, Guadalupe,

[350] El Gato Negro, antiguo café madrileño situado en la calle del Príncipe, número 14, junto al teatro de la Comedia.
[351] ENSAYOS por Miguel de Unamuno. —Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid. Fueron saliendo paulatinamente desde el año 1916. En la fecha de la carta habían sido publicados ya 4 tomos. Este mismo año de 1917 saldría el quinto.
[352] Publicado en la revista *España* (10-05-1917) bajo el título "Pascual Estanislao Mancini". (O.C. Tomo III, página 435)
[353] Fue publicado en dos entregas en la revista *España* de la que era director el socialista Luis Araquistain (periodo 1916-1923) con el título "Salamanca Pintoresca. Armonías universitarias": *España,* 17-05-1917 y 07-06-1917. (O.C. Tomo III, páginas 83 y 85).

Oropesa, Yuste, Béjar, Alba, Zamora, Benavente, etc. Aprovecharé también ese viaje para España y La Vanguardia. Lentamente, comienzan a arreglárseme las cosas.

Y traduzco también unas cosas para Caro Raggio, el cuñado de Baroja. Y hago para este un libro, Benavente de la serie "Los hombres del 98" cuyo primer tomo trata de usted "Miguel de Unamuno", firmado por Cecilio Sorel, vulgo, Modesto Pérez. Es un libelo indecente. Pero no es Modesto el culpable, sino Pío Baroja. Yo se lo mandaré a usted muy pronto. Comadrerías, anecdotillas, molestias menudas, nada. Y eso que le hemos quitado hierro Valle-Inclán, que no se ha prestado a ciertos juegos del buen Modesto y yo. El editor es un buen hombre, pero Pío, más que Modesto, es el autor del exabrupto este, que está a punto de salir…

Los trogloditas están que trinan con el anuncio del meeting intervencionista. Hablan de dar palos, supongo que irán también dispuestos a recibirlos. Espero, si no coincide eso con mi viaje, ver a usted por aquí. He hablado con Albornoz y Araquistaín y están muy animados.

Escríbame usted alguna vez. No sabe usted con cuanto placer leo sus cartas, querido D. Miguel. Le respeto y le quiero mucho.

Reciba usted un abrazo de su amigo.

José Sánchez Rojas

Diga a Cándido que le escribiré.

S/c Desengaño, 12, pral.

Pensión francesa.

Madrid, 12 de mayo de 1917

[Membrete: *Cervecería Candela – Puerta del Sol, 14 – Teléfono 3.608 – Madrid*] 12 Mayo 17

S/c Desengaño, 12, pral.

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido D. Miguel: Me ha apenado mucho leer su carta. Cálmese y sosiéguese usted. Y eso que las guerras de dentro y de fuera desconciertan al más templado y ecuánime. Aquí la cochinería germanófila va en aumento y la cursilería de ese fantasmón de Maura, órgano mental de la clase "bien" ha saturado esto de la estupidez.

Ayer tomé café con Albornoz y Araquistáin y les veo muy animados para el mitin[354]. Pero me parece que la memez cobarde de García Prieto y el vergonzante germanófilismo de Burrel no han de consentirlo. Y es lamentable, porque hace aquí falta una guerra civil y que andemos a palos. Me dijeron lo animado que está usted para venir. Hay verdadera expectación y creo que, recontándonos, somos muchos más de lo que nos creen; ¡Ojalá se celebre el mitin y Dios quiera que España aproveche la única ocasión que la queda de dar fe de vida como pueblo!

Nada de inexactitudes con lo de "Salamanca universitaria" que publica España el Jueves. Historia oficial del profesorado de Esperabé; tomo 2º de su Historia; historia de sus manejos con Cuesta para la Rectoral. Yo no firmo sino con pseudónimo, esperando a que rectifiquen, para descubrirme luego. Quería que Ud. hubiera visto las pruebas pero no componen hasta el lunes y el martes tiran; de modo que no puedo enviárselas. Usted hace muy bien alejándose de esos chismes, pero nosotros hacemos también muy bien descubriéndolos y burlándonos de ellos.

Sí. Lo de Modesto me ha producido amargura más que otra cosa. Y temo que Fernando le cruce la cara. Estaremos al quite.

Mis cosas bien y en marcha. Saldré fuera enseguida para hacer artículos de pueblos viejos con destino a La Nación. Cosas literarias exclusivamente, porque no comulgo con las ruedas de molino de sus campañas. Hubiera entrado mejor en otro sitio, pero aquí me arregló pronto Pujol las cosas y…

[354] El 27 de mayo tuvo lugar el mitin de las izquierdas en la Plaza de Toros de Madrid solicitando la intervención en la guerra de España al lado de los aliados. Intervinieron Albornoz, Ovejero, Castrovido, Menéndez Pallarés durante 10 minutos; Unamuno, veinte minutos y Melquiades Álvarez y Lerroux, media hora.

Ya tengo España, gracias a Ud., para respirar y decir lo que quiera.
Voy a traducir los 3 vols. del Epistolario de Leopardi. ¿Lo conoce usted? Si lo quiere yo se lo iré enviando –el libro italiano, claro es– con el mayor gusto.
Trabajo, pues. Y estoy contento. Y muy bien de mis achaques. Y animado desde que mis esfuerzos han comenzado a no estrellarse en el vacío.
Un abrazo a Cándido. Y dígale estas cosas y que le escribiré con calma, contándole mis cosas.
Y anímese usted. Si se da el mitin y estoy fuera, vengo a él. Para ver a usted. Ya sabré lo que hay.
Le quiere muy de veras
José S. Rojas

Los alemanes han dado a La Nación 600.000 pts. Han comprado casa, imprenta, rotativa. Y sale bien tipográficamente dentro de unos días. La noticia para Ud. solo.

Béjar, 29 de mayo de 1917

[Tarjeta Postal: BÉJAR: Cuenca fabril]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Profesor de la Universidad
Salamanca

Ho conosciuto il troglodita Salas?
Bejar 29 Mayo
Querido D. Miguel: Enhorabuena y enhorabuena. Il mio veementissimo augurio ancora. Por Béjar... La Nación. La vida. Suyo en aliadofilismo.
J Sánchez Rojas

Mérida, 3 de julio de 1917

[Tarjeta postal: MERIDA. Estatua de Ceres]

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Profesor de la Universidad.
Salamanca.

Mérida 3-VII-17

Querido D. Miguel: Un abrazo desde Mérida, Cáceres, Trujillo, Plasencia… ya le contaré a Ud. cosas estupendas de psicología extremeña. – Un abrazo de
Rojas

Le saluda afectuosamente. Su affmo.
Luis H. **Cimbrero**

Madrid, 23 de octubre de 1917

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 23 octubre 17

Querido D. Miguel: Ando arreglando mis cosas y voy bastante bien, con el ánimo de traer aquí a mi gente. Tengo un destino en la Embajada Italiana, escribo, traduzco continuamente. Y

aquí va a salir La Jornada, que es La Publicidad aquí. Anda en ello Morayta[355]. Pregunto quién le conoce y me dice Araquistain que usted debe tener con él buenas relaciones.

Ruego a usted, pues, que tenga la bondad de darme una carta para él, diciéndole que quiero ir a *La Jornada*[356] y lo que usted pueda decirle de mí. Se lo agradeceré a usted mucho.

He visto su artículo para España.

¿Y de Italia?

Le escribo con gran prisa y con cierta urgencia porque eso de La Jornada está ahora organizándose. Le ruego, pues, que escriba a Morayta enseguida.

Ya le escribiré más despacio. Sabe que de veras le quiere

José Sánchez Rojas

Ateneo
Prado, 21

Madrid, 8 de noviembre de 1917

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – PLAZA DE SANTA ANA, 17, PRAL. – MADRID]

Mi querido D. Miguel: Vuelvo a rogarle a Ud. que no olvide mi pretensión para Morayta en La Jornada. Trabajo mucho y quiero trabajar más. Yo haré que hablen a Tullá[357] el propietario, pero me conviene una carta de usted para Morayta. No se olvide de ello.

Escríbame al Ateneo. No salgo de aquí,

Le quiere

J Sánchez Rojas

8-XI-17

Abro esta carta de nuevo, querido D. Miguel, para darle a usted cuenta de un encargo urgente que me hace para usted Pedroso[358], que sale esta noche para Suiza y de allí a Berlín. Me dice que en Berlín se hace una "Biblioteca Europea" en alemán y que el único nombre que dan de escritores españoles es el de usted. Y que quiere una cosa suya –un volumen de 150 a 200 p^{s}– no importa en qué sentido, si aliado o no, y que pregunte a usted qué material tiene para eso. Que es empresa rica, de gente avanzada y reñida con el kaiserismo. Que Pedroso escribirá a usted y que me adelante usted a mí sus impresiones. Desde Ginebra me escribirá para eso y que tenga usted esta carta como escrita por Pedroso.

Creo que nada me dejo en el tintero. Remítame, pues, la carta a Pedroso, que no le escribe por falta material de tiempo.

Adiós.

Madrid, 17 de noviembre de 1917

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 17-XI-17

Mi querido D. Miguel. Recibo su tarjeta y en este momento escribo a Pedroso a Berna, diciendo que directamente se entienda con usted.

Arreglé lo de La Publicidad y lo de La Jornada, directamente con Tayá, el propietario. Muchas gracias de todos modos porque usted hubiera hecho por mí, en efecto, lo que hubiera podido.

[355] Emilio Rafael Morayta Serrano (1978-1938?), hijo de Miguel, fundó y dirigió *La Jornada* (1918). Miguel Morayta fue gran maestre de la Logia Masónica Gran Oriente Español, krausista, catedrático de la Universidad Central y relacionado con la ILE, de ahí la suposición de que Unamuno lo conociera.

[356] Heraldo de Madrid 18 de septiembre de 1917. "En el concurso abierto por la empresa del nuevo diario «La Jornada» solo se han presentado ocho carteles". Primer premio "Avanti" de Agustín López González y el segundo "Intelecto" de José Bermejo.

[357] Así en el original. En otro lugar escribe Tuyá (o Tayá), tal vez relacionado con la Naviera barcelonesa Hijos de José Tayá.

[358] Sin duda se refiere al diplomático español Luis de Pedroso y Madan.

En el número venidero de España hago una cosa sobre D. Miguel de Unamuno, concejal.
Trabajo, mucho, en efecto.
Escríbame usted alguna vez. Se vende usted muy caro.
Ayer vi a Domingo.
Saludos a Cándido y ya sabe cuan de veras le quiere y admira
J. Sánchez Rojas.

Madrid, 20 de noviembre de 1917

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 20-XI-17

Mi querido D. Miguel: Me preguntan si ha sido usted invitado a visitar el frente francés. Me lo pregunta Roland –corresponsal de Le Journal–. Y me dice que si tengo confianza con usted le ruegue que ponga usted unas líneas en una postal diciendo brevemente sí o no, como Cristo nos enseña. Nada sé. Sospecho tan solo que se trata de alguna pregunta que a él le hacen desde París.

Trabajo mucho. Y estoy muy contento.
Veo a Fernando con frecuencia.
He enviado a usted unas postales de la Embajada de Italia.
Le quiere de veras
J Sánchez Rojas

S/c Plaza de Santa Ana, 17, Pral.

Con Azorín hablé de la reposición de usted. Me habló en términos de los que deduje que, de reponer a usted, habrá de ser con todos los honores y previas las explicaciones necesarias, único modo de que usted aceptase.

Madrid, 24 de noviembre de 1917

[Membrete: AGREGACIÓN NAVAL DE LA REAL EMBAJADA DE ITALIA – ZURBANO, 32 – MADRID – SECCIÓN DE PROPAGANDA] 24-Novbre-1917

Mi querido D. Miguel: Doy a Roland su noticia. Y conste que no hablé a Azorín de ningún deseo mío respecto a la reposición rectoral de usted. Me gusta más verle suelto. Por lo demás, de acuerdo con todo lo que usted dice.

De no concederse hoy la amnistía va a ser un día crítico para nuestras cosas. No sé qué pasará mañana, Domingo, con la manifestación.

Estuve la otra noche con Marcelino en la Casa del Pueblo – me he afiliado oficialmente en el partido socialista – y vi que la gente está dispuesta a todo, pero a todo. Parece que anoche quiso el Gobierno conceder la amnistía y que se opuso Cierva diciendo que no conocía la opinión de las Juntas al respecto. Y parece que estas están votando ahora, desde el Jueves por la noche la negativa o concesión de la amnistía con bolas negras y blancas.

Creo que estos momentos son más críticos que los del mes de agosto.

De buena gana diría a usted más cosas. No puede ser. Me espera un trabajo enorme en la oficina. Ya lo haré con calma mañana, Domingo.

Le quiere y de veras
Rojas

S/c Plaza de Santa Ana, 17, pral.

Madrid, 30 de noviembre de 1917

[Membrete: AGREGACIÓN NAVAL DE LA REAL EMBAJADA DE ITALIA – ZURBANO, 32 – MADRID – SECCIÓN DE PROPAGANDA] 30-XI-17

Mi querido D. Miguel: Envíe a Roland su carta enseguida. Enhorabuena por el artº suyo que leo en La Publicidad: Las subsistencias espirituales.

Aparte van colecciones de postales. Para sus chicos Pablo, Salomé, etc. Y para los amigos Cándido, Apraiz, Manen, Cividanes, Ledesma, de Buen… ¿Hay más?

Le quiere
Rojas

He cambiado de domicilio Carmen 39, 1º.
Un hermoso cuarto y sin ruido.

Madrid, 2 de diciembre de 1917

[Membrete: AGREGACIÓN NAVAL DE LA REAL EMBAJADA DE ITALIA – ZURBANO, 32 MADRID – SECCIÓN DE PROPAGANDA] 2-XII-17

Mi querido D. Miguel: Esa carta de Roland. Anoche le vi y me dijo que su determinación de usted le había producido un sincero pesar. Con su carta de usted se ha quedado Mr. Tierry.

Otra cosa. Necesito un retrato de Vuestra Paternidad. No sé si usted ve lo que hago en Iberia; he hablado ya de germanófilos; ahora toca el turno a los de la acera de enfrente.

¿Qué más? ¿Recibe usted Nuova Antologia? En caso negativo, dígamelo para enviarle el último número, que tiene un interés grandísimo.

Le quiere muy de veras
Pepe

Madrid, 10 de diciembre de 1917

[Membrete: AGREGACIÓN NAVAL DE LA REAL EMBAJADA DE ITALIA – ZURBANO, 32 MADRID – SECCIÓN DE PROPAGANDA]

10-XII-17

Mi querido D. Miguel: Van, con un abrazo, las postales ofrecidas para Fernando, Pablo, Salomé y amigos, Cándido, Apraiz[359], Menen etc., y dos más en blanco por si he olvidado a alguno. Subsánemelo usted.

Muy bien lo de "La Turquía de Occidente" de La Publicidad.

Está usted como nunca de remozado, de sincero y de hombre. Y además, estupendo escritor. Le he mandado a Ruipérez su artículo.

Y mándeme antes del 20 un retrato suyo. Para mi cuarto. Tengo un cuarto muy lindo en esta su casa, Carmen, 39, 1º, y estoy comprando marcos y poniendo en ellos retratos de las personas queridas. Se lo agradeceré mucho.

Le quiere
José S. Rojas

Madrid, 9 de enero de 1918

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

9-I-18

Mi querido D. Miguel: Llego hoy de Alba. No he ido a Salamanca por la nieve.

Bien. No sé si usted lee lo que yo hago en Iberia contra los trogloditas. Acabé la fauna germanófila. Ahora la emprendo con los francófilos. Al frente de ellos va usted, naturalmente.

[359] Seguramente Ángel de Apráiz y Buesa, estudiante de Salamanca y de su misma edad.

Pero Ametlla[360] quiere que vaya con cada semblanza un retrato[361]. Mándeme usted, pero pronto, el suyo. Se lo agradeceré a usted mucho.

Buen año nuevo.

Muy de veras le quiere su affmo. Amigo:

J. Sánchez Rojas

Ese prospecto de Revista germanófila que paga y dónde andará Martín Granizo[362].

Ateneo

Prado, 21

Toledo, 27 de enero de 1918

[Membrete: *Centro de Artistas e Industriales – Toledo*] 27-I-18

Mi querido D. Miguel: Supe ayer por Nogueras de usted[363]. Y espero su retrato. Aquí estoy en Toledo descansando de una ruda labor literaria de cuatro meses y haciendo versos y más versos. Que conocerá usted bien pronto.

Estoy aquí hasta el 31. Y le pido un favor. Antes del 31, envíeme usted certificado –se lo devolveré en 8 o 10 días– el libro de Papini: Cento pagine di poesie. Es una de las publicaciones de La Voce y usted lo tiene, pues me lo dejó a mí y yo se lo devolví hará cosa de año y medio. Me urge para una cosa que estoy escribiendo y el pedirlo a Italia me llevaría tiempo.

A propósito de Papini. Me escribió ayer. Dirige desde hace días, en Roma (Piazza Montecitorio, 121) un rotativo llamado Il Tempo. Me encargaba, y bien retribuida, una correspondencia semanal.

Me decía que escribiría a usted. Quiere su colaboración. No le doy a usted consejos, pero tengo para mí, que de no andar usted muy ~~abogi~~ agobiado, podrá usted anticiparse enviándole alguna cosa. Le escribo que le envíen a usted, ahí, Il Tempo[364], todos los días.

No conocía Toledo y estoy encantado.

Le quiere muy de veras

J. Sánchez Rojas

Arreglé lo de Monterrey con fotografías.

S/C Hotel del Lino

Santa Justa,15

Toledo, 30 de enero de 1918

[Membrete: EL REDACTOR CORRESPONSAL – DE – "IL TEMPO" DE ROMA – EN MADRID]

Toledo, 30 Enero 1918

Mi querido D. Miguel: Aparte, certificado, le envío mi libro de versos, Sonetos y canciones, que editará La Lectura a toda máquina. Véalo usted, léalo usted, y si a tanto llega su bondad, y quiere darme gusto, y le sobran unos minutos, quiero algo más de usted: que usted lo prologue. Y me atrevo a rogarle, además, que lo prologue pronto. Y una vez que lo vea, se lo envíe a nuestro común amigo Nogueras. Le agradeceré mucho todas estas atenciones.

[360] Claudio Ametlla director de Iberia, revista francófila en la que colaboró Unamuno y el mismo Sánchez Rojas.

[361] Al final, publicado en *Iberia* el 9 de febrero de 1918, llevó una caricatura de Bagaría. (O.C. Tomo II, página 64)

[362] Sin duda se refiere a León Martín Granizo, militar y colaborador en *La Mañana*. Es probable que se refiera a la revista *Renovación Espa*ñola cuyo primer número apareció 29 de enero de 1918 en la que colaboraba también Granizo.

[363] Creemos que se trata de Enrique Nogueras Corona profesor de la facultad de medicina, amigo de Unamuno y de José Sánchez Rojas. Visitó el frente francés y escribió varios artículos sobre la atención sanitaria durante la guerra.

[364] Vio su primer número el 12 de diciembre de 1917. Papini era el responsable de la tercera página dedicada a la Cultura.

¿Que cómo ha sido eso? Ni yo mismo lo sé. Empecé ~~ndo~~ haciendo unos sonetos políticos. Rimé Niceto con cateto, Prieto con mamotreto, coronel con cascabel y Sánchez Guerra con el rabo de la perra –¡no pude rimar esta ~~guerr~~ mala persona con otra cosa!– y de ahí pasé a los sonetos de amor, que aún hay sol en las bardas, Don Miguel. Y gozando de un grato reposo físico y mental en Toledo, he rematado aquí la obra. Y aquí seguiré hasta el día 7 en que salgo a Valladolid a leer una conferencia. De modo que hasta el 7 aquí; Hotel del Lino, y después del 7 –desde el 9 en adelante, los días de Carnaval– en Peñaranda, en casa de Paco Ruipérez.

Leo a usted mucho y con más alegría, cariño y admiración cada vez. Esta usted como nunca de mozo y de valiente, Padre Maestro. Yo también trabajo mucho y con el brío de que soy capaz.

Le abrazaré ahí pronto.

Salude a Cándido y a los amigos y crea que le quiere muy de veras,

José Sánchez Rojas

¿Qué le pasa a Dorado[365]?

Madrid, 6 de febrero de 1918

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

Mi querido D. Miguel. No ha podido ir el libro de versos anunciado. Irá de un momento a otro.

Mañana salgo para Valladolid.

Mandé a Iberia el artº hablando de usted.

Y ahí va eso. Quiero que usted se entere usted. Y es más, que, si no es violento a sus convicciones, lo recomiende Menéndez Pidal. Quiero hacer eso en serio. Estoy trabajando mucho y seguiré trabajando.

Ahí le veré pronto

Le quiere

Rojas

6-II-918

Madrid, 16 de febrero de 1918

[Membrete: El redactor corresponsal – de – "Il Tempo" de Roma – en Madrid]

16-II-18

Querido D. Miguel: Va Iberia.

Tendré que echar mano de un dibujo de Bagaría, porque no he recibido el retrato de usted. Y lo quiero. Para ponerle un marco y ponerle entre las personas queridas en mi cuarto.

Irá el libro de sonetos.

Trabajo mucho.

No veo a Fernando: ¿qué es de él? Le quiere

Rojas

Hasta pronto.

D ateneo

Prado, 21

[365] Se encontraba enfermo de algún cuidado en esas fechas.

Madrid, 12 de marzo de 1918

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

12-III-18

Querido D. Miguel: Desde Alba recibirá usted directamente los versos. Ya sabe que, si le gustan, le agradeceré un prólogo. Y tómese el tiempo que guste para ello. Mi madre tiene el encargo de enviarle a usted las cuartillas.

Estoy curándome y me curaré del todo. Con el espíritu quiero remozar el cuerpo y así que he dispuesto de unos cientos de pesetas –que la broma es muy cara– las he destinado a eso. Estoy muy bien. Y con el espíritu muy activo igualmente.

Cuando las elecciones, pensé escribir a Alba a Leandro Sánchez y los que allí se llaman como yo socialistas. Escritas las cartas, las rasgué. Hubiera sido inútil del todo. En Alba hay mendigos de un lado –los trabajadores– y cafres y envidiosos del bien ajeno por otro. Usted allá no podía lógicamente tener un solo voto[366]. Yo hubiera ido, pero estoy sometido a tratamiento facultativo como usted sabe y en él continuaré hasta primeros de Abril. Luego, para convalecer unos días, iré al lado de ustedes.

Veo a Cándido mucho. Y ayer a Fernando. Vinieron al Ateneo a lo de Medinaveitia que estuvo muy bien. Una charla de un buen viejo sensato y gracioso en torno a la ciervada última[367]. Nada más abyecto ni cochino que lo de estos días pasados. Y no es que sean precisamente sinvergüenzas: son algo peor; son memos.

El Ateneo estuvo muy bien anoche; parecía un club jacobino. Luego, la gente salió a la calle y gritó contra el "dictador al dictado". Yo tomé mi coche y marché a mi huronera. No estoy recién operado para algaradas.

Leo los Ensayos de usted, entre cura y cura; se parecen al vino: ganan con los años.

Ya he visto el pisto senatorial[368]. No tendré impresiones directas hasta que no vea a Velasco.

Habrá que oír a Esperabé apuntado por Modesto –¿no sabe usted que este recibe un sueldo anual por colaborar en los tomos gordos?[369]– y a Jesús. Salamanca trae exactamente lo que merece.

Tiene usted a Isidrín[370] enfurecido. Le vi una tarde en el Congreso y estaba frenético con lo de la tonte [...] [371]

¡Pobrín, y creía en la amistad de los de Alba, que se vendieron al otro! Tres de carrera cogieron once duros.

Bueno; se acabó. No pienso que usted tiene que hacer y que yo mato el tiempo.

Acuérdese alguna vez de mí y mándeme ese retrato.

Y le quiere

José Sánchez Rojas

Ateneo
Prado, 21

[366] Unamuno se presentó a las elecciones por el distrito de Salamanca en que se incluía Alba de Tormes. Sólo obtuvo 505 de 10.480. Le superaron a gran distancia Isidro Pérez Oliva (5.133 votos) y José María Lamamié de Clairac (4.742 votos).

[367] Tras la conferencia se intentó una manifestación anticiervista (Juan de la Cierva, ministro de la Guerra al que, al menos el entorno unamuniano, le llamaban "el dictador al dictado".) y antimilitarista.

[368] En las elecciones senatoriales celebradas ese mes se presentaron un buen número de candidatos de distinta índole y los tres ganadores (Enrique Esperabé y Artega, Luis Maldonado, y sorprendentemente el abogado Jesús Sánchez y Sánchez en tercer lugar). Más predecibles fueron las del senador por la universidad en que fue reelegido Ismael Calvo Madroño.

[369] Es probable que se refiera a la magna obra de *Historia pragmática e interna de la Universidad de Salamanca*, (Salamanca, Imprenta y Librería de Francisco Núñez, 1914) llevada a cabo por Enrique Esperabé.

[370] Isidro Pérez Oliva.

[371] La página termina aquí sin que haya continuación en el archivo bien porque falta algún pliego o por olvido de Sánchez Rojas.

Madrid, 4 de abril de 1918

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

4-IV-918

Mi querido D. Miguel: Mi madre me anuncia que remitió a usted mis pobrecitos versos. Que le sean a usted leves. Y le agradeceré que me los prologue –de permitírselo sus ocupaciones, pronto– para darlos a la imprenta.

Me encuentro bien y sigo trabajando mucho.

Estuve en el estreno de su Fedra. Me gustó mucho, y, en general, al Ateneo todo, que aplaudió rabiosamente al final de todos los actos, singularmente del tercero. A mí me pareció una cosa fuerte, sobria, limpia de tramoyismos ~~cristianos~~ teatrales, y, sobre todo, humana. Los cómicos estuvieron rematados. Solamente Anita Martos[372] pudo pasar.

Por aquí, nada. La gente desorientada. Nuestros políticos viviendo. Fili[373] ya es tan popular en el Congreso como en Novelty; Esperabé –lo vi anoche y estuvo cariñosísimo conmigo– hinchado con su primer lugar. García Sánchez de mal humor y pensando que le ha costado demasiado dinero el sentarse en los escaños.

Salude a esos amigos y ya sabe usted que le quiere y admira muy de veras

J. Sánchez Rojas

D.
Ateneo
Prado, 21

Madrid, 28 de abril de 1918

[Membrete: Escudo de España. *El Diputado a Cortes – por – Bilbao*]

28 Abril

Amigo D. Miguel: Veo a Prieto y me enseña un telefonema que acaba de recibir de Tejero[374] donde le dicen que es imprescindible la presencia de usted en las fiestas del 2 de Mayo de Bilbao y le dicen que vea a Alba[375] para que solicite de él un permiso oficial para que dé usted allá una conferencia en el teatro de los Campos Elíseos. Y Prieto verá a Alba para eso hoy o mañana.

Esperan que vaya usted y como son ellos los encargados de recabar el permiso oficial del superior jerárquico de usted, tienen confianza en su presencia.

Supongo que recibiría los versos míos. Esta es la hora en que no sé si los ha recibido usted. Tenga la bondad de ponerme dos líneas al Ateneo cuanto antes, ya que el martes o miércoles abandono esto por una temporada.

Reciba usted un saludo afectuoso de su amigo

José Sánchez Rojas

Bien, querido D. Miguel, muy excesivos los escrúpulos en que Vd. se parapeta. No he hablado jamás con Alba, pero iré a verle y confío en arrancarle la licencia sin que haya en ella nada depresivo para Vd. Su presencia en Bilbao es la prolongación de sus funciones docentes, no lo dude, con mayor provecho que en la misma cátedra.

Le saluda y admira

Indalecio Prieto

[372] Hermana de Sofía Martos, prometida de Sánchez Rojas, y nietas ambas de Cristino Martos.

[373] Apocope cariñoso utilizado para referirse a Filiberto Villalobos González.

[374] Se trata, sin duda, de Mariano Tejero Manero, republicano, concejal del ayuntamiento de Bilbao y diputado a Cortes en las elecciones de este año de 1918.

[375] Santiago Alba Bonifaz (1872 - 1949), ministro de Instrucción Pública en aquella fecha.

Alba de Tormes, 28 de septiembre de 1918

[Tarjeta postal: La guerra italiana. El Príncipe Alessandro di Serbia al campo italiano in Macedonia]

Sr. D. Miguel de Unamuno.
Profesor de la Universidad.
Salamanca.

Alba 28-IX-18

Querido D. Miguel: Muchas felicidades, muchas alegrías y una edad de patriarca para disfrutarlas, le desea fervientemente su amigo.

J. Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 1 de octubre de 1918

Alba 1 oct. 18

Querido D. Miguel: Sí, señor, bobo, y fresco, y otra porción de cosas más, que yo le conozco hace muchos años, y sé del pie que cojea. Y, aquí, en Alba, donde tenemos un alcalde decente que quiere meter a la gente en costura, sucedió, que por presiones del Gobernador, se dejó de castigar a un triguero, amigo de Isidro[376], Tomás Hernández García, que sacó el trigo que le dio la gana y al precio que le salió de las narices. Y es el Gobernador, y solo el Gobernador, el que aquí impide que se tasen el tocino, las patatas, etc.

Reciba usted, con la enhorabuena, un abrazo de su amigo

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 2 de octubre de 1918

[Tarjeta Postal]

Al Sr. D. Miguel de Unamuno
Profesor de la Universidad
Salamanca

Alba 2 oct. 1918

Mi querido D. Miguel: Aparte va la Iberia con un artículo que me gustaría leyese usted. Lo tachado por la censura no tenía nada de censurable ni de violento. Pedí a Barcelona, a C. Ametlla, que remitiesen a usted el número extraordinario de Italia; creo que ya estará en su poder. Yo lo he buscado por toda la casa sin encontrarlo; alguien me lo ha llevado, sin duda.

¿Tiene usted la revista Los Aliados? No la conozco.

¿Quiere usted remitirme algún número?

Suyo, amigo

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 19 de octubre de 1918

[Tarjeta Postal]

Al Sr. D. Miguel de Unamuno

[376] Isidro Pérez Oliva, véase la nota de la carta de 12 de Marzo de 1918 (O.C. Tomo VI, página 414).

Profesor de la Universidad
Salamanca

Alba de Tormes 19 octubre 1918

Mi querido D. Miguel. Un amigo oficioso manda a usted El Parlamentario. ¿Oficioso? ¿Será candidez enojarse o enojo mal disimulado el tener la candidez de decirlo?
Ni una cosa ni otra; ahí va.
Enhorabuena por lo del Palace[377]. Les envié una adhesión y estuve presente en espíritu.
¿Y ese libro de versos que tanto hace usted sestear ahí? ¿Me lo quiere usted enviar, con o sin prólogo? ¡Ya es hora, hombre de Dios!
Le saluda muy cariñosamente su afectísimo amigo
José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 4 de diciembre de 1918

[Tarjeta Postal]

Al Sr. D. Miguel de Unamuno – Profesor de la Universidad – Salamanca]

Alba de Tormes 4-XII-18

Mi querido D. Miguel: En Iberia hago una cosa sobre su discurso[378], que no le envío porque sospecho que usted la recibirá.
¿Y esos pobres versos, querido D. Miguel? Es usted el homen fatal de que hablaba Eca de Queiroz.
Cuando tenga usted un minuto, un segundo libre, acuérdese usted de mí.
Voy a emprender a cuenta de El Sol un largo viaje: C. Rodrigo, Toro, Tordesillas, Arévalo, Olmedo, Valladolid, tierras de León, etc.
¿Quiere usted algo, necesita algo? Trabajo mucho. Sabe cuanto le quiere y admira
J. Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 27 de abril de 1919

[Membrete: EL REDACTOR DE "EL SOL" – EN CASTILLA]

Alba de Tormes 27-IV-19

Mi querido D. Miguel: Me resigno a que me envíe usted esas poesías –cuanto antes, mejor– sin prólogo alguno. No vea usted en este deseo precipitación, enfado, ni cosa que lo valga; mándemelas usted para retocarlas, rehacerlas o… tirarlas. Si al segundo intento, me gustan, vuelven a tomar el camino de su despacho; en otro caso, me servirán solamente para recordar unos días pasados en Toledo.
Trabajo. Y El Sol comienza a redimirme económicamente. Posiblemente, iré a vivir a Salamanca con mi madre. He solicitado una auxiliaría de Derecho. Allá veremos…
Espero que Nogueras venga a charlarnos el domingo próximo de cosas suyas. Le banquetearemos. ¿Por qué no viene usted con él? Para ustedes será un día de asueto, y para mí, con ustedes, un día de placer. En la semana que viene iré a Salamanca y dejaremos lista esta expedición.
Le quiere muy de veras,
José Sánchez Rojas

Salude a esos buenos amigos.

[377] Banquete homenaje en el *Palace* que la revista *Los Aliados* organizó el día 13 de octubre en honor a Benito Pérez Galdós, Mariano de Cavia y Miguel de Unamuno.
[378] "Un gran discurso de Unamuno". *Iberia* (30-11-1918) (O.C. Tomo III, página 324)

Alba de Tormes, 3 de mayo de 1919

[Membrete: EL REDACTOR DE "EL SOL" – EN CASTILLA]

Alba de Tormes 3 Mayo 19

Querido D. Miguel: Aún a riesgo de que me llame usted pesado, vuelvo a rogarle que me envíe cuanto antes el manuscrito de los sonetos. Estoy sin quehaceres urgentes y con el pie en el estribo para marchar por esta Castilla así que me envíe El Sol; de un momento a otro espero el aviso. Quiero aprovechar estos días volviendo sobre esos versos. Si me gustan después de la corrección definitiva, volverán a usted; si no… los dejare reposar y tornaré sobre ellos, dentro de algún tiempo.

Y… haga usted un alto en su labor para resolverme esta consulta. Voy por ahí, sin limitación de tiempo ni dinero. Pienso ver Olmedo, Segovia, Cuéllar, Sepúlveda y Riaza; descansar en Ávila y ver después Piedrahíta, Barco, Arenas y algunos pueblos como Bonilla y Villafranca; subir después a Valladolid y detenerme en ambas Medinas (del Campo y de Rioseco), Tordesillas, Peñafiel… ¿Y luego? ¿Sería interesante subir hasta Burgos por Aranda? ¿Ver los pueblos de Soria? ¿Qué sería lo mejor? Usted que ha sido tan corretón ¿qué me aconseja? Dígamelo. Se lo agradeceré mucho.

Ya leí eso de Mora. Podía usted haber añadido que en Alba se dedica a amparar a croupiers profesionales, más o menos socialistas y a hacerse solidario de todos los desafueros. Ya le contaré a usted.

Veo lo del decreto de disolución. Me da pena y vergüenza de que no haya pulso en este país. Pero nadie, ve, ni oye, ni entiende. Es un caso el nuestro de una insensibilidad trágica. ¡Dios nos mejore las horas!

Sabe que le quiere muy de veras,

Pepe S. Rojas

Ávila, 15 de julio de 1919

[Membrete: ASOCIACIÓN – PARA EL – FOMENTO DE LA CULTURA – ÁVILA]

Querido D. Miguel: Un favor. El 15 de Sepbre. prepara El Sol un extraordinario sobre Castilla. ¿Quiere usted, antes del 15 de Agosto, enviar al Director, directamente, un artº. sobre el tema Salamanca? De extensión corriente. Se lo agradeceré mucho. Yo estoy encargado de la parte literaria. Lo de usted, es claro, irá en 1ª fila. Antes del lunes ¿quiere usted decirme aquí, a Ávila, hotel Inglés, si lo hace, o después de esa fecha, al Hotel de Francia, Valladolid? Además se le pagará espléndidamente… aunque esto, tratándose de cosas de usted, es siempre metafórico, ya que los trabajos de usted, mi querido D. Miguel, no tienen precio.

He visto Piedrahíta… Un primor. Creo que usted no la conoce. En Septiembre, a 1os, la Hidro-Eléctrica Navarra invitará a usted a la inauguración del salto de agua. Confidencialmente ¿quiere usted decirme si aceptará? Vendrá usted en automóvil con nosotros –Power, Jorge Silvela, Aranda, etc.– para pasar en la laguna del Duque un día.

Piedrahíta –el Barco ya lo conoce usted– vale la pena.

Salude a Nogueras y a los suyos.

Le quiere muy de veras

José Sánchez Rojas
Ávila 15 Julio 19
Hotel Inglés

Madrid, 17 de julio de 1919

[Membrete: El Sol – Diario Independiente – Larra, 8, Madrid]

Mi querido D. Miguel: Si puede usted humanamente acompañarnos a cenar, al Sr. Sanmartín de El Sol, a Pedro Redondo y a mí en el Términus, ahora mismo, para hablar de varias cosas y de una excursión inmediata por la sierra, nos honrará usted muchísimo.

Y si no puede hacer eso, mañana iremos a saludarle.

Le quiere

Sánchez Rojas

17 Julio 19

Salamanca, 18 de julio de 1919

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS]

Mi querido D. Miguel: No me es posible verle. Regreso de Fontiveros y estoy dándole a la pluma para certificar al Sol unas cosas antes de la una. Estamos ya de excursión por el periódico y yo quisiera hablarle a usted de la preparada para esta tarde.

El empleado del Sol que me acompaña, Sr. Sanmartín, hermano del Presidente del Consejo de Admón. de la Hidroeléctrica, nos tiene preparada la excursión del Trampal y de Calbitero, con guías, caballos, comidas, etc. No falta un solo dato. Vamos el ingeniero Sr. Frita, Redondo el Abogado del Estado, Albarrán, Sanmartín y yo. Y usted, si quiere honrarnos. No tendría usted que preocuparse de nada y a las 5 saldríamos en el tren para dormir en Candelario. Nuestro propósito es dormir mañana sábado en el Barco. Usted regresa si quiere el domingo a Béjar o sigue con nosotros hacia Piedrahíta y Ávila. Usted verá. Pero 2 días los pasaría usted creo que a maravilla.

Tenga esta carta como continuación de la de anoche. Sanmartín con sus cosas administrativas y con mis cuartillas yo, no vamos a verle por esta razón. Pero a la 2 le esperamos a almorzar aquí, en el Términus.

Le quiere

Rojas

Hoy 18-VII-19
Hotel Términus

Valladolid, 29 de julio de 1919

[Membrete: *Grand Hotel de France – y Restaurant de la Estación del Norte* – *Director-Propietario* – *SANTOS BUENO* – Valladolid *29* de *julio* de 1919]

Mi querido D. Miguel: Recibo su carta. Darío Benito, Lucas, los que enseñan Piedrahíta, me dijeron que no había estado usted en ella. Por lo demás, creo que, en efecto, debiera ponerse una lápida de oro por donde pasa vuesa merced. Y no es lisonja.

Y a mí pleito. Busco papeles –tenía tres mil cartas– y ~~le~~ envío esa que, por no ser mía, me devolverá usted. Tengo expresamente el encargo de buscar y de pedir originales. Y le añadiré más: de ponerles precio. Viaja conmigo uno de los altos empleados administrativos de El Sol, Rufino Sanmartín, que hace, al lado de mi labor literaria, otra de difusión, propaganda y publicidad del periódico. De modo que no debe sorprenderle que Aznar[379] haya delegado en mí. Y yo he pensado, ante todo y sobre todo, en los derechos de altar[380], querido D. Miguel.

Ahora bien; ¿qué quiere usted que yo haga? Soy ajeno a lo que usted me refiere y aún creo que lo es Aznar. Ya le diré algún día porqué. En este caso concreto ¿no acepta usted mi delegación y quiere que le escriban de la Casa? Lo que usted diga, lo que usted me ordene, lo que usted me indique, lo que usted crea más decoroso, se hará. Y no se trata de una forma velada de colaboración lo que de usted reclamo. No. Pido un artículo sobre Castilla, artículo serio, largo, dos, tres columnas para que vaya a la cabeza del extraordinario.

[379] Manuel Aznar y Zubigaray, director de El Sol.
[380] Creemos que se refiere a "derechos de pie de altar", pago que se da a los curas por sus funciones.

Espero nueva carta suya.
Cada día le quiere y le admira más

José Sánchez Rojas

Mañana o pasado espero enviarle certificado mi libro "Cosas y paisajes de Castilla".

Bilbao, 5 de agosto de 1919

[Membrete: EL REDACTOR DE "EL SOL" – EN CASTILLA]

Mi querido D. Miguel: He hablado aquí, en Bilbao, con Manolo Aznar de sus cosas. Se lava las manos. Dice que todo eso fue de la época de Felix Lorenzo[381], que es preciso llegar a una inteligencia. Él la buscará. Mi intervención, nada oficiosa por cierto, ha sido decir que no hay derecho jamás a ser incorrecto con usted y que usted, en cambio, puede serlo con todos. Mi misión ha sido encargarme de unos extraordinarios de Castilla, pedir a usted un artículo –a usted y otros muchos– indicar a la admón. que se lo paguen espléndidamente y nada más.

He conocido –se lo decía ayer en una postal– a D. Pedro Eguilior[382]. Un hombre ¡tan bueno, tan inteligente, tan ágil de imaginación, tan ameno! Nos ~~dice a~~ hizo a unos cuantos –Buniel, Ustara, Lequerica, Maeztu, Reyes (el mejicano, hermano de Alfonso)[383]– cinco horas de sobremesa, deliciosas, en el ~~Holo~~ Club Náutico. Maeztu también está en verano; nos habló del Sentimiento trágico diciéndonos que es el libro más fuerte publicado en Europa en muchos años. Y el espíritu de usted, querido D. Miguel, nos presidió a todos.

Mañana regreso a Valladolid –hotel Francia– para seguir las correrías por Olmedo, Segovia, Medina, Peñafiel, etc.

Mi libro –debe estar ya en Valladolid– irá de un momento a otro. Léalo usted y dígame crudamente que le parece.

Le quiere cada día más,

Pepe

Afectos de todos
Bilbao 5 Agosto 19

Palencia, 22 de agosto de 1919

[Membrete: SAMARIA GRAND HOTEL – DON SANCHO 1,3,5 Y 7 – (FRENTE AL CASINO) – PALENCIA – TELÉFONO Nº. 63]

Querido D. Miguel: Aparte certificado, va mi libro Paisajes y cosas de Castilla.
Celebraré que usted lo lea y que le guste.
Le quiere muy de veras

Pepe

22-VIII-19

Palencia, 10 de octubre de 1919 [384]

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS]

[381] Creemos se refiere al escándalo que protagonizó el señor Urgoiti y los hermanos Gasset al entrar aquel en el consejo de administración de *El Imparcial* en 1917 (fundado por Eduardo Gasset y Artime). Despidieron estos a su director Félix Lorenzo e impidieron la entrada a Urgoiti en el periódico. Se publicaron posteriormente frases ofensivas que derivaron en cuestiones de honor. Urgoiti fundó posteriormente *El Sol*. Unamuno colaboraba en *El Imparcial* y era amigo de los Gasset, familiares del filósofo José Ortega y Gasset.

[382] Pedro Eguilior Atteridge (Bilbao, 1877 - íd, 4 de enero de 1937)

[383] Todos ellos estudiantes de la universidad de Salamanca (*El Adelanto*, 27 de enero de 1926, p. 2) a los que la tuna universitaria salmantina rondará en la gira realizada en el año 1926 acompañados de Sánchez Rojas.

[384] Carta escrita a máquina.

Palencia 10 de Octubre de 1919

Sr. Don Miguel de Unamuno
Salamanca

Mi querido Don Miguel: Ruego a V. muy encarecidamente que tenga la bondad de enviarme cuanto antes, porque sé que V. lo tiene, un ejemplar de Papini, que se titula CENTO PAGINE DI POESIA. Envíemelo V. certificado, porque los trenes andan muy mal. Yo se lo devolveré a V. inmediatamente que lo utilice, pues me han pedido un artículo sobre ese libro para una revista que se llama ITALIA NUOVA DE BUENOS AIRES.

Anoche tuve el gusto de que una muchacha me diera la poesía autógrafa que V. dedicó al Cristo de las Claras de Palencia, y que enviaba V. a un Sr. de aquí llamado Don Ángel A. Quiroga. Dije que ya la conocía porque la vi publicada oportunamente en el Imparcial[385], pero no por eso dejé de agradecer la delicadeza con que me brindaban.

Está usted en un error al decir hoy en España[386] que no hay fotografía de las espinas del corazón de Santa Teresa. Yo pido hoy al Prior de los Carmelitas de Alba de Tormes una fotografía de esas espinas, además del tomazo ese que V. supone retirado de la circulación, no obstante lo cual tengo yo un ejemplar en casa que ya he dicho a mi madre que le envíe a V. directamente. ¿No se refiere V. a la vida de Santa Teresa del P. Bonifacio Morales[387], Agustino que fue premiado con ocasión del Centenario teresiano en Salamanca?

Escríbame V. aunque no sea más que por el gusto de saber de V.

Salude a Cándido y a Enrique y a los demás amigos y V. ya sabe que muy de veras le quiere

José Sánchez Rojas

Grand Hotel Samaria

Palencia, 13 de octubre de 1919 [388]

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS]

Palencia 13 de Octubre de 1919.

Mi querido Don Miguel: Remitiré a V. mañana certificado el libro del P. Agustino Bonifacio del Moral[389], que me remiten de Alba los P. Carmelitas.

No puedo certificar esta tarde porque por las tardes no se despachan impresos en la Administración de Correos. Tengo en buenas manos el pleito del envío de la fotografía de las Espinas de Santa Teresa, y en cuanto esté en mi poder se lo remitiré a vuestra paternidad y reverencia.

No deje de enviarme ese libro de Papini y le agradeceré también a V. mucho que me escriba así que V. disponga de un momento de sosiego.

Sabe que le quiere muy de veras,

Pepe

Grand Hotel Samaria

Palencia, 15 de octubre de 1919 [390]

[Membrete: EL REDACTOR DE "EL SOL" – EN CASTILLA]

[385] *Los lunes de El Imparcial* (26/mayo/1913)
[386] "Notas sueltas", *España*, (6/noviembre/1919, p.5).
[387] Así en el original en lugar de Bonifacio Moral.
[388] Carta escrita a máquina
[389] Bonifacio Moral. *Vida de Santa Teresa de Jesús*, Valladolid,1884. Ganó el primer premio de la sección de biografías convocado en Salamanca con motivo del III Centenario de la muerte de Santa Teresa. Habla en él de las Espinas del Corazón de Santa Teresa.
[390] Carta escrita a máquina.

Mi querido Don Miguel:
Acabo de recibir el libro certificado de "PAPINI" que V. me envía.
Hoy también va certificado el libro de Sta. Teresa escrito por el P. Bonifacio del Moral, Agustino. No ha ido antes por la razón sencilla de que no me acostumbro a la idea de que hay que certificar los impresos por las mañanas. Y no es que me levante tarde, sino todo lo contrario.
Escríbame V. alguna vez cuando esté desocupado. Recuerdos a Juanito Caneja[391], desde cuya casa le escribe su ocupadísimo amigo que le quiere

José S. Rojas

Palencia, 15 de Octubre de 1919
GRAND HOTEL SAMARIA

Un abrazo a Cándido y al Dr. Nogueras. Le enviaré pronto el libro de Papini.[392]

Alba de Tormes, octubre de 1919 [393]

[Tarjeta postal: SALAMANCA. Torre del Clavero]

Sr. D.
Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad.
Salamanca.

Mi querido amigo: Estuve en las monjas en busca de la fotografía[394]. El obispo que murió prohibió la circulación.
Con esta fecha escribo a un amigo que fue párroco de la Villa. Ese la tiene y ese me la entregará. No desespero ni mucho menos, de encontrarla.
Sabe cómo de veras le quiere.
Rojas[395]

Barcelona, 15 de abril de 1921

[Membrete: *Izquierda Bar – Café Restaurante* – Aribau, 21 – Teléfono A-4070 – *Barcelona* 15-IV-21]

Mi querido Don Miguel: Con Fernando Íscar convine ayer la invitación que hará ese Ateneo a nuestro amigo Santiago Valentí Camp[396] para dar una conferencia a primeros de Mayo –un sábado de la primera quincena– en el Ateneo de esa dorada Salamanca nuestra. Previamente le visité para su aceptación. Aceptó. Señaló tema "La mujer de mañana". Ahora, ya pueden ustedes escribirle a la Editorial Minerva, S.A. Aribau, 173. Le advertí en romance liso y llano lo que se hace a los conferenciantes: pagarles viaje y estancia, banqueteo y excursiones. Yo le acompañaré. Saldremos de aquí el 5 o 6 de Mayo, fecha para la cual habré acabado 2 libros, uno para él y otro –de encargo– para la Mancomunitat. A nuestros amigos de automóvil hay que encarecerles la necesidad de deleitar a Valentí esos días. Iremos a Béjar y Alba, desde luego. Yo querría que viese también C-Rodrigo, sobre todo si está allí Clemente y para ser precisamente huéspedes suyos en Fresno. Como usted ha de ser de la partida, y es hombre que organiza

[391] Seguramente se refiere a Juan Díaz-Caneja Candanedo, escritor y jurista castellanista.
[392] Párrafo manuscrito
[393] Tarjeta carente de fecha. Datada a lápiz por la Casa Museo de Unamuno en octubre de 1919
[394] El interés de Unamuno por la fotografía estriba en que existían abundantes dibujos, pero no fotografías y a él como al doctor Pinilla habían llegado noticias de que se trataba de palillos que se les caían a las monjas que pretendían llegar con ellos a tocar el corazón y hacer reliquias pasando el palillo por trocitos de tela. A las espinas se refirió en "Notas Sueltas" (España. 9-octubre-1919) y "Visiones y palillos", (El Sol, 29 de septiembre de 1932). Efectivamente existía una fotografía sacada en 1871.
[395] La totalidad del texto está escrito sobre el anverso de la postal.
[396] Colaborador de *La Publicidad*, *El Progreso*, *El Liberal* y *Las Noticias*. Posteriormente escribiría *Las reivindicaciones femeninas* (1925) y *La mujer ante el amor y frente a la vida* (1932). Dentro de un ciclo en el Ateneo salmantino iba a dar una conferencia sobre Feminismo Católico. No se tiene noticia de que asistiera.

bien esas cosas –y solo esas– que para las ampliadas es usted una verdadera calamidad, ocúpese de todo esto con diligencia y con amor.

También he prevenido a Valentí de la calidad del público, de sus virtudes de asistencia y de saber escucharlo todo y de su frialdad. Yo espero que todo saldrá como la seda y usted, al invitarle en calidad de Presidente, pueda decirle en tono amistoso todo lo que quiera de nuestra gente.

Lo de aquí… no cabe en una carta. Ya le informaremos a usted los dos de cuanto ocurre. Los atentados de anoche contra Alled y Lastras son verdaderamente monstruosos. Vivimos con la coacción brutal de la anarquía inteligente. No sé qué pensarán en Madrid, si es que piensan, pero duele ver a este gran pueblo francamente sumido ya en la abyección y en la cobardía. Somos muy pocos los que sentimos de veras en liberal. Los periódicos callan como putas. No les molesta la mordaza. Les molestará, en cambio, que se la quiten.

Esa novela "Mi tía Tula" ¿qué es? Mándemela, querido D. Miguel.

Un abrazo a Cándido, a Pepe y a todos esos amigos y usted sabe qué grande es la devoción y qué entrañable es el afecto de su amigo

José Sánchez Rojas

San Pablo, 2

Madrid, 19 de enero de 1922

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 19-1-22

Mi querido D. Miguel: Estoy tan ocupado, tan ocupado que no he podido enviarle aún la enhorabuena por la Vice-Rectoral. Pero me he alegrado, más por Salamanca que por usted, de todo corazón. Sabe cuánto le quiero y qué recuerdo tan hondo llevo de usted, tan unido a mis ensueños de mocedad.

Trabajo ahora mucho. Soy un perfecto oficinista. Estoy normalizado. Con Soltura y otros amigos que le quieren habló mucho de usted.

Después de esa velada del 21[397], voy a Salamanca porque traigo a mi madre a mi lado. Y le contaré intimidades de la crisis que ha sido un duelo a muerte entre las mentiras del Rey y la austeridad de D. Antonio. Ha vencido Maura, pero ¡de qué modo! Haciendo añicos al nene ese.

Es usted un vidente. Descartando acaso el tono de acritud personal a sus artículos, estos van a quedar como joyas de una antología política. Hasta sus amigos de usted, los militares, ya dicen que es Unamuno el único que está en lo firme. Le falta a usted –¡qué sé yo!– algo más de información, pero en lo otro, en lo de sacar las tripas al pelele y ponerlas sin caridad al sol, es vuesa merced todo un hombre.

He visto Perchè essere così, que me envió Beccari. Su prólogo a los italianos va al frente de nuestra "Revista ~~pública~~ **¿política?**" traducido por mí, y le enviaré dos o tres ejemplares[398].

Araquistain, que está muy gordo y es muy feliz dado que ha dejado de ir al Concejo, me habló de una carta de usted.

Víctor la Serna[399] me encarga que le salude.

Le quiere y de veras

J. Sánchez Rojas

Madrid, 28 de junio de 1922

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – PÉREZ GALDÓS 8, 2º – MADRID] 28-VI-22

[397] Velada dedicada a Gabriel y Galán en el Ateneo de Madrid. Pronunciarían discursos: José Sánchez Rojas (organizador de la velada junto con Maetzu), Fernando Íscar Peyra, Ricardo León (académico de la RAE) y Ramiro de Maeztu.

[398] Colección de cuentos de Miguel de Unamuno, traducidos por Beccari, con una introducción de Mario Puccini y editados en Casa Editrice Urbis, Roma, 1922. Sánchez Rojas publicará la traducción de la introducción en el semanario *España* (21-01-1922).

[399] Inspector de Enseñanza Primaria en Madrid en esa época. Fue un destacado falangista posteriormente.

Mi querido Don Miguel: Hice eso para La Publicidad[400]. Me gustó al acabarlo, cosa que me ocurre rara vez. Y se lo dedico a usted. Natural es que se lo envíe.

Mande cuanto guste a su a. a.

J. Sánchez Rojas

Madrid, 22 de octubre de 1923

Madrid, 22 octubre 1923

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido Don Miguel: He acabado de traducir un libro de Mario Puccini y él mismo me indica, por la carta que le adjunto, que pide a usted un prólogo para dicho libro.

Se trata de narraciones (racconti) que, por lo visto, ya conoce usted. Y a mi petición se une Castillo, editor del libro, y yo suplico a usted que lo haga, me lo envíe a mí, o bien, y mejor aún, directamente al propio Ruiz Castillo[401] (Lista, 66)

Sabe le quiere muy de veras

J. Sánchez Rojas

S/c Ap. 139

Madrid, 27 de octubre de 1923

Madrid 27-X-23

Mi querido D. Miguel: Mi amigo Domínguez Rodiño[402], que dirige Los Lunes de El Imparcial, me encarga, con el mayor encarecimiento, que suplique a usted no suspenda su colaboración en su hoja. Así lo hago y yo le ruego que no deje mal a tan excelente compañero.

Mundo Latino me hace un libro, El Espíritu Castellano, que enviaré a usted en pruebas si quiere usted prologarlo. No me dé calabazas hasta que no lo vea. Creo que está bien. ¿Se lo envío?

Aquí esperando a que se vaya esta gente para sacar La Razón del amigo Marcelino Domingo. Voy a ese periódico con un buen sueldo y he de traerme a mi madre. Creo que a primeros de año, estará en la calle. Domingo cuenta con usted.

Hemos leído y hemos comentado con fruición su último artículo de El Liberal. Sé que Royo se lo ha enviado a Santiago Alba. Acierta usted hasta en las cosas de detalle: creo que fue su gestión en Estado pulcra, decentísima y perfectamente bien orientada. Así se lo dijo Espinosa de los Monteros a Primo y parece que este hombre está un poco avergonzado de su botaratada.

Esto se va. Y lo peor es que puede parar en una reprise maurista. El otro día, en la Ventosilla, asistió el propio D. Antonio a la firma del Rey. Y se va porque la gente ni protesta ni aplaude lo suficiente.

Usted sigue gozando, sin embargo, de inmunidad relativa. Con los demás está implacable la censura. Yo hice cuatro o cinco cosas que tacharon de la cruz a la raya.

Debían ser los títulos: Pillos y no imbéciles, Las zorras vencen a los leones, etc., etc. Aquí, en Madrid, sin embargo, la dictadura es blanda. Fuera, no. Bilbao, Barcelona y Valencia tienen las cárceles llenas de sindicalistas.

Salude a Don Cándido y sabe le quiere muy de veras su a. a.

J. Sánchez Rojas

S/C Prado, 11, 2ª

Valenzuela supongo que le daría verbalmente el encargo de Rodiño.

[400] "Comentario espiritual. San Juan de la Cruz". *La Publicidad* (27-06-1922) (O.C. Tomo IV, página 156)

[401] José Ruiz Castillo, editor y director de la editorial *Biblioteca Nueva* que trataba en este momento con Puccini la publicación de una serie de cuentos, encargaba la traducción a Sánchez Rojas y el prólogo a Unamuno. Las dificultades económicas de Castillo dilataron la publicación.

[402] Enrique Domínguez Rodiño (1887 - 1974), jerezano, dedicó su vida sobre todo al periodismo como reportero internacional.

Madrid, 31 de octubre de 1923

Madrid 31 Octubre 1923

Mi querido don Miguel: Recibí su carta. Y escribo a Mario Puccini participándole la para él grata nueva de que usted será su prologuista. He de advertir a usted que lo que yo traduzca para Castillo, con el título general de Ser y no ser, son los cuentos de Essere ed non essere, con la novela Foville y un relato que hay en Uomini deboli e uomini forti titulado Quello delle amicizie. Creo que usted conoce toda esta labor. ~~Que usted conoce.~~ Recuerdo que yo leí por primera vez Foville en un ejemplar que usted me dejó.

Y no me olvide lo de Rodiño y lo de los Lunes de El Imparcial. Aquel me encargó, con toda suerte de apremios, que solicitare de usted colaboración y así se lo habrá dicho el bueno de Valenzuela.

Por aquí seguimos aguantando la militarada. Comienzan las cartas y los versitos clandestinos. Un soneto de Sánchez Guerra que enviaré a usted. Una copla de Luis de Tapia.

La gente de España es boba porque no recapacita, que esté más sucia la escoba que la basura que quita, otra carta de Alba a Royo rogando a este que solicite del Directorio que le permitan defenderle… Y Magaz, Mayendía y Villaespinosa, que quieren irse, por lo cual es posible que, al retorno de Italia, se forme presidido por Primo el ministerio.

¿Qué más? ¡Ah, sí! En la embajada de los Estados Unidos, cantó el otro día cante jondo, el jerezano Chacón, paisano de Primo y amigo que fue de juergas de D. Alfonso XII. Primo se estremeció, se emborrachó y abrazó al paisano, vitoreando lo serrano y lo castizo. Y el buen embajador, al marcharse los invitados declamó: – ¡Ni en el Paraguay!

Las máquinas de "La Razón" llegan esta semana. Para el 1 de Enero queremos salir, si se abre la compuerta de la censura.

Saludos de Domingo y de Albornoz, con el que charlo todas las tardes en Kutz[403]. Dedicamos a usted, querido Don Miguel muy buenas ausencias.

Un abrazo para Cándido y para usted los que quiera de su amigo

J. Sánchez Rojas.

S/c Prado 11, 2º

Querido D. Miguel. De todo esto quedarán sus zarpazos. Le abraza
M. Rubio

Vitoria, 12 de febrero de 1926

[Tarjeta Postal. VITORIA.]

France
Mr. Miguel de Unamuno.
Hotel Brocas
Hendaye

Vitoria, 12-II-26
Muy pronto le abrazará

J. Sánchez Rojas[404]

Hendaya, 16 de febrero de 1926

[Membrete: HOTEL-RESTAURANT – PAUL BROCA – EN FACE DE LA GARE – HENDAYE – R.C. BAYONNE 666 Téléphone 78]

[403] Antiguo café situado en la Gran Vía madrileña.
[404] La totalidad del texto está escrito en sentido vertical

Mi querido don Miguel: Vengo a verle y me dicen que está usted en Biarritz… Mañana volveré a almorzar con usted. Estaré aquí a la una.
Le quiere

J. Sánchez Rojas

Hendaya, 16-II-26

Huesca, 12 de marzo de 1926

[Tarjeta postal: ALTO ARAGÓN. HECHO: GUARRINZA. "Comiendo migas"]

(France)
Mr. Miguel de Unamuno
Hotel Broca
Hendaye

Huesca 12 Marzo 1926
Doscientos abrazos desde aquí de su amigo y discípulo José Sánchez Rojas

Hotel Petit Fornos
Cuatro Reyes, 2

Huesca, 27 de marzo de 1926

[Tarjeta postal: HUESCA. La Campana de Huesca]

France
Mr. Miguel de Unamuno
Hotel Broca
Hendaye

Huesca 27 marzo 1926

Le saluda y le abraza

J. Sánchez Rojas

S/c Hotel Petit Fornos
Cuatro Reyes, 2

Barcelona, 11 de febrero de 1930

[Tarjeta postal: BARCELONA. Las Ramblas]

Sr. D. Miguel de Unamuno
Catedrático
Salamanca

Barcelona 11-II-30

No quiero que falte mi fervoroso saludo a don Miguel en el momento en que se reintegra a Salamanca

José Sánchez Rojas

Hasta pronto

Madrid, 20 de marzo de 1930

[Membrete: Logo de Victor – J. SÁNCHEZ ROJAS]

20 marzo 1930

Mi querido D. Miguel: A Pepe, su hijo, entregué días pasados el retrato de muchacho de usted, que se amplió de orden de Linares en Prensa Gráfica para enviárselo. Doña Concha que conoce la historia, sabe a qué obedece el envío.

¿Qué ha sido de la caída de Zamora?[405] Supongo que no tendrá importancia.

Nuestro común amigo Francisco Verdugo, director de Nuevo Mundo y de La Esfera, me dice que ruegue a usted que torne a colaborar regularmente en la primera de las revistas citadas. Yo también se lo suplico a usted muy encarecidamente. Verdugo escribirá a usted en ese sentido.

Mande lo que quiera a su amigo de siempre.

J Sánchez Rojas

S/c Barcelona, 6, pral.

CARTAS A JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN[406]

Alba de Tormes, 23 de diciembre de 1901

Alba de Tormes, Diciembre 23/901

Sr. D. José Mª Gabriel y Galán.

Muy señor mío y amigo: Mi querido tío Florencio Rivero[407], pariente de V. también según presumo, me ha escrito una carta con dos trabajos satíricos de V.

Tiempo ha que conocí a V como poeta. Desde que publicó Varón y escuché embelesado el Cristu Benditu en una reunión de amigos, predije en V. altas cualidades poéticas y observé, que sin gran esfuerzo y dejando correr el tiempo había de sentarse V. en el trono de los poetas salmantinos. La predicción se ha realizado, el vaticinio se cumplió y V. ha sido saludado por la prensa, y ha logrado ser digno sucesor de Ventura Ruiz Aguilera; hasta tal punto que los sabrosos versos del Ama los ha aprendido todo el mundo. Y yo creo, Sr. Galán, que a eso debe aspirar todo poeta, a hacerse popular.

Y tanto me encantaron los trabajos que V compuso, que reflejé mis impresiones en un artículo que publicó el Adelanto al saberse que V. había sido premiado en los Juegos Florales con la flor natural. La impresión fue grandiosa. Yo no la he reconocido mayor. Indudablemente V. era el poeta, y Maldonado (D. Luis nuestro cuentista inimitable.

Apuro a mi tío Florencio y le ruego cuando tengo ocasión ~~de pedirle las co~~ que me regale los trabajos que de V posee.

Mi amigo D. Cándido Rodriguez Pinilla me ha dicho que su cuento del tío Gorio gustó muchísimo en el Adelanto. De mí sé decir que ha sido el mejor estudio que sobre el alma charra se ha escrito. Berrueta ha dado una conferencia en el ateneo sobre el alma charra. Pero yo presumo, y muchos creen conmigo, que se pueden poner muchos reparos a la tal publicación.

Dice que los charros son codiciosos y sensuales, siendo esta cualidad que se da siempre con el despilfarro, pero no con la codicia; y afirma que el 80 o 90 por 100 de los amores charros

[405] Se refiere a la caída accidental sufrida por Miguel de Unamuno en la localidad de Zamora en la mañana del 18 de marzo de 1930 en la que se fracturó la muñeca izquierda.

[406] Procedencia: *Biblioteca Pública de Cáceres.*

[407] Florencio Rivero Arévalo, maestro en esta época en Galinduste (Salamanca) y posteriormente en Alba de Tormes.

(!!!) terminan en el Hospicio. Y no sigo hablado del asunto que V. conoce seguramente, porque son muchas las objeciones que en contra de él a cada paso se me ocurren.

Sirva, pues, esta carta de prueba cariñosa de admiración, y V. tenga por amigo y admirador sincero, al que lo ha sido in mente año y medio,

José Sánchez Rojas

Si V. quisiera contestarme, me honraría muchísimo. De hacerlo así, escríbame a este pueblo de Alba de Tormes donde sigo a la letra aquel precepto de Unamuno "En los pueblos chicos ten el cuerpo dentro y el alma fuera, y creo que el espíritu está con VV y no con las comidillas del vecindario.

Mi tío D. Florencio Rivero me encarga le salude

Alba de Tormes, 1 enero de 1902

Alba de Tormes y Enero 1/1902

Sr. D. José Mª Gabriel y Galán.

Muy señor mío y amigo: He recibido su carta del 27 de los pasados mes y año que me sorprendió agradablemente.

Escribo a V hoy de nuevo, para saludarle en la entrada de año y para proseguir nuestra conversación, que eso y no otra cosa han sido la carta que yo escribí a V, y la que tuvo la bondad de contestarme.

Decía V. que sabía que el Adelanto le había publicado su estudio charro, pero que no sabía cómo ni cuando. Me parece que en los días 1 y 7 del pasado diciembre, tuve yo el gusto de leer su hermoso trabajo.

Se han escrito estudios muy bellos sobre el alma de nuestros campesinos. Don Luis Maldonado, Don Mariano D. Berrueta y Don Antonio G. Maceira han descrito sus paisajes, cantado sus proezas… o señalado sus defectos.

El tío Cavila, El tío Clamores o Declaración charruna hablan muy bien del primero de los literatos que he mencionado. Y vea V. como el temperamento se refleja maravillosamente en los cuentos, artículos o escritos que dichos señores escriben o dan a la estampa.

Maldonado es un bonachón, un charro de levita, pauvre Diable que dirían los franceses. Ningún mozo es contrahecho, ningún alcalde cacique y ninguna moza fea. Tiene además muy hermosa pluma, exquisito gusto e intención recta. Berrueta ya es otra cosa. Es un si no es ~~mall~~ marrullero y zumbón, como todo buen castellano tiene obligación de ser. Amigo de señalar la nota cómica, el flaco es el reverso de la medalla de Maldonado. Y si en este se descubre a media legua un tufillo cervantesco, en el otro es más inmediata la influencia del autor de Peñas arriba y Sotileza.

Berrueta conoce la hermosura de nuestros campos y parece que lleva dentro, muy adentro la monotonía y el ritmo cansón de los mozos de la tierra. El Carro y el Miserioso están muy bien escritos, sin duda alguna, pero yo preferiría mayor bondad, no en los charros que Berrueta pinta, sino de Berrueta al analizar el carácter de aquellos. El Miserioso será tipo real, pero no puede representarse como proto-tipo [sic] de una clase entera.

Maceira se limita a paisajes. Y aun ha intentado hablar también de los charros, todo a manera de fábula o apólogo.

Su Tío Gorio me ha parecido de mucho estudio. Y yo la aplaudo mucho, porque conozco charros así.

El artículo que escribí acerca de V. no lo tengo o no sé dónde está. Lo pediré, sin embargo, y se lo mandaré, así como un estudio que he hecho de mi favorito novelista Don José Mª de Pereda.

Me han dicho que Bernardo Rodríguez Serra[408] quiere publicar las poesías de V. Yo me alegro de ello, y le auguro un éxito parecido al que tuvo Vicente Medina con su tomito Aires murcianos.

He saludado a nuestro tío Florencio y a Don Cándido R. Pinilla de parte de V. Este señor me encarga le salude como amigo y admirador. Algún día le hablaré de este señor. Es un ángel.
Y reiterándole mis expresivas gracias, se repite de V. aftmo. S.S.Q.B.S.M.
José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 6 de febrero de 1902

[Membrete: *Andrés Sánchez Rojas* – Abogado – Alba de Tormes] y Febrero 6/902

Sr. D. José Mª Gabriel y Galán.

Mi querido amigo: Recibí su carta, y, con ella, un alegrón.
He estado en Salamanca y encargué a las Redacciones del Adelanto y Noticiero el artículo y estudio que prometí a V. Los recibirá muy pronto, si es que ya no están en su poder.
Y ya que me ha propuesto enterarle a V. del movimiento literario salmantino, no puedo callarme la aparición de una escritora que se firma Pedro del Valle y escribe en la plana literaria del Adelanto. Yo supe que era mujer muy discreta y donosa, desde luego, pero no puedo decirle quien es. Ando ahora en esas averiguaciones y espero llegar a la meta.
No escribe cosas de charros, ni habla de los canturrios de campesinos, ni de la monotonía de los campos castellanos, manoseados tópicos que abundan extraordinariamente desde que V. publicó "el Ama". No hay que darle vueltas. Un escritor bueno si tiene el ambiente algo enviciado, produce mucho mal. Yo les acuso a los imitadores, y no a V., de tales manoseos, tópicos y grietas de la repetición.
Enhorabuena le doy por aquel subido elogio que hace de V. uno de los jóvenes más listos de España, Ramiro de Maeztu, amigo de innovaciones en todo linaje de asuntos, nada asustadizo ~~y terror constante~~ y terror constante de arcaísmos y fosilizaciones. No estoy conforme con eso de "que el tema este limpio de ingenio y de retórica". Si para él retórica es charlatanismo, estamos conformes; si para él ingenio es sinónimo de artificio, en nada disiento. Pero si a la retórica y al ingenio no se les da la interpretación modernista que el discípulo de Unamuno quiere, desde luego hay que convenir en que su juicio es raro y obscuro. Yo quiero que en el Imparcial y en otros periódicos rotativos se elogien las cosas de V. Y no es esta la primera vez que veo tales elogios y alabanzas. También el "Universo", periódico de Ortí y Lara, compara la poesía de marras con el Idilio de Arce y le llama a V. "gran poeta". Yo quiero poco a Núñez de Arce porque es demasiado veleta, como dice Antonio de Valbuena "es antes silvelista que poeta y se ocupa más del Senado que de la poesía". Además tiene, en el cacareado Idilio, ripios enormes.
Con el que puede comparársele a V. es con Medina. El metro es idéntico en los dos; los dos buscan inspiración en el alma del pueblo. Él es socialista revolucionario. V. es conservador y aferrado a las gloriosas tradiciones de nuestros abuelos. Es la única diferencia que yo encuentro.
Habla Medina de las canciones murcianas y dice:

"….. ¡Qué dolor de caeza!
Que se callen tós esos que cantan
Pa coplicas aquellas tan durces
Y aquellas, a veces, tamíen tan amargas,
Aquellas que paëcen quejios de pena
aquellas que paëcen risicas del arma."

Habla V. de las nuestras y se expresa así:

La gaita del pastor en la colina
Lloraba las tonadas de la tierra,
Cargada de dulzuras,
Cargada de monótonas tristezas,
Y dentro del sentido,
Caían las cadencias,
Como doradas
De dulce miel que del panal fluyera
… Monorrítmica música del llano
¡Que grato tu cantar sonar!
¡Que dulce era!

Y algún otro día le seguiré hablando de estos discreteos y de estas cosas que me deleitan tanto.

Y sabe es su aftmo. amigo y admirador

José Sánchez Rojas

Salamanca, febrero de 1902 [409]

Mi querido amigo Galán: Mis amigos, los redactores de una revista católica titulada "El Estímulo"[410] me encargan le ruegue a V publique para él 7 de Marzo una poesía original con libertad de asunto y metro. Sin embargo, como aquel día es la festividad de Santo Tomás de Aquino, bueno sería que V. se inspirase en algún pasaje de la vida del Ángel de las Escuelas.

Se lo ruego encarecidamente.

A ver cuando veo en la Biblioteca Mignon su tomo de poesías.

Sepa es su affmo. Amigo y admirador

José Sánchez Rojas

Escríbame V a la Calle de Serranos – 11

Salamanca.

Adjuntos le envían los redactores los números desde su publicación hasta el corriente.

Alba de Tormes, 19 de marzo de 1902

[Membrete: *Andrés Sánchez Rojas* – Abogado – Alba de Tormes] y Marzo 19/902

Mi querido amigo: Dispense mi poca cortesía. Acabo de llegar a Alba y me apercato que V. debe celebrar mañana su santo. Escribo, pues, para felicitarle. Más vale tarde que nunca.

Recibí una carta que me llevaron a la Academia de Santo Tomás con mucho retraso. El portero no pudo verme aquella tarde. Estaba en la Audiencia para ver cómo falla la justicia humana.

Por eso, por el retraso de la carta, no pude publicar su poesía el día 17.

Me gustó mucho y me pareció inspiradísima.

El 27 se publica, pues, con otra inspiradísima del Padre Campaña dedicada a la soledad. Es este Padre Campaña el cantor de Santa Teresa, poeta de mérito y notable orador. V. ha de leer en el Estímulo su hermoso panegírico de Santo Tomás. Ha de agradarle mucho.

Y como tengo muchísimo interés en que su poesía salga sin erratas (pues aunque V. no las tenga suelen inventarlas los cajistas, he ordenado que se me manden aquí, a Alba, una o más pruebas de la imprenta. A mí, en una nota bibliográfica (De buena cepa, F. Acebal[411]) me atribuían ellos, los cajistas, los mayores disparates y las barbaridades más inconcebibles.

En cuanto vuelva a Salamanca (el Viernes de Dolores, seguramente) volveré también a mandarle a V. mis escritos. Los franquearé y refranquearé para que lleguen a sus manos.

Que pase V. buen día (probablemente ya lo habrá pasado al recibir mi carta. Le repito el saludo de mis compañeros de Redacción y sabe es suyo affmo, amigo y admirador

José Sánchez Rojas

Salamanca, 29 de octubre de 1903

Salamanca 29 Octubre 1903

Sr. D. José Mª Gabriel Galán.

[409] La carta carece de fecha. Suponemos que fue escrita en el mes de febrero de 1902.

[410] Publicada por la Academia de Santo Tomás de Aquino de Salamanca. Salía a la luz los días 7, 17 y 27 de cada mes. De las conservadas en la Biblioteca General de la Universidad, el número 2 correspondió al 17 de enero de 1902, luego el 1 sería del 7 del mismo mes. La carta pues debe de ser de febrero de 1902.

[411] Artículo publicado en *El Estímulo* (22-01-1902) sobre esta novela de Francisco López Acebal (O.C. Tomo IV, página 65).

Mi querido amigo: Agradándome mucho de tener contacto espiritual con V. yo soy, como inferior, quien empieza la interrumpida correspondencia.

Poco he de decirle. Por aquí apenas ocurre nada. El banquete que a V y a D Miguel dieron los salmantinos, ha traído alguna consecuencia. Los estudiantes, poco amigos de Unamuno, incomodados con Onís y conmigo, con Onís por sus franquezas candorosas y conmigo, por no tener muy en cuenta, apesar [sic] de ser estudiante de Derecho, las leyes de la representación, han protestado en una carta, bastante mal escrita. Claro es que los tiros van a su Rector y que todo el jaleo, según la opinión pública, ha sido por las pelotillas, según término corriente de la jerga universitaria.

La vida se hace aquí, con tan pocos acontecimientos, insoportable. Yo, aleado de las cosas literarias, me ocupo ahora de contratos y del problema obrero, por exigencias profesoriles.

Sus compañeros de V, bien. Pinilla en Alba; muy pronto he de verle. De Unamuno cuentan que se larga a la Argentina. Maldonado arreglando el país y los demás en sus quehaceres respectivos.

Ya se sabe por aquí que usted va a publicar Campesinas. Esperan todos con impaciencia que el libro salga a la luz, y ~~yo~~ no he de ser yo el último, que mande a paseo mis pesadas cuestiones leguleyescas para pensar, algún rato, en la tierra castellana que V. tan hermosamente describe. Espero darle la enhorabuena.

Y aquí me callo porque no sé cómo hinchar la carta. Usted me dará en la suya aires puros, ambiente del campo, cosas que no sean de la ciudad.

Reciba un abrazo de su amigo y admirador

José Sánchez Rojas

S/C Serranos 11

Alba de Tormes, 30 de noviembre de 1903

Alba de Tormes, 30 de Noviembre de 1903.

Sr. D. José Mª Gabriel y Galán.

Mi querido amigo: Recibí, hace ya un par de semanas su carta, tan llena de particulares impresiones y de noticias. Porque es, en verdad, un notición de los que espantan eso de meterse usted a predicador y a cacique, si bien es uno de los cacicatos tolerables.

También esperaba el que los periodistas de por allá, como los de estas tierras, estuvieran repletos de intolerancia. Voy creyendo, cuando en estas cosas medito, que son solo intolerables los brutos, y la prensa tan cuajada de vaciedades, ha de ser también fanática.

Unamuno y usted serán, para los que mal les quieren, pendones de iglesia, cabezas de motín. Y es preciso resignarse a ser las segundas mujeres del boticario de nuestras zarzuelas populares.

Estos domingos he salido de Salamanca. Uno de ellos, hace quince días, estuve en una dehesa con Pinilla, a quien se le ha muerto un cuñado, Registrador de Alba[412].

Nada de crepúsculos en Salamanca, nada de las puestas de sol otoñales de que V. hablaba. Líos de comisiones, molestias a diputados, charloteo con Ministros. Mucho frío y un cielo pardo. Los periódicos tirándose de los pelos, y nosotros, los estudiantes, hablando en griego, para que nos admiren los que creen en el templo del saber, en las glorias del foro y demás zarandajas.

Yo, entre Pinto y Valdemoro; un día con código y leyes; otro, con novelas y cuentos. Pertenezco a esa pobre gente, que no es literaria del todo por sus resabios abogadilescos y que no es abogadilesca del todo (en el sentido machacón, pesado y prosaico en demasía que tiene el mote) por las aficiones literarias.

Hace días, mandé Castellanas a un chico, amigo mío, dedicado a cosas de ingeniería, sujeto que mira todo con los prismas de las leyes de Química y Agronomía, que es especialista y que ~~mira~~ tiene eso de la poesía como cosa perfectamente inútil. Me dice que le ha agradado tanto

[412] García-Puente Abellán, Manuel, cuñado de Cándido e Hipólito R. Pinilla, murió el 26 de noviembre de 1903.

«que no es el autor persona inútil ni charlatana, sino que sabe lo que anda por las alquerías,» y que «leyéndolo, ha viajado y ha visto a su niña (está enamorado) con los ojos del cuerpo,» no «con pura imaginación». Le doy la enhorabuena por la persona que juzga.

De cosas literarias, he de decirle muy poco. He leído La Catedral de Blasco Ibáñez y no me he entusiasmado. En cambio, he visto en Galdós madera de dramaturgo y de psicólogo en Mariucha, drama que me parece superior a los demás de Don Benito, y gemelo de los de Ibsen, Björnson, Sudderman y demás señores que nos gustan por tener ~~dramas~~ nombres enrevesados. Ahora leo Taine e Ibsen.

Y no le digo más. Cuénteme las cosas del campo como yo las de la ciudad. Y sepa cuán su amigo es y qué de veras le quiere

José Sánchez Rojas

P.D.
Escríbame a Alba.

Alba de Tormes, 19 de marzo de 1904

José[413]
[Membrete: *Andrés Sánchez Rojas* – Abogado – Alba de Tormes] 19 de Marzo de 1904

Mi querido amigo:

Su hermano Baldomero me entregó, días pasados en Salamanca, el libro que usted acaba de publicar. Y yo le di las gracias a su hermano, sin perjuicio de escribirle a usted más tarde, diciéndole las cosas de la ciudad acerca de sus poemas.

Yo las he leído y releído, y he mandado a paseo mis estudios leguleyescos, gozando con los héroes de esta tierra castellana, creadora de místicos, serena y grave, que usted sabe cantar con mil tonos distintos, pero siempre hermosos.

Y el eterno tema del amor que le ha sugerido una de las cosas más delicadas de la colección, aquella tiernísima Elegía, le sirve a usted para aquella romería, una visión intensa de la fiesta campestre de alegría sana.

He pensado mucho en el pobre poeta que camino solo, sin mozas a su lado. Y aquí me conviene decirle que no somos los señoritos de la ciudad acreedores a sus censuras; soñamos, sí, pero nos urbanizan a todas las mujeres. Y por ello vengo pensando hace días que lo mejor es ser bruto, y cuanto más bruto, más feliz.

Me gusta de veras su libro y le felicito.

Ya le hablaré más despacio, porque hoy estoy de días, y ya sabe cuánto le quiere

Rojas

Felicidades tocayo. No puedo llamarle compañero todavía.

Alba de Tormes, 11 de abril de 1904

[Membrete: ~~*Andrés Sánchez Rojas*~~ – ~~Abogado~~ – Alba de Tormes] Abril 11 de 1904

Sr. D: José Mª Gabriel Galán
Guijo de Granadilla

Mi querido amigo:

Recibí su carta que fue un rato delicioso el que me causó su lectura. Pensé escribirle enseguida, pero tenía proyectado ~~el~~ venirme a Alba dos o tres días, y me he esperado a contarle a usted, desde aquí, las cosas de la ciudad que son muchas y buenas.

[413] Manuscrito justo encima del nombre de su padre impreso en el membrete.

Me ha extrañado, en efecto, la conducta de El Lábaro. Dos veces he llamado la atención a ese periódico, y –¡que si quieres!– me han dado la callada por respuesta. Con todo, me he explicado esa conspiración del silencio y he atribuido todo ello, a la envidia, en primer término y a la rabia que les produce eso de que no actúe usted de monopolio exclusivo. Y cometieron los que redactan El Lábaro, una atrocidad que no es posible atribuir al candor ni cosa que lo valga. Un notario de Vitigudino, el Sr. González Rebollar, vino al Círculo Mercantil a darnos una conferencia sobre escritores charros. Esa conferencia me ha servido a mi de pretexto para escribir mis cosas sobre el mismo asunto. Estaba bien escrita, elogió a todo el mundo, y, en particular a usted. Pues bien: El Lábaro tuvo la desfachatez de decir con una mala fe, preñada de toda suerte de segundas intenciones, «Habló también de Galán».

Para muestra, basta y sobra con el botón.

Como que de todos los ataques de los intelectuales –ellos son, por lo visto, voluntariosos o sensibleros,– solo me han dado a mí un arañazo cuando me metí con Mariano Berrueta, y no vieron ¡pobrecitos! que detrás de mí, estaba su churrigueresco Unamuno.

Y es la segunda cosa de la ciudad que de Campesinas he oído elogios a Maldonado, Pinilla, Unamuno etc. que no había oído de Castellanas. Se ha reconciliado usted con los pobres diablos que auguran, muy serios, que el dogma político es cuestión de estética. Hay, en efecto, mayor agilidad de espíritu, cosas nuevas de hombre que marcha. Estoy muy lejos de ver ese erotismo que quiere mirar Unamuno.

Usted sospecha, mi buen amigo, que ando yo en tratos con los libreros y algo hay de verdad, en efecto. Quiero publicar un libro donde vayan mi conferencia sobre Pereda, mis Cartas de Mujeres, los artículos que escribí desde Bilbao, los escritores salmantinos (Berrueta, Maldonado, Unamuno, Barco (J. y R.), García Maceira, Zeda, Pinilla y usted) algunas crónicas y unos artículos que quiero hacer desde Galicia, si me resulta un viaje que tengo proyectado al mes que viene, después de mandar a paseo, por cuatro meses, mis tareas escolares. Desde allí, le escribiré. De ir, como quiero, es seguro que visitaré Orense, La Coruña, Villagarcía, Ferrol y Vigo, que conozca a Lamas Carvajal y a D.[sic] Emilia. Quiero además aprender gallego y enterarme de su literatura regional. Este es el trabajo que me tiene intrigado, por ahora.

Es muy posible que, en el mes de Junio, pueda darle a usted una buena noticia. El teniente Alcalde de este Concejo Tomás Hernández, me ha prometido apoyar una proposición en el Concejo para consignar no sé qué montón de pesetas con el objeto de celebrar, en Octubre, una fiesta literaria. En esa fiesta quieren mis paisanos que figure usted. Ahora todo se reduce a un proyecto, pero yo le avisaré oportunamente y le diré lo que hayan resuelto los ediles.

En este pueblo nada. Acaba de fallecer una muchacha, casada con el Alcalde, hija de Doña María Peñalosa[414]; me parece que está emparentada con la mujer de su hermano Baldomero.

Escriba alguna poesía, de vez en cuando, y ya sabe el placer que tendrá en leer sus cosas su buen amigo que le quiere

José Sánchez Rojas

CARTAS A PEDRO DORADO MONTERO[415]

Salamanca, 29 de abril de 1904

Sr. D. Pedro Dorado Montero.

Muy señor mío:

Me dicen ahora que ~~ayer~~ hoy no se entró en clase por no sé qué funerales de la Reina Isabel II.

Como a V. le habrá extrañado que yo, becario, teniendo más obligaciones que nadie de asistir a clase, no asistiera, he de decirle que estoy en cama, con anginas, y que, desde la cama, le escribo.

[414] María López Peñalosa, esposa de José Rodríguez Rubio, alcalde de Alba de Tormes.
[415] Procedencia: Archivo de la Universidad de Salamanca.

No sé cuando podré ir a clase. Probablemente, desde el primer día de la semana que viene.
Soy suyo affmo. s.s. y discípulo,
José S. Rojas
Salamanca 29 abril 1904

Alba de Tormes, 22 de julio de 1904

[Tarjeta postal]

A D. Pedro Dorado Montero
(Béjar)
Navacarros

Alba de Tormes 22 de julio de 1904

Mi querido maestro y amigo: Recibí su tarjeta del 18. Mi petición es, que, si usted tiene tiempo, me indique aquellos libros que yo deba estudiar para iniciarme en los estudios de antropología.

La excursión, en efecto, me ha encantado y siento haber vuelto a Alba donde me aburro soberanamente. Es muy hermosa Galicia. Me he traído muchos libros gallegos y no conozco gente más expresiva y rebelde que sus poetas (Curros, Lamas, Rodríguez etc.)

Dispénseme estas molestias y sabe que le quiere su amigo
José S. Rojas

Alba de Tormes, 28 de agosto de 1905

[Membrete: José Sánchez Rojas – Alba de Tormes] y Agosto 28 de 1905

Sr. D. Pedro Dorado.

Mi querido maestro: Aunque sé que se halla V. fuera de Salamanca, le escribo ahí porque unos me dicen que se encuentra V. en Navacarros y otros en Fuentelapeña. Y desde su casa supongo que le mandarán a V. esta carta.

Le ruego, en nombre de mis comp^{os} de Gente Joven, que en unión de los Sres. Unamuno, Maceira, Maldonado, Berrueta, Bustos y Segovia (no sé si me falta algún nombre) se digne aceptar un puesto en el jurado de los Juegos Florales, si es que está V, en condiciones o piensa largarse a Salamanca para el mes que viene y no le ocasiona ninguna molestia el pertenecer a ese jurado calificador. Usted dirá. Hacemos esto para contar con V. antes de enviarle el nombramiento, porque queremos arreglar particularmente las cosas antes de dar un paso oficial. Las repulsas públicas son siempre malas y perjudiciales.

Y no va más.
Sabe le quiere su discípulo y amigo
José Sánchez Rojas
Tengo mucha prisa y no me extiendo más.

Villar de Peralonso, 28 de junio de 1906

Villar de Peralonso (Ledesma)
28 Junio 1906

Mi querido maestro: Desde este rincón donde todavía pasaré unos días, le felicito muy cariñosamente deseándole toda clase de prosperidades.

Y nada más, porque me he levantado muy tarde y va a salir el correo.
Salude a los suyos.
Un abrazo de su discípulo y amigo
José S. Rojas

Madrid, 14 de octubre de 1906

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] y 14 de Octubre de 1906

Mi querido maestro y amigo: Hice el firme propósito de despedirme de usted y de irle a visitar antes de venir a Madrid, pero más bien que viaje, lo que hice fue una escapada para ahorrarme la vergüenza de tener que presenciar la juerga maurista de Alba. Mi tontería política fue un caso de abulia inconcebible, pero como presentaba, al menos exteriormente y para los que no me conocen por dentro, todos los caracteres de una cuquería de mal género, quise escurrirme a tiempo de aquella enorme barbaridad. Afortunadamente, mi dolencia se va calmando, porque me he propuesto hacer una vida seria y elevada, apartarme de todos y de todo, y disciplinarme robustamente la voluntad.

Asisto a las clases, aunque saco muy poco provecho de ellas. Ureña se me antoja sencillamente insoportable, Prida me parece un profesor como hay muchos, discreto y atildado, sin ningún saliente de importancia; Aramburu ya no puede estudiar, porque está casi ciego. Azcárate me parece ya otra cosa. De la clase del Sr. Giner no soy alumno oficial, pero sí pienso ir a su clase asiduamente desde ~~el 15~~ mañana Lunes, pues estos días no he parado de encargos, de visitas y de ocupaciones por la tarde.

Vengo a la biblioteca del Ateneo todas las tardes a estudiar y el primer efecto que me ha causado esto ha sido el de atontamiento por el montón considerable de cosas que aquí hay. Querría verlo todo de un golpe y los tres o cuatro primeros días he estado sin hacer nada por querer~~lo~~ hacer todo. Ahora ya me he sometido a un plan, para trabajar con orden y con método. He comenzado a estudiar a Carrara[416], para continuar luego con otros expositores clásicos del derecho penal, y después de tener una idea exacta de las cuestiones en conjunto, meterme en cosas monográficas y en cuestiones particulares. Aquí quiero también ir trabajando sobre la memoria del doctorado. Pero quiero no proponerme ningún tema a priori, sino esperar a que este brote de la sugestión y del interés que me despierten los estudios. Las asignaturas dan muy poco que hacer, y con una lectura un poco meditada de los apuntes o del horrible libro de Ureña, se sale gallardamente del paso.

No he comenzado aún a tratar a la gente literaria y científica. Únicamente he saludado a Acebal y he sido presentado a Pedro González Blanco, que no me gusta nada. Es un señorito erótico, pedante, el enfant terrible de la cacharrería, a la cual no he bajado más que una sola vez. Acebal, en cambio, me ha causado excelente impresión personal a primera p vista. Pero no quiero conocer a las celebridades, porque con toda seguridad, me causarán un desencanto; prefiero seguirlos desde lejos, como a las novias que van acompañadas de sus hermanos.

De mis condiscípulos, hay uno de Oviedo, recomendado a Giner, que me agrada y con el cual he hecho, juntamente con Lázaro Junquera, las mejores migas. La masa general es de Valladolid, Sevilla y Valencia, gente que está muy por debajo del nivel medio de los estudiantes de ahí. Lo peor de todo son los madrileños de matrícula de honor, a quienes han preguntado estos primeros días.

Y concluyo aquí, sin perjuicio de seguir otro día con nuevas impresiones. Las que tengo son estas que le digo a Ud.

Le quiere muy de veras su discípulo y amigo
José Sánchez Rojas

s/c Jacometrezo 46 2º

Madrid, 30 de noviembre. de 1906

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] y 30 de Noviembre. de 1906

[416] Francesco Carrara (1805 - 1888), jurisconsulto italiano.

Mi querido Don Pedro: Desde hace varios días pensaba escribir a usted, pero me he dejado dominar por la pereza hasta que hoy, un día libre de tareas estudiantiles, le escribo nuevamente.

He conocido a Don Adolfo Posada y a Bernardo de Quirós en el Instituto de Reformas Sociales, donde acudiré, desde Enero, todas las tardes, a trabajar sobre El contrato de trabajo que me servirá de trabajo para Azcárate y de tema para la memoria del Doctorado. Ahora estoy estudiando a Chatelain[417], Stocquart[418] y otras cosas que hay en el Ateneo. En el Instituto tengo una librería dedicada a cuestiones sociales exclusivamente, bajo la dirección del Sr. Posada. Fui presentado a él por un hijo de Leopoldo Alas, amigo mío.

Voy conociendo esto mejor y cada día tengo que añadir una desilusión más a la ya larga lista que tengo de ellas. En mis clases sobre todo, estoy perdiendo el tiempo de la manera más espantosa. Ninguno hace nada de provecho. Aramburu perora, Ureña memea, Prida continúa diciendo cosas insustanciales y Azcárate despacha de prisa y corriendo. He comenzado a rebelarme ya contra todo esto. Espero, sin embargo, cumplir y hasta sacar notas, porque esta todo a un nivel muy bajo.

¡Y de política! Las cosas que he husmeado estos días ¡válgame el cielo! Vistas las cosas desde fuera tienen su lógica, pero aquí sumergido en ellas, dan ganas de vomitar. Moret, un traidorzuelo de baja ley, (como conferenciante estuvo horrendo el Domingo pasado en el Ateneo) ha cometido una serie de juicios, que yo creía insubsanables, pero que los políticos se perdonan fácilmente. El secreto de todo es que el Rey, después de su última cacería, ha venido dispuesto a que no se discuta siquiera ~~la~~ el proyecto de Asociaciones y que está molestado con López Domínguez por el apoyo que se ha dejado prestar de los republicanos.

De otras cosas, nada. A Blasco Ibáñez le han puesto en la Princesa su "Intruso" oyendo aplausos de prestamistas, republicanos y prostitutas, gente toda ella, naturalmente, muy radical. Es aquello un sucio canto a la grosería, a la brutalidad, a las pasiones violentas. Por higiene, debieran encarcelarlo. Y esto era poco.

Muy pronto he de visitarle a Ud., porque el 7 salgo de aquí para Alba y hacia el 12 o cosa así pasaré varios días entre el Villar y Salamanca, lejos de la familia.

A Cándido Pinilla remito todos los días impresiones breves de cosas madrileñas. Estaba constantemente encima de mí, y, al fin, ha vencido. Esto no me hace perder el tiempo, porque escribo en clase de Ureña.

Bernardo García de Candamo y Francisco Acebal me han hablado largamente de usted. Y Don Francisco Giner también me pregunta por usted, siempre que lo veo.

Hasta cualquier día.

Le quiere muy lealmente su discípulo y amigo

Jose Sánchez Rojas

Con Eduardo Marquina charlaré largamente el Lunes. Estoy deseando conocerle.

Madrid, 5 de febrero de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 5-II-907

Querido don Pedro: Soy un perezoso. De un día para otro he dejado el escribirle y no quiero prolongar por más tiempo este silencio. Verdad es que no he parado nada; que esto va de mal en peor, pero, así y todo, no quiero que Ud. me tache de olvidadizo. No lo soy y menos con Ud.

Supongo que habrá Ud. recibido el primer número de Sagitario, donde publico lo de los exámenes (una parte, dejando lo restante para Febrero) Si no lo ha recibido, póngame una postal y yo le enviaré con gusto uno de los ejemplares que me quedan. Tendré mucho gusto en ello.

Trabajo, estudio y leo mucho. Después de mil vacilaciones y escarceos, me he decidido a presentar a D. Gumersindo Azcárate, y luego, como memoria para el grado, una cosa sobre el tema "Concepto de la autoridad y de la ley en los místicos". Estoy contento de lo que va hecho:

[417] Emilio Chatelain. *El contrato de trabajo*. Traducido por Adolfo Posada.
[418] Emilio Stocquart autor de *El Contrato del Trabajo* traducido al español por Ciro Bayo.

se me ocurren mil cosas. Cuando esté concluido y en limpio, se lo enviaré a Ud. Mi gusto sería, –si tiene tiempo para ello– me haga cuantas observaciones y reparos tenga por conveniente. En las clases sigo perdiendo el tiempo de una manera espantosa. Ureña es, sencillamente, inaguantable. La cosa es que sabe de lo suyo, pero es pesado, boyuno, horriblemente pelma. Lázaro ha tomado esto en serio y se va a morir de aburrimiento.

Francos Rodríguez me ha abierto las puertas del Heraldo. Posiblemente, haré algo cuando concluya la Memoria. Temo meterme en los rotativos. No puede Ud. hacerse idea de cómo aplanan y cómo cortan la rebeldía y la sinceridad; Azorín, Marquina y Maeztu han dejado de ser lo que eran por el rasero con que les miden los directores de los periódicos donde ello colaboran.

Con Azorín estuve días pasados en el Congreso, hablando de su futura conferencia en el Círculo Mercantil. Al Castellano [sic] enviaré dos artos sobre eso que ya están hechos; solo espero a que Martínez Ruiz me envíe un retrato para que lo publique Cándido Pinilla. La colaboración asidua en el Castellano me place cada día más: no me lleva tiempo, no me cuesta trabajo alguno y me acostumbra a escribir. Además, son muy cariñosos los Pinillas conmigo.

El Viernes por la noche salgo para Salamanca. Temía pasarlos aquí por eso voy a pasarlos entre Udes. con entera quietud de espíritu. Y como he de verle y hemos de charlar de todo, no le escribo más.

Mucho le quiere su discípulo y amigo

José Sánchez Rojas

Madrid, 2 de marzo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 2 Marzo 1907

Mi querido Don Pedro: Hace días saludé a Ud. en una postal del Museo. Y Eugenio Calón le remitirá o le habrá remitido a estas horas los nos de Enero y Febrero de la revista Sagitario que publica lo que Ud. ya conoce sobre los exámenes, si bien, en su última parte bastante alterado y modificado.

Ahora bien, yo voy a editar ahí, en Salamanca, a escape, una vez que estén las cuartillas listas, y no me faltan más que 12 ó 14 que copiar, eso, el discurso que leí en esa Universidad el 2 de Abril y otra cosa, también estudiantil, leída cuando el centenario del Quijote. Y además, he hecho un prólogo para que el librito, sin ser voluminoso, sea algo nutrido. Yo le quiero dedicar a Ud. esa mi primera aventura, pero quiero contar, de antemano, con la aceptación de Ud. Lo de los exámenes, es, publicado en Salamanca y para Salamanca, algo escandaloso y rebelde, aunque mi propósito, al hacerlo, fuera completamente serio. Ha de ofender a unos y molestar a otros, por consiguiente. Las otras dos cosas son aparte. En el prólogo quiero sincerarme y creo que lo consigo, atacando al profesorado, a todo, desde una parte más alta. El librito está hecho para que lean los estudiantes, con la mira puesta en ellos. Y aunque esto de dedicar un libro es cosa de cuya responsabilidad contesto yo, por tratarse de los que se trata, quiero que Ud. me diga que acepta, para caminar sobre esa base, antes de dar las cuartillas a las cajas. Pensé primero consultarle y que Ud. fuera el primer sorprendido, pero lo he pensado mejor y le escribo esta carta. Y le ruego, además, que si no tiene grandes cosas que hacer, me conteste a esto prontamente, para imprimir el librito cuanto antes.

Aquí no pasa nada. Anoche me aseguraron que Ureña quiere, a toda costa, prestarse candidato republicano por Salamanca, y restar a Isidro, por consiguiente los votos de los radicales. Solamente se habla de política. Los conservadores, Lacierva, Vadillo, están haciendo una de horrores que no tiene fin. Se cree que después de las elecciones, Maura dejará indefenso y pegará un puntapié a Lacierva, como ya ha hecho con Sánchez Guerra y el Conde de San Luis.

Hace ocho días o cosa así, vi una velada en honor de Valera. Dª Emilia, la inevitable Dª Emilia, injurió la memoria del pobre Don Juan. Me está cargando de una manera indecible la buena señora. Me va pareciendo una imbécil que escribe bien, que tiene mucho talento, que posee una gran cultura en sus cosas, pero... imbécil. No tiene noción de la justicia; es tan vanidosa como ingrata. Además, padece de miopía y no sabe el puesto que tiene, que no es seguramente el de pastora de espíritus ni despertadora de las gentes.

He conocido a Andrés González Blanco. Tiene usted razón; está muy bien, pero yo creo que tiene el defecto de saber demasiado. No sabe contenerse y baraja nombres, libros, fechas

y latines. Es lo mismo que escribiendo. Es genial y extravagante, tonto y fino. De condiciones morales, me dice Candamo que está a la altura de su hermano Pedro.

De murmuraciones. Se dice que Benavente ha vendido una misma obra a dos editores y que será denunciado por estafa ante los tribunales. (Hasta ahora, tiene hipotecadas hasta cinco veces sus obras.) De Pedro González Blanco cuentan también, con todos los visos de certeza, que ha estado cobrando varios meses 50 pesetas, y otros 100, de D. Santiago Pérez Triana, por acciones de una Revista (cuyas acciones no existían), y que han descubierto el vergonzoso timo Ródenas y Martínez Sierra[419]. Azorín me dice muy serio que hay que trabajar el distrito y hacer un manifiesto a los electores. Estoy esperando una fotografía que le ha hecho Franzen[420] para publicar nuestra interview que está muerta de risa en El Castellano. Desde Carnavales, me preocupo de las clases y estudio para sacar los sobresalientes y, nota final, que es posible que vaya yo a Bolonia y que Onís se largue pronto a Alemania, a Berlín.

Hice una cosa, que no sé si vería Ud. en el Heraldo, sobre Castilla. Y Blanco y Negro me publicará una cosa, de un tono que he procurado que sea muy delicado. El gorro, un diálogo entre una casada que va a parir a su primer hijo y una amiga suya, que se va a casar, mientras hacen el gorro azul del nene. Estoy alejado de la crápula, aunque no rehúyo ver el vicio, y algunas veces me siento con presentimientos fuertes de paternidad futura. Eso a El gorro.

Mi padre, mejor. Me escribe cartas largas, tristes y muy cariñosas. Hace vida tranquila, y con esto, a juicio de los médicos, podrá vivir aún algunos años. Yo estoy con el alma en un hilo, como Ud. comprenderá, porque todo mi plan para el futuro depende de esto. Lo mismo puedo ir al extranjero que apechugar con unas oposiciones a notarías, para asegurar el pan de los míos.

Y basta ya. Sabe le quiere muy de veras su discípulo y amigo

José Sánchez Rojas

Madrid, 4 de marzo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

Querido Maestro: Gracias por aceptar la dedicatoria del libro. En mi nombre, se las dará la Gioconda del divino Leonardo. No está bien del todo, pero es la postal de más parecido. Calón le mandará a Ud. los dos nos de Sagitario.

El librito calculo que estará despachado pª mediados de mes.

Va el Heraldo con mi artículo[421]. Van otras cosas de L. Palacios y Posada que están bien, en ese número.

Con gusto continuaré informándole de lo q [sic] llame mi atención. Estoy de prisa [sic]. Sabe le quiere su discípulo y amigo

José Sánchez Rojas

4 marzo 1907

Madrid, 21 de mayo de 1907

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 21 Mayo 1907

Mi querido maestro: Dos palabras.

[419] Fundador de la revista *Helios*, en compañía de Juan R. Jiménez, Pedro González-Blanco, Ramón Pérez Ayala, entre otros.

[420] Christian Franzen (1864-1923), famoso fotógrafo danés afincado en Madrid.

[421] Se trata del artículo "Del espíritu castellano" (*Heraldo de Madrid,* 22-02-1907) publicado en *El Castellano* el 8 de marzo (O.C. Tomo V, página 157).

Envié a Ud. con una carta un ejemplar de mi folleto sobre exámenes que dedico a Ud. Como nada me ha dicho Ud. sospecho que una cosa y otra se hayan extraviado.

Si es así, avíseme para insistir y enviarle nuevamente ejemplar.

Le veré muy pronto. En Semana Santa fui a verle y no se encontraba Ud. en casa. Pero ahora pararé más tiempo ahí.

Le quiere

Rojas

(Nota)

Examinado con Azcárate, Urueña y Aramburu: Bien, sobresaliente. Lázaro examinado con Prida además. Lo mismo.

Madrid, 7 de junio 1907

Querido D. Pedro. Le debo una carta larga, pero como dentro de muy pocos días salgo de aquí –el lunes– nos veremos en esa y mejor charlar largo y tendido. Hay tema para rato, los catalanes, el proceso de la bomba etc. etc.

Muy de veras le quiere

Rojas

Calón ha trabajado en la Cárcel Modelo. Pero yo que le he visto como trabaja, creo que es todo ello convencional. Para entender a los anormales y a los asesinos hay que ser asesino o anormal. El señorito, el dilettante que va a sobarles un rato saca de ellos lo que el negro del sermón.

Ya le contaré cuando charlemos de silla a silla.

Yo no puedo leer la memoria hasta Setiembre.

Madrid 7 junio 1907

Villar de Peralonso, 30 de junio de 1907

Villar de Peralonso, 30 junio 1907

Mi querido don Pedro: Con eso de haber andado de viaje me olvidé de felicitar a Ud. el día de su santo. Valga por ayer hoy y reciba Ud. las felicitaciones más cariñosas de su mejor discípulo y amigo que le quiere

Rojas

Alba de Tormes, 2 de diciembre de 1907

Mi querido D. Pedro: Hoy, sin perjuicio de escribirle al detalle enseguida desde Madrid sobre mi plan, me despido de Ud. provisionalmente para Bolonia.

Estuve la última sem. en Salamanca. Me dijeron que Ud. estaba enfermo. Por ello, no le vi.

Voy a Jacometrzo 46 2º. En Madrid estaré 2 o 3 días. Si Ud. puede enviarme alguna carta de utilidad, se lo agradeceré. Hasta enseguida y un abrazo de su viejo discípulo y amigo

José S. Rojas

Alba 2 Dicbre 1907

Madrid, 13 de marzo de 1909

[Membrete: ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID]

13-III-9

Querido don Pedro: Hace tiempo que no escribo a Ud., que le olvido. Perdóneme.

Hoy, ante la desgracia del pobre Clemente[422], que tanto nos quería a los dos, vuelvo la vista a Ud., querido amigo. Estoy horrorizado y lleno de angustia.

Paso por una crisis espantosa yo también. Primero al volver de Italia, huido de la gente, ante una infamia de la gente formal que tenía toda apariencia de verdad. A usted le digo que no lo era. Unamuno, con sus ligerezas y su frío de corazón, me hizo padecer. Perdió entonces mi cariño, no mi admiración. Aquel golpe me hizo mucho daño. Ahora he liquidado con la hija de Montero, mi novia, con la que pensaba casarme este año y opositar para eso enseguida de aspirante a notario o barrendero. Y finalmente, amigo mío, se me abre otra senda nueva: la hija de no sé quién, militar, marino, diputado o pretendiente a diputado: no lo sé. Isabel era buena. Está buena e inteligente. Creo que tiene –esta– algún dinero, yo la seguí cuando no lo sabía, y ya me motejan de arrivista.

Con Ud. he estado desviado, pero he estado solo, muy solo, lleno de angustias. Ya me voy serenando y comienzo a reponerme. Estas operaciones quirúrgicas de los afectos son más fatales que las del cuerpo. Comienzo a vivir, y no me ha estado de más conocer de cerca la tristeza. Eso sí; estoy sin remordimientos.

Escribo ahora mucho. El otro día arremetí ~~Han~~ contra Unamuno en Nuevo Mundo. Me escribió el muy fresco llamándome impúdico y diciendo que esas cosas eran confidenciales. Le he respuesto[423] diciéndole que él ha tomado siempre a los que le hemos querido de veras de público y que yo tuve que romper con una familia, cuyos secretos llevó él al Heraldo.

Ahora vuelvo la vista a Ud. con veneración y cariño. Créame: soy bueno. Mi defecto es la vehemencia y el aturdimiento.

Ya le escribiré despacio.

Le quiere de veras su viejo amigo y discípulo

José Sánchez Rojas

Madrid, 18 de marzo de 1909

[Membrete: SENADO – Particular]

18-III-9

Mi querido don Pedro: Recibo su carta y ya le contestaré despacito, desnudándome del todo, mañana, pasado, cuando sea, porque ahora, dentro de un momento, voy a buscar a las Delicias [424] a mi padre y hermanilla que vienen a pasar conmigo mi santo. Y quiero que esta carta salga hoy.

Su carta me hubiera llenado de inquietudes si no estuviera ya lleno de ellas. Mire usted: he tenido que levantarme de la cama a las 4, desasosegado, inquieto, porque no quería sollozar y no podía menos. Procuro distraerme, lo consigo un momento, pero luego me aterra la soledad. En fin, ya hablaremos.

Aunque necesito, aunque quiero estar siempre en Madrid y hacer aquí por oposición una cosa –abogado del estado, lo que sea– iré ahí después de Pascua. Aunque voy de comitiva, le veré mucho y hablaré con Ud. mucho también. Espero noticia de Bolonia y de Florencia, que le comunicaré. Yo olfateo algo más concreto que ustedes, pero no sé... Creo que Alcina[425] me ha de decir cuanto sepa, que será, sin embargo, muy poco. Clemente estaba muy solo y muy enfermo en aquel Colegio.

Hasta enseguida.

Le quiere de veras su amigo

José Sánchez Rojas

Ateneo

Prado, 21. Eso para su hijo.

No tengo cosa mejor a mano. Le he guardado sellos y en mi casa de Alba están muertos de risa. Yo los hallaré cuando vaya.

[422] Clemente González Alonso, natural de Mata de la Armuña (Salamanca), fue rector del Colegio de España en Bolonia. Se suicido disparándose un tiro en el pecho.

[423] Antiguo participio pasado del verbo *responder* hoy en desuso.

[424] Antigua estación de ferrocarril madrileña

[425] Por Alzina (Joan Alzina y Melis)

Madrid, 24 de marzo de 1909

[Membrete/ Saluda: [426]
El socio D. José Sánchez Rojas *del – Ateneo Científico Literario y Artístico – B.L.M*
a su amigo Sr. Dorado y sin perjuicio de escribirle le adjunta los siguientes recortes sobre la muerte del pobre Clemente. Me parecen muy exactos y puede enseñarlos a los amigos
aprovecha esta ocasión para reiterar
a su profesor
las seguridades de su más distinguida consideración
Ah! Envíe eso de mi parte de Rodrigo Salván (hijo) cuando no se haya enterado
Madrid 24 – III – 9]

Madrid, 7 de marzo de 1911

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 7 Marzo 1911

Mi querido D. Pedro: Recibo su postal; gracias. En efecto, la traducción es toda mía, menos la dedicatoria. Quiso el editor que figurase el nombre de Canalejas porque espera que el Gobierno subvencione la biblioteca. Y yo firmé. Y luego me ha pesado porque para el publico claudico, sin ver que nada he de pedir a Canalejas ni a nadie.

Hare las oposiciones de abogado del Estado en Octubre, que hay seis plazas vacantes en Madrid, y yo, fuera de Madrid, nada hago. Aquí, sí.

He visto que no puedo ser más que escritor, que a ese oficio me llevan mis preferencias y ya pienso en el hueco que debo tapar para que el paternal Estado se cuide de mí. La pluma me produce algo. En Nuevo Mundo haré enseguida, en todos los números, la crítica literaria. Me conviene ese puesto porque se trata sencillamente de la publicación de mas lectores en España. En La Lectura hago notas y revistas de Italia. Colaboro en otros sitios, en las Ilustraciones de Madrid y Barcelona. Para España Moderna he hecho una cosa y para Nuestro Tiempo otra. En Por Esos Mundos comienzo en Abril impresiones sobre viejas ciudades. Empiezo con Cáceres. Y daré pronto, dentro del año, para la casa Renacimiento un libro sobre Casilla. Lo de los místicos, no; quiero saturarme bien antes de hacerlo.

Traducciones haré para Lázaro el Piccolo mondo antico de Fogozzaro y para Beltrán la Estética, de Benedetto Croce.

La versión del libro de Papini ¿la conoce Ud.? Se llama ~~El~~ Lo trágico cotidiano y el piloto ciego, algo muy extraño y muy hermoso. Si no la conoce se la enviare. Y luego, cuando concluya la corrección de pruebas, El crepúsculo de los filósofos del mismo Papini, que también dará la España Moderna.

Esta Semana Santa marcho a un pueblo extremeño, cerca del Monasterio de Yuste, y a dar una vuelta por Salamanca. Y entonces, veré a Ud. en su casa.

Aquí soporté la comisión salmantina que vino a salga lo que saliera, sin saber lo que quería. Fue la suya una triste peregrinación por los ministerios. Luego nos reunimos los salmantinos en un banquete que se dio a Fornos y Peláez. Fue muy triste aquello. Los médicos han hecho un cantón y quieren cubrirse con el trabajo de los muchachos que van saliendo. Yo me descaré con D. Indalecio Cuesta, le dije que los nuevos profesores hubieran sido lo mismo estudiando en Vitigudino y que, a pesar de sus maestros lo eran. Porque sucedió que un obrero, que es amigo de Oliva y ha sido policía, no me acuerdo de su nombre, se levantó para insultar a un Sr. Royo que no conozco y ningún médico protestó de aquellas intemperancias.

Federico tuvo que luchar de veras. Calón, no. Yo vi el último ejercicio de Barcelona y no me gustó porque nadaba entre dos aguas para complacer a Vadillo y a Valdés, siendo ya catedrático. Con Oliva, con Calvo, tenía aquello el aspecto de una reunión de amigos.

El que promete es Eusebio Diaz. ¡Demonio con el hombre! Es hábil y listo para la vida como nadie. Fue al Circulo Conservador a charlar de política catalana, que desconoce en absoluto y pude ver que Cavia, Dato y otros personajillos le toman en serio. Será diputado, obispo, lo que quiera. Y se avocó la cosa de la prensa en un santiamén.

[426] Se trata de una tarjeta preimpresa con espacios en blanco para rellenar. En cursiva la parte impresa y en letra regular la parte manuscrita de Rojas.

A mí me cogió para que le hicieran el retrato de Nuevo Mundo y no me dejó en paz hasta que no lo consiguió.

La política, mal. Canalejas caerá por la inmoralidad de su gente. Ya sabrá Ud. los horrores de Burell, de Calvetón y de Merino. El último, que ya no tenía dinero, cobraba del juego y de la prostitución y a eso obedeció lo de Méndez Alanis[427].

Ahora, Cobian se está coronando. A la recaudación de contribuciones de Barcelona ha dado un premio de 250.000 pesetas anual, a cambio de que nombre a su hijo Abogado con seis mil duros.

La prensa, horrible. Lo de Costa fue una serie de indelicadezas y de infamias.

¿Qué le pasa a usted? ¿Porqué [sic] no manda una temporada a paseo libros y papeles, para curarse del todo y volver al trabajo con más ganas?

Pepe González[428], el médico de Marina, muy mal. Está tuberculoso y lentamente va perdiendo la vida. Yo le veo mucho porque le quiero.

Y nada más. Ya le escribiré, cuando tenga reposo, y le diré a usted, que tan retirado del mundo anda, las cosas del mundo.

Le envía un abrazo su amigo y discípulo que le quiere de veras,

José Sánchez Rojas

Ateneo, Prado, 21

Madrid, 31 de marzo de 1911

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 31 Marzo 1911

Mi querido D. Pedro. Conmigo no tiene Ud. necesidad de excusarse. Lo que lamento es que siga mal. Otra cosa, no. Yo le escribo ahora porque hay mucho que contarle, pero Ud. no tiene necesidad alguna de cambiar impresiones conmigo. Ya las cambiaremos cuando vaya yo, pronto, por Sala[nca].

La situación es tremenda y los periódicos callan, callan, y callan. ¡Hay tal miedo al sable! Han amenazado con disolver a sablazos el Parlamento si se va a la revisión.

El discurso de Canalejas de ayer fue eso: pedir de rodillas a los republicanos el silencio, porque el ros está a la expectativa. El incidente repugnante del interrumptor de Soriano le dará a Ud. la clave de todo. Era un comandante y fue recibido con una ovación en la Peña. Hay más. Se lo digo a Ud. confidencialmente. La noticia viene por Amós Salvador. Canalejas dijo al Ministro de la Guerra que, para contentar a todos, se haría un simulacro de revisión donde se ratificara la sentencia. Accedió el General, que es un infeliz, y Canalejas, con su ligereza de siempre, creyó tener en la tasca –perdone el recuerdo boloñés– la opinión del ejército. Pero el ejercito le dijo que la opinión particular de Aznar no era la suya y que anduviera con cautela. Y así estamos. En este régimen, donde el Rey es Ministro de la Guerra y el Ejercito la opinión de Alfonsito que no piensa, estamos atados por los militarcitos. Me son tan antipáticos como Ferrer. Por supuesto, los militares son unos enanos de la venta. Si aquí hubiera recio espíritu liberal, se les sometería pronto con duchas de agua fría.

Ahora esperan que Pablo Iglesias le busque los pies al gato y meta en un conflicto al gato. Tovar[429] decía ayer que su hermano está fastidiado con el encarguito porque Iglesias no anda con teclas. Se dice que va a que le echen del Congreso. Si le echan, habrá que convenir en que el Ejercito este más alto que el Poder Moderador porque es de hecho inatacable. Si no le echan, los militares [d.l.: *mismos*]. Por cualquier parte conflictos de confirmarse los pronósticos.

Ya le escribiré estos días. A La Lectura no han enviado libro alguno de Ud. A Nuevo Mundo no sé, porque voy de tarde en tarde. De todos modos, si los editores no lo han enviado aún y Ud. los escribe, dígales que lo remitan al Ateneo o a mi casa, Cruz, 14, pral. En La Lectura son

[427] Ramón Méndez Alanis (1867 – 1915). Jefe Superior de Policía de Madrid entre enero de 1909 y noviembre de 19010 , y más tarde Director General de Seguridad (1912 – 1915).

[428] José González Hernández murió en Salamanca el 28 de julio de 1911.

[429] Se refiere al duque de Tovar, hermano del conde de Romanones.

formales. En Nuevo Mundo, no, aunque el libro tiene la suerte de que no lo roban, siendo cosa de Ud., es decir, no sicalíptico.

Póngase bueno, mejórese. Y no me escriba. Lo que quiero es enterar a Ud. y en Salamanca nada pasa para que Ud. me lo comunique.

Le enviaré enseguida el proceso Ferrer. Espere 3 o 4 días.

Le quiere y de veras

José S. Rojas

Madrid, 13 de mayo de 1911

Madrid 13 de Mayo 1911

Mi querido D. Pedro: Y ¿para qué me escribe? Yo no puedo tomar a descortesía su silencio, ni puedo consentir que, por ese género de consideraciones, Ud. lo rompa. Sigo, pues, correspondiéndole con la condición de que Ud. no me escriba si no me necesita para algo.

Le escribo desde el Congreso. Parece que esto se lo lleva la trampa. El Gobierno no puede con el cúmulo de cosas que tiene encima –Marruecos, Asociaciones, Consumos– Luego, la mayoría está descontenta y no aparece por aquí. Solamente venimos unos cuantos a tertuliar al salón de conferencias y a comentar el sinnúmero de ligerezas de D. José.

No se moleste en escribir a los de La Lectura. Yo les haré presente su carta.

Ayer pensaba haber ido con Zulueta a Salamanca. Y es el 2º proyecto que me falla. Zulueta sale para Alicante esta noche donde su madre está muy grave del corazón.

No he recibido su libro.

Le escribiré despacio.

Le quiere de veras

José S. Rojas

Madrid, 16 de mayo de 1911

[Membrete: Escudo de España – ~~*El Diputado a Cortes*~~ – ~~*por*~~ – ~~*Béjar*~~] 16 Mayo 1911

Querido D. Pedro: He procurado enterarme de las oposiciones entre Palacios y Saldaña. He oído versiones para todos los gustos. Por lo que he podido deducir, Palacios tenía poco preparado el programa y Saldaña tenía un programa bien hechito. Según otros, el triunfo de Saldaña ha sido una vergüenza. Le votaron Silió, Valdés y otro contra Azcárate y Aramburu que votaron ~~con~~ a Palacios.

Del asunto me ha hablado un Carrasco, bolonio, pero no fío mucho ni de su competencia ni de su discreción.

La política, mal. No sé qué pasa, pero pasa algo grave. Se habla continuamente de Weiler y se dice que Palacio está harto de los bomberos. Lo que sea, sonará. De todos modos, la crisis surgirá porque los diputados de la mayoría están incomodados ~~y~~ con los Ministros que nos sirven más que a las familia respectivas.

Luego, lo de los albañiles se pone feo.

Suyo affmo.

José Sánchez Rojas

Madrid, Mayo de 1911 [430]

[Membrete: Escudo de España – ~~El diputado a Cortes por Béjar~~]

[430] Aunque la carta está sin fechar, por el texto se desprende que debió de escribirla en mayo de 1911 ya que Carlos Padrós se presentó a Cortes por Ledesma como ministerial por esas fechas (*El Adelanto*, 31 de mayo de 1911), y a Rojas le publicó *El Adelanto* dos artículos sobre Talavera el 16 y el 20 de junio de ese mismo año (O.C. Tomo V, página 140).

Mi querido D. Pedro: No extrañe mi pereza, que harto fecundo ha sido para mi en trabajos el mes de Junio que ~~ha muerto ahora~~ morirá enseguida. Marché a Talavera de la Reina a descansar unos días, he traducido la Estética y la Ética de Benedetto Croce, he estado enfermo. Tengo un catarro pertinaz que me ha producido una afonía casi completa. Y me he dedicado a fabricar cuartillas para reunir unas pesetas y no pensar más que en el estudio por unos meses.

No sé si le he dicho que vivo con las más completa autonomía. Vivo de lo que trabajo, y dentro de la modestia, vivo bien, sin deudas y con algún dinero. Meses hay que saco 600 pesetas. Ahora claro está, quiero ser abogado del Estado más que por nada, por vivir aquí en este Madrid tan calumniado y tan poco conocido. Saldré para Alba en la primera quincena del próximo Julio y hemos de vernos en Salamanca.

Por aquí, nada. El Congreso Eucarístico, una manifestación conservadora. Me acuerdo de aquel apotegma del Villamelón de Pequeñeces del P. Coloma "Panza llena, alaba a Dios". Porque todo esto parece una manifestación de propietarios, usureros, banqueros, ricachones y contratistas al por mayor, que gritan ¡Viva el Papa-Rey! como podían pedir la derogación de la ley de usura. Los Obispos, tan campantes en los hombros de esa gente. Llenándose la andorga en casa de la de Squilache, que ha sido y es, a pesar de sus alifafes, una pájara de cuenta, ~~al~~ harto alegre y casquivana. Siempre quiso hacer una de popolo barbaro, pero discretamente la contuvo D. Gumersindo Azcárate.

Y nada más por aquí. En lo de Marruecos, dicen los enterados que Canalejas no hace tonterías y que lleva bastante bien el tira y afloja con Francia. Pablo Iglesias, mansito. Hace su papel, pero, en el fondo, la gente quiere bulla por andar Francia de por medio. Seguimos, como nuestros abuelos, odiando al gabacho, que es mala persona y egoísta.

De nuestra provincia, he oído a Padrós que va a Ledesma por el acta, cueste lo que cueste. Presume que no le ha de costar por cima de 10 ó 12 mil duros. Quiere pagarlo todo. El Adelanto, en acecho, pues cobra bastante bien sus comisiones políticas, por hacer que hace.

Claro es que, por carta, no se me ocurre así, de pronto, cosas que en una conversación saldrían. Pero espero verle pronto. Ahora me acuerdo de una exposición de cuadros de la viuda de Sturbe, magnífica; de la exposición de arte decorativo, preciosa, etc. Impresiones de Talavera las traigo estampadas. ¡Qué pueblo más bonito y más español!

Hasta pronto.

Sabe que le quiere de veras su amigo y discípulo

José S. Rojas

Cangas de Onís, 25 de julio de 1911

[Membrete: FONDA ANTIGUA DE LABRA – HOY DE – MANUEL GARCÍA – Coloniales y Vinos – Cangas de Onís]

25 julio 1911

Mi querido don Pedro: Recibí su libro "La psicología criminal en nuestro derecho legislado". Mil gracias. Aquí es el mejor regalo que puedan hacerme: libros. Aunque es muy bonito el sitio, y yo excursioneo demasiado, apenas hay vida social y la política tiene divididas y separadas a las gentes. Da grima. El conservador y la mujer del conservador no saludan al liberal y al yerno del liberal. O con Pidal o contra Pidal. Yo tengo que estar por encima de estas cosas y el equilibrio ese me moja. Un día hablé mal de Cierva y los negros tomaron posiciones contra el "interino". Pero al día siguiente apunté la sospecha de que Melquiades era un farsante y me tomaron por "canalejista de la derecha".

Procuro, sin embargo, desquitarme. He comenzado una aventura y acaso, acaso, deje por aquí algo que a volver me obligue. Es lo que me agrada, sobre todo, en este país: las muchachas. Son modositas, dulces, inteligentes y despiertas. Ellos, no. Borrachos, jugadores, politiqueros, pasan el día en el chamizo y no tiene el diablo por donde cogerlos. Son inteligentes, pero disipan el caudal en eso.

He visto Covadonga. Muy bonito el sitio, aunque de autenticidad dudosa. El santuario, una fábrica de chocolate, con ese deplorable gusto católico del día. A Oviedo iré el sábado y me informaré de la Universidad y de sus gentes. He notado ya, sin embargo, que no se ha perdido la memoria de Clarín. De Altamira hablan mal y no infunde sospechas, en cambio, Canella

que, por lo visto, es un "alma de cántaro". De Melquiades habla con elogio la gente porque está amasando una fortuna en el foro. Y aquí no se concibe más aspiración que la de llegar a rico sea como sea. El Registro, bien. Me trajo Oliva sabiendo que era buena, o mejor que de momento había trabajo. Podré llevarme, limpias de polvo y paja, de tres a cuatro mil pesetas, después de cubiertos gastos. Esto sin la menor burla a la ley. Tengo inscripciones tan buenas como más de una escritura de un Sr. Blanco; serán mil inscripciones y el valor de las fincas de tres millones de pesetas. Luego hay otras cosas de importancia. La liquidación también produce. El lunes ingresaré en hacienda, en Oviedo, 15.000 pesetas. El Registro debiera de ser 1ª, 2ª por lo menos, pero los Registradores consiguen unos honorarios bajísimos. Las fincas son pobres y malas, pero lo que no va en duelos, va en quebrantos. A falta de la calidad de las fincas, está su ~~calidad~~ cantidad, y es esta, y no aquella la que produce.

Le escribiré desde Oviedo. Ud. no se moleste en escribirme, ya que eso no le va del todo.

Creo que en Setiembre nos veremos. Yo estaré aquí algo más de un mes. Es, sin embargo, posible que más porque la Dirección retrasará el nombramiento del propietario.

Le quiere muy de veras su affmo.

José S. Rojas

Madrid, 10 de marzo de 1912 [431]

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 10 Marzo

Mi querido D. Pedro: Ahora mismo escribo a Lázaro para que me remita el libro de Papini, en el que creo que puse algo de mí mismo, al traducirlo.

Y al enviárselo le escribiré largamente y le preguntaré el medio de acercarme a la hija de Lombroso[432], la que es mujer de Guillermo Ferrero[433], si lo sabe, para un asunto que me interesa.

Aquí están los Núñez jaleando lo de Arapiles. A mí, por carambola, me cogieron ayer en el Congreso para ver a Canalejas que ofreció el oro y el moro. Luego, me libertó ese D. Clemente de Velasco, que es uno de nuestros paisanos más buenos, más inteligentes y más curiosos. Velasco es el propietario, como Ud. sabe de La Lectura, cosa que le cuesta un sentido, porque hay gentes como Dª Emilia que cobran un horror. ¡Siete mil pesetas costó La Quimera! Y luego, ella se quedó con sus derechos de autor.

Bueno, le escribiré al enviarle el libro. Y no me olvidare –nunca me he olvidado– de usted. Pero en este ajetreo de Madrid, ya sabe lo que pasa.

Le quiere muy de veras su amigo

José Sánchez Rojas

Barcelona, 2 de enero de 1913

[Membrete: *Ateneo Barcelonés – Particular*] Barna 2-I-13

Mi querido D. Pedro: Tiene usted razón. No le visité a pesar de haber estado en Salamanca y a pesar de las ganas que tenía de verle, porque le quiero mucho. Pero así fue, Lo dejé de un día para otro y mi mañana, como el de San Agustín, no acabó de llegar.

Aquí me encuentro en Barcelona, como usted sospecha, para regularizar, para normalizar mi vida. Y la voy normalizando y regularizando. Por de pronto, he normalizado la colaboración, que me de dinero aquí en Barcelona, publico casi todo lo que hago y ya conocerá algo usted. Luego, creo que entraré en la Trasatlántica. Me preparo para apechugar con la abogacía. Y finalmente, como remate ya que ello es la causa inicial del cambio de conducta, me casaré

[431] A primeros de marzo de 1912 asistió a Madrid una comisión de Salamanca para tratar del asunto del Centenario de la Batalla de Arapiles. Aunque la carta no lleva año, creemos que se trata de 1912.

[432] Marco Ezechia Lombroso, médico, criminólogo y psiquiatra, fundador de la escuela de criminología positivista. Dorado Montero fue uno de los difusores de esta escuela en España.

[433] Se trata de Guglielmo Ferrero historiador, periodista y novelista.

con la Senyoreta María Robert y Vidal, que ha sido amiga mía durante algún tiempo y que hoy es mi novia. No dirá usted que en tan pocas líneas van pocas noticias.

La muchacha me ha servido de espuela y ha podido más que mi pereza. Tiene mucho espíritu la chica y además dinero –yo no lo tengo– y quiero merecerla y ganarla, y trabajar aquí, y asentarme aquí, ya que a mí los cambios de ambiente, lejos de causarme enojo, me dan agilidad y alegría. Si al cabo del tiempo, usted me ve tratar de aranceles y derechos arancelarios, y del tejido [d.l.], no se extrañe. Así es la vida.

El ambiente catalán me interesa poco. Hoy un Diego Ruiz, aquí, en el Ateneo, que da conferencias sobre Maragall, bolonio[434]; es andaluz y aunque dicen que es una mala persona, lo que es mentalmente es de lo más completo y sagaz que he tropezado por Cataluña. Luego, ese tute de Santos Oliver, Eugenio de Ors, Valentín Camps etc.; un poco infantil. En la política Lerroux camina hacia el ocaso, pero es socio de Mariano y de Comillas en un Banco con cien millones de pesetas. Aquí no se ve más que dinero; de lo demás... no me he dado cuenta, y eso que me sitúo enseguida, y sé hacer amigos.

Calón está bien reputado. Eusebio Díaz, Luce pelo –luce pelo es un específico del Petróleo Gal y así lo llaman los estudiantes de Derecho– está totalmente, absolutamente desprestigiado. No hay uno solo que piense bien de él. Ahora asalta la dote de una Señorita Morena dos millones de pesetas, ya le han valido dificultades. Es el intento número ocho, según me dice otro bolonio, Pepe Riera que lleva la cuenta de las embestidas. Ya escribiré a usted largamente.

Feliz año nuevo le deseo; un año sin achaques, lleno de salud y de alegría. Una vez más le reitera su afecto cordialmente

José S. Rojas
s/c Diputación, 237, 3º

Barcelona, 22 de marzo de 1913

[Membrete: *Ateneo Barcelonés – Particular*]

Barcelona 22 Marzo [435]

Mi querido D. Pedro: Han llovido sobre mi muchas amarguras estos días en la campaña electoral que hice en Alba. Hirieron a mi padre y no me han evitado el menor disgusto. Ya, reanudada mi vida, sereno, recuerdo que hace tiempo que no le escribo a usted, y si es cierto que soy muy desigual en mi correspondencia, también lo es que soy muy constante en mis afectos y que el de usted –a quien tanto debo– lo llevo muy dentro de mi corazón. Ya comprenderá usted que estas no son frases, mi querido maestro y amigo.

Trabajo mucho, mucho. Mando el lunes un libro a Renacimiento donde he puesto el mayor cuidado. Se llama Retratos de mujeres. Se lo mandaré a usted a su hora. Hago ahora, para Nelson, el editor de Londres, una edición escojida [sic] de Gabriel y Galán; luego haré otra de Maragall y de Larra. Trabajo, pues mucho. Y aquí colaboro un horror y para Hispania (Londres) y Mercurio (Nueva Orleans). Además, voy de pasante a casa de Roig y Bergadá[436]. Estoy a punto de normalizar mi vida. Me caso en octubre. Mi novia es rica y por eso no me caso antes, no por ella, sino por los hermanitos que son catalanes y todo catalán cree que los castellanos venimos a gastarles los ahorros. Y yo tengo bastante orgullo para sobrarme y bastarme a mi mismo. Además, de libre, sigo aquí la carrera de Letras. Voy por el buen camino y trabajo diez o doce horas diarias. Y me [d.l.: *entona, entrena, entera*] y me alegra mucho el trabajo.

Para Abril iré a Salamanca seis y ocho días. Pero no haré lo de siempre. En Abril le veré a usted. Tengo deseos de abrazarle y de charlar con usted.

Voy entrando en esto. Tiene de todo. Los chicos intelectuales muy pedantes. Diego Ruiz –a quien usted conoce– empeñado en que hay una mentalidad catalana. Pero trabajan y es la voluntad el resorte de todo éxito. La prensa, más honrada que Madrid. El catalanismo, una farsa. Tan sucios andan administrando el Concejo y la Diputación como la comparsa de Lerroux.

[434] Una primera acepción de esta palabra sería la de *estudiante del Colegio de España en Bolonia*, pero una segunda, despectiva, equivaldría a *ignorante*.
[435] Si bien no tiene año la carta, el texto evidencia que se trata de 1913, fecha de otras cartas de contenido similar.
[436] José Roig y Bergadá, abogado barcelonés.

Todo eso del ideal es un velito –no muy tupido– para que los bobos no vean el negocio. Pero hay negocio. Yo estoy bien situado para verlo todo con independencia.

En fin, ya hablaremos.

Muy de veras le quiere su amigo

José S. Rojas

S/C Diputación, 237, 3º

Barcelona, 1 de abril de 1913

[Membrete: Boulangerie – Patisserie – Confisserie – Bombonerie – Royal – Rambla Estudios nº 8 – Barcelona – Telefono nº 2671 – Sala y Cia – Barcelona *1* de ~~*Marzo*~~ *Abril* de 191 *3*]

Mi querido D. Pedro: No se moleste usted en escribirme. Lo haré y yo basta. A mi paso por Madrid, recojeré [sic] la Estética de Croce. Le apunté a usted para mandársela y no lo hice por tacañería del editor, de Beltrán. No fue mía toda la culpa. Ni tema tampoco que deje de verle; al contrario, tengo vivísimos deseos de verle.

No tema usted que pare en… Diputado provincial. No me amargue usted la vida. Por mi gusto, escribiría tan solo. ¡Pero ya sabe Ud. lo que es [es]to de vivir solo de la pluma, sobre todo, al principio! Acaso por tener dinero mi novia, lucho más. Que si no… Lo de la abogacía, lo de la profesión, hágame Ud. el favor de suponer que me horroriza.

Barcelona… pues Barcelona, si, mejor que Madrid está, pero solo mejor que Madrid. ¡Si la viera usted de cerca! El casco bien; la gente mal. "Sleeping con viajeros de tercera" la llamó no sé quien, bien llamada. Ors –claro es– mejor que Cristóbal de Castro; Ruiz (Diego), con un talento soberano, pero… Le encontré una noche, a la salida de un teatro. Me llevó no sé dónde; salí asqueado. Es un chulo andaluz, pero de la peor estofa. La familia de mi novia trata mucho a su tío Rodríguez Méndez y Rodríguez Méndez no se habla con Ruiz. Ahora trae un lío de una nulidad de un matrimonio. Se casó con una prostituta y legitimó hijos que no eran suyos, de él. Un horror, pero un verdadero horror. Ahora anda del brazo de un editor, de un tal Dieste, y sigue con la dulce tarea de decir a estos comerciantes del "Passeig de Gracia" que tienen un cerebro que no es de serrín, como el de Castilla. A mí me presentó en una conferencia del Ateneo, se metió con Castilla, de paso, y yo, de paso, me metí con él.

Trabajo ahora en un discurso sobre Sánchez Ruano que leeré allí el día 23 de este.

Lo que es aquí muy agradable y barata es la vida. Y la montaña, y el mar. Los alrededores son estupendos, como usted sabe. Ahora leo a Maragall; aparte le envío los Elogios de sus Obras completas; se lo regalo a usted.

Muy de veras le quiere

José Sánchez Rojas

Ya verá usted qué bonito libro ese de Elogios.

Ud. Conocerá lo que publicó La Lectura.

S/C Diputación, 237, 3º

Barcelona, 3 de abril de 1913

Barcelona 3 Abril 1913

Mi querido D. Pedro. Hasta hoy no ha podido ir, certificado, el libro Elogios de Maragall. Quería que fuera con él un discurso de Ruiz y hasta ayer no llegó a mi poder; de aquí el retraso.

Estoy en el Siglo de compras con la novia y aprovecho un momento para escribir a usted.

Estoy editando el discurso que ahí leeré sobre Julián Sánchez Ruano, mi tío abuelo, el 23 de este mes. Así que esté listo, y antes que lo conozca la gente, se lo enviaré a usted, mi querido D. Pedro.

Ayer leí una cosa en el Ateneo sobre Salamanca –paisaje, piedras–. Gustó. Con Ors hablé de usted. Me dijo que le había conocido en París, que le agradó Ud. mucho porque descubrió en

Ud., a través de cierta hurañez aparente, un gran fondo afectivo. Le dije que coincidía conmigo y con mi gran amigo Clemente de Velasco –que le quiere a usted mucho– y que es también un poco como usted.

Estoy de prisa. Dígame en un renglón si recibe el libro para mi tranquilidad.

Le quiere

José S. Rojas

S/C Diputación 237, 3º

Alba de Tormes, 6 de abril de 1914

[Membrete: EL SECRETARIO – DE LA – COMISION DE FESTEJOS – DEL – CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESÚS – ALBA DE TORMES] y 6 abril 1914

Mi querido D. Pedro: Perdóneme usted, si contrariando sus hábitos, le he citado nominalmente en un caso de justicia para jalear el indulto de unos infelices que llevan 9 años en un penal, castigados por un homicidio que no cometieron. Le supongo enterado de las cartas que sobre este particular hemos escrito en El Adelanto Eudoxio y yo. Diga usted algo, ponga usted algo –ocho líneas–. Anímenos

El nombre de usted es, por lo menos, garantía de que la gente se fije. Si quiere datos más íntimos, yo se los daré cabales y completos.

Corrijiendo [sic] las pruebas del Manual. Se lo mandaré así que salga.

El Derecho y sus sacerdotes me ha sugerido una serie de observaciones que ya verá Ud. en La Actualidad, que le enviaré.

Sígame tachando de inconsecuente, en todo menos en el afecto verdadero que le profesa

Su discípulo

José Sánchez Rojas

Aquí metido a organizar el centenario de Santa Teresa. ¿Porqué no viene usted un día y le llevo a comer fuera, al Monasterio de San Leonardo, que está a media legua de aquí, que es muy hermoso y que usted no conoce? Se lo diría a Castro y lo pasaríamos los tres juntos. Anímese usted…

Alba de Tormes, 14 de abril de 1914

[Membrete: COMISION DE FESTEJOS – DEL – CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESÚS – ALBA DE TORMES] 14-IV-14

Mi querido D. Pedro: He recojido [sic] la información de que hablé a usted. Todo el pueblo de Alba hará constar en El Adelanto que cree en la inocencia de los condenados por homicidio.

Uno de ellos, Serapio, es lo que se llama un bendito, un buen hombre a carta cabal; el otro, Leandro, hombre de agallas, riñó con un matón que ataba con cuerdas los testículos de los muchachos, que pegaba a un anciano ciego, que meó al Alcalde en el teatro. Y el muerto el día del homicidio era también ratero, ladronzuelo corriente y moliente y guapo de oficio que sabía cobrar el barato. Con su muerte quedó tranquilo el pueblo y todo el mundo se alegró de lo sucedido.

Al caso concreto. La familia del muerto acusó al padre de los hoy condenados porque tenía dinero. Se instruyó el sumario. Se vio el juicio oral. El defensor aconsejó a Leandro que adoptara un tono desaprensivo y parecía culpable siendo inocente. Las preguntas del veredicto eran un lio. Los jurados de Alba –que conocían la cosa– quisieron contestar a todo negativamente; los de fuera por castigar su desaprensión a Leonardo creyeron que al decir sí a la pregunta de "si los condenados agarraban al muerto al recibir este la puñalada" era cosa de poco más o menos y vino naturalmente calificación jurídica de coautores y la pena consiguiente. El matador, Agapito, mató al Antonio con una navajilla de merendar. Fue a pincharlo y lo mató porque lo atravesó el ventrículo derecho.

Todos los comprometidos hubieran matado en aquel momento. Después, no. Fue la mala hora de cualquier persona normal. En cambio el muerto les hubiera matado entonces y siempre, acalorado y sin acalorar. Si les indultan los dos se incorporarán al pueblo como si tal cosa. Es más, el verdadero autor, Agapito, con saber todo el mundo que dio la puñalada, goza del mejor concepto, nadie le rehúye y es un trabajador –carretero– honrado y económico. Podría escribir mucho sobre todos, pero con lo que le digo ya sabe Ud. lo que quiere.

Y le ruego que intervenga, que diga algo. Al menos, escudándome en la intervención de Ud. hablaré y escribiré yo en Madrid. Escribí a Palomero para lo del Imparcial y nada me ha dicho todavía. Dará usted impulso a una cosa de honda justicia, que puede acabar con el matonismo de aquí. Un hermano del muerto –buena persona– pedirá el indulto también. Esto dice más que todo.

Mande a su amigo[437] que le quiere muy de veras
José S. Rojas
Va "La Vanguardia"

Alba de Tormes, 15 de abril de 1914

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – ALBA DE TORMES][438] 15-IV-14

Mi querido D. Pedro: Recibo su postal. Yo, mañana, Jueves, voy a Salamanca y casi puedo anticiparle que me será materialmente imposible verle, que voy a estas cosas del Centenario. Procuraré, sin embargo, hacer un hueco y verle. Pero vuelvo el sábado y entonces le veré seguramente.

Quiero esperar para cerrar esto del indulto. La gente de aquí manda hoy un escrito al Adelanto diciendo que cree en la inocencia de los condenados y firma mucha gente conocida y, sobre todo, pueblo. Luego un mitin de donde salga la solicitud a los Reyes y requerir a los Diputados y Senadores de la Provincia, a todos ellos, para que la lleven a Palacio y gestionen el indulto de Gracia y Justicia. Ese es mi plan, fuera de los trámites y roderas ~~de tramites~~ oficiales y sobre ellos. Lo de Pinilla está bien y lo de Ceballos le habrá convencido de lo que le decía a usted sobre la teatralidad deplorable del juicio oral.

Si puedo –haré lo imposible– le veré mañana. Si quiere decir algo, querido D. Pedro, yo mismo le serviré de amanuense. Deme usted su nombre; nada más. Y yo me basto y me sobro para todo lo que venga.

Le envié La Vanguardia. Y le mandaré lo que suele hacer Azorín los Martes –mañana vendrá el nº– y alguna cosa que yo haga. Es donde escribo con más cuidado y tiento.

Sigo muy affmo.
José Sánchez Rojas

Madrid, 1 de noviembre de 1917

[Membrete: Regia Ambasciata d'Italia – L'Addetto Navale – MADRID – SPAGNA – Informacione . . . . . – N.º . . . . . – Data . . . . .]

1 novbre 17

Querido D. Pedro: Aparte van unas cosas de propaganda italianas.
Estoy encargado de ella
Un abrazo de
José S. Rojas

Ateneo
Prado, 21

[437] A partir de aquí, por falta de espacio, está escrito al inicio de la carta, en el hueco existente entre el membrete y el margen superior, y la fecha y el saludo a D. Pedro.

[438] Borde negro de luto por la muerte del padre de Sánchez Rojas el 12 de enero de 1914.

Madrid, 6 de noviembre de 1917

[Membrete: JOSE SANCHEZ ROJAS – Plaza de Santa Ana, 17, pral – MADRID]

Mi querido D. Pedro: He dado orden en España para que le envíen a usted gratuitamente, a guisa de colaborador futuro, nuestra España. La recibirá usted desde el Jueves.

Van unas postales… En la Agregación Naval de la Embajada de Italia tengo unos paquetes preparados para usted con cosas muy interesantes. Ahí estoy encargado de toda la propaganda aliada de nuestra pobre Italia, con un sueldo magnífico.

A su hijo le llevé el otro día y [d.l.: tengo, largo] de postales y de cosas.

Le mando unos Parlamentarios. Estoy en plena producción. Y enseguida le mandaré libros: ando ahora de pruebas.

Celebraré que vaya usted mejorando. Le repito que Araquistain espera sus cosas como agua en Mayo. Ya sabe usted que de veras le quiero.

Un abrazo de

José Sánchez Rojas

6-XI-17

Madrid, 9 de noviembre de 1917

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 19-Nov-17

Mi querido D. Pedro. Recibo su carta. Muchas gracias. Me extraña que no hayan llegado ciertos folletos e ilustraciones a su poder. Así es que hoy mismo me encargaré yo de recogerlos personalmente en la Embajada y de echarlos al correo.

Torno a preguntarle –que no lo sé– si recibió mi libro Las mujeres de Cervantes. Dígamelo para remitírselo en caso negativo.

Acabe días atrás otra cosa Paisajes castellanos, y acabaré mañana otro libro: Recuerdos de niñez. Que le mandaré

Ayer fue un nº de Iberia

Veo en El Día que les manda usted una cosa. Eso me hace suponer y me alegra mucho que está usted mejor. No nos olvide a nosotros, D. Pedro. Araquistain tiene verdaderos deseos de dar algo de usted en España. Yo también se lo suplico a usted. Acaso me niegue mi neofitísmo político actual, pero creo que es el único semanario de veras independiente.

Por aquí, un mar de fondo terrible. El primer día que tenga una hora libre le escribiré a usted largamente.

Hay tela cortada para rato. Ya verá usted.

Veo a su hijo con frecuencia.

Hasta pronto y reciba usted un abrazo de su discípulo y amigo que le quiere muy de veras

José Sánchez Rojas

Madrid, 28 de noviembre de 1917 [439]

[Membrete: AGREGACION NAVAL – DE LA – REAL EMBAJADA DE ITALIA ZURBANO, 32 – MADRID – SECCIÓN DE PROPAGANDA] 28 DE NOV. DE 1917

Mi querido don Pedro: Me extraña lo de ESPAÑA. No sé que administración llevan, porque yo mismo di la nota para que le sirvieran a usted el periódico. Pero ahora mismo le doy la queja al Administrador, y no se trata de usted solo, sino de otros muchos que hacen análogas reclamaciones.

Y hoy mismo escribo también a Barcelona a Montaner y Simón para que le envíen a usted un ejemplar de la segunda edición de LAS MUJERES DE CERVANTES.

[439] Carta escrita a máquina

Otra cosa quiero preguntarle confidencialmente, advirtiéndole de antemano que le da a usted tiempo para reponerse y que no se trata de puñalada de pícaro. Los italianos, nuestros queridos italianos se rehacen por momentos. Una vez que llegue el Embajador nuevo se pensará en nombrar una nueva misión española que visite el nuevo frente. Confidencialmente, diré a usted que yo seré el encargado de confeccionar esta lista. Para Enero o Febrero saldrá de España. ¿Quiere usted formar parte de la misma? Se lo agradeceríamos a usted mucho, pero antes se da este paso puramente particular para no exponer a un desaire oficial a la Embajada. El mismo paso absolutamente acabo de dar con Unamuno, que esta invitado a visitar el frente Franco-Inglés con una comisión catalana en su mayor parte, que ha de estar en Paris el día tres de diciembre. Dígame usted lo que se le ocurra a mi nueva casa y suya, calle del Carmen, 39, 1º, donde me he trasladado hace pocos días, porque en la otra de la Plaza de Santa Ana había un barullo que no me permitía trabajar. Los compañeros de usted serán –si es que usted se digna venir con nosotros– Araquistain, Bilbao –el gerente de ESPAÑA, Pérez de Ayala, catalanes, Tayá el dueño de LA PUBLICIDAD, muy amigo de Italia, yo mismo y algún otro. La excursión lo que duran estas cosas: quince días próximamente.

Debo a usted una carta muy larga con las cosas de actualidad de las que estoy bastante bien informado; la dejo para cualquier día de estos.

Reciba usted un abrazo de su amigo que le quiere muy de veras
José Sánchez Rojas

Hace días que no veo a su hijo; por cierto que tengo que escribirle para ir juntos el domingo al museo del Prado y pasar ese día –el único que no hago nada, los demás días ya estoy levantado a las siete de la mañana– juntos. Me gusta mucho su hijo; tiene curiosidad por una porción de cosas y ahora coincidimos y nos entendemos bien en nuestro furor liberal. Yo creo que no dormimos los días de crisis de ansiedad.

Madrid, 9 de enero de 1918

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 9-I-18

Ahí va eso, querido D. Pedro, que me ha valido una denuncia.
Le escribiré enseguida largamente
Le quiere
José S Rojas

Salud a Perico
No fui a verles, desde Alba, por el frío [440]

Madrid, 8 de octubre de 1918 [441]

[Membrete: Logotipo – LA LECTVRA – Paseo de Recoletos, 25 – MADRID – Teléfono: 4769]

Sr. D. Pedro Dorado Montero.
Salamanca.

Mi querido Don Pedro: Agradeceré a usted muy de veras que atienda como merece el ruego del amigo Araquistain. Se trata de que usted estudie, brevemente, en un artículo periodístico, el aspecto legal del procedimiento que debe seguirse en el caso de Marcelino Domingo. Y se trata también de que usted tenga la bondad de enviar su artículo con toda presteza, porque ha de salir en un número extraordinario que prepara ESPAÑA y que saldrá tan pronto como se restablezcan las garantías. Cosa, que como usted sabe, que no se hará esperar demasiado. La

[440] Párrafo escrito en vertical sobre el margen izquierdo.
[441] Carta escrita a máquina, en tinta azul.

impresión corriente es que ESPAÑA pueda reanudar su publicación el jueves de la semana que viene, 18 de los corrientes, por lo que convendría que las cuartillas estuvieran en poder de Araquistain, a lo sumo el viernes o el sábado. Yo me enca[r]garía para que usted no se molestase.

Dé usted un abrazo a su hijo. Dígale que he celebrado mucho su excarcelación. Yo también he estado sufriendo esas pijoterías, aunque en menor escala. Ya le contaré cosas cuando le vea de lo que he presenciado en Asturias.

Vuelvo a rogarle, que, de serle posible, no deje de enviar ese artículo a Araquistain a la redacción de ESPAÑA, calle del Prado, once. Se lo agradeceremos todos –yo especialmente– mucho.

Repito el abrazo para su hijo y ya sabe usted que aunque no le escriba –acaso porque nada tengo que contarle– le recuerdo con el cariño que guarda uno para todas las cosas de la primera juventud.

Sabe cuanto le quiere su afmº discípulo y amigo, que le abraza,
José Sánchez Rojas

Dígame usted si recibió mi libro, LAS MUJERES DE CERVANTES. No lo sé realmente. Ahora preparo otra cosa PAISAJES CASTELLANOS, donde va el nombre de usted en una impresión de Béjar .

Madrid, 8 de octubre 18

CARTA A ANDRÉS SÁNCHEZ ROJAS[442]

Vicenza, 10 de marzo de 1908

[Tarjeta postal: VICENZA – Fiume Retrone e vista del Santuario di Mont Berico.]

Vicenza
10-Marzo-1908

Sr. D: Andrés S. Rojas
Salamanca
Alba de Tormes
(Spagna)

Les saludo y envío un abrazo de paso para Venecia.
Todo esto, Módena, Mantua, Verona, Vicenza es encantador. Un abrazo de Pepe
Escriban a Bolonia

CARTAS A MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO[443]

Madrid, 10 de febrero de 1909

Mil gracias por sus indicaciones sobre el manuscrito de Fra Paolo Sarpi.

[442] Procedencia: Colección particular de Miguel Manuel Martín Sánchez-Villares
[443] Procedencia: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes

Madrid, 7 noviembre 1909

El escritor Giovanni Papini, de Florencia, le pregunta si en la Biblioteca Nacional existe un manuscrito de Fra Paolo Sarpi, fraile véneto, que escribió de filosofía y sobre el Concilio de Trento.

CARTA A JACINTO BENAVENTE[444]

Alba de Tormes, 25 de septiembre de 1912

[Tarjeta postal: ALBA DE TORMES. El Puente Romano] 25-IX-12

Sr. D: Jacinto Benavente
Atocha, 20, 2º
Madrid

Mi querido amigo: Hubo de todo en lo de Martínez Sierra[445]: vea La Ciudad.
Hablaré con el imponderable Conejo. Y agradecería a usted de veras el autógrafo de que le hable: no deje de ha-cerlo, que me traen fastidiado. La poesía de Marquina en el teatro, muy hermosa.
Suyo amigo y admirador
José Sánchez Rojas

Mandé ayer al Gráfico una nota sobre el discurso de Ud.

CARTA AL SECRETARIO DE ESTADO DEL VATICANO[446]

Alba de Tormes, 13 de abril de 1914

[Membrete: COMISIÓN DE FESTEJOS – DEL – CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESÚS – ALBA DE TORMES] 13 Aprile 1914[447]

(Salamanca, Spagna)

Eminenza:
La Comissione delle feste del Terzo Centenario di Santa Teresa La Prega caldamente la benedizzione di Sua Santità nella sua labora [sic] e si compiace in rivolgerla la sua espressione di lealtà alla Chiesa.
Dalla Sua Eminenza devotissimo,
Pella Comissione, il segretario, Dott.
José Sánchez Rojas

[444] Procedencia: Archivo Histórico Nacional

[445] Se refiere a la obra teatral *Mamá* de Gregorio Martínez Sierra estrenada en Salamanca el 20 de septiembre de 1912. Apareció una crítica de la obra en *La Ciudad* firmada por El Chico de la Portera (¿Sánchez Rojas?).

[446] Procedencia: *José Sánchez Rojas en el Centenario Teresiano de 1914-1915. Algunos documentos inéditos*. Manuel Diego Sánchez. Libro Programa de Fiestas de Alba de Tormes. Octubre 2004
Origen: Archivo Segreto Vaticano, Arch. Nunz. Madrid, 734, Posiz. 91 (104a)

[447] "13 de abril de 1914 / (Salamanca, España) / Eminencia: / La Comisión de las Fiestas del Tercer Centenario de Santa Teresa pide con entusiasmo la bendición de Su Santidad en su labor y se complace en dirigirle su expresión de lealtad a la Iglesia. / De Su Eminencia devotísimo, / El secretario de la Comisión, Dr. / José Sánchez Rojas".

CARTA A DOLORES PRIMO DE RIVERA[448]

Alba de Tormes, 19 de abril de 1914

[Membrete: El Secretario de la Comisión de festejos – del Centenario de Santa Teresa de Jesús – Alba de Tormes]

19 Abril 1914

Señorita Dolores Primo de Rivera.

Señorita: La Villa de Alba de Tormes se prepara a celebrar con la mayor solemnidad las fiestas del Tercer Centenario de la Beatificación de Santa Teresa de Jesús. Como la figura del nuestra Santa no es local sino sencillamente española, esta Comisión ha requerido con éxito el concurso de los Reyes y Personales Reales, de la Grandeza, de los Reverendísimos Obispos, etc., etc., y solicitamos de Usted y de su fervor teresiano una modesta subvención económica para el Centenario.

De Usted, señorita, afectísimo servidor que besa sus pies, a de la Comisión, el Secretario,
José Sánchez Rojas.

CARTA AL P. MIGUEL DE LA SAGRADA FAMILIA[449]

Alba de Tormes, 30 de mayo de 1914

[Membrete: El Secretario de la Comisión de festejos – del Centenario de Santa Teresa de Jesús – Alba de Tormes]

30 Mayo 1914

Mi querido P. Miguel: Ruego a Usted que tenga la bondad de indicarme pronto los nombres y dirección de los peregrinos de 1ª de la 1º peregrinación madrileña del día 28 de Mayo.

Con este motivo me reitero de Usted su muy sincero y afectísimo,
José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 31 de mayo de 1914

[Membrete: El Secretario de la Comisión de festejos – del Centenario de Santa Teresa de Jesús – Alba de Tormes]

31 Mayo 1914

Mi querido Padre Miguel: En nombre de la Comisión de festejos, ruego a Usted que la 2 peregrinación madrileña se aplace para el día 16 de Junio, en lugar del 14 en que está anunciada.

El día 14 es el segundo día de la feria. Está la Villa llena de chalanes y feriantes. Es muy difícil precisamente aquel día la instalación y hospedaje de los peregrinos. Y nosotros queremos demostrar prácticamente el entusiasmo que nos merece el noble pueblo de Madrid y el gusto

[448] Procedencia: *José Sánchez Rojas en el Centenario Teresiano de 1914-1915. Algunos documentos inéditos*. Manuel Diego Sánchez. Libro Programa de Fiestas de Alba de Tormes. Octubre 2004
Origen: Alba, Archivo PP. Carmelitas, A II 62

[449] Procedencia: *José Sánchez Rojas en el Centenario Teresiano de 1914-1915. Algunos documentos inéditos*. Manuel Diego Sánchez. Libro Programa de Fiestas de Alba de Tormes. Octubre 2004
Origen: Alba, Archivo PP. Carmelitas, A II 62

con que recibimos su visita, que tanto nos honra, acudimos a Usted rogándole que aconseje ese aplazamiento de 48 horas que redundará –Usted conoce las ferias de ganados de San Antonio– en beneficio de todos.

Con este motivo me reitero, una vez más, su muy afectísimo amigo,

José Sánchez Rojas.

CARTA AL P. PRIOR DE LOS CARMELITAS DE ALBA DE TORMES[450]

Alba de Tormes, 29 de agosto de 1914

[Membrete: COMISIÓN DE FESTEJOS – DEL – CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESÚS – ALBA DE TORMES]

Como protesta a los sucesos desarrollados los días 26, 27 y 28 de este mes en esta villa, protesta que se extiende a cuantos moral y materialmente intervinieron en su desarrollo, por ineptitud, ignorancia, suspicacia o interés de bandería, presento la dimisión de Secretario de esta Junta con el carácter de irrevocable, declinando cuantas responsabilidades se deriven en lo futuro de tales actos y rechazando toda suerte de solidaridad con ellos.

Ruego a V.R. que dé mi cuenta de mi dimisión a la Junta para los fines que procedan.

Dios guarde la vida de V.R. muchos años.

Alba de Tormes 29 Agosto 1914
José Sánchez Rojas

Rdo P. Prior de los Carmelitas, Presidente de la Comisión de Festejos del Centenario de Sta. Teresa de esta Villa.

CARTAS A LUIS GARCÍA BILBAO[451]

Palencia, 19 de septiembre de 1916 [452]

[Tarjeta postal: PALENCIA. Catedral y Monumento a la Inmaculada]

Sr. D. Luis G. Bilbao
"España"
Prado 11
Madrid

Palencia 19
Un abrazo de
Sánchez Rojas

Hotel Samaria

[450] Procedencia: *José Sánchez Rojas en el Centenario Teresiano de 1914-1915. Algunos documentos inéditos*. Manuel Diego Sánchez. Libro Programa de Fiestas de Alba de Tormes, Octubre 2004
Origen: Alba, Archivo PP. Carmelitas, A II 65

[451] Procedencia: Biblioteca Regional de Madrid "Joaquín Leguina".

[452] Aunque no figura mes y año, creemos que se trata de septiembre de 1916, fecha esta en la que Sánchez Rojas se encontraba alojado en el hotel palentino que indica.

Alba de Tormes, 13 de junio de 1918

[Tarjeta postal: La Marina italiana nella Guerra Europea]

Sr. D. Luis G. Bilbao
"España"
Prado 11
Madrid

Alba de Tormes 13 junio 1918
Amigo Bilbao[453]. ¿Quiere usted ordenar que me envíen los últimos n^{os} de Hogar que yo le devolveré religiosamente? Hay en los últimos tres cosas mías. Espero para enviarle fot. de Madrigal. Saldré pronto para los pueblos de señorío. Salude a los amigos y mande al suyo
Sánchez Rojas

CARTAS A JULIO SENADOR GÓMEZ

Alba de Tormes, 6 de Octubre de 1918

Alba de Tormes 6 Octubre 18
(Salamanca)

Sr. D. Julio Senador Gómez

Muy distinguido señor mío: Agradeceré a usted mucho que inmediatamente que publique su nuevo libro La canción del Duero[454], tenga usted la bondad de enviarme un ejemplar a esta su casa. Encargado en El Sol de los temas castellanos, quiero dedicar a su libro varios artículos inmediatamente que aparezca.
Tengo mucho gusto en testimoniarle mi adhesión personal y espiritual.
De usted muy aff^{mo}. s. s. q.e.s.m.
José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 10 de Octubre de 1918

Alba de Tormes 10-X-18

Sr. D. Julio ~~Gómez~~ Senador Gómez
Frómista

Muy distinguido señor y amigo mío: He recibido su carta. También yo tenía grandes deseos de corresponderme directamente con usted y hasta de saludarle. Deseo esto último que realizaré el día menos pensado, pues he prometido volver a Palencia y volver a murmurar con amigos míos que también lo son de usted –Navarro, Peñalba, Caneja, etc.–
Le pedía su libro porque realmente me preocupan estas cosas de Castilla y hay que oír, naturalmente, a los que, como usted, han logrado darnos la sensación de la temida servidumbre con que la tierra atenaza aquí a los hombres. Hambre de tierra los colonos, hambre de dehesas,

[453] Luis García Bilbao, más conocido como Luis G. Bilbao (1844 – 1939). Poeta y escritor español, colaborador habitual de la revista *España*, de la que fue su gerente y principal impulsor al haber facilitado a José Ortega y Gasset el dinero necesario para su fundación.

[454] La reseña apareció con el título "Divagaciones sobre un nuevo libro de Julio Senador" en *La Publicidad* (15 de Marzo de 1919) (O.C. Tomo IV, página 439). Tal vez no apareció en *El Sol* porque el periodista Félix Lorenzo se adelantó con un artículo titulado "Por qué hay caciques en España y por qué seguirá habiéndolos" (19-febrero-1919) en que habla de dicho libro.

aquí al menos en Salamanca, los ganaderos que las necesitan además para sus toros. Y sus observaciones en torno al problema me vendrán de perlas para El Sol donde este invierno quiero tratar de problemas agrarios concretos sobre el terreno.

Yo tengo también unos libros en prensa. Un libro de sonetos. Otro "Paisajes castellanos". Otro, finalmente, autobiográfico, con preocupaciones sobre la enseñanza, el campo, etc. Se los enviaré a usted así que estén listos.

Algún día, con toda calma, y así que emprenda ese viaje por ciertos lugares de Salamanca, de señorío, escribiré a usted contándole cosas que claman al cielo de estos terratenientes y sobre todo de estos administradorcillos canallas, de los Medinaceli, de los Alba, de los Sotomayor. Ya verá usted cómo las gastan por aquí y cómo tutto il mondo è paese[455].

Créame su amigo y su lector entusiasta.

Y mande usted, con todo desembarazo y libertad, a su amigo

q.e.s.m.

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 7 de febrero de 1919

[Membrete: ALCALDIA – DE – ALBA DE TORMES – Particular] 7 Febrero 19

Mi querido Senador: Usted sabrá perdonarme seguramente por los días que he tardado en escribirle. Desde el 27 de Enero, día en que recibí su carta y La Canción del Duero, no he tenido un solo momento de descanso. La reunión de Salamanca, primero, y una Asamblea de Concejos que aquí hemos celebrado días atrás, me han llevado todo mi tiempo. He podido sin embargo leer reposadamente sus dos libros y del primero que leí, La ciudad castellana, envío hoy a El Sol y La Publicidad de Barcelona las primeras dolorosas impresiones. Cuando aparezcan los artículos –calculo que muy pronto porque así lo encargo con encarecimiento– se los enviaré con el mayor gusto. E inmediatamente haré lo mismo con La canción del Duero. Lo meteré en la maleta (porque el Lunes saldré para Madrid hasta el sábado o domingo de la semana que viene en que pienso regresar a esta su casa) y en Madrid escribiré sobre esa canción… que aquí no oye, desgraciadamente, nadie.

Me parece, amigo mío, que ha escrito usted dos libros de los que quedarán para siempre, pero para siempre…. El escritor gana más cada día. En La ciudad C. hay páginas de un alto y exquisito sabor lírico. Como simple y pura obra de arte, es una delicadísima elegía en prosa. Como obra de remoción, un barreno de dinamita. Yo sospechaba bastante de lo que usted dice, pero usted llega a definir y concretar el malestar castellano por obra y gracia de la renta y de la linde. Acaso, el entorno pesimista y esquivo de usted no se ajusta con la inquietud que al menos por aquí –no sé en Palencia– comienza a formar cuadro contra eso. Pero es indudable que hace usted bien en cargar las tintas, en ensombrecerlas todo lo posible, para que esto se pudra y reviente de una vez. Y el ambiente está cargadísimo. Es muy posible que sea usted el primer sorprendido… Dentro de unos días, cogeré estos dos libros de usted y los haré circular entre colonos y jornaleros del campo. Sería cosa de dar lecturas públicas de ellos y desglosarlos concisa y brevemente. Entre sarmientos secos y retorcidos prende la lumbre antes que en la madera mojada.

Leyéndole a usted, he vibrado de asco, de coraje y de indignación. Tan brutos como los amos son los de abajo, tan canallas y tan viles. Tienen un terror supersticioso por la propiedad, por la renta, por la linde. Dentro de los que yo conozco bien, solo los colonos más acomodados y ricachos, la burguesía del colonato, son los que chillan y protestan. En frente y a al lado de los amos, están por acá los montaraces; peor que los amos, son los administradores, y peor aún que estos, los abogadillos que les explotan.

Hablan usted de Nuño-Pepe, finca del Duque de Alba, que está muy cerca de aquí. El pueblo de Cespedosa, que llevaba esa finca en renta, se ha cargado ya dos o tres renteros y la dehesa continúa sin arrendar. En el pasado mes de Abril, creo, hablé yo de ese caso en El Sol.

[455] Literalmente sería "Todo el mundo es un país" equivalente a nuestro *el mundo es un pañuelo* o *en todas partes cuecen habas* queriendo indicar que en todos los lugares sucede lo mismo.

Su dueño, el Duque de Alba, no lo conocía; me pidió informes y le di los que aquí son públicos. El Duque seguía cobrando las rentas de siempre y Nuño-Pepe figuraba con 40.000 pesetas. Hechas las oportunas averiguaciones, resultó que el administrador no le había dicho nada y había cargado a las otras fincas del Duque la renta correspondiente a Nuño-Pepe. Este año todo el pueblo de Cespedosa la llevará en colonato y el Duque ha estado sin conocer la improductividad de la finca hasta que yo lo conté en El Sol. (Aparte le envío un artº mío de La Publicidad reciente contando otros dos casos, distintos, pero igualmente lamentables)

En este movimiento actual yo creo que vamos a lograr algo. En cuanto interesemos a las aldeas y las hagamos ver que antes de ir a la autonomía queremos libertar la tierra, les ganaremos para siempre el corazón. Estos dos libros de usted tan honrados, tan serios, tan hondamente pensados y llorados, me van a servir personalmente, al menos, para predicar el nuevo Evangelio, créalo usted, Senador; esto puede cambiar. Conoce usted lo más pobre y acaso lo más resignado de Castilla y a través de esos infelices 400 braceros de Frómista ve usted toda la meseta; aquí, en Ávila, en la parte baja de Zamora, ya es otra cosa. Después del empujón andaluz (donde el fermento revolucionario es terrible) vendrán los castellanos, si no les preceden los gallegos. Y ya verá usted cómo sus ideas de usted son la nutrición mental y callada del pueblo durante muchos años. Es usted la voz de todos los oprimidos que aquí callan y el pensamiento de los labriegos recelosos que no se atreven a pensar delante de sí mismos. Acaso, el valor enorme que tienen estos dos libros suyos es este: que a fuerza de querer ser objetivos, son personalísimos, no ya de la persona individual de usted, sino de la colectiva de la región esta. Si Castilla hablase, encargaría a usted la traducción de su pensamiento.

Le envío a usted la más cordial enhorabuena. Le debo muchas emociones y no quiero pagárselas en el elogio de frases hechas y de dichos gastados. Ya verá usted por lo que digo en los periódicos que me alejo todo lo posible de catalogar a usted con epítetos que ya no valen nada, de tanto como los han gastado nuestros periodistas. Con los libros como con las personas a las que queremos de todas veras, nos da vergüenza exhibirlos demasiado, de tanto como en silencio los gastamos y saboreamos. ¡Muchas, muchas gracias!

Desde Madrid le escribiré.

Un abrazo muy fuerte de su mejor amigo

José Sánchez Rojas

Alba de Tormes, 18 de marzo de 1919

[Membrete: EL REDACTOR DE "EL SOL" EN CASTILLA]

Alba de Tormes 18 Marzo 1919

Mi querido Senador: Aparte envío a usted, en sobre abierto, como impreso, un artículo de La Publicidad sobre su libro La ciudad castellana. Y al Sol [sic] envié ayer dos artículos sobre el mismo tema. Y enseguida, para los mismos diarios, irá otra cosa sobre La Canción. Y debo a usted una explicación sobre mi retraso. Desde hace un mes, no vivo. Campañas agrarias, batidas al propietario, viajes a Madrid, otro proyecto de excursión a Alicante para muy en breve, la grippe [sic] que me dejó baldado ocho días no he cogido la pluma en no sé cuanto tiempo. Lo de El Sol lo verá usted enseguida también. Y si me enviara usted una fotografía de usted y otra de la Iglesia de Frómista, haría sobre los dos libros de usted a la vez una cosa para el gran público, en Nuevo Mundo. Verdugo me pide cosas y hace un año que se las estoy ofreciendo.

Un abrazo de su mejor amigo,

José Sánchez Rojas

Verá usted que la censura militar protege a los señoritos.

Alba de Tormes, 22 de mayo de 1919

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS]

Sr. D. Julio Senador.

Mi querido amigo: Envío a usted el primero de los dos artículos que sobre La ciudad castellana envié al Sol [sic]. Mañana o pasado se publicará el segundo. Y tanto a La Publicidad como al Sol enviaré –así que me devuelva el juez de 1ª instancia La canción del Duero que está empollando hace quince días– otras cosas sobre este libro. Hay que darlos aire por dos razones, porque están muy bien y porque vive usted en provincias. Y salvo algunos casos de generosidad mental y de afecto desinteresado, no se habla en este país de libro alguno por incompetencia y por pereza. Así somos. En La Publicidad he visto otra cosa sobre La ciudad castellana hace días; aparté el periódico para enviárselo a usted y me lo rompieron. Pero si no lo ha visto y quiere verlo, lo pediré y se lo enviaré a usted. En el Sol vi también otro par de artículos de Félix Lorenzo, al que no he podido ver ahora, por cierto, en mi último viaje a Madrid.

¿Ha visto usted de qué modo se está deshaciendo esto? Es una bendición. Lo de Andalucía y lo de Extremadura va muy bien; aquí, en Castilla, también hay sus chispazos. Unos cuantos amigos y yo estamos organizando a estos labriegos y cada día estoy más satisfecho. Estos charros, tan recelosos, tan esquivos, de un sentido tan profundamente práctico, van a lo suyo y los propietarios cogen el cielo con las manos.

Marcharé muy pronto a Alicante a dar una conferencia sobre El problema del campo. La imprimiré y se la enviaré a usted.

Un abazo de su mejor amigo
José SánchezRojas

Alba de Tormes, 22 Marzo 19

CARTAS A JOSÉ RUIZ CASTILLO[456]

Alba de Tormes, 21 de noviembre de 1919

Amigo Castillo[457]: Recibo su carta y quiero ir inmediatamente a Madrid.

No se sabe el paradero del hijo de Picavea; es un hijo natural y está no se sabe dónde, de factor en una estación.

No he recibido aún Sol entre nieblas; sospecho que vendrá enseguida.

Mándeme esa traducción italiana porque la despacharía en muy pocos días. Supongo que con las condiciones normales ¿no?

José Sánchez Rojas
Senador acepta el prólogo.
Alba de Tormes 21-XI-19

Madrid, 7 de diciembre de 1921

[Membrete: REVISTA POLÍTICA – PARLAMENTARIA Y FINANCIERA – TELEFONO, M-45 [458] ~~16-48 S.~~ –
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN – SAN MARCOS, 42 (RENACIMIENTO)[459] ~~LOPE DE RUEDA, 19~~ – MADRID] 7-XII-21

Sr. D. José Ruiz Castillo

Querido amigo: Aquí me tiene de Subdirector de Renacimiento, reorganizando esto y haciendo de buen chico y de oficinista. Aquí paso casi todo el día a su disposición y me acuerdo de usted y le escribo.

[456] Procedencia: Biblioteca Nacional de España.
[457] José Ruiz-Castillo Franco (1875-1945). Fundador de empresa editorial *Biblioteca Renacimiento* y *Biblioteca Nueva*.
[458] Impreso mediante sello, en color rojo, estampado justo encima del nº de teléfono, tachado, que le sigue.
[459] Imprso mediante sello, en color rojo, estampado justo encima de la dirección, tachada, que le sigue.

Mi libro. Ahora irá. Estoy bien, tengo un sueldo y una participación en los beneficios y resguardado, por ende, de preocupaciones e inquietudes de carácter económico. Acoplaré, pues, para ese volumen las páginas mejores que he podido escribir sobre Castilla y se las enviaré muy pronto.

Otra cosa. Hago los libros políticos y sociales. Como usted los publica en su Biblioteca, mándemelos y todos los meses ira una nota bibliográfica de Fallada. De los libros literarios se hará una nota de menos consistencia, como una especie de gacetilla. Estoy, en todo y por todo, a sus órdenes. La revista tiene ya mil quinientos suscriptores –políticos, escritores, etc.– y marcha muy bien. Por este correo le envío los dos números publicados y haré que se la sirvan gratis. Por ella podrá usted comprobar cómo cada mes me ocuparé con amor de sus novedades editoriales.

Mándeme aquí los libros a Renacimiento.

Así que me desocupe un poco, le veré

Y le abraza su amigo

José Sánchez Rojas

Madrid, 17 de diciembre de 1921

[Membrete: POSTAL-EXPRÉSS – Escritorio público, Mensajes – Encargos – TARJETAS POSTALES – DE TODAS CLASES – 7, Preciados, 7 – MADRID] Hoy, 17

Mi querido Castillo: Dos intentos he hecho pare verle. Estuve en su casa y mandé a un chico con las señas ~~que~~ del 61 por lo visto.

Ruego a usted que por conducto de este botones me envíe el libro sobre el sindicalismo.

Vengo de Segovia y salgo para Salamanca. Tengo noticias de estar mi madre enferma de cuidado. Por cierto que ando apretado y necesito para la materialidad del viaje, unas 25 pesetas. Fui a pedírselas a Power y está en Bilbao. Le ruego a usted por lo tanto que me las envíe. Será un favor que por la índole de mi prisa, no le parecerá mal.

El libro se lo enviaré enseguida. No tengo otra cosa que hacer, aparte de Sol entre nieblas donde estoy metiendo descripciones de Castilla, engordándolo y haciendo el libro que usted me indicó.

En el alma le agradecerá el envío del libro para ponerme a la obra y de ese dinero para marcharme su amigo que le quiere

Sánchez Rojas

Madrid, 17 de diciembre de 1921 [460]

[Membrete: "LOS GABRIELES" ECHEGARAY, 19 - MARID]

Amigo Castillo: Deje usted esta tarde en su casa –se lo ruego– el libro sobre el sindicalismo. Yo lo recojeré [sic]. Marcho esta tarde al campo, vuelvo a la semana que viene y aprovecharé estos días para traducir el libro.

Le quiere

Sánchez Rojas

Madrid, 18 de diciembre de 1921

[CONTINENTAL EXPRÉSS – SOCIEDAD ANÓNIMA – AGENTE DE LA REAL CASA – Carrera de San Jerónimo, 15. – MADRID – Transportes terrestres y marítimos. Acarreo de equipajes de las – estaciones a domicilio y viceversa. Despacho de aduanas. – Compra de toda clase de encargos. – Embalajes y envío de los mismos a cualquier punto del globo. – GIROS. COBRO DE INTERESES. COMPRA DE VALORES Y DESCUENTO DE LIBRAN-

[460] Aunque la carta carece de fecha, creemos que esta es la del 17 de diciembre de 1921

ZAS DE GIRO MUTUO – Teléfonos públicos. – Conferencias y despachos – SECCION DE MENSAJEROS]

Mi querido Castillo: Recibí el libro del Sr. Leone. Lo leí. Está bien. Me pondré enseguida a la obra sin levantar mano y antes de ocho días estará traducido.

Sin poderme ir porque tengo mis amigos fuera. Yo le ruego que para sacarme de nuevas esperas –mi madre está de cuidado con la grippe [sic]– me envíe con el dador 25 pts. que es lo que importa la materialidad del viaje. Si no fuera por una razón tan poderosa, no le molestaría a usted. Si prefiere usted –ya me lo dirá– yo le envío esto al llegar por giro postal o se descuenta de lo que usted me abone por la versión del libro. Se lo agradecerá mucho su mejor amigo

Sánchez Rojas

Hoy, 18

Madrid, sin fecha.

[Membrete: BIBLIOTECA NUEVA – LISTA, 66 - MADRID]

Amigo Castillo: Vengo a verle y no le tropiezo.

Dejo definitivamente lo de Sol entre nieblas; en cambio tengo cosas de Castilla que le puedo dar a usted sobre la marcha.

Le veré así que regrese

Suyo

Sánchez Rojas

Sin procedencia ni fecha.

Querido Castillo: El original de Puccini hecho pasa a la jurisdicción de D. Miguel que se lo remitirá.

Como usted es un buen chico, va esta nota a la [d.l.].

Suyo

Sánchez Rojas

Carta a Ángel Mª Castell[461]

Madrid, 6 de marzo de 1922 [462]

Madrid-6-III-22

Mi querido amigo Ángel: Le agradeceré mucho que en ABC del martes dé la adjunta cuartilla.

Suyo

J. Sánchez Rojas

Le agradeceré mucho que no me deje mal.

[461] Procedencia: https://www.todocoleccion.net/

[462] Aunque la carta carece de destinatario, creemos que iba dirigida a Ángel Mª Castell Urquiola (1865 – 1938), redactor que fue de *El Imparcial*, Director de *La Voz de Guipúzcoa*, redactor y subdirector de *ABC*, y residente ocasional en Alba de Tormes, localidad donde fallecería en 1938.

CARTAS A CONCEPCIÓN LIZÁRRAGA DE UNAMUNO Y FAMILIA[463]

Madrid, 7 de abril de 1924

[Membrete: ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO – MADRID] 7 abril 24

Sra. Dª Concepción Lizárraga de Unamuno
Salamanca

Muy distinguida señora: En mi poder su carta que he agradecido mucho. Aparte va otra cosa: Recuerdos del ausente. 2 de Abril de 1903. Y al mismo Pueblo Gallego, de Vigo, envío otras. Aquí, en Madrid, es de todo punto inútil luchar contra el censor.

Circula mucho, en copias a máquina, la carta de D. Miguel a Roces. Y la protesta de D'Annunzio contra la deportación que no envío a usted porque sospecho que la conoce. A Fernando Íscar remití copia para que la hiciese circular en Salamanca.

Esto se enreda, y se precipita, y se alcanza, ello solo. Por eso, aunque yo creo que nuestro querido D. Miguel vendrá cuando esto se vaya, advierto con placer que la liquidación es inevitable. ¡Dios así lo haga!

Un abrazo de Pablito. A Pepe y a Salomé también les recuerdo, y a María y a esta tengo que decirla cuando la vea, quién me ha hablado de ella, cuándo y con qué motivo. Dígala solamente, de mi parte, que de Murcia no me gusta más que el Ángel de la Oración del Huerto.

Me es muy grato repetirme de usted muy a. afmo.
q. b. s. p.
José Sánchez Rojas

s/c Calle del Prado, 11, 2º

Dentro de tres o cuatro días, llega de Fuerteventura Salvador Manrique de Lara, con otros canarios amigos –yo me reúno mucho con esa colonia–. Le diré de viva voz sus impresiones y transmitiré a usted con el mayor gusto y con todo género de detalles cuanto me diga.

Adjunta la protesta telegráfica de Annunzio, Gabriele D'que tengo a mano. Bajo sobre, haré llegar a usted lo que conozca y valga la pena de ser conocido de ustedes.

Huesca, 8 de febrero de 1926

[Tarjeta postal: SAN SEBASTIÁN. Puente de la Zurriola y Kursaal]

Sra. Dª Concepción Lizárraga de Unamuno
Salamanca

San Sebastián 8-II-26

Escribo ahora a Don Miguel a quien ~~estrechr~~ veré enseguida. Puede escribirme hasta el miércoles al Hotel Izquera, calle Easo 7 Su affmo
J. Sánchez Rojas

Hendaya 16 de febrero de 1926

[Tarjeta postal: Église Santa Maria. St. SÉBASTIEN. (Espagne)]

[463] Procedencia: Casa Museo Unamuno de Salamanca

(Espagne)
Sra. Dª Concepción Lizárraga de Unamuno

Saludo a usted, señora, mientras espero el regreso de su marido al hotel.
J. Sánchez Rojas.

Hendaya 16-II-26

Huesca, 23 de febrero de 1926

[Tarjeta postal: HUESCA. Portada de la Catedral.]

Sra. Dª Concepción Lizárraga de Unamuno
Salamanca

Huesca 23-II- 26

Saluda a ustedes con gran afecto desde Huesca.
J. Sánchez Rojas.

S/C Hotel Petit Fornos
Cuatro Reyes, 4

Huesca 10 de marzo de 1926

[Tarjeta postal: ALTO ARAGÓN. HECHO: Tipos Chesos. "De palique".]

Sra. Dª Concha Lizárraga de Unamuno
Salamanca

Huesca 10 marzo 26

Señora: Sigo muy bien. Saludo a ustedes con el afecto, el respeto y la simpatía de siempre.
J. Sánchez Rojas

S/C Hotel Petit Fornos
Cuatro Reyes, 4

Huesca, 12 de marzo de 1926

[Tarjeta postal: ALTO ARAGÓN. HECHO: Tipos Chesos. "En la cruz del pueblo".]

Srta Salomé Unamuno
Salamanca

Huesca 12-III-26

Para todos los tuyos, afectos cariñosos de
Pepe Rojas

Huesca, 18 de marzo de 1926

[Tarjeta postal: HUESCA. Vista general y campo de deportes del «Huesca F.C.»]

Sr. D. Ramón de Unamuno
Salamanca

Querido Ramón: Aquí tienes el campo del foot ball de Huesca. Saluda a los tuyos. Tu amigo
J. Sánchez Rojas

Huesca 18-III-26

Huesca, 18 de marzo de 1926

[Tarjeta postal: POSTAL: HUESCA. Plaza del Teatro.]

Señorita Felisa de Unamuno
Huesca 18-III-26

Amiga Felisa: Estoy muy contento.
Ayer escribí a tu mamá. Te saluda
Pepe Rojas

CARTA A CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA[464]

Madrid, 17 de octubre de 1924

[Membrete: J.S. Rojas]

Madrid 17-octubre-24

Querido Cándido: Recibí su carta y aparte le envío El Liberal de hoy con un comentario al mensaje que enviamos al Padre Miguel. Yo hablé a usted de Clemente, pero no de Isidro. Clemente debe ir, pues, entre la lista de adheridos, con migo [sic] y con Joaquín Torres, Manuel Martín García, Esteban y Joaquín García Bellido, Tomás Elorrieta y otros de Salamanca y procedentes de su Escuela, que están conformes con el texto del mensaje y quieren que figuren en él sus firmas.

Estoy trabajando como un bruto, acabando una novela y acabando también de traducir dos libros de Benedetto Croce: Breviario di Estetica y Spagna nella vita italiana della Rinascenza. En cuanto acabe voy a Salamanca a escribir celosamente la guía de la ciudad, que ha de ilustrar Ricardo Marín.

He estado dos días en Córdoba y Sevilla.

Póngame a los pies de Dª Nicanora, Valentina y la gentil Teresita y ya sabe que le quiere de todas veras su mejor amigo,

Pepe

S/c Paz, 13-1º

[464] Procedencia: Casa Museo Unamuno de Salamanca. (Incluida en una carta a Miguel de Unamuno de la misma fecha)

CARTA A ROBERTO CASTROVIDO[465]

Madrid, 11 de abril de 1925

[Membrete: EDITORIAL MUNDO LATINO]

Madrid 11 Abril 25
Sr. D. Roberto Castrovido[466]

Mi querido D. Roberto: Va ese ejemplar de El Breviario de Estética de Croce que acabo de traducir. Démelo usted aire en los diarios. Y usted al airearlo y yo al traducirlo haremos una buena obra liberal y española.

Mándeme siempre.

CARTAS A ALBERTO BASTARDAS[467]

Huesca, 24 de marzo de 1926

[Membrete*:* LYON D'OR – V. MAILLO – COSO ALTO, 3 Y 5 – HUESCA] 24-III-26

Sr. D. Alberto Bastardas.

Amigo y compañero: Sí, señor. Hermanos en glorias. Sus penas, si son penas y no alegrías están de padecer por un ideal. Y hermanos, además, aunque yo me siento herido como hombre con las heridas que reciben ustedes.

Dolça Catalunya!

Y soy yo, castellano, castellanísimo, quien siente y se expresa así...

Esta tierra es muy hermosa y la gente muy noble, Encontrará usted un ambiente cordialísimo que le sorprenderá gratamente. Se lo he dicho a Cambó; se lo repito a usted... Aragón y Castilla –el menestral, el labrador, el artesano, la gente pura y buena, el pueblo– aman a Cataluña. Yo he dicho allí cosas que ustedes no han hecho más que pensar en Barcelona.

Pronto, para que le sirvan de consuelo, le remitiré algunas conferencias impresas.

Leo a Maragall, aquí, en esta grande ciudad de Huesca, en catalán que entiendo muy bien y claro. ¿Qué voy a decir a usted, señor Bastardas? Léalo todo, intúyalo todo, en un abrazo que un desterrado de más que tres días envía a un diputado neófito.

El Diario de Huesca saluda a ustedes. A sus compañeros salúdeles en mi nombre; les escribiré.

Doscientos abrazos de su amigo y compañero
q. e. s. m.,
honrándose mucho en ello,
José Sánchez Rojas

[465] Procedencia: https://www.todocoleccion.net/

[466] Roberto Castrovido Sanz (1864 – 1941). Periodista y político republicano español, redactor en *El Autonomista* y *La Avanzada* (Barcelona) y director de *La Voz Montañesa* y *La Voz Cántabra* (Santander) *El País* y *Vida Nueva* (Madrid).

[467] Procedencia: Archivo Histórico Ciudad de Barcelona.

Albert Bastardas Sampere (1871 – 1944). Abogado y político catalán. Entre otros cargos, ejerció como alcalde de Barcelona entre 1908 y 1909. En el año 1926 fue desterrado –al igual que el resto de miembros de la Junta del Colegio de Abogados de Barcelona– a la localidad oscense de Sariñena.

S/c Hotel Petit Fornos
Cuatro Reyes,2

Huesca, 24 de marzo de 1926

[Membrete*:* JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – PETIT FORNOS – Cuatro Reyes, 2 – HUESCA]

Sr. D. Alberto Bastardas.
Distinguido amigo: Convendría que Cambó pasara aquí unas horas. Dígaselo así de mi parte.
Sería muy bien recibido de gentes que quieren significar a Cataluña su estimación. Dígaselo de mi parte.
Recibiría mi carta y mi telegrama. Suyo
J. Sánchez Rojas

24-III -26

Huesca, 4 de abril de 1926

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS]

Huesca 4 de Abril 1926
Sr. D. Alberto Bastardas.
Sariñena.

Querido señor y estimado compañero y amigo: Recibo su carta. Pida usted a sus lares y penates que no me levanten el destierro. Esta noble gente aragonesa se me ha metido en el corazón adentro. Les quiero, me quieren ... Y ya habrá usted visto que me negué a solicitar el indulto. ¿De qué? ¿Y por qué? ¿Y ante quién?
Me dijo el Sr. Panzano que lo pasaba usted muy bien. ¡Ojalá que a todos nuestros compañeros de Cataluña les ocurra lo mismo! Para ellos y para usted he pedido una vieja conferencia mía, "Castilla y Cataluña", leída hace ya hace siete años. Quiero que vea que los entendemos y queremos cuando hablan en su lengua. Háblenla ahora, entre peligros. Ustedes no son un Eugenio de Ors cualquiera...
Deseo para ustedes lo que para mí deseo: que esto dure. Tengo que madrugar y que ganarme la vida a punta de pluma en el destierro. ¡Mejor! El mes pasado ya no vi un céntimo de la cátedra. Lo cobraré todo junto.
¿Quiere usted pedirme a Barcelona el libro Elogios de Maragall, en tela? Y yo le abonaré lo que le cueste tan pronto usted me avise. Me rodeo de libros, de baturricas guapas, de amigos noblotes. Estoy encantado.
Créame, siempre su mejor amigo y compañero, q.e.s.m.
José Sánchez Rojas

C./
Me defiendo muy bien de l'enyorança,
"la malaltía dels cors transplantats a terra estranya"[468]

Huesca, 15 de abril de 1926

[Membrete: Círculo Oscense]

Huesca 15 Abril 26

[468] No es su letra y la pluma y tinta son distintas. Traducción: la añoranza, "la enfermedad de los corazones/ trasplantados en tierra extraña". Jacinto Verdaguer, "Enyorança", *Pàtria*, 1888.

Sr. D. Alberto Bastardas
Sariñena

Mi querido amigo: Ayer me entregaron en la librería del Sr. Martínez el libro de Maragall, Elogios, con su carta. Muchas gracias. Y anoche volví a leer –a releer por centésima vez– el maravilloso Elogi de la paraula. En catalán me gusta más que en castellano.

Sí, señor; lo paso muy bien. Madrugo, trabajo, estudio, escribo, paseo con muy bellas baturricas. Descanso.

A un tahur que fue diputado por Salamanca, ladrón, ratero, asesino, jugador profesional, Diego Martín Veloz (a) el Martinillo, le han condecorado los que a nosotros nos han deportado con la medalla de sufrimientos para la Patria (con P mayúscula.)

¿Será esta una baraja para ciertos señores? El Fulano en cuestión solo sabe de asaltar timbas. A un punto le asesinó en una de ellas. Y el día del juicio-oral, dijo que por sus venas corría la sangre de Daoíz y de Velarde. Este Martinillo es aquel que quiso agredir al pobre Lagret en el Congreso. ¡Ah! y para honra de Cataluña, y de sus buenos hijos, es un anticatalanista... dice que convencido. ¿No dejan allí cobrar el barato? ¡Ese Paralelo!...

Esto es grotesco. Sacristía. Lenocinio. Cuartel. Tahurería. Mézclese = Directorio.

Le mandé a usted Heraldo de Madrid. ¿Lo recibió?

Pedí esa conferencia y la espero de un momento a otro. Otra sobre Gabriel y Galán le mandaré el lunes y mis libros. Porque en ellos hay alusiones a Cataluña.

Le recuerda con gusto y desea tener pronto el honor de estrechar su mano, su amigo y compº que le quiere

José Sánchez Rojas

Huesca, 1926

[Tarjeta (o tarjetón) sin fecha: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS – PROFESOR DE LENGUA ITALIANA EN LA UNIVERSIDAD – SALAMANCA]

Un abrazo de otro desterrado ¡Visca Catalunya!

Huesca, 16 de abril de 1926

[Tarjeta postal]

Alberto Bastardas, Sariñena
Abogado
Sariñena

Huesca 16-IV-26

Distinguido amigo: El editor le remite contra rembolso [sic] 15 ejemplares –a peseta ejemplar– de mi conferencia sobre Gabriel y Galán para que los distribuya entre los amigos de esa y contribuyan así a los gastos de edición y a los de mi estancia aquí que presumo larga.

Agradeciéndole que atienda la indicación y le agrade el trabajo, me reitero, suyo a.

J. Sánchez Rojas

Huesca, 22 de abril de 1926

[Membrete: JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS - Hotel San Lorenzo - HUESCA] 22-IV-26

Sr. D. Alberto Bastardas

Mi querido amigo y compañero:

Voy a pedirle a usted un favor. Que me deje 300, trescientas pesetas que no le pagaré hasta los primeros días de Mayo. No quiero pedirlas a Salamanca a mi Madre. Tengo que cobrar cerca de mil de aquí al 4 o 6 de Mayo y para esa fecha las tendrá usted en su poder.
Se lo agradecerá y de veras su affmo. s.s. y a.,
q e s m
José Sánchez Rojas

Puede enviármelas por giro postal o ...[469]

CARTA A LUIS DE SIRVAL[470]

Madrid, 6 de diciembre de 1926

Madrid 6 Diciembre 26

Querido Sirval [471]: Recibí su carta y los cuartos: mil gracias.
Aquí, en la calle de Barcelona, 6, pral., me tiene a sus órdenes y así puede participárselo a Alomar[472].
Un abrazo de su affmo. amigo y compañero
J. Sánchez Rojas

Hasta hoy, querido Alomar, en que Rojas me ha enviado un artículo con un botones no he podido averiguar su dirección. Nunca he sabido su domicilio porque pocas veces lo tiene. Y en ninguna parte a las que me he dirigido me han sabido dar razón. Perdóneme el retraso involuntario.
Muy suyo
Sirval

CARTA A FRANCISCO VERA[473]

Salamanca, 21 de agosto de 1927

[Membrete: *Francisco Torres – Café – Cervecería – Horchatería – Fábrica de Hielo – CAFÉ «EXPRESS» – Espoz y Mina, 18 – TELÉFONO 378 – Salamanca*] 21 Agosto 27

Amigo Vera[474]: He escrito a usted dos o tres cartas preguntándole por el original de mi libro "El espíritu castellano" sin haber logrado hasta la fecha contestación de usted. Insisto a ver si ahora tengo mejor suerte. ¿Hay modo de pagarlo cuanto antes? En último término, tiene usted la entereza de decirme cuando puedo contar con ese ingreso?

[469] En el Archivo Histórico Ciudad de Barcelona no consta la continuación de esta carta ni en el anverso ni en hoja aparte.
[470] Procedencia: Biblioteca Nacional de España.
[471] Luis de Sirval (1898 – 1934). Seudónimo de Luis Higón y Rosell. Periodista español fundador de la *Agencia Sirval*, una de las principales agencias periodísticas de su tiempo. Murió asesinado por legionarios en la represión de la Revolución de Asturias de 1934.
[472] Gabriel Alomar Villalonga (1873 – 1941). Escritor, crítico literario, político y diplomático español, íntimamente relacionado con el movimiento artístico modernista catalán.
[473] Procedencia: Archivo Histórico Nacional
[474] Francisco Vera Fernández de Córdoba (1988 – 1967). Periodista, matemático, novelista, historiador de la ciencia y director de *La Biblioteca de Ensayos*.

Escríbame usted a la redacción de El Adelanto, Rúa 25 y reciba usted un abrazo de su amigo y compº
J Sánchez Rojas

CARTA A LOS HERMANOS MACHADO

Madrid, 27 de noviembre de 1929

[Membrete: Logo de Victor – J. SÁNCHEZ ROJAS]

Madrid 27-XI-29
Sres. D. Antonio y D. Manuel Machado

Queridos amigos: No me ha sido posible lograr tarjeta para la fiesta del Ritz. A Romero de Torres le ha pasado lo mismo. Me importa pues repetirles que les quiero y admiro. He dicho toda mi emoción ante "La Lola se va a los puertos", en los periódicos de mi tierra, tendré el gusto de enviárselos enseguida.
Un fuerte abrazo de su amigo y compañero
José Sánchez Rojas.

S/c Barcelona, 6, pral.

CARTAS A JULIÁN BESTEIRO[475]

Madrid, 15 de julio de 1931

Que traiga el carnet del Comité Paritario, visado por la Dirección General.[476]

Madrid 15 julio 31
Excmo. Sr. D. Julián Besteiro.

Mi querido amigo:
Me encuentro sin pase y agradecería a usted en el alma que ordenara me lo extendieran hoy mismo porque tengo el encargo de hacer la crónica parlamentaria a Mundo Gráfico. Provisionalmente había pedido el de El Adelanto de Salamanca, pero su director, Núñez, está de baños y me encuentro con que ha solicitado este el Sr. Rivera, como corresponsal telegráfico.
Agradeceré a usted de todas veras además me lo extiendan con la mayor urgencia, y ya sabe que le quiere de todas veras su amigo su amigo de siempre

José Sánchez Rojas

Madrid, 15 de julio de 1931

Es necesario presentar el carnet del Comité Paritario.[477]

[475] Procedencia: Fundación Pablo Iglesias. Madrid.
[476] Texto ajeno a Sánchez Rojas (no es su letra) escrito a posteriori.
[477] Texto ajeno a Sánchez Rojas (no es su letra) escrito a posteriori.

Madrid 15 Julio 31
Sr. D. Julián Besteiro

Mi querido amigo: Esperé toda la tarde, pero, para no seguir de precario ¿quiere usted autorizarme mañana la entrada, a primera hora de la tarde, extendiendo el pase de Mundo Gráfico después de los ocurrido con el diario de Salamanca?
Se lo agradeceré de todas veras, porque necesito trabajar.
De nuevo mi enhorabuena.
Salude a su Señora, y ya sabe es su siempre amigo
q.b.s.m.

José Sánchez Rojas

Madrid, 22 de julio de 1931

Madrid 22 Julio 31
Excmo. Sr. D. J. Besteiro

Mi querido amigo: Recibí su carta, inicié mis gestiones y resulta que mi caso -que no es único- es particularísimo. Yo soy colaborador de la Agencia Sirval para la que hago por lo menos un artículo semanal que aparece precisamente en veintitantos periódicos de izquierda (El Liberal de Bilbao, La Voz de Guipúzcoa de San Sebastián, El Noroeste de Jijón [sic] y Heraldo de Aragón de Zaragoza entre otros). Además, para Prensa Gráfica, publicó por lo menos otros tres artículos a la semana, de actualidad en Crónica, de usos retrospectivos sobre las Constituyentes en Nuevo Mundo, siluetas de diputados noveles para Mundo Gráfico. Naturalmente, no tengo contrato de trabajo y el Comité Paritario no tiene porqué intervenir. Prácticamente, la solución de que usted me habla no es mi solución, y me encuentro, de hecho, con que la poca facilidad de mi acceso a los pasillos dificulta mi labor, con la que vivo ahora y he vivido siempre. Ella es tan pública que usted es muy dueño de enterarse de la absoluta exactitud de mis asertos.

Si me he detenido en estas explicaciones que le debo, porque no quiero tolerancia de amistad y aspiro naturalmente a un régimen de justicia, es para que usted se haga cargo de mi situación. Un comentarista, un cronista, un glosador de las cosas políticas se encuentra en peor caso que el último gacetillero, y como mi caso es excepcional, quiero que, dentro de la más exquisita justicia, excepcionalmente lo resuelva usted, bien como redactor de la Agencia Sirval, bien como redactor político de cualquiera de las tres revistas de Prensa Gráfica: Crónica, Nuevo Mundo y Mundo Gráfico.

Le agradeceré y de veras que me comunique su resolución al Ateneo, Prado, 21, y sabe que siempre es su mejor amigo y s.s. q.b.s.m.

José Sánchez Rojas

Salamanca, 10 de octubre de 1931

[Tarjeta postal: SALAMANCA. San Benito]

Excmo. Sr. D.
Julián Besteiro
Presidente de las Cortes Constituyentes
Palacio del Congreso
Madrid

Saludo a usted y a Lola[478] desde esta Salamanca nuestra y le suplico para el martes día [13][479] entradas a la Presidencia que quieren dos señoras que van a esa; pasaré por el Congreso el lunes a última hora.

Le quiere y de veras

J. Sánchez Rojas

Salamanca
10-X-31

Madrid, 18 de octubre de 1931

[Membrete: Prensa Gráfica S.A. – Hermosilla, 57. Madrid – EDITORA DE – NUEVO MUNDO – MUNDO GRÁFICO – CRÓNICA] 18 octubre 1931

Cubierto papeletas semana próxima[480]

Excmo. Sr. D.
Julián Besteiro

Mi querido amigo: Para las Señoritas de Mirat, de Salamanca, que vienen a Madrid a pasar unos días y quieren presenciar una sesión de cortes ¿hay modo de que usted –que es la bondad personificada– me proporcione dos tarjetas de la Presidencia para el jueves o viernes? En ese caso, yo las recogería en el Congreso la tarde antes.

Siempre su affmo. Amigo, que le quiere

José Sánchez Rojas

Madrid, 14 de diciembre de 1931

[Membrete: Prensa Gráfica S.A. – Hermosilla, 57. Madrid – EDITORA DE – NUEVO MUNDO – MUNDO GRÁFICO – CRÓNICA] 14-XII-31

Excmo. Sr. D. Julián Besteiro

Mi querido amigo: Escojo esas fotografías y se las envío como recuerdo del día de la prensa. Lo que quiere decir que le recuerdo con gusto siempre.

Póngame a los pies de mi paisana y su Señora, y ya sabe le quiere su amigo

José Sánchez Rojas

Saluda a la Sra. Presidente su affmo amigo q.b.s.m.

J. Sánchez Rojas

S/c Victoria, 6, entresuelo

Madrid, 21 de diciembre de 1931

[Membrete: Prensa Gráfica S.A. – Hermosilla, 57. Madrid – EDITORA DE – NUEVO MUNDO – MUNDO GRÁFICO – CRÓNICA]

Excmo. Sr. D. Julián Besteiro

[478] Dolores Cebrián Fernández de Villegas, esposa de Julián Besteiro nacida en Salamanca donde ejerció como maestra y profesora en su Escuela Normal de Maestros.

[479] Aunque no se aprecia con claridad el día, creemos que se trata del 13, fecha del martes siguiente a la de la emisión de la postal.

[480] Texto ajeno a Sánchez Rojas (no es su letra) escrito a posteriori.

Querido amigo: Después de celebrado, me entero por la Hoja Oficial del banquete de Florida. Hubiera asistido a él con el mayor gusto. No es de ahora ni mi afecto ni mi adhesión a usted. Lo que es novísimo es mi respeto por el Presidente de las Cortes, que ahora son Cortes, y antes, una mascarada.

Pero, pronto, en el Mundo Gráfico, y en las semblanzas parlamentarias que desde Julio vengo escribiendo, diré de usted fervorosamente en público lo que pienso y siento para mí solo.

Su Señora le entregaría unas fotos.

Muy suyo affmo.

José Sánchez Rojas

CARTA A CARLOS GONZÁLEZ POSADA[481]

Madrid, 21 de diciembre de 1931

[Membrete: Prensa Gráfica S.A. – Hermosilla, 57. Madrid – EDITORA DE – NUEVO MUNDO – MUNDO GRÁFICO – CRÓNICA]

Querido Posada[482]: Tendrá usted, ampliada, la fotografía que quería, con otras varias, de un momento a otro.

Por los jaleos del fotógrafo de estos días no están aún.

Esa carta para el Sr. Presidente

Un abrazo de su amigo

José Sánchez Rojas

21-XII-31

[481] Procedencia: Fundación Pablo Iglesias. Madrid.

[482] Carlos González Posada, letrado de las Cortes y secretario personal de Julián Besteiro.

GLOSARIO DE PERIÓDICOS Y REVISTAS

Breve reseña de aquellos periódicos y revistas que hemos localizado con artículos, crónicas o semblanzas nacidos de la pluma de José Sánchez Rojas.

ABC

Diario madrileño de ideología monárquica, católica y conservadora fundado por Torcuato Luca de Tena el 1 de enero de 1903, fecha desde la que ha venido publicándose hasta nuestros días, en los que continúa haciéndolo tanto en papel como en formato digital.

Alas

Revista quincenal de aeronáutica publicada en Madrid entre el 1 de agosto de 1922 y el 15 de diciembre de 1930 con el objetivo de difundir temas relacionados con la aviación y facilitar a sus aficionados noticias referentes a ella.

Sus directores fueron, Francisco Rubio Fernández (01-08-1922 – 01-12-1923) y Antonio de Lezama y González del Campillo (15-12-1923 – 15-12-1930).

Alma Ibérica

Revista bimensual de información general, editada en Madrid. Su andadura comenzó el 25 de noviembre 1923, y aunque no tenemos certeza absoluta de la fecha de publicación de su último número, creemos que esta fue el 30 de abril de 1924, año en el que su director y fundador, Antonio Solís Ávila, pasó a formar parte de la plantilla del diario *ABC*.

Alrededor del Mundo

Revista ilustrada de periodicidad semanal fundada en Madrid por Manuel Alhama Montes que, además de información de carácter general, contenía reportajes sobre lugares, ciudades, aventuras, tradiciones…

Carente de ideología política, fue un semanario que gozó de gran popularidad entre el 9 de junio de 1899, en que salió a la calle su primer número, y el 1 septiembre de 1930, fecha en la dejó de publicarse.

Andalucía

Revista semanal independiente nacida de la fusión de la revista mensual del mismo nombre editada por el Centro Andaluz de Sevilla y el semanario Córdoba, editado por la cordobesa Imprenta Moderna.

Inició su andadura con esta periodicidad el 5 de enero de 1918 y continúo publicándose, al menos, hasta el 14 de abril de 1920.

Arquitectura

Revista mensual ilustrada fundada el 15 de mayo de 1918 por Gustavo Fernández Balbuena como órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos.

Editada en Madrid, en 1936 modificaría su cabecera pasando a denominarse Revista Nacional de Arquitectura, re-cobrando en enero de 1959 su nombre original que bajo la tutela del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid man-tendrá hasta nuestros días.

Avante

Semanario editado en la localidad salmantina de Ciudad Rodrigo con el propósito de contribuir a la regeneración y engrandecimiento de la ciudad.

Sus contenidos se dirigían, principalmente, a la información local sin omitir por ello noticias de carácter comarcal, provincial o nacional, así como artículos históricos, científicos, literarios…

Su primer número se publicó el 9 de abril de 1910.

Ignoramos cuando dejó de publicarse.

Bages Ciutat

Diario fundado por Josep Esteve i Seguí y editado en Manresa.

De ideología nacionalista y tendencia conservadora, comenzó a publicarse, íntegramente en catalán, en el año 1908.

Desconocemos su fecha de desaparición.

Blanco y Negro

Revista ilustrada fundada en 1891 por Torcuato Luca de Tena y editada en Madrid, aunque no de forma continuada. Así, entre el 10 de mayo de 1891 y el 19 de julio de 1936 se publicaría todas las semanas. En el transcurso de la Guerra Civil se interrumpiría su edición, publicándose únicamente 21 números sin periodicidad alguna. Volvió a publicarse en 1957 como publicación independiente, interrumpiendo su edición el 31 de diciembre de 1980 y reapareciendo nuevamente en 1988, en esta ocasión como suplemento dominical del diario ABC, hasta su cese definitivo en octubre de 2000. Más adelante se publicaría un suplemento semanal de ABC con el nombre Blanco y Negro Cultural, que en 2005 pasaría a llamarse ABCD las Artes y las Letras, también con periodicidad semanal.

Boletín de la Institución Libre de Enseñanza

Comenzó a publicarse en Madrid el 7 de marzo de 1877, apenas cuatro meses después de la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, y se mantuvo hasta diciembre de 1936. Su propósito era informar sobre la marcha de la Institución y dar a conocer «el movimiento intelectual contemporáneo», convirtiéndose rápidamente en una publicación singular por su carácter cosmopolita y multidisciplinar, y por la gran calidad de sus colaboradores.

Durante los años del exilio se editó en México un boletín editado por la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto-Escuela y de la Residencia de Estudiantes, publicándose su primer número en 1961 y el último en 1970.

Durante la "transición española", en 1987, inicia su segunda época definiéndose como una revista de pensamiento, dedicada tanto a las ciencias sociales como a las físico-naturales, con especial atención a la problemática en el ámbito educativo.

Boletín Mercantil de Puerto Rico

Editado en San Juan (Puerto Rico), surgió por incisiva la Junta de Comercio portorriqueña con el propósito de defender los intereses del comercio, la industria y la agricultura, ocupándose, también, de la vida cotidiana de los españoles y sus descendientes en la colonia.

Comenzó a publicarse el 2 de marzo de 1839 con el nombre de Boletín Instructivo y mercantil de Puerto Rico con una periodicidad quincenal, para, finalmente convertirse en diaria.

Desconocemos su fecha de desaparición.

Buen Humor

Semanario satírico, humorístico y literario editado en Madrid entre 1921 y 1931.

Fundado por el dibujante y caricaturista Pedro Antonio Villahermosa y Borao «Sileno», disfrutaría de una amplia difusión, llegando al alcanzar hasta cuatro ediciones y una tirada ordinaria de 25.000 ejemplares.

Castilla

Revista regional ilustrada fundada y dirigida por Santiago Camarasa Martín y editada en Toledo.

Publicó su primer número el 10 de marzo de 1918 contando con corresponsales en todas las provincias castellanas y pretendiendo convertirse en un medio desde el que lograr el resurgimiento de Castilla.

Dejó de publicarse el 25 de abril de 1919.

Catalunya

Revista semanal editada en Barcelona inicialmente en castellano y, más tarde, en catalán.

Nació el 5 de octubre de 1907 –bajo el título La Cataluña– con la intención de "difundir en el resto de España la manera de pensar y sentir" del pueblo catalán y, experimentando a lo largo de su andadura diversas transformaciones. El 1 de enero de 1911 pasó a titularse Cataluña, continuando su publicación en castellano hasta enero de 1913 en que, nuevamente, modificaría su título de cabecera por Catalunya y pasaría a editarse íntegramente en catalán hasta su desaparición el 26 de diciembre de 1914.

Catalunya Nova

Revista semanal de ideología catalanista dirigida Jordi Pedrol i Soler y editada en Tarragona

Fue el órgano de expresión de Unión Democrática Nacionalista (U.D.N), publicándose íntegramente en catalán entre el 19 de agosto de 1907 y el 1 de mayo de 1913.

Céltiga

Revista cultural ilustrada de periodicidad quincenal editada en Buenos Aires (Argentina) entre 1924 y 1932.

Dirigida a los emigrantes gallegos en Argentina, se publicaba en castellano y gallego tratando de acercar al lector a la realidad cultural gallega a través notas biográficas de artistas gallegos, comentarios bibliográficos, reproducciones gráficas de sus obras o colaboraciones literarias, así como información de actualidad gallega y la relativa a las diferentes asociaciones de emigrantes.

Colección Ariel

Revista cultural fundada en 1906 por Joaquín García Monge y editada en San José (Costa Rica) que acogió entre sus páginas a distinguidos intelectuales latinoamericanos, europeos y estadounidenses.

Dejó de publicarse en 1917.

Correo de Galicia

Periódico gallego de periodicidad semanal editado en Buenos Aires (Argentina) entre 1898 y 1965.

Fue una publicación de información general bilingüe, con predominio del castellano, que recogió las actividades y noticias de la colectividad gallega emigrante en Argentina.

Cosmópolis

Revista mensual de literatura y crítica fundada por el escritor guatemalteco Enrique Gomez Carrillo y el empresario uruguayo Manuel Allende con «la finalidad de facilitar la relación entre escritores españoles e hispanoamericanos».

Se editó en Madrid entre los meses de enero de 1919 y agosto de 1922, destacando en ella la atención dedicada a las literaturas francesa, hispanoamericana y portuguesa.

Cosmópolis

Revista mensual ilustrada fundada y dirigida por Enrique Meneses Puertas y editada en Madrid entre diciembre 1927 y julio 1931.

Sus páginas incluían un variado contenido, siendo habituales en ellas diversas secciones dedicadas a la literatura, crítica teatral y literaria, nuevos escritores, cine, deportes, mujer, turismo, lectores infantiles…

Crítica

Diario sensacionalista argentino editado en Buenos Aires fundado por el periodista uruguayo Natalio Botana el 15 de septiembre de 1913.

Dejo de publicarse en 1962, llegando a ser, durante su andadura, uno de los más vendidos del país.

Crónica

Revista semanal de información general –una de las más importantes y de mayor tirada de su época– editada en Madrid por Prensa Gráfica y dirigida por Antonio González Linares.

Impresa en huecograbado, inicio su andadura el 17 de noviembre de 1929 incluyendo entre sus páginas abundante material fotográfico y publicitario, entrevistas, crónicas, información general, reportajes de actualidad, viajes, turismo, espectáculos, deportes, arte, literatura, sucesos, vida social, páginas dedicadas a la mujer y a los niños…, y también, en ocasiones, desnudos femeninos con un marcado carácter artístico. Con el transcurso del tiempo, incorporaría a sus contenidos información política de tendencia liberal y republicana.

Dejó de publicarse el 11 de diciembre de 1938, fecha en la que salió a la calle su último número.

Democracia

Diario vespertino de tendencia radical fundado por José Guillermo Bertotto el 30 de agosto de 1924 y editado en la localidad argentina de Rosario.

Desconocemos cuando dejo de publicarse, aunque, tras varias suspensiones, en diciembre de 1940 continuaba haciéndolo.

Diario de Burgos

Periódico diario fundado por Juan Albarellos Berroeta y editado en Burgos.

Publicación de información general –centrada fundamentalmente en temas locales y provinciales– publicó su primer número el 1 de abril de 1891 manifestando su propósito de "Defender y fomentar los intereses morales y materiales de Burgos y su provincia".

Actualmente continúa editándose, tanto en papel como en formato digital.

Diario de Córdoba

Periódico fundado por Fausto García Tena y editado en Córdoba entre 1849 y 1938

Desde su nacimiento intentó mantener una línea editorial independiente y moderada, alejándose de disputas políticas y ocupándose más de cuestiones relativas a la ciudad y provincia de Córdoba.

Disfrutó de una economía saneada, aunque siempre tuvo una tirada modesta que nunca llegaría a superar los 3.000 ejemplares.

Diario de la Marina

Periódico cubano de tendencia conservadora y periodicidad diaria fundado por Nicolás Rivero.

Fue el sucesor de El Noticioso y Lucero de La Habana y considerado el rotativo más influyente de Cuba entre 1902 y 1959.

Su primera edición salió a la calle el 1 de abril de 1844, publicando su último número el 12 de mayo de 1960. Posteriormente continuaría editándose en Miami hasta 1961 con el título 7 días del Diario de la Marina en el exilio y periodicidad semanal.

Diario Español

Diario fundado por José Eiras García editado en Sao Paulo (Brasil)

Dirigido a la emigración española en Brasil, fue el continuador de otra publicación española en aquel país –La Voz de España– y acogió, en un primer momento, las quejas relativas a las condiciones laborales de los inmigrantes españoles y al escaso apoyo recibido de su consulado.

Inició su andadura en 1898, desconociendo la fecha de su desaparición, en cualquier caso, posterior al mes de diciembre de 1922.

El Adelanto

Periódico de ideología liberal editado en Salamanca entre 1883 y 2013

Salió a la calle, como semanario, el 22 de julio de 1883; más tarde comenzaría a publicarse diariamente, interrumpiendo provisionalmente su edición en 1884 para reaparecer en 1887 tras ser adquirido por Francisco Núñez Izquierdo. Su último número llegaría a los quioscos el 21 de mayo de 2013.

El Autonomista

Publicación de ideología republicana y catalanista fundada por Darío Rahola Llorens y editado en Girona entre 1898 y 1939.

Escrito en castellano y catalán, inicio su andadura en 1898 variando a lo largo de la misma su periodicidad que pasaría de semanal (1898 a 1904) a bisemanal (1904 a 1920) y finalmente diaria (1920 a 1939). También modificaría su cabecera titulándose, a partir del 2 de enero de 1933 "Autonomista".

Sus páginas contenían noticias nacionales e internacionales, de carácter político, literario, histórico, humorístico y deportivo, además de una agenda cultural.

Su último número se publicó el 25 de enero de 1939.

El Bien Público

Periódico uruguayo de clara impronta católica editado en Montevideo.

Fue fundado en 1878 por el poeta y diplomático Juan Zorrilla de San Martín y dejó de publicarse en 1963, aunque entre febrero de 1965 y enero de 1971 reapareció como un diario moderno, manteniendo su carácter confesional, bajo la denominación de *BP Color*.

El Cantábrico

Diario de tendencia liberal republicana fundado por los hermanos Manuel y Buenaventura Rodríguez Parets y por Mauricio Rodríguez Lasso de la Vega y editado en Santander entre 1895 y 1937.

Su primer número salió a la calle el 4 de mayo de 1895 convirtiéndose en poco tiempo en el periódico más leído de Cantabria. Desapareció definitivamente el 27 junio 1937.

El Castellano

Diario salmantino, inicialmente dirigido por el poeta invidente Cándido Rodríguez Pinilla.

Comenzó su publicación el 15 de marzo de 1903 como periódico bisemanal (se publicaba los jueves y domingos) convirtiéndose en diario el 9 de mayo de 1904 al fusionarse con el periódico, también salmantino, El Diario, manteniendo su título de cabecera.

Sus páginas incluirían "una amplia información local, un completo servicio telegráfico y numerosos trabajos de colaboración científica o literaria".

Desconocemos la fecha de su desaparición.

El Correo Español

Diario "consagrado a la defensa de los intereses de España y de la Colonia Española" fundado y dirigido por Fernando Luis Juliet de Elizalde y editado en Ciudad de México.

Comenzó a publicarse en el año 1889 convirtiéndose en 1900 en el órgano oficial de la Cámara de Comercio Española.

Desconocemos cuando desapareció.

El Defensor de Granada

Diario fundado en septiembre de 1880 por Luis Seco de Lucena Escalada y editado en Granada.

Portavoz del liberalismo, el laicismo, la modernización del país y la regeneración política, el periódico fue clausurado el 20 de julio de 1936 tras el triunfo de la sublevación militar en la capital granadina.

El Día

Diario de orientación republicana fundado por Manuel Pérez García y editado en Almería.

Salió a la luz pública en 1915 con el subtítulo "Diario reformista" que más tarde cambiaría por el de "Defensor de las izquierdas democráticas".

Dejó de publicarse en 1923.

El Día

Diario editado en Terrassa (Barcelona) cercano, durante su primera etapa, a la Liga Regionalista primero y más tarde a Acción Catalana.

Publicado en catalán, inició su andadura el 8 de abril de 1918 incluyendo en sus páginas información general, local y cultural.

El 9 de diciembre de 1936 comenzó su segunda época transformándose en el órgano de la filial de Terrassa del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

El Día de Palencia

Diario fundado por Abundio Zurita y editado en Palencia.

Publicó su primero número el 1 de octubre de 1890 manteniendo a lo largo de su existencia una orientación católica. En 1921 pasó a ejercer como órgano de expresión la Federación de Sindicatos Católico-Agrarios de Palencia, manteniendo, poco después, durante la dictadura de Primo de Rivera una línea editorial cercana al régimen.

Desapareció en enero de 1941 tras su fusión con *El Diario Palentino*.

El Diario

Diario "liberal y demócrata", como así se define en su primer número, editado en Salamanca y dirigido por Cándido Rodríguez Pinilla.

Nacido como "Diario de la noche", el 6 de febrero de 1904 se convierte en matinal para atender a los ruegos de sus suscriptores de provincia que lo recibían con un retraso de 24 horas debido a la combinación de los trenes correo.

Desapareció el 8 de mayo de 1904 al fusionarse con *El Castellano* bajo el título de este último.

El Diario de Albacete

Diario de tendencia conservadora y monárquica fundado por Luciano Ruiz López y editado en Albacete entre 1882 y 1939.

En 1937 inició su 3ª época, con el subtítulo de Periódico del Frente Popular, después se convertiría en órgano de expresión de Unificación Marxista primero y, más tarde del Partido Comunista.

El Diario de Huesca

Diario de tendencia republicana fundado por Manuel Camo Nogués y editado en Huesca.

En su primer número, publicado el 16 de noviembre de 1875 manifestaba su intención de "Ocuparse principalmente de cuanto en el orden moral y material afecte al progreso y desarrollo de los intereses de la provincia de Huesca, y, en segundo término, publicar, sin comentarios, las noticias más importantes que nos facilite la prensa o que nos remitan nuestros corresponsales". Fue, por tanto, un periódico de información general centrado, sobre todo, en el ámbito local, pero sin descuidar por ello acontecimientos de carácter provincial, regional, nacional e, incluso, internacional.

Tras el inicio de la Guerra Civil, desapareció el 15 de diciembre de 1936.

El Diario Palentino

Diario vespertino fundado en 1882 por José Alonso Rodríguez y editado en Palencia.

De ideología católica y muy conservadora, aunque independiente, durante la Segunda República mantuvo una línea editorial cercana a la CEDA.

Tras su fusión, en enero de 1941, con El Día de Palencia, paso a denominarse El Diario Palentino-El Día de Palencia, siendo dirigido, desde 1977 hasta su muerte en 1981 por el que fuera Cronista Oficial de Alba de Tormes, Antonio Álamo Salazar.

Actualmente continúa editándose bajo el título de *Diario Palentino*.

El Diluvio

Diario fundado el 10 de febrero de 1879 por Manuel de Lasarte i Rodríguez-Cardoso y editado en Barcelona.

Escrito en castellano, llegó a alcanzar una tirada de 40.000 ejemplares.

Mantuvo una orientación republicana –con especial cercanía a los sectores federalistas– y anticlerical.

Dejó de publicarse en los últimos meses de la Guerra Civil.

El Eco de Santiago

Diario fundado por Celestino Sánchez Rivera y editado en Santiago de Compostela (La Coruña)

Nació el 1 de marzo 1896 con la intención de "conseguir el engrandecimiento y bienestar de esta amada tierra gallega, la prosperidad y florecimiento de nuestra querida ciudad compostelana" y manteniendo durante su existencia una línea editorial conservadora y católica.

Desapareció el 1 de octubre de 1938 al fusionarse con *El Correo Gallego*.

El Estímulo

Revista católica de periodicidad trimensual editada en Salamanca y fundada por la Academia de Santo Tomás de Aquino de la capital charra.

Se publicaba los días 7, 17 y 27 de cada mes, saliendo a la calle su primer número el 7 de enero de 1902.

Desconocemos su fecha de desaparición

El Guadalete

Periódico fundado por Juan Piñero y José Bueno y editado en Jerez de la Frontera (Cádiz).

Inició su andadura el 6 de junio de 1852 con una periodicidad bisemanal para convertirse, más tarde, en trisemanal y, finalmente, a partir de 1854, pasar a editarse diariamente.

Fue una publicación de ideología conservadora y monárquica, orientación que mantendría tras la proclamación de la II República.

Publicó su último número el 15 de abril de 1936.

El Heraldo de Madrid

Diario de ideología liberal, demócrata y anticlerical, fundado por Felipe Ducazcal y Lasheras y editado en Madrid entre el 29 de octubre de 1890 y el 27 de marzo de 1939.

En 1893 simplificará su cabecera pasando a denominarse *Heraldo de Madrid*.

Periódico de información general, eminentemente madrileño, sus páginas incluirían noticias de carácter social, económico y político, sucesos, espectáculos, crítica teatral, bolsa…

Fue una de las publicaciones de mayor circulación en España, llegando a alcanzar, en 1935, una tirada de 500.000 ejemplares.

Aliadófilo en el transcurso de la I Guerra Mundial, durante la Segunda República se convertiría en un ferviente seguidor de las tesis defendidas por los partidos republicanos de izquierda.

El Hogar

Revista ilustrada argentina fundada por Alberto M. Haynes y editada en Buenos Aires (Argentina) entre 1904 y 1963

De periodicidad semanal, inicialmente lo fue quincenal con el título *El Consejero del Hogar*.

Aunque orientada al público femenino, interesaba tanto a mujeres como a hombres, sin distingos de edad, siendo, durante mucho tiempo la revista argentina de mayor venta.

Dedicaba numerosas páginas a describir acontecimientos sociales y políticos, e intentaba perpetuar acontecimientos históricos, establecer modas y costumbres y consagrar escritores.

El Impuesto Único

Publicación mensual fundada por Antonio Albendín editada, a lo largo de su andadura, en distintas localidades: Zamora, Málaga, Cádiz.

Órgano de la Liga Española, se publicó entre el 1 de diciembre de 1911 y el el 1 de diciembre de 1923.

El Informador

Diario independiente fundado por Jesús Álvarez del Castillo y editado en Guadalajara (México)

Salió a la luz, como periódico de información local el 5 de octubre de 1917 manteniéndose en circulación hasta el día de hoy en que continúa editándose, tanto en papel como en formato digital.

El Imparcial

Diario madrileño de carácter informativo e ideología liberal fundado por Eduardo Gasset Artime el 16 de marzo de 1867, fecha en la que vio la luz su primer número.

El 27 de abril de 1874 inició la publicación de un suplemento semanal, «Los lunes de El Imparcial», que se ocuparía de temas literarios, divulgativos, crítica teatral, artística, …

Fue considerado uno de los periódicos más influyente en la España del último tercio del siglo XIX y primeros años del XX.

El 30 de mayo de 1933 dejaría de publicarse, si bien, 75 años después, de la mano de Luis María Ansón, se refundaría como diario digital publicando su primer número en este formato el 21 de enero de 2008.

El Imparcial

Diario de tendencia liberal fundado y dirigido por Joaquín Fernández Pajares –también conocido como Jacinto Terry– y editado en Santa Cruz de Tenerife.

Inició su andadura15 de diciembre de 1916 dejando patente en sus páginas su posicionamiento aliadófilo durante la I Guerra Mundial y desapareciendo, una vez finalizada la conflagración, en 1920.

El Imparcial

Diario de información general editado en San Juan de Puerto Rico.

Publicado en inglés y castellano, inició su andadura en noviembre de 1918 finalizándola en el año 1979.

El Lábaro

Diario salmantino de inspiración católica y clerical fundado por el obispo de Salamanca fray Tomás de Cámara y Castro.

Su primer número salió el 24 de marzo de 1897, dejando de editarse en el año 1910.

El Liberal

Diario de orientación liberal republicana moderada nacido en Madrid 31 de mayo de 1879 a partir de una escisión de periodistas republicanos de *El Imparcial*.

Crítico con la dictadura de Primo de Rivera, se significó por las tesis republicanas con una orientación global de izquierdas, aunque sin decantarse por partido alguno.

Tuvo gran difusión entre las clases populares de Madrid y provincia alcanzando durante la República tiradas entre 500.000 y 1.000.000 de ejemplares.

Dejó de publicarse el 28 de marzo de 1939, incautado por las tropas franquistas tras en su entrada en Madrid.

El Liberal

Diario editado en Murcia, fundado el 30 julio de 1902 por Enrique Rivas Beltrán como consecuencia de la compra del periódico Las Provincias de Levante por parte del trust propietario de El Liberal de Madrid.

Representante de las ideas liberales, llego a convertirse en el principal medio de comunicación republicano de la provincia.

Dejó de publicarse el 28 de marzo de 1939 tras ser incautadas sus instalaciones.

El Luchador

Diario de ideología republicana fundado por Juan Botella Pérez y editado en Alicante, entre 1913 y 1939.

Durante la Segunda República apoyaría, primero al Partido Republicano Radical Socialista y, más tarde a Izquierda Republicana.

En mayo de 1938 su redacción resultó destruida como consecuencia de uno de los bombardeos de la aviación franquista.

El Mañana

Diario de información general de orientación monárquica-tradicionalista fundado por José Torán de la Rad y editado en Teruel

Comenzó a publicarse el 30 de diciembre de 1928, desapareciendo el 15 de abril de 1931 tras el advenimiento de la II República.

El Microbio

Publicación semanal editada en Salamanca

En su primer número, publicado el 2 de diciembre de 1905, manifestaba no ser un periódico de noticias, ni literario, ni satírico, ni político, ni científico, afirmando que su verdadero y único objetivo no era otro que el de hacer pasar un buen rato a sus lectores. No obstante, y a

pesar de esta declaración de intenciones inicial, a partir 20 de octubre de 1906 incorporaría a su cabecera el subtítulo de Semanario Satírico Literario

Desconocemos su fecha de desaparición

El Noroeste

Diario de ideología republicana editado en Gijón (Asturias) entre el 11 de febrero de 1897 y 1937.

Durante algún tiempo estuvo integrado en el «trust» formado por la Sociedad Editorial de España

Muy popular entre la clase obrera, inicialmente mantendría una línea editorial independiente que adquiriría un matiz más conservador tras ser adquirido por el Partido Reformista y convertirse en su órgano de expresión.

El Norte de Galicia

Diario conservador, propiedad de Antonio Pardo y Pardo-Montenegro, editado en Lugo

A lo largo de su historia fue el periódico de mayor circulación de Lugo y su provincia.

Salió a la calle el 31 de enero de 1901, cesando su publicación en enero de 1923.

El Noticiero

Diario fundado por Manuel del Castillo y Manuel Sánchez Asensio editado en Cáceres

En su primer número, publicado el 1de abril de 1903, manifestaba su intención de ser un periódico "independiente de toda política de partido y dedicado exclusivamente a la información en el más amplio significado de la palabra".

Desapareció en 1936.

El Noticiero Gaditano

Diario de ideología republicana e independiente dirigido por Ignacio Chilía Giraldez y editado en Cádiz.

Fundado en 1919 apoyó, en sus inicios, al regionalismo andaluz, adoptando, más tarde, una postura favorable a la Dictadura de Primo de Rivera. Durante la II República mostró su afinidad con el partido Acción Republicana de Manuel Azaña.

Publicó su último número el 31 de diciembre de 1933.

El Noticiero Universal

Diario vespertino fundado en 1888 por Francisco Peris Mencheta –coincidiendo con la 1ª Exposición Universal– y editado en Barcelona entre 1888 y 1985.

Escrito en castellano, mantuvo una línea editorial monárquica y conservadora que mantuvo tras la proclamación de la II República.

El Porvenir Castellano

Publicación de información general fundada por Marcelo Reglero Pérez y editada en Soria

Su primer número se publicó el 1 de julio de 1912 alternando, durante su andadura, una periodicidad que en unas etapas sería bisemanal y en otras semanal, para terminar siéndolo trisemanal.

Ignoramos cuando dejó de editarse, nunca antes de mayo de 1934.

El Programa

Semanario de ideología republicana federal editado en Sant Feliu de Guixols (Girona).

Escrito en catalán, aunque admitiendo colaboraciones en castellano, se publicó inicialmente entre 1907 y 1923 para reaparecer de nuevo en 1931 con una línea editorial cercana a Esquerra Republicana de Cataluña.

Desconocemos su fecha de desaparición.

El Progreso

Diario de información general fundado por Purificación de Cora y Más Villafuerte y editado en Lugo.

Desde sus inicios –su primer número apareció en agosto de 1908– se configuró como una publicación independiente al servicio de los intereses de Lugo y su provincia.

Actualmente continúa publicándose.

El Progreso

Diario de ideología republicana fundado por Santiago García Cruz y editado en Santa Cruz de Tenerife.

En su primer número –04-09-1905– manifestaba su aspiración de inspirarse, seguir las huellas y ser el continuador de anteriores publicaciones republicanas (La Federación, El Memorándum, Las Novedades)

Dejó de publicarse el 30 de enero de 1932.

El Pueblo

Diario de ideología republicana populista fundado por Vicente Blasco Ibáñez y editado en Valencia.

Inició su andadura el 12 de noviembre de 1894 con una orientación muy política que comenzaría a cambiar en 1906 aumentando sus contenidos de información periodística y actualidad social, aunque sin olvidarse de sus raíces republicanas, convirtiéndose, durante de II Republica en el órgano de expresión del Partido de Unión Republicana Autonomista (PURA)

Continuaría editándose hasta el final de la Guerra Civil, desapareciendo en 1939

El Pueblo

Periódico de ideología republicana de izquierdas editado en Tortosa (Tarragona)

Su primer número apareció en los quioscos, como semanario el 3 de febrero de 1901 aunque durante su andadura tendría distintas periodicidades (Semanal, semisemanal, diaria…)

Dirigido inicialmente por Marcelino Domingo, comenzó publicándose en castellano, más tarde, durante la II República, lo haría en castellano y catalán, y finalmente, en 1937, lo haría íntegramente en catalán, cambiando su nombre a El Poble.

Dejó de editarse en 1938

El Pueblo Gallego

Diario fundado el 27 de enero de 1924 por Manuel Portela Valladares y editado en Vigo (Pontevedra)

El inicio de su andadura se caracterizó por una línea editorial republicana centrista. Posteriormente, durante los primeros años de la República, apoyaría los planteamientos del Partido Galleguista, publicando alguno de sus artículos en gallego.

Incautadas sus instalaciones al comienzo de la Guerra Civil, se integraría en la cadena de Prensa del Movimiento durante la dictadura franquista y en la de Medios de Comunicación Social del Estado en los primeros años de la transición.

Dejó de publicarse el 17 de junio de 1979

El Regional

Diario fundado por José Fernández Carballo y editado en Lugo entre 1884 y 1931.

Vinculado al Partido Republicano Federal, fue considerado el primer periódico regionalista gallego.

Además de noticias, en sus páginas tuvieron cabida novelas, estudios históricos, colaboraciones literarias…

El Socialista

Órgano de expresión del Partido Socialista Obrero Español desde su aparición, en 1886.

Su primer director fue Pablo Iglesias Posse, fundador también del PSOE.

A lo largo de su Historia ha difundido las ideas del partido y ha servido de medio de comunicación entre su militancia.

Publicado inicialmente en Madrid, también lo hizo en Barcelona y, tras la Guerra Civil, en distintas etapas, en Toulouse (Francia) y París, para volver a hacerlo en España, primero de forma clandestina, a partir de 1970.

A lo largo de su andadura ha tenido distintas periodicidades. Actualmente se edita en formato digital con carácter semanal.

El Sol

Diario editado en Madrid entre 1 de diciembre de 1917 y el 27 de marzo de 1939, fundado por Nicolás María de Urgoiti y Achúcarro.

En él participaron intelectuales de reconocido prestigio, aunque sería José Ortega y Gasset su mayor inspirador ideológico y el mejor de sus colaboradores.

De ideología liberal y regeneracionista, el periódico defendía un proyecto reformista, dedicando buena parte de su atención al catalanismo, al nacionalismo vasco y, en general, a la vida de las provincias, al tiempo que mostraba su comprensión y simpatía por el movimiento obrero y por el socialismo.

Tras la proclamación de la II República experimentaría una evolución ideológica que le llevó a alinearse con las tesis del nuevo régimen. A finales de mayo de 1937 sería incautado por el Partido Comunista de España convirtiéndose en uno de sus órganos de expresión hasta el 15 de junio de 1938, fecha en la dejó de ser portavoz del PCE y pasó a ser «órgano de expresión de la Democracia Nacional».

Años después, el 22 de mayo de 1990, el Grupo Anaya resucitó la cabecera con la intención de recuperar el programa intelectual del periódico original, siendo la primera en España que contó con una redacción totalmente informatizada. Durante su existencia apostó por la información cultural, llegando incluso a lanzar una colección de libros cuyos ejemplares regalaba para promocionar sus ventas.

Finalmente, en marzo de 1992, su inestabilidad económica y las diferencias de criterio entre los distintos grupos de su directiva, precipitaron su definitiva desaparición,

El Tormes

Semanario informativo dirigido por José Sánchez Sánchez y editado en Alba de Tormes (Salamanca)

Se publicaba los domingos, incluyendo entre sus páginas noticias locales y comarcales, relatos históricos, artículos literarios…

Su primer número se publicó el 10 de noviembre de 1929, sin que tengamos certeza de la fecha de su desaparición, aunque creemos que fue el 2 de marzo de 1930, fecha del último número que hemos localizado.

Erudición Ibero-Ultramarina

Revista de periodicidad trimestral editada en Madrid y "consagrada –como sí indicaba en su portada– a la tradición histórica de España y demás naciones de su raza y lengua".

Publico su primer número en el mes de enero de 1930. Desconocemos su fecha de desaparición.

España

Revista de periodicidad semanal fundada por José Ortega y Gasset y editada en Madrid

Inició su andadura el 29 de enero de 1915 bajo la dirección de su fundador –a quien sucederían Luis Araquistáin y Manuel Azaña– y en la misma se darían cita los máximos representantes de la generación del 98 así como algunos otros que posteriormente integrarían la del 27.

Su línea editorial se orientaba al regeneracionismo y a las corrientes reformistas liberal-democráticas y asumía la portavocía del descontento nacional, del movimiento obrero y del republicanismo y catalanismo de izquierdas.

Durante la I Guerra Mundial fue en una de las publicaciones aliadófilas más importantes del país.

Entre sus contenidos destacan artículos de carácter político, filosófico, literario, artístico, social, cultural…

Su último número se publicó el 29 de marzo de 1924.

Estampa

Revista ilustrada de periodicidad semanal fundada por Luis Montiel Balanzat y editada en Madrid entre 1928 y 1938.

Publicó su primer número del 3 de enero de 1928 con el subtítulo de "Revista gráfica y literaria de la actualidad española y mundial", adquiriendo, desde su inicio una gran popularidad y alcanzando, pocos meses más tarde, una tirada superior a los 200.000 ejemplares.

Entre sus contenidos destacaron las secciones dedicadas a la narrativa, la literatura, el teatro, los deportes, los toros, la mujer…

Fray Mocho

Semanario argentino de interés general fundado por Carlos Correa Luna y editado en Buenos Aires (Argentina) entre 1912 y 1929

Nacida de una escisión de la también revista argentina Caras y Caretas, se definía a sí mismo como "festivo, literario, artístico y de actualidades" y además de ilustraciones humorísticas, entre sus páginas encontramos artículos dedicados a la información de provincias, vida cotidiana, notas femeninas, folletines infantiles…

Gaceta de Bellas Artes

Revista cultural –de periodicidad irregular– dedicada al arte y editada en Madrid.

Nació en julio de 1910 con el título de Gaceta de la Asociación de Pintores y Escultores –asociación a la que siempre ha estado unida y de la que es su órgano de información y comunicación– modificándolo por el de Gaceta de Bellas Artes a partir de 1921 y editándose con regularidad hasta 1936.

Durante la Guerra Civil suspendió su publicación reanudándola en 1944 hasta la fecha actual en que continúa editándose.

Gaseta Comarcal

Diario fundado por Lluís Gomís Cornet editado en Igualada (Barcelona) y Manresa (Barcelona).

Se publicó en catalán entre 1927-1931 conteniendo sus páginas información general y local de las dos localidades en las que se editó.

Gente Joven

Semanario literario editado en Salamanca entre 1904 y 1906.

Nacido en el entorno de la universidad charra y promovido por algunos de sus alumnos destacados –Íscar Peyra, Federico de Onís, José Sánchez Rojas, Fernando Felipe…– se caracterizó por su inconformismo ante la realidad salmantina del momento, por la defensa de los intereses de la ciudad y por la organización de actividades literarias.

Inició su andadura el 3 de diciembre de 1904, editándose de forma ininterrumpida hasta el 6 de enero de 1906 en que se publicó su último número.

Heraldo de Aragón

Diario fundado en 1895 por el periodista oscense Luis Montestruc Rubio y editado en Zaragoza.

Su primer número salió a la luz el 20 de septiembre de 1895 continuándose publicando en la actualidad.

Desde su nacimiento fue un periódico de información general centrada especialmente en la región aragonesa.

Heraldo de Zamora

Diario de información general fundado por Enrique Calamita Matilla y editado en Zamora

Comenzó a publicarse 1 de diciembre de 1986 identificándose en su cabecera como el "Defensor de los intereses morales y materiales de la provincia".

Órgano del partido liberal hasta el 26 de febrero de 1898, simpatizó, inicialmente, con el nuevo régimen surgido tras la proclamación de la II República para, más tarde, pasar a oponer a ella y adquirir matices más conservadores en sus contenidos.

En 1942 fue absorbido por el periódico El Correo de Zamora, editándose su último número el 30 de junio de aquel año.

Hispana Esperantisto

Revista mensual, órgano oficial de Zamenhofa Federacio (Federación Zamenhofiana) fundada en enero de 1917 por Julio Mangada Rosenörn y editada en Madrid íntegramente en esperanto.

Hispana Esperantisto –Esperantista Español en castellano– pretendía aglutinar a las asociaciones de Castilla, Extremadura, Murcia, Galicia, Asturias, Navarra y los archipiélagos balear y canario, e incluía en sus páginas información relacionada con las organizaciones del movimiento esperantista en general y, también, artículos culturales, literatura original y traducida, chistes, pasatiempos...

Desconocemos su fecha de desaparición, en cualquier caso, siempre posterior a febrero de 1923.

Hispania

Revista colombiana con un marcado espíritu liberal fundada por Santiago Pérez Triana y editada en Londres.

De periodicidad mensual, publicó su primer número el 1 de enero de 1912 aspirando a representar no solo a Colombia sino a la región hispanoamericana en su conjunto.

Las 28 páginas de cada uno de sus números contenían artículos sobre temas económicos, sociológicos, derechos de las naciones…

Dejo de publicarse en 1916.

Hojas Selectas

Revista mensual ilustrada fundada por Pablo Salvat y editada en Barcelona entre enero 1902 y diciembre de 1921.

Tuvo una amplia difusión en los países hispanoamericanos, a los que dedicó una especial atención informativa.

Sus páginas contenían temas de actualidad, reportajes sobre historia, biografías, botánica, zoología, arqueología, arte, literatura, exposiciones, fotografía, navegación, sociedad, moda, ciencia, industria y también textos de creación literaria (novelas, cuentos, obras teatrales) y partituras musicales…)

Homenaje

Revista consagrada a honrar la memoria del rector de la universidad de Salamanca D. Mamés Esperabé Lozano en el primer aniversario de su muerte.

Publicada en Salamanca en 1907 bajo la dirección de Evaristo Pinto Sánchez, contó con la colaboración de numerosas firmas de indudable prestigio.

Horus

Revista ilustrada uruguaya editada en Montevideo con la indicación en su cabecera «1.ª Gran revista nacional»

Comenzó su andadura, con periodicidad semanal, en el año 1924.

Desconocemos su fecha de desaparición.

Iberia

Revista semanal de marcado carácter aliadófilo fundada por Eloi Detouche y editada en Barcelona.

Dirigida por Claudio Ametlla, se publicó entre el 10 de abril de 1915 y el 22 de febrero de 1919, siempre vinculada al devenir de la I Guerra Mundial desde una orientación catalanista, liberal y republicana, con textos principalmente en castellano, aunque algunos artículos también lo hicieron en catalán, portugués y francés.

La Actualidad

Revista semanal de información general, profusamente ilustrada, nacida en Barcelona el 5 de agosto de 1906.

Sus páginas contenían crónicas de sucesos, actualidad política, social y económica, así como artículos literarios y otros relacionados con el arte, la ciencia, el deporte, la moda, la mujer, la juventud…

Desconocemos cuándo dejó de publicarse.

La Alhambra

Revista dedicada a las artes y las letras fundada y dirigida por Francisco de Paula Valladar y editada en Granada.

Sus contenidos habituales incluían artículos literarios y artísticos, crítica literaria y teatral, biografías, leyendas y tradiciones locales…

Comenzó a editarse, con periodicidad decenal, el 10 de enero de 1884, suspendiendo su publicación el 20 de junio de 1885 y reiniciándola nuevamente, en una segunda etapa, como revista quincenal, el 15 de enero de 1898.

Dejó de publicarse en 1924, tras la muerte de su fundador y director.

La Basílica Teresiana

Revista mensual, estrechamente vinculada a la construcción en Alba de Tormes de una basílica dedicada a Santa Teresa de Jesús, editada en Salamanca entre 1897 y 1923.

Nacida bajo el impulso del obispo salmantino Fray Tomas Cámara Castro, publicaría su primer número el 15 de octubre de 1897 atravesando a lo largo de su andadura por diversas etapas en las que reiniciaría su numeración, hasta su desaparición definitiva en abril de 1923 tras la publicación del número 106 a 114 correspondiente a los meses abril-diciembre de aquel año.

Al alcanzar su número 100 (en realidad el nº 1 de su II etapa) publicado el 15 de enero de 1906 asumiría la dirección de la revista la infanta de España Mª de la Paz de Borbón y Baviera, pasando a hacerlo, de forma honoraria, con el comienzo de su III etapa, en el mes de julio de 1914.

Sus páginas ofrecían información detallada sobre el estado de las obras del templo, así como artículos relacionados con Santa Teresa y otros de carácter literario firmados por prestigiosos escritores que colaboraron con esta publicación.

La Ciudad

Semanario fundado por algunos de los integrantes del desaparecido periódico salmantino Gente Joven –Federico de Onís, Cándido Rodríguez Pinilla, Íscar Peyra, Sánchez Rojas– y editado en Salamanca.

Se publicó entre el 9 de diciembre de1911 y el 3 de mayo de 1913 dando cabida en sus páginas –como así afirmaba en su primer número– "a cuantos escritores quieran decir, bien dicha, una idea noble, útil o bella", sin desatender por ello la información local y provincial y, sobre todo la crítica política y social.

La Correspondencia de Valencia

Diario de orientación conservadora fundado por Manuel María de Santana y editado en Valencia.

Inició su andadura en 1877 como suplemento de noticias locales de La Correspondencia de España en Valencia, independizándose en 1882 como publicación diaria.

En mayo de 1918 asumiría la portavocía de Unión Valencianista Regional, convirtiéndose en su órgano de expresión.

Apoyo a la Dictadura del general Primo de Rivera y también la proclamación de la II República.

Durante la Guerra Civil estuvo controlado por el sindicato UGT, dejando de publicarse en 1939 tras la toma de Valencia por las tropas franquistas.

La Correspondencia Gallega

Diario fundado por José María Millán editado en Pontevedra entre 1889 y 1917.

Subtitulado Diario de Pontevedra fue una publicación con una orientación inicial conservadora que paulatinamente iría evolucionando hacia unas posiciones más liberales.

La Cruz

Diario católico editado en Tarragona entre 1901 y 1936

De marcada orientación conservadora, inició su andadura el 1 de noviembre de 1901, alineándose durante la II República con tesis cercanas al tradicionalismo.

Desapareció tras el estallido de la Guerra Civil, publicando su último número el 21 de julio de 1936.

La Democracia

Fundado como semanario en La Bañeza (León) en 1899, se trasladaría a la capital de la provincia en el año 1902 donde comenzó a publicarse con una periodicidad diaria.

Durante la II República mostraría una línea editorial progresista, anticlerical y republicana.

Desapareció en julio de 1936, tras el levantamiento militar.

La Esfera

Revista ilustrada de información general –lujosamente editada– dirigida por Francisco Verdugo Landi y editada en Madrid por el grupo Prensa Gráfica.

Dedicó sus páginas a la publicación de artículos y crónicas de actualidad, teatro, cine, deporte, viajes, historia, arte, literatura… destacando en ella sus reproducciones a todo color y sus magníficas fotografías.

Se publicó entre el 3 de enero de 1914 y el 17 de enero de 1931 con una periodicidad semanal y una línea editorial cercana al conservadurismo.

La España Moderna

Revista cultural fundada por José Lázaro Galdiano editada en Madrid.

De periodicidad mensual y vocación americanista, publicaba artículos y estudios sobre una gran variedad de materias, así como textos de creación literaria en prosa y en verso, y daba a conocer por primera vez en español textos literarios de autores extranjeros.

Su primer número salió a la luz en enero de 1889, dejando de publicarse en el mes de diciembre de 1914.

La Fiesta Brava

Semanario de temática taurina fundado y dirigido por José Villar Jiménez y editado en Barcelona.

Se publicó de forma ininterrumpida ente el 17 de abril de 1926 y el 17 de julio de 1936, fechas en las que salieron a la calle su primer y su último número respectivamente.

La Iberia

Publicación semanal independiente editada en Ciudad Rodrigo (Salamanca)

Su primer número se publicó el 26 de abril de 1903 y en él manifestaba aspirar al "engrandecimiento y prosperidad de Ciudad Rodrigo" y a "estrechar los lazos que nos unen con Portugal, la nación hermana, procurando el desarrollo del comercio entre ambos pueblos y fomentando las inmensas y naturales corrientes de simpatías que experimentan el uno por el otro."

Desconocemos su fecha desaparición, en ningún caso anterior al 25 de marzo de 1922.

La Ilustración Artística

Revista ilustrada de periodicidad semanal publicada en Barcelona por la editorial Montaner y Simón.

Nacida el 1 de enero de 1882 bajo el título Ilustración Artística (sin artículo) incluía en sus páginas reportajes sobre historia, medicina, ciencia, arte, literatura, teatro, bibliografía, biografías, crónicas sociales, políticas y culturales; entrevistas a escritores y artistas, relatos de viajes, noticias, novelas por entregas y relatos breves, composiciones poéticas, críticas y reseñas de obras estrenadas en el extranjero…

Dejó de publicarse en 1917

La Ilustración Española y Americana

Revista ilustrada, continuadora de El Museo Universal (1857-1869), fundada por Abelardo de Carlos y Almansa y editada en Madrid.

Máximo exponente en España del periodismo gráfico del siglo XIX, nació como semanario el 25 de diciembre de1869, aunque a partir del 5 de agosto de 1870 tendría una periodicidad decenal para, finalmente, aparecer los días 8, 15, 22 y 30 de cada mes.

Desapareció en 1921 tras la publicación, el 30 de diciembre, de su último número.

La temática básica de sus contenidos fue la ciencia, el arte, la literatura, la industria, el turismo y la información de actualidad tanto nacional como internacional.

La Lectura

Revista cultural fundada por Clemente de Velasco, dirigida por Francisco Acebal y editada en Madrid.

Sus contenidos dedicaban una especial atención a la crítica literaria y artística y a la publicación de textos, artículos, estudios y ensayos de temática diversa.

Aparecía en la segunda decena de cada mes. Su primera entrega salió en enero de 1901 publicándose ininterrumpidamente hasta diciembre de 1920.

La Libertad

Diario editado en Madrid fundado el 13 de diciembre de 1919 por redactores escindidos de El Liberal.

Sus páginas, además de publicar información de carácter político, parlamentario, social, literario, científico, taurino, económico, teatral, deportivo…, dedicarían una especial atención a la actualidad del movimiento obrero.

Orientado inicialmente al reformismo burgués representado por la Izquierda Liberal de Santiago Alba, mantuvo una postura de clara oposición a la dictadura de Primo de Rivera, radicalizándose de una manera paulatina y extremando su posicionamiento izquierdista a partir del triunfo del Frente Popular.

Desapareció al final de la Guerra Civil, en marzo de 1939.

La Llanura

Semanario de carácter eminentemente local editada en Arévalo (Ávila)

Fue fundado el 14 de octubre 1922 interrumpiendo su publicación entre 1923 y noviembre de 1926 y, nuevamente, desde el 3 julio de 1927 hasta el 26 de febrero de 1928, para dejar de editarse, definitivamente, el 10 de marzo de 1929

En el mes de junio de 2009 la asociación cultural La Alhóndiga de Arévalo retomó la cabecera de la revista publicándola nuevamente con una periodicidad mensual.

La Mañana

Diario de ideología republicana de izquierdas editado en Zamora.

Salió a la calle el 28 de agosto de 1932 manifestando en su primer número su aspiración de convertirse en el baluarte de la "opinión republicana…. y su defensa de Zamora".

Desconoceos su fecha de desaparición.

La Mañana

Diario editado en Montevideo fundado el 1 de julio de 1917 por Pedro Manini Ríos y Héctor R. Gómez.

Sus páginas acogieron una corriente de pensamiento con marcada impronta social y modernizadora que impulsó las reformas democráticas de la época como el voto universal y secreto o la jornada laboral de las 8 horas.

Finalizó su andadura en la década de los 90 reapareciendo como semanario el 26 de junio de 2019.

En la actualidad continúa publicándose.

La Moda Elegante

Revista femenina fundada el 1 de mayo de 1842 por Francisco Flores Arenas y editada inicialmente en Cádiz y, más tarde, a partir del 30 de abril de 1870, en Madrid.

Su título originario fue La Moda que se modificaría en 1863 al añadirle el adjetivo "Elegante". También variaría su periodicidad que comenzó como semanal para terminar siéndolo mensual.

Fue una publicación profusamente ilustrada con grabados de tapicería, patrones, vestuario, peluquería y mobiliario También contenía artículos relativos a ciudades, monumentos, biografías, medicina…, así como traducciones, revistas de moda de París y crónicas de los salones de moda.

Dejó de publicarse a finales de 1927.

La Nación

Diario conservador de marcado carácter germanófilo –se financió con la ayuda económica alemana– fundado por Alfonso María García Polavieja y editado en Madrid

Inició su andadura el 23 de octubre de 1916 con un marcado acento patriótico, nacionalista y monárquico.

Sus secciones habituales estaban dedicadas a política interior, información de Madrid, provincias y del conflicto bélico que por entonces asolaba Europa, economía, sucesos, deportes, toros, teatro, moda, arte…

Su último número se publicó el 31 de diciembre de 1918.

La Noche

Diario vespertino fundado y dirigido por Pedro Mourlane Michelena y editado en Bilbao

Su andadura sería corta, entre el 25 de febrero y el 31 de diciembre de 1924, y en ella mostraría una orientación monárquica y liberal y una manifiesta oposición a la autonomía vasca.

La Novela Porteña

Publicación semanal argentina de carácter literario editada en Buenos Aires (Argentina).

Comenzó a publicarse el 22 de abril de 1922 dedicando sus páginas a reproducir trabajos de los "mejores y más famosos novelistas argentinos" aunque en ocasiones también acogió escritores de otra nacionalidad.

Desconocemos su fecha de desaparición.

La Prensa

Periódico de información general fundado por Leoncio Rodríguez y editado en Santa Cruz de Tenerife

Nacido como "Diario republicano" el 15 de octubre de 1910, se alineó con las fuerzas aliadas durante la I Guerra Mundial y adquirió una relativa pujanza durante la década de 1920 y la II República, iniciando su decadencia tras el inicio de la Guerra Civil.

Su último número se publicó el 14 de febrero de 1939.

La Prensa

Semanario de habla hispana fundado por Ignacio Eugenio Lozano y editado en San Antonio, Texas (EE. UU.)

Inicio su andadura el 13 de febrero de 1913 con la aspiración de ser el portavoz de los mexicanos exiliados en EE.UU. tras las Revolución Mexicana.

Durante muchos años fue el periódico en español de mayor circulación en los Estados Unidos y un representante destacado de la cultura mexicana.

Despareció el 31 de enero de 1963, fecha en la que publicó su último número.

La Prensa

Editado en Nueva York y dirigido a su comunidad hispanohablante, fue creado como semanario en el año 1913 por Rafael Viera, convirtiéndose en diario en 1918.

En 1963 se fusionó con El Diario de Nueva York, también publicado en castellano, dando origen a una nueva ca-becera, El Diario La Prensa, que aún pervive.

La Publicidad

Diario de ideología republicana editado en Barcelona entre 1878 y 1922 escrito en castellano.

Comenzó a publicarse con el nombre de El Anunciador Catalán, adoptando posteriormente su cabecera definitiva.

Ente 1903 y 1906 estuvo dirigido por el político republicano Alejandro Lerroux, convirtiéndose en su órgano de expresión.

A partir de 1915 adquiriría una orientación más catalanista y obrera, para finalmente desaparecer en 1922 siendo sucedido por La Publicitat, escrita íntegramente en catalán.

La Revista

Semanario ilustrado editado en Lima (Perú) y dirigido por Salvador Faura.

Destacan entre sus contenidos los relativos a la vida política y social, deportes, teatro, cine, poesía, literatura, par-tituras, y moda.

Inició su andadura en 1927, dejando de publicarse en 1934

En 1929 modificó el nombre de su cabecera, pasando a denominarse La Revista Semanal.

La Semana Gráfica

Revista ilustrada semanal editada en Valencia

Además del devenir diario de la ciudad y la región, sus páginas ofrecían información política, cultural, deportiva… así como reportajes gráficos acompañados de numerosas fotografías.

Desconocemos la fecha de nacimiento de esta publicación. El número más antiguo conservado en la Biblioteca Valenciana Digital (BIVALDI) es el 18 (Año II) correspondiente al 13 de noviembre de 1926. Dejó de editarse con regularidad el 25 de junio de 1932 aunque posteriormente publicaría algún número extraordinario.

La Tierra de Segovia

Diario independiente fundado por Segundo Gila y editado en Segovia

Nació el 16 de mayo de 1919 con la manifiesta intención de dedicar su atención a "todo lo que afecte singular y directamente a la querida provincia en que nacimos" y a su principal fuente de riqueza: la agricultura.

Su último número salió a la luz el 31 de enero de 1922.

La Tribuna

Diario editado en Madrid, de ideología conservadora y maurista, fundado por Salvador Cánovas Cervantes

Durante la I Guerra Mundial se caracterizó por su neutralidad, pero dejando ver su simpatía hacía Alemania.

A lo largo de su andadura, iniciada 3 de febrero de 1912 y finalizada en 1924, contó con colaboradores de la talla del caricaturista Luis Bagaría o los literatos Ramón Gómez de la Serna y Ramón Pérez de Ayala.

La Vanguardia

Diario de información general fundado por los hermanos Carlos y Bartolomé Godó Pié y editado en Barcelona en castellano y, desde 2011, también en catalán.

Nació el 1 de febrero de 1881 como órgano del Partido Liberal de la provincia de Barcelona, desvinculándose del mismo, aunque conservando una cercanía ideológica con él, el 1 de enero de 1888. Durante la II República mantuvo una orientación catalanista y liberal-conservadora convirtiéndose, nada más iniciarse la Guerra Civil, en el principal órgano de expresión de la Generalidad de Cataluña. Finalizada la guerra, durante la dictadura franquista, se vio obligado a modificar su cabecera por La Vanguardia Española.

Actualmente continúa publicándose tanto en papel como en formato digital.

La Veu de Catalunya

Publicación propiedad de la Lliga Regionalista editada en Barcelona entre 1899 y 1937.

Con la clara intención de despertar la conciencia del pueblo catalán, y una doble vertiente: literaria y política, se publicó en catalán –aunque con contadas colaboraciones en castellano– inicialmente con una periodicidad semanal y, más tarde, diaria.

Durante le I Guerra Mundial mantuvo una línea editorial germanófila.

Tras el inicio de la Guerra Civil, sería incautada por la Generalidad de Cataluña y después controlada, primero, por el comité obrero de sus trabajadores y, luego, por la CNT, dejando de publicarse el 8 de enero de 1937.

La Voz

Diario fundado por Manuel Rosés Pastor editado en Córdoba entre 1920 y 1936

Los sucesivos cambios en la propiedad del periódico condicionarían su orientación ideológica. Inicialmente independiente se convertiría más tarde en el órgano oficioso de la Dictadura de Primo de Rivera en la provincia y, durante la II República, en el del Partido Radical en Córdoba.

Al comienzo de la Guerra Civil fue incautado por las fuerzas sublevadas, despareciendo poco después.

La Voz de Aragón

Diario fundado por Mariano Sánchez Roca y editado en Zaragoza

Independiente y regionalista primero y republicano de izquierdas durante la II República, inició su andadura el 27 de mayo de 1925

Dejó de publicarse el 17 de septiembre de 1935.

La Voz de Castilla

Diario de información general fundado por Antonio Zumárraga Díez y editado en Burgos

Salió a los quioscos el 1 de julio de 1910 como "Diario independiente de la mañana", pasando, en abril de 1916, a abrazar la causa regionalista y subtitularse "Órgano defensor del regionalismo castellano"

Dejó de publicarse el 24 de abril de 1921 para reaparecer en 1940 como órgano oficial en la provincia de la prensa del Movimiento y desaparecer definitivamente el 24 de enero de 1974.

La Voz de Guipúzcoa

Diario de ideología republicana fundado, entre otros, por Juan Usabiaga Lasquibar y editado en San Sebastián entre 1885 y 1936

Nació el 1 de enero de 1885 manifestando su objetivo político: "como españoles, defender las ideas republicanas y como vascongados, combatir sin tregua el carlismo".

Durante la I Guerra Mundial se declaró anti-germanófilo, apoyando públicamente al bando aliado.

Contrario a la Dictadura primoriverista, su línea editorial se aproximaría al Partido Republicano Radical durante la proclamación de la II República.

Dejó de publicarse en 1936 al ser incautado por las fuerzas sublevadas tras la conquista de San Sebastián.

La Voz de Menorca

Diario de ideología republicana editado en Mahón (Baleares)

Nació el 1 de octubre de 1906 manifestando su pertenencia al Partido Unión Republicana y su aspiración de "regenerar la patria" y de "reconquista de la Republica".

Durante la II República asumió la portavocía del Partido Radical en las Baleares y, más tarde, tras el estadillo de la Guerra Civil, la del sindicato CNT.

Su último número se publicó el 6 de febrero de 1939.

La Voz de Soria

Periódico fundado por Mariano Granados Aguirre y editado en Soria

Comenzó a publicarse, con el subtítulo "independiente" y periodicidad bisemanal 2 de junio de 1922 y continúo haciéndolo, al menos, hasta el mes de junio de 1936.

Desconocemos su fecha de desaparición

Las Provincias

Diario de tendencia regionalista y orientación conservadora editado en Valencia

Publicó su primer número el 31 de enero de 1866 y desde esa misma fecha se ha caracterizado por su defensa de los intereses valencianos.

Durante la Guerra Civil fue incautado por la CNT suspendiendo su publicación entre 1936 y 1939.

Actualmente pertenece al grupo Vocento y continúa editándose.

Los Aliados

Revista semanal dirigida por Carlos Micó España y editada en Madrid durante el año 1918.

Su primer número salió a la luz el 13 de julio de 1918 manteniendo, tal y como se desprende de su título, una línea editorial indudablemente aliadófila.

En sus páginas se analizaban las novedades bélicas del momento, la estrategia militar, las relaciones diplomáticas, las posturas políticas internas y las respectivas a las demás naciones beligerantes…

Sus más destacados colaboradores serían Miguel de Unamuno, Ramón Mª del Valle Inclán y Benito Pérez Galdós.

Dejó de editarse el 30 de noviembre de 1918, una vez finalizada la I Guerra Mundial.

Lulú

Revista semanal ilustrada editada en Lima (Peru).

Dirigida al publico femenino, se publicó, al menos, entre los años 1915-1916, contando entre sus contenidos con artículos referidos a la literatura, el arte y la moda.

Mediterráneo

Revista gráfica, profusamente ilustrada, de periodicidad semanal editada en Barcelona.

Comenzó a publicarse en diciembre de 1926 incluyendo entre sus contenidos reportajes sobre países y monumentos, textos de creación literaria, noticias relativas a deportes, espectáculos, toros, vidia social y de ocio en Madrid y Barcelona…

Ignoramos cuando dejó de editarse.

Mercurio

Revista ilustrada de carácter publicitario y didáctico fundada por José Puigdollers y Maciá y editada en Barcelona.

En su primera etapa sería el órgano de expresión de la Casa Comisionista teniendo como objetivo dar a conocer la realidad latinoamericana en Cataluña y llegar a un público extranjero interesado en contactar con comerciantes cata-lanes.

Salió a la luz el 3 de diciembre de 1901 con el subtítulo Revista comercial hispano americana y periodicidad men-sual –que cambiaría a quincenal en 1905– y dejó de publicarse a mediados de 1938.

Mercurio

Revista ilustrada de periodicidad mensual edita en castellano en Nueva Orleans (USA) entre 1911 y 1927.

Hasta 1921 contaría entre sus colaboradores con prestigiosos intelectuales españoles y latinoamericanos (Una-muno, Pérez Galdós, Jacinto Benavente, Amado Nervo, Santos Chocano…), girando su atención, a partir de este año, hacia contenidos caracterizados por un enfoque más comercial.

Mi Revista

Revista ilustrada de divulgación popular fundada y dirigida por José Gallach y Torras y editada, primero en Barcelona y más tarde en Madrid.

Con una periodicidad mensual, nació en abril de 1911 como "Periódico de Literatura, Pasatiempos, Arte, Modas y Labores, Industria, Comercio, Agricultura… destinado a las familias", convirtiéndose en quincenal en el mes enero de 1920, al comenzar a editarse en Madrid y dar comienzo a su segunda época bajo el subtítulo de "Enciclopedia popular ilustrada".

Desconocemos su fecha de desaparición.

Mundial Magazine

Revista mensual ilustrada, fundada por Alfred y Armand Guido, dirigida por Rubén Darío, editada en París y dirigida al lector español e hispanoamericano.

De periodicidad mensual, contenía artículos, crónicas y reportajes sobre arte, literatura, ciencias, teatro, historia, actualidad política y social, modas, curiosidades, así como un amplio espacio dedicado a la creación poética y teatral y a la narración breve.

Inició su andadura en mayo de 1911, dejando de editarse en 1914 tras tres años de publicaciones ininterrumpidas.

Mundo Gráfico

Revista ilustrada de periodicidad semanal, nacida de una escisión de Nuevo Mundo, editada en Madrid por Prensa Gráfica.

Sus páginas incluían fotografías, caricaturas, viñetas humorísticas, artículos de costumbres, viajes, arte, moda, deportes, divulgación, política nacional e internacional, críticas de espectáculos, teatro y taurinas, noticias de actualidad y de sucesos, así como narraciones breves, textos en verso y charadas, dedicándole un importante espacio a anuncios publicitarios.

Dirigida inicialmente por José Luis Demaría López «Campúa», fotógrafo oficial de la Casa Real, y más tarde por Luis González Linares, su primer número apareció el 2 de noviembre de 1911 dejando de publicarse, 27 años después, en el mes de diciembre de 1938.

Noticiero Salmantino

Diario editado en Salamanca que inicio su publicación en el mes de marzo de 1898 bajo la dirección de Juan Barco.

Inicialmente vespertino, a partir del 2 de julio de 1898 paso a subtitularse "Diario imparcial de la Noche" publicando dos ediciones diarias, una de tarde, que cerraría a las 16:00 horas para aquellas localidades y suscriptores servidas por línea ferroviaria Salamanca-Plasencia, y otra de noche que cerraría a las 20:00 horas para Salamanca capital y localidades y suscriptores servidos por el resto de trenes correo.

Desconocemos la fecha de su desaparición.

Nuestro Tiempo

Revista mensual, posiblemente una de las más prestigiosas del primer tercio del siglo veinte, fundada y dirigida por Eduardo Canals Vilaró, y editada en Madrid entre enero de 1901 y diciembre de 1926.

De julio de 1905 a julio de 1907 modificaría su periodicidad, pasando a ser quincenal.

Cada uno de sus números comienza con una crónica relativa a la actualidad política, tanto nacional como internacional, firmada por su director, enfocando el resto de sus contenidos a temas referidos a ciencia, arte, política municipal y regional, economía, industria, agricultura, educación, sanidad, arte, arqueología, historia, bibliografía…

Nuevo Mundo

Revista ilustrada de información general editada en Madrid y fundada en 1894 por el periodista José del Perojo Figueras.

De periodicidad semanal, llego a alcanzar, en 1909, una tirada 266.000 ejemplares.

Entre 1900 y 1926 publicó un suplemento independiente denominado Por esos Mundos.

Supuso, junto a Blanco y Negro y La Esfera, una innovación en este sector editorial inclinándose más por el entretenimiento que por contenidos más eruditos, habituales en muchas de las revistas del momento, y recurriendo a la publicación de gran cantidad de fotografías y a la utilización de reporteros gráficos.

Su último número se publicó el 28 de diciembre de 1933.

Política

Diario de marcado carácter socialista fundado y dirigido por Joaquín García Hidalgo y editado en Córdoba.

Inició su andadura el 8 de septiembre de 1930 contribuyendo a crear en la opinión pública cordobesa un ambiente favorable a la implantación de la Segunda República.

Dejó de publicarse en 1932

Por esos Mundos

Suplemento independiente de la revista semanal Nuevo Mundo

Nació el 15 de enero de 1900, apareciendo inicialmente todos los lunes, aunque pronto comenzaría a hacerlo los sábados (Nuevo Mundo lo hacía los miércoles). A partir de julio de 1901 su periodicidad sería mensual, dejando de publicarse en diciembre de 1916 y reapareciendo brevemente, con carácter semanal, el 3 de enero de 1926, año en el que desaparecería definitivamente.

Especializado en relatos de viajes y aventuras, añadiría a sus contenidos otros de carácter histórico, textos literarios y de divulgación científica, leyendas y tradiciones españolas, deportes, música, arqueología, arquitectura, arte…

Progreso

Diario de inspiración católica fundado por Isidro Buceta y editado en Pontevedra entre 1907 y 1937.

Su primer número se publicó el 6 de octubre de 1907 bajo el título El Progreso, modificando el título de su cabecera, al perder el artículo, en abril de 1910. Entre esa fecha y 1 de enero de 1912 su periodicidad fue semanal.

Prometeo

Revista social y literaria de vocación vanguardista fundada por Javier Gómez de la Serna y editada en Madrid entre noviembre de 1908 y marzo de 1912.

De periodicidad mensual, entre sus contenidos encontramos artículos de historia política o política internacional, así como otros de tipo social o sobre el movimiento obrero, aunque a partir de su número 5 adoptará un carácter más literario.

Reflejos
Revista cultural fundada y dirigida por Miguel La Chica de la Guardia y editada en Granada
De periodicidad mensual, comenzó a publicarse en el año 1924 son el subtítulo "Revista literaria ilustrada".
Dejó de editarse en junio de 1931

Región
Diario fundado por Bernardo Aza y González-Escalada y editado en Oviedo.
Se publicó entre el 24 de julio de 1923 y el 30 de noviembre de 1983 manteniendo durante toda su andadura una orientación católica y conservadora.

Renovació
Semanario de tendencia nacionalista republicana editado en Tarragona
Su primer número salió a la calle el 13 de julio de 1913. Desconocemos la fecha en que desapareció.
Publicado principalmente en catalán, algunos de sus artículos, entre ellos los que hemos localizado de Sánchez Rojas, lo hicieron en castellano.

República
Diario de orientación republicana progresista dirigido por José Rodríguez Cánovas y editado en Cartagena (Murcia)
Inició su andadura el 2 de junio de 1931 como periódico matutino, aunque a partir del 5 de octubre de ese mismo año comenzó a publicarse por la tarde.
Desconocemos la fecha de su desaparición.

Revista Castellana
Revista fundada y dirigida por Narciso Alonso Cortés editada en Valladolid entre marzo de 1915 y noviembre de 1924.
Inicialmente se publicó con una periodicidad bimensual, convirtiéndose en mensual a partir de su número 5 (noviembre de 1915), teniendo por subtitulo «literatura, historia, ciencias, artes», temas estos a los que dedicó buena parte de sus contenidos.

Revista del Centro Gallego
Editada por el Centro Gallego de Montevideo (Uruguay) entre los años 1925 y 1929, anteriormente se había pu-blicado bajo la cabecera "Centro Gallego" y posteriormente lo haría como "Galicia: Revista del Centro Gallego".
Incluía entre sus contenidos noticias sobre el devenir diario de la entidad editora además de otras sobre la actuali-dad gallega y española, así como artículos relacionados con la historia, la literatura y las artes gallegas.

Revista Popular
Revista cultural de periodicidad quincenal editada en Córdoba entre 1925 y 1928
En su primer número, publicado el 1 de noviembre de 1925, manifestaba su intención de cultivar la literatura, prestar especial atención a las bellas artes y la publicación de artículos de divulgación científica, vida de grandes personajes, descripción de países exóticos…

Salamanca
Revista de bellas artes, literatura y ciencia dirigida por Gabriel García Maroto y editada en Salamanca.
De periodicidad mensual, publicó su primer número el 31 de enero febrero 1914.
Desconocemos la fecha de su desaparición.

Siluetas
Revista política, literaria y de actualidad dirigida por Fernando Pintado y editada en Madrid por Prensa Roja entre 1923 y 1924.
Salió a la luz en mayo de 1923 con una periodicidad quincenal, aunque esta variaría a lo largo de su andadura.

Se considera a sí misma una «publicación revolucionaria que dedicará sus páginas a los hombres que defendieron la causa del pueblo», siendo la casi totalidad de sus números monográficos, dedicados a un solo personaje.

Teruel

Diario editado en Teruel entre 1923 y 1931

Fue una publicación de ideología monárquica que asumiría, durante la Dictadura de Primo de Rivera, la portavocía de Unión Patriótica en la provincia.

Tierra Soriana

Publicación de periodicidad diversa –bisemanal, trisemanal, diaria, nuevamente trisemanal…– editado en Soria

Su primer número, dirigido por Eduardo Martínez Azagra, se publicó el 5 de noviembre de 1906 definiéndose a sí mismo como periódico independiente que trataría de lograr el "fomento de toda clase de intereses de Soria y su provincia, y de procurar vencer los muchos obstáculos que a ese anhelado progreso de nuestro país se oponen, dentro y fuera de él".

Ignoramos su fecha de desaparición.

Toledo

Revista de periodicidad varia –semanal (núms. 1-53), quincenal (55-172), mensual (173-287)– editada en Toledo bajo la dirección y gerencia de Santiago Camarasa.

Fue una revista de gran calidad gráfica, con multitud de dibujos y fotografías y contenidos que abarcaban temas de literatura, arte, historia, arquitectura... y noticias de actualidad local.

Inició su andadura el 1 de agosto de 1915 finalizándola con el número 287 correspondiente al mes de enero de 1931.

T.S.H.

Revista semanal fundada por Arturo Pérez Camarero y editada en Madrid

Sus contenidos estaban dirigidos a informar sobre la programación de las principales estaciones de radio europeas y españolas, así como aspectos técnicos sobre radiotelefonía y también un consultorio orientado a resolver problemas técnicos y de construcción de receptores.

Inició su andadura el 25 de mayo de 1924 como Órgano de Radio-Madrid y portavoz de la Federación Nacional de Aficionados.

Desconocemos cuando dejo de publicarse.

Verba

Revista cultural de periodicidad mensual editada en Gijón (Asturias).

Nació el 1 de enero de 1926 con la intención de que sus páginas fuesen un "remanso amoroso de concepciones poéticas, de piezas literarias, de asuntos y cuestiones políticas, históricas, científicas, sociológicas y de producciones de todo género de arte…"

Desconocemos cuando dejó de publicarse.

Vida Intelectual

Revista ilustrada editada en Madrid y dirigida por el escritor y periodista Julio Nombela y Campos.

Inicio su andadura el 1 de mayo de 1907 con una periodicidad mensual.

Destacó por sus contenidos culturales, incluyendo en sus páginas biografías, artículos literarios, poéticos, académicos, artísticos, científicos, pedagógicos… así como traducciones, bibliografía, crítica literaria…

Dejó de publicarse en 1908, tras la muerte temprana de su director

Vida Manchega

Revista ilustrada fundada por Isaac Antonino Vicente y editada en Ciudad Real.

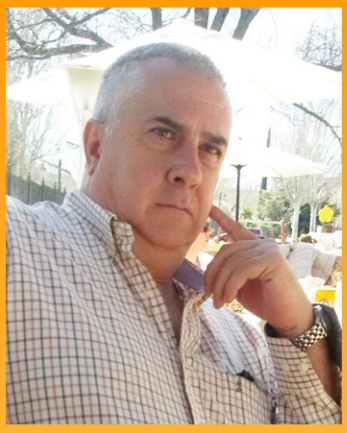
Con una periodicidad, inicialmente semanal, que más tarde se convertiría en quincenal, salió a la luz el 4 de abril de 1912 orientando sus contenidos, fundamentalmente, a temáticas relacionadas con las provincias de Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Toledo.

Su último número se publicó el 10 de julio de 1920

Vida Vasca

Revista gráfica de periodicidad anual fundada por Heliodoro González Fernández y editada en Bilbao entre 1924 y 1981

Sus contenidos versaban sobre la industria, el comercio, el arte, la literatura y el turismo de las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra.



GERARDO NIETO ARIAS

Creador y propietario del blog *Entre el Tormes y Butarque* –un verdadero fondo documental de Alba de Tormes– donde lleva recopilando los periódicos en que escribió José Sánchez Rojas desde 2009. Fruto de esta recopilación fue la antología de este autor que publicó bajo el título *Sol entre nieblas* (Biblioteca de Temas Albenses, 2016).



JESÚS MARÍA GARCÍA GARCÍA

Ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a estudios salmantinos y albenses. Es autor de *Prensa y vida cotidiana en Salamanca. Siglo XIX, Fernando Araújo: Un krausista salmantino. Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia, Alba de Tormes: Historia y Urbanismo,* y *Fuero de Alba de Tormes.*

Ha escrito también breves estudios sobre *El Soplón del Diarista de Salamanca* y *Teresa de Jesús en los principios de la Psiquiatría.* Ha llevado a cabo ediciones de las *Leyendas de Bécquer* y *Vicente Sainz Pardo, un poeta suicida* entre otros trabajos.

En 2015 junto con Julián Moreiro creó una Biblioteca de Temas Albenses.

José Sánchez Rojas nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1885 y falleció en Salamanca en 1931. A pesar de los elogios que recibió en vida por su depurada y excelente prosa, fue olvidado relativamente pronto, aunque aún a mediados del siglo pasado algunos periodistas le recordaron en sus respectivos periódicos con nostalgia.

Su pueblo natal le dedicó una calle que aún lleva su nombre y su recuerdo. Y algunos albenses llevamos años reivindicando su buen oficio periodístico y su obra esparcida en más de ciento setenta y cinco periódicos de la época. Obra basada esencialmente en artículos de muy variados temas destacando los dedicados a crónicas del momento, retratos de personajes políticos, literarios y mujeres, descripciones de Castilla, de su paisaje, de su gente, de sus problemas... Y todo ello con un estilo elegante que mereció el halago de Antonio Machado: "Sánchez Rojas –diría de él– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente".

Además de los artículos periodísticos dio a la imprenta algunos libros que fueron compilaciones de estos. Entre los más conocidos se encuentran *Tratado de la perfecta novia*, *Paisajes y cosas de Castilla*, *Sensaciones de Salamanca* y *Las mujeres de Cervantes*. Este último fue reeditado en varias ocasiones desde 2005 a 2016.

Julián Moreiro además de su biografía (*Crónica de un cronista*, 1985) dio a conocer algunos de sus escritos en la antología *El encanto de la vega y otros artículos* (1986). Gerardo Nieto elaboró otra antología con artículos dedicados a Alba de Tormes en la Biblioteca de Temas Albense bajo el título *Sol entre nieblas* (2016).

Estas Obras Completas recogen y ordenan por temas cuanto dio a la luz este extraordinario periodista durante treinta y un años de su vida.